PAULA GALLEGO



IMPERIO DE LUZ Y SILENCIO

IMPERIO DE LUZ Y SILENCIO

IMPERIO DE LUZ Y SILENCIO

PAULA GALLEGO

UMBRIEL

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

1.ª edición: junio 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2026 *by* Paula Gallego
Autora representada por IMC, Agencia Literaria, S. L.
All Rights Reserved
© del *dramatis personae* 2026 *by* Andrés Aguirre
© de la ilustración de cubierta y guardas 2026 *by* Inma Moya
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 979-13-88011-20-7

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para Ima, por esperarme siempre al otro lado de la oscuridad.



REBELDES, CONTRABANDISTAS Y MERCENARIOS

KAI INOUE
23 AÑOS
TOKIO, JAPÓN
OCUPACIÓN: ASESINA PROFESIONAL
ARMA PREDILECTA: KAIA ONIMARU

MARKEL SAGASTIZABAL
19 AÑOS
TOKIO, JAPÓN
OCUPACIÓN:
INGENIERO REBELDE

AKRAM UTAGAWA, CONTRABANDISTA
ANNA SINDEN, AVIADORA REBELDE
HIKARI INOUE, HERMANO DE KAI
HIRANO, AYUDANTE DE LA BRUJA AKANE
MITSUKI FUWA, LÍDER REBELDE
NOMURA, JEFE CRIMINAL
RIKU HASEGAWA, PIRATA REBELDE
RUBY O'TOOLE, AVIADORA REBELDE

SKYTREE

KIERA AMELL
SOLDADO RASO
21 AÑOS
NUEVA ORLEANS, ESTADOS UNIDOS
DELITO: ¿INSUBORDINACIÓN?

NEAL KELLUM
CAPITÁN
26 AÑOS
NOOSA, AUSTRALIA
DELITO: CONFIDENCIAL

AYA KANZAKI, MÉDICA

UNIDAD DEL TIGRE BLANCO

— PELOTÓN DEL SARGENTO LAVOIS —

TRAVIS LAVOIS, SARGENTO, SOLDADO AL MANDO
CALVERT, SOLDADO RASO
EVERETT, SOLDADO RASO
JENNIE CORTESE, SOLDADO RASO
KIERA AMELL, SOLDADO RASO
KLINE, SOLDADO RASO
LINUS EDWARDS, SOLDADO RASO
SHEPPARD, SOLDADO RASO

— OTROS PELOTONES —

FELDMAN, SOLDADO RASO
PIERCE, SOLDADO RASO
TAM, SOLDADO RASO

PRÓLOGO
NEAL

Cuando el mar me devuelve la mirada, me doy cuenta de que en realidad son los ojos de Kiera.

Son más oscuros que nunca, del color del océano profundo.

Siguen siendo hermosos, sobre todo cuando me sonríe como lo hace ahora. La piel, normalmente más pálida, es dorada bajo el sol, le han salido pecas nuevas sobre la nariz y las mejillas encendidas, y los labios que me muero por besar están enrojecidos por el contraste entre el frío del mar y el calor del sol.

La risa lejana de nuestros amigos se confunde con el sonido de las olas rompiendo contra las rocas del paseo.

Tengo veinte años y todo va bien.

Huele a salitre y a arena. Y la cálida brisa arrastra también su aroma a vainilla cuando Kiera agita la melena castaña y se tumba.

No tiene que decir nada. Voy tras ella como si una cuerda tirara de mí, me acomodo de lado y alzo la mano para contar con los dedos sus lunares.

También ella estira el brazo y desliza el dedo índice por el centro de mi frente, hacia abajo y entre mis ojos.

—Pareces tan concentrado…

Hay algo extraño en su voz. Estoy seguro de que le pertenece, es su tono y su cadencia y el aire juguetón que destilan las palabras es

suyo por entero, pero…

—Es que este asunto es sumamente importante —declaro.

Tiene la piel sedosa cuando deslizo el pulgar sobre la tinta del tatuaje que le bordea el pecho izquierdo y siento cómo el vello de la piel se le eriza con suavidad.

—Para ser tan importante, acaba de perder la concentración, capitán.

Capitán.

Esa palabra resuena en mi caja torácica.

Capitán. Capitán. Capitán…

Detengo la caricia.

Y me doy cuenta: no es su voz lo que no encaja, sino su acento. En ese *capitán* no está el deje ligeramente musical y el matiz provocativo que hay en él es diferente de una manera que no puedo explicar. Este acento no es suyo, porque Kiera no pertenece a este lugar.

La miro más de cerca y entonces también comprendo que es imposible que tenga mi edad. Si tengo veinte, ella debe ser mucho más joven… y no lo parece.

Entiendo de pronto que esto es un recuerdo, uno que está *mal*, y esa sensación, la certeza de estar reviviendo algo de forma incorrecta, me golpea al tiempo que la imagen se hace turbia.

El sol nos abandona, las risas desaparecen.

Ahora, bajo la luz de la tormenta, los ojos de Kiera parecen casi negros. La oscuridad se ha tragado la luz del azul, y todo a nuestro alrededor se vuelve lóbrego de pronto.

Un trueno retumba a lo lejos y cuando alzo la vista hacia un cielo que es negro, Kiera se pone de pie y extiende los brazos hacia mí mientras me dice que vaya con ella.

Pero el mar está embravecido y el día que ha amanecido templado y apacible queda atrás.

Rompe a llover con furia y una violenta ráfaga de aire me hace girar la cara. Cuando vuelvo a levantar la vista, Kiera ha desaparecido y una punzada de incertidumbre se me clava en el pecho.

¿A dónde ha ido?

Del recuerdo amable de un día de playa no queda nada.

La bahía está ahora vacía y completamente oscura y con la ausencia de luz llega la sensación terrible de que algo va muy mal.

Un sonido estridente brota en mi mano y antes de darme cuenta estoy oyendo un mensaje de la radio que llevo en ella.

«Debe tomar una decisión».

Mi bañador ha desaparecido, sustituido por mi traje de salvamento. El viento es tan fuerte que hace remolinos en la arena y apenas puedo abrir los ojos.

«Rápido, señor, nos quedamos sin tiempo».

Detrás de mí, todo mi equipo, que hoy está compuesto por sombras sin rostro, aguarda.

«¿Salvamos al oficial o a las otras veintitrés personas?».

Miro atrás, a los rostros oscuros y sin definir, que sé que esperan órdenes, y me doy cuenta de que esto no es real, porque aquella vez, la de verdad, nadie me dio la opción de elegir. Fui yo quien rompió todas las normas, quien decidió abandonar a un hombre a su suerte porque consideró que veintitrés vidas pesaban más; aunque el rescate del oficial fuera rutinario y ese otro complejo, aunque el oficial habría aguantado con vida hasta que llegáramos y no supiéramos si los civiles también resistirían.

«¿Qué vamos a hacer, señor?».

Una boca se mueve en uno de los rostros oscuros. Pronuncia despacio y con cuidado y la calma con la que lo hace contrasta poderosamente con los vientos que amenazan con arrastrarme, la arena que me araña la cara, la lluvia que empapa hasta los huesos…

Yo miro al mar, a ese azul profundo que antes he confundido con los ojos de Kiera, y doy un paso adelante, porque después de cinco años tratando de redimirme aún no he aprendido la lección: siempre elegiré con el corazón.

Primera parte

BLANCO BRUMA

光

I

MARKEL

Palacio Imperial

51 días para el solsticio de verano

Serpientes.

No dejo de pensar en lo que me ha dicho Anna mientras sigo los pasos apresurados de Kai, que avanza asegurándose de que no hay peligro cerca. Cada vez que gira la cabeza yo las veo: dos serpientes con las fauces abiertas, una a cada lado de su cuello.

La cabeza me va a mil revoluciones por minuto y los pensamientos se atropellan unos a otros mientras intento ordenar las ideas y buscar una explicación más fácil, más racional, más… asumible.

Pero no encuentro nada y de lo único que soy capaz es de revivir las mismas escenas: el secuestro de Hikari, su aparición justo después de que Anna fuera atacada, la culpa de Kai…

«Era un corte limpio», rememoro la voz de Kiera.

Clavo los dedos en el *tantō*.

«Lo suficientemente profundo para que se hubiera desangrado de no ser por ti, Markel; pero no tanto como para que fuera irreversible».

Me duele el pecho.

Si querían a Anna muerta, ¿por qué no profundizar más?

«Parece una chapuza muy bien hecha. O un trabajo impecable con un acabado terrible».

Kai vuelve a girarse y tengo un vistazo perfecto del perfil de ese rostro de huesos afilados, el pómulo alto, los labios gruesos y esa maldita serpiente tatuada en su cuello.

En cuanto deja de mirar aprieto el paso, aferro con fuerza el *tantō* y me arrojo sobre él.

Kai no se lo espera.

Por eso, tal vez, soy capaz de agarrarlo del hombro y empujarlo contra la pared. Por eso puedo ponerle su propia arma bajo la garganta.

Kai me contempla con los ojos azules muy abiertos, las cejas negras arqueadas y una expresión de sorpresa que me hace dudar.

—Fuiste tú —le digo, apenas en un murmullo.

No es mi intención susurrar, pero no me sale la voz.

—Markel… ¿de qué hablas? —inquiere y alza las manos—. Baja eso.

—¡No! —Aprieto un poco más y una gota de sangre le resbala por la garganta. La vista es tan dolorosa que siento el impulso de apartar la mirada, pero sé lo rápido que es Kai y no pienso darle ventaja—. No te hagas el tonto. Sabes de qué hablo. De *Anna.* Hablo de ella, del secuestro de Hikari, de ese trabajo que tanto te torturaba… Tú

intentaste matarla.

Kai me mira con tanto dolor que durante unos segundos todo lo que he imaginado pierde el sentido y me siento profundamente miserable.

Sin embargo, de pronto, algo cambia.

Lentamente, la sorpresa da paso a algo diferente, algo más… *oscuro.*

Los labios regresan a una expresión neutra, las manos caen a ambos lados de su cuerpo y sus ojos se vacían de toda expresión.

—Anna ha despertado, ¿no?

En su voz no hay culpa, ni el dolor que creía haber visto en sus ojos. Está desprovista de cualquier emoción y siento cada palabra como un golpe.

—¿Por qué? —inquiero y lo agarro con más fuerza de la cazadora. Kai alza el mentón cuando el filo del *tantō* se aprieta más contra su piel—. ¿Por qué dejarla medio muerta?

—Porque no me pagaron por matarla del todo.

La frialdad de la confesión me deja helado.

—Mientes.

No sé por qué se lo digo. En el fondo sé que dice la verdad.

—Markel… —Kai esboza una sonrisa y alza una mano para alcanzarme la mejilla.

—¡Quieto! —le grito y hago más fuerza contra su garganta—. ¡Quieto!

Un hilillo de sangre le resbala por la piel, pero eso no lo detiene. Kai acuna mi mejilla entre unos dedos que son sorprendentemente cálidos y ladea la cabeza como si no le importara el filo que tiene bajo el cuello.

—Quieres matarme, ¿no? —pregunta, muy suave—. Te pondré las cosas fáciles; al fin y al cabo, yo también he matado y en mi caso muchas de esas personas eran inocentes.

—Calla…

—Habría matado a Anna si me lo hubieran pedido, pero imaginaba que meterme en tu cama después habría sido más complicado.

—¡Basta ya! —bramo.

El impulso está ahí. Lo siento en la muñeca y en los dedos y Kai debe de sentirlo también porque cierra los ojos de golpe y levanta un poco el mentón, como si me diera permiso.

Pero no muevo la muñeca.

Kai me mira y aprieta la mandíbula.

—¿Es que no vas a hacerlo?

—No soy un asesino —le digo, casi jadeante.

Él sostiene mi mirada y yo no me puedo creer que sea la misma persona que me ha tomado de la mano, que ha velado por mí el sueño de Anna, que me ha echado una manta por encima de los hombros…

Hay algo pequeño, breve y sutil, que se refleja en sus ojos azules un segundo antes de que la indiferencia más fría se adueñe por completo de ellos.

Y me siento tan tonto…

¿Es que todo ha sido una maldita actuación?

—Es una lástima para ti —responde.

No sé cómo lo hace.

Noto presión en la muñeca y, antes de darme cuenta, Kai se zafa de mi agarre, me sujeta con fuerza mientras me gira y un instante

después me tiene contra la pared. Me retuerce el brazo, ahora desarmado, y un golpe tras la rótula me obliga a arrodillarme mientras el corazón se me desboca.

Un último empujón me arroja al suelo y solo entonces lo oigo: pasos apresurados.

Kai echa a correr.

Me pongo en pie como puedo, pero solo alcanzo a ver su silueta desapareciendo por la esquina.

Kai… el asesino que casi acaba con Anna.

Siento cómo la rabia y la pena se acomodan en mi pecho mientras las lágrimas me arden en los ojos.

Parece que vienen para quedarse.



2

KAI

Palacio Imperial

51 días para el solsticio de verano

Debería haberme matado.

Eso me habría facilitado mucho las cosas… Pero Markel tiene razón: a diferencia de mí, él no es, ni será nunca, un asesino.

El Palacio se ha convertido en un caos tras el ataque y, aunque la guardia de la Emperatriz no deje que nadie entre ni salga, encontrar un camino no resulta muy complicado.

Sigo andando en círculos, dando rodeos para no cruzarme con soldados, atento al sonido de los disparos, los gritos y las órdenes cuando lo noto: una sensación conocida, que viene junto con un olor pútrido y penetrante que hace que me tape la boca y la nariz con la manga de la cazadora.

También Onimaru, mi katana, lo siente.

Se ilumina en mi cadera con un brillo azulado y la desenfundo.

Oni.

Demonios.

Acuden a la miseria y la desesperación. Las huelen y se ven atraídos como polillas a la luz.

Y en este lugar en guerra hay mucho de ambas.

No me sorprendería que hubiera más de un *oni.*

El olor es tan fuerte como para que sepa que se trata de uno poderoso. Ningún *oni* es tan peligroso como los grandes *yokai,* que son los causantes de los desastres naturales, pero sus hermanos menores tampoco deben subestimarse.

Veo las huellas en uno de los jardines interiores, al doblar una esquina. A simple vista parece únicamente barro, pero yo sé ver la sangre coagulada y espesa que se aleja del pequeño estanque. Entre los nenúfares, un torso reventado estropea las flores.

Maldita sea…

Echo un vistazo al camino que dejo atrás y me pregunto si Markel estará ya acompañado.

Espero que sí. Yo aún debo seguir corriendo si quiero salir del recinto del Palacio sin que me detengan.

A estas alturas, Markel ya habrá dado la voz de alarma.

Sin embargo, hay algo, un runrún molesto detrás de la oreja, que no me deja avanzar.

Tomo el camino que marcan las huellas.

Me lo cargo rápido y me largo, me digo. *Por si acaso.*

En algún momento las huellas desaparecen, pero solo debo seguir el olor pestilente hasta que encuentro el resto de cuerpos.

Mierda.

A veces los *oni* disfrutan acosando a su víctima. Cuánto más terror y desesperación hay en la carne más sabroso encuentran el bocado.

Parece que esta vez no les preocupa tanto la calidad del bocado como la cantidad. Y hoy hallarán muchas almas torturadas en este Palacio; como, por ejemplo…

Sacudo la cabeza. No quiero pensar en ello.

Dejo atrás los miembros mutilados, los cuerpos abiertos en canal y las cabezas que aún albergan muecas de terror y sigo el rastro del *oni.*

Debo ocultarme cuando me veo a mí mismo en los lugares que antes he evitado, a punto de ser atrapado.

Quizá sea estúpido, pero no puedo irme así.

Continúo hasta una esquina peligrosamente oscura. La luz del pasillo ha debido de verse comprometida con los disparos de los soldados, pero yo me acerco porque ahí, agazapada entre las sombras, se encuentra la figura retorcida de un *oni*.

Es pequeño, deforme y del tamaño de un mono. Tiene rostro humanoide, la piel cetrina, unos ojos sin párpados hundidos en las cuencas y una boca desproporcionada y sin labios con la que está devorando las vísceras de un cuerpo destripado.

Ni siquiera reacciona. Está tan concentrado en el cadáver con el que se está dando un festín que para cuando se percata de mi presencia no es capaz de hacer nada.

Le corto la cabeza limpiamente con Onimaru y el cuerpo se desintegra y se deshace en una nube de ceniza gris.

No sería así si la katana no hubiera sido consagrada en un templo. Cualquier arma puede herirlos, pero las consagradas eliminan toda

impureza, y por eso desaparecen por completo. Los mercenarios no pueden usar armas consagradas porque necesitan los cuerpos para comerciar con ellos… aunque a veces eso no sale bien: dependiendo de su poder los demonios pueden regenerarse y merendarse a sus captores.

Doy un paso atrás, porque no quiero tentar a las anomalías, pero me quedo a observar un cuerpo que parece bastante más entero que los otros.

Este demonio no ha matado a toda esa gente.

Me trago una maldición y sigo adelante, desandando los pasos que tanto me ha costado dar hacia la libertad.

Sé que me la estoy jugando al regresar a los mismos pasillos que antes he cruzado con Markel, pero el instinto me guía; también el hedor. Onimaru destella con violencia, sedienta, y entonces escucho un rumor suave y muy sutil.

Son sollozos, demasiado suaves para tratarse de alguien atacado por un *oni*, pero, aun así, la intuición me hace avanzar, sostener con más fuerza a Onimaru y…

Ahí estás, cabronazo.

Este sí podría ser el artista de ese lienzo de cuerpos desmembrados y vísceras.

Se asoma por una puerta *shōji* mientras clava sus garras en el marco de madera. Tiene el cuerpo de una mujer y viste un kimono negro y rojo donde las manchas de sangre no se distinguen de las *higanbana* o flores del infierno.

Aunque la figura es delicada y el brazo parece también humano, sus dedos acaban en uñas largas y oscuras que se hunden en la madera y la astillan. Y todo su cuerpo tiembla de anticipación ante la

presa.

Un solo vistazo basta para que todos mis miedos cobren vida, porque al otro lado del *shōji,* derrumbado en el tatami, se encuentra Markel sollozando.

El *oni* ha debido seguir el rastro de su desesperación… una que le he provocado yo.

—¿A dónde crees que vas? —siseo, loco de ira.

Un minuto más y estaría presenciando una escena muy diferente…

El *oni* se gira con violencia y me muestra su rostro, que también tiene rasgos de mujer, pero de una forma perversa: ojos grandes y completamente negros, un maquillaje que imita los pétalos de las *higanbana* surcando su piel de porcelana y una corona floral de la que surgen dos cuernos tan largos como los colmillos que sobresalen de sus labios.

Abre la boca, me gruñe y el ruido alerta a Markel, que se gira en redondo con sobresalto.

El *oni* sisea cuando lo ve retroceder. Nos mira alternativamente y entonces parece decidir que prefiere asegurarse al menos una víctima más.

Salta y aterriza junto a él, que cae al suelo por el impacto.

El monstruo le da una patada en el pecho que lo ancla al suelo, se yergue sobre él y alza un brazo mientras se contorsiona y extiende sus garras negras.

Un terror gélido se desliza por mis venas, pero la furia arde más y me obliga a moverme.

Voy tras él y no me lo pienso. Grito mientras empuño la katana y trazo un corte *kesa-giri,* del hombro a la cadera contraria. Sin embargo, la criatura es más rápida y se aparta.

—Kai —murmura Markel, con la voz estrangulada.

Parece tan sorprendido de verme a mí como al *oni*: los ojazos castaños muy abiertos y enrojecidos por el llanto y la rabia, los labios un poco hinchados, las mejillas encendidas…

—¡Mantente al margen! —le ladro, porque el *oni* vuelve a intentar atacarlo y yo he de lanzarme hacia él.

Esta vez lo alcanzo con una estocada directa que me cuesta un gruñido. El sonido se convierte pronto en un llanto estridente y lastimero, tan agudo y potente que obliga a Markel a llevarse las manos a los oídos.

Aunque el sonido es espantoso aprovecho la oportunidad que me da y vuelvo a intentarlo con el *kesa-giri,* pero fallo de nuevo y un instante antes de ponerme en guardia el *oni* encuentra un resquicio en mi defensa.

Lanza sus garras hacia mí y durante un instante el pánico me invade, pero descubro que solo me ha rajado la cazadora.

El alivio dura poco, porque el monstruo me abandona.

Con horror, contemplo cómo se lanza hacia Markel, y comprendo que el dolor y el miedo que desprende deben de convertirlo en un plato mucho más apetecible que yo.

Se abalanza sobre él, inmovilizándolo contra el suelo, y durante unos segundos visualizo con claridad cómo le arranca la garganta.

Todo se vuelve rojo para mí.

Dejo de pensar con claridad.

No me importan la técnica ni la precisión.

Me arrojo hacia el *oni* como un animal y la furia y la locura me hacen atravesarlo, pero lo hago sin reparar en nada más… y eso deja expuestos mis brazos.

La imprudencia me cuesta un mordisco.

Me clava los colmillos en el antebrazo y un dolor lacerante me atraviesa cuando siento cómo me desgarra la piel y la carne.

Grito, incapaz de contenerlo, pero no dejo que eso me frene.

Tiro para liberarme de su mordisco fatal, le doy una patada que lo derriba, y con un corte completamente horizontal, un *yoko-giri,* le siego la cabeza.

Onimaru brilla de puro deleite y sé que si la sangre del demonio le ha gustado es que era poderoso.

El corazón me late desbocado mientras el monstruo se vuelve ceniza y desaparece y mis ojos buscan con desesperación a Markel.

La pregunta acude a mi boca, pero no la formulo. No puedo preguntarle si está herido si quiero mantener mi papel; uno que le permita odiarme y le facilite entender por qué he cometido tantos crímenes.

Así que me limito a recorrerlo con la mirada con ansiedad, pero parece que el *oni* no lo ha tocado.

Le doy la espalda y estoy a punto de abandonarlo de nuevo cuando varios soldados entran en tropel en la estancia y sé que la he cagado.

—Mierda.

光

3

ECHO

Palacio Imperial, Tokio

51 días para el solsticio de verano

Desde el día que supimos de la existencia de las bombas a menudo sueño con la misma escena: tengo ocho años y llevo horas arrodillada frente a un estanque mientras la lluvia me empapa. La noche no me ha obligado a parar porque en esta sala sin techo hay luz.

Me duele tanto que a ratos dejo de sentir las piernas. Hace horas que nadie viene a verme y la tentación de moverme un poco, solo un poco, es casi irresistible, pero yo sé que esta casa tiene mil ojos y mi madre me haría volver a empezar.

Ahora estoy despierta, pero cada vez que parpadeo el apacible bosque de bambú en el que me obligo a permanecer se diluye bajo el negro de aquel estanque y los recuerdos regresan: el dolor, la

incomodidad, la incertidumbre… y la voz suave de mi madre:

«La enseñanza es la resistencia».

Desde que se hizo evidente que la esposa oficial de Hisaaki no podría darle herederos, mi madre, que me preparaba para sobrevivir, decidió enseñarme a *gobernar.*

«Lo único inasumible es la muerte; mientras vivas no hay nada que no puedas soportar».

Sus enseñanzas duraban días, a veces semanas o incluso meses. Y en el recuerdo de aquella noche, a pesar del peso sobre los hombros, el dolor y la lluvia, doy cabezadas, porque llevo días despierta y horas eternas en esta postura frente al estanque… y estoy agotada. Por eso me clavo los dedos en los muslos; para no perder el conocimiento. Sé, no obstante, que no me los clavé lo suficientemente fuerte. Si lo hubiera hecho, no me habría desmayado, habría acabado antes la lección y mi madre no se habría enfurecido conmigo.

Ahora, al cerrar los ojos, vuelvo a ver el negro del estanque y las palabras de mi madre resuenan en el eco de la memoria.

—Debe decidir qué hacer con Kiera Amell.

Mitsuki Fuwa, líder rebelde, y Aya Kanzaki, jefa médica del Skytree, esperan instrucciones frente a mí.

La rebelde muestra un rostro que pretende ser duro y que, sin embargo, ya está descompuesto, y la médica… Ella parece haberse cruzado con un espectro.

—Conozco la situación —les digo, procurando insuflar valor a mis palabras—. Kiera Amell ha salvado al Imperio y durante los próximos días, cuando honremos a los soldados caídos en batalla, será despedida con los máximos honores. Yo misma estaré en la

ceremonia y pediré a todo mi pueblo que rece plegarias por la heroína perdida.

Aya se lleva la mano a la boca, como si mis palabras la hubieran conmocionado profundamente, y ha de girarse de forma brusca, incapaz de contener las lágrimas.

La muerte de Kiera debe de haberle afectado mucho.

Me lo han comunicado cuando aún luchábamos contra las fuerzas insurgentes: Amell había sido alcanzada por una bala. Tenía la médula seccionada y no había nada que hacer.

Y lo cierto es que, heroína o no, yo no había vuelto a pensar en ella hasta ahora.

No ha habido tiempo. No mientras el Palacio era atacado.

—No lo entiende, *Kōgō Heika* —interviene Mitsuki, en voz muy baja—. Kiera Amell no ha muerto.

Parpadeo, confusa, y miro a mi alrededor, pero ninguno de mis hombres me da una explicación.

—¿Es que era errónea la información? —inquiero—. ¿No han disparado a Amell-san?

—Sí que le han disparado —contesta Aya, que se yergue ligeramente, aunque continúa inquieta.

Reprimo el impulso de frotarme los ojos. Ha sido un día terriblemente largo…

—¿Entonces, Amell-san se ha salvado? Iré a visitarla en cuanto las cosas se calmen. Mientras tanto quiero que…

—No lo entiende, *Kōgō Heika.* —La voz de la médica tiembla—. La información no era errónea. Han disparado a Kiera. Hace unas horas tenía un neumotórax, una fractura craneal y la médula seccionada. La bala se había fragmentado y la había destrozado por dentro.

Entrecierro los ojos.

—¿Sigue viva? ¿Cómo es posible? —pregunto—. ¿Quieren que yo decida qué hacer? ¿Es que el capitán Kellum no puede tomar esa decisión?

Mitsuki inspira con fuerza. Aya vacila.

—El capitán Kellum se encuentra en un coma inducido. Ha sufrido el ataque de varias anomalías y han tenido que intervenirlo de urgencia para drenar una hemorragia craneoencefálica.

—¿El capitán? Empiezo a perder la paciencia —les digo, con tono templado—. ¿Qué está ocurriendo y qué necesitan de mí? Sean claras. No tengo todo el día.

La médica le dedica una mirada a Mitsuki, que es quien alza un poco el mentón y de forma más sobria, pero también con cierto deje de gravedad, responde:

—Necesitamos que decida qué hacemos con Kiera Amell, *Kōgō Heika*, porque ahora mismo se encuentra junto a la cama del capitán, *de pie*, sin balazo y en perfecto estado… sin explicarnos cómo es que ha entrado medio muerta a un cuarto oscuro del que después ha salido caminando.

Empiezo a oír el rumor de un arroyo: cada vez más fuerte y bravío, silenciando todo lo demás.

Intento pensar en lo que me están diciendo, encontrar el hilo cuerdo de la conversación; pero no hallo nada en sus palabras, ni mucho menos en unos rostros cuyo horror ahora entiendo.

—Repítanlo. Todo.

Ordeno que guarden silencio. Amenazo a quienes conocían la

situación para que no divulguen información.

Y voy al ala médica.

Todavía se siente el caos del ataque. La fatiga aún no ha conquistado a quienes siguen trabajando tras el desastre: arrastrando cuerpos caídos, limpiando destrozos, haciendo balance de daños… Pero hay otros, soldados heridos u hombres que han visto morir a sus compañeros, que se han detenido y la extenuación de la batalla los ha alcanzado ya: yacen en esquinas y salas de espera, permanecen de pie en los lugares más inesperados. Todos ellos en silencio, con la mirada perdida y la expresión de quien ha perdido un trozo de alma.

Fuera, las fuerzas de Raine Andrews y los colaboradores corruptos del Skytree se han replegado. Al parecer se han resguardado en el cuartel de la Policía Metropolitana.

Esta vez el asalto les ha costado caro, pero han conseguido *entrar,* y eso ya es grave.

Y yo debo actuar.

Eso es lo que tengo en mente mientras me abro paso: el ejército, los soldados, la guerra civil que ya es una realidad, las noticias que llegan del exterior, Raine Andrews, los *daimyō,* las bombas de luz que siguen siendo una amenaza…

Pero el ruido sordo del arroyo que ha llegado con las extrañas noticias sobre Kiera ahoga cualquier otro sonido y no me deja pensar.

Cuando llego y abro la puerta la imagen de Kiera Amell me golpea como un vendaval furioso.

Se pone en pie con un sobresalto y da un paso atrás, asustada. Tiene la cara manchada de sangre seca y el traje desgarrado allí

donde ha recibido el disparo; pero está, tal y como dicen, en pie.

—Emperatriz. —Tiene la voz un poco rota. Sus ojos azules se abren de par en par cuando me ven entrar y buscan después detrás de mí —. Aya… ¿hay noticias? ¿Hay que volver a intervenir a Neal?

Me giro y veo que la médica entrelaza los dedos frente a la bata y desvía la mirada, visiblemente nerviosa.

—Por ahora debemos esperar —le dice, y la forma en la que la mira hace que Kiera apriete los puños a ambos lados del cuerpo y se encoja un poco sobre sí misma.

—¿No deberíamos hacer algo? ¿No podríamos…?

—¡Silencio! —la detengo—. Kiera Amell, hace unas horas he recibido un informe sobre su estado, un estado *crítico e irrecuperable.* ¿Ha mentido sobre la gravedad de sus heridas?

Kiera abre la boca y sacude la cabeza.

Unos pasos por detrás, Aya se revuelve.

—Yo no he mentido… —balbucea, dedicándole una mirada suplicante a la médica.

—¿Pero ha recibido un disparo en el pulmón?

—Yo no… —empieza—. No sé…

—¿Ha recibido o no el impacto de una bala, Amell-san? —insisto, con dureza.

Aprieta los labios en una línea y algo cambia. Casi puedo ver cómo lentamente Kiera vacía su rostro de toda expresión y lo hace de forma deliberada; una soldado bien entrenada.

—Sí.

También a mí me han entrenado y sé que no hablará; no así.

Me giro hacia los guardias que me han acompañado.

—Traigan a quienes estaban presentes —ordeno, sin dar lugar a

réplica—. Ahora.

Kiera me contempla con fijeza, sin atreverse a separarse mucho de la camilla en la que su capitán lucha contra la muerte. Si entrecierro los ojos casi puedo ver el hilo rojo que la ata a él, enredado y tenso, pero fuerte.

—Aya… —murmura Kiera—. ¿Qué ocurre?

La médica no responde.

—Aya… —suplica.

—Silencio, por favor —le pido, alzando una mano frente a ella—. Guarde silencio, Amell-san. No hable. No se mueva.

Se yergue aún más, rígida, y da un paso atrás, hacia la camilla, sin apartar la mirada de la médica y la líder rebelde, que se mantiene inmóvil y con los brazos cruzados frente al pecho.

Unos minutos después, la sala se llena.

Aya y Mitsuki.

Riku Hasegawa, el pirata.

Travis Lavois, el soldado.

Markel Sagastizabal, que entra aunque no estuviera presente.

Y, por alguna razón, Alexa, que no es capaz ni de mirarme a los ojos.

Estoy a punto de echarla. De pedir que los saquen de aquí a Markel y a ella, pero Kiera no espera a que yo me pronuncie para hablar.

—¿Qué ocurre? —insiste, impaciente.

—Eso tendrá que decírnoslo usted, Amell-san, ¿no le parece?

—Ya se lo he dicho a ellas. —Señala a Aya y a Mitsuki—. No sé lo que ha ocurrido ahí dentro. Estaba mal. Estaba…

—¿Tampoco recuerdas cómo sobreviviste al avión que estrellaste?

—inquiere Mitsuki.

Kiera guarda saliendo. El resto nos giramos hacia la rebelde.

—Hemos visto el fuselaje, Kiera. Sabemos que no eyectaste la cabina.

Clavo los ojos en la chica, de cuyo rostro ha escapado lentamente el color. No se mueve. Ni siquiera parece respirar.

—No. Eso no es posible —replica Markel, que sacude la cabeza—. He visto cómo estaban los restos. Si no hubiera eyectado a tiempo no habría sobrevivido.

—Igual que no habría sobrevivido a ese disparo —replica Mitsuki, y deja de mirar a Markel para clavar los ojos en Kiera—. Travis, has venido para dar testimonio de lo ocurrido.

El soldado, que aún viste con el uniforme de los hombres que nos han atacado, tarda un rato en hablar.

—Es cierto —empieza, con voz grave—. Yo lo he visto con mis propios ojos. Ese disparo habría matado a cualquiera. Nadie podría haber sobrevivido a algo así.

Las implicaciones flotan entre los presentes unos segundos y aterrizan en Kiera, que inspira con fuerza sin emitir un solo ruido y, con voz queda, murmura:

—Pero yo no he muerto.

Travis sacude la cabeza con violencia.

No la mira.

No se digna a hacerlo. Clava los ojos en mí.

—Kiera… *nuestra* Kiera está muerta. —Su gesto se tuerce en una mueca torturada—. Esa de ahí no puede ser ella.

—¡Travis! —exclama ella, rompiendo el estatismo—. ¿Pero qué estás diciendo?

No se gira. Evita el contacto visual a toda costa y cuando los ojos se le llenan de lágrimas se los frota con la manga del traje.

Yo sí la miro: ese reguero de lágrimas secas sobre la sangre de su rostro, los ojos enrojecidos e hinchados y el cuerpo intacto, sin un solo rasguño.

—Travis… —murmura, con desesperación, y se lleva una mano al pecho—. Soy yo…

Cuando da un paso adelante, Travis da otro atrás y eso la frena en seco.

—Yo también estaba ahí —interviene Riku, con cierta dureza—. He visto la sangre, he oído el diagnóstico y me he despedido de ella.

Kiera lo soporta con estoicismo hasta esas últimas palabras, pero entonces se quiebra un poco. Lo siento en el peso que echa abajo sus hombros y en el fango invisible en el que se hunde de pronto.

—También sé que ha recibido ese disparo por salvar a Kellum. —Riku lo señala en la camilla—. ¡Y también estaba ahí cuando se ha subido al Scorpion V y ha decidido sacrificarse por todos nosotros! ¿Está viva y no sabemos por qué? ¿Qué más da? Aceptémoslo como lo que es: un regalo de los *kami;* intervención divina.

Intervención divina.

Las palabras resuenan dentro de mí como el eco en una caverna oscura: *intervención divina, intervención divina, divina…*

Riku echa a andar hacia Kiera y solo entonces reacciono.

—¡Quieto!

El pirata se para en el sitio y los soldados que aguardaban en la puerta se cuadran ante mi tono y se preparan para mis órdenes. Riku repara en ellos para centrarse luego en mí. Tiene los ojos grises afligidos, un poco caídos a pesar de la sorpresa que noto en ellos.

También Kiera me mira de forma similar, comprendiendo lo que significa mi orden, ese impulso que me hace mantenerlos a todos alejados mientras una voz aún susurra:

Divina, divina, divina…

—¿Dónde está la Bruja? —inquiero.

—Emperatriz… —empieza el pirata.

—¡¿Dónde está la Bruja?! —grito, para oír mi propia voz por encima de los ecos siniestros.

Uno de los guardias repite mi pregunta a través de la radio.

Divina, divina, divina…

Es una voz cortante, que acaricia el bambú como un filo, amenazando con segarlo de un tajo.

—Si me lo permite —empieza Aya—. No sabemos cómo ha sobrevivido Kiera, pero…

—Esa no es Kiera —murmura Travis.

Divina…

—*Kōgō Heika,* el soldado del Skytree tiene razón. La doctora no encuentra una explicación para lo que ha ocurrido. Que Kiera sobreviviese era médicamente imposible y eso solo puede significar… —Mitsuki no termina.

Divina…

—La Bruja Akane ha sido escoltada fuera de Palacio, *Kōgō Heika* —interviene con nerviosismo uno de los guardias.

Todos empiezan a hablar. Todos tienen algo que decir. Gritan, imponen su opinión y son tantas las voces que no las distingo. No puedo hacerlo por debajo de la letanía monocorde, cada vez más alta, más similar a un grito:

Divina, divina, divina…

—¡Traedme a la Bruja! —grito—. ¡Traédmela ya!

Los soldados se miran unos a otros. No saben si han de cumplir la orden o si no pueden abandonar el puesto.

Mitsuki sigue demostrando que no se puede razonar sobre un hecho así. Riku protesta y recuerda el sacrificio de Kiera. Travis ha dado un paso atrás y se niega a mirar al frente, a mirarla a *ella.* Y la voz de Aya apenas se oye, pero todas juntas… todas son una cacofonía insistente y perversa que es de pronto interrumpida por otra voz.

—Encerradla.

La voz hiriente que amenazaba con segar el bambú queda en silencio. Ya ni siquiera oigo la brisa. Todo queda amortiguado, apagado y antinatural.

Solo comprendo de dónde proviene esa orden cuando veo cómo me mira Kiera y en sus ojos advierto el mismo vacío que me devolvía la mirada desde el estanque negro de mis recuerdos.

—No… —susurra y el dolor vuelve a congestionar su gesto.

Da un paso hacia la cama de Neal.

—Encerradla. Ahora —repito.

No necesito alzar la voz. Los guardias dan un paso adelante y después otro y quienes aguardaban junto a la puerta se apartan para dejarlos pasar.

—Pero ¿qué hacéis? ¡Es *Kiera*! —exclama Riku, que va hacia los guardias—. Es quien nos ha salvado. No podéis…

Uno de los guardias reacciona sin mi orden. El pirata ha amenazado con entorpecer su misión y no necesita preguntar. Lo agarra con violencia de la muñeca y lo tira al suelo mientras alguien más grita.

Todo ocurre deprisa mientras el silencio extraño se llena de caos.

—¡Basta! ¡Basta todo el mundo! ¡Kiera Amell será detenida hasta que esclarezcamos el asunto! ¡Es la decisión de vuestra Emperatriz y la acataréis!

El segundo guardia ya ha agarrado a Kiera del brazo cuando oigo que me llaman: ni mi título ni mi clan, mi *nombre.*

—Echo. —Es Alexa, que ha reaccionado por fin. Tiene los ojos hinchados, también los labios—. No puedes hacerle eso. Ni siquiera tú.

Sus palabras vibran unos instantes contra el bosque de bambú.

Me doy cuenta de que me afecta. Me hiere la forma en la que me mira. Me duele profundamente la manera en la que dice *tú.*

Y comprendo que ahora no puedo ser Echo.

Ahora, más que nunca, debo ser su Emperatriz; la de todos ellos.

Mi madre dejó de enseñarme a sobrevivir para mostrarme *cómo* gobernar.

—¡Lleváosla! —les digo a los guardias—. ¡Llevaos también al pirata hasta que se tranquilice! ¡Y traedme de una vez a la Bruja!

De pronto, Kiera reacciona.

Aparta al guardia de un empujón y acto seguido le da una patada que lo desestabiliza.

Una advertencia me late en las sienes. La médica ahoga una exclamación. Riku le grita desde el suelo que escape. Markel da un paso vacilante hacia ella, creo que decidido a ayudarla.

Y durante un instante de confusión pienso que vamos a tener problemas… pero Kiera no aprovecha el caos para escapar.

Podría hacerlo.

Probablemente yo no sea capaz de detenerla. Tampoco la líder

rebelde ni la médica.

Travis podría… pero no se atreve ni a mirarla; y no creo que se atreva a tocarla.

Y los demás quieren ayudarla.

Pero Kiera no intenta huir.

Algo que no parece meditado la arrastra de vuelta a la cama del capitán, donde se arrodilla y toma una de sus manos.

No hace ni dice nada. Tan solo se queda ahí, aferrándolo con fuerza, mirándolo con intensidad… hasta que el guardia se recobra, la agarra con mucha más violencia por los hombros y, esta vez, Kiera no opone resistencia.

Solo quería tomarlo de la mano unos segundos.

Una punzada de dolor intenta atravesarme, pero me niego a sentirlo. Aprieto los nudillos.

—¡No! —me grita Alexa—. ¡No puedes hacerlo!

Los guardias se llevan al pirata, que sigue protestando, y a la soldado, que no nos mira a ninguno a los ojos. Su mirada se ha quedado perdida en algún lugar de esa cama, donde también parece yacer una parte de sí misma.

—Silencio —ladro—. O los guardias te detendrán también a ti.

Markel se acerca a ella y le pone una mano en el brazo con suavidad, pero Alexa lo aparta y echa a andar hacia mí.

—¡¿Es que no ves que se trata de la misma mujer que quería dar la vida por nosotros?! ¡Esto es una barbaridad!

Consigue agarrarme de la tela del kimono, pero para entonces ya han llegado más guardias y uno de ellos la detiene.

Siento una punzada en el pecho cuando veo cómo la apartan de mí y ella grita y se revuelve, y en su expresión soy capaz de ver a la

misma mujer que burló el bloqueo y se arriesgó a la pena de muerte por mi Imperio.

Y sé que ese dolor es peligroso.

Tomé una decisión cuando vomité el veneno: acepté seguir siendo su Emperatriz, y eso tiene un precio.

La inminencia de las bombas, el miedo y la soledad me hicieron caer en la autocompasión. He sido blanda, he sido *débil*… y si quiero ser la Emperatriz que este Imperio de sombras merece eso debe acabar.

—¡Lleváosla también y recluidla con el pirata! A Kiera llevadla abajo, con el asesino. —Espero a que pase a mi lado y detengo al guardia que guía a la soldado—. Estará bajo arresto hasta que se esclarezca todo. Prepárese para dar explicaciones si quiere volver a ser libre, Amell-san.

Y cuando busco los ojos de Kiera, azules y profundos como un abismo en el mar y el vacío que anida en ella me devuelve la mirada, confirmo que no va a hablar por voluntad propia.

Tora Satake, mi esposo, llama a la puerta que comunica nuestros aposentos para entrar esta noche. Parece tan exhausto como me siento yo, pero hermoso a pesar de las ojeras, de los mechones despeinados que escapan de la cinta con la que se ata el cabello negro, o del peso que carga sobre los hombros.

Me encuentra sentada frente a una mesa de té llena de documentos, una tablet encendida y una botella de sake a medio consumir.

No me molesto en ocultarle los informes.

—Dicen que has encerrado a Amell-san y al matademonios —susurra, a modo de saludo.

Decido ser tajante; no tengo paciencia para esto.

—No es de tu incumbencia.

Tora no responde y eso me hace alzar la cabeza, esperando encontrar sorpresa; no lo hago.

—No lo es —coincide—. Solo quería saber cómo lo llevas.

Me hace un gesto para señalar la mesa y yo no puedo más que asentir.

Antes de tomar asiento, va hasta el mueble de las bebidas y agarra otro vasito de sake.

—¿Cómo lo llevo? —repito.

Se sirve con movimientos elegantes antes de dar un sorbo.

—No ha tenido que ser fácil encerrar a la heroína que nos ha salvado a todos.

No parece juzgarme. Tampoco está ofendido por cómo he intentado zanjar el asunto.

—Es lo que debía hacer, hasta saber… si era un peligro. Debo proteger a la gente de este Imperio. Es mi responsabilidad —contesto y la voz, que repite una consigna grabada a fuego en mis entrañas, me sale más dura de lo que pretendía.

Tora alarga el brazo para servirme sake.

—Me han contado lo de la recuperación imposible de Amell-san. —Asiente de forma solemne—. Sé que no es asunto mío, pero has hecho bien.

Eso me sorprende. Arqueo un poco las cejas y noto cómo parte de la tensión se disipa.

—Siento si he sido dura, pero están ocurriendo muchas cosas…

—No debes disculparte —replica él, con rapidez—. Ahora soy tu aliado. Estoy aquí para apoyarte. Puedes confiarme lo que necesites. Aunque no espero que lo hagas de inmediato, porque aspiro a ganarme esa confianza.

Le sostengo la mirada.

En el silencio que se abre entre los dos la voz de mi madre me llega como un eco lejano:

«En Palacio nadie será nunca tu aliado».

La advertencia me resuena en las sienes mientras tomo el sake que me ofrece.

—Está bien. Dime qué harías tú ahora con Amell-san.

Pero aliado o no, Tora Satake es inteligente, y si algo me enseñó mi madre es a usar todos los recursos a mi alcance.

Tora es una de esas herramientas; una muy valiosa.

Alza un poco el mentón y desvía la mirada, pensativo, antes de responder:

—Llama a la Bruja. Si la medicina no puede explicarlo, tal vez lo hagan los *kami.* —También él se sirve otro vaso de sake.

—Ya lo he hecho. Pronto estará aquí.

—Entonces, deja que los *kami* te digan si es o no una amenaza.

—¿Y si lo es?

Tora aprieta la mandíbula.

—Pones a salvo a tu gente y la eliminas.



4

KIERA

Palacio Imperial, Tokio

48 días para el solsticio de verano

Han pasado tres días desde que me encerraron aquí abajo y desde entonces me han interrogado ya varias veces. No han permitido que ni Markel, ni Riku, ni tampoco Alexa bajaran. Así que imagino que siguen sin estar de acuerdo con esto.

Aya ha venido todos los días; también Mitsuki. Travis también estuvo aquí, pero creo que no fue por voluntad propia. Debieron de ordenarle intentarlo, pero no insistió como los otros y se marchó enseguida.

También me han interrogado personas a las que no conozco, soldados de la Guardia Imperial y la Bruja Akane, que también hoy está frente a mí.

—No me estás dejando ayudarte, Amell-san —pronuncia, con voz

suave.

—¿Es que acaso puedes?

No espero una respuesta real; ya sé que no. Diga lo que diga no me sacarán de aquí, porque me tienen *miedo.*

También yo lo tendría. Lo he tenido mucho tiempo.

—Cuéntame cómo funciona para que pueda encontrar una explicación que satisfaga a la Emperatriz y te deje salir.

Akane ha pasado al otro lado de los barrotes y me mira desde arriba mientras yo permanezco sentada en el catre contra la pared.

Las celdas se encuentran en un nivel inferior del Palacio. No hay luz natural y la artificial es tan suave como para que las esquinas más oscuras supongan un peligro.

El resplandor de los fluorescentes le arranca destellos iridiscentes a un maquillaje intenso, de un magenta cromado que destaca sobre la piel oscura.

—Kiera —insiste, cuando ve que me quedo callada—. Tú sabías que ocurriría algo así si te quedabas a oscuras. Te salvaste en tu primera misión en el metro; sola y sin luz, abandonada a tu suerte. Más tarde sobreviviste a un avión estrellado… en una cueva, sin luz. Y, por último… tu columna, tus pulmones, tu cráneo… parecen bastante bien después de un diagnóstico fatal. Dijeron que morirías, el capitán Kellum te llevó a un cuarto oscuro y saliste caminando. Él también sabía que te curarías. —Akane me taladra con sus ojos oscuros, negros y almendrados—. Así que dime: ¿cómo? ¿Cómo lo sabíais?

Es la primera vez que alguno de ellos entra en la celda. Ninguno se ha atrevido. Ni siquiera me han sacado de aquí para interrogarme a solas, sin la presencia silenciosa que lo observa todo desde la celda

de en frente.

Creo que les da demasiado miedo tocarme.

—Existen… personas tocadas por los *kami*, también por los *yokai*, como tu amiga Anna, que tiene el arañazo de Raijū. Dime que es algo similar, Kiera. Dime que un *kami* te protege.

—¿Quieres que te diga que es un *dios*? ¿Una fuerza *divina*? —la provoco.

Akane inclina un poco el rostro, expectante. Sabe entrever la insinuación de mis palabras y el reto. Pero no parece tan asustada como los otros.

—Como he dicho, los *yokai* también nos dan a veces sus bendiciones, y no son malignas ni algo a lo que temer.

He de reconocerle el temple. El resto de personas con las que he hablado parecen mucho más perturbadas por mi mera existencia.

—No he sido tocada por ningún *kami*, ni tampoco por un *yokai*. No he sido bendecida por nada de nada. Puedes decirle a tu Emperatriz que tampoco tú has encontrado una explicación a esto, porque no hablaré más.

En ese instante se oye el chirrido de una puerta. Akane se gira hacia atrás y no aparta los ojos hasta que una figura irrumpe en este pasillo oscuro.

Escoltada por dos guardias, Echo Akiyama se presenta ante la celda ataviada con un kimono blanco. Estos días solo la he visto vestir en tonos negros, blancos y grises, siempre muy sobria y solemne… *Imperial.*

Imagino que va de luto por las muertes que hubo en el asalto al Palacio.

Hoy el kimono, que llega hasta el suelo, luce bellos motivos de

brotes de bambú.

La Emperatriz le hace un gesto a Akane. Esta me mira un segundo, como si me dijera «aún estás a tiempo», pero obedece cuando ve que no tengo intención de hablar y sale de la celda para dejar la puerta abierta y permitir que Echo me mire de frente.

Tiene las manos entrelazadas frente al regazo y una expresión imperturbable cuando me dice:

—El capitán Kellum ha despertado.

Me pongo en pie y los guardias dirigen la mano a la katana que llevan a la cadera.

No me muevo.

Sé lo poco que tardan en reaccionar cuando sienten que su Emperatriz está siendo amenazada.

—¿Está bien? —inquiero.

Después de que le drenaran la hemorragia, no había conseguido despertar. Le habían retirado la sedación, pero continuaba dormido.

—Está bien —confirma, sin mutar su expresión estoica—. Le hemos pedido que viniera, pero se ha negado. No quiere verla, no quiere escuchar su nombre.

El corazón se me detiene un segundo, solo uno.

Luego, lo comprendo.

Cierro los ojos con fuerza.

—Ojalá eso fuera verdad —le digo a Echo—. Porque significaría que está fuera de peligro, pero sé que miente.

Echo alza una ceja oscura.

—¿Por qué habría de mentir, Amell-san?

—Porque ese hombre estaba dispuesto a morir por mí —respondo, con aplomo. Siento un nudo difícil de digerir aferrado a mi garganta,

pero me esfuerzo por seguir hablando—. Lo peor es que me apena que sea mentira, porque ahora sé que todavía no ha despertado.

Echo me observa en silencio. También Akane, que mira a su Emperatriz sin murmurar palabra.

Le he dicho la verdad. Preferiría a Neal vivo y asustado como lo están todos. No me gusta esta alternativa donde aún lucha por su vida.

Por tu culpa, susurra una voz que me pone los pelos de punta.

—Creo que no le pedimos tanto, Amell-san —dice la Emperatriz. Echo ha venido cada día, a veces más de una vez—. Díganos por qué está viva.

En el silencio que se hace después el eco de un recuerdo golpea las paredes de esta celda, los barrotes, mi caja torácica.

Me encuentro hecha un ovillo en una cama en el centro de una habitación blanca, sin muebles ni decoración alguna salvo por este catre. No sé cuánto tiempo llevo sin dormir. Me pesan los párpados y hace rato que me quedé sin fuerza en los brazos y las piernas, pero no dejo que se me cierren los ojos porque las últimas veces que eso ha ocurrido se ha ido la luz.

Y sin luz llegan las anomalías, y con ellas el terror, el dolor… hasta que despierto en la sala médica, llena de cables y tubos. A veces, entera; otras, herida, pero no tanto como para no volver a ese cuarto una y otra y otra vez…

Me pellizco a mí misma, repito cada verso de la misma canción, me obligo a ponerme en pie aunque estoy exhausta… hasta que no puedo más y acabo recostada contra una pared. Me escuecen los ojos, me pesa el alma y durante un segundo, en ese margen donde los sueños penetran en la realidad, deseo que esta vez sea tan malo

como para que tengan que sedarme y pueda pasar unos días en el hospital y tener tiempo antes de volver a empezar…

Cierro los ojos, se va la luz… y las anomalías me atrapan.

—Kiera. —La voz de Akane me trae de vuelta al presente. Debe de ver algo en mi rostro, porque el suyo ha cambiado y ahora me contempla con curiosidad, pero también con preocupación—. ¿Necesitas algo? ¿Quieres agua?

—No habrá agua hasta que hable —replica Echo con dureza.

Akane se gira lentamente. Intenta adivinar si su Emperatriz habla o no en serio, pero no la contradice, no cuestiona sus órdenes; no, al menos, de forma verbal. Se limita a asentir con sutilidad, a dedicarme una última mirada y a alejarse de la celda, porque sabe que ya no puede hacer más por mí.

Yo me echo hacia atrás, apoyo la espalda en la pared y estiro las piernas sobre el catre.

En el camino, Akane se detiene un instante frente a la celda en la que tienen a Kai Inoue, el *casi* asesino de Anna.

Tampoco a él le dice nada, pero se queda un rato observando hasta que Kai le devuelve la mirada. Luego se aleja de nosotros con andar tranquilo.

—Cuando esté sufriendo recuerde, Amell-san, que este es el camino que usted ha escogido —me dice Echo.

Luego también la Emperatriz y los guardias se dan la vuelta.

Y Kai y yo volvemos a quedarnos a solas en las celdas.

Está sentado en un catre gemelo al mío, también con las piernas estiradas.

A él no han venido a verlo. No le han hecho preguntas, porque ya le confesó todo a Markel justo antes de que lo atraparan. A mí me lo

contó el pequeño genio cuando yo aún era libre.

En cuanto el chirrido de la puerta se oye las luces del pasillo se apagan una a una.

Clic.

Clic.

Clic…

Solo el resplandor de nuestras celdas ilumina los metros más cercanos. El resto del corredor queda completamente a oscuras: una medida mucho más eficaz que cualquier cerradura.

—¿Te has dado cuenta de lo que ha hecho Akane? —me pregunta entonces Kai.

No tiene buen aspecto. Está pálido desde ayer, tiene los ojos rojos y ya he visto cómo de cuando en cuando le atraviesan descargas que parecen calambres.

Se debe de meter alguna mierda, porque esto es un síndrome de abstinencia como una casa.

—No ha cerrado mi puerta con llave —contesto.

Me preguntaba por qué ella habría entrado en la celda. Ahora lo sé.

—Es una trampa —declara Kai.

—Lo sé. —Asiento y dedico un vistazo al corredor sin luz—. Quieren saber si puedo atravesar la oscuridad.

Kai arquea una ceja.

—¿Y puedes?

Una parte de mí me pide que guarde silencio, que me dé la vuelta en el catre, que me olvide de Kai, de la trampa, de la Emperatriz y de todos los demás.

Pero no lo hago.

—Creo que sí —respondo y ahogo en determinación el miedo que

me da pensarlo siquiera—, pero no servirá de nada, porque me estarán vigilando.

—No, si tomas un atajo —contesta y, lentamente, alza el rostro hacia el techo.

Repito el movimiento y descubro lo que está mirando Kai.

Podría mover las placas con facilidad y colarme por los conductos. No sería difícil volver a salir en otro punto, fuera de la celda y lejos de las cámaras que vigilan los pasillos.

Nadie se ha preocupado nunca por el techo porque ningún prisionero en su sano juicio se arrastraría en la oscuridad.

—De todas formas, no importa. No lograría salir sola del Palacio.

—Conmigo podrías —sugiere—. Todo lo que nos quitaron el primer día está aquí abajo. El guardia que se encargó de llevárselo se fue y volvió en menos de dos minutos, así que apuesto por algún cuarto contiguo. Encuentras el almacén, recuperas mi katana y mi cazadora, enciendes la luz e inutilizas esas dos cámaras de ahí. Vuelves a por mí y salimos por algún lugar sin vigilancia. Yo te sacaré de aquí.

—Tu celda sigue cerrada.

Kai esboza una sonrisa torcida.

—Y la cerradura está vieja y cansada —ronronea—. Déjame eso a mí.

Me quedo mirándolo y en ese lapso de tres segundos un temblor le recorre el cuerpo. Se recoge las piernas contra el pecho.

—Anna es mi amiga —le digo solamente.

—¿Así que te vas a pudrir aquí dentro por principios? —inquiere.

Los mismos que le pagaron a Linus Edwards para matarme le pagaron también a Kai para librarse de Anna. Cuando Markel me lo

contó dijo algo sobre Hikari, sobre un secuestro.

—Contéstame una cosa: ¿por qué lo hiciste? —Alzo la mano en cuanto abre la boca, para detenerlo—. Dime la verdad y me lo pensaré.

Kai se pasa las manos por el pelo negro, que lleva suelto y desaliñado. Nos han dado ropa limpia, y las mangas de la camiseta negra que lleva puesta dejan al descubierto dos brazos llenos de tatuajes y… una venda ensangrentada.

Markel dijo que se había enfrentado a uno de los *oni* que entró en el Palacio durante la batalla.

—Lo hice por Hikari —contesta, solamente.

Y su gesto se tuerce un poco al tiempo que vuelve a sufrir otro calambre. Se agarra el brazo herido y fuerza una sonrisa, pero yo me doy cuenta.

Estoy acostumbrada a los remordimientos en el espejo y sé reconocerlos cuando los veo.

—Tenían a tu hermana, ¿no? Los mismos que quisieron matarme a mí te pidieron que acabaras con Anna, y tú fingiste hacerlo.

—*Hermano* —me corrige, con severidad.

—Oh, perdón… —me disculpo enseguida y aguardo, pero no dice nada más—. Entonces, ¿lo hiciste por tu hermano? ¿Le rajaste el cuello a una chica inocente para que te lo devolvieran?

Veo ese tic en la comisura de su boca de nuevo. Un temblor breve antes de mostrarme una sonrisa condescendiente.

—Y volvería a hacerlo sin parpadear.

—No… —le llevo la contraria—. Sin parpadear, no.

Kai me devuelve la mirada y me reta a que sea yo quien aparte la mía.

Markel me contó lo que le había insinuado Kai, que el pago no era para que Anna muriera, y que por eso se contentó con dejarla medio muerta. Pero yo sé que habría sido mucho más fácil rajarle la garganta sin más. Calculó mucho la fuerza, el tacto… para que el corte no la desangrara hasta la muerte.

Tampoco creo que Anna hubiera tenido tiempo de enviarle esos mensajes pidiendo auxilio a Markel.

Fue Kai.

Kai envió esos mensajes antes de cortarle el cuello para asegurarse de que la salvaba.

Qué retorcido y qué terrible.

Una parte de mí quiere mandarlo a la mierda, pero otra lo entiende. Porque sé muy bien qué es estar dispuesto a cualquier cosa con tal de proteger a aquellos que amas.

Me pongo de pie en el catre, me alzo y pruebo a mover las placas, pero están bien selladas.

Kai se levanta también.

—Las patas de la cama —señala, sin tener que explicar más.

Yo obedezco. Le doy la vuelta al catre, desacoplo una de las patas metálicas y vuelvo a subirme a la esquina contraria para golpear las juntas de las placas hasta que ceden un poco y hago el resto del trabajo con las manos.

La muevo a un lado, me agarro a los bordes y me quedo colgando unos instantes para asegurarme de que sostiene mi peso.

—Cuando me trajeron había dos guardias junto a la puerta —dice antes de que me suba—. El interruptor está al otro lado. Tendrás que deshacerte de ellos.

Le dedico una mirada.

—No los voy a matar.

Se encoge de un hombro.

—Tú verás.

Resoplo.

Con mucho cuidado, me deslizo por el hueco y me encuentro en un pasadizo oscuro, con un sistema cubierto por el que deben ir los cables de la luz, y otros tubos de ventilación.

—Asegúrate de recuperar la cazadora —insiste Kai desde abajo.

La luz de la celda no es tan intensa como para que me sienta segura en el borde siquiera. Un instinto que se ha ido aferrando a mis huesos desde que tengo uso de razón me dice que huya y vuelva abajo.

Pero hay otra voz, una que oigo desde hace años, que me llama:

«Acércate. Acércate. Acércate».

Antes siempre cerraba los ojos.

Ahora, contengo el aliento y le devuelvo la mirada a la oscuridad.

Hago lo que ha propuesto Kai.

Calculo hasta posicionarme sobre el cuarto contiguo y me pego al suelo para escuchar. Voy probando hasta que estoy segura de que estoy sola y retiro ligeramente una placa para asomarme, pero necesito un par de intentos para dar con el almacén.

Tal y como ha adivinado Kai, aquí está todo: mi ropa sucia, mis botas militares, la cazadora de Kai y su katana.

Me pongo el cinturón en el que la lleva, me calzo las botas y lo único que recupero de mis cosas es el lazo dorado que me dio Neal. Me lo ato a la muñeca.

Luego, tomo la cazadora y, en cuanto me la pongo, lo noto en el bolsillo del pecho.

Un vial.

Con pastillas.

Debe ser la mierda que se mete.

Podría dejarlo aquí, pero soy consciente de que necesito a Kai para salir del Palacio, y si está con el mono…

Me guardo el vial y me pongo en marcha.

La siguiente parada son los guardias.

Me pego a la puerta y paso los próximos minutos escuchando hasta que me atrevo a abrirla un poco.

Kai tenía razón. Son dos; ambos de pie junto a la puerta del pasillo.

Cuento las placas del techo y vuelvo a subirme a los conductos mientras avanzo y rezo para haber calculado bien. Un error y me descubrirán antes de que pueda hacer nada.

Hago palanca con mucho cuidado y al oír un crujido espero un poco por si acaso. Luego, levanto lentamente el borde de la placa y cuando me aseguro de que no miran… actúo rápido.

La aparto a un lado, me agarro a los bordes y me descuelgo sobre uno de ellos con la placa entre las manos.

Aprovecho la inercia de la caída para darle un golpe en la cabeza con ella y el impacto lo deja fuera de combate al instante.

Me levanto a trompicones, consciente de que el tiempo corre en mi contra, justo cuando el otro guardia se lleva la mano a la cadera.

No le doy tiempo a desenfundar.

Me abalanzo sobre él y lo agarro del cuello por detrás, pero asfixiar a un hombre no es tan rápido como noquearlo. Primero intenta golpearme, luego advierto cómo se lleva la mano libre a la empuñadura de un cuchillo y he de tomar una decisión.

Lo desenvaino yo misma y se lo clavo en el hombro.

La sorpresa me concede unos segundos muy valiosos que aprovecho para agarrarlo más fuerte y, esta vez, consigo reducirlo.

Acabo jadeando en el suelo, incapaz de levantarme todavía.

Necesito unos segundos hasta ser capaz de ponerme en pie, guardarme el cuchillo, darle al interruptor de la luz para volver al techo y continuar con el plan.

Tengo que arrastrarme de nuevo hasta el fondo del corredor mientras ignoro la voz de mi instinto, que me pide que regrese ya a la luz. El reloj ha empezado a correr, y he de ser rápida cuando doy con las cámaras. No me ando con lindezas: reviento las dos de una patada y luego vuelvo a descolgarme.

Camino por el pasillo ya iluminado hasta la celda de Kai.

El matademonios me observa con una sonrisa triunfante antes de darle un golpecito a la puerta, que se abre para él como si no le hubiera costado nada.

La verdad es que me encantaría saber cómo ha forzado el engranaje sin unas míseras ganzúas.

—Has tardado mucho. Creía que te habías olvidado de mí. —Sus ojos se iluminan cuando ve que llevo puesta la cazadora—. Buena chica… —ronronea—. Sabía que podías hacerlo. Dame la katana y…

No le dejo acabar.

Desenfundo con rapidez y se la pongo bajo la garganta antes de dejarle atravesar la puerta de la celda.

Kai echa la cabeza hacia atrás, pero el sobresalto dura poco. Ni siquiera parece un poquito asustado cuando ordena:

—Baja eso, Amell. No quiero que te hagas daño.

—No estás en posición de dar órdenes, *Inoue.* —Aprieto un poco hasta que la hoja le hace sangre y solo entonces reacciona de verdad,

aunque parece más sorprendido que preocupado—. Hiciste mucho daño a Anna.

Los ojos de Kai bajan hasta la katana, que juraría que emite un resplandor muy suave.

Levanta mucho las cejas.

—Te hace caso… —murmura.

Frunzo el ceño.

—¿De qué hablas?

—Onimaru. Te está haciendo caso… Maldito desagradecido —escupe, sin dejar de mirarla—. Cuando te recupere voy a…

Hago un poco más de presión.

—Creo que no eres consciente de la gravedad de tu situación. Dame una buena razón para no hacerte exactamente lo mismo que le hiciste a ella.

Sus ojos, azules y astutos, me contemplan sin flaquear.

—No hay buenas razones para no matarme, Amell. Solo tengo razones egoístas, sucias y oportunistas.

Kai levanta un poco más el mentón, como si me concediera permiso para rebanarle la garganta, y veo algo en sus ojos que no me gusta; algo frío y desapegado que me recuerda demasiado a los míos.

Lo suelto de un empujón.

—¿Qué pasará cuando salgamos de aquí?

Kai se pasa los dedos por el reguero de sangre y la observa con cierta consternación.

—Ah… yo sé qué es lo que necesito hacer. ¿Qué necesitas tú?

—¿Qué quieres? —Ignoro su pregunta.

—Voy a cargarme al hijo de puta que secuestró a Hikari.

—El mismo que ordenó matar a Anna.

Kai deja de mirarse los dedos manchados de sangre para devolverme una mirada cargada de intenciones.

—¿Por qué? ¿Te interesa? —Sonríe un poco más—. No me vendría mal alguien con tu talento. ¿Qué quieres tú a cambio, Amell?

—Salvar Japón.

A Kai le da la risa. Suelta una carcajada corta y áspera que suena fuera de lugar en esta situación. Sacude la cabeza y pone los brazos en jarras mientras me observa con más curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque soy una soldado y es mi misión. Raine Andrews aún es una amenaza y mientras el Imperio se enfrente a una guerra civil no podrá defenderse del exterior. Quiero ayudar. —Hago una pausa—. A ti también te interesa que tu hermano se salve, ¿no?

Kai esboza una media sonrisa.

—Me ayudarás a acabar con Nomura y después te ayudaré a mantener Japón a salvo. Tenemos un trato. —Me tiende la mano mientras yo aún lo apunto con su propia katana.

—¿No es mucho esfuerzo por un solo hombre?

Se encoge de un hombro.

—Voy a matar a mi jefe, así que me voy a quedar sin trabajo. Tampoco voy a tener nada mejor que hacer.

Vuelve un poco la palma de la mano hacia arriba y agita los dedos, como si me tentara.

Al final, cedo.

Sé lo que es abrazar la oscuridad para proteger a un ser querido.

Aquí dentro ya no me queda nada.

Y necesito ayuda.

Qué importa si proviene de Kai Inoue, el asesino.

—Colaboraremos juntos porque te necesito, pero no seremos amigos. No seremos nada. Eres un medio para un fin.

Le devuelvo la katana, que atrapa rápidamente, y luego le doy el cinturón con su vaina.

—Sí, sí… De acuerdo…

Lo primero que hace cuando le devuelvo la cazadora y se la pone es palpar los bolsillos mientras su rostro, tan seguro y decidido, va perdiendo el color.

Me saco las pastillas del bolsillo y agito el vial frente a él.

—¿Buscas esto?

El paso adelante que da, brusco y poco meditado, despierta mis instintos y aparto las pastillas de él con una mirada de advertencia.

—Lo voy a necesitar para salir de aquí —murmura, con la voz ronca.

—¿Qué es? —le exijo saber.

Kai no medita si responder o no.

—La llaman *amai doku* o «veneno dulce».

Creo que necesita que se la dé cuanto antes.

—¿Es recreativa? —insisto—. ¿Depresora? ¿Estimulante?

—Para que tú me entiendas, funcionaría como un opioide que no te deja hecho polvo —me explica, con una calma que le cuesta cada vez más fingir—. Se lleva el dolor, del cuerpo y del alma.

Miro el vial y las pastillas.

—No es depresora —añade, y da un paso, impaciente—. No me va a dejar hecho una mierda en una esquina, no te preocupes.

Kai no aparta los ojos del vial. Procura permanecer sereno, pero la mano le tiembla un poco y yo… acabo dándoselo.

En cuanto se lo ofrezco me lo arrebata con rapidez.

—¿Cuánto tarda en hacer efecto? —le pregunto.

Lo destapa, toma una pastilla y se la traga antes de dejarme acabar la pregunta.

—El efecto es rápido, la muerte lenta —responde, y cierra los ojos con alivio.

Espero que no haya mentido. Si esto ha sido un truco para que le consiguiera sus drogas y no tiene intención de salir de aquí me voy a cabrear muchísimo.

Sin embargo, no se permite disfrutarlo demasiado.

—¿Te has encargado de los guardias de la entrada? —pregunta, saliendo al pasillo.

—Sí y tenemos que darnos prisa. Cuando se den cuenta de que las cámaras no funcionan intentarán contactar con ellos.

Ambos echamos a andar. Al otro lado de la puerta, los dos soldados siguen inconscientes en el suelo.

Kai los mira con atención, arquea las elegantes cejas y siento que está a punto de echarse a reír cuando se da cuenta de que están vivos. La sonrisa le baila con más facilidad en los labios desde que ha tomado el *amai doku*.

Se agacha junto a ellos, rebusca en sus uniformes y los desarma con diligencia hasta que encuentra una pistola demasiado oculta; puede que las órdenes de los guardias sean usar primero la katana, que también me tiende.

—¿Sabes usarla?

Me ato el cinturón y guardo la pistola en la cinturilla de los pantalones mientras me reprendo por no haber hecho esto mismo yo antes.

Mierda. Estoy demasiado alterada.

—Me las apañaré.

Kai se pone en pie y dedica una última mirada a los cuerpos antes de tomar el camino de la izquierda.

—¿Y cuando se den cuenta de lo que hemos hecho y vengan a por nosotros? ¿Vas a estar dispuesta a *defenderte*?

Kai se vuelve para observar mi reacción.

Entiendo enseguida qué me está preguntando.

—No vamos a matar a nadie para salir de aquí —le advierto.

—De acuerdo… —rezonga, y alza las manos—. Entonces será mejor que nos demos prisa.

Echa a correr y yo aprieto el ritmo también.

Enseguida nos cruzamos con el primer soldado. Kai lo noquea de un solo golpe antes incluso de que entienda que está siendo atacado. Le veo hacer un gesto, un movimiento rápido de muñeca mientras levanta su katana y me adelanto:

—Hemos dicho que nada de muertos.

Kai me dedica una mirada, arquea las cejas y vuelve a envainarla como si hubieran sido imaginaciones mías.

Esta vez, no nos paramos a desarmarlo; no hay tiempo.

Seguimos corriendo pasillo arriba, pero debemos detenernos cuando una patrulla entera pasa por delante de nosotros.

—No van a tardar mucho en darse cuenta —murmuro, con el corazón en la boca, y Kai debe de estar de acuerdo porque cambia enseguida de rumbo.

Continuamos recorriendo pasillos, tomando atajos y entrando en cuartos vacíos cuando escuchamos que se acerca algún civil. La siguiente vez que nos cruzamos de frente con soldados es muy

evidente que no están haciendo una simple ronda: nos están buscando.

Y la ansiedad crece.

Kai me insta a girar a la izquierda cuando llegamos a un ala que reconozco, a unos pasillos blancos que resuenan en la memoria de una pesadilla, pero yo lo agarro de la manga.

—Espera. Necesito hacer una cosa.

Kai frunce el ceño y se pega más a la pared.

Ya se siente movimiento.

No hay sirenas avisando de nuestra fuga, tampoco noto el caos que reinaba durante el ataque… pero se puede palpar la urgencia.

—No tenemos tiempo para ponernos sentimentales, Amell. —Adivina qué es lo que pretendo.

—Dos minutos —le pido.

Echa un vistazo por encima de mi hombro y me hace un gesto.

—Si se han dado cuenta de que hemos escapado ya habrán enviado guardias a su puerta.

—Si hay guardias daré la vuelta. No voy a poner a nadie en peligro de forma innecesaria.

Kai chasquea la lengua, pero acaba asintiendo y recorremos el pasillo. No reconozco las salas y durante unos segundos el pánico me invade porque me doy cuenta de que no voy a poder irrumpir en todas hasta que dé con él. Sin embargo, cuando alcanzo una puerta metálica, algo resuena contra mis costillas: unos golpecitos desacompasados que me provocan arcadas. Y sé que este es el lugar en el que Aya me dio la espalda; la misma habitación en la que Travis dijo que yo había *muerto.*

Me trago el nudo que se me hace en la garganta.

Empujo la puerta con cuidado y paso mucho más despacio que Kai, que se echa a un lado y se oculta dentro para asegurarse de que nadie nos mira.

Tienen la luz al mínimo y emite un resplandor blanquecino que ilumina las zonas a las que la luz del exterior no llega.

En medio de la sala, mi capitán yace en una cama.

Lo han desintubado. Las constantes son normales y la medicación, por los informes, ya no es tan fuerte como para que siga dormido.

Pero no ha despertado.

Me cuesta un poco respirar.

Me obligo a dejar los registros para acercarme a él. Ese cuerpo grande y elegante descansa ahora sin fuerza ni asomo de vitalidad. Y cuando sigo mirando arriba la vista de su rostro completamente inmóvil es un golpe mucho más duro que el disparo que recibí.

Tiene el pelo rubio un poco despeinado y un par de mechones más largos que el resto resbalan por su frente. Alzo los dedos y se lo peino. Su piel está cálida al tacto y no puedo evitar deslizar una caricia por su mejilla.

No sabía lo que hacía, pero tuvo una sospecha y no dudó en meternos en ese cuarto y apagar las luces.

Estar dispuesto a morir por una posibilidad minúscula…

—Qué valiente y qué estúpido, capitán Kellum —susurro.

Y me inclino para depositar un beso en su frente.

—Amell. —La voz de Kai me apremia sin decir nada más.

Contengo el aliento, me saco el lazo dorado que Neal me dio antes de nuestro vuelo y esta vez soy yo quien lo ata alrededor de su muñeca.

Le oprimo la mano unos segundos y cuando he de soltarlo soy

consciente de que nunca me ha costado tanto dejar un lugar.

—¿Tú no necesitas despedirte de nadie? —sugiero.

Kai me contempla unos segundos mientras parece meditarlo, pero enseguida tuerce el gesto y sacude la cabeza.

—No. De nadie.

No insisto.

Una cosa es estar dispuesto a lo que sea para salvar a una persona y otra muy diferente dar la cara por esos crímenes.

Atravesamos los pasillos blancos, evitamos a los guardias y solo tenemos que enfrentarnos a dos más antes de que Kai consiga llevarme a la salida.

Luego, abandonamos el Palacio Imperial y, con él, yo abandono a Neal.

光

5

MARKEL

Palacio Imperial

38 días para el solsticio de verano

—El gabinete de Raine Andrews ha confirmado esta mañana la identidad de los pilotos que comandaron el Scorpion V que hace dos semanas atravesó las popularmente conocidas como Cinco Puertas del Infierno. A los mandos de la aeronave, la soldado del Skytree Kiera Amell, que según las fuentes mantiene estrechos vínculos con la supuesta organización criminal de Alexa Lalanne. Como copiloto señalan al capitán Neal Kellum, que habría sido captado por la red de Lalanne mucho antes de su deserción. Sin embargo, cabe recordar a nuestros espectadores que ya se ha demostrado la falsedad de gran parte del material audiovisual que circulaba en la red sobre la activista Alexa Lalanne y algunos apuntan ya a la propia Raine Andrews como

instigadora de una campaña masiva de desprestigio. Andrews se ha negado a hacer declaraciones al respecto y tampoco se ha pronunciado sobre la acusación de la mismísima Emperatriz de Japón, pero sí ha hablado su jefa de prensa:

—Raine Andrews es presidenta de la Organización Internacional Para Preservar los Derechos Humanos. Sugerir que haría algo para dañarlos es una idea ridícula, fruto de una mente enferma que ha encontrado la forma de manipular a la propia Emperatriz de Japón.

—¿Qué opina del ataque que recibió hace dos semanas el Palacio Imperial? —inquiere una periodista.

—Cualquier acción violenta es siempre una desgracia, pero a veces es necesaria para impedir una tragedia mayor y llegados a este punto, con Lalanne manipulando las decisiones de un gobierno débil y la Emperatriz Echo Akiyama incapaz de reaccionar… mucho nos tememos que la guerra civil en Japón es inevitable. Lo que debería preocuparnos ahora es un conflicto a mayor escala.

—¿Qué quiere decir?

La jefa de prensa hace una pausa, como si se pensara contestar o no.

—Si esos criminales han sido capaces de cruzar las cúpulas con un transmisor de radio, ¿por qué no hacerlo con bombas nucleares?

Estalla el caos en la rueda de prensa. Suenan *flashes*, otros reporteros dejan de respetar los turnos e intentan hacer más preguntas que ella ignora hasta que parece escuchar algo que le conviene responder.

Toma uno de los micrófonos y se lo acerca mucho a los labios pintados mientras mira a cámara directamente.

—Echo Akiyama es una mujer muy poderosa que está siendo

controlada por una mente profundamente trastornada, y la Historia nos ha enseñado numerosas veces lo que ocurre cuando la locura encuentra un aliado en el poder: la destrucción está asegurada.

No averiguo qué pregunta la reportera, porque un ataque de ira me hace agarrar con fuerza el vaso que tengo en la mano y lo arrojo contra la pared a unos centímetros de la pantalla.

El cristal se hace añicos y Riku y Alexa dan un respingo.

—Eh, Markel…

Pero no son ellos quienes me preocupan.

Hikari me contempla con los ojos negros muy abiertos y el cuerpecito listo para salir corriendo, con las manos crispadas sobre los reposabrazos del sillón y los pies ya en el suelo.

En cuanto lo veo se me encoge el corazón.

—Lo siento —me disculpo—. No quería asustarte.

—No lo has hecho —contesta enseguida, pero yo veo cómo vuelve a reclinarse y abandona el plan de fuga.

Ha estado así desde que le contamos lo de Kai: asustado y huidizo… por no hablar de los síntomas físicos.

Aya lo ha tenido bajo control, pero pasa muchas horas en el ala médica y nada de lo que le dan, incluso con los recursos de la Emperatriz, parece frenar durante demasiado tiempo lo que le pasa.

Se cansa, dice que le duele *un poco* el cuerpo, aunque yo estoy seguro de que le duele mucho. Tose, le cuesta respirar y ha pasado días enteros sin poder moverse de la cama.

Muchas de las salas del Palacio Imperial cuentan con luz traída del sol y decidimos probar. A diferencia de la artificial, tiene propiedades beneficiosas para la salud. Revierte los efectos nocivos de la otra: mejora el insomnio, los calambres musculares, el dolor

nervioso… Pero no funcionó. Por eso, cuando Anna se recobró un poco, se ofreció a usar directamente su don.

Fue arañada por *Raijū,* el *yokai*, y al igual que los árboles sagrados, es capaz de generar luz divina, pero ni siquiera eso ha dado resultado.

Markel tiene una mutación rara de la gripe blanca. Aya dice que es incurable. Le he contado que su hermano le inyectaba algún tipo de medicamento para controlarla, pero no está segura de qué puede ser. Hikari sabe aún menos.

Y sigue enfermo; mucho más de lo que lo estaba con su hermano.

Hikari se da cuenta de cómo lo estoy mirando y aparta los ojos con un gesto brusco.

Yo también me obligo a dejar de observarlo.

En la pantalla, la sala de prensa vuelve a llenarse de gritos ansiosos y la retransmisión se corta para regresar a la reportera que está hablando de Kiera y de Neal.

Ahora muestra fotografías de ambos. A juzgar por el aspecto, deben de ser parte de sus fichas de soldados.

—Ni siquiera lo han negado abiertamente —masculla Alexa—. Dicen que jamás atentarían contra los derechos humanos, pero ¿qué hay de un exterminio por el *bien común*? Se escudan en los matices para poder desarrollar la narrativa que más les conviene.

La misma ira que me ha trepado antes por las manos vuelve a tensarme los músculos.

Alexa tiene razón. Allí fuera Raine Andrews puede decir lo que quiera y nosotros… nosotros no podemos defendernos.

Nos hemos reunido en una de las salas que ya empieza a ser un rincón habitual de los Rebeldes; al menos, de los que no hemos

abandonado el Palacio, pues muchos han dejado a Mitsuki para volver con sus familias ahora que se avecina la guerra.

Esta habitación es una de las más modernas del Palacio, con una pantalla que prácticamente abarca una pared entera y que cada día trae noticias nuevas del exterior:

El silencio de Raine Andrews, las pruebas sobre la campaña de desprestigio contra Alexa, los comentarios sobre el mensaje de radio de la Emperatriz, que todos sabemos ya de memoria, y los avances de lo que parece una guerra civil en toda regla.

Unos golpecitos en el marco de la puerta me hacen girarme hacia la entrada.

«¡Anna! ¿Cómo estás?», pregunto, en lengua de signos.

Despertó hace diez días, cuando Kai y Kiera escaparon.

Sigue llevando un apósito en el cuello, pero no queda nada de la fragilidad que había en ella mientras estaba inconsciente; se ha esforzado mucho para que así sea.

—Bien —contesta en voz alta, para que todos la entiendan—. ¿Hay noticias de Kiera?

—Nada nuevo —responde Riku—. Los telediarios no hacen más que repetir lo mismo una y otra vez: que si el lavado de cerebro, que si sus vínculos con Alexa, que si las bombas de luz… No tienen ni idea de que Kiera ya no está con nosotros.

Las noticias nos muestran imágenes de batallas abiertas entre la policía comprada de Andrews y los soldados de Echo.

Han pasado casi dos semanas desde el asalto y desde entonces ninguno de nosotros ha podido hacer *nada.*

Por lo que sabemos, la Emperatriz tiene las de ganar frente a las fuerzas armadas de Andrews. Desde el intento de golpe de Estado,

no ha vuelto a darse un ataque similar en Tokio, pero no es así en el resto de Japón. Allí donde el poder militar de Echo es más débil, Andrews ataca con más fuerza.

Me pongo en pie con frustración y camino hasta la pantalla para apagarla. Luego voy a tener que recoger estos cristales.

—Si no hago algo en las próximas horas voy a perder la cabeza.

—¿Y qué quieres hacer? —inquiere Riku—. ¿Quieres luchar? ¿Quieres ser parte del ejército de la Emperatriz? Ya no podemos hacer nada. Cumplimos nuestro cometido, ¿recuerdas? Rompimos el bloqueo, Kiera lo hizo, y ahora ella…

—Ha sido traicionada —termina Alexa por él. Todos guardamos silencio—. ¿Creéis que está con…?

—No —zanjo yo. No quiero escuchar su nombre—. Antes de que la encerraran le conté que había sido él quien… —Un vistazo a Anna me basta para saber que no debo terminar—. Puede que colaboraran para salir, pero Kiera no podría ignorar lo que ha hecho…

Anna está apretando los puños a ambos lados del cuerpo, pero en cuanto se da cuenta de que todas las miradas recaen sobre ella se yergue un poco y alza el mentón.

De pronto, Hikari se pone en pie y echa a andar hacia la puerta todo lo rápido que el cuerpo le permite.

—Yo ya me iba…

—¡No! ¡Hikari, espera!

Pasa junto a Anna sin atreverse a mirarla.

No es la primera vez que huye de su presencia.

Está triste, enfadado y mortificado; porque aunque nadie le haya contado por qué hizo aquello su hermano, no es tonto.

Anna lo agarra y lo detiene.

—¿No quieres ver una película con nosotros? —sugiere, con la voz un poco ronca.

Hikari agita la cabeza con fuerza y se suelta casi con demasiada violencia antes de alejarse como puede.

Anna suspira y deja caer los hombros con pesadez.

—¿Una película? —pregunta Riku, con sorpresa.

Anna camina hasta el sofá en el que está y se derrumba a su lado sin demasiado cuidado. El pirata se mueve enseguida y veo el gesto apurado de sus manos, como si intentara amortiguar la caída en el sofá, como si Anna pudiera desmontarse en cualquier momento… Yo también me siento así cuando la miro.

—Yo qué sé —contesta—. ¿Qué vamos a hacer si no, eh?

Tiene razón. Aquí dentro tenemos las manos atadas.

—Deberíamos buscar a Kiera —dice Riku, asegurándose de que Anna le lee los labios.

La mención a Kiera, de nuevo, vuelve a caer sobre todos como una losa.

—¿Y por dónde empezamos? Si las cosas están tan mal ahí fuera… —dice Anna.

No termina. No hace falta.

Todos guardan silencio y yo miro el vaso hecho añicos en el suelo sintiendo que algo dentro de mí sufre la misma suerte.

Oigo un *crac, crac, crac*… que me hace querer gritar y no puedo más.

—Voy a ver a Hikari —anuncio, pero no llego muy lejos.

Antes de que salga por la puerta, un soldado con cara de malas pulgas se acerca a nosotros.

—Mi capitán quiere saber si conocen a Akram Utagawa.

Todos guardamos silencio.

—Lo tomaré como un «no» —sentencia, sin esperar, y cuando está a punto de dar media vuelta Anna lo detiene.

—¡Espere, espere…! Sí. Lo conocemos.

El soldado nos mira con desconfianza y nos pide que lo sigamos.

Riku no se mueve.

—Yo paso —declara—. Y vosotros deberíais pasar también.

La última vez que vimos a Akram Utagawa, Riku le cruzó la cara de un derechazo porque habló más de la cuenta de Ruby O'Tool, nuestra antigua aviadora, y de mí.

A Akram nunca le ha gustado lo que hacemos los Rebeldes. Siempre le ha parecido un sinsentido. Nos cree débiles e ingenuos, y aquel día, enfadado y asustado por lo que le había ocurrido a Anna, fue especialmente cruel conmigo. Por eso le pegó Riku.

—Akram conoce a mucha gente, tiene recursos… Quizá nos sea de ayuda —opina Anna.

Cuando despertó y preguntó por el contrabandista, le conté lo ocurrido. Creo que le decepcionó, pero no pareció sorprendida.

Riku bufa.

—Es un oportunista que nunca ha creído en la causa. Si nos ha apoyado alguna vez ha sido solo por ti.

—¿Qué más da por qué lo hace si ayuda a los Rebeldes? —inquiere ella—. Voy a ver qué quiere.

—¡Espera! —le pido—. Te acompaño, pero me quedo fuera.

Necesito hacer *algo.*

Coincido con Riku: no podemos fiarnos de Akram, porque nunca ha creído en nosotros, pero Anna también tiene razón en una cosa: tenemos que aprovechar cualquier ayuda que nos brinden.

Tomiko Murase, la mano derecha de la Emperatriz, nos está esperando junto a los *fusuma* de una sala custodiada por guardias para decirnos que Akram tiene permitido hablar con nosotros, pero que no puede quedarse.

Al parecer, lleva días buscando a Anna. Le han dejado pasar tras mucho insistir en que podía servir a la causa Rebelde.

Ojalá tuviéramos causa, pienso.

Yo me quedo fuera, apoyado contra la pared de enfrente, donde los dos guardias imperiales no me quitan el ojo de encima hasta que Anna vuelve a salir.

Ha tardado poco, y no creo que eso sea buena señal.

No se detiene al pasar a mi lado y he de echar a andar para alcanzarla.

—¿Y bien? —pregunto.

Anna resopla.

Parece contrariada.

—Es terco —responde, sin dejar de andar.

—Así que… solo quería verte. Riku tenía razón. No quiere ofrecernos nada.

—Nada de nada. De momento —añade, con una determinación que no me pasa desapercibida.

Me detengo, obligando a Anna a pararse también en medio de un pasillo desierto.

«¿Te gusta Akram?».

Anna advierte la expresión, las cejas arqueadas con escepticismo.

Es encantadora. Cae bien, siempre ha sido así. Ha jugado esa baza a su favor otras veces, igual que ha hecho con Akram antes.

«¿Otra vez con lo mismo?», replica y aguarda, pero yo no cedo y

ella acaba suspirando y dejando caer los hombros. «Puede que despierte algo de curiosidad en mí… Es muy guapo, ¿no? Y conmigo es simpático… pero no creo que quiera nada serio con él».

«Me da la sensación de que él no lo sabe».

«No. No lo sabe… Y no va a saberlo todavía».

—Anna… —la reprendo.

Inspira con fuerza y se muerde el labio inferior antes de murmurar, en voz baja:

—¿Tan mal está que quiera mantenerlo cerca… por la causa?

Arqueo una ceja, pero no puedo resistirme: esos ojos grandes, la mirada culpable, y esa forma de morderse el labio inferior…

Me echo a reír.

—Sí. Está fatal, Anna.

Ella suspira con teatralidad, sin duda aliviada por mi risa.

—Volveré a ser una chica respetable cuando acabe la guerra —sentencia.

Y echamos a andar de nuevo.

No le pega hacer esto. Tirar de encanto para conseguir algo es una cosa, pero… le está dando esperanzas por interés.

Supongo que estamos todos desesperados.

Yo no insisto, porque no puedo dar lecciones de moral a nadie.

Cuando Anna regresa a la sala con los demás yo voy en busca de Hikari.

Lo encuentro en su cuarto, ya tumbado sobre la cama y con una novela gráfica abierta en el regazo.

La aparta en cuanto me ve entrar, pero no dice nada.

También el día que sucedió todo me miró de forma parecida. Había oído el caos, pero nadie quería o *podía* contarle nada.

Yo no tuve agallas para hacerlo; no hasta que Kai se escapó unos días después.

«No tiene sentido. Kai no haría daño a nadie, ni mucho menos a Anna. ¡Es Anna! ¡Fueron compañeros! ¡La conocía! ¿Cómo iba Kai a…?», me había dicho.

«Es repartidor…», murmuraba, sin dar crédito. «Estaba trabajando. Me dijiste que…».

«Debe ser un error. Déjame hablar con mi hermano».

«Ha huido», acabé diciendo.

Tuve que confesarle que esos tres días Kai había estado preso mientras decidíamos qué hacer con él.

No ha dejado de mirarme de esa forma desde entonces, con ojeras bajo los ojos enrojecidos, mirada cansada y huidiza, y esa mueca de dolor… Se siente engañado y triste y solo… un poco como me siento yo.

—¿Cómo estás? —le pregunto ahora.

—Bien —responde enseguida.

Tiene el gesto un poco más duro que de costumbre; la mandíbula tensa, el ceño fruncido…

—¿Puedo sentarme? —Espero a que me lo confirme con un gesto y tomo asiento a su lado—. Lo que hizo tu hermano no tiene nada que ver contigo. Anna no te culpa —me atrevo a decirle.

Hikari me devuelve una mirada consternada, como si mis palabras lo hubieran asustado.

—¿Por qué no? Kai intentó matarla por mí, ¿no?

Sí que ha atado cabos.

Tomo aire.

Hablar de esto también me cuesta. Solo pensar en Kai hace que

quiera arrancarme la piel a tiras.

—En realidad, no quería matarla. Creo que solo quería dejarla incapacitada.

Su sonrisa se contrae en una mueca.

—Le rajó la garganta —suelta, y esas palabras en su boca me parecen absurdas, fuera de lugar—. ¿Cómo pudo rajarle la garganta a una persona?

El tono suave, los ojos asustadizos y esas manos pequeñas que se retuercen sobre el regazo me comprimen el pecho.

Yo tampoco tengo una respuesta cuerda.

—Creo que todos hacemos locuras algunas veces, sobre todo cuando sentimos que no tenemos opción. —Se me revuelve el estómago en cuanto se lo digo.

Me duele justificarlo. Una parte de mí, una más racional y templada, quiere darle sentido a todo esto; pero hay otra que salta ante cada mención de Kai, que se agita y se retuerce y lucha contra la idea de encontrar algo de cordura en el horror que nos ha obligado a vivir.

—No era quien yo creía —susurra y se mira los dedos—. ¿Qué voy a hacer ahora?

Por el aspecto de sus ojos, diría que no ha dormido mucho los últimos días, pero no sabría decir si es por la enfermedad o si lo ocurrido con su hermano lo mantiene en vela.

Qué solo debe sentirse.

Alargo la mano y tomo la suya.

—Tu hermano te quiere —me obligo a decir, aunque la voz me sale áspera—. Independientemente de lo que haya hecho, lo que ha compartido contigo, vuestro vínculo… es real.

Hikari levanta los ojos lentamente y la forma en la que me mira me rompe del todo.

—¿Cómo va a ser real? Es un *asesino*… —Su voz se quiebra un poco al final, pero no hacia la pena o la tristeza. Se vuelve más dura, más violenta, y yo me tenso porque entiendo esa emoción, pero no sé qué hacer con ella.

También a mí me mantiene en vela, enfadado y lleno de un resentimiento denso y profundo.

¿Cómo ha podido hacerle eso a Anna?

¿Cómo ha podido mentirnos?

¿Cómo se ha atrevido a abandonarnos?

Cierro los ojos unos instantes, pero eso no hace desaparecer el escozor.

—Sobre lo otro… No tienes de qué preocuparte. Aquí vamos a cuidarte. Aya sigue buscando una forma de frenar lo que te ocurre y los demás… vamos a apoyarte. Todos nos hemos quedado sin hogar, pero la Emperatriz…

Me aparta la mano de un golpe y se pone en pie con brusquedad.

—¿Qué me importa a mí eso? ¡Estoy solo! —grita.

Me quedo callado.

Hikari está destrozado porque no entiende lo que ha hecho su hermano, y está enfadado porque se siente abandonado.

Me pongo de pie y no le doy margen a protestar antes de envolverlo en un abrazo. Intenta apartarme, pero se detiene en cuanto el llanto lo atraviesa. Hikari se echa a llorar amargamente mientras se aferra a mi camiseta con sus pequeños dedos y yo le acaricio el pelo.

Ahora que ya hemos roto el bloqueo el Imperio no necesita nada

de mí. No puedo ayudar a mis amigos, ni a la gente. En una guerra abierta no valgo nada. Tengo miedo, me siento vacío y frustrado y la única persona en la que quiero apoyarme le ha rajado el cuello a mi amiga y se ha largado.

Debo de ser una persona horrible, porque lo peor de todo es que a veces me duele más su ausencia que su traición.



6

NEAL

Palacio Imperial

38 días para el solsticio de verano

En el sueño, Kiera camina hacia la oscuridad del mar y yo intento seguirla sin éxito. Echo a correr, pero no avanzo y la tormenta es cada vez más intensa; las nubes del cielo, más densas; el viento, más fuerte…

Cuando abro los ojos y la luz me hiere tengo la mano alzada hacia una pared. En mi muñeca, veo un lazo dorado que parece fuera de lugar y que despierta algo en mí. Un pitido insistente se acelera y me taladra los oídos, y entonces comprendo que es mi pulso.

—¡Neal! —exclama una voz conocida.

Intento enfocar la vista, pero no lo consigo.

La figura se levanta y corre hacia una puerta.

—¡Neal ha despertado! ¡Llamad a Aya! ¡El capitán Neal Kellum

está consciente!

Trato de concentrarme y me aferro a esas palabras.

Consciente.

¿Por qué no debería estarlo?

Miro a mi alrededor mientras mis ojos se acostumbran y me fijo en las paredes blancas, el monitor junto a la cama, la vía conectada a mi mano…

Y antes de que lo pueda entender un nombre acude a mi garganta como si se hubiera quedado aferrado a ella.

—Kiera…

Mi voz suena raspada, tan ronca que apenas es inteligible.

Travis, que ha corrido a mi lado, me contempla con gravedad.

—Kiera… —repito y entonces, cuando su gesto se contrae, comprendo que sí me ha entendido.

Un terror gélido me baja por la columna, un miedo como el que nunca antes había sentido se adueña de mí y trae de vuelta todos los recuerdos:

La bala que era para mí.

La sangre.

Sus gritos…

La vastedad del océano más profundo amenaza con tragárselo todo.

Me arranco la vía y me pongo en pie, pero Travis está preparado para agarrarme por los hombros y empujarme hacia atrás.

—¡Neal, no! ¡Espera! ¡Espera a que venga Aya! ¡Te vas a hacer daño!

Intento apartarlo de un empujón, pero en cuanto sus manos me sueltan me fallan las piernas y no puedo hacer nada cuando me

recoge de nuevo y me deja apoyado en la cama.

—¡Llevas dos semanas postrado! ¡No puedes irte! ¡No puedes…! —Se detiene cuando alguien llega a la carrera a la habitación—. ¡Hazlo entrar en razón, Aya!

Me giro hacia la médica, que echa un rápido vistazo a los monitores antes de acercarse a mí y apoyarme una mano en el hombro.

—No puedes levantarte todavía, Neal —me dice, con suavidad—. Tienes que tomártelo con calma. No puedes, no debes…

—¿Kiera? —insisto.

Mi voz es de cristal, uno afilado y cortante, que no solo me hiere la garganta a mí. También a ellos parece dañarlos y eso hace que el miedo se haga más fuerte y denso, casi corpóreo. Lo siento como una presencia a su lado, uno más en la habitación, mirándome sonriente con una boca llena de dientes.

Aún me siento desorientado y mi mente trata de encajar todas las piezas, pero ese miedo es tan nítido como para que recuerde lo peor.

—Kiera está viva —dice Aya por fin.

Y solo entonces respiro.

El miedo se disipa un poco, pero no por completo. No cuando siguen mirándome de esa forma.

—¿Qué le ha pasado?

Recuerdo la desesperación, la carrera con ella en mis brazos, el cuarto, las luces que apagué de una en una… Sabía lo que me pasaría y, aun así, no me importó. Solo me importaba ella, frágil, rota… mientras yo me sentía completamente impotente, sin nada que pudiera salvarla salvo esa remota y demencial posibilidad.

Acerté.

—Está sana, Neal. Se salvó. Se recuperó… —añade, y toma aire—. Al menos, estaba bien cuando se marchó.

—¿Qué?

Aya aprovecha el desconcierto que eso me provoca para hacerle un gesto a Travis y entre los dos me devuelven a la cama, me suben las piernas que no me responden bien y la médica me toma la mano para limpiar la herida que me he abierto al arrancarme la vía.

—Kiera escapó hace más de una semana —susurra, sin mirarme. Se concentra mucho en mi herida—. No sabemos dónde está.

—¿Se escapó? ¿Por qué iba a hacer eso?

No tiene sentido. No cuando yo estaba en una cama de hospital. Si le ordenaron quedarse y ella tenía otros planes pudo haber incumplido órdenes, pero… ella no es de las que abandonan a un compañero caído.

Me quedó claro desde su primera misión.

Sacudo la cabeza, pero el movimiento me aturde aún más.

Aya y Travis comparten una mirada y es el soldado quien se atreve a abrir la boca.

—Se negaba a contarnos lo que había ocurrido, la Emperatriz la encerró para forzarla a *hablar,* pero no quiso hacerlo y tres días después se escapó con Kai Inoue, que también estaba preso por haber intentado matar a Anna Sinden, la aviadora…

Miro a Aya, porque entiendo lo que Travis me dice, pero no consigo hilar las ideas.

La médica me da la espalda y empieza a preparar otra vía para ponérmela en la mano contraria.

—¿Encerrada? —repito.

Travis baja la mirada y eso me lo confirma. La rabia se abre paso a

través de mí en oleadas violentas.

—Repítelo —le reto.

Travis alza la mirada.

—Repítelo, sargento. Es una *orden.*

Traga saliva.

—Ya sé que Aya ha dicho que estaba bien, pero… Neal, Kiera estaba *muerta.* Sea lo que fuere lo que salió de esa habitación, esa cosa no era…

No puede detenerme.

Le cruzo la cara de un puñetazo bastante torpe y me abalanzo sobre él.

Aya grita y pide ayuda, pero Travis no la necesita. Estoy tan débil que, tras la sorpresa inicial, podría apartarme cuando quisiera. No lo hace porque no quiere hacerme daño. Forcejea de manera burda cuando me levanto, lo agarro por las solapas de la camisa y lo pongo contra la cama. Estoy a punto de volver a pegarle con las pocas fuerzas que me quedan cuando unos guardias me llevan de vuelta al catre.

—No quiero sedarte —me dice Aya, con tono serio—, pero lo haré si te pones en peligro.

Miro a Travis de reojo, que se limpia la sangre que le chorrea de la nariz con la manga.

—¿Encerrasteis a Kiera? —pregunto de nuevo, con la voz ronca.

—No nos quedó otra opción —responde Aya—. Sabes que aprecio a Kiera, pero… Neal, tú oíste el diagnóstico y aun así salió caminando de ese cuarto.

También a mí me falta el aliento.

Apenas me he movido, pero me cuesta respirar y tengo la

sensación de que las piernas no volverían a sostener mi peso si lo intentara.

—¿Y qué? —inquiero, con sequedad.

Aya parpadea y les hace un gesto a los guardias para que vuelvan a dejarnos a solas.

—¿Cómo que *y qué*? —interviene Travis. Se ha dejado un reguero de sangre sobre el labio—. ¿No te das cuenta? Mírate. Casi no lo cuentas.

—Sabía lo que hacía cuando entré en esa habitación.

Aya ladea la cabeza. Tiene el moño rubio un poco despeinado y la piel más pálida que de costumbre.

—¿Lo sabías? —repite, con un tono de voz muy suave.

Los miro alternativamente y ambos me observan de manera similar.

Encerraron a Kiera.

La metieron en una celda para que les contara… ¿qué? ¿Por qué estaba viva?

—Sabía que yo moriría —improviso. No me cuesta decirlo porque aún recuerdo cómo me sentí aquel día. Había visto los vídeos del Scorpion de Markel, el estado del fuselaje y el lugar en el que Kiera viajaba. Y una posibilidad, una pequeña y recóndita y absurda me hizo llevarla a la oscuridad, pero la parte más racional de mí creía que los dos moriríamos en ese cuarto… y me parecía bien; aunque eso no se lo cuento—. Estaba dispuesto a aceptar la muerte, tanto la suya como la mía. Ahora me decís que no solo está viva, sino sana y salva, ¿y que la habéis tratado como a una criminal?

Aya tarda un rato en responder.

—A mí tampoco me gustó —responde, vacilante—. Pero debes

entenderlo. Eres capitán, Neal. Sabes que a veces hay que tomar decisiones difíciles para proteger a las personas a tu cargo. Es lo que hizo la Emperatriz.

—Y encerró a Kiera, que había estado dispuesta a morir por todos nosotros.

Cuanto más lo digo, más ridículo me parece.

Miro a Travis y lo reto a que vuelva a decir que esa no era Kiera, pero no se atreve.

—Entonces, ¿no sabes cómo su cuerpo sanó milagrosamente?

Una pequeña parte de mí se pone alerta, como un lobo que levanta las orejas, se agazapa en la espesura y observa.

—Ni lo sé ni me importa —respondo.

Aya asiente como si tampoco le importara demasiado, pero esa parte de mí que es más instinto que razón ya ha despertado, y no se quiere ir a dormir.

No puedo contarles lo que pienso de verdad, ni hablarles de esa idea que me empujó a llevarla a un cuarto oscuro que habría matado a cualquier otro.

Antes de que la médica pueda insistir y yo deba volver a darle largas, unos golpes en la puerta hacen que los tres nos giremos y un guardia entra de forma atropellada con una pantalla entre las manos.

—Es para usted, capitán.

—¿Para mí?

El soldado asiente.

No lleva la ropa de los guardias. Más bien, parece…

El uniforme del Skytree.

Tomo la pantalla con curiosidad y acepto la conexión.

Al otro lado un rostro serio, de piel morena y pelo cano y bien

peinado hacia atrás, me devuelve una mirada oscura. Viste traje y tiene las manos cruzadas bajo el mentón de forma elegante pero distraída.

—Capitán Kellum. Es un placer conocerlo por fin, aunque habría deseado que fuera en otras circunstancias.

Yo sí que lo conozco a él.

—Moe Standen —susurro.

La voz aún me raspa al salir por la garganta.

—Bien. Sabe quién soy. Eso nos ahorrará las presentaciones. No tenemos mucho tiempo.

Frunzo el ceño, aún perdido.

—¿Tiempo para qué?

Standen baja las manos, pero continúa con los dedos entrelazados sobre un escritorio de madera oscura.

—Para recuperar el Skytree de manos de Raine Andrews, por supuesto. Como usted mismo descubrió antes de desertar, los altos mandos eran corruptos y los soldados… se han dejado llevar. Cuando un superior te da órdenes lo lógico es cumplirlas, aunque estas atenten contra el propio sistema.

Aparto la mirada de la pantalla para echar un vistazo a Travis y a Aya.

—¿Qué es esto?

—Moe Standen lleva días tratando de colaborar con la Emperatriz —responde Travis—. Standen tiene razón: muchos acatamos órdenes sin entender lo que ocurría. Después de la incursión a Palacio algunos se rindieron y se quedaron aquí, otros han continuado trabajando para Andrews y los demás… han huido. Han intentado reorganizarnos, pero no hay un mando claro.

Un carraspeo me hace devolver la vista a la pantalla.

—Capitán Kellum. —La voz es calmada, el tono templado, pero esa mirada oscura clama ira, una gélida y desapegada—. Fue un militar modélico hasta su más que justificada deserción. Seguro que recuerda qué papel cumplo en la jerarquía como CEO del Skytree.

—Es mi general, la máxima autoridad.

—Entonces sabrá mostrarme el respeto que merezco, al menos dirigiéndose a mí mientras aún me tiene enfrente.

Lo miro de hito en hito.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Seré directo, capitán Kellum —empieza, con una sonrisa que no le llega a los ojos—. Usted es uno de los pocos oficiales de su rango en el que puedo confiar. Muchos de sus superiores fueron comprados y otros, como le ha dicho su sargento, han desertado. El Skytree ha sido tomado por la facción rebelde de nuestro propio ejército y necesitamos restablecer la paz. Mis fuerzas respaldan a la Emperatriz; pero no puedo ayudar si mi ejército se desintegra. Sus amigos le confirmarán que la situación en Japón requiere medidas.

—Es cierto —reconoce Aya—. Desde el ataque a Palacio no se ha dado un enfrentamiento directo en Tokio, pero sí ha habido pequeñas escaramuzas en otras regiones; hay controles militares, soldados patrullando las calles… y todo el mundo está asustado. La gente se atrinchera en sus casas. En algunas zonas ha habido apagones… Muere gente, Neal. Y hay que acabar con esto cuanto antes.

Los miro a los tres alternativamente.

—La Agencia Hawk no entrena soldados para ir a la guerra —respondo.

—No. No lo hace. —Sus ojos se oscurecen—. Pero tampoco podrán proteger a los civiles mientras se libre una. Debe dirigir las tropas, capitán Kellum. De momento, esto es una petición amistosa, pero le recuerdo que hace seis años firmó un contrato conmigo. Su libertad me pertenece.

Continúa hablando con tranquilidad, sin acelerar el ritmo ni levantar el tono. Tampoco su rostro ha mudado y sigue luciendo esa expresión absolutamente calmada. Sin embargo, yo sé leer la violencia que late bajo la amenaza.

Antes, ese comentario habría accionado algo en mí: la responsabilidad, el honor, el deber. Ahora, me suena cuanto menos ridículo. Japón se desmorona y la realidad es que por mucho poder que albergue alguien ahí fuera, mientras esa persona no esté dispuesta a cruzar las Cinco Puertas del Infierno, aquí dentro no tiene nada.

—Aunque quisiera hacerlo, no estoy en condiciones de liderar misión alguna. —Echo la pantalla hacia atrás y le permito ver dónde me encuentro—. No podré empuñar un arma en un tiempo.

Standen sonríe como un gato.

—Los grandes líderes no necesitan empuñar armas para comandar ejércitos. —Ensancha aún más su sonrisa de dientes blancos, que contrastan con fuerza con su piel bronceada—. Es el mejor candidato para reunificar al ejército. A usted le seguirán, *comandante* —añade, con intención.

Nos quedamos unos segundos en silencio mientras yo barajo mis opciones.

—No existe ese cargo en el Skytree.

—Ahora sí. —Se inclina un poco adelante en el escritorio,

acercándose más a la cámara—. Entonces, ¿cuento con usted?

¿Qué ocurrirá con el Skytree y sus soldados si no lo hago? Algunos son criminales, tipejos de la peor calaña, pero la mayoría son solo hombres y mujeres que cometieron delitos menores dentro del ejército y que por eso acabaron aquí, igual que yo.

Aya se ha apartado discretamente y toma notas en un informe. Travis sigue aquí, pendiente de la conversación, con la sangre reseca sobre el labio y la mirada fija en mí.

Moe Standen, que debe saber anticipar la respuesta, sonríe ampliamente un segundo antes de que yo declare:

—De acuerdo.

光

7

KAI

Akihabara, Tokio

35 días para el solsticio de verano

Kiera sale despedida hacia atrás cuando el *oni* la empuja y cae con estrépito escaleras abajo, justo hasta donde yo esperaba.

No tarda en ponerse en pie y yo no me molesto en preguntar si está bien.

—Muchas gracias por la ayuda.

—Pero si lo tienes controlado —ronroneo y apoyo los hombros en la barandilla que tengo detrás.

Estábamos subiendo las escaleras exteriores de un rascacielos de Akihabara cuando un *oni* ha aparecido por una de las salidas de emergencia y ha ido derechito hacia Kiera.

Despega los labios, probablemente para insultarme, pero no llega a

decir nada. Abre mucho los ojos y se lleva la mano a la funda de la pistola.

No le da tiempo a disparar, porque yo soy más rápido.

Me aparto de la barandilla, desenfundo a Onimaru y descarto el ataque de la criatura con un corte vertical descendente, un *tate-giri.*

Cambia de rumbo en el último momento con un gorjeo que suena perturbador y se encarama al reverso de las escaleras, lejos de nuestro alcance.

Desde que rompimos el bloqueo el miedo en las calles es intenso. Los últimos días se respira en el ambiente: las calles desiertas, las casas abandonadas, esa soledad oscura que se siente en los lugares que conocen la muerte…

Con las fuerzas armadas dispersas, el pueblo se prepara para una guerra civil donde nadie tiene muy claro cuáles son los bandos. Algunos han huido lejos de la ciudad. Otros han corrido a esconderse.

Las calles están más desiertas que de costumbre.

Me consta que hay soldados del Skytree correteando por ahí: asesinos, violadores y mercenarios que han aprovechado el caos para huir.

Todos temen la guerra y las bombas que podrían caernos dentro de 35 días. Y donde hay miseria… hay *oni.*

Este en concreto no parece muy peligroso, pero sí ansioso. Tiene el tamaño de un perro grande y usa sus cuatro extremidades para columpiarse por las escaleras como un mono. La piel es del color de las ciruelas y desprende un tufo a podredumbre que hace que Onimaru refulja. Tiene cinco dedos acabados en garras ganchudas, un cuello estrecho y un rostro de rasgos desproporcionados, como si

llevara encima una máscara *tengu*: nariz enorme, cejas gruesas y unos pómulos prominentes que afean aún más una expresión grotesca.

—Este no es difícil —le digo, observando al *oni*.

Kiera se acerca a mí con cautela y aferra la empuñadura de su katana consagrada. La criatura nos observa desde arriba. Se atisba un solo ojo a través del hueco de las escaleras.

—Me ha tomado por sorpresa —se excusa.

Le echo un vistazo por encima del hombro sin dejar de apuntar al *oni*, que parece decidir a cuál de los dos atacar primero. Si tuviera un mínimo de autocontrol como sí lo tienen demonios más espabilados, habría dado media vuelta al sentir la presencia de Onimaru, pero este tiene hambre y poca paciencia.

—Así que podrías con él, ¿no?

—Claro que puedo —replica, un poco molesta.

Si algo he aprendido estos días es que Kiera no puede contenerse ante un reto. Tiene la mecha muy corta.

—Los últimos tres los he matado yo —la provoco.

Kiera suelta un resoplido, airada.

—Mataré los próximos tres si así te quedas tranquilo.

Arqueo una ceja.

—Hecho.

Y envaino la katana.

Kiera va a protestar, pero el gesto es suficiente para que el *oni* entienda que ya no está tan amenazado y su respuesta más visceral es saltar sobre mí.

—¡Mierda, Kai! —exclama ella, que debe correr para interponerse en su camino.

Podría empalarlo con su arma si fuera más rápida, pero el demonio ve sus intenciones y se escabulle de nuevo antes de que Kiera consiga alcanzarlo.

Es una buena guerrera, pero se le nota demasiado que es *militar*.

—Mira con qué pose más elegante has dejado que se te escape —observo.

Tiene una buena base, movimientos bien aprendidos y postura regia. Casi se podría decir que lucha de manera *bonita,* pero no es eficiente. El maestro Arashiro le habría quitado esas poses de revista a base de atizarle con el *bokken*. ¿Cuántas veces me pegó a mí con ese sable de madera?

—Cierra la puta boca —me espeta, y se gira con un movimiento elegante y fluido para impedir que el *oni* nos ataque desde otro ángulo.

No sé por qué me acuerdo de mi maestro justo ahora… pero creo que Kiera le habría gustado como alumna.

—Mírate. —Silbo, sabiendo que la voy a cabrear—. No sabía que fuéramos a bailar.

Kiera suelta un grito de frustración cuando la criatura se me arroja encima y yo no hago nada por apartarme. Ella consigue empujarme en el último segundo, pero el esfuerzo hace que pierda de vista su propia arma y el *oni* se la tira al suelo.

—Pero qué puta chapuza… —mascullo, cuando se agacha a recuperarla.

Está a punto de alcanzarla cuando el demonio se arroja sobre ella y vuelve a caer un par de escalones. Forcejea con él y desenvaina un puñal sin consagrar mientras lo agarra del cuello con una mano e intenta alcanzarlo con la otra.

Las garras podridas del demonio se le clavan en los hombros y me pregunto si penetrarán la tela de la chaqueta de cuero.

El *amai doku* no deja que la curiosidad se convierta en preocupación, y no me muevo.

—Muy bien, ese puñal sin consagrar te va a ayudar mucho más que tu arma de fuego…

El *oni* le lanza dentelladas mientras intenta arrancarle la cara.

—¡¿Qué mierda haces, Kai?! —masculla, casi sin aliento—. ¿Quieres entrenarme o quieres hacerlo rápido?

Suspiro, porque tiene razón.

Si fuéramos a colaborar mucho más tiempo quizá me vendría bien que aprendiera un par de cosas que todo matademonios debe saber, pero en realidad no pretendo alargar esta relación más de lo necesario.

No pienso ayudarle con todo el asunto de Japón. Yo no estoy hecho para ser un mártir. Mi muerte será un despropósito, inútil y evitable… Nada de morir por una causa. Si acabar con Nomura no me mata, me atiborraré a sake y *amai doku* hasta que reviente.

—Tienes razón —reconozco—. Desenvaino a Onimaru y, esta vez, no dejo que el *oni* escape.

Le corto la cabeza con un *kubi-giri,* un corte al cuello rápido, y Kiera se lo quita de encima antes de que la podredumbre le salpique.

El cuerpo se deshace en cenizas, purificado por el acero de mi katana.

Cuando la envaino, Kiera me está mirando con intensidad.

—¿Te has divertido? —masculla, y se sacude la ceniza que ahora le mancha el traje.

Sonrío.

—Sí. La verdad es que sí, aunque ha sido un poco patético hacia el final. ¿Cuánto tiempo dices que llevas en Japón? ¿Cómo lo has hecho para seguir viva hasta ahora?

Pasa a mi lado con torpeza, haciendo resonar sus pesadas botas sobre las escaleras metálicas, y me da un empujón intencionado que me arranca una risa.

Lo cierto es que no es mala del todo.

Hacía diez días Kiera no había visto nunca a un demonio y ahora es bastante capaz de cargarse a uno… con ayuda.

Sí… Arashiro habría disfrutado entrenándola, forzando sus límites hasta la extenuación, como hizo conmigo.

Se detiene cuando llegamos al séptimo piso y se asoma un poco por la barandilla. Un sol templado se refleja en el rascacielos de cristal que tenemos justo enfrente.

—Ese *oni* nos ha retrasado un poco. ¿Estás seguro de que quieres entrar ahí ahora?

—¿Es que te da miedo quedarte a oscuras?

No he necesitado preguntar para darme cuenta de que se trata de un tema sensible. Ya escuché las preguntas que le hicieron Aya y Mitsuki, y también Echo y la propia Akane… así que he evitado decir en voz alta todo lo que se me ocurría, pero he comprobado que incluso si en el Palacio fue capaz de arrastrarse por túneles oscuros, Kiera sigue conservando un instinto que le hace huir de la oscuridad.

Me encantaría saber por qué, si es evidente que las anomalías no la matan.

—No —contesta, con aplomo—. No es la oscuridad lo que me preocupa. Si es verdad que Nomura y sus hombres están ahí dentro

y nos quedamos atrapados con ellos…

—Oh, no te preocupes —murmuro, con voz dulce, y paso a su lado para probar la cerradura de la puerta—. Yo te protejo.

Saco mis ganzúas del bolsillo, pero Kiera se impacienta, me aparta y es ella la que la fuerza.

La puerta se abre con un chasquido, revelando un interior que sí tiene luz artificial.

—Recuerda que yo no voy a matar personas —me dice, con gesto grave.

No lo ha hecho hasta ahora.

El primer día le di una paliza a un tipo que resultó no saber nada. Fui bastante concienzudo para asegurarme de que decía la verdad y Kiera… miró a otro lado.

Es bastante aprensiva para ser soldado del Skytree.

—Claro que no —le digo, con gravedad impostada—. La princesa del Skytree no va a tener que hacer nada de nada.

—Kai —me advierte, con gravedad, y me agarra del antebrazo—. Lo digo en serio. Te ayudaré a que no te maten, nada más.

La miro de hito en hito.

—Entendido —acepto, más serio.

Entonces, desenfunda su pistola, una con selector. La conseguimos el segundo día. Propuso volver al Rockethill creyendo que allí habría armas olvidadas, y acertó. Se llevó la pistola y algo de munición.

El interior aún permanece iluminado por la claridad que entra de la calle. Hay algunas máquinas de musculación amontonadas en esquinas, discos de pesos abandonados junto a ellas y un mostrador que ya nadie usa.

Kiera pasa primero, con la pistola en alto, haciendo gala de nuevo

de unas maneras militares bien aprendidas.

—¿Por qué nunca usas armas de fuego? —murmura, bajito.

—¿Por qué hablas en medio de una incursión?

—Para tocarte las pelotas.

Me entra la risa y veo que ella también sonríe un poco.

—No son nobles —respondo—. Y no matan *oni.*

—¿Nobles? —inquiere, en un susurro. No parece haber nadie en esta sala, pero hay una puerta al otro lado. Así que barremos el perímetro en esa dirección, asegurándonos de que no hay nadie oculto en las máquinas. —Te he visto romper de uno en uno todos los dedos de un hombre.

—¿Mirabas? —la provoco. No responde, se limita a seguir avanzando, así que decido responder—. El caso es que estoy muy sexi luchando con katana.

Otra sonrisa.

—Creo que sobreestimas lo importante que es eso.

—Pero no lo niegas.

Kiera se muerde los labios para evitar una risa que ahora sería peligrosa.

Me cae bien.

Es dura, es divertida y está tan loca como para pilotar un Scorpion V cargado de C4, así que me viene bien ahora mismo.

Además, está destrozada. ¿Por qué aceptaría trabajar si no con el tipo que le rajó la garganta a su amiga?

También eso me viene bien.

No se lo he dicho, pero si nos encontramos con tantos *oni* creo que en parte se debe a la miseria que nos acompaña a los dos.

Kiera se detiene frente a la puerta. Unas escaleras conducen a un

piso superior, pero no podemos seguir avanzando sin saber qué hay al otro lado de esta pared. Así que se acerca a ella, escucha y levanta una mano.

Tres o tal vez cuatro voces tras la puerta.

Asiento, le hago un gesto, me preparo y empieza la fiesta.

Kiera pasa primero y lo hace sin dar un solo tiro. Cuando se da cuenta de que el resto no tiene armas no tarda en desenfundar su puñal para incapacitarlos antes de que agarren sus pistolas.

Yo no tengo tantos reparos.

Nos encontramos con cinco de los matones de Nomura, que aunque no tuvieran las armas en las manos, sí pueden hacerse con ellas. No conozco a ninguno, pero me da igual. Me imagino que cualquiera pudo haber entrado en mi piso a la fuerza, agarrar a Hikari, asustarlo, llevárselo… Me imagino que cualquiera de estos desgraciados pudo haberle puesto la mano encima y no necesito más.

La venganza atenúa el sabor amargo de los remordimientos. El *amai doku* hace el resto y, al final, dentro de mí no queda nada salvo las ganas de cargármelos a todos… y además hacerlo lo más sangriento posible.

Uno intenta tomar la pistola que había dejado sobre la mesa y antes de que la levante le cerceno la mano con un corte limpio.

Onimaru se ilumina con deleite.

Y eso parece avivar algo en mí.

Es un instinto que el *amai doku* mantiene amortiguado, una sed con la que puedo convivir… hasta que algo sangriento la hace casi insoportable.

Lo dejo gritando, agarrándose el muñón sangrante con terror, y me

vuelvo hacia el siguiente. Este sí consigue tomar su pistola. Dispara, pero el cuarto no es muy grande, apenas hay espacio para un sofá y una mesita que debió de ser un área de descanso para los trabajadores, y no consigue apuntar bien.

La bala se pierde y yo lo abro en canal con un *tate-giri*, un corte vertical descendente, rápido y certero.

Sonrío.

Es consecuencia del mordisco del *oni*. Lo sé.

Aún no se me ha curado y los efectos son… bueno, también esta sed de sangre me viene bien, así que esta rabia primaria no me molesta.

El hombre no muere enseguida y no me molesto en rematarlo, así que le quito la pistola de una patada y voy a por el siguiente.

Kiera dispara. Debe hacerlo cuando uno de ellos se le echa encima con su arma. Forcejean, pero el tipo ya tiene un balazo en el hombro y no me molesto en intervenir.

Se oyen ruidos fuera, otra puerta que se abre, pasos apresurados por las escaleras… y antes de que terminemos de rematar al último esto se convierte en un caos absoluto.

—¡Nomura lo quiere vivo! —grita alguien—. ¡A ella podéis cargárosla!

Kiera suelta una palabrota, se quita de encima un cadáver y dispara cuando uno de los hombres se arroja sobre ella con un puñal.

Voy hacia la puerta, porque sé que a mí no me dispararán y atravieso a otro de lado a lado.

Cuando está de rodillas le corto el cuello y voy a por el siguiente.

A Onimaru también le gusta este instinto perverso. Se ilumina con voracidad y yo le concedo lo que quiere.

Uno a uno todos los hombres de Nomura se lanzan hacia nosotros y esto se convierte en un baile sangriento. Kiera se las arregla para ponerse en pie.

La veo salir despedida cuando alguien la agarra y la tira al suelo, alejándola de mí; pero no necesita ayuda.

Antes de que el otro pueda rematarla, agarra un disco de peso del suelo y le cruza la cara con él.

A mí me entra la risa, una risa salvaje y desquiciada que va avivando un fuego en mí, agresivo, exigente, que me hace querer más y más y más…

Así que sigo riendo y destrozo a todo el que se me pone por delante.

光

8

KIERA

Akihabara, Tokio

35 días para el solsticio de verano

Kai ha perdido el control.

Desde que escapamos de aquella celda ha sido *intenso;* despiadado a la hora de conseguir información, frío ante el sufrimiento, casi cruel… Pero esto es diferente.

Había muchos más matones de los que creíamos. Todos estos días nos hemos enfrentado a pequeños grupos, pero nada como esto.

He dejado de contarlos y a cada enfrentamiento, cada disparo, cada puñalada… siento que me convierto en el monstruo que todos creen que soy.

Echo, Aya, Travis… seguro que en esta escena violenta solo verían una confirmación de lo que ya pensaban; pero ¿qué dirían los demás? ¿Qué dirían Markel o Riku o Alexa…? Solamente imaginar

que cualquiera de ellos podría mirarme como lo hizo Travis aquel día…

Sacudo la cabeza a intento no pensar en ello.

He dejado de intentar no matar.

Aunque estoy segura de que no remato a nadie, clavar puñales en el estómago no creo que se considere un desarme inofensivo.

Pero no tengo más remedio.

Consigo salir de la pequeña sala mientras Kai se abre paso en medio de un baño de sangre. Golpea, mutila y se ríe cuando una patada arranca de cuajo una cabeza que ha segado con su katana.

Por Dios…

Muchos de ellos van sin armas de fuego, para no herirlo de muerte, y eso me da una ventaja, pero conmigo no se contienen.

Apuñalo a uno en el costado, pero es más fuerte que yo, me arroja al suelo y cuando veo que otro se acerca con su arma en mano uso todas mis fuerzas para cubrirme con el otro tipo.

Lo revienta a tiros antes de que yo desenfunde mi arma y le dispare una única vez en el pecho.

La rapidez con la que la vida abandona ese cuerpo para dejarlo caer de rodillas al suelo como un cascarón vacío me golpea de lleno.

¿Qué diría Neal?

Él, que tuvo pesadillas por haber matado a un asesino a punto de acabar con mi vida, que seguía atormentado por haber perdido esas vidas en su última misión antes de ser condenado…

Ojalá pudiera decir algo.

Con gusto aceptaría su miedo si eso significase que sigue con vida; pero la realidad es que no sé nada de él desde que escapé.

Se me retuerce el estómago.

De pronto, unas manos me agarran por los hombros, me arrastran y debo rodar sobre mí misma para impedir que un *tantō* me atraviese la garganta. Me pongo en pie rápidamente, le doy una patada, intento una llave y, antes de alcanzarlo, veo cómo uno de los discos de veinte kilos vuela hacia mí.

Muevo las piernas justo a tiempo de evitar que me cruce la cara como he hecho yo antes, pero recibo el golpe en el hombro.

Un dolor sordo me baja por el brazo derecho y es instintivo: suelto la pistola. Durante unos segundos el *shock* me deja en blanco, pero la adrenalina es más fuerte y sé moverme a tiempo de evitar un segundo golpe que me habría destrozado la cara.

Estoy a punto de usar mis propios puños cuando alguien me agarra por detrás. Los dedos se me clavan en los hombros y la presión es insoportable en el derecho.

Grito, me revuelvo y le doy una patada en la rodilla, pero no me suelta del todo. El otro se acerca a nosotros y esto se convierte en una pelea sucia y violenta en la que los golpes son torpes y desesperados y los movimientos casi animales.

Le doy un cabezazo a alguien, pero el otro me agarra por detrás, me inmoviliza y, de pronto, siento un corte lacerante. La cazadora es de manga corta y el cuero no me protege los antebrazos, así que el tipo consigue abrirme una herida poco profunda, pero sangrante.

Le doy una patada, forcejeo y cuando el que me tiene presa me suelta un brazo sé que lo hace para desenvainar.

Estoy bien puteada.

Intento zafarme, el otro se acerca con el filo por delante y, entonces, a un instante de que acabe todo, Kai aparece convertido en una sombra negra y azul, ejecuta un movimiento preciso con la katana,

que emite ese destello fantasmal, y atraviesa a uno antes de rajarle la espalda a otro.

Ambos caen al suelo empapados en su propia sangre.

Uno de ellos aún se retuerce contra el suelo, sufriendo espasmos como un pez que ha sido arrancado del agua.

Aprieto la mandíbula, tomo mi arma y antes de que pueda disparar Kai lo remata. Le clava la katana en la espalda y el cuerpo emite su último quejido.

—Ya te he dicho que no ibas a tener que mancharte las manos, princesa —ronronea.

Tiene las mejillas salpicadas de sangre y un brillo peligroso se ha alojado en su mirada, que parece divertida.

Poco a poco la sensación de peligro acuciante se disipa y da paso al dolor. Me acerco una mano al hombro derecho, que se ha llevado la peor parte, y maldigo por lo bajo.

—Ahí arriba hay más gente.

—Nomura —responde y señala la puerta por la que hemos entrado antes—. Ahí arriba está Nomura.

Me froto el hombro y la simple presión me hace contraerme.

—Y no estará solo. No podemos seguir luchando. Debemos retirarnos, curarnos las heridas y volver otro día más preparados.

Su expresión no se ve alterada ni un poquito. Me mira impasible, con esos ojos azules oscurecidos por las ojeras.

—Puede que solo haya un par de hombres con él —apunta.

—O puede que haya diez, o quince… Y puede que nos acribillen en cuanto asomemos la cabeza por las escaleras. Sé que no quieres escuchar esto, pero tengo el brazo derecho inservible. —Intento levantarlo para que vea el rango de movimiento.

Chasquea la lengua con fastidio.

—¿No sabes apuntar con la zurda?

—Tenemos que irnos —insisto—. No puedo seguir así.

Kai me sostiene la mirada.

No es solo por el golpe y él debe saberlo.

No hay más que cuerpos mutilados a nuestro alrededor, hombres que se están muriendo mientras hablamos.

Y la forma en la que Kai los está matando…

Es peligroso.

Está desatado y ni siquiera creo que sea del todo consciente de lo que hace.

Kai se pasa la lengua por el labio inferior, que tiene también manchado de sangre. Se lleva la mano al bolsillo interior de la cazadora, saca ese vial que ya conozco tan bien, y después de tragarse una pastilla se pone otra en la palma de la mano, la parte con los dedos y me ofrece la mitad.

—O me acompañas o sigo solo. A mí, personalmente, me la suda. Pero si muero no podré ayudarte después.

Me quedo mirando la droga.

Sé que Kai está hecho polvo y, aun así, parece entero, como si se lo estuviera pasando *bien.* Casi me parece injusto cuando yo llevo tanto tiempo sin poder quitarme de la cabeza la imagen de Neal en esa cama, inconsciente.

El corazón se me acelera un poco ante la perspectiva de dejar de sufrir.

—¿Qué me hará?

Kai sonríe.

—Al ser solo una mitad, nada que no puedas manejar.

La tomo y la observo unos segundos. La razón me dice que se la devuelva, que me lo lleve a rastras de aquí o que lo abandone a su suerte para pelear sola otro día, pero…

Pienso en Neal.

Pienso en la forma en la que me miró la Emperatriz, en los ojos asustados de Travis…

Inspiro con fuerza y me la trago.

La sonrisa de Kai se ensancha y da un paso atrás para observarme mejor.

Al principio no siento nada. Luego, todo estalla.

Es como una gota de tinta al caer en un vaso de agua limpia. Se expande por mis venas, me llena la sangre, el cuerpo y los huesos y todo se sumerge en una sensación cálida y agradable que se siente como un abrazo.

El hombro deja de dolerme tanto y solo noto una ligera molestia, como si tuviera agujetas.

Por primera vez desde el día del ataque al Palacio, me siento *bien.* Pero no es solo eso, hay algo más; algo parecido a un manto tupido que cubre todas las emociones que quedan debajo. Ninguna de ellas es buena, así que me parece estupendo.

El *amai doku* también se adhiere a las sombras que se mantienen siempre en los bordes. Sé qué terrores duermen ahí. Ahora, sin embargo, no me revuelve el estómago preguntarme qué demonios me hizo Kohana Harewood en aquella sala de paredes blandas.

—¿Vamos ya? —me apremia Kai.

Sé que lo más sensato sería irnos y sé que la vista de la masacre me horrorizaba hace solo unos segundos. Ahora, sin embargo, cuando veo los cadáveres a nuestros pies no siento *nada.* Tampoco me

espanta la idea de subir ahí y que nos acribillen a balazos.

—Acabemos cuanto antes —sentencio, y Kai me dedica una sonrisa victoriosa antes de dirigirse a las escaleras.

—¿Y si me ayudas con una pequeña distracción? —sugiere, y me señala la puerta de emergencia por la que hemos entrado.

Lo entiendo enseguida. Tomo prestadas sus ganzúas y salgo para subir las escaleras.

No me cuesta mucho abrir la puerta y en cuanto lo hago llueven los balazos. Me pego a la pared, aguardo unos instantes y devuelvo los tiros antes de resguardarme otra vez. Repito la operación hasta en dos ocasiones más antes de oír los gritos.

Luego, debo entrar dando tiros.

Kai tenía razón. Aquí no quedan muchos hombres, y a juzgar por cómo continúa matando a diestro y siniestro, ninguno de ellos es Nomura.

Cuando estoy dentro y veo que una mujer amenaza a Kai con su pistola no me lo pienso. Apunto, disparo y compruebo cómo se desploma con una amapola sangrante en el pecho.

Solo quedan un par con vida, uno de ellos se arrastra escaleras abajo y el otro está siendo *interrogado* por Kai.

Así que me acerco a la mujer con rapidez y la desarmo con una patada que arroja lejos su arma.

Tiene un agujero en el pecho y la camiseta de tirantes se le está tiñendo de rojo. Mira al techo y tiene los ojos oscuros muy abiertos mientras abre y cierra la boca tratando de articular unas últimas palabras que no le salen. Durante su aliento final me parece que llama a su madre.

Y yo no siento absolutamente nada.

Dejo de mirarla y descubro que Kai acaba de atravesarle el pecho al otro matón. Sin perder el tiempo, agarra al que intentaba escapar escaleras abajo y lo pone bocarriba mientras le planta la suela de la bota en la tráquea.

—¿Dónde está Nomura? —pregunta.

El hombre tiene varios cortes por todo el cuerpo. Alza una mano temblorosa y señala a algún lugar ahí fuera.

Kai suelta una maldición y lo remata de un solo golpe que no le deja enterarse de que ha muerto.

La sangre me salpica en la mejilla y me la limpio sin inmutarme.

—El otro me ha dicho lo mismo. Ha escapado —declara, y ejecuta un movimiento fluido para sacudir la sangre de la katana antes de echar a correr hacia la salida de emergencia.

Si hubiera bajado lo habríamos visto, así que solo puede haber subido.

Llegamos a la carrera a la azotea justo cuando se oyen disparos abajo y, unos segundos después, los frenos de varios coches.

Nos asomamos por el borde a tiempo de ver cuatro coches patrulla. Los agentes no bajan de ellos; se limitan a dejar que un hombre que aguardaba entre en uno antes de volver a salir prácticamente derrapando.

—¡Me cago en la puta! —brama Kai—. ¡Mierda! ¡Ese hijo de puta ha llamado a sus amigos corruptos!

Nomura. Debe ser él.

Kai tiene razón, porque la policía no patrulla las calles desde el asalto al Palacio. Han llegado dando tiros y sin sirenas y es posible que el ejército de Echo los persiga.

—¿Sabes a dónde lo van a llevar? —inquiero.

Kai detiene su andar nervioso.

Debe de estar muy furioso si *siente* esa ira por encima del *amai doku.*

Yo tengo en mente mi objetivo y me da rabia que Nomura se haya escapado, pero todo es muy tibio.

Y Kai exuda *violencia.*

—Seguramente lo llevarán a la sede de la Policía Metropolitana de Tokio. También él colaboraba con Raine Andrews.

Hace una pausa cuando se escuchan disparos de nuevo y, un instante después, dos camiones militares aparecen por la carretera. Uno de ellos continúa su camino por el mismo lugar por el que han desaparecido los coches patrulla; el otro se detiene frente a la entrada de nuestro edificio y varios soldados corren hacia la puerta, probablemente buscando a los hombres de Nomura que hemos matado.

—Bien. Entonces ya sabemos a dónde tenemos que ir.

Kai se pasa una mano por el pelo. Algunos mechones se le han escapado de la cinta con la que se lo ata y caen a ambos lados de su rostro dándole un aspecto aún más salvaje y desaliñado.

—¿A la Metropolitana?

—A la Metropolitana —confirmo, convencida.

Me alegra tener un plan y un siguiente paso que dar. El *amai doku* me ayuda a centrarme solo en eso y mientras tanto no pienso en Neal, no pienso en las bombas ni en toda esa gente a la que he matado.

—Entonces, vamos a bajar de aquí antes de que nos alcancen —sugiere, más calmado.

Debería preocuparme más que los militares de Echo estén

subiendo, pero lo cierto es que estoy bastante tranquila.

—¿Tienes alguna idea para no usar las escaleras?

Kai alza el mentón, señala algo ahí delante y cuando comprendo que se refiere a la azotea del edificio contiguo, a solo unos metros, sé que la idea debería horrorizarme… pero, en realidad, no me parece del todo mala.

—Dame un segundo —me pide, y me deja a solas un par de minutos antes de regresar con un maletín que ha tomado de la base de Nomura.

—¿Dinero? —pregunto.

Sacude la cabeza.

—Son medicamentos… para mi hermano.

No me explica nada más y yo tampoco pregunto.

No tenemos mucho tiempo. Así que ignoro ese hilo de razón que me dice que debería temer esto, tomamos carrerilla y saltamos al otro lado.

La carrera y la huida me espabilan un poco, pero sigo sintiendo los felices efectos del *amai doku.*

Cuando ya hemos llegado a la moto le digo que debemos hacer una parada antes. Kai mira arriba, a las luces del atardecer que empiezan a disiparse, pero no replica.

Lo llevo a una farmacia, a una grande.

Cuando rompo el cristal de la puerta no suena alarma alguna.

Kai está a punto de pasar al otro lado de la farmacia cuando lo detengo.

—Tú espera fuera. Vigila que no venga nadie.

Mira a ambos lados. La calle empieza a estar oscura; pero no protesta.

No tengo ni idea de si sabría lo que estoy tomando de los estantes, pero prefiero no arriesgarme.

Empiezo a meterlo todo en un bolso para bebés cuando un ruido me alerta y descubro que Kai ha abandonado su puesto para acercarse al mostrador.

—¡Kai! —lo reprendo. Tiene algo entre las manos que me cuesta unos segundos identificar—. ¿Qué crees que estás haciendo?

Se encoge de hombros y guarda como puede una caja de condones en el bolsillo de su cazadora.

—Nunca se sabe.

—Nunca se sabe, ¿qué? —inquiero, pasmada—. ¿Qué más te has tomado? Hoy no vas puesto solo con *amai doku*. ¿Qué es?

No responde, pero da igual. Sé que tengo razón.

Lo agarro del brazo y tiro de él para sacarlo fuera.

No parece que le falten reflejos, camina erguido y sin dudar, pero esa expresión facilona…

—Conduzco yo —sentencio, y lo cacheo con rapidez para quitarle las llaves de la moto.

Kai no se resiste. Me mira y se ríe y señala algo con la cabeza.

—Vale, pero tenemos que parar antes. Tengo *sed* y ganas de celebrar nuestra victoria.

Lo miro de hito en hito.

No sé qué mierda es el *amai doku*. No he tomado mucho y en mi caso ya está atenuado, como un manto muy fino sobre el resto de emociones. Casi puedo sentir en qué lugares se está deshilachando, como una tela de araña que se desvanece y revela un interior en carne viva. Pero Kai va puesto hasta las cejas y con esa cantidad de opioides todavía en el organismo debería estar tirado en una

esquina, feliz y ufano, pero bastante más incapacitado que ahora. Así que es un misterio.

—No vas a emborracharte.

—¿Por qué no? —protesta.

Se detiene cuando llegamos a la moto y me monto antes de que se le ocurra intentar conducir a él. No dudo de sus capacidades. Me preocupan más las decisiones conscientes que podría tomar; como llevarnos a un sitio sin luz porque todo le da absolutamente igual.

—Porque tenemos trabajo, ¿recuerdas? No hemos terminado y queda poco más de un mes para que caigan las bombas.

Kai resopla y yo le hago un gesto apremiante para que se suba detrás de mí. Pronto anochecerá, y si el ocaso nos atrapa en mitad de la carretera tendremos que buscar algún Camino de Luz para pasar la noche.

Sé que la idea debería inquietarme más, pero yo tampoco noto más que una leve punzada de preocupación y eso es… peligroso.

Kai no se monta enseguida. En lugar de eso, se lleva la mano a la cazadora y actúa con tanta rapidez que soy incapaz de detenerlo antes de que se acerque a la boca el vial en el que guarda las pastillas.

Se lo arrebato con violencia.

—¿Cuántas te has tragado? —inquiero.

Enarca las cejas, se pasa una mano por el pelo y al encontrárselo semirrecogido tira de la cinta y se lo suelta del todo para moverlo de un lado a otro, como si le molestara.

—Tranquila… —ronronea—. Tengo muchas.

Frunzo el ceño. Es tal y como pensaba: no tiene intención de ayudarme. Se va a dejar morir.

Y a pesar de la dulce placidez que me embarga, sé que eso no es bueno para mí.

Me bajo de la moto y vuelvo dentro de la farmacia para buscar naloxona. Si sigue así, se matará antes incluso de acabar con Nomura y no puedo dejar que haga eso.

—¿Qué se te ha olvidado? —inquiere.

—Nada. Sube.

Kai obedece con demasiada parsimonia, rodea mi cintura con los brazos y deja caer todo el peso de su cuerpo sobre mí.

Pretende aguantar hasta que Nomura caiga, y si él no lo mata se pondrá ciego de *amai doku* y se irá feliz, divertido y cómodo; sin preocuparse por Raine Andrews, ni por las bombas, ni tampoco por su hermano.

Será estúpido.

Si tengo razón y Andrews actúa a pesar de todo, Hikari también morirá y nada de lo que ha hecho importará. Pero está tan herido y tan ciego como para ser capaz de cerrar los ojos e ignorarlo.



El motel está en una callejuela cercana a Kita-senju. Kai aparca la moto cuando ya ha empezado a llover y las luces de neón de los establecimientos que permanecerán abiertos esta noche ya se han iluminado.

Las luces doradas de los negocios honrados que ya han bajado sus persianas rivalizan con las rojas y moradas de otros de más dudosa reputación.

Nos abrimos paso a la carrera, porque aquí no hay Caminos de Luz para quienes desean volver a casa de noche, y ni los neones ni

las luces de las farolas nos salvarán frente a las anomalías.

Las esquinas más oscuras son ya peligrosas cuando alcanzamos el vestíbulo a la carrera, jadeantes, y la mujer que atiende da un respingo al vernos aparecer.

Kai parece un maldito delincuente: con el pelo suelto y rebelde, los tatuajes de la serpiente que asoman por su cuello, la sangre que no se ha limpiado de la cara y las salpicaduras que ni siquiera la ropa oscura disimulan.

Yo no me he mirado en un espejo, pero supongo que no presento mucho mejor aspecto.

La señora a la que pagamos un mes por adelantado clava sus rechonchos dedos en el mostrador y no nos quita los ojos de encima hasta que desaparecemos por el pasillo que lleva a nuestra habitación compartida.

Kai se da cuenta. Le devuelve la mirada sin detenerse, sonríe y está a punto de decir algo cuando le doy un golpe en la espalda para que siga caminando.

Quién sabe qué podría decirle. No nos conviene asustarla y que la policía o los militares o quienquiera que se dedique a eso ahora se presente aquí mañana a primera hora.

Nuestro cuarto da a un patio desangelado y a través del papel del *fusuma* se advierten las luces rojas de un negocio cercano que anuncia habitaciones por horas. La lluvia se escucha al otro lado cuando empieza a caer con más fuerza.

Hay dos futones en el suelo que antes no hemos recogido, la estructura de un armario de madera en el que Kai cuelga su cazadora nada más entrar y un pequeño cuarto de baño a mano izquierda.

En cuanto se deshace de su cazadora, los brazos de Kai quedan al descubierto y advierto que la venda que aún lleva en el antebrazo izquierdo se le ha vuelto a manchar.

Curé ese mordisco en cuanto nos escapamos. Y sé que antes, durante nuestro cautiverio, los médicos de la Emperatriz también lo atendieron.

Pero la herida no se cierra. Vi que Akane se ofrecía a echarle un vistazo, pero Kai no se lo permitió.

—Déjame ver eso —le pido.

Intento quitarme mi cazadora también, pero un tirón en el hombro me da un aviso.

Kai se acerca a mí, agarra la cazadora por las solapas y me la quita con cuidado de no hacerme daño.

—¿Antes ese *oni* te ha clavado las garras? —pregunta.

—¿Te refieres a ese que casi me mata porque te ha parecido divertido dejar que yo me encargara?

Esboza una sonrisa perezosa y observa con cuidado la cazadora antes de dejarla en una percha.

—No mucho —contesto y giro un poco el cuello para verme mejor, porque es cierto que sí llevo un par de agujeros en ambos lados.

—Compruébalo —insiste—. Luego me curas.

Me quito la camiseta mientras voy al baño y me miro en el espejo.

Tengo la imagen que había imaginado: las pupilas todavía dilatadas, la coleta medio deshecha, el labio inferior partido e hinchado sin que apenas lo sienta, la cara salpicada de sangre, un corte en el antebrazo y los hombros… tengo unas marcas pequeñas, apenas unos arañazos; pero la peor parte se la ha llevado el hombro derecho, que se está poniendo de un intenso color entre rojizo y

morado por el golpe.

Kai está mirando desde la puerta cuando me vuelvo hacia él.

—¿Crees que es peligroso? —inquiero.

Observa con atención las pequeñas marcas de garras.

—Puede. No lo sé. Te las curaremos y si no se te cierran en unos días empezaremos a preocuparnos.

Aunque a mí me destinaran a la unidad de Byakko para erradicar anomalías, en la Academia de la Agencia Hawk también nos enseñaron lo básico sobre los *oni*. Sé que muchos son venenosos: si te muerden o te arañan pueden inocularte su *doku* y los síntomas son aleatorios y muy diversos.

Kai no me ha dicho qué está sintiendo él con esa herida que no se cierra, pero puedo imaginarlo.

¿Ira? ¿Sed de sangre? ¿Esa crueldad macabra que le hace reír después de partir dedos o amputar manos?

Tomo el botiquín que robamos el primer día después de escapar y me siento con él en uno de los futones revueltos.

Kai se deja caer a mi lado con un suspiro y, sin que se lo pida, toma desinfectante y gasas y empieza a limpiar los arañazos.

El dolor ha regresado lentamente, aunque de forma muy suave. Apenas noto un ligero cosquilleo cuando la gasa empapada humedece la piel abierta y sus dedos tocan el hombro magullado.

—¿Es así como lo hiciste? —me atrevo a preguntar—. ¿Te pusiste hasta las cejas de *amai doku* para rajarle la garganta a Anna?

Me sorprende lo fácil que salen las palabras de mi boca.

Kai detiene la cura y me contempla fijamente a un palmo de distancia.

—¿Quieres vengarte? —pregunta, casi con interés científico—.

¿Notas algo extraño?

—No. —Sacudo la cabeza—. No tiene nada que ver con los arañazos. Te lo pregunto porque quiero saberlo.

Kai vuelve a tomar una gasa.

—Sí. Me coloqué para hacerlo. —Una pausa—. Siempre voy colocado.

Aquella mañana Kai sabía que lo que hacía estaba mal, igual que yo sé hoy que la masacre ha sido espantosa… pero no lo *siento*. Es complejo.

Me pregunto hasta dónde estaría dispuesta a llegar en ese estado continuo, en el que distingues el bien del mal solo porque recuerdas cómo lo hiciste alguna vez.

—Debiste pedir ayuda —le digo solamente.

Clava los ojos en los míos y deja las gasas en el suelo.

—Debiste contarles lo que te pasa en la oscuridad.

La mención ni siquiera me altera un poco. No siento la opresión del pecho, ni el dolor que viene después cuando recuerdo todo lo demás: a Echo, la celda, a Neal en esa cama…

Lo que te pasa. Qué eufemismo tan burdo.

Sonrío y Kai me imita.

—Los arañazos ya están —anuncia—. Sobre el golpe en el hombro…

—No tengo nada roto. Cuando baje la inflamación se volverá a mover con normalidad —le respondo.

Kai asiente, pensativo.

—¿Cómo acaba una persona como tú en el Skytree?

La mentira acude con rapidez a mis labios:

Insubordinación.

Mentir sobre ello siempre me había resultado fácil, pero cada palabra de esa historia inventada dejaba tras de sí un regusto amargo en el paladar. Las invenciones venían acompañadas del eco de recuerdos tortuosos, de miedo, de remordimientos…

Ahora no hay nada.

Me siento vacía.

Y quizá sea precisamente eso lo que me hace responder:

—Me alisté voluntariamente porque quería huir a un lugar al que nadie pudiese seguirme jamás.

Kai enarca las cejas.

—Una decisión de lo más cabal —observa—. Qué consecuente y equilibrada.

Me entra la risa.

—¿No me preguntas de quién huía?

—¿No es evidente? —Ladea la cabeza—. Apuesto a que no lo lograste. El problema de huir de uno mismo, Kiera, es que siempre acabas atrapándote, vayas a donde vayas.

Me quedo callada.

Nos miramos durante unos instantes y me pregunto de qué parte de él mismo querría huir cuando tomó la primera pastilla de *amai doku*.

Aparto la mirada y señalo su brazo antes de agarrarlo con suavidad para bajarle la venda.

—¿No es peligroso? —Cambio de tema.

Todos los dientes de la mordedura están marcados, pero el lugar en el que le hincaron los colmillos está más comprometido.

—Para ti no —me asegura—. Iré a ver a Akane cuando atrapemos a Nomura. Le pediremos que purifique tus heridas también.

—¿Akane no está de parte de la Emperatriz?

—Akane no está de parte de nadie. Estoy seguro de que nos ayudará.

Intento curarlo aun sabiendo que el veneno de *oni* no dejará que se cierre. Seguirá infectándolo y provocándole esos síntomas de los que no me quiere hablar hasta que lo purifiquen.

—Una vez que mates a Nomura y hayamos encontrado a Akane, me ayudarás con Raine Andrews —le recuerdo y observo su respuesta.

—Ah, sí… El asuntillo de las bombas. —Esboza una sonrisa que parece demasiado forzada—. ¿Y cómo quieres que te ayude exactamente?

Continúo desinfectando.

—Ya hemos advertido al mundo de lo que pretende, pero ninguna fuerza ha confirmado que existan esas bombas. Nadie ha castigado a Andrews. La sospecha está ahí, y si ahora ocurriera las miradas recaerían sobre ella, pero… podría hacerlo igualmente. Debemos quitarle esa oportunidad.

Suelta una carcajada.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

—He estado dándole vueltas… Y me he dado cuenta de una cosa. Japón está protegido, ¿no? En teoría ningún proyectil llegado de fuera podría cruzar las Cinco Puertas del Infierno sin que el pulso electromagnético lo frenara. Así que si quiere freírnos tiene dos opciones: desactivar las puertas en el momento del impacto, cosa que parece complicada desde fuera, o…

—O detonar las bombas desde dentro —termina por mí.

Asiento, tomo las vendas y comienzo a tapar la herida.

—Debemos encontrar a sus cómplices y descubrir qué es lo que pretende. Cuando sepamos cuál es su plan podremos intervenir. Habrá alguna forma de impedir que desactive las Puertas o, por el contrario, impedir que detone las bombas.

—Casi nada —responde, provocador—. ¿Y estás segura de que tú sola no puedes hacerlo? Parece un trabajo para una sola persona.

—Tenemos un trato —le recuerdo.

—Claro… —murmura y se estira como un gato antes de que le devuelva el brazo herido—. Voy a ver si la posadera tiene algo de comer.

—Límpiate la sangre primero.

Kai asiente y me hace un saludo militar antes de meterse en el baño.

No piensa ayudarme.

No habíamos hablado de lo que ocurriría cuando atrapáramos a Nomura, pero ahora estoy segura: no quiere sobrevivir.

Le da igual si lo hace… No espera tener que ayudarme.

Y si acabamos el trabajo y se escapa yo no podré obligarlo. Así que me doy cuenta de que tengo que encontrar la forma de que esto también sea problema suyo.

Tengo que hacer que se *preocupe.*

Y eso no ocurrirá hasta que deje el *amai doku*.



9

MARKEL

Palacio Imperial

34 días para el solsticio de verano

Neal Kellum abandona hoy su cuarto en el área médica para dirigirse a la sala de ceremonias.

No hay nada en su expresión cuando nos ve a las puertas de la estancia. Debe saber que hemos venido por él, y le da absolutamente igual.

Tiene la mandíbula apretada y los labios rectos en una línea dura. Está algo pálido y quizás ojeroso. Puede que camine un poco más lento. Pero nada tiene que envidiarles a los guardias que lo escoltan.

Se ha puesto un uniforme del Skytree que se ajusta a su cuerpo como una segunda piel. No parece, cuando echa a andar, que haya estado al borde de la muerte.

Alto, fuerte, decidido… deja atrás a quienes hemos venido a verlo

para encerrarse en la sala desde la que liderará a los ejércitos del Skytree.

Hoy es el día. Hoy la Emperatriz dirigirá a la milicia mientras él comanda las tropas de la Agencia Hawk que aún son leales, y tratarán de reconquistar el Skytree.

Neal pasa dentro y los guardias se quedan fuera para impedir que ninguno más entre.

—¿Y Hikari? —pregunto, cuando las puertas se han cerrado.

—No lo sé —contesta Riku, que también ha venido a apoyar al capitán—. No lo he visto.

Anoche quedamos en que nos veríamos aquí.

Puede que simplemente haya cambiado de idea, pero… podría estar mal. Podría haber tenido otro brote. Así que no espero.

Desando mis pasos hasta el área médica y me aseguro de que Aya no lo ha visto hoy. Eso no quiere decir, sin embargo, que se encuentre bien; pero sé cómo ha reaccionado Hikari a mi preocupación otras veces y se me ocurre que si voy con una excusa y me aseguro de que esté bien sin que lo note será mejor. Por eso me encamino primero a mi dormitorio a por algo que enseñarle. Aquí no tengo mis cosas: ni mi Nintendo *vintage,* ni mi música, ni mis libros…, pero hace un par de días tomé prestada una novela de la biblioteca imperial. Tal vez pueda llevársela.

Me agacho para buscar en los cajones de la mesita y, entonces, veo algo fuera de lugar.

Un maletín negro.

Algo se dispara en mi interior en cuanto lo veo; algo que me *advierte*… sin que yo sepa de qué.

Me suena.

Me suena muchísimo, pero no consigo ubicarlo.

Me pongo de pie con él, me siento en el borde de la cama y, al abrirlo, me quedo sin aliento.

Porque yo ya he visto algo parecido antes en casa de Kai.

Son los viales de Hikari: esa medicación que tan desesperadamente necesita para continuar con vida… la misma por la que Kai traicionó a los Rebeldes hace años.

Me quedo mirando el líquido azulado mientras procuro pensar con claridad porque mi instinto sigue dándome golpecitos en el hombro, diciéndome: *reacciona, reacciona, reacciona…*

Hasta que todas las piezas encajan y me doy cuenta.

Esto ha tenido que traerlo *él*.

Me levanto sin ser muy consciente de lo que hago, tomo el *tantō* que lleva en el cajón de la mesita desde el día del ataque y abandono el dormitorio.

El miedo es tan intenso como la esperanza y la culpa me golpea cuando descubro que *espero* encontrarlo a él.

Cuando llego al cuarto de Hikari no estoy preparado.

Lo descubro espiando a través de una ranura en la puerta, como un maldito ladrón.

¿Pero qué clase de ladrón se mete en *tu casa* y se arriesga a ser arrestado de nuevo para darte un medicamento?

Supongo que el mismo capaz de rajarle el cuello a una chica inocente por su hermano.

Se me revuelve el estómago. Siento una punzada en el pecho y me llevo allí la mano mientras me obligo a avanzar.

Está de espaldas y lo suficientemente concentrado en su hermano, al otro lado de la puerta, como para no darse cuenta de que me

acerco a él.

De pronto, a un solo metro de distancia, noto algo diferente en su cuerpo. No se gira, no se mueve, pero algo en su espalda se tensa y Kai se vuelve hacia mí con la mano en el cinturón, listo para desenvainar su katana.

El brillo que se aloja en su mirada me dice que he estado a un segundo de ser atravesado por ella.

Le hago un gesto con la cabeza y lo apunto con el *tantō* que él mismo me dio. Cuando levanta las manos se lo acerco más a la garganta.

—Más despacio —susurro.

Kai enarca una ceja, pero obedece.

Me muestra las palmas desnudas y sostiene mi mirada como si me retara.

—Ahora vas a venir conmigo.

—No hagas tonterías, Markel. No me gustaría tener que hacerte daño.

Tiene los ojos enrojecidos y unas ojeras que oscurecen su mirada y que, sin embargo, no le restan atractivo. Una barba de dos días le cubre el mentón y le hace parecer un poco mayor.

—Date la vuelta y camina —contesto, con aplomo.

Kai esboza una media sonrisa, pero, por alguna razón, me hace caso. Se da la vuelta sin bajar las manos y echa a andar cuando siente el filo del arma contra los omóplatos.

Cruzamos el pasillo camino del cuarto que me han cedido en Palacio y cuando insto a Kai a entrar echa un vistazo al interior y se gira hacia mí con descaro.

—¿Para qué me has traído a tu cuarto?

Miro atrás. Oigo voces y unos pasos que se acercan.

—Adentro —le ordeno, y lo empujo para cerrar la puerta.

Kai mira por encima de mi hombro y esboza una sonrisa deliberadamente lenta.

A pesar de la fatiga, las ojeras y esa barba desaliñada, está guapo; increíblemente guapo para lo mal que parece estar.

—No has debido hacer eso. —Se lleva la mano a la cadera y yo sigo el movimiento mientras el corazón se me acelera—. Ni siquiera te has molestado en desarmarme.

Contengo el aliento sin quitar los ojos de sus dedos, sobre la empuñadura de Onimaru.

—No voy a delatarte —le digo, procurando sonar confiado—. Ni siquiera voy a retenerte.

Kai frunce el ceño y ladea la cabeza mientras echa a andar hacia mí. Sus ojos descienden hasta el arma que sigo aferrando con dedos temblorosos.

—Entonces, me temo que esta visita ha terminado —murmura, a un palmo de distancia.

Podría alzar la mano, volver a ponerle el filo del *tantō* bajo la garganta. Podría atravesarlo, podría hacerle mucho daño… Pero no le importa que no quede distancia entre los dos, porque sabe que no sería capaz de herirlo.

Él, en cambio…

—¿Dónde has conseguido los viales?

Da un paso atrás para observarme mejor.

—¿Qué importa eso?

—Lo quieres —susurro, y lo digo tan bajo que casi parece un pensamiento fugado—. A pesar de todo, seguirías haciendo

cualquier cosa por tu hermano.

—Nunca he mentido sobre eso —replica, tratando de adivinar a dónde van mis palabras.

—Pero me has traído los viales *a mí*.

Kai parpadea, su sonrisa se curva ligeramente y asiente con suavidad.

—Ah… de eso se trata. ¿Quieres que te diga lo especial que eres?

Ese tono burlón se me clava en el pecho, pero no dejo que me quiebre.

No.

Sí.

No sé qué es lo que quiero cuando miro a este hombre, que hoy parece tan distinto al Kai que yo he conocido.

Son sus pantalones pitillo, su cazadora de cuero, su katana… Son sus ojos azules, y esos pómulos afilados. Esa media sonrisa pícara y esa expresión un poco embaucadora. Y, sin embargo, parece otra persona, como si le faltara algo vital.

Da un paso adelante y yo retrocedo por inercia, algo que no le pasa desapercibido. Me observa, ensancha su sonrisa y me reta cuando da un paso más.

—Los he dejado en tu cuarto porque no quería que mi hermano me viera, y tú eras el único que sabe qué son esos viales. No podía arriesgarme a que otra persona los pasara por alto —explica, con frialdad.

Le sostengo la mirada hasta que me armo de valor.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto, y apenas me sale un hilo de voz.

Cuando cierro los ojos aún veo a Anna tumbada en un charco de sangre. Todavía noto el temblor en los dedos. El miedo en el alma.

—Ya sabes por qué —responde, como si estuviera decepcionado.

—Pudiste habernos pedido ayuda. Si lo hubiéramos sabido… no tendría que haber pasado nada de esto. —Se me hace un nudo en el estómago.

Kai se muerde el labio inferior y me contempla como si tuviera que meditar muy bien sus próximas palabras.

—Como yo lo hice fue más rápido —contesta solamente.

Aprieto los nudillos porque el temblor de mis dedos consigue atravesar los recuerdos y Kai sonríe ante el gesto antes de terminar de acercarse.

Levanto el arma, pero él la ignora por completo. Se acerca hasta que estamos a un palmo de distancia y noto la presión que él mismo ejerce contra el filo, ahora bajo su cuello.

Su aliento me hace cosquillas contra los labios cuando habla.

—Pero todo esto ya lo sabías, Markel. ¿Por qué me has traído hasta aquí? ¿Por qué no dar la voz de alarma? —ronronea y ensancha una sonrisa astuta—. No puedes, ¿no? No puedes delatarme porque todavía sientes algo cuando me miras.

Siento miedo.

Dolor.

Un sentimiento de traición…

Y remordimientos… porque a pesar de todo lo sigo *deseando.*

Deseo esa boca y esas manos sobre mi piel, deseo esa mirada despierta, un poco canalla, en la que ahora no parece quedar más que oscuridad.

Bajo los ojos a sus labios un segundo, solo uno, porque entonces Kai sonríe y articula un:

—Mira tú por dónde…

Y eso termina de enfurecerme.

Me enfada porque sabe que lo deseo; porque a pesar de todo, lo que más odio es que nos haya abandonado, a su hermano, a mí… Y eso está mal, porque debería odiarlo por Anna, debería quererlo *muerto* y, sin embargo…

Le doy un empujón para que se aparte, y aunque al principio enarca las cejas y parece sorprendido, un instante después me ha agarrado por el brazo y me ha puesto contra la pared.

Me sujeta el mentón con una sola mano suficientemente fuerte como para que no pueda moverme, se cierne sobre mí y me besa con furia.

Nunca antes, incluso en los arrebatos más violentos, me había besado así: con tanta rabia y necesidad. Pega su cuerpo al mío y no deja que me mueva mientras me devora.

Pero el beso acaba tan rápido como ha comenzado.

Kai se aparta, desliza el pulgar sobre mi labio inferior hinchado con una lentitud que contrasta poderosamente con mi respiración agitada y esboza una sonrisa satisfecha antes de marcharse por donde ha venido.

Me quedo solo y el frío que deja a su paso se va llenando rápidamente con culpa, dolor y rabia.



10

ECHO

Palacio Imperial

34 días para el solsticio de verano

Anoche sufrimos el ataque de otro *oni*.

No suelen entrar en Palacio. Muchos de los lugares aquí dentro son sagrados y su cercanía no los hace sentir cómodos.

Que eso haya cambiado es solo un síntoma más del derrumbe social al que nos enfrentamos.

Tomiko Murase, mi asistente, me da los detalles más escabrosos sin inmutarse mientras las doncellas terminan de prepararme.

—Mató a una mujer y consiguió herir a dos personas más antes de que los gritos alertaran a los guaridas y lo eliminaran.

—¿Quiénes?

Tomiko les dedica un vistazo a las doncellas.

No sabe cómo decirme que las víctimas no son relevantes sin ofender a las doncellas.

Pero yo lo entiendo bien.

—Que refuercen la seguridad. Que pongan más vigilancia por las noches y que se incorporen más matademonios a la Guardia Imperial. Necesitamos hombres y mujeres con experiencia.

—Va a ser difícil encontrarlos. Al parecer, tienen mucho trabajo estos días. Los ataques demoníacos son especialmente crudos en Shibuya, Shinjuku y Akihabara y eso ha provocado que muchos hospitales colapsen. Hay escasez de medicamentos y el corte de carreteras ha hecho que muchos se declaren en alerta negra.

Me quedo mirándola.

—No podemos empezar tan pronto con las alertas negras —declaro—. Habla con mis capitanes. Redirigiremos los esfuerzos a las carreteras principales para asegurar el reabastecimiento de los centros médicos.

Tomiko asiente.

Espero a que termine de escribir en la pantalla y solo entonces hago la siguiente pregunta.

—¿Hay noticias de Raine Andrews?

—Todavía no, pero la representante de su gabinete ha vuelto a hacer declaraciones sobre el asalto que sufrió el Palacio.

—¿Y qué ha dicho exactamente?

Tomiko Murase no tiene pelos en la lengua, pero esta vez duda y me doy cuenta de que está pensando cómo dar su respuesta.

—Ha mencionado su incapacidad para liderar el Imperio en una situación crítica, ha juzgado su arrogancia por no haber sido capaz de llegar a un acuerdo pacífico y ha terminado cuestionando la

legitimidad de su cargo, alegando un gobierno inmoral, tendencias hedonistas, bárbaras e indecentes.

La brisa es fuego; apenas un rumor muy suave pero abrasador que me araña el rostro y el cuello, que hace que me hierva la sangre.

—¿El acuerdo pacífico al que se refiere habría pasado por deponer las armas y entregarle mi Imperio?

Murase-san no responde. La miro a través del espejo y sé por su mirada grave que opina como yo.

Raine Andrews tenía hasta ahora el control de la narrativa e intenta recuperarlo a pesar de que el Scorpion de Markel le ha dado la verdad al mundo.

Y yo no puedo defenderme. No puedo discutir las acusaciones sobre mi falta de ética o defender mi derecho al trono.

Mi sangre se convierte en lava. El rugido grave de un volcán retumba en mis oídos.

—También yo haré declaraciones —sentencio y miro mi figura en el espejo—. Que Moe Standen las filtre y las haga llegar al exterior.

Tomiko asiente y teclea algo en su tablet mientras las doncellas hacen una reverencia y se retiran.

Yo no lucharé. No, al menos, de forma real, pero el traje sí es marcial: una combinación a caballo entre lo moderno y lo tradicional.

Visto una falda larga y negra adornada con la poderosa imagen de un dragón dorado rugiente. Las pesadas placas de cuero de una armadura me protegen los flancos y el torso en un conjunto mucho más delicado que el de la armadura samurái tradicional. Llevo protecciones en los hombros y los antebrazos y en el centro de mi cuerpo un cinturón del que pende el símbolo de la casa real: el *kiku*, un crisantemo dorado.

Me han recogido el pelo en la nuca y hoy no llevo adornos; tan solo la melena negra pulcramente peinada. Tampoco porto armas: pues mi fuerza no radica en ellas.

Ojalá pudiera hablar con la jefa de gabinete de Andrews cara a cara. Ojalá pudiera hablar con la propia Raine yo misma.

Solo Tomiko me acompaña al salón de ceremonias. Allí me espera el general del ejército, junto a su teniente y a otros oficiales y estrategas. También se encuentran allí los técnicos de imagen que nos retransmitirán el asalto, guardias que nos protegen y, unos minutos antes de comenzar, Neal Kellum.

Se ha puesto el traje del Skytree, aunque no lo necesita. No habrá golpes de los que la nanotecnología tenga que protegerlo, ni anomalías de las que tenga que resguardarse. Sin embargo, Neal Kellum se ha vestido como un soldado; un comandante.

Tengo entendido que Moe Standen lo ha nombrado líder del Skytree.

Camina un poco lento hasta que llega al centro de la sala, donde ocupo el trono. Mis hombres aguardan a ambos lados de la estancia, pendientes de mí y de las pantallas que han colocado al frente.

Tomiko Murase aguarda a mi izquierda.

—Comandante Kellum —lo saludo—. Lo estamos esperando para comenzar.

Neal hace una reverencia. Seguro que es cosa de Tomiko.

Le hago un gesto para que se una a mí. Han dejado un asiento preparado junto al trono, por si el comandante se cansa; pero no lo toma.

Se queda junto a mí, frente a las pantallas. Una muestra una mesa de oficina alargada que preside Moe Standen y que está repleta de

hombres en traje. Junto a ella, una imagen de los soldados que ya se han reunido en torno al Palacio; el grueso de mi ejército y los soldados del Skytree que aún se mantienen leales. El resto de cámaras ofrecen una vista de pájaro de los puntos clave que rodean las inmediaciones del Skytree.

Tomiko me tiende un comunicador antes de ofrecer el suyo a Kellum. Un técnico nos explica rápidamente cómo controlar los canales.

Después, llega mi turno.

—General —lo llamo.

Este da un paso adelante, realiza una reverencia y, acto seguido, se gira hacia las pantallas para arengar a las tropas.

—Comandante Kellum.

Los soldados aguardan mientras su comandante da un paso adelante.

No han cancelado el ruido que emite el patio de Palacio para que seamos conscientes de la solemnidad que los envuelve.

No se oye un alma.

—Seré breve, soldados. Algunos me conocéis como el capitán de Byakko del Skytree. Hoy, sin embargo, no existen las unidades. No importa si vuestro trabajo era enfrentaros a *oni*, *yurei*, *yokai* o a anomalías. El enemigo es humano, como nosotros, y amenaza la paz del Imperio. Nuestro objetivo es simple: recuperar el Skytree, arrebatarles el control de un bastión muy valioso. —Se ven algunos rostros serios que asienten, miradas orgullosas que brillan—. Superamos en número al enemigo, pero no os voy a mentir: algunos de vosotros moriréis. Hoy os arriesgáis a una posibilidad para evitar la certeza futura que traería consigo dejar el Skytree en manos de

Raine Andrews.

Es inteligente. No apela al honor o a la lealtad. Según los informes la peor calaña del Skytree apoya a Andrews o ha desertado ya; pero las filas que siguen a Kellum también están repletas de delincuentes. Ninguno de ellos está aquí por deber o gloria, y el comandante sabe apelar a algo más importante para ellos: la supervivencia.

—Suerte, soldados. La victoria es vuestra.

No hay vítores, solo un silencio que se extiende a través de las filas. Algunas cabezas bajan en un asentimiento mudo, otras espaldas se yerguen con determinación.

Le hago un gesto al general y comienza el despliegue.

Un sector importante de la milicia se queda guardando el cuartel general de la Policía Metropolitana de Tokio, donde sabemos que se atrincheran algunos de los sublevados. El edificio está solo a cinco minutos del Palacio y no queremos dejarlo desprotegido para que sufra otro ataque. El resto se suben a *Humvees*, tanques y furgones que los llevan directamente al Skytree.

Los minutos hasta que se detienen los vehículos se hacen largos y silenciosos, solo quebrados por la señal de radio que llega por los intercomunicadores según avanzan nuestros soldados y encuentran el camino despejado.

Quienes controlan los drones avisan, a diez minutos de la llegada, de que el Skytree ya se prepara para el asalto.

El comandante Kellum se mantiene imperturbable hasta el final. Una a una hace las comprobaciones pertinentes, da órdenes con voz calma y organiza a sus soldados en conjunto con el general de la milicia hasta que comienza el ataque.

La estrategia ha sido diseñada con cuidado. Todos conocen sus

posiciones y tanto el comandante del Skytree como el general de la milicia saben bien cómo dirigir a sus hombres. Sin embargo, las batallas reales traen obstáculos difícilmente planteados en la teoría.

La imagen limpia de las cámaras pronto muta a vídeos caóticos y cámaras en pechos que nos ofrecen muertes en primera persona. El salón de ceremonias se llena entonces de ráfagas de disparos, de gritos de soldados, de órdenes de oficiales, del eco de los llantos…

Kellum improvisa, también mi general.

Es el comandante quien ordena a un escuadrón pequeño que se abra paso a través de los pisos del Skytree, ignorando a los mercenarios que les salen al paso. No se detienen cuando uno de ellos es herido. Lo arrastran entre dos soldados hasta que recupera la conciencia y han de abandonarlo para continuar sin él.

Piso a piso ascienden hasta que llegan a la sala de control y allí un ingeniero les explica primero cómo bloquear todas las salidas menos la escalera norte y, acto seguido, cuando se aseguran de que todos los efectivos aliados están bien ubicados, apagan las luces del recinto.

Las siguientes horas son tensas, una prolongación dramática de la derrota hasta que consiguen sacar de allí al último mercenario de Andrews.

Uno de los oficiales corruptos se quita la vida, otros son atrapados antes de que consigan escapar.

Mi general de la orden de que no impidan a los huidos entrar a la Metropolitana. Los queremos a todos en el mismo lugar cuando vayamos a por ellos.

La sala de ceremonias se llena de aplausos comedidos y reverencias respetuosas que contrastan fuertemente con la sala en la

que Moe Standen seguía el asalto, donde saltan, gritan y prácticamente aúllan mientras él felicita efusivamente a su hombre.

En medio de la celebración, me doy cuenta de que Kellum se deshace del comunicador discretamente y me levanto del trono antes de que se marche.

—Ha hecho un gran trabajo, comandante. Le doy las gracias por servirme bien.

Kellum abandona el comunicador en el suelo, lo deja caer sin mirarlo siquiera, porque tiene los ojos verdes fijos en mí.

—No la he servido a usted, ni a su Imperio —replica, sin mutar una expresión grave, un poco hosca—. He servido al pueblo, al mismo que Kiera intentaba salvar cuando decidió sacrificar su vida.

No estoy preparada para esas palabras, ni para la crítica ni para la rabia contenida.

Si no me tenso ni altero mi rostro se debe solo a mis años de férreo entrenamiento y disciplina feroz.

La voz de mi madre me llega en un murmullo a través de la brisa de la memoria:

«Que no te vean sufrir. Que no te vean dudar. No les regales tu sorpresa o tu incertidumbre; ni siquiera tu alegría. En manos de tus enemigos, la emoción más inofensiva será una daga en tu corazón».

—Soy consciente de que no aprueba mis decisiones, pero yo también me debo a mi pueblo, comandante. Y he de protegerlo frente a cualquier amenaza.

Es esa palabra. *Amenaza.* Eso lo enfurece.

Lo noto en su mirada, que se estrecha y se oscurece antes de abrir la boca sin perder la calma. Quizá sea eso precisamente, esa tranquilidad serena, lo que hace que sus palabras resuenen con más

dureza.

—¿Alguien le ha dicho a usted que es una cobarde?

Esta vez, una reacción sí escapa por entre las grietas de la armadura. Se filtra como agua y yo le concedo a Neal Kellum la sorpresa que mi madre decía que algún día podría convertirse en arma.

—Hoy he dirigido al Skytree por su pueblo, pero a usted no le perdonaré jamás lo que le ha hecho a una persona dispuesta a morir por la gente que dice proteger. Si Kiera Amell fuera una amenaza, no habría pilotado ese avión, y en el fondo sabe que ha cometido un error por pura cobardía.

Su voz es un aguijonazo a través del cuero que me protege. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo es capaz de ser tan necio con tal arrogancia?

Aprieto la mandíbula. Alzo el mentón.

—Está dolido, comandante, pero no puede hablarme así —le advierto—. Le ciega el amor y eso lo ha convertido en alguien débil.

Neal Kellum me devuelve la mirada. No se amedrenta ante mi amenaza. No se inclina bajo el peso cortante de mi tono. Se limita a observar con gravedad, desafiante.

—Si cree que el amor puede hacer débil a alguien es que no ha comprendido nada en absoluto.

Aprieto los nudillos.

—No lo tomaba por alguien tan ingenuo, Kellum.

Esta vez no hay respuesta. No creo que le preocupen las represalias; simplemente, no tiene nada más que decirme.

Se da la vuelta, sin despedida, ni reverencia ni trato respetuoso.

Baja las escaleras de la plataforma del trono y pasa por entre quienes aún celebran la victoria sin detenerse en nadie, hasta que

toma la puerta y desaparece.



Poco después de caer la noche una tormenta furiosa irrumpe en Tokio.

Fuera, una pasarela de seguridad sigue iluminada para los soldados que montan guardia. Nadie atacará. Solo un demente sin respeto por la vida de sus hombres ni nada que perder planearía una incursión de noche.

Más allá del foso, las murallas o los guardias armados, la propia oscuridad es la línea de defensa más segura cuando se va el sol.

Desde mis aposentos se ve el jardín iluminado por linternas de piedra que no protegen del mal. Las sombras que nacen a los pies de los arces japoneses, los parterres de flores y los estanques con nenúfares son un recordatorio inquietante de que todos estamos atrapados aquí dentro.

Arrodillada frente al *fusuma* abierto de par en par, no me percato de los pasos que se acercan por el pasillo hasta que es demasiado tarde.

Las puertas del otro lado de mis aposentos se abren de golpe. Me giro con el corazón en la boca y la mano en la empuñadura de la *kogatana* que llevo al muslo. Cuando intento ponerme en pie, tropiezo y la voz de mi madre resuena de nuevo en mi conciencia:

«No estar preparada significa *morir*».

Me quedo sin aire.

La daga se me resbala de las manos cuando intento aferrarla con más fuerza y el tintineo metálico que provoca al caer desata otro recuerdo en forma de *furin.*

La campanilla de viento resuena en las paredes de mi memoria mientras me quedo ahí plantada y veo los rostros que entran en tropel en mi cuarto.

Distingo la melena rubia de Alexa, los rizos rebeldes y apretados enmarcando un rostro pequeño, de nariz respingona y mejillas ruborizadas. Reconozco también a los dos guardias que la atrapan antes de que consiga dar un paso más y a la asistente que corría tras todos ellos sin aliento.

Sin embargo, no soy capaz de reaccionar.

En mi mente sigue tintineando el eco de un *furin* y yo me veo muchos años atrás, siendo arrastrada del pelo fuera de mi cama. Me veo desde fuera, como si esa niña no fuera yo; como si no me hubiera desgarrado la garganta llamando a mi madre, como si no me hubiera arañado las rodillas en la gravilla tratando de zafarme.

La primera vez que unos hombres con máscaras de demonio me sacaron de la cama de madrugada me llevaron medio desnuda hasta el jardín interior, me hicieron arrodillarme frente a la última línea de luz que ofrecía protección. Rasgaron mis ropas, me cortaron el pelo con un puñal de forma violenta y humillante y me golpearon hasta que creí que había muerto.

Cuando desperté por la mañana y vi el rostro de mi madre lo primero que pensé fue que ella me había salvado. Luego, descubrí la decepción en su expresión y comprendí el error que había cometido.

«No estar preparada significa *morir*», me dijo. «Si lo que ocurrió anoche hubiera sido real hoy no seguirías con vida. Para mí lo es; para mí sí que ocurrió y tú estás muerta».

No me dirigió la palabra en semanas y ordenó que así lo hicieran todos. Nadie me miraba a la cara. Nadie se molestaba en responder.

Me convertí en un espectro que se limitaba a vagar por la casa en silencio, ignorada por todos.

La segunda vez que me sacaron de la cama a rastras yo estaba preparada, porque pasaba las noches en vela. No consiguieron llevarme al jardín, porque peleé hasta herirme a mí misma.

Mi madre volvió a hablarme. Por primera vez en semanas un ser humano volvió a mirarme a los ojos, pero solo fue para decirme que había vuelto a fracasar.

La tercera noche no lograron sacarme de mi cuarto.

Por la mañana, mi madre observó cómo el médico curaba mis heridas y volvió a advertirme.

«Sigues estando muerta».

Durante un año entero conviví con esa gente como un espíritu. Nadie osaba mirarme. No me oían si lloraba, no aparecían si pedía auxilio por las noches. Estuve rodeada de un montón de gente que obedecía a mi madre hasta las últimas consecuencias, pero completamente sola.

La última noche que lo intentaron, le segué la garganta a uno de los hombres enmascarados.

Solo entonces volví a la vida.

Mi madre dejó de castigarme con silencio. Dejé de ser invisible.

La tortura continuó de otras formas y yo aprendí una valiosa lección:

Todo vale para sobrevivir.

Ahora me encuentro de pie, indefensa y torpe, con la daga que debería protegerme a los pies y las manos temblorosas por un simple recuerdo.

—*Kōgō Heika!* ¡Por favor!

La voz de Alexa tira de mí y me saca un poco de ese estanque de aguas pútridas.

—*Kōgō Heika!* ¡Escúcheme antes de tomar una decisión! ¡Se lo ruego!

Los guardias la arrastran fuera y yo comprendo, mientras Tomiko se deshace en disculpas y Alexa patalea con furia, que ambas me han estado hablando y que yo no he oído nada de nada.

Ahora, además de ellos, Tora Satake ha irrumpido también en mis aposentos. Ha debido de escuchar los gritos desde los suyos, que se encuentran muy cerca de los míos.

Y ahora los guardias saben ya que no compartimos cama.

Solo pensar en el quebradero de cabeza que supondrá acallar los rumores en la corte hace que me duelan las sienes.

—¡Basta!

Todos se detienen en el acto: Tora, que exigía respuestas; Tomiko, que procuraba silenciar a Alexa; los guardias, que intentaban sacarla de aquí sin herirla de verdad; y la joven, que me mira con ojos esperanzados.

—Echo. —Mi nombre en sus labios es una puñalada consciente y condenatoria, porque sabe muy bien qué es capaz de hacerme con él —. Por favor, déjame hablar contigo a solas antes de oírlo.

—¿Oír qué? —Alexa abre la boca, pero yo me giro hacia mi asistente—. Murase-san.

—Es Raine Andrews —responde, con prudencia—. Ha hecho declaraciones por fin.

La realidad cala en mí como un manto de vapor suave mientras fuera llueve con violencia.

Andrews se ha pronunciado tras el asalto al Skytree y lo que

quiera que haya declarado ha sido tan malo como para que Alexa haya aparecido aquí de madrugada, rogándome que la escuche a ella antes de ver los vídeos.

—Murase-san —la llamo—. ¿Tiene ahí las declaraciones?

—Echo… —murmura Alexa, desesperada—. *Kōgō Heika* —repite, como si antes simplemente se hubiera confundido.

—Puede quedarse, Lalanne-san —le digo, con voz serena—. Pero lo hará en silencio.

No espero a su reacción. Me giro hacia mi asistente, que se acerca para ofrecerme la pantalla, y permito que ella decida.

Los guardias dan un paso atrás cuando deja de oponer resistencia y solo entonces alzo la mano y les hago un gesto para que vuelvan fuera.

—Tora, ¿tú las has oído?

El hombre lleva un kimono negro, y el cabello que acostumbra a lucir siempre recogido le llega hoy por los hombros, completamente liso y negro como las plumas de un cuervo.

También así, con este aspecto menos formal, es bello.

—No. —Sacude la cabeza—. Aún no.

—Puedes quedarte también —ofrezco.

Me aparto del umbral del dormitorio con el corazón todavía latiéndome acelerado.

La *kogatana* que llevaba en el muslo descansa ahora en el suelo y soy terriblemente consciente mientras me alejo y pienso que ahora, si un peligro real se acercara a mí, no tendría con qué defenderme.

Tal vez los *kanzashi* que llevo en el pelo.

Me abro paso hasta la sala, tomo un vaso de sake y me dejo caer en uno de los sillones sin esperar a ver qué hacen Alexa y Tomiko.

Tora me sigue y toma asiento a mi lado, pero rechaza el sake que le ofrezco.

Inicio el vídeo y el odioso rostro de Raine Andrews me devuelve la mirada desde el otro lado. No es un evento público, pero hay un atril desde el que lee su discurso. La habitación en la que se encuentra es blanca, pero la pared que tiene detrás muestra una placa con su nombre y su cargo en la dirección de la OIPPDH, la Organización Internacional Para Preservar los Derechos Humanos. A su alrededor, varias fotos suyas en eventos y cumbres políticas, así como en actividades benéficas y viajes humanitarios a lo largo del mundo. Las que más me llaman la atención son las fotos con su marido y sus dos hijas pequeñas, dos angelitos rubios calcados a la arpía de su madre.

Y ella se muestra en el centro, en ese atril ridículo, con el pelo recogido en un moño tirante, los ojos azules enrojecidos y unas ojeras que cualquier maquillador profesional habría sabido disimular mejor.

—Buenas noches. Me presento ante vosotros no como la directora general de la OIPPDH, sino como Raine, una ciudadana preocupada por la salud mental de una de las dirigentes más poderosas de la historia de nuestro mundo: la Emperatriz de Japón, Echo del clan Akiyama. Como bien sabéis he evitado hacer declaraciones personales esperando, en vano, un acercamiento por parte de la Emperatriz para subsanar los posibles malentendidos que han llevado al Imperio de Japón a una situación tan precaria.

Acto seguido dan paso a una serie de imágenes que son bastante elocuentes por sí solas, aunque ella se molesta en narrarlas:

—Hurtos, vandalismo y muerte en la calle, demonios sin control,

una infraestructura dañada que ya no protege a sus habitantes de las anomalías… Y todo esto en medio de una guerra civil. —El plano regresa a ella y esta vez se acerca lentamente a su rostro—. Los últimos informes declaran que, durante la mañana del día de hoy, la milicia de la Emperatriz, junto con el terrorista y líder rebelde Neal Kellum, ha asaltado las instalaciones del Skytree, desatando el pánico entre los soldados que aún se mantenían leales a la OIPPDH a pesar de las amenazas. Muchos de ellos han sido asesinados en el acto y otros tantos han sido secuestrados y trasladados a las instalaciones del Palacio Imperial, donde las fuentes afirman que serán sometidos a tortura. Nuestras plegarias están con esos hombres y mujeres valientes que se han mantenido fieles a la humanidad a pesar de conocer el destino que les aguardaba.

Raine Andrews entrelaza las manos y baja la cabeza mientras cierra los ojos.

—Oh, por favor… —digo, en voz alta.

Aprovecho el lastimoso minuto de silencio por los corruptos del Skytree, violadores, asesinos y delincuentes militares, para servirme otro vaso de sake y mirar al resto.

Tora no le quita los ojos de encima a la imagen penitente de Andrews.

Tomiko aguarda con las manos cruzadas frente a la falda negra sin que su expresión revele lo que opina del vídeo. Alexa, a su lado, se retuerce los dedos visiblemente nerviosa.

Hacía días que no la veía.

Intentó hablar conmigo para pedirme que liberara a Kiera, pero no le permití visitar mis aposentos. Quizá por eso ha irrumpido hoy de esta forma: imaginaba que no le concedería una audiencia.

Está dolorosamente guapa, con esos vaqueros que no encajan en absoluto con el lugar, la sudadera blanca desgastada y el pelo suelto y libre alrededor de su hermoso rostro.

Creía que su ausencia me había hecho conjurarla aún más bella en mis sueños, pero no era así. Ninguna fantasía es capaz de hacerle justicia.

—Sentaos, por favor —les ofrezco.

Tomiko obedece enseguida. Alexa, en cambio, no se decide hasta que Raine Andrews vuelve a tomar la palabra y dejo de mirarla.

—Ante la violencia y las muertes, nos hemos visto obligados a instar a nuestras fuerzas aún leales a que resistan en todo Japón, no solo en Tokio. La osadía de la Emperatriz nos hace preguntarnos si estaremos ante el inicio de una nueva Gran Oscuridad. Se ha vuelto imprudente y temeraria y con sus acciones no hace sino romper todos los lazos diplomáticos con el exterior. No nos cuesta recordar, si echamos la vista atrás, que Echo del clan Akiyama no fue la única candidata para suceder al fallecido emperador. Ya entonces, Japón estuvo al borde de una guerra civil por su codicia y años después asesinó a sangre fría a todo un clan. Ante el terror que ahora está desatando no podemos dejar de preguntarnos si ese pobre Imperio en ruinas no estaría hoy mejor de haber sido gobernado por su hermano Ryosuke del clan Mōri. Le rezo a Dios para que libere a Japón de este mal y coloque en su lugar a un dirigente sensato, que restablezca la paz. Sin duda, la OIPPDH le brindaría su apoyo para preservar los derechos humanos que se están vulnerando.

El vídeo sigue reproduciéndose mientras Andrews se despide, la cámara se acerca a su rostro piadoso y comienza a sonar una música que yo ya no escucho.

Una declaración de guerra… que se extenderá en forma de batallas inútiles por todo el país.

Raine Andrews tiene poder, pero no el suficiente para derrotarme en mi propio territorio. Lo único que hará será desgastarnos, provocar muertes evitables y consumir recursos muy valiosos.

Solo oigo el sonido burbujeante de la lava, el rugido furioso de un volcán.

Sé que Alexa dice algo, porque le veo mover los labios.

También mi asistente lo intenta. Tora no. Tora se mantiene en el más absoluto de los silencios.

Dejo el dispositivo a un lado, me pongo en pie y me sirvo otro vaso de sake.

Qué tremendo es el estruendo del volcán. Qué turbulento el temblor bajo mis pies.

Una mano en mi hombro hace que me gire en redondo, pero me relajo cuando descubro el rostro amedrentado de Alexa, muy cerca del mío, antes de bajar la mano.

—Te está provocando —me dice, temerosa—. Conozco a Andrews. La he estudiado durante mucho *mucho* tiempo y sé que esta es una de sus jugadas. Quiere hacerte reaccionar, y ninguna reacción será buena ante semejantes acusaciones.

Así que Alexa también escucha el bramido del volcán.

«Imprudente».

«Temeraria».

«Asesinó a sangre fría a todo un clan».

Puede que Andrews tenga razón. Tal vez no sepa qué tipo de reacción provocará.

Aparto los ojos de los de Alexa.

—Murase-san, convoque al consejo y a mis jefes militares, y envíe misivas a todos los *daimyō*, menos al del clan Mōri.

—¡Echo! —protesta Alexa—. ¡No! ¡Eso es lo que ella quiere!

Levanto una mano frente a su rostro y vuelvo a mirar por encima de su hombro.

—Conquistaremos la Metropolitana y después celebraré una reunión con las personas más poderosas de Japón.

Tomiko asiente sin replicar. No tiene que cuestionarse nada, no duda ni teme.

Alexa, en cambio, da un paso adelante procurando reclamar mi atención.

—Es un error —murmura—. Un error que te costará muy caro.

Sus ojos verdes son un remanso de paz en medio de la ira del volcán y decido dejar de mirarlos.

—Tora —lo llamo, despacio—. Aún no has dicho nada.

Tenemos una alianza y si he unido mi vida a la suya es por el poder que alberga frente a los *daimyō*. Si no me gusta su opinión no sé si escucharé su consejo, pero me interesa saber cuál es.

Tora aún sigue con la vista fija en la pantalla, ya estática y centrada en el rostro de Andrews. Su equipo de comunicación ha elegido una captura donde la mujer sale mirando directamente a cámara, con las cejas arqueadas en un ángulo lastimero, los labios fruncidos en una línea recta y la pena tirando hacia debajo de sus expresiones.

Tora Satake levanta el rostro hacia mí. El pelo oscuro le cae a ambos lados de la cara cuando me mira con gesto grave.

—Si la reunión es para tomar decisiones sobre el clan Mōri, yo no la celebraría.

Alexa se vuelve hacia él, esperanzada.

—¿Por qué? —inquiero, tal vez con demasiada dureza.

Tora no vacila.

—La información vuela rápido y el clan Mōri podría descubrir que no han sido invitados a esa reunión. Yo no concedería ese margen.

El significado de sus palabras se desliza como tinta hasta llegar a mí.

La voz de mi madre resuena como un guijarro que cae al agua, quiebra la superficie del estanque y se expande en una onda y luego en otra y otra y otra…

«No estar preparada significa *morir*».

—Olvide mi orden, Murase-san. Convoque a todos los *daimyō*; también al clan Mōri.

Alexa contiene el aliento y da un paso atrás cuando comprende que está sola en esto.

Esta vez, el rostro de mi asistente sí refleja sorpresa; pero es solo un segundo. Asiente, recoge su tablet y abandona mis aposentos.

Alexa procura que Tora la mire, pero este se limita a observar sus dedos entrelazados sobre el regazo. Tiene los hombros un poco caídos, la cabeza hundida. Es consciente de las consecuencias que traerá lo que acaba de sugerirme.

—También yo debería marcharme —declara entonces ella.

—No. —La detengo, y miro enseguida a Tora—. Satake-san, ¿puedes dejarnos?

Él reacciona enseguida, adopta de nuevo ese rostro amable y sereno y nos dedica una sonrisa cansada.

—Claro. Me marcho ya. Hoy ha sido un día largo. Que descanséis.

Alexa le responde con una lenta inclinación de cabeza. También yo me despido y ambas nos quedamos en silencio hasta que estamos

solas.

No lo hemos estado desde que intenté acabar con lo nuestro siendo fría y pragmática y ella me sorprendió jurando que no le importaba ser mi amante, vivir siempre en las sombras y querer esas partes de mí que no pertenecen al Imperio.

Luego besé a Tora para quitarle esa idea terrible de la cabeza.

Ya había estado con otras personas así, hombres y mujeres dispuestos a ser para mí lo que una vez mi madre significó para el antiguo emperador Hisaaki: Tatsuki Hokke, con quien el consejo me animó mucho tiempo a desposarme de manera oficial; Yaku Kageyama, a quien hace una eternidad que no veo; y Mai Nijō, a quien han educado para conformarse con cualquier atención que yo le conceda.

Creía que no podía permitir que Alexa se convirtiera en ellos: un espectro de Palacio, demasiado aferrada a mí para marcharse, triste y sola por toda la eternidad, porque yo jamás podré estar a su lado como se merece.

No llegué a descubrir si ese beso le hizo cambiar de idea, asumir que no soy tan buena como cree y replantearse su decisión.

Después ocurrió lo de Kiera, ese regreso, divino o profano, de la muerte, y desde entonces no se había acercado a mí.

Hasta ahora.

—No tienes por qué hacerlo —susurra, con voz queda.

—Solo voy a celebrar una reunión —respondo.

Me sirvo otro vaso de sake.

—Tú y yo sabemos que eso no es verdad. Te he estudiado también a ti, ¿recuerdas? —Inspira con fuerza y alza un poco el mentón—. Esto no va a ser como lo del clan Kanmu.

Me giro hacia ella, sorprendida de que se atreva a mencionarlo siquiera.

El clan Kanmu apoyó mi gobierno porque creyó que sería más débil que Ryosuke, que tenía dos años más y era hombre. Y, tal vez, al principio fuera así: durante ocho años estuve completamente dominada por ellos. Cuando cumplí los veinte maté a todo el clan. Es un secreto a voces que no me he esforzado por ocultar; por eso Raine Andrews también está enterada.

—¿Y sabes, exactamente, cómo fue lo del clan Kanmu? —pregunto, con voz templada—. ¿Sabes cómo vivía bajo su control? La corte era muy diferente antes. Si esto te parece opresivo, si crees que ahora me tienen divinizada y el ritual de la Noche de las mil estrellas se te antoja una barbaridad…

—Pero esta vez no es así, ¿no? Esta vez tú tienes el poder y puedes decidir.

—Tengo el poder gracias a que un día tomé una decisión difícil.

Alexa traga saliva.

—Tú no eres así.

—¿*Así?* —repito y doy un paso hacia ella—. Alexa, no me conoces. No de verdad. Solo has visto las partes amables.

—Y son tan preciosas como para pelear por ellas. Echo, por favor… Considéralo. Solo te pido eso. —Apoya una mano sobre mi hombro y el calor de sus dedos a través de la tela liviana prende una chispa en mí. ¿Cómo es posible que una brasa arda más que un volcán entero?—. Existen otros caminos y quizá tu hermano Ryosuke esté dispuesto a recorrerlos contigo. Tal vez el clan Mōri esté atemorizado por el mensaje de Andrews y la maldiga por haberlos colocado en una posición tan difícil. A lo mejor rezan a los *kami* para tener una

oportunidad de hablar contigo.

Qué ingenua, y qué dulce sería que tuviera razón.

Le rodeo los dedos con la mano y el gesto la sobresalta, pero no se aparta.

—¿Conoces la historia de cómo Japón se quedó a oscuras?

Alexa frunce el ceño.

—Sí, claro… —murmura y como ve que sigo esperando continúa hablando—. Cinco años después de que aparecieran las anomalías, Japón se quedó a oscuras y las encerraron aquí, sacrificando a todo el que se encontraba dentro.

Sonrío y me fijo en nuestras manos. Deslizo una suave caricia sobre sus nudillos.

—Durante el periodo que se conoce como la Gran Oscuridad, el último presidente de Japón y su gobierno decidieron construir las Cinco Puertas del Infierno. Se dijo que serían defensivas, para *aislar* a Japón del exterior y de las anomalías… Aunque nadie dijo nunca cómo pensaban sacarlas de aquí antes de encerrarnos. El caso es que una noche, cuando el resto de potencias se iluminaron, Japón no lo hizo. Sufrió un apagón masivo que dejó a toda la isla sin luz protectora. —Alzo los ojos para comprobar que sigue mirándome, pendiente de mí—. Esa luz era cara, muchos lugares en todo el mundo contaban todavía con una protección muy precaria… Solo unas semanas atrás, muchos otros lugares habrían permanecido a oscuras igual que le ocurrió a Japón y las anomalías se habrían dispersado, pero la Cumbre acababa de implantar soluciones que protegían a la humanidad y eso hizo que todas las anomalías se reunieran aquí.

—Eso es… —empieza, dubitativa—. Todos ahí afuera sabemos que

el asunto apesta, pero no conocía esas medidas de la Cumbre…

—Ah, ¿no? Déjame que te cuente más. —Le suelto la mano, solo para deslizar los dedos sobre su mejilla, atrapar un mechón de pelo rubio y acariciarlo entre mis dedos mientras siento cómo Alexa contiene el aliento—. El resto del mundo, la Cumbre, vio entonces una oportunidad y activaron esas Puertas que deberían haber servido para protegernos. Así encerraron a la mayoría de las anomalías. Los japoneses no creyeron ni por un momento que la construcción de una estructura similar fuera casualidad, y aunque no se pudo probar derrocaron al presidente, lo encerraron junto con otros miembros del gobierno implicados en el proyecto y nunca nadie confirmó la verdad porque todos ellos murieron. Se suicidaron, dijeron que por la deshonra.

Alexa inspira con fuerza.

—Tampoco eso lo sabía.

—La transición fue complicada y convulsa. Tampoco aquí interesa demasiado que se sepan los detalles más sórdidos, porque ese fue el origen del poder de mi familia. Había un vacío, facciones revueltas y lo que más preocupaba a la Cumbre: *daimyō* que amenazaban con destruir las Cinco Puertas del Infierno para soltar a las anomalías y liberar a Japón. Así que la Cumbre se reunió con mi abuelo, el primer Emperador tras la Gran Oscuridad, y llegaron a un acuerdo: el mundo no nos masacraría si nosotros nos estábamos quietecitos aquí dentro. Le dieron poder y recursos y pusieron a su alcance la fuerza suficiente como para manejar a los *daimyō* y restablecer el orden.

Le meto el mechón de pelo tras la oreja y contemplo la turbación de su mirada, la inquietud que llena el verde.

Qué hermosa es, incluso cuando está horrorizada.

—¿Por qué? ¿Por qué encerraros aquí dentro? ¿Por qué no permitieron que la gente huyera? Un éxodo habría sido terrible, pero… se habrían salvado muchas vidas.

—¿Y qué habría servido de alimento para las anomalías? —pregunto.

Veo cómo el color abandona su cara y acaricio su pálida mejilla con el pulgar.

—Durante los cinco años en que el mundo se enfrentó a las anomalías se dieron cuenta de algo: mientras se implantaba la luz protectora, al principio todavía había comunidades que, de vez en cuando, sufrían apagones, pero no todas eran atacadas. Algunas ciudades eran terriblemente masacradas mientras que otras poblaciones más pequeñas, en zonas poco pobladas, permanecían intactas incluso si se quedaban a oscuras. ¿Sabes por qué?

—Porque no había gente —comprende, con un hilo de voz.

Asiento lentamente.

—Mi abuelo pudo negarse, pudo destruir las Cinco Puertas del Infierno, y, sin embargo, adoptó el papel de guardián y carcelero y aceptó el poder que le ofreció la Cumbre a cambio de proteger las puertas… porque temía las represalias.

—Eso es terrible —murmura.

—Y pragmático. Hizo una apuesta y decidió que merecía la pena sacrificar a parte de su pueblo para asegurar la supervivencia del resto. De otra forma, se habría jugado las vidas de todos… y prefirió ir a lo seguro.

Alexa me observa con los labios apretados.

—¿Por qué me cuentas esto, Echo?

—Porque la propia historia de mi familia, mis raíces, mi sangre…

me enseña que a veces es necesario hacer sacrificios para preservar la paz.

La joven se muerde los labios. Tiene los ojos húmedos, anegados en rabia y dolor.

—Reconsidéralo —me dice, me implora—. Esta vez la amenaza no es real, sino una artimaña de Andrews. Por favor, Echo.

Vuelvo a tomarla de la mano y, esta vez, entrelazo mis dedos con los suyos.

—Lo reconsideraré con una condición —le digo.

Sus ojos verdes se iluminan, y esa luz disipa un poco los remordimientos por lo que estoy a punto de pedirle.

¿Qué importa pagar con mi conciencia por una mentira, si esta es capaz de hacerle sonreír?

De todas formas, tal y como Andrews y ella me han recordado, yo ya perdí mi alma hace tiempo.

—Claro. Haré lo que esté en mi mano.

—Quédate esta noche —le pido. Egoísta, mentirosa, manipuladora… Qué importa en qué me convierte esto si mañana podríamos morir todos—. No tienes que hacer nada. Permanece en silencio o háblame, pero quédate conmigo.

Alexa toma aire con brusquedad, pero sé lo que va a responder antes siquiera de que lo diga.

—Sí. Sí… Me quedo. —Se humedece los labios—. ¿Por qué yo?

Arqueo las cejas.

—No lo entiendo.

—¿Por qué no Tora? —Ha de detenerse, apretar los labios y bajar mucho la voz—. No me has buscado. No me has hecho llamar. Creía que no querías verme.

Podría recular ahora mismo. Sería fácil confesarle la verdad: decirle que besé a Tora precisamente para apartarla, porque se merece algo más que lo que esta corte y yo podemos ofrecerle.

Pero en mi interior sigue rugiendo el mismo volcán y en el eco de mis memorias el sonido del *furin* continúa sonando.

—Creía que te había molestado ver cómo lo besaba.

Alexa se muerde el labio inferior hasta dejárselo rojo y echa a andar a través del salón sin ningún rumbo en concreto.

—Sé que acababas de explicarme que habría obligaciones con las que tendrías que cumplir, pero pensaba que contaría con más tiempo y, de alguna manera, me había convencido de que lo que hicieras con Tora no sería… romántico. No lo sé. —Sacude la cabeza—. Soy muy consciente de que nunca me has prometido nada… Y no te lo estoy echando en cara, es que… Esto es nuevo para mí.

Lo es para mí también, pienso; pero no lo digo en voz alta.

Ante mí se abren dos caminos.

Con el primero, soy valiente: le miento sobre lo que siento por Tora y le digo que no encaja en esta vida para que se olvide de mí.

Con el segundo, soy cobarde: le confieso que nunca amaré a nadie como la amo a ella y le pido que no se marche mientras quede luz en Japón.

—Sigo pensando lo que te dije —añade ante mi silencio, porque no es consciente de la batalla que estoy librando—. De verdad. Sigo creyendo que si las dos queremos… podemos hacer esto. Yo quiero. Estoy dispuesta y conozco mi lugar.

Eso me quiebra y me empuja en una dirección, hacia un tercer camino mucho más largo, retorcido y oscuro.

—¿De verdad puedes tolerarlo? —pregunto.

Caminaré sobre un precipicio, aferrada a la seguridad de sus brazos y al calor conocido de sus besos… pero siempre junto a la caída vertical, por si en algún momento me atrevo a ser más decente.

—De verdad —responde, ya quieta en el centro del salón.

Camino hasta llegar a su lado.

Puedo hacer que hoy se quede, pero no puedo pedirle que sea para siempre. No puedo decirle que la amo o jamás me abandonará. Se quedará atada a mí y a esta corte.

Así que guardo silencio.

Ni la aparto de mí, ni soy sincera.

Cuando Alexa se inclina y me da un beso muy suave en los labios, yo me derrito y deja de importarme lo mal que está esto.

Le deslizo las manos tras la cintura y la acerco a mí para hacer el beso más profundo y cuando ella desliza los brazos tras mi cuello y siento cómo se queda blanda contra mí, me doy completamente por perdida.

Le quito la sudadera, la empujo hasta el sofá que tiene detrás, tan bajo que estamos a punto de tropezar, y busco con rapidez el botón de sus vaqueros para bajarle la cremallera.

Alexa se deshace como puede de las zapatillas mientras se retuerce debajo de mi cuerpo, tira del *haori* con el que me cubría y desliza después las manos bajo la tela de seda del camisón hasta que la agarro por las muñecas y freno unos segundos.

Los ojos le brillan, de sus labios entreabiertos escapa un suspiro que suena a súplica y sus caderas buscan las mías antes de que me aparte un poco, solo un poco, para quitarle los pantalones y arrodillarme entre sus piernas.

La beso por encima de la ropa interior y, aun así, es suficiente para

que se estremezca, enrede los dedos en mi pelo y pronuncie mi nombre como una plegaria profana.

—Echo… —susurra, y mueve las caderas pidiéndome más.

Yo se lo concedo.

El placer que alcanza unos minutos después, cuando se abandona a mis caricias, no parece calmar la necesidad que bulle en ella.

Me acerca, me pega a sus labios y me besa largo y profundo mientras me desnuda, se sube a horcajadas sobre mí y baja la mano por entre mis piernas.

Me hace el amor sin movernos del sofá, y cuando consigue llevarme al límite y ya me ha arrastrado sin piedad a un estado de anhelo insoportable, me toma de la mano, se pone en pie y me dedica una mirada cargada de malas intenciones antes de tirar de mí en dirección al dormitorio para continuar.



II

KAI

Cuartel de la Policía Metropolitana de Tokio

33 días para el solsticio de verano

Los soldados de Echo Akiyama en conjunto con los aniquiladores del Skytree van rompiendo una a una las barreras de seguridad para que Kiera y yo podamos cruzar las puertas de la Metropolitana sin inconvenientes.

La lucha es violenta e intensa y una vez dentro debemos tener cuidado. Kiera roba un intercomunicador del Skytree y con él nos guiamos para no ser sorprendidos en un mal lugar.

El resultado de la batalla está decidido mucho antes de empezar. La Metropolitana apenas ofrece resistencia, intentan atrincherarse y resistir desde el interior, pero no son rivales para las tropas de la Emperatriz y Moe Standen.

Por eso sé que no tenemos mucho tiempo. Una vez que se hayan

rendido, los soldados harán recuento de bajas, reconocerán el lugar, y arrestarán a todos los colaboradores.

Debemos encontrar a Nomura antes de eso.

Kiera se mueve bien. Es un ratón sigiloso que pone a prueba los márgenes más oscuros, donde un paso en falso para cualquier otro significaría la muerte. Lentamente, nos vamos desplazando por el interior, atentos a la radio y a las capturas, hasta que el aviso de un soldado del Skytree nos conduce a mi presa.

Kiera insiste en no matar a ningún soldado. Ese es su trato para ayudarme, y permito que ella misma deje inconsciente a un hombre joven que no sabe lo que ocurre antes de ser asfixiado y mearse encima. La joven verifica después que aún tiene pulso y se arriesga a usar uno de los comunicadores para despejar el lugar y asegurarse de que me da tiempo.

Antes de abrir la puerta, me saco el *amai doku* del bolsillo y me pongo dos pastillas en la palma de la mano.

—¿Estás segura de que no quieres? Será más fácil.

Sabe lo que espera al otro lado. Sabe lo que tendré que hacer, y cómo me tendrá que ayudar ella si el número de soldados me supera demasiado.

Pero Kiera sacude lentamente la cabeza.

Me encojo de hombros y me tomo las dos ante su atónita mirada.

—Una es de tu parte. —Le guiño un ojo y me vuelvo hacia la puerta.

Onimaru se ilumina con anticipación. Tal vez sepa oler la sed de sangre que emana de mí. Tal vez sea algo más; algo que entrelaza mi destino con el hombre que hay tras esta puerta.

Una última maldad antes de morir.

Esta, al menos, traerá algo bueno, pues además de vengar a Hikari libraré al mundo de un ser despreciable.

Y voy a hacer que dure todo lo que nos permita el tiempo.

Voy a disfrutar.

Agarro el pomo, lo giro y, al abrir la puerta, tres hombres nos reciben en una sala sin salidas ni ventanas; solo celdas cerradas en un pasillo estrecho.

Ya estaba bastante colocado, así que no necesito esperar al efecto de las últimas pastillas para sentir la indiferencia abrumadora que se posa sobre mis huesos como un manto denso, que lo cubre todo y me permite lanzarme hacia ellos con brutalidad.

Cerceno un brazo, clavo la katana en un vientre y el tercer individuo alza las manos.

—¡Me marcharé! ¡Me iré! ¡No quiero pelear! ¡Dejad que…!

No permito que acabe. Empuño a Onimaru y realizo un *kesa-giri* perfecto, sin vacilar, de arriba abajo y en diagonal.

Un movimiento brusco por el rabillo del ojo me hace girarme de golpe, pero descubro que solo es Kiera, que ha apartado la mirada.

—Te dije que te tomaras el *amai doku*.

El hombre cae al suelo entre estertores y yo paso por encima de él sin hacer caso de Kiera, que viene detrás, se arrodilla frente a los cadáveres y los remata con una expresión que podría haberse ahorrado si se hubiera metido.

Qué tonta.

Celda vacía tras celda vacía, la ansiedad se abre paso a través de los grilletes del *amai doku*, pero la última de ellas contiene a mi víctima.

Nomura.

Tiene los ojos negros entrecerrados, pero las pupilas dilatadas.

Espero que haya oído los gritos. Espero que cada miserable minuto lo haya pasado temiendo este momento y rezando para que no llegara.

Viste de traje, impecable a pesar de la situación. La figura estilizada, el pelo negro peinado hacia atrás con pulcritud, los zapatos caros… Tiene ojeras pronunciadas bajo una mirada cuyo miedo me hace sonreír como un demente.

Me esfuerzo para que él así lo vea.

—Buenas tardes, Nomura-sama. Espero que perdone mis modales, no he tenido tiempo de concertar una cita.

Sus ojos se abren aún más. La repulsión danza con el miedo en una combinación que me ensancha la sonrisa.

—Siempre supe que eras un pedazo de mierda, Kai Inoue; una rata incapaz de reconocer la grandeza o el éxito.

Miro a los lados, me llevo una mano al pecho y finjo sorpresa mientras busco ese éxito del que habla.

—Perdona, ¿de qué éxito estamos hablando? ¿Es el de tus hombres destripados a las puertas de tu celda? Tendrás que ilustrarme, Nomura; como bien has dicho, un pedazo de mierda como yo no es capaz de entender esas cosas.

Nomura inspira con fuerza, todavía con esa expresión que no ha transitado por completo al terror.

Tendré que ponerle remedio.

No deseo que muera cabreado.

Lo quiero absolutamente aterrado, a punto de enloquecer, preguntándose cuánto tiempo más durará el dolor. Quiero que me ruegue por una muerte más rápida.

—Todavía estás a tiempo de dar un paso atrás. Sácame de aquí y estaré en deuda contigo. Soy un hombre de negocios, Inoue, y estoy dispuesto a negociar por mi vida… que vale mucho. Créeme.

—¿Vale un pasaje de salida antes de que caigan las bombas de Andrews? —interviene Kiera.

Nomura se fija en ella por primera vez. Veo la esperanza al fondo de esos ojos de rata.

—Sí. Por supuesto que sí.

—¿Cómo será eso? ¿Os tenéis que reunir en algún lugar?

—Ellos vendrán a buscarme cuando llegue el momento. Puedo llevaros. Hay sitio para dos más.

—¿Quiénes son *ellos*? —continúa, con tranquilidad. La voz le sale casi dulce.

Tiene las manos manchadas de la sangre de sus hombres, la cara salpicada después de haber tenido que rematarlos ella sola. Y ahora está serena, absolutamente concentrada en las palabras de Nomura sin que nada quiebre la superficie de esa máscara en la que se ha convertido su rostro. Hay que reconocerle la templanza.

—El Skytree —contesta, entre dientes, y lo hace rápido para asegurarse de que sabemos que quiere colaborar—. Muchos de ellos están aquí. Los altos mandos, los generales… todos ellos comprados. Puedo poneros en contacto.

Kiera me dedica una mirada.

Continúo yo.

—¿Y cómo vas a hacerlo si han sido arrestados o ya están muertos? —Doy un paso adelante y me apoyo en los barrotes. La sangre resbala por el filo de Onimaru cuando la alzo y me cae sobre los nudillos—. Creo que no tienes una mierda, Nomura.

Su nuez se mueve cuando traga saliva.

—¿Qué pasa con tu hermano? ¿Qué pasa con los viales? ¿Quién te los va a conseguir ahora? —Nomura da un paso adelante y el instinto desplaza mis ojos sin mover el resto de mi cuerpo. Guardo silencio, expectante. Soy un cazador preparado para el paso fatal de mi presa—. Abre la puerta y Hikari vivirá.

—Claro, ahora te abrimos la puerta. Dinos dónde está la llave.

Sonrío con cuidado, pero creo que el hambre me delata, porque por fin veo ese miedo profundo y visceral en sus ojos, y da un paso atrás.

Me paso la lengua por los labios, rabiando de anticipación, igual que Onimaru.

Ya noto el chispeante efecto del *amai doku* abriéndose paso a través de mi torrente sanguíneo, aferrándose a cualquier emoción mínimamente desagradable para envolverla en un abrazo asfixiante que hace agonizar todo lo que no es esta sed oscura de violencia, que me provoca una alegría feroz.

—Púdrete, Kai. Los soldados de la Emperatriz llegarán de un momento a otro y no tendrás más remedio que marcharte.

—Pero, Nomura… —ronroneo, inclinándome sobre los barrotes—. ¿No rogabas hace un momento por salir? Vamos, te vamos a cuidar muy bien…

La mandíbula se le crispa en una mueca que afea su expresión y a mí me entra la risa, desquiciada e incontrolable, que nace como el hipo.

—Querida. —Me giro hacia Kiera—. ¿Tendrías el detalle de abrirme la puerta, por favor?

Kiera me devuelve una mirada preocupada, pero no replica. Sabe

que no tenemos tiempo y es consciente de qué voy a hacer.

Saca su arma, le pone un silenciador y me la ofrece.

Nomura se tensa y trastabilla, pero no hay nada en la celda tras lo que pueda escapar de un tiro.

—Si voy a disparar igual para reventar la cerradura, dispara directamente al corazón y salgamos ya de aquí —ofrece, con voz templada.

Seguro que le está costando una barbaridad hablar tan tranquilamente de la muerte de un hombre, pero ahí está, siendo cómplice para acabar con una vida.

Es una mujer interesante.

Quién sabe. Con un poco más de tiempo, puede que hasta nos hiciéramos amigos.

Mi camino, sin embargo, termina esta noche.

—Revienta el cerrojo, por favor —le pido, con voz melosa.

Kiera se muerde el labio inferior, porque sabe qué esconde esa petición; pero cede.

Da un paso adelante, me pone un brazo tras el pecho para obligarme a retroceder y pega un tiro que destroza la cerradura.

Lo primero que hago es mirar a Nomura a los ojos y lo que veo en ellos me hace sonreír como un lobo.

Le doy una patada a la puerta, que se abre con violencia y rebota contra los barrotes, y entro para cobrarme mi premio.

Agarro a Nomura de la chaqueta del traje y está tan aterrado que no ofrece resistencia más allá de manotear en el aire. Las piernas se le doblan cuando lo arrastro, sus manos se aferran con desesperación a la mía, pero no se atreve a acercarlas a los dedos que sujetan la katana.

—Por favor… —balbucea—. Sé razonable, Kai. Tú sabes que esto no te reportará nada bueno. Por favor, por favor… Intenta pensar en el beneficio, intenta… ¡AH! ¡Por favor!

La explosión de dolor le arranca un grito desgarrador cuando levanto a Onimaru y la hago descender en un corte vertical y absolutamente monstruoso que le destroza la cara, le abre la frente y la nariz y le desgarra la boca separando en dos su labio inferior.

Se revuelve como un animal asustado, me clava las uñas e intenta escapar, pero no supone una amenaza.

Kiera se gira por completo para no verlo, y saber que lo que estoy haciendo es tan brutal como para provocar esa reacción me anima.

Tiro a Nomura al suelo de una patada y le piso el cuello mientras acerco a Onimaru a su estómago.

—No voy a malgastar saliva en decirte lo miserable que eres —escupo, inclinándome sobre su cara ensangrentada—. Tú sabes por qué vas a morir. Se acabó, Nomura.

Le hundo la katana en el estómago y la retuerzo para ver cómo lo que queda de su expresión se contrae aún más por el miedo y el dolor.

—Voy a cortarte las manos y los pies, y al final te sacaré los ojos. Voy a hacerlo en ese orden concreto porque quiero que veas antes lo que te hago.

Kiera, a mi espalda, empieza a moverse de un lado a otro; los brazos en jarras, andar nervioso…

—Kai, el disparo se ha escuchado —me recuerda, con una nota de tensión en la voz.

La miro, ofendido por que quiera acabar tan pronto con mi momento; pero no respondo.

Me incorporo y enfundo mi katana solamente para volver a agacharme sobre él.

—Habrá que acelerar el proceso.

Desenfundo mi *tantō* y agarro a Nomura de la garganta para que no se mueva mientras le hago un corte sobre el párpado. El grito es brutal y desgarrador, pero eso solo aviva mi necesidad de seguir. Repito lo mismo debajo y le meto los dedos en la cuenca del ojo.

Los sonidos son espantosos. El ruido acuoso de mis dedos hurgando en el ojo, el llanto desolado de Nomura, los golpes secos de sus piernas contra el suelo al intentar liberarse…

—Mierda, Kai —masculla Kiera—. Te espero fuera.

—Enseguida te alcanzo, preciosa —respondo, con tranquilidad y tiro del ojo hasta que lo saco de cuajo, hecho un amasijo gelatinoso y sanguinolento.

Nomura es ahora una masa igual de ensangrentada, un despojo que balbucea sin decir nada concreto y se revuelve en espasmos como un pez moribundo.

Me incorporo y me detengo a mirarlo. La llama ha ardido con violencia y ahora, bajo los rescoldos del fuego, solo quedan cenizas; un regusto amargo, apenas templado, al fondo del paladar.

Porque Hikari sigue enfermo.

Yo, más que nunca, continúo siendo un asesino.

Y mi hermano va a crecer sabiendo que lo engañé, lo traicioné y, al final, lo abandoné.

Qué puta mierda.

Desenfundo de nuevo a Onimaru y le rajo la garganta igual que hice con Anna, para que su muerte sea lenta, lo más lenta posible, y se ahogue en su sangre sabiendo que la ayuda no llegará.

Luego, salgo de aquí; pero Kiera no está.

光

12

NEAL

Cuartel de la Policía Metropolitana de Tokio

33 días para el solsticio de verano

El pelo se me pega a la cara por el sudor.

Me deshago del casco y lo abandono en una de las mesas que aún permanecen en pie.

Cuando Moe Standen me pregunte por el resultado, tendré que decirle que ha sido óptimo… porque solo han muerto diecisiete personas entre los soldados de Echo y los del Skytree.

Diecisiete.

Cuando entré a formar parte del equipo de salvación náutica especializado en rescates de alto riesgo jamás habría concebido que una misión en la que se pierden diecisiete vidas sería considerada un éxito.

Aún no hemos terminado.

Los soldados ilesos van de un lado al otro encerrando a los prisioneros.

Los altos mandos irán a las mazmorras de Palacio, donde estarán mejor protegidos. El resto van a ser encerrados aquí mismo.

Dos soldados arrastran por los pies el cadáver de un enemigo caído que obstaculizaba el paso y que ahora va dejando una estela de sangre tras de sí.

Aparto la mirada.

Y echo a andar.

Aún quedan un par de horas para que anochezca, pero la claridad que entra por los cristales rotos no es suficiente para que las esquinas donde han reventado las luces sean seguras, y todos las evitamos.

La milicia redoblará la seguridad tanto aquí como en el Palacio durante los próximos días, cuando es más probable sufrir un nuevo ataque.

Ahora somos débiles. Aunque hayamos ganado, este lugar es difícil de guarnecer; nosotros mismos hemos ido destruyendo las líneas de defensa y ahora es un blanco fácil para los mercenarios y los soldados comprados de Raine Andrews que han huido.

Noto un dolor tirante en la cabeza y al pasarme los dedos por ella siento la cicatriz en la zona aún rapada de pelo. También noto algo parecido en el costado, donde mis costillas todavía están doloridas.

Aya tenía razón. Aunque mis reflejos están bien por lo general, me siento débil. Los días que estuve en cama me han pasado factura y mi cuerpo todavía me recuerda que he estado a punto de morir.

Procuro no pensar en ello y sigo andando hasta que, de pronto, una voz detiene mi paseo.

Algún soldado debe de haberse escaqueado de las labores de

limpieza.

Sigo el sonido y evito pisar los cristales rotos que hay por todo el suelo, ignoro los charcos de sangre, el rastro violento de las balas y, de pronto, una sombra cruza el pasillo y se desliza tras una puerta entreabierta.

Me llevo la mano a la culata de mi arma y desenfundo, en posición, porque ese soldado no vestía el uniforme del Skytree; tampoco el del Palacio Imperial.

No me ha parecido el traje táctico que visten los mercenarios, ni tampoco el uniforme de la policía; pero aun así estoy seguro de que no era de los nuestros.

Continúo andando con la pistola ya en la mano, atento a cada movimiento, pero sin perder un segundo. Me asomo por la puerta y, de nuevo, advierto solo una sombra que desaparece.

Esta vez, no me lo pienso. Salgo corriendo tras él y noto, por los pasos acelerados, que me oye y aprieta el ritmo, también sin importarle ya hacer ruido.

Se escucha un chirrido y acto seguido llego a la puerta metálica de las escaleras. Salgo a toda prisa, con la pistola en la mano, y avanzo de dos en dos mientras intento adivinar de quién se trata.

El perímetro está asegurado. Todas las salas han sido inspeccionadas.

Por eso tengo que alcanzarlo; porque si está aquí eso significa que es tan bueno como para burlar la seguridad de dos ejércitos.

Corro a través de las escaleras, las subo de dos en dos y luego de tres en tres, mientras las botas rechinan contra el suelo y quiebran los cristales. Sigo la sombra a través de la puerta del tercer piso, la cruzo como un vendaval y me doy cuenta de que he acortado la distancia

cuando veo cómo el soldado se cuela por un pasillo estrecho y soy capaz de verlo mejor… verla.

Es una mujer. Una soldado con coleta.

No. No puede ser…

El corazón se me contrae cuando tomo una puerta bamboleante; tal vez por eso caigo en la puta trampa.

La puerta que acabo de traspasar se cierra a mi espalda con un sonoro golpe que me tensa y me obliga a girarme. Me doy cuenta de que estoy encerrado en una sala de interrogatorios y comprendo en un parpadeo que si la intención hubiera sido diferente ahora podría tener un tiro alojado entre los omóplatos.

He sido imprudente.

La luz del cristal chisporrotea, y cuando me giro hacia el otro lado, los ojos confirman lo que el corazón ha sentido mucho antes.

Una mirada azul, profunda como el océano, se ha clavado en mí. Tiene ojeras y los párpados un poco enrojecidos, pero esos ojos siguen siendo tan hermosos que duele contemplarlos.

—Kiera. —La voz me sale ronca.

Respira con dificultad por la carrera; los labios entreabiertos, las mejillas encendidas y salpicadas de sangre.

Sangre.

La miro de arriba abajo con rapidez y descubro que no solo se ha manchado el rostro. Pero no parece herida. No lo está de gravedad si ha sido capaz de huir así.

Sé lo que me dice la razón y, sin embargo, una emoción fría y viscosa se adueña de mí mientras intento asegurarme de que está bien.

No lleva uniforme. Se ha puesto unos pantalones cargo, una

camiseta negra ceñida y una cazadora de manga corta que rompe con la estética militar.

Sus ojos, que también parecen regresar de un escrutinio profundo, se encuentran con los míos y durante unos segundos veo paz y alivio, y algo cálido que se desliza entre los dos.

Doy un paso adelante sin pensar mucho en lo que hago, extiendo una mano y la apoyo contra el cristal porque me parece imposible habérmela encontrado aquí.

No me importa qué estaba haciendo. Me da absolutamente igual de quién es esa sangre si no es suya.

—Kiera —repito, esta vez más alto, aunque no sé si podrá oírme a través del cristal.

Ella también se mueve como en un sueño, sin tener que pensarlo. Se lo noto en la cara, en esa expresión incrédula y feliz cuando da un paso adelante, y después otro, y extiende la mano.

Es muy pequeña frente a la mía.

Y de pronto la vista de su mano, tan bonita y delicada, tan cerca y tan inalcanzable agita algo dentro de mí.

Lo siento como un mar antes en calma que se ve perturbado por algo que dormía en el interior.

—Abre la puerta, Kiera —le pido, incapaz de ocultar el dolor.

Ocurre rápido.

Veo el instante exacto en el que este momento se quiebra, y encerrado aquí dentro no puedo hacer nada por impedirlo.

Se le dilatan las pupilas e inspira con fuerza, como si se hubiera quedado sin aire.

Kiera parpadea. Mira nuestras manos. Mira la puerta. Y, entonces, aparta los dedos.

—No… ¡Kiera!

Pero ya no hay alivio en sus ojos. Tan solo miedo, un miedo extraño e inexplicable que no entiendo y que deja tras de sí una sensación amarga.

—¡Kiera! —grito.

No dice nada.

Da un paso atrás. Luego otro… Empieza a alejarse y yo solo puedo pensar que es injusto y que no tiene sentido.

La impotencia me oprime los pulmones.

Le doy un puñetazo al cristal, pero eso no consigue frenarla. Vuelvo a golpearlo con más fuerza y este tiembla. Kiera se lleva la mano al pecho, pero no se detiene.

—¡Kiera! —grito, desgarrándome los pulmones.

Le doy otro puñetazo con todas mis fuerzas y la luz chisporrotea.

—¡Kiera!

Un nuevo golpe quiebra ligeramente el cristal y dejo escapar un grito de frustración.

Me giro, buscando algo, cualquier cosa… y tomo una silla para reventar el cristal con ella.

Cede tras dos intentos, pero para entonces ya sé que es tarde. Cruzo al otro lado y camino a través de los cristales rotos un segundo, dos, tres… hasta que me detengo en medio de un pasillo oscuro, demasiado para resultar seguro, y comprendo que Kiera ha vuelto a desaparecer.

¿Qué mierda acaba de pasar?

光

13

KIERA

Cuartel de la Policía Metropolitana de Tokio

33 días para el solsticio de verano

Oigo cómo se quiebra el cristal cuando echo a correr.

Una parte de mí quiere quedarse, pero hay otra que durante estos años ha aprendido a gritar más fuerte:

«Monstruo».

«No lo va a entender».

«Farsante».

«Querrá respuestas».

«Huye. Huye. Huye…».

Kai me está esperando fuera cuando salgo, bastante más alterada que él para lo que acaba de hacer. Está cubierto de sangre y una sonrisa triunfante le tira de los labios.

Ni siquiera me mira mucho cuando le pido que me dé las llaves y

salimos de aquí.

La vuelta en moto también hoy es dramática.

No queda nadie en las calles que, si de día ya están prácticamente vacías por el miedo a la guerra entre Echo y Andrews, ahora parecen completamente abandonadas.

Conduzco a toda velocidad, rezando para no equivocarme de camino, mientras las anomalías se arremolinan en los rincones más oscuros de la ciudad y llegamos a la posada rozando el límite de lo mortal.

Cuando la encargada nos ve entrar a la carrera vuelve a dar un respingo, se lleva la mano al pecho y nos observa al pasar hasta que desaparecemos de su vista.

Al final nos va a echar.

Voy directamente al baño mientras oigo cómo Kai se deshace de la cazadora, se quita el cinturón con Onimaru y se tira en uno de los futones sin molestarse en limpiarse antes la sangre.

Yo aprovecho que no mira para sacar las esposas que he tomado de la Metropolitana y las guardo en la bolsa para bebés donde tengo todo lo que robamos de la farmacia.

Tras desnudarme me miro en el espejo y me fijo en las lesiones que me hice luchando contra los hombres de Nomura. Apenas siento el corte en el antebrazo y el dolor del hombro es solo un rumor lejano gracias al *amai doku*.

Luego me doy una ducha larga que no consigue quitarme de encima la sensación de la sangre en la piel.

Tampoco me deshago de esa mirada al otro lado del cristal.

Está vivo.

Neal ha sobrevivido y, si estaba en pie, vestido y armado, eso

quiere decir que no ha salido con secuelas graves…

El corazón me late con fuerza solo con pensarlo. Late a pesar del *amai doku* y de las capas de piedra que he ido arrojando sobre él.

Y con cada latido llega una oleada de remordimiento por no haberme quedado.

Pero no he podido hacer nada diferente.

Tras el alivio al verlo con vida, un pánico frío y húmedo lo ha inundado todo y no he tenido otra opción que echar a correr.

Me pregunto cuánto tiempo llevará despierto y qué le habrán contado.

Me pregunto qué pensará de mí, de que esté viva, completamente *sana*.

Ha estado a punto de morir por mi culpa y yo he… yo he escapado. Dos veces.

Salgo de la ducha consciente de que el *amai doku* que aún sigue en mi organismo ya no es suficiente para acallar algunas partes de mi alma, y de que dentro de unos días, tal vez de unas horas…, será aún peor, porque lo sentiré *todo.*

Intento sacudirme esa sensación de encima. Me pongo unos pantalones limpios y una camiseta y salgo de la ducha todavía con el pelo mojado para hablar con Kai.

Necesito hacerle entrar en razón, convencerle de que ahora que Nomura ha muerto debe seguir ayudándome; no solo por Japón, sino por Hikari.

Si las bombas caen, todo lo que ha hecho por su hermano no habrá servido para nada.

Sé que lo entenderá. Sé que, en el fondo, enterrado muy adentro, debe de haber un Kai que todavía está dispuesto a cualquier cosa

por su hermano… incluso a *vivir*.

—Kai, escucha. Tenemos que ha…

Me quedo a mitad de frase, porque lo que veo pone algo en marcha.

Me acerco corriendo al futón, donde Kai está tumbado de una forma extraña, con la cabeza girada a un lado. Y una parte mía que no ha muerto a pesar del ejército despierta un instinto que mis mentores médicos me inculcaron.

—¡Kai! —lo llamo, pero no responde—. ¡Kai! —Lo agarro por los hombros y lo zarandeo, pero sigue sin despertar.

Aún respira. Lo veo en su pecho, pero cuando le pongo la mano bajo la nariz me doy cuenta de que la respiración es muy lenta y superficial.

Le levanto un párpado y compruebo que su pupila es apenas un puntito negro.

—Mierda, Kai…

Es una sobredosis.

Ni siquiera ha esperado una noche.

Corro al baño y busco la naloxona.

Tomo el espray, le levanto un poco la cabeza, se lo pongo en la nariz y se la administro.

Luego espero el minuto más largo hasta que Kai despierta.

Abre los ojos y se intenta incorporar de golpe, agitado.

—¿Qué…? ¿Qué ha? —Deja la pregunta en el aire mientras mira a los lados.

No le permito ponerse de pie y se agarra a mí con las dos manos, hasta que me suelta y se lleva los dedos crispados al pecho.

—Kiera, algo va mal…

Se me encoge el corazón.

—Es un síndrome de abstinencia agudo —le explico, procurando mantener la calma—. Te ha dado una sobredosis y te he puesto naloxona. Eso es lo que estás notando.

—No. —Trata de levantarse, pero trastabilla—. No puedo. No…

Lo agarro a tiempo de que se caiga y, entonces, cuando se gira hacia su cazadora, me doy cuenta de lo que está buscando.

No puede volver a colocarse. Por muy mal que se sienta. Por muy doloroso que sea.

—No puedes volver a meterte, Kai —le digo, y lo agarro con más fuerza para obligarlo a mirarme—. La naloxona desaparecerá de tu organismo y si sigues metiéndote vas a volver a sufrir una sobredosis…

—Aparta —masculla, con la voz enronquecida, y me da un empujón.

Cuando siento su fuerza y lo veo arrastrarse hacia la cazadora me doy cuenta de algo.

Kai es más fuerte que yo y puede que ahora esté desorientado y dolorido, pero en cuanto se le pase… podrá librarse de mí con facilidad.

Así que he de reaccionar ahora.

No dejo que encuentre lo que busca.

Lo agarro por detrás con una llave, le pongo un brazo bajo el cuello y tiro de él hacia atrás con fuerza.

Me golpea el brazo con insistencia. Lo oigo boquear, aturdido, pero no cedo. Lo arrastro por el suelo y lo llevo al baño.

Lo suelto con violencia y lo arrojo a un lado, rezando para que esté tan confundido como para que me dé tiempo… pero Kai se levanta

enseguida, casi como si lo moviera el instinto.

Logro tomar las esposas que he guardado, pero antes de atraparlo se zafa, intenta recuperar espacio para atacarme, pero yo no se lo permito y cuando alza el puño apenas consigue conferirle fuerza al golpe. Vuelvo a agarrarlo, tomo las esposas y le pongo una con facilidad.

—¡¿Qué mierda, Kiera?! —exclama, furioso.

No le doy tiempo a atar cabos.

Le propino una fuerte patada en la rótula. Kai se dobla y cuando cae al suelo lo arrastro hasta el radiador para cerrar allí el otro extremo de las esposas. Suelta un grito de frustración. Intenta alcanzarme y yo me pongo en pie y me alejo con rapidez.

—¡¿Qué estás haciendo?! ¡Kiera! —Pega un fuerte tirón de las esposas que debe de dolerle mucho.

Quizá no tanto como el mono.

—Lo siento —murmuro—. No puedo dejar que vuelvas a consumir.

Kai inspira con fuerza, como si no le llegara el aire a los pulmones.

—¡¿Por qué coño tienes tú naloxona?!

Arrastra las palabras hasta que los últimos sonidos son apenas un gruñido cuando se encoge sobre sí mismo.

—Kiera, Kiera… —suplica, jadeante—. No puedes hacerme esto. No puedes… —Se revuelve con violencia, tira de las esposas y vuelve a gritar, frustrado—. ¡¿Desde cuándo planeas esta mierda?!

—Iba a convencerte de que tenías que limpiarte —le digo—. Iba a hacerlo bien, con tiempo… Pero ahora que has tomado la naloxona ya no podemos dar marcha atrás.

Kai tuerce la expresión. Abre la boca para volver a insultarme, pero

la cierra de pronto cuando se dobla sobre sí mismo por el dolor.

Sé que debería afectarme más, pero lo cierto es que tampoco me impresiona demasiado.

Y es por el *amai doku*.

—Lo siento —le digo—. Pero tienes que aguantarlo.

—Zorra —escupe.

Empieza a temblar. Se abraza a sí mismo con la mano libre y echa la cabeza hacia atrás mientras cierra los ojos con fuerza.

La naloxona le he provocado una abstinencia precipitada y violenta. Para él es como si llevara una eternidad sin meterse… pero lo ha sentido de golpe. Su cuerpo aún necesita los opioides, pero la naloxona los está bloqueando y el dolor tiene que ser…

Kai grita.

Y eso me hace reaccionar. Voy hasta la bolsa, tomo una pastilla y lleno un vaso de agua en el lavabo antes de acercárselo.

—Tómate esto. En un rato los temblores, la ansiedad y los escalofríos mejorarán. Es clonidina.

Me la arrebata con rabia, pero está suficientemente mal como para tragarla sin protestar.

—Me duele mucho, Kiera —murmura, con voz ronca.

Está sudando, pálido y tembloroso.

Vuelvo a la bolsa y tomo dos pastillas.

Kai las observa unos segundos antes de dedicarme una mirada incendiara.

—¡¿Dos putos ibuprofenos?! —grita.

El dolor vuelve a recorrerlo. Se contrae sobre sí mismo, echándose encima parte del agua. Voy a tomar el vaso, pero no me lo permite. Lo arroja hacia mí con violencia y cuando me aparto se estrella

contra la pared que tengo detrás, haciéndose añicos.

Miro los peligrosos pedazos de cristal, muchos a su alcance, y los recojo con rapidez.

Está bien. Nada de cristal de ahora en adelante.

Kai es más que capaz de usarlo para atacarme y no puedo arriesgarme.

Aprovecho que sigue contrayéndose de dolor, incapaz de quedarse quieto, para palpar sus pantalones en busca de más armas. Cuando lo descalzo encuentro un pequeño puñal en el interior de la bota. No hallo nada más.

—Me cago en la puta —masculla. Tiene los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra la fría pared. Suda profundamente y los escalofríos son tan intensos que su cuerpo sufre pequeños temblores —. Voy a matarte.

Sé que lo dice en serio, pero tampoco me molesta mucho.

—Primero tendrás que sobrevivir a esta noche. ¿Te has tomado los ibuprofenos?

Asiente levemente sin abrir los ojos.

—Bien. Voy a buscar algo de plástico para darte agua. La deshidratación lo empeorará todo.

—Tengo ganas de vomitar —murmura y se abraza a sí mismo más fuerte.

Está hecho una mierda.

Qué suerte que me diera aquella media pastilla; de lo contrario, ahora me sentiría muy mal.

—Ten. Esto es para los vómitos.

Le ofrezco otro medicamento y le acerco una papelera. Cuando la dejo a su lado la mira como si también me la fuera a arrojar, pero no

lo hace.

Se traga la pastilla y se retuerce sobre sí mismo con el rostro desencajado.

—Me duele mucho…

—Mejorará —le prometo.

No le digo que será muy largo.

—Kiera, por favor… —suplica y me mira a los ojos. Tiene las pupilas dilatadas y apenas puede levantar los párpados—. Voy a ayudarte. ¡Dejaré el *amai doku* si quieres! Pero tienes que parar esto.

—Ya no se puede parar —le digo, arrodillada frente a él—. Solo tienes que aguantar unas horas. El dolor remitirá. Luego te daré algo para ayudarte y que la transición sea más… amable.

—¡No puedo hacerlo así! —grita—. ¡¿No ves que me estás matando?!

Me muerdo los labios.

—No te vas a morir. No voy a dejar que eso pase. Estoy preparada.

Kai grita con rabia y me echo hacia atrás.

Patea el aire y da un fuerte tirón del radiador.

—Kiera… Dame una dosis más, solo una… Y lo dejaré despacio. ¿Vale? Me lo quitaré poco a poco. Sé que puedo hacerlo. —Intenta negociar, pero hay tanta desesperación en sus palabras que destilan violencia.

—No. No lo harás. —Me pongo en pie—. Te limpiaré y mientras tanto intentaré convencerte de que necesitas estar sobrio para que no vuelvas a meterte.

Será difícil.

Yo ya temo las secuelas cuando las telarañas de mi *amai doku* se desvanezcan y vuelva a sentirlo todo.

Procuro apartar de mi mente la imagen de Neal mirándome con desesperación.

No quiero ni imaginar todo el dolor que debe de haber acumulado Kai a lo largo de los años, todo el daño que volverá de golpe.

¿Quién estaría dispuesto a pasar por algo así voluntariamente?

Echa la cabeza hacia atrás y golpea con ella la pared. Debe de estar haciéndose mucho daño.

—Por favor… —suplica, entre temblores—. ¿Y si cuando acabe esto quiero volver a colocarme? ¿Y si no me convences?

—Entonces dejaré que decidas y este sufrimiento no habrá servido para nada.

Kai vuelve a gritar, golpea el radiador con el puño y se echa a llorar; con rabia, con desesperación, con *miedo*.

Reconozco que eso me rompe un poco.

Es tan impactante como para que sienta una punzada de culpa, pero sacudo la cabeza, salgo del cuarto y lo dejo a solas.

No ha dejado de gritar en toda la noche.

Primero era la furia la que lo movía, luego la desesperación. Pero desde hace un rato es algo diferente, más oscuro y retorcido, lo que ha convertido los gritos en una letanía en la que arrastra las palabras y llama a voces a su madre y le pide perdón a un tal maestro Arashiro.

Lo último que dice antes de quedarse callado es el nombre de Hikari.

Es la primera vez que se queda en silencio y me digo que tal vez el cansancio haya sido suficiente para hacerlo dormir un rato; pero aun

así me levanto.

Me acerco despacio para no despertarlo, pero en cuanto me asomo y lo veo… abandono todo intento de sigilo.

Kai está sentado en medio de un charco carmesí.

Se me para el corazón.

Salgo corriendo hacia él, que está tirado, caído levemente hacia un lado en medio de toda esa sangre. Está inconsciente y tiene el brazo derecho, el que he esposado en el radiador, abierto en canal, de arriba abajo.

—¡Kai! —grito.

Él no se mueve.

Ha perdido muchísima sangre, pero aún continúa escapando de su cuerpo.

Le quito su propio cinturón todo lo rápido que soy capaz y le hago un torniquete por encima de la herida, sobre el bíceps. Aprieto con fuerza, pero la sangre no cesa y me pongo cada vez más nerviosa.

—Mierda, Kai… Mierda… —mascullo y aprieto más fuerte, hasta que la sangre deja de manar de la herida.

No me detengo a celebrar la victoria.

—Kai, ¿me oyes? —tanteo, pero no recibo respuesta.

Lo zarandeo un poco, me pego a su rostro y compruebo que no siento su respiración. Su pecho tampoco se mueve.

Los dedos me tiemblan mientras saco la llave de las esposas, lo suelto y lo tumbo en el suelo, sobre ese mismo charco macabro.

Le echo el mentón hacia atrás para comprobar que las vías no estén obstruidas y le tomo el pulso… pero no lo encuentro.

Se ha parado. Su corazón se ha parado por la pérdida de sangre.

Los remordimientos son un trago tan denso que incluso con el *amai*

doku debo sentirlos.

Empiezo con las comprensiones. Si quiero revertir esto lo primero es movilizar sangre.

Echo un vistazo arriba, a la encimera en la que he dejado la bolsa, y he de abandonar a Kai.

Lo hago con tal desesperación que resbalo con la sangre y estoy a punto de caer, pero recupero antes el equilibrio. Agarro la inyección de adrenalina, vuelvo a arrodillarme a su lado y le tomo el brazo ileso para ponérsela en vena.

Arrojo la jeringuilla a un lado y vuelvo con el masaje para que la sangre con la adrenalina circule.

—Vamos, Kai. Vamos…

Cuando llego a treinta me inclino sobre él, le tapo la nariz y le insuflo aire dos veces.

Sigo con el masaje.

Cuento hasta treinta de nuevo procurando no dejar espacio a nada. Si pienso, si me dejo dominar por las emociones aletargadas que se espabilan con brusquedad no sé qué podría pasar.

Vuelvo a insuflarle aire dos veces y, entonces, Kai tose y yo estoy a punto de echarme a llorar.

—Kai —lo llamo.

No responde. Se mueve un poco, pero no llega a abrir los ojos. Recupera el pulso, pero sufre una evidente alteración de la conciencia.

Jadeante, le pongo dos dedos en la muñeca, pero no encuentro pulso radial y eso solo puede significar que tiene la tensión sistólica por debajo de ochenta.

Me quedo mirándolo en el suelo, tumbado sobre toda esa sangre, y

me doy cuenta de que si no atajo la causa del paro… podría volver a ocurrir.

Así que me pongo en pie y tomo dos bolsas de suero.

No pierdo el tiempo.

Le pongo una vía con suero como puedo, pero sé que solo eso no lo salvará. A la larga lo único que hará será *aguar* la sangre y con la tensión así de baja… podría volver a entrar en parada.

Por eso, en cuanto he terminado vuelvo a levantarme y vacío la segunda bolsa de suero.

Lo que voy a hacer sería una barbaridad en cualquier otro contexto, pero… estamos solos. Nadie vendrá a salvar a Kai.

Me preparo con rapidez, me clavo una aguja y empiezo a llenar la bolsa con mi propia sangre. Soy donante universal, así que no importa qué tipo de sangre tenga él.

Me la sacaré mientras le administro el suero y luego se la trasfundiré.

Voy a contrarreloj, así que tomo la bolsa y sigo trabajando. Agarro material de sutura y unos guantes y me pongo a su lado de nuevo.

La herida se ve mejor gracias al torniquete que no deja pasar la sangre.

Mierda… Es muy profunda.

Busco a los lados y encuentro un pedazo de cristal del vaso que no he debido de ver antes.

Maldigo para mis adentros y empiezo a coser por planos. Al menos necesitará una sutura en tres capas diferentes, porque Kai no ha dejado nada al azar. Lo ha hecho bien hondo y una parte de mí que empieza a despertar me susurra que esto se lo he provocado yo.

Trago saliva. No puedo dejarme llevar por las emociones ahora.

Kai se revuelve un poco ante el estímulo doloroso, pero no recobra la conciencia. Contrae la expresión, hace una mueca y gimotea algo.

Mejor así.

Esto debe de doler muchísimo, pero no puedo ponerle nada para que sufra menos, no cuando tiene la tensión por los suelos.

Sigo cosiendo, punto a punto, plano a plano. La bolsa de sangre se sigue llenando y la de suero se vacía.

Cuando estoy dando los últimos puntos abre los ojos.

Balbucea algo que no entiendo y se revuelve más.

Y una parte de mí que es más cabeza que corazón lo agarra por los hombros y lo arrastra de vuelta al radiador para sacar las esposas y atarlo del brazo derecho.

Esto va a quitarme el sueño más tarde. Estoy segura.

Para cuando vuelvo a sentarme junto a él Kai ya me está mirando con los ojos bien abiertos.

—Vas a estar bien —le digo y la voz me sale ronca.

Me mira unos instantes con unos ojos que parecen profundamente exhaustos.

—No, qué va…

Tiene la camiseta empapada de sudor frío y sangre; mucha sangre. El brazo le cae laxo junto al cuerpo hasta que lo tomo continúo cosiendo… Parece agotado, pero no solo por lo que acaba de pasar.

Kai Inoue está cansado de la vida.

No sé queja, aunque ya es plenamente consciente de lo que ocurre.

Termino de darle los puntos sin que haga ni diga nada y en cuanto acabo le suelto el torniquete.

La herida es larga y profunda, pero está limpia.

Y ahora una línea de puntos le recorre el antebrazo entero en

medio de la tinta de un tatuaje estropeado.

Cuando acabo tomo el pedazo de cristal con el que se ha hecho esto y busco por si se me hubiera pasado algo más.

Al salir para tirarlo a la basura me doy cuenta de que los dedos me tiemblan, por lo que he de apretarlos con fuerza antes de inspirar y volver dentro.

Tomo una pastilla y otro vaso de plástico y me arrodillo para dárselos.

—Es metadona. Se usa para ayudar en la transición… Reducirá los síntomas de la abstinencia sin darte un subidón. En unos treinta minutos te sentirás mucho mejor.

Kai toma la pastilla y agarra el vaso de agua con cierta debilidad.

—Póntela debajo de la lengua. No te la tragues. Se disolverá enseguida.

Kai obedece. Me siento en el suelo frente a él. Estoy tan cansada que no me importa la sangre de la que ahora también estoy cubierta.

Ambos nos quedamos en silencio unos instantes, hasta que es él quien lo quiebra.

—¿Desde cuándo planeabas hacerme esto?

El pelo oscuro le cae sobre el rostro, húmedo por el sudor.

—Desde hace dos días, cuando me diste media pastilla y comprendí cómo era.

Kai abre los ojos y me mira a través de los mechones oscuros.

—Lo iba a hacer mejor, con más tiempo, más apoyo farmacológico… —le digo, aunque suena a una excusa muy pobre—. La naloxona lo ha precipitado todo.

—Así que pruebas un pedacito de cielo y esto es lo que se te pasa por la cabeza…

Me retuerzo los dedos.

—El *amai doku* lo anula todo; también lo bueno. Solo quedan emociones simples, muy primarias… —murmuro, sabiendo que, aunque sea difícil de explicar, él lo entenderá—. No puedo volver a sentirme tan vacía de nuevo, otra vez no. Tú tampoco deberías.

Se pasa la lengua por los labios resecos y se aparta el pelo de la cara.

Los dedos aún le tiemblan.

Y todavía no le he visto mirar la herida que se ha abierto.

—¿Cuándo te has sentido así de vacía antes? —pregunta.

Me muevo, me acerco a él y me quito un coletero de la muñeca para recogerle el pelo.

Kai me mira. Está tan cerca como para intentar hacerme daño y estoy segura de que en otras circunstancias podría, pero ha estado a punto de irse al otro barrio y me deja hacer.

—Antes, constantemente —reconozco.

—¿Antes de qué?

Vuelvo a sentarme frente a él.

—Antes de Neal.

Su nombre en mis labios trae de vuelta una punzada tibia, atenuada, que hace dos días dolía mucho más.

Y sé que eso es terrible.

Me doy cuenta de que puedo quitarle ya el suero. Mi bolsa se ha llenado suficientemente también. Así que hago el cambio y le pongo la sangre.

Kai no pregunta. Como si le diera igual. Como si esto fuera en vano.

Me asusta.

—Quiero el dolor. Quiero los remordimientos y el miedo, porque eso me hace humana —le digo.

Kai sacude la cabeza.

—¿Quién querría algo así?

—Yo. Yo lo quiero todo. Quiero lo bueno y lo malo: la pena, la culpa, la miseria… quiero *sentir*. No sentir nada es peor.

—No sabes lo que dices —murmura.

—Claro que lo sé. Vivir anestesiada no es vivir. Desprenderse de toda emoción te deshumaniza.

—¿Y cuando todas las emociones pesan? ¿Cuando todas se te clavan en el alma? Si todo va a ser sufrimiento, ¿no es mejor no sentir nada en absoluto?

—No —contesto, tajante—. Sentir siempre es mejor. Mientras sientas… habrá esperanza. ¿Crees de verdad que en tu vida solo hay sufrimiento?

Kai no flaquea al sostenerme la mirada.

—El *amai doku* hace que otras cosas parezcan divertidas, casi buenas. Tú lo sabes.

—No… —Niego con fuerza—. No me refiero a esa *pseudofelicidad.* ¿Qué hay de tu hermano? ¿El amor que sientes por él no es real?

Kai traga saliva y aprieta los labios.

—¿Y Markel?

Aparta los ojos. Después de todo, solo ese nombre le hace flaquear un poco.

—No mataste a Anna. Lo más sencillo habría sido acabar con ella. Si lo hubieras hecho nadie te habría descubierto jamás, sé que eres más que capaz de ocultar pruebas. Pero te encargaste de robarle el móvil primero, avisar a Markel para asegurarte de que llegaba a

tiempo, y después cortaste lo suficiente como para que pareciera un intento de asesinato, pero no tanto como para matarla.

Vuelve a mirarme. Tiene los ojos enrojecidos y los labios le tiemblan un poco al hablar, aunque la voz le sale serena.

—Anna me daba francamente igual. Lo hice por Markel.

—Incluso si eso fuera verdad, me estarías dando la razón —replico —. Las personas buenas hacen cosas malas a veces, Kai. Solo debemos vivir para enmendarlo e intentar no repetirlo.

Kai fuerza una risa sardónica, pero creo que no suena como a él le gustaría.

—Voy a soltarme. Lo sabes, ¿no? En cuanto recupere el aliento voy a encontrar la forma de escapar, y cuando lo haga te mataré por esto —me dice muy tranquilo, como si me informara del tiempo.

—Ya… Bueno… Te deseo suerte.

Echa la cabeza hacia atrás, cierra los ojos y noto cómo su respiración se vuelve más fatigosa. Debe de estar notando la metadona.

Me pongo en pie. Él ni se inmuta.

—Ya ha amanecido. Voy a buscar algunas cosas y volveré enseguida.

No responde. Creo que se ha quedado dormido de puro agotamiento.

Antes de irme me aseguro de que no hay nada peligroso a su alcance. Le quito el cinturón que he usado para hacer el torniquete y aparto cualquier cosa que en sus manos pudiese ser un arma, pero no me voy todavía… porque me doy cuenta de que podría arrancarse la vía y usar la aguja para volver a abrirse los puntos.

Así que me quedo mientras duerme, imaginando todas las formas

que se me ocurrirían de hacerme daño, y cuando por fin puedo quitarle la vía y compruebo que ahora sí tiene pulso radial, me marcho sabiendo que Kai hablaba en serio: si puede, me matará.

Cuando vuelva me aseguraré de hacerlo bien armada.

光

14

MARKEL

Palacio Imperial

33 días para el solsticio de verano

El dolor de las cicatrices nunca ha sido del todo lineal. He aprendido a predecir cuándo me va a doler más: si hago ejercicio intenso, si fuerzo posturas que me perjudican, si una prenda de ropa es especialmente molesta o incluso si duermo mal.

Desde que estoy encerrado en Palacio combatirlo ha sido más difícil porque me cuesta más no pensar en ello.

La impotencia me consume y distraerme es tarea imposible. Ahora soy más consciente de todo… y hay noches de insomnio en las que me arrancaría la piel a tiras.

Tampoco ahora soy capaz de prestar atención a la lectura. Estoy releyendo la misma frase por tercera vez cuando dos golpes en la

puerta me sobresaltan.

En el marco, el ahora comandante Neal Kellum aguarda todavía con el uniforme del Skytree, ese traje que es un prodigio de la nanotecnología y que se ajusta a un cuerpo entrenado y fuerte a pesar de los días que ha pasado en cama.

—¿Tienes un momento?

Neal le dedica un vistazo a Hikari. Está mejor desde ayer, cuando Aya le puso uno de los viales de Kai, pero aún parece débil y al ofrecerle pasar el rato conmigo solo ha aceptado tumbarse en mi cama a leer.

Dejo la novela a un lado y bajo las piernas de la cama.

—Sí, claro. Pasa.

Neal sacude la cabeza y me hace un gesto que no admite réplica.

—Fuera —ordena, autoritario.

No le molesta el mohín que hace Hikari. Si advierte la mueca de fastidio del chico no parece importarle.

Suspiro y le dedico una sonrisa amable a Hikari, que se ha cruzado de brazos y me fulmina con la mirada.

—Vuelvo enseguida.

—No soy un niño —protesta, y la voz, presa de la rabia, le sale aguda.

Ojalá sí lo fueras, pienso. Así no tendría que haberse enterado de lo de Kai. Así, reflexiono, sintiéndome un poco culpable, mentirle habría sido más fácil.

Cuando salgo, Neal me dedica una mirada impaciente y se aparta unos pasos de la puerta antes de detenerse en el pasillo.

—¿Qué opinas de Kiera?

Enarco las cejas.

—¿De Kiera? ¿Te refieres a…? —No termino. No sé ni cómo hacerlo. Él, sin embargo, no me lo pone fácil—. No sé. No sé lo que opino. ¿Tengo que opinar algo?

—Deberías. Era tu amiga, ¿no?

Suena acusatorio, implacable. Aún no entiendo qué pretende con esta conversación.

—*Es* mi amiga —matizo, ligeramente molesto. No tengo paciencia para que el comandante Kellum me toque las narices.

De pronto, suspira.

—Bien. ¿Estarías dispuesto a ayudarla?

Me quedo en silencio unos segundos, pero le digo que sí con la cabeza sin pensarlo.

—¿Cómo?

Neal mira a su alrededor.

—Largándonos de aquí.

—¿Sabes a dónde se ha marchado?

—Todavía no, pero la estoy buscando. La Bruja me ha dejado caer que tampoco ella está de acuerdo con las medidas de la Emperatriz, así que llegado el momento… también nos ayudará.

—Iré —decido.

Esto debería darme más miedo.

Tendría que pensar en Hikari, en Anna… pero lo primero que se me pasa por la cabeza es que por fin podré hacer algo.

Esperar sin hacer nada en absoluto va a acabar conmigo.

—Quizá haya algo en todo esto con lo que no estés cómodo —añade, y no espera a que pregunte—. No sé dónde está Kiera, pero sí sé con quién colabora.

La forma en la que me mira me hace entenderlo.

—Kai.

Pronunciar su nombre en voz alta remueve algo en mis entrañas. Aprieto los nudillos.

—Por cómo estaban los cadáveres que encontramos en la Metropolitana… Sí, pensamos que Kai y Kiera están juntos. ¿Será un problema para ti?

Sé lo que debería responder.

La imagen de Anna tumbada en un charco de su propia sangre me nubla la visión, me constriñe la garganta y, aun así, respondo:

—No.

—Bien. Entonces, vamos a buscarlos.

光

15

KAI

Kita-senju, Tokio

31 días para el solsticio de verano

Kiera tiene un aspecto terrible.

Creo que ella tampoco ha dormido mucho estos dos días. Cada vez que abría los ojos estaba ahí, lista para ofrecerme un vaso de agua, de plástico, o para darme unos putos ibuprofenos.

He debido de quedarme traspuesto un rato con la dosis de metadona. No consigo dormir, a pesar de que esté agotado. Creo que es por el mono, pero estar encadenado a un radiador tampoco ayuda demasiado.

—¿Cómo estás? —pregunta, asomada a la puerta del baño.

Sus ojos pasean rápidamente desde mi rostro hacia el resto de mi cuerpo, asegurándose de que ni he conseguido soltarme ni he escondido ningún arma.

Después del *incidente* Kiera limpió el suelo como pudo. Me soltó para cambiarme la camiseta empapada de sangre y se aseguró de borrar cualquier rastro de lo que había hecho.

—Genial —contesto, alargando los sonidos, y cruzo una pierna por encima de la otra—. Disfrutando de la experiencia.

Kiera no responde, pero pasa adentro con una bolsa de plástico en la mano. Se sienta frente a mí en el estrecho espacio y saca un recipiente y unos palillos que desliza por el suelo.

—Arroz blanco otra vez… —murmuro, con fingido entusiasmo—. Qué festín. Me pregunto si seré capaz de aguantar tanta emoción.

—Has estado vomitando —replica—. No puedes comer nada muy exigente a nivel digestivo. También he preparado té. Cuando se enfríe te lo traigo.

Espera a que se enfríe por si se me ocurriera echarle agua hirviendo encima.

Ya.

Lleva el pelo castaño recogido en un moño medio deshecho y tiene los ojos enrojecidos.

—¿Cómo va el dolor?

Tomo el bol de arroz, le quito la tapa y empiezo a comer.

—¿Qué dolor?

—Kai, necesito saberlo para ajustar la dosis.

—La dosis está bien —contesto, tajante—. Tampoco siento náuseas.

Kiera parece sorprendida, y aliviada. Asiente lentamente y se me queda mirando mientras como.

—He tirado el *amai doku* que te quedaba —me informa.

Dejo los palillos y levanto los ojos hacia ella. Me doy cuenta de que está esperando una reacción.

He intentado alcanzarla, he gritado y la he amenazado muchas veces.

—Qué desperdicio… Si lo hubieras vendido te habrían dado una pasta. Imagina cuánto arroz podrías haber comprado —respondo.

Sé que quiere preguntar algo más, pero no debe encontrar la forma de hacerlo.

—Llevo dos días con la misma camiseta —le digo yo entonces—. Podrías dejar que me cambiara.

—Claro —se apresura a decir.

El efecto de su *amai doku* también se ha disipado casi por completo. Lo noto en la forma que tiene de mirarme y en esos ojazos tristes.

Se inclina sobre mí, tan tensa como yo lo estaría y lista para defenderse de un ataque, pero dejo el bol a un lado y levanto el brazo libre. Kiera me agarra la camiseta por el borde para tirar de ella. Cuando llega al brazo encadenado, sin embargo, no me suelta para terminar de quitármela. Se saca una navaja del bolsillo, la abre con rapidez y me raja la tela de la manga para terminar de quitármela.

Kiera se la guarda enseguida y se aparta con la camiseta rota entre las manos.

Me quedo mirándola de hito en hito.

—Me gustaba mucho esa camiseta.

Ella frunce el ceño.

—Solo es negra.

—Precisamente.

—Ahora te traigo otra.

—Espera. —La detengo. Kiera se para junto a la puerta—. No quiero que rompas otra camiseta. Déjame darme una ducha y

ponérmela yo mismo.

Kiera tarda un rato en reaccionar.

Vuelve a pasar dentro y se apoya en la pared frente a mí para cruzar los brazos frente al pecho.

—¿Ya no quieres matarme?

Sonrío, porque sé que esa pregunta encierra otra más oscura, otra que ni siquiera ella se atreve a hacer todavía.

—Sí. Sí que quiero, pero no lo voy a hacer.

—¿Por qué?

Medito muy bien mis próximas palabras.

—En algún momento vas a tener que decidir si confías en que no intente matarte para soltarme. Y tú misma lo dijiste: no disponemos de mucho tiempo.

Descruza los brazos.

—¿Has cambiado de idea?

Podría mentirle. No sería difícil. Sé lo que quiere escuchar, y sé lo desesperada que está, así que ni siquiera tendría que esforzarme mucho.

Pero la miro a los ojos y, a pesar de todo, decido ser sincero.

—Ya ha pasado lo peor, ¿no? Por lo menos que sirva para algo.

Kiera sacude la cabeza.

—No ha sido lo peor.

Vaya. Parece que ella también ha decidido ser sincera.

—¿Qué puede ser peor que esto? —Extiendo los brazos y me señalo a mí mismo y luego a la venda que me cubre los puntos.

Ella sonríe un poco de forma desganada.

—Solo he tomado media pastilla una vez y ahora me siento tan mal que me pregunto varias veces al día qué pasaría si cuadruplicara

la dosis. No volver a consumir va a ser duro. —Hace una pausa—. La metadona te ayudará con el dolor físico, pero…

—No quería morirme —le suelto.

Kiera inspira con fuerza y se deja caer al suelo para que nos quedemos frente a frente.

—Pues te esforzaste mucho para hacerlo —contesta, apenas en un susurro.

—Me dolía mucho, muchísimo, Kiera. No te imaginas cómo es. Lo sentía en la piel, me ardían los huesos… Necesitaba que parara.

—No podía ponerte la metadona —murmura—. La naloxona la habría bloqueado y no habría servido de nada.

Me paso la lengua por los labios.

—Ya.

Nos quedamos callados de nuevo.

—Entonces, ¿solo lo has hecho por el dolor físico? —tantea.

Hay una respuesta larga, larguísima; pero no tengo fuerzas para escucharla en voz alta.

—Sí, *solo* por el dolor —contesto, burlón.

No consigo que sonría.

—¿Cómo te sientes ahora? El dolor físico, el mental… ¿Cómo son?

Inspiro con fuerza y el mero hecho de tomar aire me duele.

—Son malos, pero no tanto como antes, cuando me quería *morir.*

—Te seguiré ajustando la dosis hasta que apenas sientas nada. La medicación te ayudará durante un tiempo, hasta que te notes estable y, entonces, deberías dejar también la metadona. —Hace una pausa y baja un poco el tono de voz—. El resto dependerá de ti, de que encuentres una razón para no volver a tomar *amai doku.*

—Si me ayudas con la metadona podré aguantar hasta que

solucionemos el tema de Raine Andrews y todos estén a salvo.

Kiera alza un poco el mentón, porque la elección de palabras no le pasa desapercibida. Tampoco he intentado ocultarlo.

—¿Solo hasta entonces?

Me encojo de un hombro.

—Eso es lo que quieres, ¿no? Me necesitas limpio para ayudarte. Luego, ya no importará.

Se muerde los labios y aparta la mirada, porque es consciente de que tengo razón; pero es tan decente como para que no le parezca bien del todo… incluso después de lo que le hice a Anna.

—¿Cómo sé que no me estás engañando?

—No lo sabes —respondo.

Kiera se ríe. Se ríe de verdad, con esa sonrisa un poco floja que ya he visto otras veces.

—Antes, quiero que me respondas a algo.

—Tú dirás.

—¿Quién es Arashiro?

Levanto de golpe la cabeza y estoy tan débil que el movimiento me marea un poco.

—¿Cómo sabes ese nombre?

—Lo has dicho en sueños un par de veces.

—En sueños, ¿eh?

Supongo que fue antes de abrirme las venas.

—¿Alguien importante?

Aprieto los labios.

—Mi maestro. —Casi suena como una mentira. *Maestro.* Parece demasiado burdo con todo lo que hizo por mí. Suspiro—. Me enseñó a usar la katana, y también a pelear sin ella. Cuidó de mí cuando mi

madre murió.

—¿De ti? ¿No de Hikari también? —pregunta.

Quiere saber cómo de importante fue Arashiro *para mí.*

Qué lista es.

Decido ser sincero.

—Se portó muy bien con los dos, pero especialmente conmigo. Entrenaba a muchos chicos, pero cuando me expulsaron del Rockethill y dejaron de pagar por mi formación al maestro Arashiro le dio igual y siguió enseñándome.

—¿Tu madre os dejó muy pronto?

—Hikari era muy pequeño.

—¿Os quedasteis solos? ¿Y tu padre?

—Se largó poco después de que mi hermano naciera, pero hasta entonces tampoco ejerció mucho de padre.

—¿Cómo murió tu madre?

Enarco una ceja.

—Mierda, Amell. Deja alguna pregunta divertida para luego.

—Perdón —se disculpa—. Mis padres murieron de gripe blanca cuando yo tenía nueve años. Sé lo que es quedarse sola.

—Yo no estaba solo. Tenía a Hikari, pero creo que eso fue peor —contesto, casi sin darme cuenta. Guardo silencio, pero ella no parece juzgarme—. Mi madre murió por una negligencia. Se quedó a oscuras en el trabajo.

—Eso es horrible. Lo siento mucho.

—Ya… bueno. —Me esfuerzo por encogerme de un hombro. —La vida sigue, ¿no?

Muevo un poco la muñeca para recordarle nuestro tema pendiente y ella me observa en silencio unos instantes. Debo de pasar la

prueba, porque entonces se saca la llave de la bota. Qué hija de puta. Y se inclina para soltarme la mano.

Se aparta enseguida, se levanta y me mira mientras intento ponerme en pie y muevo un poco los brazos y las piernas agarrotadas.

Tensa, me observa hasta que echo a andar hacia ella.

No ha ido a armarse antes de soltarme. No tiene más que esa pequeña navaja que lleva en el bolsillo.

Hay que reconocerle el valor.

Me quedo mirándola a medio metro de distancia. Kiera me sostiene la mirada, lista para defenderse.

—Iremos a buscar a Akane. Prepárate.

—¿La Bruja? ¿Crees que el *doku* del *oni* aún…?

Me miro el otro brazo, el que tiene la venda más pequeña.

—Sí. Aún está en mi sistema y lo noto.

—¿Qué notas?

Sé que la forma en la que sonrío haría que hombres más grandes que ella retrocedieran; Kiera no lo hace.

—Me siento primario, instintivo…

—Una forma elegante de decir que todavía quieres atravesarme con tu katana.

Me echo a reír.

—Algo me dice que Onimaru no estaría de acuerdo.

Me doy la vuelta, abro el agua de la ducha y empiezo a quitarme los pantalones. A ella no le molesta. Tampoco le ha importado que yo la viera en otras ocasiones en ropa interior.

—No es la primera vez que te refieres a ella de esa forma. ¿Por qué hablas de la katana como si tuviera conciencia? —pregunta.

—Porque, de hecho, la tiene. Es un *tsukumogami.*

—No sé qué es —responde.

Se me queda mirando. Yo arqueo las cejas y señalo abajo con los pulgares ya dentro de la cinturilla de los calzoncillos.

—¿Te quedas a ver el resto o…?

Se da la vuelta y entorna un poco la puerta, pero no se marcha.

—¿Qué es un *tsukumogami*? —insiste.

Me quito lentamente la venda del brazo.

Sigue infectada.

En realidad, que no se cure es bueno. De otra forma, puede resultar difícil saber cuándo has sido infectado con el *doku* de un *oni*. Que la herida no termine de cerrarse es la forma que tiene el cuerpo de avisarte de que algo va mal.

Luego, me quito la otra venda y contengo el aliento.

La herida con los precisos puntos de Kiera me recorre el antebrazo de arriba abajo y cuando la miro aún puedo recordar lo que sentí al hacerla.

—Cuando una herramienta es usada durante más de cien años puede cobrar vida. Si eso ocurre se convierte en alguna clase de *yokai* y desarrolla personalidad. —Dejo de mirarla y me meto con cuidado bajo el agua—. Cuando los objetos han sido tratados amablemente suelen ser buenos, pero se vuelven malvados si han sido alimentados con odio.

Dejo que el agua caliente temple mi cuerpo. Solo cuando cierro los ojos soy consciente de lo agotado y hecho mierda que estoy.

—¿Y Onimaru es…?

Me esfuerzo por no ceder a lo que me pide el cuerpo: dejarme caer al suelo y abandonarme aquí mismo. Y me obligo a responder:

—Un viejo cascarrabias consentido y con sed de sangre que además tiene un paladar exquisito. No le suele gustar la sangre de los *oni* menores, pero le encanta la sangre humana.

Se hace el silencio, pero Kiera no se ha ido.

—¿Cómo conseguiste un objeto así de peligroso?

—¿Conseguido? —Suelto una carcajada—. Onimaru me eligió a mí. Yo no tuve nada que hacer. Se pudría en una sala de exposiciones hasta que tuve que… —Me detengo—. Tuve un asunto con su dueño.

—Lo mataste.

Me encanta que no se escandalice.

—Sí —reconozco—. Lo maté. Y Onimaru me ayudó a hacerlo. Me habían desarmado y lo cierto es que habría estado en un aprieto de no haber sido porque esa katana apareció en mi mano. Tiene vida, y voluntad, y se cabrea cuando no la cumplo. Por eso me extrañó que te permitiera usarla contra mí.

Salgo de la ducha, me seco rápidamente y me miro en el espejo.

Ojos hundidos, ojeras profundas, labios cuarteados…

—Así que a tu espada maldita le caigo bien.

—No la llames así o se enfadará —le advierto. Me anudo la toalla alrededor de la cadera y Kiera da un respingo cuando abro la puerta y aparezco a su lado—. Voy a vestirme y luego nos pondremos en marcha. Pero tengo una condición.

—Dispara.

—Necesito comer algo decente. Ve a por sopa de *miso*, *tamagoyaki* y algo de salmón o caballa.

Kiera arquea las cejas, pero asiente y se echa atrás para tomar las llaves de mi moto.

No se fía de que no vaya a largarme en cuanto ella salga por esa puerta.

—Te traeré la sopa —accede—. Creo que te sentará bien. También el *tamagoyaki*, pero nada de pescados grasos todavía.

—Qué puta mierda.

—Lo tomas o lo dejas.

Suspiro.

—Ve. Te espero.

Cuando regresa yo ya estoy listo. Comemos, me tomo la medicación que Kiera me da y salimos en busca de la Bruja Akane.



—La Bruja… ¿es de fiar?

Akane ha respondido enseguida. Nos ha dado una dirección a las afueras de Tokio y nos ha citado allí dos horas después.

Tardamos más de lo esperado en llegar porque algunas carreteras están cortadas y en otras han montado controles militares que debemos evitar.

El camino serpenteante que lleva a la casa, un poco inhóspito, acaba al final de una pendiente donde se erige el conjunto tras un muro de piedra. La casa principal está construida en forma de *u* y los tres edificios que la componen se encuentran comunicados por pasarelas. El cuarto edificio se trata de una *chashitsu*, o casa para el té. Y el quinto es un gazebo de estilo japonés, abierto y colocado en medio del jardín, junto a un estanque de considerable tamaño.

—Akane nunca me ha fallado —le aseguro, a las puertas del conjunto. La Bruja ha dejado las malditas puertas abiertas, como siempre.

—Tampoco te ayudó mucho cuando Echo Akiyama te metió en una celda —replica.

—¿Tú me habrías ayudado si tu libertad no hubiera dependido de ello? —respondo y miro a mi alrededor, en busca de alguna señal de la Bruja—. Akane es una sacerdotisa y una sanadora. No interfiere en los asuntos de los hombres. Su misión es otra.

—¿Pero sí va a interferir ahora? —inquiere, desconfiada.

—Los *oni* están agitados. Tú lo has visto. Las calles son ahora más peligrosas que nunca, tanto de noche como de día. Algo está ocurriendo y ella debe de tener tantas ganas de pararlo como nosotros.

Kiera se vuelve hacia mí.

—No podemos embarcarnos en otra misión, Kai —contesta, muy seria—. Ya tenemos suficiente con Raine Andrews. No podemos encargarnos también de los *oni.*

—Sospecho que ambas cosas podrían estar relacionadas —respondo.

—Así es —confirma una voz de terciopelo. Me llevo la mano a la empuñadura de Onimaru, pero la sonrisa afable de Akane me hace bajarla—. El mundo espiritual está revuelto.

La Bruja se acerca desde uno de los laterales. No he visto de dónde ha salido. Si no fuera porque Kiera parece tan sorprendida como yo, me preocuparían mucho más mi estado y mis reflejos.

—Akane.

—Inoue-san, Amell-san… —nos saluda, con una leve inclinación de cabeza.

Lleva una de esas túnicas extrañas que tanto le gustan, semejante a un kimono, pero más informal. La tela es blanca y delicada, casi

traslúcida, y las mangas, anchas. Los motivos grabados en ella imitan flores de loto que salpican los bordes.

Bajo la túnica luce unos pantalones similares a los *hakama* de los kimonos tradicionales masculinos, pero más delicados. En la parte de arriba, una sencilla camiseta de tirantes negra.

—¿Qué quieres decir con eso? —la interroga Kiera, que no espera a que llegue a nuestro lado.

Akane la contempla con cuidado. En realidad, nos mira a los dos.

Creo que nota algo diferente en mí, porque se detiene un segundo en mis brazos. Llevo la cazadora de cuero, pero no parece un impedimento para que se haya dado cuenta de que hay algo distinto.

—¿Por qué no damos un paseo? —pregunta, con suavidad, y echa a andar hacia el interior del recinto.

Yo suelto una maldición y me vuelvo para cerrar las pesadas puertas de madera. Kiera me observa sin estar muy convencida. Seguro que está pensando que escapar, si esto es una trampa, será más difícil ahora. Yo solo pienso en los *oni* que campan a sus anchas por la ciudad.

Akane nos lleva hasta el gazebo de estilo tradicional.

Se encuentra frente al estanque y tiene un tejado a cuatro aguas cuyas esquinas se curvan hacia arriba. La parte trasera alberga paneles de papel traslúcido que dejan entrever que allí dentro aguarda alguien más.

—¿Vas a hacer que nos pongamos nerviosos, Akane? —pregunto, con la mano ya en la empuñadura de Onimaru.

Gira el rostro hacia mí sin dejar de andar y enarca sutilmente las cejas.

—En absoluto —asegura, y empieza a rodear el gazebo—. Tú lo

has dicho. Todos los que estamos en esta casa queremos lo mismo: proteger a la gente de Japón.

Akane sube los escalones que separan la estructura del jardín y camina hasta tomar asiento frente a una mesita para el té, pero yo dejo de mirarla, porque mis ojos vuelan al chico de ojos castaños que me contempla sentado en el tatami.

Parece demasiado grande arrodillado junto a la mesita de té, con su altura y esos hombros anchos y fuertes.

Tiene esos ojazos de osito de peluche muy abiertos en medio de un rostro estrecho, cuajado de pecas y ese lunar sobre la comisura derecha de su boca.

La última vez que nos vimos él me puso un filo bajo la garganta y yo le robé un beso.

Noto una punzada en el pecho y me pregunto si mi corazón sigue resentido.

—¿Qué es esto? —inquiero.

Me obligo a dejar de mirarlo y me encaro a Akane.

—Sentaos, por favor. El té se enfría.

Sobre la mesa baja han dispuesto un juego de té que Akane se apresura a servir.

Kiera es la primera en avanzar, un poco dubitativa. Se acerca con prudencia al centro del gazebo hasta que Markel se pone en pie con cierta torpeza y, sin preguntar, la envuelve entre sus brazos.

—Kiera, ¿cómo estás?

Tras la sorpresa inicial, ella se recobra un poco y le devuelve un abrazo sentido.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Siento mucho lo que pasó. Lo siento tantísimo… No me dejaron

ir a verte.

—Lo imaginaba. —Esboza una sonrisa que pretende disculparlo—. Recuerdo que me defendiste cuando todo ocurrió.

—¿Cómo no iba a hacerlo?

Kiera pone una expresión que viene a significar que en realidad se podría esperar todo lo contrario, pero no se atreve a decirlo en voz alta.

Carraspeo, subo los tres escalones que llevan al tatami y me quito a Onimaru de la cadera para poder acomodarme frente a Akane de una manera mucho menos refinada que ella.

—Ya, ya… Un reencuentro precioso. —Hago una floritura con la mano para que abrevien, como si me aburriera; en realidad, me duele no poder ser yo quien abrace a Markel—. ¿Para qué lo has traído?

Akane me observa unos segundos antes de tomar el vasito de té, darle un sorbo y responder:

—Para ayudar, Kai. En el Palacio también hemos sentido la agitación del mundo espiritual. Es un lugar protegido, sagrado en muchas zonas y, aun así, hemos sufrido ataques de *oni* furiosos, perversos… Hay más, y los que atacan son peores; más violentos y malvados. Los hemos alimentado con la guerra y ahora están ebrios de miseria. Tenemos que parar a Raine Andrews, restablecer la paz en el Imperio de Echo Akiyama y, mientras tanto, proteger a tantos como podamos.

—¿Crees que la guerra provoca que haya tantos *oni*? —pregunta Kiera, que se sienta a mi lado.

Todavía mira a la Bruja con cierta desconfianza, como si esperara que en cualquier momento pudiera volver a hacerle las mismas

preguntas que le hizo estando presa.

—Sí —contesta ella—. Estoy prácticamente segura. El Imperio necesita recuperar la estabilidad. Necesita paz. Kai me ha dicho que debéis purificaros antes de continuar, que estáis persiguiendo los planes de Raine Andrews para detenerla. Os ayudaremos.

—¿Y qué opina Echo Akiyama de esto?

Los ojos almendrados de Akane me devuelven una mirada del todo elocuente.

—Hay asuntos en los que la voluntad de la Emperatriz no es lo más importante.

Suelto una carcajada un poco incrédula.

—¿Vas a traicionarla?

—Voy a tomar otro camino para luchar contra un mal que afecta a todo su Imperio, pero no voy a dejar de servirle.

Me hace un gesto elegante con la mano para que tome mi té, pero yo no he acabado.

Miro a Markel.

—¿Y cómo encajas tú en todo esto?

Markel duda.

—Raine Andrews está demasiado tranquila para haber perdido el plan de toda una vida. He estado pensando en cómo lo haría yo para bombardear las Cinco Puertas del Infierno y he llegado a la conclusión de que no lo haría, porque es prácticamente imposible. —Hace una pausa y mira a Kiera—. Las bombas ya están aquí dentro.

—Eso hemos pensando nosotros —confirma ella.

Durante unos segundos todos se quedan en un silencio grave y denso. Y yo no soporto esa solemnidad.

—¿Y te has atrevido a venir solo hasta aquí, con la Bruja, la

terrorista y el asesino?

No sé a cuál de los dos cabreo más, si a Kiera o a él.

Creo que se va a limitar a apretar esa mandíbula tan marcada y mirarme de forma incendiaria cuando abre la boca.

—En realidad, no he venido solo.

La sorpresa que consigue arrancarme le gusta. La siente como una victoria cuando me ve arquear las cejas y llevarme la mano a la empuñadura de Onimaru.

—Kai, por favor —me dice Akane. Se está quedando sin paciencia, se lo noto—. Todos los que estamos en la casa somos amigos.

Enarco más las cejas a propósito y miro descaradamente a Kiera y acto seguido a Markel.

—Ah, ¿sí?

—¿Quién más ha venido, Akane? —insiste Kiera, que debe de estar pensando en toda esa gente que la quiere encerrada.

El quinto cojín cobra un significado distinto.

Markel abre la boca cuando ve que Akane no dice nada, pero no llega a responder, porque sus ojos se desvían por encima de nuestros hombros.

Me giro al tiempo que lo hace Kiera y descubro una figura que se acerca por el jardín: altura considerable, constitución elegante y atlética, pelo rubio oscuro rapado a los lados y bien peinado hacia atrás y una mirada profunda.

El mismísimo capitán Neal Kellum.

No me quedo mucho tiempo mirando cómo atraviesa el jardín, porque me interesa más mirar a Kiera.

Se ha quedado rígida sobre el cojín, demasiado tensa para estar cómoda. Tiene los ojos muy abiertos, las cejas enarcadas en una

curva casi como de… miedo.

Y antes de que el capitán llegue al gazebo se pone en pie, rodea con rapidez a Markel y a Akane, se apoya en la pasarela de madera y salta al otro lado antes de echar a correr hacia la casa.

Corre como una flecha sin mirar atrás y Neal cambia el rumbo para salir tras ella.

Se me escapa una carcajada.

—Qué reacción tan normal y comedida. —Tomo el té por fin y le doy un sorbo—. Estamos todos genial, ¿eh?



16

ECHO

Palacio Imperial

31 días para el solsticio de verano

El consejo se ha reunido. Han insistido en verme antes de que tenga lugar el encuentro con los *daimyō.*

Volvemos a encontrarnos en la sala de ceremonias. Esta vez, no estoy sola en el trono. Tora Satake permanece sentado a mi lado, en un asiento más modesto y, por protocolo, algo más atrás que el mío, mientras que todos mis consejeros se han reunido a ambos lados del pasillo. Muchos son ancianos que ya aconsejaban a mi padre cuando vivía. Otros ascendieron al cargo cuando yo lo hice, pero son pocos, porque quienes tenían lazos con el clan Kanmu han desaparecido.

La reunión es una sucesión de preocupaciones que quedan sin respuesta: Raine Andrews, las bombas, los insurgentes que se alzan

en el resto de Japón. La región de Kantō, en la que nos encontramos, está asegurada, y también las de Tōhoku, Chūbu y Kansai, pero la situación sigue siendo complicada en el resto, sobre todo en Hokkaido, donde las fuerzas de Raine Andrews continúan haciendo presión junto con los sublevados de la Agencia Hawk.

Los delegados militares exponen la situación de cada región, dan los datos y se debate sobre cómo afrontarla. Hora tras hora asisto al resumen de la catástrofe, consciente de que soy la primera Emperatriz en más de un siglo que se enfrenta a una guerra civil.

Soy yo quien decide cuando existen dos planes de actuación, pero en general no puedo hacer mucho más que escuchar y sentir cómo el trono me engulle poco a poco. Junto con los informes proyectan imágenes de las ciudades más afectadas, y cada revuelta, cada muerte en las calles, se clava en mis hombros como las garras de una gran ave que me empuja hacia abajo cada vez más.

Disparos en las calles.

Destrucción en las ciudades.

Cadáveres que riegan los santuarios.

Algunas de las batallas más cruentas han dejado pueblos enteros sin luz… y cientos de personas han sido masacradas por las anomalías.

Los hospitales están desabastecidos.

La gente saca el dinero de los bancos y el valor del yen cae en picado.

El cierre de carreteras ha provocado que en algunos lugares ya falten alimentos básicos.

Y cuando el último delegado ya ha hablado y toma la palabra uno de los consejeros, yo ya no escucho. Sigo perdida en las muertes y en

la oscuridad que ha devorado pueblos enteros. No siento el silencio al principio, no comprendo las miradas; tampoco la de Tora, a mi lado, que rompe un segundo la compostura para inclinarse hacia mí.

Solo entonces escucho, vuelvo a prestar atención, y en la larga letanía que suena como una consigna advierto una palabra que se me clava en el vientre.

«Heredero».

Quieren un heredero para el Imperio.

Entrecierro los ojos, sin importarme que los consejeros adviertan lo mucho que esto me molesta. Algunos, siempre pendientes de mis reacciones, se dan cuenta. Pero quien tiene la palabra debe insistir ante mi silencio.

—Aunque en época de paz una soberana joven y sana nos libera de la carga de tener que pensar más allá, el futuro del Imperio es incierto durante la guerra —continúa, deprisa.

Quieren saber qué ocurriría si me mataran.

No moriría en batalla; jamás me dejarían acercarme tanto a la guerra, y después de la incursión a Palacio, no creo que una situación así se repitiera. Sería un asesino, o un grupo de ellos, aprovechando el caos y los recursos desperdigados por el Imperio.

—Un heredero siempre afianza el poder; uno proveniente de los clanes Akiyama y Satake sería, además, una baza política importante. Ahora tiene a su consorte —añade otro consejero—. Un niño traería estabilidad.

Veo algunos rostros que asienten, miradas cómplices de quienes sin duda ya han discutido esto en privado. Otras voces se alzan, más asentimientos, más *ventajas* de quedarme embarazada en medio de una guerra.

Siento cómo el ave de plumaje bermellón hunde más sus garras en mis hombros y el dolor trae de vuelta el recuerdo vívido de otro más profundo y visceral, que nace en las entrañas y muere en ellas, como los dos bebés que perdí: un niño que no llegó a nacer y una niña que llegó muerta al mundo.

Acababa de librarme del control del clan Kanmu y mis consejeros también opinaron entonces que un heredero consolidaría mi poder.

Tatsuki Hokke fue el padre en ambas ocasiones. Estuvo de acuerdo en intentarlo, pero no le conté que me quedé encinta la primera vez, aunque eso no lo hizo más fácil cuando lo perdí. Al quedarme embarazada de nuevo, como la niña parecía crecer sana en mi vientre, al final, lo supo; se enteró toda la corte, todo el Imperio.

Tenía veintidós años cuando enterré a mi hija; una que no había llegado a respirar en este mundo.

Cumplí los veintitrés cuando decidieron que el luto oficial debía finalizar, un luto que se había extendido por todo Japón: visible, pero innombrable. Cada parte de mi vida era regida por ese luto; cada prenda de ropa, cada ritual, cada plegaria… Sin embargo, la mención a la heredera muerta fue un tabú tal que no volví a escuchar a nadie pronunciar el nombre de mi hija.

Hanae.

Todo el mundo era consciente de la *tragedia*, pero nadie se atrevía a nombrarla.

Y ahora estos hombres y estas mujeres quieren que vuelva a intentarlo porque sería beneficioso para el Imperio. Hablan de mi expediente médico como si no estuviera presente, comentan que no debería tener problemas para engendrar, calculan el tiempo pasado desde el último intento, plantean un embarazo de laboratorio para

asegurar más el éxito…

Y me doy cuenta de que podría matarlos a todos.

Así es la rabia que me pone en pie, la que me hace apretar los nudillos y alzar la voz y ordenar:

—¡Silencio!

Todos obedecen al instante. Algunos, los que más han hablado, me miran con creciente cautela. No saben que no me importan individualmente, que la ira me haría acabar con todos por igual.

—Desde ahora hablar de mi cuerpo, de mi *vientre*, será considerado una blasfemia y un pecado castigado con la muerte —declaro.

La sentencia cae en la sala ceremonial como una losa afilada. Los deja inmóviles y tensos, temerosos de dar un paso en falso.

Y a mí me parece bien.

Nadie dice nada. Nadie se mueve.

Soy yo la que se pone en pie y doy por concluida la reunión sin una sola palabra.

Después de haber abandonado la estancia, aún oigo en el silencio los ecos del impacto.

Murase-san me alcanza enseguida y adelanta a Tora, que se esfuerza por seguirme el ritmo sin decir nada.

—Convoca a los *daimyō* —le pido—. La reunión va a celebrarse en tres días, antes de la caída del sol.

Volvemos juntos a mis aposentos, y cuando Tora va a tomar la puerta interior que conduce a los suyos, lo detengo.

—¿Puedes sentarte un momento?

Tora me contempla con cuidado, pero asiente con solemnidad y se sienta frente a mí en una mesita baja para el té que pido enseguida

que nos traigan.

Se limita a comentar el buen tiempo y las victorias que sí hemos conseguido en algunas prefecturas, y tiene la prudencia de no preguntar qué hace aquí hasta que la joven que sirve el té nos abandona.

—¿Qué ocurre?

—Hay algo que como consorte debes saber.

Cruzo las manos frente a la mesa, esperando que el contacto me ancle a esta tierra.

—¿De qué se trata?

—Esta no es la primera vez que el consejo sugiere que engendre un heredero. Como bien sabrás, no es necesario tener un esposo oficial para hacerlo, yo misma soy la prueba de ello. El caso es que he perdido ya a dos hijos.

Tora enarca las cejas y parpadea en un gesto sutil, que no deja traslucir más que una vaga emoción de sorpresa.

—Solo tenía constancia de una de las pérdidas. —Baja la cabeza en señal de respeto—. Lo siento muchísimo.

—Es un dolor viejo —respondo, procurando mostrarme más entera. En realidad, si cierro los ojos siento que me desarmo pieza a pieza—. Te lo cuento para que entiendas por qué hasta ahora me he negado.

Busco las palabras, pero no las hallo.

Miro el fondo de mi vaso de té.

Y es Tora quien se adelanta.

—Si lo dices por nuestro trato, por mis *derechos*, no creo tener ninguno y no espero lo que buscaría cualquier otro consorte —responde, con seguridad—. Creo que me elegiste por eso. Te prometí

libertad a cambio de la unión.

Alzo un poco el mentón y sostengo sus ojos negros.

—Sin un heredero, con mi muerte, tu poder se desvanecería —le advierto, aunque sé que es consciente.

Tora es un hombre inteligente y no creo ni por un segundo que no haya entendido por qué el consejo quiere un heredero.

—Mi poder seguirá siendo mío. El tuyo no me interesa.

Dijo que quería unirse a mí por *libertad.* Y nunca le pregunté.

—¿Qué has ganado tú con esta unión, Tora?

Su semblante se transforma ligeramente cuando la sorpresa le hace fruncir el ceño.

—Tú y yo sabemos lo que es crecer en un clan que está bajo el punto de mira —responde, sin tapujos—. Un clan políticamente tan relevante como para que los demás quieran a sus niños muertos… con lo que ello conlleva: las normas, los protocolos, el *encierro*. Soy adulto, pero no hubo un solo día, hasta nuestro casamiento, en el que no tuviera que obedecer a mis mayores. Si acudí a aquella cita fue porque me lo pidieron ellos.

No hubo cortejo; solo una honestidad brutal que a mí me sirvió más que cualquier otra promesa.

—Y tú viste una oportunidad para huir.

Ladea la cabeza y esboza una sonrisa.

—No pueden darle órdenes al Emperador consorte. —Hace una pausa. Vacila—. Y tú y yo tenemos un trato que nos hace libres en otros aspectos.

—¿Cómo?

—Como en el amor —contesta y observa mi respuesta—. ¿Verdad?

—Verdad —confirmo—. ¿Amas a alguien, Tora?

—No —responde muy rápido—. Todavía no. Pero podría enamorarme.

No se mueve ni un ápice, formal y regio frente a mí, pero sus ojos negros se llenan de algo cálido.

—¿Y no te importaría no tener un heredero jamás?

Esta vez, lo medita un poco más y yo estudio cada gesto sutil.

—Podría vivir sin él —responde, y entonces advierto algo en sus ojos.

—Pero sí que lo quieres —adivino.

—Querría un *hijo* —contesta, y la franqueza le hace esbozar una sonrisa que resulta dolorosa—. Tú y yo sabemos que no son lo mismo.

—No. No lo son —contesto, con un nudo en la garganta y ambos nos contemplamos en silencio—. Si pudiera elegir tener un hijo y no un heredero, me gustaría tenerlo con alguien como tú —confieso.

La voz que me sale no es la de una Emperatriz y en cualquier otro momento esta vulnerabilidad podría asustarme… pero no ahora, no con él, cuando su rostro se transforma y sé leer en sus ojos la misma fragilidad que siento yo.

Baja un poco la cabeza con aprecio y cortesía y vuelve a mirarme enseguida directamente.

—También a mí.



17

KIERA

A las afueras de Tokio

31 días para el solsticio de verano

No sé dónde estoy.

Corro a través de las pasarelas del recinto y entro en la construcción principal por uno de los *fusuma* abiertos que dan al jardín, pero la habitación es sencilla y demasiado minimalista para albergar espacio alguno en el que ocultarse.

Y todo mi cuerpo clama:

Huye, huye, huye…

Así que eso es lo que hago: correr, correr hasta que me arden los pulmones, hasta que empiezo a oír los pesados pasos de unas botas a mi espalda y sé que Neal me ha alcanzado.

Acabo en una sala extraña y hermosa.

La quietud, los *kanji* que cubren las paredes, los faroles que

cuelgan de las vigas y en el centro de un estanque una visión compleja: un árbol que arde… No, que *brilla*. Un Árbol de Raijū.

Se trata de un cerezo de tronco y ramas retorcidos cuyos pétalos rosados cubren casi por entero la superficie del estanque redondo, así como las tablas de madera que lo bordean. Sobre él, en contraste con los pétalos brillantes, una abertura en el tejado deja entrar la luz y los elementos, y de los bordes cuelgan ramilletes de glicinas de diferentes tonos violáceos que no sé de dónde salen.

Sin tiempo, entro en el cuarto y estoy a punto de seguir abriendo paneles para escapar cuando una voz grave lo interrumpe todo.

—Deja de huir, Kiera.

Me quedo congelada porque una parte de mí estaba convencida de que jamás volvería a escuchar esa voz.

Me giro hacia él y me preparo para el impacto, pero incluso así no estoy lista.

El amplio pecho que se mueve arriba y abajo con una respiración entrecortada, los hombros fuertes, la esbelta figura, la ropa táctica: pantalones cargo llenos de bolsillos en los que debe de haber muchas armas, botas militares y una camiseta de manga corta, blanca y ajustada que no debería sentarle así de bien a nadie.

El mentón firme, los pómulos altos, la nariz recta y bonita… Y los ojos, verdes y dorados en el centro, me contemplan con una gravedad que no sé interpretar.

Parece furioso.

Y entonces da un paso adelante con decisión y todo mi cuerpo reacciona solo. Me echo atrás, empiezo a rodear el árbol sagrado. Neal frunce aún más ese ceño y su gesto se endurece cuando se queda quieto y me contempla como si fuera algo extraño e

impredecible.

Me da tanto miedo lo que pueda salir de esa boca que me muero por besar que me adelanto.

—Has despertado.

Neal parpadea y me observa unos segundos con cuidado.

—Estoy bien —confirma. Da un paso adelante, yo doy otro atrás y él esboza una mueca de fastidio—. Parece que tú también estás bastante entera —añade, con intención.

Contengo el aliento ante el tono un poco frío.

—Te lo debo a ti —me obligo a decir, aunque la voz me sale como un hilo muy fino.

Neal empieza a rodear el Árbol de Raijū en mi dirección y yo doy pasos cortos en la otra, muy pendiente de cada gesto suyo, que podría engañarme, cambiar de rumbo y atraparme en cualquier momento.

Se da cuenta de que estoy tensa y esboza una sonrisa demasiado débil que no le llega a los ojos.

—Tienes una deuda bastante importante conmigo y, aun así, cuando me ves *escapas* de mí. No una, sino *dos* veces.

Esta vez, el tono hace que la temperatura baje un par de grados.

Qué guapo es. Incluso cabreado, con ese gesto duro y la mandíbula tensa, es absurdamente atractivo.

Neal sigue caminando en círculos. Como en el juego del gato y el ratón, mido cada zancada hacia atrás, muy pendiente de no adelantarme y cederle una ventaja que, sin duda, aprovechará.

—¿Para qué has venido, Neal? —inquiero.

La pregunta debe de sorprenderle tanto que se detiene en seco y yo he de parar también. Suelta una carcajada seca y áspera, sacude la

cabeza y se pasa una mano por el pelo rubio, que se le ha despeinado por la carrera.

—¿Tú qué crees? —pregunta, con dureza.

Da otro paso hacia mí. Yo retrocedo.

Su imagen, poderosa, *viva*, danza durante un instante con el recuerdo de su cuerpo postrado en esa cama de hospital.

Recuerdo el dolor.

Recuerdo su rostro lleno de lágrimas y el tormento de su alma a través de sus ojos.

Recuerdo el sonido de los balazos cuando decidió apagar una a una todas las luces.

¿Sabía lo que hacía? ¿O solo quiso morir conmigo?

Siento una mano oscura, hecha de sombras y espinas, cerrándose en torno a mi garganta y oprimiendo con tanta fuerza que me cuesta respirar.

—¿Lo recuerdas?

Neal entiende enseguida a qué me refiero.

Asiente levemente mientras sus ojos me contemplan y me recorren de arriba abajo con descaro.

—Hasta el último segundo.

La inquietud se enrosca en mis costillas y el miedo se abre paso a bocados hasta que siento que me tiemblan un poco las piernas.

—¿Querías salvarme o pretendías…?

Se me quiebra la voz.

—¿Matarme? —Arquea una ceja más oscura que su cabello. En su expresión no queda nada amable. Se parece tanto al capitán autoritario e intransigente que conocí al comienzo de mi instrucción en el Skytree…—. No me siento tentado de regalarte respuestas

cuando tú pareces tan poco comunicativa; pero sí puedo comerciar con ellas. ¿Por qué no empiezas a contarme algo y yo te respondo a cambio?

—¿Qué quieres que te cuente? —se me escapa, sin pensar.

Neal vuelve a soltar una carcajada que suena amarga.

—¿De verdad necesitas que te lo diga?

Procuro respirar hondo.

Abro la boca e intento buscar algo que decir, cualquier confesión, por pequeña que sea. Las sombras de los recuerdos me llevan primero a un hospital en el que dije «sí» creyendo que me comprometía a seguir luchando, a un cuarto de paredes blancas y al dolor de la piel desgarrada después, de las noches eternas, de la oscuridad devolviéndome la mirada, hambrienta.

Me tropiezo y he de recomponerme.

—Lo siento —le digo tan solo, porque no encuentro confesión que salga por la garganta sin herirla con sus dientes aserrados.

—¿Nada? ¿No tienes nada que decirme?

Me tiembla el labio inferior.

—Solo que siento lo que te pasó. Habría dado mi vida para evitarte ese dolor. Tuvo que ser…

No llego a terminar.

Porque entonces Neal suelta un resoplido y en el último instante cambia el rumbo de sus pasos hacia el estanque.

Me quedo quieta, sin saber qué pretende, incluso cuando rompe la quietud del agua con sus botas militares, hunde sus piernas casi hasta las rodillas y lo atraviesa con una furia que no me deja reaccionar a tiempo.

Intento correr, pero él es más rápido y me agarra por la muñeca.

Doy un tirón tratando de liberarme en vano y él hace más presión.

—No quiero hacerte daño —susurra.

—Pues déjame ir —respondo, casi sin voz.

El terror me constriñe la garganta.

Aprieta más la mandíbula y acerca mucho su rostro al mío cuando articula un:

—No.

Trago saliva.

—No puedo… No puedo darte explicaciones —le digo, de forma atropellada—. Aunque quisiera, no sé, yo no…

—¿Eso es lo que crees que me cabrea? —pregunta, con voz grave. De cerca el anillo dorado que bordea su pupila es más intenso y su mirada más penetrante—. He creído que te perdería dos veces, y la primera te prometí algo que no me dejaste cumplir.

«Te amo, Kiera. Y te habría amado mucho mejor, con todo lo que soy, de haber tenido otra oportunidad».

Su voz resuena a través del eco de los recuerdos, aquel día que decidimos salvar Japón juntos y yo lo traicioné para morir sola.

Se pega más a mí, hasta que siento su aliento contra los labios.

—Lo que más me duele no es que no quieras decirme la verdad. Eso me da igual. Pensé que te sostendría entre mis brazos mientras morías, y ¿crees que me importa el motivo de que sigas con vida? Me da igual, Kiera. Me da igual, joder. Lo único que quiero es abrazarte, besar esa boca y ese cuello tan bonito… Pero tú pareces tenerme *miedo.*

Casi escupe la última palabra.

El corazón se me salta un latido.

Voy a replicar, pero me doy cuenta de que no puedo hacerlo sin

mentir.

Claro que tengo miedo: miedo de que no lo entienda, miedo de que me rechace como lo han hecho otros, miedo de *perderlo.*

Neal me suelta de golpe y con tanta brusquedad que me sobresalto. Me mira como si esperara que saliera corriendo de nuevo, pero no lo hago.

Me obligo a quedarme frente a él para sostener esa mirada iracunda.

Ojalá pudiera decir algo que aliviase esa carga que lleva. Ojalá encontrara la manera de abrirme…

—Daría mi vida por ti, Neal Kellum —le confieso, con voz temblorosa—. Quiero que lo sepas.

—¡Claro que lo sé! —replica, hosco. La voz le sale ronca—. Mierda, Kiera. ¡Si ya lo has hecho dos veces! Te has sacrificado por mí sin preguntarme si era eso lo que yo quería. ¡Porque estás dispuesta a morir, pero no a confiar en mí! Y eso es lo que más me duele. Después de todo, eres capaz de interceptar una bala por mí, pero no confías en que yo haría exactamente lo mismo por ti.

Los ojos se me llenan de lágrimas sin que pueda evitarlo.

—Sé que lo harías. Sí sé que…

—¡¿Entonces por qué te escapas?! ¡En la Metropolitana! ¡Ahora! ¿Por qué me tienes tanto miedo, Kiera?

Porque te quiero tanto que nadie podría destrozarme como tú, estoy a punto de decir.

Porque si te lo cuento todo y aun así te marchas, no habrá ningún motivo para que nadie más se quede nunca, ni siquiera yo misma.

No lo digo.

No soy capaz.

Me quedo sin aire. Me cuesta enfocar a través de las lágrimas. Y el dolor en el pecho es tan insoportable que me doy la vuelta, dispuesta a marcharme.

No lo hago. Siento sus dedos alrededor de mi muñeca y un segundo después sus labios están sobre los míos y Neal Kellum me está besando.

No es un beso amable; tampoco diría que es pasional.

Es… *furioso.* Un beso lleno de aristas afiladas, cortante y brusco, tan violento que lo siento como un golpe en el pecho.

Y, aun así, necesito más. Mucho más.

Le echo los brazos al cuello y me cuelgo un poco de él cuando enreda los dedos en mi pelo y tira hacia atrás provocándome un dolor muy placentero.

Su lengua no pide permiso, entra y lo conquista todo a su paso mientras yo me rindo a sus brazos, a esa mano en mi nuca, a esos dedos clavándose en mi cintura.

Dejo escapar un gemido y eso hace que Neal me sostenga con más fuerza contra su cuerpo.

Me devora con rabia; la necesidad guiando cada movimiento, cada caricia de su lengua… Le doy un suave mordisco en el labio inferior que le arranca un gruñido ronco y que le hace tirar con un poco más de presión de mi pelo, obligándome a apartarme.

La pausa dura apenas un segundo.

Nos miramos a los ojos y algo me empuja de vuelta hacia él. Nos encontramos en otro beso profundo mientras suelto su cuello para recorrer sus clavículas y su pecho. Trazo las líneas duras de su abdomen mientras sigo bajando y estoy a punto de llegar al cinturón cuando Neal me agarra por los hombros y me detiene.

Esta vez, al mirar sus ojos sé que no ha sido una pausa.

—No vamos a hacer esto —gruñe, con la voz raspada, todavía arrastrando deseo—. No así.

—Neal… —murmuro.

No me deja preguntar. No me deja pedir perdón.

Se da la vuelta y camina hacia la salida con grandes zancadas.

Yo me quedo mirando su espalda, deseando que se detenga, que se dé la vuelta.

No lo hace y me quedo sola, un poco perdida… imaginando sombras oscuras donde no las hay.

光

18

MARKEL

A las afueras de Tokio

31 días para el solsticio de verano

Kai tose con fuerza y Kiera lo mira sin apartar los ojos de él hasta que el ataque se detiene.

Akane recita plegarias mientras los demás escuchamos, arrodillados frente al quemador del que escapa el vapor constante, caliente y pegajoso que se me mete en los pulmones y hace que tenga la sensación de no estar tomando suficiente aire.

Su zorro negro lo observa todo desde una esquina, sin que dé la impresión de que el calor le afecte en absoluto. Entre el vapor, apenas soy capaz de atisbar sus ojillos brillantes como dos botones.

Nos ha encerrado en una pequeña sala para rituales y solo nos alumbra la luz mínima para no ser todos devorados. Unos farolillos decorados con *kanji* adornan las vigas de madera del techo y el vapor

es tan intenso que incluso los rostros que tengo a menos de un metro se desdibujan de cuando en cuando.

Kai inspira con brusquedad y se tira del borde del kimono.

—¿Falta mucho? —pregunta Kiera, interrumpiendo las plegarias de Akane.

—Ahora queda más, Amell-san —replica la Bruja, con total tranquilidad.

Kai se echa hacia atrás, hace una mueca que no es capaz de disimular y Kiera, a su lado, lo agarra por los hombros en un gesto que me descoloca.

—No puede aguantar más. Necesita un vaso de agua.

Miro a Kai de hito en hito. Lleva el pelo mal recogido en un moño del que ya han escapado varios mechones que se le pegan a la cara, tiene las mejillas encendidas y los labios un poco hinchados, y la mirada… me tiene enfrente, pero no me mira.

¿Esto se lo hace el mordisco de *oni*? ¿O será por el *amai doku*?

Akane no responde, sigue murmurando las peticiones a los *kami*, rogándoles que limpien la impureza de Kai, que liberen de paso a Kiera, que nos protejan a Neal y a mí…

Y entonces Kai se desploma en los brazos de Kiera, que lo deja con suavidad sobre el tatami, pero no se detiene ahí. Se pone de pie con rapidez y corre hacia los *fusuma* exteriores para dejar que el aire de la noche entre y arrastre el vapor.

La bruma se disipa enseguida, permitiéndome ver mejor sus rostros, y el de Kai, tirado en el suelo. Todavía consciente pero débil.

¿Qué demonios le pasa?

Me fijo mejor en él, en el revoltijo de tela sobre el que ha caído, la túnica oscura del kimono que le sienta tan bien y esos pantalones

hakama que le hacen parecer un samurái de otros tiempos. Y entonces, bajo las mangas del kimono que se han levantado un poco, las veo: vendas, en ambos brazos.

Deben de ser mordiscos de *oni.*

—Kiera… —le advierte Akane.

—Tendrá que ser sin calor. Continúa de otra forma o, si no, no quedará nada que purificar —declara, con solemnidad.

Akane parece meditarlo, pero echa un vistazo a Kai, que respira con dificultad tirado en el tatami, y acaba asintiendo.

—Traeré un poco de agua —cede por fin.

Cuando regresa, han de erguir a Kai entre las dos.

Neal asiste al espectáculo tan callado como yo. No sé si es que no tiene nada que decir o si también está intentando comprender qué pasa.

—Esto no se lo ha hecho el mordisco de un *oni* —declara entonces la Bruja—. Quiero ver la herida.

Kai tira de las vendas de su brazo izquierdo y revela las marcas de unos dientes que se cierran sobre su antebrazo. Tiene las venas ennegrecidas alrededor, pero la herida parece estar cerrándose.

—Enséñame la otra —pide.

Como si entendiera, el zorro negro de la Bruja se acerca para observar también, con las orejas tensas y la cola de punta blanca meneándose tras él.

Kiera es la primera en abrir la boca, pero no dice nada. Se limita a mirar a Kai con intensidad, hasta que es él quien responde.

—¿Dos por uno, Akane? ¿Desde cuándo eres tan generosa purificando heridas? No te preocupes, la otra no me la hizo un *oni.*

La Bruja, que se ha arrodillado al otro lado de Kai, lo observa

detenidamente. Debe de estar evaluando los ojos enrojecidos y las ojeras, y el cansancio que tira hacia bajo de sus hombros…

—¿Quién te la hizo?

Kiera aparta la mirada y eso me confirma que ocurre algo extraño, y puede que preocupante.

Akane se da cuenta de la reacción de Kiera.

—¿Quién te la hizo, Kai? —insiste.

—Uno de los hombres de Nomura —responde, con pereza, y se baja la manga para cubrirse de nuevo las vendas.

—¿Te hirieron en algún otro sitio? —pregunta—. Antes de que lo digas, no es generosidad, sino puro interés. No podrás ayudar a nadie en tu estado.

—Todavía no puede, pero podrá —declara Kiera y, entonces, toma aire—. Sufrió un paro cardíaco hace apenas dos días.

—¿Qué? —se me escapa.

Kai me mira.

Clava los ojos azules en mí un segundo que se me antoja eterno y vuelvo a odiarme por ser tan transparente cuando se supone que no debería importarme nada.

Estoy aquí por Japón, no por él.

—¿Un paro? —inquiere la Bruja y estrecha los ojos.

Kai bufa, como si la inquietud le pareciera excesiva.

—Por eso está débil —contesta Kiera—. Necesita reposo, pero en unos días…

—¿Cómo sufrió un paro? —la interrumpo yo. Todos me miran esta vez—. ¿Fue por el *amai doku*?

Kai se pasa la lengua por el labio inferior con lentitud, pero no parece tener intención de responder.

—¿Es que es un puto yonqui? —pregunta Neal, levantando el tono de voz.

También él lleva un kimono. Tiene el rostro empapado en sudor, como todos, y varias gotitas le caen por el cuello.

En él no hay ni rastro de preocupación, solo un ceño fruncido muy crítico.

—No. No lo es —contesta Kiera con una ferocidad que me sorprende un poco, creo que también al propio Kai—. Ya no. Se está limpiando y está débil, pero en unos días podrá ayudarnos.

—No tenemos días, Kiera. El solsticio es en un mes —replica Neal con brusquedad.

Ambos se sostienen la mirada y es ella quien la acaba apartando para centrarse en Akane.

—Solo necesita tiempo… y que tú lo purifiques. Mientras tanto nos organizaremos, yo ayudaré con los *oni*. Él me ha estado entrenando.

A Kai se le escapa una carcajada corta y seca cuando lo escucha y Kiera lo fulmina con la mirada.

—Para cuando lo necesitemos de verdad estará recuperado —asegura, ignorando esa risa.

Akane le dedica una ceja arqueada.

—Fresco como una lechuga —responde Kai sin mucho humor.

—Estaba dispuesto a colaborar con él porque necesitamos sus habilidades de matademonios —declara Neal, con dureza—. Pero ahora me entero de que además de ser un asesino de mierda es un yonqui. ¿De qué nos sirve?

—No es un asesino —replica Kiera, con rotundidad—. No quería matar a Anna. Hizo lo que hizo porque no tuvo más remedio.

La sola mención me revuelve el estómago.

Anna…

Puedo imaginar cómo me miraría si supiera que estoy aquí, con él.

No le conté la verdad. No toda, al menos. Le dije que Neal me necesitaba para dar con Kiera y que yo ya no aguantaba más sin hacer nada… y le pedí que cuidara de Hikari.

También pensar en él hace que me pesen un poco más los hombros.

Primero me miró con cierto temor y luego agarró su novela gráfica, hundió el rostro en ella y me aseguró de muy mal humor que le daba completamente igual lo que hiciera.

Seguro que ambos me mirarían ahora de forma parecida.

—Bueno, en realidad, sí que soy un asesino de mierda —interviene entonces Kai, con una sonrisa perezosa—. No maté a Anna, pero he matado a muchos otros inocentes.

—¡Kai! —ladra Kiera, volviéndose con brusquedad hacia él—. ¡Basta ya!

Neal también se mueve y Kiera reacciona al gesto, tensándose, lista para levantarse. ¿Es que cree que va a tener que interponerse físicamente?

Kai no parece dispuesto a moverse siquiera. Se limita a recostarse en el tatami, medio tirado, con las telas del kimono y los *hakama* revueltos a su alrededor, el cabello despeinado y una sonrisilla amarga en los labios.

—Me encargaron matar a la aviadora —declara. Tiene la voz un poco pastosa—. Las órdenes me llegaron a través del señor Nomura, pero procedían de Raine Andrews, igual que las recibidas por el soldado aquel que casi se carga a Kiera. —Hace un gesto y la señala con la cabeza sin dejar de mirar a Neal, al que parece retar con esos

ojos que no albergan miedo, no ahora—. Bajo otras circunstancias podría haber sido al revés perfectamente. A Kiera no la conocía como a Anna, así que supongo que la historia habría sido muy diferente si el encargo hubiera sido matarla a ella.

Kiera lo mira antes de volverse rápidamente hacia Neal.

—Kai, es suficiente —insiste, mosqueada.

—¡Pero es verdad! —replica él, jovial—. El capitán debe saberlo y tú también, por nuestra relación… para que sea sincera. —Se lleva la mano al pecho y finge un mohín con los labios—. Tuve tantos reparos con Anna porque tenía un pasado con ella. Si me hubieran encargado matar a un soldado del Skytree cualquiera… te habría atravesado el pecho con mi katana sin dudar. O quizá ni siquiera me habría asegurado de hacerlo rápido. Te habría rajado la garganta y…

Clic.

Todo ocurre a la vez y tan deprisa que tardo un rato en procesarlo.

Neal se levanta con brusquedad y lo hace con su arma desenfundada y apuntado a Kai.

Kiera se pone en pie también y alza las manos como si así pudiera frenarlo.

Y Kai… Kai se echa a reír.

Yo me quedo donde estoy, sin saber qué hacer, hasta que Kai se serena y le dice a Neal:

—¿Tienes ganas de apretar el gatillo?

—No me tientes, Inoue.

—Creía que había dicho que las armas se quedaban fuera de la sala de ritos —interviene Akane, con la voz templada pero severa.

También ella se ha puesto en pie y observa a Neal con prudencia.

—¿Con un asesino suelto por aquí? Discúlpame, Akane, pero la

seguridad va antes que el respeto por los *kami.*

La Bruja no responde. Se limita a observarlo con gravedad, claramente molesta.

—¿Es que te cuesta decidirte, capitán Kellum? —lo provoca entonces Kai. No deben saber que, en realidad, ha sido ascendido a comandante… aunque si está aquí quizá signifique que ha renunciado al cargo—. ¿Qué más necesitas saber? ¿Quieres que te diga si volvería a matar a algún inocente por mi hermano… a alguno de los *vuestros*? Creo que ya sabes la respuesta.

—¡Kai, cierra la puta boca! —exclama Kiera, y acto seguido se vuelve hacia Neal—. Y tú, baja eso. Solo te está provocando para ver si disparas.

—Quizá se sorprenda con el resultado —opina Neal, que no flaquea con el arma en alto.

Me entran ganas de vomitar.

Kai enarca las cejas. No se asusta ni un poquito y yo me pregunto si es fachada o si realmente está tan seguro de que diga lo que diga Neal no apretará el gatillo.

O, tal vez, tal vez no le importe que lo haga…

Kai abre la boca, pero no llega a responder.

—¡Cállate! —escupe Kiera—. Neal no te va a disparar, pero lo estás cabreando y eso solo hará las cosas más complicadas.

—No voy a disparar —le asegura Neal, con un tono cortante—. Pero sí puedo detenerlo y hacer que la Emperatriz vuelva a encerrarlo.

—¿Crees que podrías pararme sin disparar una bala? —lo interroga Kai, encantado—. ¿Podrías hacerlo antes de que le partiera el cuello?

Hace un gesto hacia Kiera, que es la que más cerca tiene, y se me hiela la sangre.

Eso provoca algo: en Akane, que inspira con fuerza a pesar de que intenta parecer imperturbable; en Neal, que flexiona los nudillos alrededor de su arma; y en Kiera, que aprieta la mandíbula.

No le dice nada. Esta vez no.

En su lugar, echa a andar hacia Neal, salva rápido la distancia que los separa y apoya una mano sobre el cañón del arma.

Me doy cuenta de que Kellum traga saliva, incómodo, cuando ve a Kiera en la trayectoria de una bala. Acaba bajando lentamente el brazo.

—Basta ya. —Hay algo denso entre los dos cuando posa una mano sobre la del soldado y ambos se miran a los ojos hasta que aparta el arma—. Nadie te ha pedido que vinieras. Si estás aquí es porque estás de acuerdo con lo que queremos hacer, y si eso no encaja con tu moralidad sabes dónde está la puerta.

Los dos se sostienen la mirada sin que ninguno vacile.

Neal no dice nada. No pide disculpas. No hace promesas.

Pero guarda el arma.

Kiera suelta el aire que había estado conteniendo y regresa junto a Kai. Esta vez, se sienta aún más cerca y al hacerlo le da un fuerte codazo en las costillas.

—No seas idiota —masculla, entre dientes.

—Es que se pone tan mono cuando te amenazan…

Kai mira a Neal y este se abstiene de responder antes de sentarse.

—Kellum-sama —lo llama Akane, con dulzura, y le tiende la mano —. El arma.

Él duda, pero acaba entregándosela.

Tratándose de esos dos, sin embargo, no me extrañaría que se mataran con sus propias manos.

Miro a Kai.

Sé que él sería perfectamente capaz, pero algo me dice que ni siquiera se defendería.

Y me pregunto por qué.

Akane termina con el ritual como puede, sin el vapor sofocante que sale del quemador, sin que Neal cierre los ojos mientras recita sus plegarias…

No hay despedidas cuando cada uno se marcha por su lado, camino de sus aposentos a través de las pasarelas iluminadas en la noche.

Yo los veo marchar a todos sin saber bien qué hacer. Me obligo a moverme hasta mi puerta pero no la cruzo. Me quedo ahí plantado, en la pasarela exterior, observando la puerta de Kai al otro lado del patio.

Un árbol, un arce japonés, crece en el centro. La brisa nocturna agita sus ramas frondosas y le arranca un susurro a las hojas que en esta época del año son verdes.

La luz del dormitorio de Kai es un destello dorado tras los paneles de papel.

Y no me lo pienso mucho. Procuro no hacerlo porque, de lo contrario, no avanzaría más de dos pasos.

Recorro la pasarela y no llamo antes de descorrer el *fusuma.*

Kai se gira hacia mí sobresaltado y se agacha un poco para agarrar la katana que descansaba en una mesita baja.

Estaba desnudándose. Es evidente por la túnica suelta del kimono, la tela cayendo de sus fuertes hombros y el pecho descubierto hasta

el estómago.

Trago saliva.

Paso dentro y cierro la puerta a mi espalda.

Kai deja la katana donde estaba y se yergue muy despacio. No se acomoda la ropa. La deja así, sin pudor. Alza el mentón y me contempla con curiosidad, sin una palabra, esperando que sea yo quien hable.

Tardo un rato en encontrar el valor.

—¿Cómo te dio un infarto?

Enarca mucho las cejas, como si no se hubiera esperado esa pregunta, como si no fuera siquiera digna de ser realizada.

—No lo sé, Markel. No soy médico.

Aprieto los nudillos.

—Kiera ha dicho que has dejado el *amai doku*. ¿Es verdad?

Ladea la cabeza y me contempla unos segundos que se me hacen muy largos aquí a solas con él.

—Me lo ha quitado ella. Me ha *obligado.*

—A ti no se te puede obligar a nada.

Kai sonríe de medio lado y me da la espalda para deshacerse del kimono con movimientos elegantes y despreocupados y quedarse solo con los pantalones *hakama.*

Así de espaldas tengo un vistazo perfecto de sus tatuajes, de la máscara *mengu* gigantesca entre las nubes que bajan más allá de la cinturilla de sus pantalones, hasta que se gira y sobre la piel dorada de su torso veo las líneas negras que trazan un tigre imponente entre peonías. Sobre ese corazón que ahora sé que se ha parado, la palabra *luz*: Hikari.

Los tatuajes de ambos brazos se ven interrumpidos por las vendas.

—¿Qué haces aquí, Markel? —pregunta, con cierto deje cansado.

—He venido a ayudar.

Kai vuelve a sonreír. No parece una sonrisa de verdad. No como las que le he visto esbozar alguna vez, antes de que todo esto estallara.

O quizá tampoco aquellas sonrisas fueran de verdad.

Me lo he preguntado mucho durante estos días; si se acercó a mí para matar a Anna, si todo lo que hizo fue parte de una actuación… Nunca llego a una conclusión, porque el pecho me duele tanto que me obligo a parar antes.

—¿Cómo me vas a ayudar en este cuarto? —inquiere, bajando mucho el tono de voz.

Trago saliva y me preparo para responder con aplomo, porque sé que pretende amedrentarme, pero no me da tiempo.

—Márchate, Markel. Cuando amanezca lárgate de vuelta al Palacio. Aquí no se te ha perdido nada.

Ese tono cortante, el frío azul de sus ojos, me sientan como un puñetazo en el estómago.

Inspiro con fuerza.

—¿Fue todo mentira? —inquiero. Kai ladea la cabeza—. ¿Algo de lo que ocurrió entre los dos fue real o todo lo hiciste para acercarte a Anna?

Entrecierra un poco los ojos y la mirada se le oscurece cuando responde, con voz ronca:

—Todo lo hago siempre por algún motivo, pero algunas de las cosas que te hice a ti las hice *muy* a gusto. —Baja la mirada por mi cuerpo—. ¿Por qué? ¿Quieres repetir?

Su tono pasa del frío más absoluto al calor de una provocación

descarada, pero nada de lo que dice se refleja en esos ojos que parecen tan exhaustos y tristes.

Contengo el aliento.

Debería sentirme ofendido, molesto, dolido… Sin embargo, es algo diferente lo que me acelera el pulso.

—¿A cambio de qué?

No sé de dónde me sale la voz.

Kai arquea mucho las cejas.

—¿Qué quieres decir?

—Todo lo haces por algo, ¿no? ¿Qué querrías para volver a meterte en mi cama?

Kai parpadea dos veces, muy lentamente.

Yo procuro respirar con normalidad, que no note lo nervioso que me pone este farol.

—No juegues conmigo, Markel —ronronea, con voz queda—. Casi siempre gano y, cuando no, no soy buen perdedor.

Se me saca la garganta, pero me obligo a dar un paso adelante.

Kai lo nota. Ve la vacilación en mis pies, la forma en la que contengo la respiración, y algo se enciende en su mirada cuando echa a andar hacia mí, obligándome a detenerme.

Se para a un palmo de distancia, tan cerca que siento el calor que emana de su cuerpo casi desnudo.

—No me provoques. Me he cansado de fingir que soy un buen chico. Y si no sales ya de esta habitación no respondo de mis actos.

Me imagino quedándome, confrontándolo hasta que me diga la verdad: sobre las heridas, sobre su corazón enfermo, sobre *nosotros*.

Me imagino también que Kai cumple su amenaza y me obliga a seguir con el farol hasta sus últimas consecuencias.

En un rincón de mi mente dejo que se acerque. Permito que me alce el mentón con los dedos. Le doy permiso para besarme. En un rincón prohibido tomo más, le pido más. Y nada me parece suficiente mientras nos desnudamos el uno al otro y Kai me toca con esas palmas rasposas y me trata con la brusquedad que promete y que no debería encenderme tanto.

Pero una parte más sensata, la misma que recuerda lo que le hizo a Anna, me obliga a dar un paso atrás y después otro, para abandonar los aposentos de Kai, que me ve marchar hasta que desaparezco.

Siento sus ojos en mi espalda hasta el final y una parte peligrosa de mí desea que no me deje marchar, que se porte *mal.*

No lo hace.



19

NEAL

A las afueras de Tokio

28 días para el solsticio de verano

Las últimas luces de la noche se han suavizado, y ahora a través del papel opaco de los *fusuma* solo se advierte el resplandor dorado que ha de perdurar hasta el amanecer para que las anomalías no nos destrocen.

A pesar del agotamiento soy incapaz de dormir. Por eso advierto la sombra que se desliza en la noche, un paso silencioso tras otro, a través del corredor iluminado que bordea toda la casa… hasta que unos dedos gráciles retiran la puerta y la sombra se desliza en el interior del cuarto.

Aguardo sin moverme. A pesar de estar en un lugar desconocido, durmiendo pared con pared con un asesino, no me preocupa porque sé perfectamente quién es.

Por eso espero a que cierre la puerta y se acerque, y la siento caminar muy despacio. Debe de estar descalza porque apenas oigo sus movimientos livianos rodeando el futón y aproximándose a mí por la espalda. Si no hubiera estado despierto tal vez lo habría conseguido. Qué mala suerte para ella.

Procuro no alterar mi respiración y continuar con bocanadas superficiales y tranquilas hasta que noto algo cerniéndose sobre mí y, entonces, me giro con brusquedad y alargo la mano a tiempo de cazar la suya antes de que me toque.

Kiera me taladra con sus ojos azules iluminados por la sorpresa, como si de verdad hubiera esperado tomarme desprevenido. Durante un largo segundo nos sostenemos la mirada a un palmo de distancia y entonces, cuando siento resistencia en su muñeca, tiro de ella con fuerza.

Soy tan brusco que no le doy una oportunidad.

La agarro, deslizo el brazo tras su cintura y la coloco sobre mi regazo.

La forma en la que me mira, entre combativa y molesta, me hace sonreír, y eso la irrita aún más.

Bien. Se lo merece.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunto y la voz me sale ronca.

Kiera lleva el pelo cobrizo suelto. Le cae sobre los hombros, brillante y liso, y un poco húmedo en las puntas. Debe de haberse dado un baño después de la sesión ritual. Sus ojos vuelan de los míos a algún lugar por encima de mi hombro y no entiendo qué busca.

—Necesitaba hablar —responde; también a ella le sale la voz un

poco grave y carraspea.

—Para hablar es necesario que las dos partes estén conscientes —replico, sin mudar mi expresión—. Y tú te estabas esforzando mucho por no despertarme.

Kiera se muerde el labio inferior, contrariada. Aunque siga enfadado y sepa que miente, me lo está poniendo muy difícil para no echarme a reír.

—¿Y bien? —insisto, solo para ponerla aún más nerviosa.

Kiera suspira y hace amago de levantarse, pero yo hago más fuerza en su muñeca y le apoyo una mano en la cadera, provocando una mirada incendiaria.

—¿Dejas que me siente bien?

—Yo te veo muy bien sentada —replico—. Y yo estoy bastante cómodo así.

Mentira. Kiera se está moviendo en mi regazo de una forma que me está despertando en todos los sentidos, pero aún no se ha dado cuenta y, además, resulta que me encanta la forma en la que me mira.

Deja escapar un sonoro resoplido, sus hombros se hunden un poco, como si se hubiera rendido, y de pronto siento todo su peso sobre mí y sus caderas encajando sobre las mías.

Mierda.

—Quería ver cómo estaba la cicatriz —reconoce, de pronto, y cuando sus ojos vuelven a escudriñar por encima de mi hombro su mirada toma otro significado.

—Podrías habérmelo preguntado.

Kiera traga saliva de forma visible.

Le veo pelearse con las palabras y las posibilidades, y aunque

intento mantenerme firme, al final, no lo soporto.

Giro un poco el rostro, concediéndole acceso, y dejo que vea el lugar de la cicatriz de la operación.

Sus ojos azules se abren de pronto, se le dilatan las pupilas y se echa adelante.

Siento el roce de sus dedos contra la piel y el pelo rapado que ya ha comenzado a crecer alrededor. Aún está sensible y su tacto, aunque es suave como la caricia de una pluma, resulta ligeramente doloroso.

Por el rabillo del ojo le veo inspeccionarla con ojo clínico, que enseguida se transforma en algo diferente.

—¿Secuelas? —pregunta, con voz ahogada.

—Sí —respondo.

Kiera ahoga una exclamación.

—¿Cuáles? —murmura, apenas sin voz.

—Molestas visitas nocturnas para mirarme mientras duermo.

Tarda un rato en entender que bromeo, y cuando lo hace la tensión le abandona el cuerpo y está a punto de pegarme, pero al final baja la mano y la deja sobre su regazo.

Bien, porque no sé cómo habría reaccionado mi cuerpo si la hubiera dejado sobre el mío.

—Estoy bien. Tuve dolores de cabeza un tiempo y me encontraba débil al principio, pero salvo cansancio y algunas agujetas por haberme pasado días en cama… Estoy perfectamente. También se me han curado las costillas.

Cierra los ojos unos segundos.

—Es un alivio… —susurra y echa un vistazo a su espalda—. Debería irme. Mañana tendremos que tomar decisiones importantes

y es mejor que ambos intentemos dormir algo si queremos…

Antes de que pueda levantarse, rodeo su cadera y le subo la mano por la espalda.

—Quédate —le ruego—. Tú has hecho tus preguntas, ahora me toca a mí.

—Neal…

—Kiera —respondo, y vuelvo a bajar la mano por su espalda para deslizarla bajo la camiseta.

Necesito sentir su piel.

Ella contiene el aliento, pero no se aparta, no me pide que pare y yo prolongo la caricia disfrutando del calor que desprende.

—¿Cómo estás tú? —inquiero, en apenas un susurro, y ella parece sorprendida, pero yo no he tenido que pensar mucho lo que quería saber.

—Bien —contesta, distraída. No es capaz de sostenerme la mirada, y me doy cuenta de que está pendiente de mis dedos, pero yo me porto bien y mantengo inocente la caricia.

—Sé que puedes andar perfectamente —le digo, eligiendo las palabras con mucho cuidado—. Sé también que no te cuesta respirar. ¿No tienes secuelas? ¿No notas *nada*?

Mueve la cabeza despacio.

—Salí de ese cuarto oscuro sin un solo rasguño —confiesa.

Asiento y al subir la mano por su espalda me doy cuenta de que no lleva sujetador. La miro a los ojos y de alguna forma creo que es consciente de lo que estoy pensando, porque veo un rubor levísimo en sus mejillas.

—Una respuesta sincera a cambio de otra, ¿no? —tantea, para mi sorpresa.

No me lo pienso.

—Sí.

Noto a través de los dedos cómo deja de respirar.

—¿Por qué apagaste la luz?

Siento la urgencia en sus ojos azules y el miedo en la garganta y en la línea apretada de sus labios, y sé que no debo dilatar la respuesta.

Intento no dar margen a la duda y que no pueda cuestionar mi sinceridad.

—Porque en tu primera misión en los túneles sobreviviste a un encuentro con anomalías; porque cuando Linus Edwards te disparó a un par de metros de distancia no te atravesó bala alguna, pero tu piel sí reaccionó como si algo la hubiera alcanzado; porque el día que llegamos a Palacio y tuviste que cruzar un túnel oscuro se te curaron todas las heridas de pronto; porque Aya y Mitsuki me acababan de enseñar cómo había quedado el Scorpion V en el que te *estrellaste.*

Siento cómo inspira con fuerza.

—¿Y?

Quiere oírmelo decir.

—Y pensé que la oscuridad tiene algo que te protege.

—Podrías haber muerto —me dice, con voz rota.

—De no haberlo intentado tu muerte habría sido una certeza, no una posibilidad —replico, sin dudar, y aguardo unos segundos en los que no aparta los ojos de los míos—. Una respuesta sincera por otra. ¿Por qué no me pediste tú misma que te llevara a un lugar oscuro para salvarte?

Kiera abre tanto los ojos que resulta imposible pensar que finge su respuesta.

—Porque no sabía lo que pasaría.

—¿De verdad?

—No te miento —replica, con rapidez, y se lleva la mano al pecho —. Igual que tú, me había dado cuenta de todas esas cosas, pero no tenía explicación ni respuestas… ¡Aún no las tengo!

—De acuerdo. —Dejo la palma de la mano abierta sobre su espalda y la acerco más a mí mientras le suelto la muñeca y deslizo la mano libre por su antebrazo y luego más arriba, en una pasada lenta—. Está bien.

—¿Cómo va a estar bien, Neal? Sé lo que parece. Soy muy consciente de la pinta que tiene esto. El tema de mi muerte inminente revertida por la oscuridad ya es bastante perturbador, pero lo que no me quito de la cabeza es el disparo de Edwards. —Se muerde el labio inferior tan fuerte que se le hincha un poco—. Seguro que tú también te has dado cuenta de que las armas del Skytree tienen un selector: munición real para personas; luz para anomalías. —Se le salta una lágrima que resbala con rabia por su mejilla—. Ese día el puto selector me disparó luz, y me hizo *daño.* ¿Qué mierda significa eso?

Se me parte el alma al verla así y todo el cuerpo me pide que tire de ella, que la estreche con fuerza entre los brazos y le prometa que todo va a ir bien, pero la conozco lo suficiente como para saber que una promesa ingenua y vacía, ahora mismo, me haría perderla de nuevo.

Así que me esfuerzo por no moverme, apretar la mandíbula y contestar con honestidad:

—No lo sé, pero te decía la verdad cuando te juré que no me importa. Cualquier cosa que te traiga de vuelta a mí cuando no queda más esperanza es un regalo —le aseguro, con rotundidad, y le

poso una mano en la mejilla al ver que cierra los ojos—. Kiera, estamos *vivos* y me importa una mierda si es gracias a los *kami*, a la suerte o a las putas anomalías.

De pronto me besa.

Es tan repentino que me mueve un poco hacia atrás y estoy a punto de caer. Tengo que apoyarme en el suelo, pero en cuanto recupero el equilibrio vuelvo a rodearle la nuca con la mano para mantenerla presa contra mis labios.

No pienso dejarla ir ahora.

Kiera desliza los brazos por mi cuello, se deja caer contra mí en un arrebato y yo la estrecho con fuerza mientras un beso torpe e improvisado se convierte en algo más meditado.

Me muerde el labio inferior y antes de que pueda reaccionar siento su lengua recorriéndolo con suavidad, pidiendo entrar.

No hay tregua.

Tiro hacia atrás de su pelo y me trago un gemido de sus labios cuando profundizo el beso y sé, por cómo mueve las caderas, lo mucho que esto le gusta.

Nos enredamos en un beso largo, en caricias ávidas que me hacen perder roce a roce la cabeza. Le beso el cuello y le meto las manos por debajo de la camiseta.

Era cierto que no llevaba sujetador.

Soy tremendamente egoísta cuando le rodeo el pecho con las manos y deslizo los pulgares por sus pezones, pero ella no debe darse cuenta, porque se aparta de mí para echar la cabeza hacia atrás y emitir un gemido muy suave que se me clava en el pecho y acciona algo oscuro en mí.

—Joder… —murmuro, un segundo antes de que Kiera ahogue mi

voz con un beso que me deja sin aliento.

Desciende las manos por mi pecho y he de soltarla cuando me agarra del borde de la camisa y tira de ella.

La forma en la que me mira me inflaría el ego si yo no estuviera mirándola igual, completamente perdido en esos labios hinchados, en los ojos anhelantes, en ese cuerpo que se mueve de forma sutil sobre el mío, apenas un roce comparado con lo que quiero hacerle.

Por Dios…

La beso en el instante en que sus manos bajan hasta la cinturilla del pantalón de chándal y en cuanto recorre con los dedos la dureza de lo que me ha provocado detengo el beso, la agarro de la cintura y le doy la vuelta para tumbarla sobre las mantas.

Kiera deja escapar un grito ahogado y yo me llevo un dedo a los labios.

No debería encenderme tanto el rubor que se extiende por sus mejillas, pero aquí estoy, frente a ella, con una rodilla entre sus piernas, un brazo a cada lado de la cabeza e intenciones tan malas que no sé ni por dónde empezar.

La agarro del mentón y la beso casi con desesperación. Kiera me rodea el cuello con las manos, las desliza por mis hombros y tira de mí al tiempo que mueve las caderas para acomodarme y la presión me hace perder un poco la cabeza.

Le meto la mano bajo la camiseta y al deslizarle de nuevo el pulgar sobre el pezón Kiera emite un ruidito que me hace desear repetirlo enseguida, pero en lugar de eso me aparto y disfruto de la forma en la que me mira, a punto de rogarme que vuelva a ella.

Sonrío sin poder evitarlo y le agarro la cintura, tan estrecha entre mis manos, antes de subirle la camiseta muy despacio, por si aún

quisiera frenar esto.

—¿Sigo? —pregunto, en voz baja.

—Neal… —protesta, y mueve las caderas buscando de nuevo mi contacto.

Me trago una risa que suena demasiado ronca y entonces, cuando estoy a punto de quitarle la camiseta, Kiera apoya una mano sobre las mías.

—No tengo condón.

—Oh. —Me cuesta un rato procesarlo—. No me preocupa.

Kiera arquea las cejas y tengo que volver a ahogar una risa.

—Quiero hacerte muchas cosas. Empezaré por las que no requieren condón.

Me gusta verla así. Me gusta esa reacción, la forma en la que se encoge un poco y se mueve debajo de mí, expectante y, por una vez, sin palabras.

Estoy preparado para quitarle la camiseta, bajarle los pantalones y provocarla hasta que no pueda más, se retuerza entre mis manos y ruegue usando mi nombre. Para lo que no estoy listo es para sus dedos tanteando sobre la cinturilla de mis pantalones y deslizándose después dentro, hasta agarrármela.

Inspiro con fuerza.

Kiera sonríe y vuelve a mover los dedos ejerciendo una presión deliciosa.

—Para —le advierto, con la voz más ronca de lo que pretendía—. Deja que me concentre en ti.

A ella se le escapa una risa que me hace querer comérmela enterita.

Dios mío… Esta mujer va a ser mi perdición.

—¿No me digas que el solícito soldado Kellum no sabe hacer dos

cosas al mismo tiempo?

—*Capitán* Kellum para ti —le digo, contra los labios, con un aplomo que se esfuma en cuanto vuelve a deslizar la mano abajo y arriba, en una caricia meditada y certera que me hace besarla con fervor.

Supongo que no me apetece sacar el tema de la comandancia ahora. De todas formas, ¿cuántas misiones hice en el cargo antes de huir del Palacio Imperial?

Kiera gime contra mi boca sin detenerse y yo pierdo la razón. Devoro sus labios y bajo después por su cuello antes de quitarle la camiseta, pero en cuanto lo hago advierto que tiene un golpe en el hombro y me detengo.

—¿Qué te ha pasado ahí?

—Nada —asegura, con rapidez—. Ya no duele.

No se mueve como si le doliera, así que debo creerla, y para cuando bajo los ojos hasta el tatuaje que le bordea el pecho izquierdo, ella vuelve a tocarme.

Me inclino sobre su cuerpo y le lamo el pezón. Pierdo completamente el rumbo y no sé ni qué estoy haciendo cuando de pronto comprendo que si sigue así voy a correrme.

Busco toda la fuerza de voluntad que me queda, le agarro la muñeca y le sujeto las manos por encima de la cabeza antes de ordenar, con firmeza:

—Estate quieta.

Esta vez no se ríe y esa mirada oscurecida por el deseo me gusta aún más.

No le doy tiempo a rebelarse. Le agarro la cinturilla de los pantalones y tiro de ella.

—Levanta el culo.

Kiera obedece, le quito los pantalones y antes de que pueda decir nada hundo los dedos bajo su ropa interior.

Se muerde los labios, echa la cabeza hacia atrás y a mí me encanta que reaccione así a una sola caricia.

Ahora me toca a mí hacer que pierda el control.

—Creo que Kai tiene condones —jadea y siento cómo se revuelve un poco para levantarse.

Le apoyo una mano en el hombro ileso y la devuelvo al suelo.

—Quieta.

—Es que te quiero dentro. Ahora —murmura y esa cadencia necesitada está a punto de convencerme.

Pero no cedo al impulso.

Hundo un dedo en su interior y Kiera ahoga una maldición.

—¿Así?

—No, ni por asomo… —protesta y sé que va a insistir cuando le meto un segundo dedo—. Neal…

Se retuerce entre mis manos y yo me siento tan indecente como para ir a pedirle ese condón a Kai yo mismo.

Pero no lo hago.

Empiezo a trazar círculos con el pulgar mientras sigo dentro de ella y Kiera mueve las caderas contra mi mano, incapaz de contenerse. Sigo tocándola, disfrutando de la forma en la que se arquea contra mí y se muerde el labio inferior para ahogar un gemido que no se puede disimular y, entonces, cuando tampoco yo aguanto más le saco los dedos.

Ella echa la cabeza hacia atrás, jadeante, pero no he terminado. Le agarro las bragas del borde y se las bajo por los muslos mientras le

acaricio la piel. Se las saco por los tobillos, las aparto a un lado y vuelvo a recorrer con mis manos el mismo camino a la inversa.

Cómo me gustan estas piernas.

Le agarro una rodilla, se la doblo ante su atenta mirada y me inclino sobre ella para devorarla.

Oigo algo que suena como una maldición y un ruego y apenas he empezado cuando siento cómo se tensa bajo mis manos y he de bajar el ritmo.

Me aparto lo suficiente para mirarla a los ojos y ver en los suyos que está completamente rendida.

—Aguántame un poco más —le ordeno.

Kiera suelta un quejido.

Y entonces la provoco. Me deleito con la forma en la que alza las caderas, tensa los muslos que tengo entre las manos o gime, y cuando enreda los dedos en mi pelo yo ya he aprendido cómo le gusta.

—Neal, por favor… —suplica, y la forma en la que me tira con suavidad del pelo me enciende tanto que no me reconozco.

Lamo con lentitud y le doy un mordisco muy suave y meditado que hace que se retuerza bajo mi cuerpo y cuando sé que ha llegado al límite, sigo hasta que noto cómo se corre.

—Neal… —murmura entre gemidos.

Y yo me adapto al ritmo más suave que exige su respiración agitada, los quejidos entrecortados y esos músculos que se quedan blandos.

Cuando me incorporo, me paso el pulgar por los labios y la admiro detenidamente: el pelo castaño desparramado por la almohada, un reflejo de la luz suave de la habitación en el brillo de sus ojos azules

oscurecidos por el deseo, los pómulos encendidos, los labios que me muero por volver a besar rojos e hinchados…

Se incorpora sobre los codos con una sonrisa entre vacilante y divertida. Dejo que me alcance, deslice la mano por mis pantalones y me la agarre con suavidad, pero apenas una caricia después vuelvo a inclinarme sobre ella y la empujo hasta que acaba de espaldas, desorientada y jadeante todavía.

—Te he pedido que aguantaras —le digo, usando un tono que sé que en otro contexto la cabrearía—. No he terminado contigo.

Esta vez no hay caricias tentativas. Deslizo el dedo corazón y el anular en su interior y suelta una palabrota que me hace reír. Se resiste un poco, todavía sensible, pero pronto el deseo vuelve a adueñarse de ella, que tira de mis hombros, me enreda los dedos en el pelo y vuelve a agarrármela haciendo que sea muy difícil mantener el control.

Cuando noto cómo se le acelera el pulso, su respiración se vuelve más jadeante y siento el temblor de sus piernas, yo ya estoy al límite.

Me inclino sobre ella, a un palmo de sus labios.

—¿Puedo correrme encima de ti?

Kiera me mira de tal manera que estoy a punto de hacerlo.

Joder.

—Puedes correrte donde quieras —jadea y suelta un quejido que me trago en un beso profundo, poco meditado y torpe que, sin embargo, le gusta tanto como para hacer que se precipite al abismo una segunda vez.

Es todo cuanto necesito para abandonarme al placer también y me corro encima de ella.

Me desplomo, exhausto, feliz y un poco incrédulo mientras la

sangre me vuelve a la cabeza y soy consciente de cuánto he perdido la razón y de cuánto *más* podría hacerlo.

Me levanto para buscar algo con lo que limpiarnos, pero no la dejo sola mucho tiempo.

Me recuesto a su lado, con la cabeza apoyada en el brazo, y la miro mientras se estira cuan larga es, dobla la rodilla y levanta esa pierna que pienso ponerme en los hombros la próxima vez.

Kiera me devuelve la mirada sin decir nada y mis ojos vuelan al tatuaje que antes no he podido apreciar, a esa ramita de lavanda que le rodea el pecho izquierdo, delicada y sutil, antes de que mis dedos recorran el mismo camino.

Noto cómo se le eriza el vello ante mi tacto.

—Kiera Amell sin palabras —susurro—. ¿Me lo tomo como un cumplido?

Ella suelta una risa suave, que suena limpia y dichosa, y siento que podría morir feliz ahora mismo.

—No ha sido como había imaginado.

Arqueo una ceja. No dejo de rozarle la piel.

—¿Te lo has imaginado mucho? —pregunto, aunque no puedo evitar que me asalte una punzada de preocupación. Espero hasta que sonríe y procuro sonar divertido—. ¿Cómo te lo habías imaginado?

—Te creía más… mandón.

—He intentado portarme bien —replico.

Ella se echa a reír y sacude con ligereza la cabeza antes de apoyarme una mano en el pecho. Dejo que me empuje hacia atrás, hasta que acabo tumbado en el futón.

Kiera me mira desde arriba y su pelo me hace cosquillas en el cuello.

—También pensaba que serías mucho más serio, y jamás te habría imaginado diciendo las cosas que has dicho… y mucho menos haciéndolas. —Se muerde el labio inferior—. Es una caja de sorpresas, *capitán.*

Nada debería ponerme tan rápido de nuevo, pero ese tono insolente va a ser mi ruina y perdición.

Dejo escapar una carcajada y me aparto el pelo de la frente.

—También ha sido una sorpresa para mí —contesto, y aunque ella sonríe no estoy mintiendo, no del todo.

Lo fácil que pierdo el control con ella y lo mucho que me gusta… todo eso es nuevo para mí. Pero no creo que sea algo físico; no solo, al menos. Creo que tiene que ver con esa necesidad que ahora me hace seguir buscando su contacto, con el calor que siento a su lado, con el hilo que me nace del pecho y me une irremediablemente a ella.

—¿A dónde has ido? —pregunta y me deposita un casto beso en la frente.

Rodeo su cintura con las manos y tiro de ella para estrecharla entre mis brazos. La calidez que me embarga es una tortura deliciosa.

—Estaba preguntándome si no habría perdido la práctica —murmuro—. Hace mucho que no hacía esto.

Kiera se ríe.

No se lo cree.

—¿Cuánto es «mucho»?

Me encojo de un hombro y ella apoya una mano en mi pecho para incorporarse ligeramente y seguir mirándome.

—Cuando me destinaron a Japón estuve tan hecho polvo que no se me ocurrió meterme en la cama de nadie durante mucho *mucho*

tiempo.

Algo en mi tono de voz, o tal vez en mi expresión, le hace ver que hablo en serio y que no busco provocarla, porque parpadea y murmura:

—Si no quieres no tienes por qué contarme…

No le dejo acabar.

—Cuando lo intenté una noche cualquiera y desperté al día siguiente en una habitación de motel sin recordar el nombre de esa mujer me di cuenta de que aquello no era para mí. ¿Y el amor? ¿A quién podría hacerle algo tan terrible? Mi vida le pertenecía al ejército y mi muerte también. No… Me olvidé de todo eso. Y me daba igual.

Kiera parpadea con lentitud y frunce ligeramente el ceño. Debe de estar haciendo cálculos.

—Solo me he acostado con una persona en estos cinco años —digo por ella—. Y ese tipo de sexo… no era para mí.

Se le dilatan un poco las pupilas, tragándose aún más el azul de sus ojos.

—¿Qué ha cambiado? —pregunta, y me doy cuenta de que le tiembla un poco la voz.

—¿De verdad tienes que preguntarme eso?

Se muerde el labio inferior, pero no hay deseo en el gesto, solo una vacilación que me inquieta y me tortura y me da un poco de rabia.

Deslizo la mano por su espalda y su cuello y siento cómo se estremece ante la caricia.

—Así que no te miento cuando te digo que todo esto también es una sorpresa para mí. Yo nunca había sido tan… —añado, y Kiera se ríe cuando no encuentro las palabras.

—¿Indecente? —termina por mí.

—No dejo de pensar en tu cuello —murmuro, y acompaño la confesión de una caricia de mis dedos que le hace cerrar los ojos—. En tu boca… Y las cosas que me imagino haciéndote son tan absurdamente obscenas que no me reconozco.

Kiera me mira con esos ojazos azules.

Su garganta se mueve al tragar saliva.

—¿Y cuál es el problema? —Hace una pausa y baja aún más el tono de voz—. Hazlas. Hazme todas esas cosas.

Vuelve a asaltarme una carcajada. Antes de conocerla habría pensado que ser feliz en una situación así sería imposible, pero ahora mismo no puedo sentirme más afortunado.

Está viva y estamos juntos.

Me inclino adelante y le rozo los labios.

—No te preocupes. Tenemos tiempo —murmuro, aunque sé que no es del todo cierto.

28 días. Quizá sea todo cuanto tengamos.

Se me hace un nudo en la garganta e inspiro con fuerza para librarme de esa opresión que me aparta de la dicha. No. Ahora mismo me niego.

—Debiste dejarme ir a buscar a Kai —responde, resuelta, y un brillo divertido se aloja en sus iris.

La agarro con suavidad del mentón.

—Hablando de eso, no quiero que su nombre vuelva a salir de estos labios mientras estés en mi cama. De hecho, creo que voy a pedirte que solo digas mi nombre.

Se echa a reír.

Y a mí me encanta ese sonido.

—Sí, capitán —se burla.

Y yo la rodeo más fuerte con los brazos. Kiera se acomoda en mi pecho y siento cómo su respiración se vuelve más lenta y profunda y sus músculos se quedan blandos sobre mí.

Así que alargo la mano, tiro de las sábanas revueltas y nos tapo como puedo.

En algún momento, mientras imagino una realidad donde quedarnos dormidos después de hacer el amor lo es todo, también yo caigo rendido.

Me duermo pensando en esa vida donde me levanto a su lado cada mañana con la certeza de que al acostarme estará a mi lado.

光

20

KIERA

A las afueras de Tokio

27 días para el solsticio de verano

El olor de Neal lo envuelve todo.

Me doy cuenta de dónde estoy por ese aroma que emana de su piel cálida. En algún momento ha debido de taparnos, porque ambos nos encontramos bajo las sábanas del futón, Neal a mi espalda y yo bajo un brazo enorme que me rodea por completo y me mantiene anclada a su pecho. Me parece bien. No me movería por nada del mundo.

Duerme profundamente. Lo siento en su respiración y en el suave aliento que me acaricia la nuca.

Me acomodo entre sus brazos y el movimiento me hace comprobar que no todas las partes de él están dormidas.

Vaya.

Intento darme la vuelta y cuando él se da cuenta me estrecha más fuerte contra su pecho y se despereza sin soltarme.

Me mira desde arriba con ojos somnolientos.

—Buenos días —me saluda, con voz grave.

—Hola.

Sus labios se curvan en una media sonrisa que me provoca sin remedio.

Mierda.

No debería estar pensando en esto solo unas horas después.

Me aparto y estoy a punto de ponerme en pie para vestirme cuando Neal consigue agarrarme de la muñeca y tira de mí de vuelta a su lado.

—¿A dónde vas?

—A ponerme algo de ropa —respondo, y baja los ojos de forma descarada hacia mis tetas—. Y a buscar a los demás. Tenemos que hablar.

Neal se pasa la mano libre por el pelo rubio revuelto.

Cuánto deseo volver a enredar los dedos ahí.

Ladea la cabeza y me dedica una larga mirada.

Se lo está pensando y yo no me siento con fuerza de voluntad suficiente para frenar nada de lo que intente, pero es cierto que debemos reunirnos todos, así que me pongo en pie con rapidez y lo esquivo cuando está a punto de volver a atraparme con una sonrisa malintencionada.

Me pongo los pantalones y la camiseta y le lanzo su ropa antes de ir hacia los *fusuma*.

—Voy a darme una ducha —me despido—. Nos vemos en un rato.

Y me escabullo antes de que pueda detenerme.

Apenas una hora después Akane nos reúne a todos en la casa de té.

Es un lugar bastante grande, con salas divididas por *shōji* de papel traslúcido. Algunos de los paneles tienen bellas pinturas de bosques y Árboles de Raijū que le confieren una estética especial al lugar, aunque el resto es muy sobrio y apenas hay una mesa amplia en la que Akane ya ha servido el té.

Ella la preside, arrodillada con mucho decoro y ese porte que denota que ha trabajado toda la vida en Palacio como la sacerdotisa de la Emperatriz. Lleva un kimono azul oscuro de mangas largas y anchas y delicados bordados dorados a juego con el intenso maquillaje que resalta sobre la piel oscura.

Junto a ella, apenas un par de pasos por detrás, su zorro Mikan lo observa todo como si no fuera más que un perro de compañía.

Markel se sienta a su lado. Se arrodilla al principio, pero tarda un segundo en decidir que no aguantará y acaba sentado con las piernas cruzadas.

Neal no duda, se acomoda de forma casual, pero siempre con esa apariencia militar, los hombros cuadrados, las manos listas sobre el regazo y una mirada táctica que recorre la habitación de lado a lado antes de detenerse sobre el resto.

—Antiguamente aquí solo se celebraba la ceremonia del té —explica Akane, que preside la mesa—. Supongo que podemos disfrutar del lugar para un desayuno. En unos minutos estará listo.

En ese instante, Kai entra por la puerta.

—Toma asiento, Kai, por favor —le dice la Bruja, señalando los lugares vacíos entre Markel y yo.

Kai opta por sentarse a mi lado, presidiendo el extremo contrario a Akane.

Markel lo mira un segundo con el ceño ligeramente fruncido y los labios apretados en una línea de preocupación antes de apartar los ojos.

Yo no me molesto en ocultar mi inquietud y no me amedrento cuando él se percata, levanta una ceja y me reta para que aparte la mirada. No lo hago.

—¿Cómo has dormido? —le pregunto.

Tiene los párpados enrojecidos, unas oscuras ojeras que le rodean los ojos claros y almendrados, ahora un poco hundidos, y ese rostro de huesos afilados parece aún más duro que antes.

—Maravillosamente —responde y mira directamente a Akane—. ¿Qué hacemos aquí? ¿Vamos a decidir ya cómo salvamos al mundo?

—Pues tienes un aspecto de mierda —le digo—. ¿Qué sientes? ¿Qué te duele?

Kai tuerce el gesto, pero no responde.

—Sí, quizá debamos decidir si estamos o no listos para salvar al mundo —dice Neal, con ese tono inimitable de capitán—. Sí que tienes un aspecto de mierda, Inoue. A lo mejor deberías dar un paso atrás y dejarle esto a la gente decente.

—¡Neal! —protesto.

Kai sonríe.

Mierda.

Esto no me va a gustar.

—¿Y quién es esa gente decente, Kellum? —replica—. ¿Hablas de los dos terroristas o de la Bruja? Espera. ¿Cómo te llamaban a ti? ¿También «terrorista»? ¿«Desertor»? ¿O era «traidor de mierda»?

—Cállate —le ordeno a Kai, procurando no sonar muy dura. Prefiero quitarle peso al asunto—. Todos somos traidores o

terroristas o asesinos… No vamos a discutir por eso. No otra vez. Kai hizo un trato conmigo y va a cumplirlo.

—Qué suerte la mía —responde Kai, con una sonrisa que no le llega a los ojos—. Qué diferente habría sido mi último viaje si no hubiéramos hecho ese puto trato, ¿eh?

Me tenso.

Habría muerto. Si no lo hubiera salvado, Kai se habría ido al otro barrio feliz y colocado.

Los demás se giran para observarlo y yo siento una punzada de remordimiento.

—Sabes que no te salvé por el trato, ¿no?

Kai aprieta los labios. Si se esfuerza por ocultar su dolor, no le sale bien. Una mueca de decepción se mezcla con una sonrisa demasiado dura y al final esboza una expresión que hace que me encoja un poco.

—¿Creéis que podríamos hablar ya de cuál es la situación? —interviene la Bruja, templando los ánimos con un tranquilo tono neutro—. Lo cierto es que a ojos del Imperio los cinco somos ahora traidores, porque vamos a trabajar al margen de las órdenes de la Emperatriz. Por mi parte, yo estoy en paz con esa decisión. Seguiré acudiendo a Palacio cuando Echo me llame y si en algún momento tengo que responder por mi desobediencia… sabré que he estado haciendo lo correcto.

—Kai y yo ya no podíamos hacer nada en Palacio —comento—. Pero ¿qué hay de vosotros? ¿No hacéis más bien en Palacio con los recursos de la Emperatriz?

—Yo no comparto la visión de liderazgo de Echo Akiyama —responde Neal, sin dudar.

Puede que sea verdad, aunque yo soy consciente de todo lo que oculta esa afirmación.

—La Emperatriz está centrada en otros asuntos —afirma Akane, con calma—. La guerra civil es tan importante como frenar a Andrews, y necesitamos que alguien siga controlando la situación, así que… está bien que Echo Akiyama se encargue de gobernar. Además, sé interpretar las señales divinas cuando las veo.

Tardo un rato en comprenderlo, en ubicar esa mirada, los ojos oscuros clavados en los míos y esa sonrisa templada que recuerda a la de su zorro.

¿Por eso le resulta tan fácil darnos asilo? ¿Por eso está tan cómoda arriesgándose?

—Lo que me pasa no es una señal divina —replico, y siento cómo la garganta se me cierra con cada palabra—. Que esté viva no es cosa de los dioses, Akane, aunque me gustaría verlo así.

El silencio se vuelve oscuro, y el aire que respiro, amargo.

—Y si no es intervención divina, ¿de qué se trata? —pregunta, con suavidad—. ¿Cómo es posible que estuvieras al borde de la muerte, paralizada y sin esperanza, y ahora estés ahí sentada, tomando té con nosotros?

El pulso se me acelera cuando intento responder y todo el cuerpo me pide que dé una evasiva, que aparte el tema, que salga corriendo.

Pero no lo hago.

Dedico una rápida mirada a Neal, que asiente en mi dirección para infundirme valor, y yo intento aferrarme a él.

—Tengo muy presente la forma en la que me miró Travis Lavois antes de que Echo me encerrara —empiezo, vacilante—. No os voy a pedir que no me miréis así, porque sé que esto debe asustaros un

poco, pero sí os voy a pedir que si tengo que hablar… me escuchéis hasta el final.

—Te escuchamos, Amell-san —contesta Akane sin dudar—. Adelante.

Hace un gesto con la mano y yo estoy a punto de abrir la boca, sin saber muy bien qué decir, cuando Kai interviene.

—¿Te ha convencido de contárnoslo con un solo polvo?

Me giro hacia él, que tiene esa expresión oscura y un poco triste, sin el brillo de diversión que caracteriza sus bromas. Esto es diferente.

—Si no cierras la boca vamos a tener problemas —gruñe Neal.

—Ah, ¿sí? ¿Qué problemas, Kellum?

—Basta —siseo—. Pero ¿qué te pasa?

Sé que hasta ahora no le importaba todo esto. Kai no tiene pelos en la lengua; si le hubiera inquietado lo suficiente me lo habría preguntado antes. Así que lo único que pretende ahora es tocarnos los cojones. Tocárselos a Neal, concretamente.

—Kai, por favor, contente —le pide Akane, con una paciencia envidiable—. Kiera, adelante. ¿Cómo es posible que estés viva?

Inspiro con fuerza y miro de reojo a Kai. Debe de estar muy mal.

—En realidad, eso no lo sé —confieso. Todos aguardan en silencio. También Mikan, que me contempla desde una esquina con sus ojillos pequeños y despiertos mientras agita la cola—. No tengo respuestas, pero puedo contaros lo que sé… desde el principio.

Durante unos segundos nadie dice nada.

—Claro, sí… —responde Markel. Su rostro es el más transparente de todos y, aun así, me sorprende no encontrar miedo en él—. Yo quiero saberlo.

Me armo de valor y me centro en mis propias manos cuando empiezo a hablar.

—Cuando era pequeña me contagié de la gripe blanca. Mis padres murieron porque la enfermedad estaba ya muy avanzada cuando nos ingresaron; pero Kohana Harewood, una científica militar, me pidió mi consentimiento para *probar* algo nuevo y yo estaba tan asustada que dije que sí. —Cierro los ojos y me cuesta un rato volver a abrirlos—. Me salvó la vida, pero creo que no buscaba curar la gripe blanca. Lo que quiera que me hiciera entonces… debe ser lo mismo que me curó la médula, la fractura craneal, el balazo…

Me entran arcadas.

Intento seguir hablando, pero se me nubla la vista y los bordes se llenan de sombras que parecen a punto de tragarme.

Akane interviene y yo lo agradezco profundamente, porque eso me da unos segundos preciosos para sobreponerme.

—Amell-san —me llama, articulando mi nombre con cuidado, como si temiera asustarme—. Recuerdo que el día que viniste a mí después de que tus heridas desaparecieran milagrosamente comentaste también que no era la primera vez que ocurría algo similar.

Asiento. Tomo aire despacio.

—Durante mi primera misión con el Skytree me quedé aislada en los túneles del metro, sin luz. Creí que las anomalías me matarían como lo hicieron con Jennie Cortese… y de hecho me hirieron, pero en algún momento, cuando me di cuenta de que no iban a enviar a nadie a por mí, cuando comprendí que iba a morir… dejé de luchar y las anomalías se detuvieron también. —Echo un vistazo a Neal—. No entendí lo que pasó, así que mentí en los informes y me esforcé

mucho por olvidarlo.

Neal me contempla largamente.

—Supe que mentías desde el principio —declara, aunque no advierto reproche en su voz.

—Vale, es evidente que las anomalías no te hieren —interviene Kai —. Quedó bastante claro durante nuestra fuga de Palacio. ¿Qué más?

Hace un gesto insolente con la mano, como si lo que les estuviera contando fuera un mero trámite.

Yo inspiro con fuerza.

—Además de eso, también ocurrió algo extraño cuando Linus Edwards intentó matarme. —Me giro lentamente hacia Neal, cuyos ojos verdes se han oscurecido, y extiendo la mano—. ¿Puedes dejarme tu arma?

Neal vacila, pero obedece. Desenfunda una pistola ante el gesto grave de Akane y me la deja en la mano.

Se la muestro al resto.

—Las armas del Skytree tienen un selector. ¿Veis? Es una medida de seguridad que nos permite defendernos de anomalías y personas con la misma arma. —Les muestro el selector, un dispositivo pequeño sobre el cañón—. Gracias a esto, se identifica el objetivo y el arma elige la munición por nosotros: balas para personas y luz para anomalías. Aquel día, cuando Linus me disparó…

Vuelvo a quedarme callada. Recuerdo sus manos sobre mi cuello, el agua inundando mi garganta y el terror gélido al comprender que me iba a matar antes de que Neal me salvara.

—La bala no alcanzó a Kiera —termina él por mí—. Pero su cuerpo sí reaccionó como si *algo* la hubiera herido. Le salieron líneas violáceas bajo la piel.

Oigo un ruido estridente, un pitido sordo que sustituye al silencio.

Me quedo mirando el arma mientras los bordes de mi visión se oscurecen y las sombras amenazan con volver a engullirlo todo.

—¿Qué quiere decir eso? —inquiere Markel, con voz estrangulada.

No me atrevo a mirarle la cara.

—¿Puedes describir mejor esas líneas, Amell-san? —pregunta Akane, sin perder el tiempo.

—No hay mucho más que describir —replica Neal con brusquedad —. Era interno. Desapareció al mismo tiempo que el resto de sus heridas. ¿Qué más da?

—Quiero saber a qué nos enfrentamos —declara la Bruja.

Alzo la vista, pero la última palabra se queda alojada en mi mente y se repite como un eco difuso.

Enfrentamos.

Enfrentamos.

Enfrentamos…

—No nos enfrentamos a nada, Akane —contesta Neal, que se ha puesto tenso a mi lado.

—Quizá no haya sido la mejor expresión —coincide la Bruja—. Me refería a…

—¿El arma detecta que eres una anomalía? —pregunta Markel con un hilo de voz que se me clava en el pecho.

Me esfuerzo por responder:

—Creo que sí, pero…

No llego a terminar.

—¿Cómo funciona el selector? —inquiere y se gira con rapidez hacia Neal, que sigue mirando a la Bruja—. ¿Puedes explicarme cómo funciona el selector?

—Amell-san —me llama Akane—, ¿qué sentiste con el disparo?

Intento respirar profundamente, pero esta vez eso no sirve para disipar las sombras retorcidas que me emborronan la vista.

—Amell-san —insiste.

—Eh… Calor. No lo sé. —Me froto la sien. Me cuesta respirar—. Todo pasó muy rápido.

—¿Cómo se comunica el selector con el cargador? —continúa insistiendo Markel.

—¿Te ha pasado más veces? —insiste Akane, que ignora al resto.

—¿Si me han disparado más veces con luz? No…

—No tiene sentido —exclama Markel, que planta las manos en la mesa donde he dejado el arma—. Si las armas del Skytree detectaran que eres una anomalía, esa bala no te habría alcanzado en Palacio. Necesitaría saber exactamente cuál es el mecanismo y cómo interactúa el selector con la munición. Si me dejáis abrirla…

—No vas a desmontar mi puta pistola —lo detiene Neal—. Y te recuerdo que aquella vez el selector no la detectó a ella como objetivo. Me estaban apuntando *a mí.*

Tiene razón.

De pronto, noto la garganta seca, porque esa explicación encaja demasiado bien y, si es así…

—Entonces, sí es posible que te detecten como a una anomalía, ¿no? —pregunta Markel y me sorprende ver que está encantado.

Esto no le inquieta ni le da miedo. Es más, parece genuinamente interesado; tanto como lo estaba en el Scorpion V y sus explosivos de C4.

Me reiría si no estuviera a punto de desmayarme.

—Amell-san… —La voz pausada de Akane empieza a ponerme de

los nervios—. Dinos cómo era la herida.

—Ya te he dicho que no era una herida —contesta Neal, con rapidez. Está cada vez más irritado, tenso mientras se prepara para defenderme.

—Ese selector… —continúa Markel.

Todos hablan, pero ninguno de ellos guarda silencio el tiempo suficiente para dejarme responder.

Y yo intento respirar profundamente, pero nada basta.

—Amell-san… —insiste Akane.

—Es suficiente —ladra Neal.

—¿Crees que podrías…? —lo ignora Markel.

Y entonces, en medio de las voces y las exigencias, el inconfundible sonido de un disparo me taladra los tímpanos y las sombras se esfuman de golpe.

El instinto reacciona y me pongo en pie.

Me llevo la mano a la cadera, pero estoy desarmada, y me encuentro a punto de buscar una alternativa cuando, de pronto, lo siento:

Calor.

Creo que mi cuerpo lo entiende antes que yo.

El calor es intenso y violento en mi hombro, pero se disipa con la misma rapidez con la que alzo el rostro hacia Kai y comprendo lo que ha ocurrido.

Sigue sentado. Él es el único que no se ha movido, con una pierna doblada y la otra estirada, una mano apoyada en el suelo y la otra sosteniendo el arma con la que todavía me apunta… porque el puto Kai Inoue me ha disparado.

—Pues resulta que sí te disparan con luz —canturrea.

No me lo puedo creer.

Ocurre rápido. Siento movimiento a mi lado, un torbellino de furia y rabia cuando Neal se pone en pie, salta la mesa baja y se arroja sobre Kai.

Akane grita algo. Markel se echa hacia atrás y Kai pierde el equilibrio.

Lo último que veo antes de que Neal lo derribe de un derechazo es su sonrisa burlona, una que no me gusta, retorcida y amarga. No parece propia de él.

—¡Para! —grito, reaccionando por fin y agarro a Neal por el hombro en el momento en que le pone la pistola a Kai entre los ojos.

—¿Vas a comprobar si el selector funciona conmigo, Kellum? —lo tienta.

—¡Quieto! —grito—. ¡Basta ya! ¡Los dos! Neal, baja eso. Kai ya sabía que me dispararía luz. Ya lo habíamos probado.

Neal me dedica una mirada. Tiene las pupilas tan dilatadas que apenas soy capaz de ver el verde de sus ojos.

—¿Cómo mierdas lo probasteis? —me espeta.

—Me disparé, ¿vale? Me apunté a una zona que pudiera curar rápido y tiré del gatillo.

—¿Qué zona? —insiste.

Me trago un gruñido.

—El pie. Me disparé en el pie, ¿de acuerdo? Kai ya lo sabía. Solo estaba gastando una broma… de muy mal gusto.

Le dedico una mirada incendiaria hasta que Kai aparta los ojos azules sin decir nada y alza las manos, como pidiendo perdón.

Neal baja la pistola y esta vez se la guarda.

Durante unos segundos solo oigo el latido de mi corazón. Luego,

las telas del kimono de Akane rompen el silencio cuando se pone en pie y se las estira.

—Me parece que el desayuno está listo. A todos nos vendrá bien un descanso antes de seguir —comenta, con rotundidad, y sale de la habitación a paso ligero sin pedirme que le enseñe cómo tengo el brazo. Así de alterada la ha dejado el numerito de Kai. Será imbécil —. Kellum-sama, ayúdame, por favor.

Neal sigue contemplando a Kai como si fuera a saltar de nuevo sobre él.

Es incapaz de matarlo, yo lo sé; pero parece listo para darle una paliza.

—Creo que voy a tomar el aire un rato —declara Markel, completamente pálido.

Se levanta y se aleja un poco tambaleante. Ni siquiera se calza las zapatillas antes de salir al jardín.

Tengo la impresión de que va a vomitar.

Me quedo a solas con Kai, que sigue tirado en el suelo con despreocupación. Tiene el ojo izquierdo rojo y una pequeña herida en el párpado. Pronto se le pondrá morado.

Me agacho a su lado y le doy un puñetazo en el hombro.

Kai protesta, sorprendido.

—Ya vale —me quejo, muy bajito, para que nadie me escuche—. Esto debe acabar.

La sonrisa burlona desaparece un poco de ese rostro impostado.

—¿Por qué les has mentido?

—Porque no quiero que piensen que estás como una puta cabra —mascullo, y cuando él fuerza una risa le doy otro golpe—. Para. Para de una vez.

—Si querías frenarme deberías haber dejado que el capitán Kellum lo hiciera —replica, con una amargura que no se molesta por disimular, o a lo mejor es que ya no puede más—. No tenías que protegerme.

Aprieto los puños con rabia.

No. No tenía por qué. La verdad es que no lo he pensado. Tal vez, si me hubiera detenido a analizarlo fríamente no habría reaccionado así.

Me da igual que sospecháramos lo que ocurriría. La teoría del selector era solo eso: una suposición. De no haber tenido razón, ahora estaría tirada en el suelo con un agujero de bala en el hombro, rezando para no desangrarme.

—Sí. Es verdad. No tenía que hacerlo —le suelto—. Pero lo he hecho, así que cierra la puta boca y compórtate. ¿Te duele? Dime la verdad. ¿Te duele tanto?

Kai aprieta la mandíbula y durante un instante la vulnerabilidad quiebra su máscara.

—Puede que el dolor sea peor que ayer.

—Entonces, ajustaremos la dosis. —Apoyo las manos en las rodillas para ponerme en pie y me levanto con un suspiro—. Espera aquí. No hagas ninguna estupidez.

No contesta para restarle peso al asunto o fingir que no le importa, y eso no deja de ser preocupante.

Salgo de aquí, vuelvo a mi cuarto y tomo la medicación, pero antes de regresar Kai ya se ha presentado en mi puerta.

Le dedico una mirada prudente y él se limita a encogerse de hombros.

—Me daba miedo quedarme a solas con tu novio.

Me acerco en dos zancadas y le doy la metadona que Kai se traga sin necesidad de agua.

Me quedo mirándolo.

—¿Tu maestro Arashiro sabe que te metías?

Kai parece sorprendido.

—El maestro Arashiro está muerto. ¿Por qué?

También yo me encojo de hombros y camino hasta la puerta, pero advierto que Kai no se mueve y me limito a apoyarme en el marco frente a él.

—Porque suele ser difícil mantener los vínculos en casos de adicción. Era pura curiosidad.

Él me observa con prudencia.

—Me empecé a meter unos meses después. El maestro Arashiro me habría dado una paliza por insinuar algo parecido, pero su muerte tuvo que ver con eso. No estaba bien. —Lo suelta sin más, también apoyado en el marco del *fusuma* y sin llegar a mirarme.

Es evidente que ese hombre fue importante para él.

Lo llamó cuando creía que se moría.

Y me gustaría que me contara más.

—¿Cómo era?

—Un hijo de puta muy duro —responde, y sonríe un poco—. Sus entrenamientos eran demenciales. Si te quejabas te obligaba a entrenar el doble. Nos enseñaba disciplina a base de correr montaña arriba bajo la lluvia, cargar con piedras por el bosque embarrado y esas mierdas. Pero también era paciente. Sabía ver lo mejor de cada uno y no dejaba que tiraras la toalla.

—Entonces le habría gustado ver que te estás limpiando.

Kai me mira por fin y arquea una ceja oscura.

—Sí, estaría la mar de orgulloso… —Vuelve a mirar al jardín—. Deberías volver con los demás.

Frunzo el ceño.

—Tú también —le aseguro y no dejo margen a que replique—. Vamos a hablar de cosas importantes. Debes estar presente.

Se piensa si replicar, pero acaba asintiendo.

—Eh —me llama—. ¿Te duele?

Tardo un rato en entender a qué se refiere y sacudo la cabeza, pero vuelvo frente al espejo de mi cuarto y me subo la manga de la camiseta.

Observo las líneas violáceas que nacen de lo que debe ser el centro del disparo, ramificaciones retorcidas que se extienden por todo mi hombro, y empiezo a escuchar un pitido estridente y agudo que anula el silencio.

Me bajo la manga, le doy la espalda a mi reflejo y me obligo a hablar por encima de ese pitido sordo que amenaza con tragarse la realidad.

—Duele un poco al tacto. Nada más. Vámonos.

Salgo de la casa antes de que Kai pueda preguntar nada y mientras avanzamos y yo pienso que el selector no me detecta como *humana*, una voz espantosa murmura en mi cabeza:

«Ahora es innegable».

光

21

NEAL

En algún lugar a las afueras de Tokio

28 días para el solsticio de verano

Todos hemos vuelto a la mesa.

Akane, que sonríe de nuevo como si no hubiera pasado nada, nos hace un gesto para que empecemos a comer.

Ha observado detenidamente la marca que la luz ha dejado en Kiera solo para decir que nunca antes había visto nada así, pero que investigará.

Los demás han aparcado el tema por ahora. Todos han coincidido en que no necesitamos descubrir por qué le han pasado todas esas cosas para hacer nuestro trabajo: proteger a Japón.

Akane ha dispuesto desayunos japoneses completos, con *gohan,* un cuenco de arroz blanco hervido, sopa *miso*, salmón a la parrilla, vegetales encurtidos, *tamagoyaki,* una tortilla enrollada, y soja

fermentada… además de té verde.

Kai es el primero en lanzarse a comer, pero Kiera es más rápida que él. Le quita el plato con el salmón y se lo cambia por su *tamagoyaki*.

—Tú y yo vamos a tener problemas.

—Nada de pescado graso en unos días —le advierte, con tono paciente—. Mejor algo más limpio, para evitar náuseas.

Le quita también el plato de soja fermentada.

Kai hace un amago de detenerla, pero una mirada basta para que se lo piense mejor.

Se limita a poner los ojos en blanco, agarrar el cuenco de arroz y empezar a comer con resignación.

No sé por qué demonios sigue preocupándose por él después de todo lo que ha hecho.

—Creo que sería necesario hablar de los próximos pasos —declara Akane, haciendo que deje de mirar al asesino.

Bien. Vamos a dejar el tema de Kiera aparcado.

Su zorro, que ha estado yendo de un lado al otro, vuelve a entrar en ese instante por las puertas abiertas que dan al jardín. Pasa dentro y se sienta en una esquina con una formalidad difícil de creer. Se limita a cubrirse las patas con su frondosa cola y se queda mirándonos apenas sin parpadear.

Kiera le ofrece un pedacito del salmón que le ha quitado a Kai, que la fulmina con la mirada, y el animal se acerca, lo toma con mucho cuidado y retrocede para comérselo tranquilamente en un rincón.

—Si Raine Andrews sigue adelante con el plan, solo nos quedan 28 días para que revienten las bombas —empiezo yo—. Aunque no parece probable que mantenga una fecha de la que ya hemos

advertido al mundo, tal vez haya escogido el camino del suicidio político: seguir adelante con el plan ahora que nadie cree que se atreva a hacerlo y cargar con la culpa si así logra su objetivo.

—Es una mujer muy poderosa —matiza Makel—. Quizá ni siquiera tenga que asumir responsabilidades por el genocidio: se inventará una coartada o simplemente escapará de las consecuencias. Pero yo también estoy de acuerdo en que tenemos que detenerla antes del solsticio.

—Hay gente aquí dentro a la que le habían prometido salvarse antes de las bombas a cambio de colaboración: el señor Nomura y probablemente los altos mandos corruptos del Skytree, los que compraron a ese tal Linus Edwards… —responde Kai, que ya ha empezado a comer el segundo *tamagoyaki*—. Kiera y yo íbamos a empezar por ahí.

—Acceder a los altos mandos no va a ser fácil. Echo tiene a los que capturamos con vida en el Palacio y no va a dejar que ninguno de nosotros se acerque. ¿No podemos empezar por Nomura? —pregunto yo.

—Está muerto —contesta Kai, sin mirarme siquiera.

Markel ahoga una exclamación y yo me giro hacia Kiera, que aparta la mirada.

Mierda. Claro que ha estado involucrada. Eso es a lo que se han estado dedicando esos dos.

—Empezaremos por los altos mandos entonces. A ver si saben algo —declaro yo—. Pero deberíamos hacer algo más, tener otro plan en marcha para no perder el tiempo si esto es también un callejón sin salida. Podría hablar con Moe Standen; es el primer interesado en mantener a Japón, y a sus inversiones, a salvo. No es mucho, pero es

lo único que se me ocurre.

—En realidad, sí podemos hacer algo más —sugiere Markel, vacilante.

Todos lo miramos, pero él desvía los ojos como si esto no fuera con él.

—¿Markel? —lo anima Kiera.

Toma aire.

—No es algo muy seguro, pero a lo mejor podríamos empezar por ahí si queremos cubrir más frentes.

—Sí que queremos —sentencio—. Habla.

Me doy cuenta, por la forma en la que arquea las cejas, de que quizá haya sonado duro.

Estoy demasiado acostumbrado a los soldados.

—Si todos estamos de acuerdo en que es probable que las bombas ya estén dentro, tenemos que tener en cuenta que no pueden almacenarse en cualquier lugar; el sitio en el que se encuentren tiene que cumplir ciertas características: ubicación, aislamiento, protección… Por no hablar de los cuidados: humedad, luz, radiación…

—Sí, sí… Muchos factores. Nos queda claro —ataja Kai, haciendo un gesto con la mano para que abrevie—. ¿Has descubierto dónde están?

—Mmmh… No exactamente —duda—. Pero estoy trabajando en un algoritmo que me dé localizaciones posibles. Todavía tengo que cargar muchos datos, actualizar las bases de información, afinar algunos parámetros e investigar sobre las bombas de luz para hacerlo lo más exacto posible…

—Pero has dicho que podíamos hacer algo, ¿no? —inquiero.

Markel nos mira a todos de uno en uno.

—Sí. Hay una ubicación. He llegado a ella sin tener todos los parámetros. No es muy seguro que estén ahí, pero es bastante posible.

—*Bastante posible* es suficiente para intentarlo —sentencia Kiera—. No hace falta más de una persona para interrogar a alguien. Nos dividiremos para buscar las bombas.

—Me parece bien —coincido.

Markel se frota la nuca.

—¿Os he dicho que el lugar donde se encuentren debe estar bastante aislado?

—¿Dónde crees que están, Markel? —pregunta Kai, con tranquilidad.

—En la Roppongi Hills Mori Tower.

Akane suelta un resoplido.

—A la mierda… —masculla Kai.

Kiera, más impaciente siempre que yo, se me adelanta.

—¿Es un rascacielos? ¿Es que habrá demasiada gente para hacerlo sin llamar la atención?

Akane sacude la cabeza lentamente.

—Por desgracia, no se trata de la gente… La Mori Tower es un rascacielos que después de la última reestructuración alcanza los 370 metros de altura y cuenta con 87 plantas que llevan cerradas veinte años, desde el incidente que mantiene permanentemente *clausurado* el lugar.

—Que esté cerrado tal vez nos beneficie. Hablaré con Standen. Negociaré con él para que nos deje entrar como si fuera una misión de limpieza del Skytree —propongo—. Lo haremos como con los

túneles del metro: aniquiladores que protejan de las anomalías e ingenieros que restablezcan la luz. Si lo hacemos de día será mucho más sencillo que con el metro.

—Eso está muy bien, Kellum-sama. Pero los aniquiladores de Byakko no serán suficiente para entrar —declara la Bruja—. Una noche hace veinte años un *yokai* atacó después de la puesta de sol y provocó un seísmo que afectó a los cimientos e hizo que algunas plantas colapsaran. La nueva torre ya se había inaugurado y de las 7.000 personas que había en ese momento en las oficinas, los pisos, las galerías de moda… murieron casi 2.000. La mayoría fueron destrozadas por las anomalías cuando se quedaron sin luz.

—Desde entonces ha habido numerosos intentos por volver a poner en marcha el complejo —explica Markel—, pero nunca han salido bien: el riesgo económico, cuando la gente aún recuerda lo que ocurrió hace dos décadas, es demasiado alto y en la calle se dice que si algún día abren de nuevo la Mori Tower de Roppongi, el mismo *yokai,* furioso por la insolencia de los humanos, volverá para destruirla y esta vez se llevará más vidas.

Ni Kiera ni yo decimos nada todavía.

—La torre está maldita —sentencia Kai, que se echa un poco hacia atrás—. Es un puto nido de *oni*. Esas cosas nacen y se alimentan de la desesperación y el dolor, y después de 2000 muertes brutales la Mori Tower tiene suficiente para alimentar a cientos de esas criaturas. Nadie se acerca por allí.

Me doy cuenta de que mientras todos guardan silencio Kiera me está mirando.

—Entraremos igualmente —sentencia ella, sin apartar de mí sus ojos azules—. He estado entrenando con Kai. Estoy preparada para

los *oni*.

Al aludido se le escapa una sonrisilla que no me gusta nada, pero no replica.

—Negociaré con Standen. Si quiere impedir que esas bombas estallen debería parecerle bien que el Skytree entrase. Será una misión conjunta entre Suzaku, la unidad contra los demonios menores, y Byakko, la unidad de aniquiladores de anomalías.

—También ayudaré —declara, y se encoge de hombros—. A esos aficionados les vendrá bien una katana extra.

—No. Tú no vendrás —inquiere Kiera, sin pensárselo.

—¿Y por qué no?

Ambos se sostienen la mirada hasta que Kiera baja la suya y mira algo en concreto que Kai parece entender, porque su gesto se endurece aún más.

—No te encuentras estable —sentencia.

No sano, ni recuperado, sino *estable*.

—Inoue ya se coló una vez en el Palacio, ¿no? —intervengo yo—. Que vuelva para interrogar a los altos mandos del Skytree.

Y si lo atrapan… un asesino menos del que preocuparse.

—Si consigues entrar sin enfrentarte a nadie, será menos exigente que limpiar la Mori de *oni*. Así que, si te sientes capaz en unos días… —empieza Kiera, con cierto nerviosismo.

Kai bufa.

—No me va a dar otro jodido infarto, Kiera, porque no tengo pensado volver a desangrarme. Relájate —le dice, hosco, y se reclina hacia atrás—. Iré a Palacio esta noche. Traeré información.

—Yo iré a Palacio con Kai —dice Markel.

—No, qué va. —replica este, con rotundidad—. Solo me

retrasarías.

—No voy a quedarme de brazos cruzados.

Kiera desliza una mano sobre la mesa y la apoya sobre la de Markel.

—Creo que el lugar donde serías más útil es este, perfeccionando ese algoritmo. Si las bombas no están en la Mori Tower necesitamos seguir avanzando. No nos queda mucho tiempo y si alguien puede encontrar esas bombas eres tú. Vamos, eres un genio.

Markel se sonroja un poco. Parece contrariado, pero acaba asintiendo.

—Entonces todos tenemos un cometido —declara Kiera.

Está a punto de levantarse cuando Akane alza una mano.

—Todavía falta encargarse de algo importante: el mundo espiritual está agitado.

Kai resopla.

—Siento mucho que los *oni* se estén merendando a la gente… pero no nos sirve de nada frenar a unos cuantos si no atajamos el problema de raíz. Volverán arrastrándose a la oscuridad cuando solucionemos el problemilla de las bombas y se acabe la guerra.

—No quiero que vayáis a cazar *oni*, quiero que los vigiléis —responde, y nos dedica una mirada a Kiera y a mí—. He oído el testimonio de los supervivientes, me han llegado noticias desde otros santuarios… y tengo mis sospechas sobre lo que está ocurriendo en el mundo espiritual, pero necesito confirmarlo y para eso tengo que saber qué tipo de *oni* os encontráis en la Mori Tower.

—¿Por qué? —pregunto yo.

—Cuando Japón se quedó a oscuras y entró en la era de la Gran Oscuridad, los años siguientes aparecieron grandes *yokai*. No fue

como durante otros desastres naturales; estos *yokai* se quedaron mucho más tiempo y causaron grandes males: hambruna, epidemias, muerte… Todo lo que provocaron podía explicarse en realidad por la precaria situación y el aislamiento repentino, así que no le concedieron mucha importancia al plano espiritual. Cuando Japón se estabilizó, los *yokai* se marcharon y desde entonces solo vuelven de vez en cuando. Estos son desastres *contenidos*; aquellos no lo eran. Se creyó que la hambruna, las epidemias y la alta tasa de mortalidad se controlaron gracias a que los japoneses reaccionaron y se adaptaron, pero en ese momento ocurrió otra cosa que cambió el modo en el que entendemos el mundo.

—La fe —adivina Kiera.

—El resurgimiento de la fe, la divinización del Emperador, los rituales, la espiritualidad, la síntesis de religiones… Ayudó a contener a los grandes *yokai*. Ahora, sin embargo, me da la sensación de que todo eso ha dejado de ser suficiente. —Entrecierra un poco los ojos almendrados y oscuros—. Necesito saber si volvemos a enfrentarnos a un desastre de esa magnitud.

—¿Diciéndote cómo son los *oni* que matamos podrás saberlo? —pregunta Kiera.

—La última vez, antes de que ocurriera, hubo señales. Algunas de esas advertencias llegaron en forma de *oni*. Son heraldos de grandes *yokai*.

Todos guardamos silencio, expectantes.

—¿Y qué va a tener que buscar mi *aprendiz de matademonios*, Akane? —pregunta Kai, que es el único que se atreve a romper el silencio.

Kiera lo fulmina con la mirada.

—Amanojaku, Tengu, Nopperabo y Shinigami —contesta, con rapidez. Kai enarca mucho las cejas, lo que no puede significar nada bueno. Markel se revuelve, incapaz de disimular su turbación. Ni Kiera ni yo nos movemos—. Cualquier avistamiento me dará información, aunque en realidad tengo noticias de Kioto que dicen que los Tengu han bajado a la ciudad.

—Oh, Dios mío… —se le escapa a Markel.

—Esas criaturas nunca se han ido del todo —explica Akane—. Ha habido avistamientos a lo largo de los años y ver Tengu no tendría por qué significar nada, pero si en un par de incursiones encontraseis alguna criatura más…

—Sería un indicio bastante claro de que los grandes *yokai* están furiosos —termina Kai.

Akane asiente.

—¿Es realmente importante centrarnos en eso ahora? —quiero saber yo, procurando mantener un tono que no ofenda a la Bruja—. ¿No sería mejor concentrarnos en las bombas y dejar que todo vuelva a la normalidad, como ha dicho Inoue?

—Si los *yokai* vuelven para quedarse, no importará que las bombas de Raine Andrews estallen, porque no quedará nada en Japón que destruir.

No se oye nada salvo el rumor de las cigarras fuera.

—¿Y si estuviera ocurriendo… podríamos hacer algo para detenerlo? —se atreve a preguntar Kiera.

Akane asiente, pero no parece muy convencida.

—Al menos nos ayudará a prepararnos. Por eso quiero saber a qué nos enfrentamos. No tenéis que hacer nada además de observar y contármelo después. Kellum-sama, ¿en la unidad de Suzaku sabrán

identificar a estos *yokai* menores?

Me paso la mano por el pelo.

—Quizá… Sí. Supongo que sí.

Yo no tengo ni idea. Todos recibimos una formación básica general antes de ser asignados a alguna de las unidades, pero ninguno de esos nombres me suena, así que no puedo estar seguro.

—¿Y mi *aprendiz* sabe identificarlos? —pregunta Kai, con cierta sorna.

—No vas a venir. No todavía —insiste ella, tajante—. Dinos cómo son, Akane. ¿Qué tenemos que buscar?

La Bruja asiente y nos mira a ambos cuando explica:

—Los Amanojaku son un tipo concreto de *oni* que no se ha visto por aquí desde hace mucho: provocan a los hombres para que cumplan sus deseos más perversos, los corrompen y los llevan a cometer atrocidades. Los Tengu, para algunos *kami*, para otros *yokai*, fueron heraldos de la guerra en su origen y se les puede reconocer por su aspecto a medio camino entre hombre y ave. Los Nopperabo son fantasmas sin rostro y los Shinigami…

—Dioses de la muerte —termina Markel, con voz estrangulada.

—Es mejor que no veáis a uno de esos —dice Kai, con tono despreocupado—. Dicen que algunos pueden elegir el momento de la muerte de las personas. Así que si le caes mal a uno… —Se pasa el pulgar por el cuello—. También he oído que pueden inducir al suicidio. Así que es preferible que a esos no os acerquéis.

La Bruja asiente.

—Hay muchas creencias en torno a ellos. Lo que es seguro es que están relacionados con la muerte, y sabemos que al comenzar la Gran Oscuridad estuvieron muy presentes.

—De acuerdo —sentencio—. Si Standen accede, hablaré con los capitanes de Suzaku para que los busquen.

—Nosotros también estaremos atentos —añade Kiera.

Kai es el primero en ponerse en pie. Ella lo mira con cierta desconfianza que él finge ignorar.

—Me marcho a Palacio ya. Mi plan es entrar esta noche y escapar por la mañana. Si quiero hacerlo así tengo que vigilar los turnos.

Kiera se levanta. Lo agarra de la muñeca.

—Podemos esperar un par de días.

—¿Sí? ¿Tú crees? —replica, y le da unos golpecitos en la mano para que lo suelte—. Tranquila. No te preocupes por mí, preciosa. Tú lo vas a tener mucho más complicado. —Luego, mira a Markel—. Sabemos a qué oficiales tienen presos, ¿no? ¿Crees que podrías enseñarme sus fichas del Skytree?

Quiere que *hackee* sus fichas.

—Yo debería tener acceso —le digo—. Así será más rápido.

Kai asiente. No nos entretenemos mucho. Él se marcha en su moto al mismo tiempo que Kiera y yo, que hacemos el largo camino hasta el Skytree en silencio.

Cada vez que la miro, ella tiene la vista clavada en algún lugar de la carretera, con el rostro girado hacia la ventanilla.

—Quizá deberíamos encontrarnos directamente en la Mori Tower.

Lleva tanto tiempo callada que tardo un rato en procesar sus palabras y entender el movimiento nervioso de sus pies mientras meto el coche en el garaje de las instalaciones.

—El Skytree es independiente de la Emperatriz Akiyama —le digo a Kiera—. Nadie aquí sabe que te encerraron.

Kiera sale del vehículo sin estar muy convencida.

—Además, si alguien se atreve a intentar algo tendrán que responder ante mí —añado.

Una chispa de diversión se aloja en esos ojos azules, pero se esfuma enseguida, mucho antes de que se refleje en sus labios.

—Y nadie quiere tener que responder ante el capitán Kellum —replica.

Paso a su lado camino del ascensor.

—En realidad, ahora soy el comandante de todas las unidades del Skytree —contesto yo, con aplomo, solo para ver su expresión.

Supongo que si voy a pedirle un favor a Moe Standen significa que acepto definitivamente el cargo.

Kiera se detiene antes de entrar a mi lado. Se queda quieta y con las cejas arqueadas tanto tiempo que tengo que estirar el brazo para sujetarle la puerta.

—Así que el Skytree es tuyo —canturrea Kiera, mientras el número de las plantas por las que pasamos se ilumina.

—Técnicamente creo que el edificio sigue perteneciendo a Moe Standen.

—¿Y qué le parece a Moe Standen que te hayas retirado a una casita en el bosque? —inquiere, con tono provocador.

Es lista.

Sabe que no quiero este cargo, o que no es real. Por eso no parece ni un poco impresionada cuando sale del ascensor y vamos a la sala de comunicaciones.

—Me lo propuso cuando desperté —le explico—. He hecho un par de misiones para Akiyama y para él, solo porque quería ayudar. Cuando hui de Palacio tenía pensado desvincularme del Skytree, pero supongo que el rango tiene sus ventajas. Moe Standen ha

conseguido desligar la comunicación del exterior de las restricciones de Raine Andrews y la única información que sale de Japón lo hace a través de él. Incluso la Emperatriz lo necesita ahora mismo.

—Tiene mucho poder —murmura, y esta vez no hay burla en su voz, ni tono jocoso o provocador.



Llamar hoy a Standen no resulta difícil.

Me recibe al segundo tono.

—Comandante Kellum —me saluda desde una pantalla que cuelga de la pared—. No me habían informado de que tuviera una reunión con usted, pero siempre es un placer tener noticias suyas. —Sus ojos se desvían un segundo a mi derecha, donde Kiera aguarda junto a la puerta—. Más aún, cuando hace día y medio que mis hombres le han perdido la pista.

De reojo, veo cómo Kiera se mueve un poco.

—Tenía asuntos urgentes que resolver. Por eso lo he llamado. Necesito la colaboración del Skytree.

Los ojos de Moe Standen se estrechan un poco cuando sonríe y varias arrugas se le marcan en las comisuras de la boca.

—El Skytree está bajo su mando, *comandante* —contesta, con intención—. No necesita llamarme sin concertar una reunión para realizar las maniobras que considere con tal de mantener la paz. Tiene carta blanca durante la guerra, ya lo sabe.

Guerra.

La palabra reverbera a través del sistema de sonido y se me atasca en algún lugar de la caja torácica.

—La maniobra no sería para garantizar el mando sobre el Skytree,

tampoco para apoyar a las tropas de la Emperatriz Akiyama, ni para enfrentarse a los mercenarios de Raine Andrews.

Moe Standen entrelaza los dedos por encima de la mesa de madera rojiza.

—¿Para qué me está pidiendo permiso entonces, Kellum?

—Quiero hacer una incursión en la Mori Tower para limpiarla de *oni.*

El dueño de la Agencia Hawk enarca las cejas oscuras y se reclina un poco en su asiento de cuero.

—La Mori Tower no es una prioridad ahora mismo, comandante. El cometido de la unidad de Suzaku, igual que el de las unidades que no se dedican a cazar *oni*, es brindar apoyo a las fuerzas de la Emperatriz en la calle, no en un complejo inútil. ¿Qué me está pidiendo exactamente?

—Le pido permiso para redirigir los esfuerzos de todo el Skytree a localizar las bombas de Raine Andrews.

Moe Standen separa las manos. Deja las palmas muy extendidas apoyadas a ambos lados.

—¿Las bombas se encuentran en la Mori Tower?

—Eso sospechamos.

Moe Standen ladea la cabeza.

—¿Quiénes? ¿La Emperatriz está al tanto de todo esto?

Aprieto la mandíbula.

—No, señor. Ese es, en realidad, el verdadero motivo de mi llamada: quiero permiso para oponerme a las órdenes de la Emperatriz llegado el caso.

—¡Neal! —exclama Kiera, que da dos pasos adelante hasta llegar a mi lado—. No.

Moe Standen se ha quedado tan quieto que parece que la imagen se haya congelado; solo sus ojos se giran ligeramente hacia la figura de Kiera antes de abrir la boca y preguntar con mucho cuidado:

—¿Y por qué habría de darse el caso?

—Cuando abandoné el Palacio Imperial lo hice porque no comparto su visión de liderazgo.

Sus ojos oscuros se llenan de algo parecido a la diversión.

Ambos me miran, Standen desde la pantalla y Kiera a un paso de distancia, muy tensa y con los puños apretados.

—Podría haber comandado esa misión con la unidad de Suzaku sin pedir permiso y, *llegado el caso,* podría haber tomado también por su cuenta la decisión de oponerse a la Emperatriz. El ejército le seguiría, comandante, al menos al principio. Si luego lo desacreditase, otro gallo cantaría, así que doy por hecho que la situación contra los deseos de la Emperatriz podría ser duradera.

—Podría decirse que sí.

Una carcajada ligera, como de quien acaba de escuchar una broma, resuena en la estancia.

—¿Qué es tan importante como para que mi ejército se enfrente al de la Emperatriz?

Procuro no mirar a Kiera.

—¿Está dispuesto a concederme permiso para actuar por mi cuenta o no? Solo ha de saber que no tomaría la decisión de oponerme al gobierno de la Emperatriz a la ligera, ni por causas frívolas, ni injustificadas. Haré todo lo que esté en mi mano para evitar una confrontación y asumiré el coste si al final no puedo evitarlo. Pero si voy a comandar al ejército del Skytree lo haré de verdad: tomaré las decisiones importantes, las que exige el campo de

batalla y no pueden depender de una llamada.

Los ojos de Standen se desvían de forma muy visible a un lado.

Kiera no se mueve bajo el escrutinio, aunque sigue apretando los puños y aún hay preocupación al fondo de sus ojos azules.

—Ya veo… —Se queda pensativo unos segundos largos hasta que alza un poco el mentón sin desviar la mirada de ella—. Adelante, comandante. El ejército del Skytree es suyo. Es el máximo encargado de su gestión y también el único responsable de su gloria o su destrucción. Tome las decisiones que ha de tomar con sabiduría, porque las consecuencias recaerán sobre usted.

La última vez que estuve al frente de una decisión imposible me condenaron a morir en Japón.

Noto los pulmones pesados y el aire demasiado denso, pero bajo la cabeza en señal de conformidad.

—Bien, entonces, si eso es todo, comandante, suerte en su empresa.

—Eso es todo.

Standen alza una mano que queda junto a su pantalla y esboza una sonrisa blanquísima.

—Suerte a usted también, Amell —murmura. Debe haberla visto en las noticias como la piloto que dirigió el Scorpion V de Markel—. Seguiremos en contacto.

La comunicación se corta y antes de que pueda decidir cómo abordar esta conversación, Kiera se me encara.

—¿Qué acaba de pasar?

—Que acabo de aceptar oficialmente el cargo —respondo, sin más, y me encamino a la puerta.

Cuando voy a abrirla Kiera le da un golpe para volver a cerrarla. Arqueo las cejas y ella me mira desde abajo con ferocidad.

—No es la visión de liderazgo de la Emperatriz lo que te preocupa, ¿verdad? —inquiere, segura, pero me doy cuenta de que baja un poco el tono de voz—. Es por mí. Quieres tener carta blanca para incumplir sus órdenes por si decide que ha de encerrarme a toda costa.

Me giro hacia ella, que aún mantiene un brazo en alto.

—Estabas preocupada —contesto, con sencillez—. Ya no tienes por qué. No voy a dejar que nadie te toque.

Apoyo una mano en su antebrazo para obligarle a bajarlo, pero no anticipo el calor que desprende, la suavidad que siento solo en la punta de los dedos y el recuerdo del tacto de su piel en toda la palma de la mano, pidiéndome que prolongue la caricia, que arrastre los dedos por su cuello y luego por su nuca, que recorra el arco de su cintura…

Kiera inspira con fuerza y esa es mi señal para romper el contacto, abrir la puerta y salir.

Ella necesita unos segundos para seguirme.

—No puedes hablar en serio. ¿Vas a enfrentar internamente a uno de los bandos de la guerra?

Un par de soldados se cuadran al vernos y me dedican un saludo militar.

—El Skytree es una fuerza armada independiente, una que está bajo el gobierno de la Emperatriz, sí, pero que tiene poder de decisión, y para que dos fuerzas colaboren ambas tienen que hacer concesiones. Mientras la Emperatriz acepte unas condiciones muy razonables, no habrá ningún problema.

Kiera se queda atrás cuando entro en la sala de mando. Aunque algunas miradas pasan por encima de mi hombro, preguntándose

qué hace ella aquí, nadie dice nada; tampoco les doy tiempo. Los saludos son breves, las órdenes claras: pongo en marcha a la unidad de Suzaku y también movilizo a una compañía de Byakko, mi antigua compañía.

Cuando salgo, Kiera sigue aguardando con la misma expresión ceñuda. Voy a pasar a su lado, camino del cuarto de equipamiento, cuando me corta el paso.

—¡¿Es que has perdido la cabeza?! —exclama—. No saldrá nada bueno de echarle un pulso a la Emperatriz. ¡Nada!

Uno de los capitanes que abandona la sala de mando nos dedica un vistazo.

Agarro a Kiera del brazo y la meto en el primer cuarto que encuentro sin que deje de protestar.

—¡Eh! ¿Qué te crees que haces?

La estancia está vacía; en ella solo hay unas cuantas mesas con ordenadores frente a los que ahora no hay nadie.

—¿Qué crees que haces *tú*? —replico, pero lo hago con serenidad —. Voy a ser claro y no quiero que te enfades: aquí dentro soy tu comandante y no puedes cuestionarme en público. Si crees que no puedes respetarlo eres libre de volver con Akane y seguir por tu cuenta. Si vas a luchar con el Skytree vas a tener que obedecerme.

Kiera se yergue como si no se lo hubiera esperado y parpadea un par de veces.

—¿Va a obedecerme, soldado? —pregunto, con voz grave.

Me preocupa que diga que no. Kiera es buena interpretando faroles y este no podría ser mayor.

No pienso dejar que vaya a matar *oni* ella sola, ni mucho menos con el perturbado de Kai.

Sin embargo, asiente con solemnidad.

—Sí, *comandante* —responde.

Vuelvo a erguirme y le concedo un poco de distancia, observando con cuidado su reacción. Sé que a Kiera Amell no se le da bien cumplir órdenes.

—Hasta ahora eras invisible —le explico—. Pero si empezamos a trabajar con el Skytree será cuestión de tiempo que la Emperatriz te encuentre, y si vuelve a pedirle consejo sobre ti a Akane no me fío de que la Bruja no vaya a hablarle de *kami* e intervenciones divinas de nuevo.

Kiera frunce el ceño.

—¿No crees que sea de fiar?

—Akane *cree* que sirve a los dioses, y ya ha demostrado que es capaz de engañar a su Emperatriz si para ella la causa lo merece. Si Echo te encuentra y habla con la Bruja, no descarto que le cuente lo interesante que eres. —Hago una pausa—. Además, es cierto que no me gustan las decisiones que está tomando Akiyama. Creo que ahora mismo es peligrosa.

Asiente lentamente, aunque no parece muy convencida.

Procuro sonreír un poco y me inclino adelante para depositar un beso en su frente.

Kiera enarca una ceja.

—¿Eso es por arrastrarme hasta aquí o por decirme que si no te obedezco me largue?

—Por todo eso y… por lo que pueda pasar ahí fuera.

Kiera resopla, pero soy capaz de ver la diversión en su mirada.

—Si ya eras insoportable como capitán, no te quiero imaginar ahora.

Me río un poco y la tensión se disipa ligeramente, pero no puedo evitar preguntarme cómo demonios haré esto. Si ya antes me costaba dirigir misiones en las que ella tomaba parte, ahora, después de haber estado a punto de perderla… va a ser una puta tortura.

—Ve al cuarto de equipamiento, voy a hacer otra llamada.

Kiera arquea las cejas.

—¿A quién quieres amenazar ahora?

Le paso un mechón de pelo tras la oreja, sin poder resistirme.

—Voy a llamar a casa. No lo había hecho hasta ahora. Cuando desperté estaba hecho polvo y no quería que me vieran así, y después todo ha ido tan rápido…

—Haces bien —me dice, con una suave sonrisa.

—Te lo preguntaría, pero sé que tú no…

Ella sacude la cabeza.

—No hay nadie fuera —responde, con despreocupación—. Te espero en la sala de equipamiento.

Después, me armo de valor y llamo a mis padres.



La llamada ha sido mucho más difícil que la de Moe Standen. Mi madre llora al verme y mi padre se emociona un poco también. Llevaban muchos días sin recibir noticias mías; solo saben lo que cuentan de Japón en los informativos y conociendo la situación del Skytree, el motín, el ataque al Palacio… imaginaban lo peor.

Les pido perdón y les cuento lo que puedo sin entrar en demasiados detalles, siendo consciente de que cualquier cosa que diga podría llegar a oídos de Andrews. No soy tan ingenuo como para esperar que esta línea sea segura.

Mi hermana Sarah, la pequeña, está en casa. Allison, en cambio, no se encuentra allí y mi madre lamenta que no les haya avisado con más tiempo para organizarlo mejor.

Les digo que tengan paciencia, que no se asusten si no vuelvo a llamar en un tiempo, y les digo que los quiero.

Cuando termino, Kiera me está esperando para pedir juntos nuestro equipo. Exijo dos trajes de la unidad de Byakko, el tigre blanco. Desconozco si existen trajes de combate sin los emblemas, pues los altos mandos no acostumbraban a acompañarnos a las misiones… pero incluso así me daría igual. Yo quiero este.

Kiera sale de uno de los vestuarios ya lista, con el traje ajustado sobre su cuerpo, las líneas violáceas que lo recorren brillantes, las botas calzadas y el cinturón táctico todavía vacío.

Verla de nuevo con el uniforme del Skytree remueve algo en mí, algo difícil de discernir. Ni siquiera sé si es bueno o si la emoción que me despierta verla preparada para entrar en combate otra vez es *angustia.*

Nos equipamos con un casco que rodea el cráneo y lleva una pantalla inteligente sobre el rostro: visión nocturna, térmica, mapas de la ciudad, y el rastro que dejan las anomalías… Nos ponemos también el comunicador en la muñeca, conectado a los auriculares del casco. Y además de un subfusil, una pistola de luz de corto alcance y una granada luminosa para las anomalías, tomamos también un *tantō* de luz y una katana consagrados.

Cuando terminamos, sobre el mostrador en el que han depositado nuestro equipo, solo queda una cosa: el veneno que, por protocolo, deberíamos llevar bajo el emblema de nuestra unidad.

Kiera me dedica una mirada prudente.

—Yo estoy lista —murmura.

Ya prometimos una vez que lucharíamos hasta el final. También hoy honramos esa promesa cuando los dos abandonamos allí el veneno.

Antes de marcharnos, sin embargo, me detengo a sacar algo del bolsillo.

Sus ojos se abren ligeramente cuando ve de qué se trata y yo me anudo la cinta dorada a la muñeca.

Kiera me sonríe.

—Yo también estoy preparado.

Unos minutos después un destacamento importante compuesto por las unidades de Suzaku y de Byakko nos dirigimos a Roppongi, a la Mori Tower maldita.

光

22

ECHO

Palacio Imperial

28 días para el solsticio de verano

Se ha acondicionado una zona de los Jardines del Este para dar cabida a la reunión. Los *daimyō* de todo Japón se encuentran aquí. Algunos clanes intentaron negarse, alegando la imposibilidad de abandonar sus tierras en medio de una crisis semejante, pero mis órdenes han sido tajantes y, salvo dos, todos los herederos están presentes hoy aquí.

No se ha celebrado una cumbre así en décadas. La última que los convocó a todos tuvo lugar con mi coronación, cuando solo tenía doce años.

Y el paso hacia el templo es muy distinto a como lo fue entonces.

Hoy camino sola, igual que aquel día, pero ya no estoy asustada.

He ignorado las recomendaciones del gabinete de imagen y han

confeccionado un kimono tal y como yo se lo he pedido: colores rojos y negros, y en las mangas y la parte superior franjas blancas adornadas con motivos dorados que se extienden por toda la tela hasta el centro, donde Suzaku, el ave fénix, alza el vuelo envuelto en llamas.

El fuego, la transformación, el *renacimiento.*

Mi Imperio renace hoy, por eso lo he escogido. Quienes están pendientes de qué y cómo lo llevo deben de estar pensándolo ya.

No hay cámaras. He prohibido expresamente cualquier dispositivo. Los guardias han cacheado a todos los invitados, sin importar su condición, antes de pasar al recinto.

Todos se han reunido en los jardines acondicionados para el evento formando la pasarela que ahora cruzo mientras unos tambores marcan el ritmo.

Los herederos de los *daimyō* asisten en primera fila; los más importantes, ordenados por estatus, poder o riqueza, se encuentran más próximos al templo, cuya entrada ha sido preparada también para acoger la reunión de hoy.

Reconozco todos los rostros de las primeras filas. Aunque hace años que no veo a algunos, desde pequeña parte de mi trabajo ha sido conocer las caras de quienes podrían otorgarme o arrebatarme el poder.

También han acudido mis hermanos, pues muchos de ellos son ahora los herederos de sus clanes.

Descubro a mi hermana Midori, del clan Hokke, que ya ha cumplido dieciséis años. El resto de su clan la rodea. Un poco por detrás, pero muy cerca, veo a Iemitsu, que tiene dos años menos. Su madre, Shinobu, una de las concubinas del antiguo Emperador, se

yergue tras ella. A su lado, Tatsuki Hokke, su hermano pequeño y mi antiguo amante.

Más adelante, encuentro al clan Nijō, a quien pertenece la Emperatriz viuda, esposa oficial de mi padre. Sus hijos habrían gobernado si hubieran sobrevivido, pero todos murieron poco después de nacer.

Por eso estoy aquí ahora.

Allí encuentro también el rostro conocido de Mai, la sobrina de la viuda, que me contempla al pasar con creciente preocupación.

Yaku Kageyama también debe de estar por aquí, aunque no la ubico entre la gente. Igual que ella, otros amantes que han ido y venido se reúnen aquí con el resto de la corte, expectantes; pues nadie sabe muy bien qué esperar de esta cumbre que solo se celebra cuando muere un emperador.

Mi hermana Sayoko, del clan Niwa, se halla muy cerca del templo. Tiene dieciocho años y es tan guapa como la antigua concubina Seijun. Tiene rasgos de muñeca, barbilla estrecha, boca pequeña y unos ojos enormes con los que observa todo como un cervatillo asustado.

También mi consorte se encuentra entre los *daimyō* como representante del clan Satake.

Por último, en primera fila, muy cerca de las escaleras que me llevan a la entrada del templo, distingo a mi hermano mayor:

Ryosuke Mōri, que a sus veintiocho años es la viva imagen de mi padre.

Es alto como lo fue él, mucho más que yo, que también heredé de él una altura mayor que la media de las mujeres japonesas. Los ojos negros, expresivos, están enmarcados por cejas que incluso un poco

despeinadas no le restan atractivo a un rostro simétrico, de piel ligeramente morena. El pelo, negro y corto, lo lleva peinado con una raya a un lado, y varios mechones se desprenden y le caen sobre la frente.

Viste como un samurái, no como un político ni un gran señor, aunque en las telas del traje se advierte la riqueza del tejido.

Ha combinado el traje tradicional con placas de cuero de una armadura que no se le parece a las antiguas y más toscas. Del cinturón cuelgan cuatro piezas que protegen sus caderas y apostaría que, aunque no se ven, ha atado cuero a sus piernas bajo el *hakama*. La parte superior del kimono es sobria, de un color gris oscuro, pero la armadura que le cubre el pecho y los hombros luce el *kamon*, o emblema, de su clan: *hayabusa*, el halcón que abre sus alas hacia arriba, formando un círculo perfecto con ellas.

Otros han venido también con un atuendo más o menos marcial, pero pocos se han atrevido a tanto. Puedo imaginar lo que sus asesores de imagen habrán opinado sobre que Ryosuke se haya presentado así vestido.

Sus ojos negros se cruzan un segundo con los míos mientras subo los escalones de la entrada y camino hasta el trono que han colocado, pero me quedo de pie.

Desde aquí arriba veo la totalidad del jardín; las filas apretadas de las personas más poderosas del Imperio, agrupadas de tal forma que puedo ver claramente dónde acaba un clan y empieza el otro. Mi Guardia Imperial bordea el perímetro en varias secciones, cerrándolo por completo.

Apenas queda una hora para el anochecer; una hora de luz que hace que cada segundo cuente y que hará que a medida que avance

el tiempo todos se pongan un poco más nerviosos.

Ese miedo corre por nuestra sangre. Desde que nacemos nos enseñan a ser precavidos con las sombras, a calcular el tiempo, a no dejar nada al azar cuando se trata de la luz.

Los tambores siguen imponiendo un ritmo frenético cuando yo ya me he detenido en lo alto del templo. La intensidad aumenta hasta que rompen y todo queda en silencio.

No se escucha un alma; ni siquiera cantan las cigarras.

La brisa me acaricia el cuello y un escalofrío me baja por la espalda, aunque el ambiente sea cálido.

—La guerra es una realidad —empiezo, proyectando la voz, y les doy unos segundos para que la gravedad de mis palabras cale en ellos—. Por eso os he convocado. La paz ha terminado y si queremos recuperarla debemos aunar fuerzas frente a la oscuridad. Durante muchos años esta la han encarnado las anomalías. Hoy, debemos protegernos de un mal aún más terrible: Raine Andrews, sus bombas de luz, y todo el mundo exterior. Algunos habéis mostrado vuestras reservas para venir a esta reunión, pero habéis acudido a la llamada de vuestra Emperatriz porque sabéis que la unión es imprescindible en época de guerra. A vosotros, os doy mi gratitud. Vuestra lealtad no será olvidada.

Bajo la cabeza en señal de respeto. No podría considerarse una reverencia como tal, pero es suficiente para mostrarme humilde, cercana y agradecida, y permito que todos los presentes beban del gesto y se sientan honrados por él.

Luego, me yergo.

—Tampoco será olvidada la desobediencia de los dos clanes que se han negado a acudir a mi llamada. —Hablo alto, rápido—. Los

clanes Ōkura e Ishida serán despojados inmediatamente de sus tierras, sus bienes les serán embargados y durante tres generaciones tendrán prohibido empuñar arma alguna.

Un murmullo estalla entre el público. Se miran unos a otros, incrédulos, sin atreverse a alzar demasiado la voz.

—Ese es el precio de no apoyar al Imperio, de no apoyarme a mí. Si os he reunido es porque la guerra exige sacrificios y a partir de hoy los clanes aunarán sus fuerzas para expulsar a Raine Andrews de cada rincón de la isla. A todos vosotros se os ha asignado un deber con el que habéis de cumplir para salvaguardar la estabilidad. Hoy ha llegado el momento de que decidáis si lucharéis por vuestra Emperatriz o si creéis que no estáis a la altura y, por lo tanto, que no merecéis los privilegios de pertenecer a un clan.

Hago un gesto con la mano y la tela roja se ondula en el aire mientras doy paso a un portavoz.

Les doy a todos la espalda, camino hasta mi trono y me dejo caer en él mientras el hombre se aclara la voz y comienza a dictar:

—¡Al clan Atagi de Hokkaido se le encomienda defender su prefectura! ¡Todos sus guerreros se unirán al ejército de la Emperatriz! ¡Heredero del clan Atagi, un paso al frente! ¿Cumplirá su deber con honor?

La confusión se abre paso entre los asistentes, que se miran unos a otros hasta que en medio de la extrañeza un hombre de unos cuarenta años rompe la fila, se planta en medio y me dedica una reverencia profunda.

—¡El clan Atagi cumplirá su deber con honor! —declara, con un grito.

Le devuelvo el saludo, un asentimiento que debe honrarle.

El portavoz no espera a que regrese a su lugar para leer el siguiente nombre. Los tambores vuelven a sonar con su ritmo marcial, marcando un tono apresurado, motivado por la caída del sol.

Impongo una toma de decisión rápida. Eso es lo que deseo. Nadie tiene tiempo de meditar, porque en realidad no hay elección. Cumplirán mis órdenes o serán degradados y despojados de todo su patrimonio y honor.

Todos responden rápido. Algunos lo hacen con cierto entusiasmo y aceptan con verdadero honor su función en esta guerra. A otros no debe de gustarles el rol que les pido, pero han de tolerarlo igual.

—Al clan Kiyowara de Kioto se le encomienda la redistribución de recursos en toda la región de Kansai para prevenir hambrunas y plagas. Heredera del clan Kiyowara, un paso al frente. ¿Cumplirá su deber con honor?

—¡El clan Kiyowara cumplirá su deber con honor! —exclama, con potencia.

Algunos han de poner sus armas a mi servicio, otros han de compartir recursos. A los clanes más poderosos los envío a las cinco bases navales que colindan con las Puertas del Infierno y que han sido siempre las encargadas de salvaguardar su integridad.

Es esta decisión la que más revuelo causa, aunque nadie se atreve a cuestionar nada.

Antes de marcharse, el rebelde Markel Sagastizabal les aseguró a mis asesores que para un bombardeo aéreo primero deberían encontrar la forma de deshabilitar las Cinco Puertas del Infierno, y eso solo puede hacerse desde dentro.

«No estar preparada significa *morir*».

Así que yo me preparo para todo.

Cuando el mundo entero abandonó a Japón en la oscuridad, mi abuelo tomó la decisión de no incitar a la guerra, asegurar que sus súbditos cumplieran con el asedio e impedir que su pueblo se rebelara porque en ese momento creyó que la sumisión sería una vía más segura para garantizar la supervivencia.

Ahora Raine Andrews la ha puesto en peligro y cada vez hay menos motivos para agachar la cabeza.

Los *daimyō* lo saben y algunos ya se relamen ante el olor de la sangre.

La gente ya ha empezado a mirar al cielo, en busca de los últimos rayos de luz, cuando el portavoz llega al último clan.

—Al clan Mōri de Kioto se le encomienda la protección de Minami Torishima, la «Isla de los Pájaros del Sur». Todo el clan, así como la totalidad de sus guerreros, deberán abandonar sus residencias y trasladarse inmediatamente a la isla. —Esta vez, el murmullo es intenso y el portavoz ha de alzar el tono para acabar. Incluso así, es difícil oírlo por encima del sonido de las voces—. Heredero del clan Mōri, un paso al frente. ¿Cumplirá su deber con honor?

Todo el clan está agitado. Se revuelven con nerviosismo y en ellos no hay nada de la discreción con la que de cuando en cuando algún asistente desconcertado ha roto el silencio para comentar mi decisión.

Tienen motivos para estar nerviosos.

La Isla de los Pájaros del Sur no tiene *nada.*

Con un área de apenas un kilómetro doscientos, la isla no alberga habitantes.

Si hay luz en ella es porque tenemos una estación de radio y un

centro meteorológico que solo se visita dos veces al año.

El silencio, que ahora es roto por los gritos, las exclamaciones e incluso algún llanto, me concede unos segundos para fijarme en los miembros del clan.

Una mujer mayor ha perdido el sentido, y otras dos jóvenes tratan de abanicarla para que vuelva en sí. Un hombre ha agarrado a otro del brazo mientras le grita algo al oído y este se lleva la mano a la cabeza, con la mirada perdida, mientras niega una y otra vez. Algunos claman, otros lloran. Hay quien se ha tirado al suelo.

Un niño que no tendrá más de ocho o nueve años mira a su alrededor con los labios temblorosos sin saber qué hacer. Su imagen me inquieta, pero ya he tomado mi decisión y dejo de mirarlo para volver a levantar un muro de piedra a mi alrededor antes de centrarme en el hombre que da un paso al frente.

Ryosuke no se contenta con llegar al centro.

El sol a punto de partir recorta su figura justo frente a mí, a un paso de las escaleras que llevan al trono.

No va armado. No lo he permitido.

Se planta delante, regio, con los puños cerrados a ambos lados del cuerpo y los ojos negros desafiantes antes de declarar:

—¡El clan Mōri se niega a aceptar semejante ultraje y exige que su majestad reconsidere la petición!

Los jardines se quedan en silencio de nuevo.

Las cigarras enmudecen.

Todos vuelven su mirada hacia nosotros.

Y yo me fijo bien en mi hermano, en ese hombre que no se convirtió en Emperador porque su clan era más poderoso que el mío… Ese clan que Raine Andrews quiere colocar ahora en el poder.

Me pongo en pie lentamente para permitir que Suzaku, el ave fénix de mi traje, sea visible para todos, y camino hacia la entrada muy consciente de cada segundo que les hago perder frente a la creciente oscuridad.

Luego, abro la boca y soy tajante:

—No.

Siento el temblor bajo mis pies, pero yo no temo a la erupción de ninguna montaña.

Noto el movimiento nervioso, el horror en los rostros de quienes comprenden lo que acabo de hacer.

Mi hermano no me aparta la mirada cuando vuelvo a preguntar, con dureza:

—¿Acepta o no el clan Mōri su honor?

Aprieta la mandíbula. También él responde de forma brusca y sonora:

—¡No!

—Tal afrenta no será tomada como un desacato, como en el caso de los clanes que no se han presentado hoy. El clan Mōri le debe más respeto y lealtad a este Imperio que ningún otro. Incumplir mis órdenes en estado de crisis será considerado *traición.*

—¡Ese destino es un castigo por un crimen que *aún* no hemos cometido! ¡No lo aceptaremos, no lo dejaremos todo para vivir apartados del mundo!

La elección de palabras no me pasa desapercibida. Siento la amenaza en la piel.

—¿No? —pregunto, con voz suave—. ¿Esa es su respuesta como heredero del clan?

Ryosuke entrecierra los ojos negros, frunce el ceño y sostiene mi

mirada. Esta vez lo medita. A su favor he de decir que cuando guarda silencio no lo hace por él.

Sin embargo, conozco esa mirada, no en vano por nuestras venas corre la misma sangre, y sé lo que va a responder.

—Esa es mi respuesta.

Inspiro con fuerza. Una ráfaga de viento inesperada agita su kimono oscuro y se desliza después por las telas rojas de mi traje. Durante unos segundos ese color lo inunda todo, como una lluvia de pétalos carmesís.

—¡El clan Mōri de Kioto será ejecutado hoy mismo por alta traición! —declaro—. ¡Guardias! ¡Apresadlos!

Se oye un grito, el primero de todos.

Luego, los guardias se mueven y cuando el resto de voces se alzan el sonido queda eclipsado por el ruido de las botas y el entrechocar de las armas.

—¡Quien interfiera estará firmando la condena a muerte de todo su clan! ¡La guerra exige sacrificios y quien no esté dispuesto a aceptarlos no tiene cabida en este Imperio!

Algunos asistentes intentan huir al principio, pero una parte de los soldados les impide el paso y todos comprenden que han de quedarse como testigos.

Y Ryosuke sigue mirándome, me taladra con esos ojos despiadados hasta que un grito más agudo resuena por encima del resto y vuelve la cabeza con horror hacia el lugar que ocupaba su clan.

La primera muerte tiene lugar.

Una mujer cae de rodillas al suelo. Tiene el kimono rosa empapado en sangre, con una línea diagonal que le abre el pecho de arriba

abajo. Su rostro queda blanco al instante, sus ojos vacíos, y apenas es capaz de resistir de rodillas antes de desplomarse por completo sobre la hierba.

Otro hombre grita, los guardias intentan tomarlo por la fuerza para arrastrarlo frente al resto, pero se resiste y dos katanas lo atraviesan allí mismo.

De pronto, Ryosuke rompe el silencio con un bramido desgarrador. Se lanza hacia ellos, pero otros guardias le salen al paso, intentan apresarlo y obligarlo a arrodillarse para ejecutarlo en el suelo.

No lo consiguen.

Ryosuke es un gran guerrero y yo era consciente de ello, pero algo más aparte del entrenamiento y la disciplina lo mueve hoy, porque esa ira es antinatural cuando se zafa de un guardia y después de otro, roba una katana, desgarra las tripas del primero, atraviesa el pecho del segundo y degüella a un tercero. Mis soldados se lanzan hacia él y Ryosuke se deshace de ellos convertido en un torbellino de seda gris y cuero negro, donde el halcón de su *kamon* brilla con los últimos rescoldos del sol.

Sube un escalón. Mata a un guardia.

Alcanza al siguiente.

Un soldado consigue inmovilizarlo un instante, lo suficiente para que otros dos suban al templo saltando la pasarela.

Jamás he visto a nadie derrotar y librarse de tantos contrincantes a la vez, pero Ryosuke ya no parece humano. Al menos, la rabia que lo embarga no lo es y, de nuevo, consigue librarse de los guardias que me defendían y sube el último escalón que lo separa de mí.

Desenfundo el *tantō* que llevo amarrado al muslo.

Y en medio de los gritos de socorro, los aullidos de dolor y el terror

que inspiran los sonidos cortantes de las armas al cercenar la carne, mi hermano logra abrirse paso hasta mí, se lanza con la katana robada en alto y yo interpongo el filo de mi arma entre los dos; pero el ataque es más poderoso de lo que imaginaba y me obliga a retroceder, perdiendo apoyo.

Ryosuke aprovecha la debilidad, vuelve a atacar y esta vez su ira hace que mi *tantō* salga despedido a un lado. Grita, furioso, y caigo al suelo intentando alejarme de él. Solo entonces siento el gélido aliento de un Shinigami acechando. La muerte espera, ansiosa.

Curiosamente, no tengo miedo. Solo oigo una voz rabiosa gritándome que he de sobrevivir, que necesito mantenerme con vida cueste lo que cueste.

Ryosuke se abalanza sobre mí, yo me echo hacia atrás y cuando creo que estoy perdida otro guardia lo intercepta.

El grito que suelta es de pura frustración. Alguien me agarra del codo y estoy a punto de defenderme, pero reconozco enseguida el uniforme de la Guardia Imperial. Intentan sacarme de aquí, pero no les dejo. Quiero ver esto.

Debo verlo.

Acorralan a Ryosuke, que ha de saltar del templo para huir.

Corre en dirección contraria mientras los guerreros lo persiguen y la gente se hace a un lado, asustada, cuando rompe la primera hilera.

Echa a correr por los jardines.

Me acerco a la pasarela para observarlo.

No llegará muy lejos.

Los gritos a mis pies han cesado. Se oye el sonido de un cuerpo al desplomarse y me giro para contemplar el resultado: la sangre, el silencio y los cuerpos diseminados sobre el césped. Algunos han sido

heridos en el mismo lugar en el que se encontraban; otros han intentado huir y han sido alcanzados igualmente.

Ahora los asistentes se apiñan lo más lejos posible del templo, a una distancia considerable de ese montón de cuerpos.

El silencio denso y pastoso que precede a la noche se ve interrumpido por el llanto de un niño.

Mis ojos lo encuentran frente a mí, acompañado por dos guardias que lo agarran de los hombros.

Está desconsolado. Llora sin tregua, incapaz de dejar de mirar los cadáveres de su familia.

Mis hombres esperan instrucciones y yo me doy cuenta de que he de intervenir.

Vuelvo a alzar la voz:

—¿Cuántos años tienes?

Suena extraña en medio de este silencio.

—Ocho… —balbucea, sin dejar de llorar.

Apenas puede frotarse las lágrimas de los ojos, porque los guardias no permiten que mueva los brazos.

—¿De qué rama de la familia era el apellido Mōri?

El niño estalla en un llanto desagradable, que me taladra los tímpanos y me hace sentir *incómoda*. Ojalá se callara.

—¡Responde! —insisto.

—De mi… de mi… madre.

—¿Cuál era el clan de nacimiento de tu padre?

El niño no responde y yo me impaciento. Dedico una rápida mirada a los guardias, pero no llego a ordenar nada.

—¡Nagao! ¡El clan de su padre era Nagao! —grita una mujer entre el público. Una anciana se abre paso entre el resto, una mujer que

lleva recogido el pelo completamente cano y un kimono negro, sobrio y elegante—. Soy tía de su padre, del clan Nagao de Kioto.

Intenta acercarse al niño. Nadie se lo impide, pero los soldados la vigilan de cerca, pendientes de mis órdenes.

Miro al niño.

—Desde ahora perteneces al clan Nagao —declaro—. Si alguna vez pronuncias el nombre del clan de tu madre serás ejecutado también por traición.

Asiento en dirección a los soldados, que sueltan al niño; pero este no reacciona. Se queda inmóvil salvo por el llanto descontrolado que le mueve los hombros y el cuerpecito.

Es la anciana la que se apresura a llegar a su lado, tomarlo de la mano y envolverlo entre sus brazos como puede para sacarlo de mi vista.

Miro arriba, al firmamento cada vez más oscuro.

—¡El día ha llegado a su fin! Mañana retomaremos la reunión. Reflexionad sobre qué papel queréis tener en esta guerra y si sois dignos de defender vuestro Imperio.

Nadie se atreve a moverse. No, al menos, hasta que bajo las escaleras, me abro paso entre los cadáveres y la sangre que riega los jardines imperiales y dejo atrás al niño huérfano y a los asistentes.

—Cuando encontréis a Ryosuke matadlo en el acto —le digo a un guardia que se me acerca—. No lo necesito con vida, pero sí quiero ver su cadáver.

Este asiente, y sale corriendo para dar la orden.

Yo me alejo de los jardines mientras cae la oscuridad.

Un velo rojo aún lo cubre todo.

He pasado la noche en vela esperando que la Guardia Imperial diese con Ryosuke.

No lo ha hecho.

Se ha escabullido como una rata, y ahora que ha amanecido es más probable que escape de nosotros de forma permanente.

Los guardias han registrado cada rincón iluminado de Palacio; pues mi hermano no podía haber huido muy lejos. Pero se ha escondido bien… o alguien lo ha hecho por él.

El rocío humedece los Jardines del Este. Con las primeras horas del sol de mayo, los guardias arrastran los cadáveres del clan Mōri para subirlos a un camión y destruir los cuerpos.

No puede quedar nada de ellos, ni siquiera puede haber tumbas: quienes querrán convertirlos en mártires no deben encontrar un lugar en el que honrarlos. Es necesario que desaparezcan. Igual que es necesario que Ryosuke muera.

De lo contrario, la muerte de este clan no habrá servido de nada.

Aprieto los puños y doy media vuelta camino de Palacio escoltada por guerreros que ahora me siguen muy de cerca. Cuando llego a mi destino, sin embargo, les pido que aguarden en la puerta.

No llamo antes de entrar, y quizás eso sea lo que provoque el grito ahogado, los ruidos apresurados y, al fin, cuando me topo con ella en el dormitorio, ese rostro desencajado y pálido.

En cuanto la miro a los ojos, sé que Alexa se ha enterado ya de lo ocurrido anoche.

Era consciente, cuando tomé la decisión, de que algo así no podría ocultárselo, pero tenía la esperanza de poder hablarlo con ella antes de que escuchara los rumores.

La fuga de Ryosuke y la búsqueda intensiva de mis guardias me

han arrebatado esa posibilidad.

Así que no sé bien cómo abordar el tema.

—Alexa —pronuncio su nombre con suavidad—. Es temprano para que estés despierta.

Echa un rápido vistazo a las puertas que dan al jardín, que quedan entreabiertas, y luego vuelve a mirarme.

—Tus guardias no me han dejado dormir mucho —responde, con voz aguda.

También yo miro las puertas. La brisa que entra por ellas arrastra los bajos del kimono que aún no he cambiado. Al fijarme, descubro una mancha carmesí que pasaba desapercibida entre los tonos rojizos de los dibujos.

No sé si Alexa la ha visto, pero cuando la miro sus ojos parecen aún más grandes, sus pupilas se han dilatado y ese rostro ahora pálido ha recibido el beso inconfundible del miedo.

La odio un poco porque sé que me teme a mí.

—¿Alguien te ha contado qué ha ocurrido?

Doy un paso hacia ella, para probarla.

Alexa no retrocede.

—¿Te refieres a cómo has conseguido que todos los clanes te obedezcan? —Hace una pausa, traga saliva—. ¿O hablas de la masacre?

La palabra se me clava entre las costillas.

No me gusta la forma en la que me mira, como si tuviera que armarse de valor, como si temiera mi ira, como si creyera… que soy peligrosa para ella.

—Esta noche he hecho sacrificios —reconozco, con prudencia—. Y he odiado cada segundo, pero la Historia me ha enseñado que a

veces algunos inocentes han de perder la vida para salvar la de otros.

Sus labios se contraen un segundo, solo uno, antes de convertirse en una línea recta.

Está aterrada, pero a pesar de eso es capaz de guardar las apariencias. Y yo odio esa valentía que no debería necesitar; no conmigo.

—Un daño colateral —musita—. ¿Eso es lo que ha ocurrido con esa mujer de setenta y siete años? ¿O con ese muchacho que tenía mi edad? ¿Qué hay del niño que se ha quedado sin padres, sin hermanos, sin familia…?

—Ese niño ha sobrevivido —replico—. Y en realidad sé que no debería haberlo dejado marchar, pero lo he hecho porque no quería matarlo, no quería matar a ninguno. En cuanto a los demás… no puedes ser tan ingenua como para subestimarlos por su edad. Yo tenía solo doce años cuando ascendí al trono. Cualquiera de las personas que han perdido la vida esta noche podría haberme arrebatado el poder, haber desatado la guerra, o haber llevado Japón a la oscuridad…

—¿Te sientes más cómoda usando eufemismos para no reconocer que los has matado? —masculla, entre dientes.

Se oye un crujido de madera que me hace girar la cabeza; así de tensa estoy, pero Alexa no me permite perder la concentración.

—¡Mírame! —exige—. Has tomado una decisión, ¿no? Ahora has de afrontarla. No seas cobarde.

Aprieto los nudillos.

—¿Crees que no soy consciente de lo que he hecho? ¿Crees que ha sido fácil? Lo he meditado mucho, lo he meditado cada segundo de los últimos días, pero Raine Andrews no me ha dejado otra opción.

Doy un paso adelante y Alexa se yergue como si mi cercanía fuera una amenaza.

—Siempre hay otra opción —musita, con la voz estrangulada—. *Siempre.*

Se le llenan los ojos de lágrimas y a mí me embarga la ira.

No me escucha. No quiere hacerlo.

En su universo todo es blanco o negro, no hay lugar para los grises. No entiende que para que yo viviera, para que viviera mi Imperio, esas personas debían morir.

Y ahora está al borde del llanto, aterrada *por mí.*

No es justo. No debería ser tratada con miedo. No debería ver esos ojos asustados, ni esos dedos temblorosos.

No. No me lo merezco.

—Márchate —le pido, armándome de valor—. Si no te gusta mi forma de gobernar puedes abandonar el Palacio.

Alexa aprieta los puños. Toma aire como si hubiera recibido un golpe y comprendo que se lo está pensando y que quizá la idea no le disguste del todo.

Fuera las cigarras han dejado de cantar y aunque el viento ya no agita los bajos manchados de sangre de mi kimono sí mueve un *furin* cuya campanilla llena el silencio hasta que un nuevo crujido de madera me hace girar el rostro inevitablemente hacia el exterior.

He dado un paso hacia allí casi sin pensar cuando, de pronto, Alexa se interpone en mi camino y me toma el rostro entre las manos antes de ponerse de puntillas y robarme un beso que sabe a la sal de sus lágrimas, al miedo de sus entrañas y a un dolor que al principio me parece horrible y luego… luego hago mío.

Le paso las manos por la cintura y dejo que tome cuanto quiere de

este beso envenenado. Sus dedos me aprietan las mejillas, me mantienen presa contra su boca como si yo fuera a querer terminarlo.

No quiero.

No deseo otra cosa que besarla, fingir que es solo deseo lo que mueve sus caderas cuando se aprietan contra las mías, y que no hay rabia ni resentimiento en ninguno de sus gestos.

Que ese quejido que escapa de su garganta no está lleno de pena, que la sal de sus labios no procede de su dolor y que la desesperación con la que sus manos bajan hasta mi cintura y se abren paso a través de la tela no la provoca la incomunicación.

Tomo el control cuando no es capaz de soltarme el kimono y soy yo quien lo desata antes de quitarle los pantalones cortos y meterle las manos bajo la camiseta para explorar su piel desnuda.

La arrastro a la cama de sábanas revueltas y Alexa se sienta a horcajadas sobre mí mientras mueve las caderas hasta que nuestros cuerpos encajan. Aún me besa cuando deslizo los dedos bajo su ropa interior y la acaricio entre las piernas.

Tiene las mejillas húmedas cuando gime y echa la cabeza hacia atrás, pero eso no me detiene; tampoco a ella, que me empuja con suavidad y me obliga a tumbarme mientras me recorre el cuello con la lengua y continúa bajando, acompañando el camino que trazan sus labios con caricias que hacen más fácil dejar de pensar: en la guerra, en las muertes que he provocado, en los sacrificios que he tenido que hacer y en los ojos de Alexa mirándome con terror.

Cuando llega al orgasmo no le permito detenerse; no estoy preparada para enfrentarme al silencio que vendrá después. La beso de nuevo, la agarro del pelo, me pongo sus piernas en los hombros y

la devoro hasta que vuelvo a llevarla al límite, una y otra vez, caminando de puntillas sobre la cuerda floja; todo con tal de posponer la realidad un minuto más, una caricia, un beso…

Segunda parte

BLANCO SEDA

光

23

KAI

Palacio Imperial

27 días para el solsticio de verano

Me lo he cargado.

Mierda.

No ha sido a propósito, claro, pero… Oh, joder. Kiera se va a cabrear.

Suelto al alto mando del Skytree, que cae al suelo blandamente. Los ojos abiertos de par en par, la sangre manando de una boca entreabierta.

Lo he puesto de pie para amenazarlo, se ha revuelto y… sencillamente se me ha ido de las manos.

Además, el otro no deja de gritar con esa voz que me está taladrando los tímpanos.

Los oficiales han accedido a seguirme sin hacer preguntas y ahora

uno de ellos yace en el suelo mientras que el otro, el gritón, intenta echar a correr, pero se tropieza una y otra vez por la impresión.

Nos encontramos en los túneles de Palacio y debo salir ya. Después de la reunión que Akiyama organizó ayer, el Palacio está más revuelto que nunca y me temo que salir no será tan fácil como entrar.

El oficial, un hombre de unos cuarenta años, algo más alto que yo, delgado y con barba, cae de bruces al suelo cuando va a tomar un camino y se da cuenta de que más adelante está oscuro.

Me agacho, lo agarro del hombro y lo giro antes de apuntarlo con Onimaru.

El hombre gimotea.

—¿Vas a decirme tú algo? —inquiero—. No tengo mucho tiempo, ni paciencia.

Me llevo la mano a la sien, que empieza a dolerme de forma bastante agresiva.

Y Akane tiene mi medicación; Kiera la dejó a su cargo antes de marcharse, porque no se fía de un puto yonki.

Me cago en la puta.

—No sé nada —balbucea y sacude con fuerza la cabeza—. ¡Yo no sabía nada! ¡No tenía ni idea!

Le clavo a Onimaru bajo la clavícula y el hombre suelta un aullido de dolor.

Aprieto la mandíbula. Si sigue gritando así puede que lo mate solo para que se calle.

—Todos los altos mandos lo sabíais. —Le hago un gesto con la mano para que abrevie—. No había uno solo que no estuviese enterado, porque no ascendían a nadie que no fuera a seguir el plan.

Eso ya lo sabemos, así que ahórratelo.

—Yo no, de verdad que… ¡AH!

Suelta otro alarido cuando le saco la katana para hundírsela bajo la otra clavícula.

¿Lo habrán oído desde Palacio?

—O me dices algo interesante o te quedas aquí a hacer compañía a tu amigo. —Señalo el cadáver que se desangra a mi espalda—. No te mataré; solo te mutilaré un poquito, lo justo para que no puedas moverte. Por aquí abajo hay *oni*, ¿sabes? Están muy ansiosos desde que estalló la guerra.

El hombre mira atrás con ojos asustados.

—No sé nada de las bombas —balbucea. Un espumarajo de saliva se le queda colgando de la barba—. Solo me dijeron que si colaboraba me salvaría.

—¿Cómo? —insisto, seco—. ¿Cómo te salvarías?

—Nos iban a sacar de Japón unos días antes.

—¿Cuándo?

—Eh…

Le hundo la espada en la misma herida y el tipejo aúlla.

—¡En junio! —grita—. ¡Íbamos a marcharnos en junio! ¡Antes del 21!

—No me estás dando nada que no sepa —le digo, empezando a hartarme—. ¿Desde dónde escaparíais? ¿Cómo ibais a cruzar las Cinco Puertas del Infierno?

Si es cierto que no tiene ni idea de dónde guardan las bombas, entonces necesito sonsacarle cualquier otra información, algo que ayude a Markel con la predicción, u otro hilo que nos diga por dónde seguir.

Se nos agota el tiempo.

—¡No lo sé! —grita, fuera de sí—. ¡Llegado el momento iban a buscarnos y a sacarnos de la isla, pero no nos dijeron cómo!

Suspiro y hago girar a Onimaru en la mano, que se ilumina por la anticipación.

—¡Decían que cuando las bombas estallaran estaríamos ya fuera…!

Me detengo. A una parte de mí le horroriza pensar que pueda seguir dando voces.

Además de la cabeza empieza a dolerme el resto del cuerpo.

—¿Cómo os hablaron de las bombas? —pregunto, con cuidado, para no influir en su respuesta—. ¿Qué os dijeron cuando os contaron lo que pretendían?

—Eh… —vacila. Sus ojos saltan de la katana a los míos—. No lo recuerdo exactamente… Hablaron de una purga, una limpieza, sacrificio necesario…

—Sí, sí… —Lo apremio con un gesto de Onimaru—. ¿Y?

—Dijeron que harían estallar unas bombas de luz, que mucha gente moriría, pero que era imprescindible para liberar al resto del mundo de las anomalías.

—¿Iban a detonar las bombas o iban a lanzarlas? —pregunto, impaciente.

Alexa Lalanne siempre habló de bombardear Japón, pero puede ser que ella lo hubiera interpretado así.

Markel ha revisado de nuevo los documentos y las pruebas que trajo, pero no ha encontrado ninguna pista que nos diga si las bombas se encuentran ya dentro de Japón o no.

—Detonarlas… Creo. No lo sé… Solo mencionaron… Yo no…

Suspiro. Agarro a Onimaru con fuerza y la hundo en un costado

del tipo, que vuelve a gritar con una mezcla de pánico y dolor.

Se la saco antes de que se revuelva y se haga más daño él solo. Patalea en el aire, intenta darse la vuelta y se arrastra por el suelo hacia uno de los túneles oscuros.

Yo le piso la rodilla. Me agacho frente a él.

—¿Quién se comunicaba con vosotros? ¿Era Raine Andrews?

—No, no… —Sacude la cabeza, muy pendiente de Onimaru, que emite un brillo azulado y fantasmal—. No conocimos a Andrews. Las personas siempre cambiaban. No nos dieron nombres, creo que para evitar que contactáramos nosotros…

—¿Os reuníais en Tokio?

—No. Siempre por videoconferencia. Eran de fuera, creo —responde.

—Mierda. ¿Quién organizaba esas llamadas? —pregunto, sin mucha esperanza.

El hombre alza el brazo y sigo con la mirada la dirección que señala; el lugar donde se encuentra el cadáver del otro oficial.

Me froto los ojos.

Otro puto callejón sin salida.

—¿Hay alguien más aquí dentro que estuviese ligado a Raine Andrews de alguna forma? —inquiero.

—No… —gimotea—. No que yo sepa…

—¿Entiendes que si no me das algo interesante en los próximos segundos te voy a decapitar?

Se queda blanco.

—¡Te he dicho todo lo que sé! —grita y su voz vuelve a sonar demasiado estridente.

—No es suficiente —lo presiono.

—¡Hijo de puta! —brama, e intenta darme una patada.

Se revuelve, grita y yo levanto la katana para amenazarlo con ella cuando, de pronto, intenta echar a correr.

No sé qué pasa primero.

Si es ese grito de mierda que me taladra la cabeza, el tropiezo del oficial, el mío o… El caso es que le atravieso el estómago con Onimaru.

Hago una mueca mientras le veo llevarse las manos a la herida sangrante.

—Ayúdame —balbucea—. Ayúdame, no puedes, no…

Me inclino sobre él. La verdad es que no pretendía matarlo yo mismo, pero me da bastante igual.

—Vi tu ficha del Skytree —comento, mirando cómo la sangre mana de la herida—. Sé por qué te destinaron a Tokio. Eras un cabrón de mucho cuidado, ¿eh? Me sorprende que no te mandaran directo a la silla eléctrica.

—Tengo dinero y contactos. Si me sacas de aquí con vida puedo…

—¿Sabes algo más de las putas bombas?

El tipo se queda con la boca abierta, el rostro contraído en una mueca de espanto y dolor.

—Me sorprende que todavía intentes negociar por tu vida —le digo, y le doy la espalda—. A juzgar por las cosas que les hiciste a tus víctimas sabes perfectamente que esa herida te va a matar en pocos minutos.

Echo a andar y me alejo cuanto antes de los gritos.

Aunque ya haya visto cómo los guardias peinan esta zona nada me dice que no vayan a volver. Hoy están erráticos.

Cuando me asomo a la salida de los túneles avisto a los soldados

que patrullan la zona y calculo si podré salir de aquí sin que ninguno me vea.

La reunión que organizó Echo Akiyama jugó a mi favor anoche, cuando la seguridad estaba concentrada en los Jardines del Este, pero parece que ahora las tornas han cambiado.

Cronometro un par de rondas de los guardias, que son más rápidas de lo que me gustaría, y estoy vigilando la tercera cuando un movimiento con el que no contaba me pone alerta.

Sin embargo, quienes se acercan corriendo a las murallas no son guardias.

Distingo cuatro siluetas, dos de ellas muy bajitas. Y aunque uno de ellos viste ropas de guerrero, pantalones *hakama*, un kimono ceremonial y piezas de cuero a modo de armadura, los otros son civiles.

No les veo las caras y a pesar de que desde aquí no debería reconocer a nadie, hay una parte de mí que se activa en cuanto ve correr a la mujer, una parte horrible que sabe reconocer esa melenita morena y ondulada, la piel pálida y ese rostro en forma de corazón, de boca pequeña y labios gruesos.

Anna Sinden.

Siento algo. No sé qué es. Pero lo noto en el pecho y la garganta, oprimiéndolos de una forma que no me han apretado antes los remordimientos cuando he torturado a dos hombres.

Y la sensación es una putada.

Los cuatro están corriendo, inequívocamente huyendo de algo, o de alguien. Y están yendo directamente hacia los guardias.

Mierda.

Dejo atrás la boca de los túneles y corro entre los árboles y los

bancos hasta que llego junto al gazebo en el que se ocultan.

Anna está de espaldas.

Bien.

Alzo las manos para decirles a los otros que vengo en son de paz, pero entonces reconozco a uno de los hombres… al muchacho de doce años que tiene los ojos grandes y negros, el pelo corto y las facciones todavía aniñadas.

—Hikari. —La voz se me escapa de algún rincón del alma.

Todo ocurre rápido.

Porque Hikari se sobresalta, el desconocido se lleva la mano a la cadera, donde lleva una katana sin vaina, y Anna se da cuenta de que tiene a alguien detrás.

Abre los ojos de par en par al tiempo que hace lo mismo con la boca y, de nuevo, una parte oscura de mí sabe anticipar lo que va a ocurrir. Así que me adelanto ya sin lindezas, la agarro con fuerza y le tapo la boca.

Voy a ir al punto infierno.

—¿Qué demonios estáis haciendo? —les digo, pero miro a mi hermano.

El guerrero se ha llevado la mano a la katana y a su lado reconozco a Riku Hasegawa, el pirata, que también está tenso y me contempla como si estuviera a punto de saltarme encima.

La mano del hombre en su arma es un recordatorio de que esto podría torcerse rápido, y me doy cuenta de que no puedo tentar a la suerte. Lo último que quiero es más violencia para Hikari.

—Si seguís por ahí os van a cazar —le digo al tipo de mirada amenazante.

Y bajo la vista hacia Anna.

Ahora sí sé lo que me hace sentir el terror en sus ojos. Esta emoción, nauseabunda e intensa, es inconfundible:

Culpa.

—No voy a hacerte daño —le prometo, pronunciando cada palabra despacio, para que pueda leerme los labios.

Le da igual.

Cómo me va a creer si hace unos días le rajé la garganta antes de abandonarla en un charco de su propia sangre.

Se me revuelve el estómago y el pánico me tensa los nudillos y me grita que salga corriendo, que dé media vuelta porque sea lo que fuere esto no es asunto mío.

Ojalá tuviera una pastilla de *amai doku* cerca que hiciera que esto me diera igual, que me ayudara a ser frío y a salir de esta situación de mierda. Es lo que necesita Hikari, y Riku, y también Anna, aunque no le guste, aunque me tenga pánico: solos no van a salir de aquí y es evidente que necesitan hacerlo.

Así que inspiro con fuerza, meto dentro de una caja todo eso que siento y echo la llave.

Antes de hacer las preguntas, necesito que Anna se tranquilice.

—Estoy trabajando con Markel —les explico, y miro sobre todo al pirata y a Anna, que está rígida entre mis brazos—. Y puedo llevaros con él si eso es lo que necesitáis.

Hikari sigue mudo, tan impresionado que no habla.

¿Me habré manchado con la sangre o las vísceras? Ahora me preocupa.

Se me parte el corazón.

Miro al otro, a ese hombre joven que debe tener solo unos años más que yo; también japonés, con el pelo negro corto y peinado a un

lado, y unas facciones que se me antojan vagamente familiares.

—¿Quién eres? —inquiere él y echa un vistazo al resto—. ¿Lo conocéis?

—Es un asesino —responde Riku, con desdén. Un leve movimiento en Hikari, que se encoge un poco al oírlo, le hace esbozar una mueca de preocupación—. Perdona —susurra, mucho más suave.

Los dedos del guerrero se mueven sobre la empuñadura de la katana.

—Y también soy la persona que puede sacaros de aquí —respondo yo—. Tú lo sabes, Riku. Y tú también, Anna.

El pirata me mira con severidad y entonces vuelvo a ser consciente de los dedos que Anna me clava en la mano.

—Si te suelto, ¿gritarás?

Sacude lentamente la cabeza y decido arriesgarme, porque si Riku sigue mirándome así y pone nervioso al de la katana… podría tener problemas.

Así que bajo la mano y doy un paso prudente hacia atrás.

En cuanto la suelto, Anna corre y se pega mucho a Riku. Hikari no se mueve de donde está, todavía contemplándome de esa forma que me hace tan difícil mirarlo a la cara.

El desconocido entrecierra los ojos oscuros y me contempla unos segundos.

—Eres uno de los Rebeldes que rompió el bloqueo, ¿no? —adivina —. ¿Cómo te llamas? —insiste.

—Kai Inoue. ¿Te sirve? —contesto, empezando a impacientarme—. ¿Y tú? ¿Quién eres?

Las rondas de los guardias no son nada fiables en esta situación,

donde todo el mundo parece tan alterado.

—Ryosuke del clan Mōri —contesta, con voz queda—. ¿Te sirve?

Sonrío de lado.

Por eso están todos tan nerviosos.

—¿Por qué queréis sacar al hermano de la Emperatriz de Palacio? —pregunto.

—Echo Akiyama ha perdido el norte —me dice Riku de mala gana —. Ha masacrado a un clan entero, el clan de su hermano. El Palacio ya no es seguro, por eso nos vamos.

Anna no aparta los ojos de mí y soy consciente de que no he de hacer movimientos bruscos porque podría salir corriendo o, peor, podría gritar.

—Bien. Os sacaré de aquí. Después, vosotros tres podéis hacer lo que queráis, a Hikari me lo llevo conmigo.

—No. —Mi hermano habla por primera vez, y el temblor en su voz es como una puñalada—. Yo voy con Anna y Riku.

Se pega un poco más al pirata. Anna lo agarra de la mano y le da un suave apretón.

Qué puta mierda.

Qué mierda más grande.

—¿Has dicho que estás con Markel? —pregunta Anna, con prudencia y parece que me tantea—. ¿Quién más está con vosotros? Me dijo que iba a buscar a alguien.

—Kiera Amell, Neal Kellum y la Bruja —respondo yo.

Y parezco pasar la prueba.

Anna y Riku intercambian una mirada. El pirata le dice algo en lengua de signos y ella responde. Creo que a él no le hace mucha gracia, pero parece que ya han decidido.

Anna se gira primero hacia mi hermano y luego hacia Ryosuke. Como ninguno de los dos parece tener nada que decir, vuelve a hablar asegurándose de que los tres la escuchan.

—Iremos con él. Creo que es nuestra mejor oportunidad.

—Anna… —protesta Hikari y mira al pirata en busca de apoyo, pero este se ha cruzado de brazos frente al pecho y no dice nada.

Anna vuelve a darle un suave apretón que no lo tranquiliza en absoluto.

Joder.

—De acuerdo —sentencia Ryosuke—. ¿Cómo lo hacemos?

Me miro el reloj y echo un vistazo a las murallas.

—De momento vais a seguirme a la boca de los túneles.

—Eso sería retroceder —replica él.

—Ya, pero es que la ronda de los guardias pasa por aquí y no nos daría tiempo de correr a las murallas antes de que nos vieran. Vamos a ir a los túneles y vamos a esperar a que sea seguro. Luego, os voy a sacar de aquí.

Ryosuke asiente, quizá porque no dejo mucho margen para que replique. Anna no dice nada, tampoco Hikari, a quien el pirata debe pasar una mano por los hombros para animarlo a andar.

Y yo salgo de aquí para marcar el camino, rápido y certero y sin mirar atrás, porque no soporto ver cómo me mira mi hermano.

Luego, cumplo con mi palabra.



24

KIERA

Roppongi

27 días para el solsticio de verano

Las anomalías nos esperan.

Puedo sentirlas acechando, aguardando el momento en el que alguno de nosotros cometa un error y se acerque demasiado. Un pie en la oscuridad, un brazo que se acerca demasiado a las sombras… y sufrirá un tirón. Lo arrastrarán hasta uno de los rincones oscuros a los que no llega la luz y el capitán de su unidad dará la orden de abandonarlo a su suerte… porque somos conscientes de que hoy morirá gente.

La Mori Tower es impresionante.

Alberga decenas de plantas que en su día fueron oficinas, grandes comercios, apartamentos residenciales de lujo o incluso galerías de arte.

El abandono y la oscuridad la hacen aún más impactante.

Atravesamos un vestíbulo en el que la luz del día que entra por los ventanales es suficiente para mantener el lugar seguro. Al subir un solo piso, esa seguridad desaparece en la penumbra.

Esta sección comprende en realidad cinco pisos comunicados a través de unas escaleras que no resistieron al ataque del gran *yokai*. Debieron de colapsar y ahora el primer tramo cae sobre una de las salidas. El tercer piso es acristalado, pero la luz que llega abajo es peligrosamente pobre. Varios puentes y pasarelas cruzan de un extremo a otro a diferentes niveles. Algunos de ellos cayeron y obstaculizan el camino, creando recovecos y sombras y esquinas intransitables.

Un primer pelotón de Suzaku se abre paso escoltado por algunos miembros de Byakko. Llevan las katanas desenfundadas, listos para enfrentarse a los *oni* que deben morar en la torre.

Entre los aniquiladores de anomalías, Travis dirige un pelotón que marcha en retaguardia. Me ha visto, pero no hemos cruzado palabra.

—Atentos —advierte una voz a través de los comunicadores.

A mi lado, el comandante Neal Kellum lo observa todo desde una de las pasarelas que se mantienen en pie, escoltado por un equipo formado por matademonios, aniquiladores y… yo.

Dos segundos después, se oye un grito que resuena en la planta vacía, un eco que repite un chillido atronador antes de que suene una ristra de disparos.

Los matademonios no deben alcanzarlo, porque los equipos situados en los puentes superiores comienzan a disparar también hasta que, de pronto, el grito se repite y una voz avisa de que el *oni* ha sido reducido.

—¿Es un heraldo? —pregunta Neal.

—No. Solo es un *oni* menor. Uno feo de narices —contesta un sargento.

Neal da la orden de que acaben con él y debemos continuar.

El despliegue es tal que no encontramos problemas para seguir avanzando, pero solo en este ataque salen heridos diez soldados. Si podemos continuar es solamente porque contamos con tantos efectivos que diez bajas son *irrelevantes*. La misión avanza, aunque los soldados que permanecen en los pelotones de los heridos lo hacen un poco menos enteros, salpicados de sangre, furiosos o asustados.

En la planta en la que nos encontramos grandes columnas de diferentes anchuras ascienden al techo cubiertas por murales de paisajes japoneses. Las luces, ahora fundidas, siguen las pinturas hasta arriba. También aquellas que han sido colocadas estratégicamente en el suelo y en el techo debieron iluminarse para crear una atmósfera única. En este momento, sin embargo, no hay luz alguna y las ventanas tintadas de los laterales hacen que el camino hasta el otro lado sea aterrador.

—Debemos romper las ventanas —anuncia Neal por el comunicador—. Primer pelotón de Byakko, izquierda. Segundo pelotón, derecha. Sargento Lavois, avanzaré con su pelotón a medida que se despeje el camino. Suzaku, atentos.

Los dos primeros pelotones avanzan a la vez. Arrojan bengalas luminosas, se colocan en posición y disparan hacia los cristales. Cuando no hay ángulo, deben atravesar la luz brillante a toda velocidad para hacerlo con las manos.

Hay un momento, cuando el resplandor de las bengalas nos

alcanza y hiere los ojos, en el que miro a Neal y el tiempo parece ralentizarse. Esos ojos verdes concentrados, el ceño fruncido y el gesto grave, los labios muy rectos en una línea seria y las manos sobre el subfusil justo un instante antes de gritar una orden que yo no escucho, girarse hacia mí y mirarme.

El tiempo vuelve a su ser.

—Adelante, soldado —insiste, cuando comprende que no lo he oído.

Me observa como si estuviera preparándose para una insubordinación, pero yo no pienso desobedecer.

Apunto con el subfusil a las sombras peor iluminadas, doy un paso adelante y, entonces, se oye un golpe; un golpe sordo, atroz, que suena como un saco de cristales rompiéndose contra una pared.

No. Cristales no. Son *huesos.*

Un soldado que avanzaba por el flanco ha salido despedido contra una de las columnas decoradas con lienzos y ahora yace a sus pies en una postura imposible. Tiene la pierna derecha girada hacia atrás, el cuello retorcido y un trozo de columna quebrada le atraviesa el traje, que aún chisporrotea.

La imagen es tan cruda que me provoca arcadas, pero el miedo las hace desaparecer enseguida cuando una sombra emerge de la oscuridad acompañada por un tintineo sutil y lento.

Primero veo la calavera: los huesos afilados, la dentadura apretada, las cuencas de los ojos vacías. Luego, reparo en el traje, en el delicado bordado de la seda y la elegancia del kimono. El esqueleto, que es alto y robusto, luce un atuendo suntuoso, lleva el pelo recogido como a veces lo luce Kai, en un moño alto, y a la cadera lleva una katana sobre la que descansan sus huesudos dedos.

Por todos los *kami* y los putos *yokais*…

—¿Qué es eso? —se me escapa, sin voz, mientras la criatura avanza hacia el cadáver y lo mira desde arriba, como si aún esperara a que su adversario se levantara—. ¿Es uno de los heraldos?

—Capitana Harris. —La voz de Neal suena grave a través del comunicador—. ¿Es un heraldo?

La capitana de Suzaku, que lo ve desde la retaguardia, responde enseguida.

—No. No lo es. Es un *oni*, pero… aquí hay algo raro. Lo noto.

No puedo resistirme y echo un vistazo por encima del hombro, buscando el rostro de la mujer. Apenas veo un fragmento de expresión, los ojos muy abiertos y el rostro pálido, sin llegar a responder. No veo nada más porque he de girarme de nuevo hacia el *oni* que se agacha ante el cadáver en un espectáculo difícil de creer, toca con la punta del dedo la columna que ha atravesado la carne y el traje del soldado y, un instante después, la rodea y tira con fuerza al tiempo que clava un pie en su espalda.

La columna se separa de la carne con un sonido que vivirá para siempre en mis peores pesadillas y el *oni*, esa visión extraña de esqueleto andante, agita con fuerza el cuerpo rompiendo huesos y tejido.

Me quedo sin aire que respirar.

—¡Fuego! —ordena Neal.

Y a pesar del terror, todos obedecemos.

Una lluvia de balas cae sobre el *oni*. Algunas le rasgan el traje, pero lo atraviesan sin alcanzarlo; otras estallan contra sus huesos haciendo que un sonido hueco reverbere por toda la sala… pero la realidad es que nada lo hiere.

—¡Suzaku! —grita la capitana Harris—. ¡Ahora!

Su pelotón se lanza contra la criatura, a la que las balas normales no hieren. Lo hacen con las katanas consagradas por delante y un grito en la garganta.

El *oni* lo ve venir, se levanta, se gira para esperarlos y cuando el primero llega frente a él… lo barre de un manotazo.

Esta vez, el cuerpo sale despedido hasta el otro lado de la sala y atraviesa el cristal… y cae al vacío.

Ni siquiera grita.

Tengo la impresión de que el primer golpe lo ha matado en el acto.

—¡Byakko! —brama entonces Neal, haciéndose oír por encima de los gritos—. ¡Continuad iluminando el camino!

Se habían detenido. Todos se habían quedado quietos ante el *oni* que ahora se defiende de unos ataques que parecen demasiado pobres para él.

Es más grande que cualquiera de ellos y le saca dos cabezas al más alto. El esqueleto no tiene expresión y, sin embargo, parece disfrutar mientras revienta los cuerpos y destruye a quienes intentan acercársele.

Los aniquiladores obedecen. Siguen arrojando bengalas luminosas, avanzan y rompen los cristales; pero todos se detienen de cuando en cuando a mirar a la criatura que continúa destrozando a sus compañeros.

Un grito que me hiela la sangre en las venas hace que todos nos giremos para ver cómo el demonio saca un puño ensangrentado de la mandíbula de un hombre que ahora parece una marioneta macabra.

Siento como un miedo violento y visceral intenta paralizarme las

piernas.

Uno de los aniquiladores da un paso atrás. Otro se recuesta en una esquina para vomitarlo todo.

No estamos avanzando; no podemos con esa cosa ahí.

Aferro con fuerza el fusil y apenas he dado un paso adelante cuando Neal apoya la mano poderosa contra el cañón de mi arma y me obliga a bajarla.

—Ni un paso más, soldado —me advierte, con la voz helada—. Cada uno tenemos nuestro papel y el tuyo es esperar a que iluminen el camino.

Se me retuerce el estómago.

—No lo van a conseguir —musito.

Neal frunce el ceño. Sabe que tengo razón, y por la forma en la que sostiene su arma también él quiere ir a ayudar.

—¡Lavois, adelante! ¡Ya! —brama a través del comunicador y cambia de canal—. ¡Richings, avance hasta nuestra planta para ofrecer apoyo a Harris!

La escena es sangrienta. Los aniquiladores no avanzan por los flancos porque el *oni* ha empezado a prestarles atención y cuando alguno está demasiado cerca acaba con él.

Los gritos son paralizantes, la sangre hace que quienes se acercan corriendo resbalen.

Un soldado nervioso se pasa de largo y un pulso violáceo, que se funde en negro, se enrosca alrededor de su pierna y tira de él hacia la oscuridad, que lo devora por completo y lo mantiene chillando mucho más tiempo que el *oni.*

Las anomalías aguardan el festín y yo me siento… extraña.

No puedo apartar la mirada de ellas, de esa oscuridad que me

parece más densa que nunca, como el mar.

Me pregunto si adentrarse en ella sería como zambullirse entre las olas.

Y entonces, como un cambio repentino en la brisa, algo ocurre. Lo oigo a través del comunicador: un sargento da una orden y un soldado desobedece.

Se niega a avanzar.

—Cumpla las órdenes, soldado —brama Neal.

Pero el soldado no responde.

Lo identifico enseguida porque, de pronto, uno de los aniquiladores se gira hacia atrás con el arma en alto y le pega un tiro en la cabeza al sargento que aguardaba detrás.

Me quedo lívida.

—Qué demonios… —murmura Neal a través de la línea.

Ese es el primer aviso de que algo terrible se ha torcido.

Antes de que me dé tiempo de procesarlo, otro de los soldados que peleaba contra el *oni* deja de encararse a él, se da la vuelta y ante la mirada pasmada de una compañera la agarra del pelo, saca su *tantō* de la funda y le atraviesa el cráneo por la mandíbula.

De pronto, todo cambia. Ya nadie cumple órdenes y quienes se enfrentan al *oni* lo hacen solo por instinto, para defenderse. Cada uno se sume entonces en un infierno particular, sádico y despiadado, y quienes no hemos caído todavía bajo ese hechizo apenas tenemos tiempo para reaccionar.

Un soldado salta por la ventana. Otro se arrodilla en medio de un charco de sangre y vísceras y pega su rostro al suelo para lamerlo. Una soldado se ha subido a horcajadas sobre un oficial y le ha pegado un tiro en cada rodilla para inmovilizarlo mientras le pone el

cañón del arma bajo la barbilla.

Y lo más perturbador de la escena, la sangre, el caos y la muerte es que a pesar de todo eso yo solo tengo ojos para un lugar concreto: la oscuridad al otro lado.

Tira de mí, me llama como una sirena y el deseo de descubrir qué sentiré cuando esté en ella es tan intenso que ahora además me pregunto cómo sería dejarlos a todos ellos a oscuras. Si pudiera dejarlos sin luz, si pudiera sumirlo todo en la penumbra… ¿cómo gritarían al ser destrozados por las anomalías?

—Es el Amanojaku —musito, forzándome a mirar a Neal.

Él ya me estaba mirando a mí. Tiene las pupilas dilatadas, los ojos fijos en los míos, un rostro contraído en una mueca grave.

—Neal —susurro—. Es uno de los heraldos. Tiene que estar aquí, porque está provocando a todo el mundo para que siga sus impulsos más perversos.

Inspira con fuerza sin apartar los ojos y una punzada de inquietud me atraviesa.

—¿Neal?

—Vámonos.

—¿Qué?

—Vámonos —repite, con más furia, y baja su arma para agarrarme por la muñeca—. Vámonos ahora mismo.

Se me disparan las alarmas.

—¡No podemos irnos! ¡Tenemos que limpiar la torre!

Neal sacude la cabeza y el gesto parece tan mecánico e instintivo, que creo que entiendo lo que ocurre.

—No me importa. Tienes que salir de aquí.

Clavo las botas en el suelo, aunque sé que si tira con fuerza de

verdad no podré resistirme.

—¡No! Neal, tus hombres, tus compañías… ¡Tienes que salvarlos! —Bajo la voz—. Tenemos que encontrar las bombas.

Se detiene unos segundos y se aparta el visor del casco para mirarme directamente. Su rostro se contrae de tal forma que creo que lo he recuperado; pero entonces aparta la mirada y siento otro tirón en el brazo.

—Me dan igual mis hombres. No me importan las bombas. Voy a sacarte de aquí.

Con el corazón a mil por hora, me zafo de un tirón, agarro con fuerza mi subfusil y lo apunto con él.

La imagen de Neal al otro lado de la trayectoria de una bala me quema en el pecho, pero no la aparto.

—Es el Amanojaku —le digo—. Está controlándote, ¡igual que los controla a todos!

Un soldado grita porque su compañero le está sacando los ojos en el suelo.

Otros corren.

Las anomalías han atrapado a un incauto que se ha acercado demasiado y su traje chisporrotea hecho un amasijo de carne quemada y tejido.

—¡Que nadie se acerque a esta planta! —grito por el comunicador —. ¡El Amanojaku está afectando a todo el mundo! ¡Que nadie se acerque!

Neal me contempla con gravedad, pero no le importa que le esté apuntando.

Quiere sacarme de aquí. Lo quiere a toda costa, con tanta fuerza como la que me empuja a mí a caminar hacia la oscuridad y, tal vez,

arrastrar a alguien conmigo por el camino.

Sacudo la cabeza, pero la idea se queda atascada en algún lugar del cráneo.

El Amanojaku es capaz de provocar a los humanos para que cumplan sus deseos más perversos y sigan sus impulsos más oscuros… y acaba de toparse con un ejército compuesto por la peor calaña de la humanidad: asesinos, violadores, monstruos…

Pero el deseo más perverso de Neal Kellum, incluso bajo influencia demoníaca, es huir conmigo, salvarme… para él es perverso porque implica abandonar a todos los demás a su suerte.

Trago saliva y miro a los lados buscando el rastro de ese otro demonio, pero soy incapaz de encontrar nada, porque un simple vistazo a la oscuridad basta para que vuelva a sentir esa llamada que me arrastra a ella.

Neal me agarra por la muñeca, ignorando por completo el subfusil.

—Nos vamos de aquí —sentencia, con voz grave, y hace presión.

—¡No! No podemos marcharnos, Neal —insisto. Otro grito me perfora los tímpanos. Alguien descarga una ristra de disparos contra los cristales—. Tienes que plantarle cara.

Soy muy consciente de lo que le estoy pidiendo, porque si tengo tanta fuerza para enfrentarme al influjo del *oni* es porque una parte de mí no quiere dejar este lugar oscuro.

Doy un paso hacia atrás y Neal hace amago de seguirme, pero se contiene. Cierra los ojos, ladea la cabeza, contrariado, y la sacude ligeramente mientras libra una batalla interna.

A nuestro alrededor todo se va a la mierda.

Una voz a través del comunicador pide órdenes y Neal responde a la llamada.

Esa es mi señal.

Dejo el subfusil colgado de mi hombro y le doy la espalda.

Tengo que encontrar al Amonojaku y debo hacerlo antes de que afecte a todo el mundo y acabemos matándonos unos a otros. Doy un paso hacia el flanco derecho, hacia el lugar abierto que queda entre el *oni* que sigue destrozando a todo el que se le acerca demasiado y los soldados que han dado rienda suelta a sus impulsos más sangrientos.

Antes de alejarme demasiado de la pasarela, sin embargo, noto una mano grande sobre el hombro y, un segundo después, una llave rápida me desarma.

Reacciono por instinto, intento interponer mis manos entre los dos, pero mi agresor no me *ataca*. Solo busca desarmarme.

Neal arroja mi subfusil al suelo y antes de que pueda decir nada vuelve a lanzarse contra mí. Me pilla tan desprevenida que apenas me muevo cuando me gira, me pone de espaldas a él y me inmoviliza los brazos mientras con la otra mano desenfunda mi pistola.

También la arroja al suelo.

—¡Neal!

—No te resistas. Es inútil —me dice al oído—. Soy más fuerte que tú.

Intento revolverme, pero aprieta con más fuerza. Apresada contra su pecho, apenas puedo moverme. Siento los latidos de su corazón contra mi espalda y la tensión que emana de su cuerpo.

—Neal… —jadeo—. El *oni*. Tenemos que encontrar al heraldo y…

—No me importa el jodido heraldo, Kiera. Si tengo que incapacitarte lo haré —me advierte, bajando el tono de voz—. Sabes

que puedo hacerlo.

La impotencia me hace soltar un grito de frustración. Siento la mano de Neal contra mi cintura y la caricia que en cualquier otro momento me habría encantado me advierte ahora de que pronto no habrá marcha atrás: Neal me sacará a rastras de aquí y quién sabe cuánto tardará en desaparecer el influjo del Amanojaku.

Es en ese instante, en mitad del forcejeo, cuando veo un destello rojo en la oscuridad.

Se trata de una mujer de cabellera negra y brillante a la que solo se le ven los ojos, pues una máscara samurái le cubre la mitad inferior del rostro: una máscara *menpo* del color de la sangre. Los dientes son enormes en una boca semiabierta que deja entrever dos colmillos curvados hacia arriba.

Aparece vestida con un hermoso kimono blanco de patrones que imitan flores rojas. No hay nada en su figura delicada, en su estrecha cintura ni en sus ojos grandes y almendrados que parezca sobrenatural y, sin embargo, yo estoy convencida de que me encuentro devolviéndole la mirada al Amanojaku.

—Neal… —protesto, cuando sus fuertes manos tiran de mí hacia atrás.

Me doy cuenta de que es ahora o nunca y permito que me domine el instinto: dejo de resistirme y, entonces, cuando noto que queda un poco de espacio echo la cabeza hacia atrás y le golpeo la nariz.

Llevo casco y él se ha retirado el visor que lo protegería, así que mido mis fuerzas, pero aun así es suficiente para que Neal se aparte. Me suelta al instante con una maldición, pero no me lo pone fácil. Deja de agarrarse la nariz y al apartar las manos veo dos regueros carmesís que caen sobre su labio.

Se arroja hacia mí y me lanza un derechazo que esquivo por los pelos.

Mierda.

Sí que está dispuesto a noquearme.

Si me alcanza con uno de esos golpes estoy bien jodida.

Me agacho cuando vuelve a intentar darme, pero Neal es más rápido y un segundo intento cruza tan rápido el aire que no lo veo. Me muevo justo a tiempo de evitar un impacto directo que, sin embargo, también de refilón duele de narices.

Siento un dolor agudo en el pómulo, pero no me paralizo. Permito que la rabia y esa llamada oscura tiren de mí y lo ataco. Neal me frena sin dificultad y en cuanto tiene una mano en mi antebrazo le doy un codazo en el suyo, aprovecho para propinarle un suave golpe en la rótula, uno que solo lo desestabilice. Lo arrojo al suelo y lo inmovilizo entre mis piernas.

—Kiera… basta —gruñe, agarrándome por los muslos. Yo tiro un poco más de su brazo, impidiendo que se mueva.

Si no lo noqueo, estaremos en tablas hasta que se me agote la fuerza… y entonces Neal volverá a atraparme.

Un destello rojo me llama desde la oscuridad y, esta vez, cedo al impulso.

Suelto a Neal, me pongo de pie antes de que tenga tiempo de reaccionar y corro.

Salgo disparada hacia ese lugar oscuro que me llama mientras una voz que ha vivido en mí desde que tengo uso de razón me advierte y me dice que si sigo adelante acabaré destrozada.

La ignoro.

El Amanojaku me ve correr hacia él o… hacia *ella.* Y me da la

espalda, adentrándose en el territorio peligroso de las sombras.

Las pinturas parecen ahora, sin luz, mucho más siniestras: líneas retorcidas de árboles oscuros, caminos sinuosos en la nieve de una montaña, grullas que alzan el vuelo y se pierden en algún lugar de la noche…

En cuanto pongo el primer pie en la zona más oscura siento un placer inmenso y una voz que me dice: «Un poco más, solo un poco más, un poco más…».

Miro atrás desde la oscuridad, a esos soldados que pelean entre ellos, huyen o gritan o se enfrentan al *oni* esqueleto, y la idea perversa de dejarlos a oscuras se me pasa por la cabeza.

Qué suerte que no haya un interruptor, porque creo que me costaría mucho no usarlo.

Me adentro en la negrura, cada vez más lejos de la zona segura, y al igual que el día que me colé en el sistema de túneles de Palacio para sacar a Kai, un miedo que han inculcado en mí desde que tengo uso de razón me advierte, pero no ocurre *nada.*

Dejo de correr cuando pierdo al Amanojaku de vista, oculto en algún lugar entre las columnas y los paisajes.

Un susurro de telas me hace girar y, al hacerlo, siento algo en los tobillos.

Cuando bajo la vista y mis ojos se acostumbran a la oscuridad, descubro un zarcillo negro, hecho de sombras y humo, enroscándose alrededor de mi tobillo.

Durante un segundo dejo de respirar, pero entonces comprendo que no es una amenaza, sino una *caricia.*

Siento que me mareo.

—¡Kiera! —La voz de Neal, poderosa y desesperada, resuena en la

sala. Por encima de los gritos y los golpes, la voz del comandante no se puede ignorar.

Trago saliva y al mirar descubro que va directo al *oni* hecho de huesos.

Inspiro con fuerza.

—Sé que puedes hacerlo, Neal —susurro en medio de la oscuridad, y doy otro paso adelante, en busca del Amanojaku, que se aleja cada vez más de la luz.

Lo encuentro en el otro extremo de la sala oscura. En un lugar en el que jamás me habría imaginado a mí misma.

El miedo es denso mientras siento a las anomalías a mi alrededor. Oigo los pulsos de energía y cada pocos pasos, a mis pies, veo los chispazos de colores azules y violáceos. Camino sin apartar los ojos del suelo, esperando que en cualquier momento las anomalías cambien de idea, se rebelen contra mí, me agarren por los tobillos y me lancen contra una de las paredes acristaladas.

Paso a paso me preparo para el impacto, pero el golpe no llega.

No me hieren.

Se mantienen a mi alrededor y el miedo se deshace en un pozo de dicha por estar a oscuras… El Amanojaku debe estar cada vez más cerca.

Varias pinturas que antaño debieron de estar iluminadas se yerguen hasta el techo. Ya no solo hay columnas, sino paneles enteros que muestran paisajes hermosos, y a ratos tétricos: una cascada cuyas aguas salpican pan de oro, una puesta de sol recortada contra montañas escarpadas, un gato acechando a un pájaro entre las sombras de un árbol y allí, entre la espesura de la misma pintura, descubro dos ojos negros que me devuelven la

mirada.

El primer impulso me lleva la mano a la funda de la pistola, pero la encuentro vacía.

Agarro con fuerza la empuñadura de mi katana consagrada y la desenvaino con decisión.

Estamos cerca, demasiado, y ahora veo en su totalidad al *oni:* las sedas delicadas del kimono, las flores rojas que hacen juego con esa máscara. Sus ojos parecen humanos cuando me contemplan, pero hay en ellos un brillo depredador que sé que no pertenece al plano mortal.

Voy a obligarme a dar un paso adelante cuando, de pronto, el *oni* se mueve.

Lo hace deprisa, tanto que apenas lo siento. Desaparece de enfrente y un segundo después lo tengo justo delante.

Ojos enormes, la sonrisa de la máscara de samurái amenazante y las manos, en las que no había reparado, a un palmo de cerrarse en torno a mi garganta con sus garras enormes y retorcidas de tan afiladas.

Y mi último pensamiento, antes de dar un paso desesperado hacia atrás, es que si me atrapa con esas garras habré muerto.

Maldigo, trastabillo, y me obligo a poner distancia con la katana entre las manos antes de comprobar que vuelve a lanzarse contra mí. Intento alcanzarla, pero la postura es ridícula, la fuerza que hago es pobre y el ataque queda en una mera broma que ni siquiera molesta un poco al *oni,* que se mueve de nuevo.

De pronto, siento un dolor lacerante en el abdomen.

Mi traje chisporrotea donde lo ha alcanzado. La sangre mana a través de los circuitos y el dolor de la carne abierta es abrasador al

principio, pero un solo segundo después dejo de sentirlo y sé que eso no puede ser buena señal.

¿Estarían envenenadas sus garras?

Me lanzo con la katana por delante, encadeno un golpe tras otro y me sorprende ver que me muevo con facilidad a pesar de la herida.

Uno de mis ataques consigue rasgar la seda de su kimono y el *oni* sisea a través de la máscara espeluznante. Mi alivio, sin embargo, dura poco.

Un segundo lo tengo delante, acorralado entre el paraje oscuro de un bosque pintado y mi katana, y, al siguiente, lo veo moverse por el rabillo del ojo, directo hacia mí.

Contengo el aliento, intento apartarme, y cuando veo sus garras soy consciente de que no me va a dar tiempo.

No me rindo ni cierro los ojos, aunque todo el cuerpo me lo pida. Por eso lo veo: las garras a un centímetro de mi garganta, el dolor estallando un instante y, al siguiente…

Nada.

El dolor se esfuma al tiempo que un pulso de energía azul estalla junto a las manos del *oni*, cegándome momentáneamente. Se oye un chillido gutural, un chisporroteo que se funde con el grito y, de pronto, huele a quemado.

El demonio da un paso atrás, *sin manos.*

No me da tiempo a procesarlo, pero la parte de mí que siempre será una soldado reacciona, toma el control, agarra la katana y aprovecha el terror del *oni* para intentar segarle la cabeza de un tajo.

No lo consigo, y la katana se queda atascada de forma grotesca en su cuello. Le doy una patada al tiempo que tiro del arma y en cuanto logro sacarla, antes de que la criatura pueda reaccionar, se la clavo en

el lugar en el que debería ir el corazón.

El cuerpo empieza a volverse ceniza cuando me agacho, corto la cinta que ata su máscara y tiro de ella.

Estoy a punto de caerme.

Bajo la careta, una boca enorme de dientes sangrientos se ha quedado abierta para siempre en una mueca espantosa. Los colmillos son tan terribles como los de la máscara y las mandíbulas parecen tan poderosas como para partir un brazo con un solo chasquido.

El miedo me baja en oleadas por la espalda mientras la veo desaparecer, convertida en ceniza. En medio del silencio, oigo los latidos acelerados de mi corazón y caigo en la cuenta: ya no hay gritos.

La influencia del Amanojaku ha desaparecido con él y los soldados son libres.

Miro a mi alrededor. En la oscuridad penetra suficiente luz como para que pueda *ver*, y aunque a veces eso es peor, hoy no queda nada en la negrura que me dé miedo.

Una anomalía se arremolina en un cúmulo de pulsos azules y violáceos junto a una de las pinturas y un sentimiento de profunda comprensión me golpea.

Me llevo la mano al abdomen, al lugar en el que el *oni* me ha alcanzado con sus garras, y descubro la piel ilesa bajo la sangre pegajosa.

Aunque es evidente que he sangrado, no hay ni rastro de la herida.

Luego, me llevo esos dedos al cuello y, de nuevo, encuentro la piel intacta.

Iba a morir. He sentido las garras de la criatura clavándose en mi

piel y, después, sus manos han desaparecido en un estallido de color.

Miro fijamente a las anomalías que moran en la oscuridad. Hay muchas, muchísimas; algunas son unos pulsos suaves, que laten a un ritmo sutil y apenas perceptible, pero otras… otras se dejan ver mejor: cúmulos de energía oscura que se deslizan por las esquinas, trepan por los paisajes ilustrados y se funden en la oscuridad antes de estallar en intensos colores.

Contengo el aliento y en una fracción de segundo *todo* me pasa por la cabeza: el avión destrozado de Markel y la cabina que debería haber acabado en un amasijo retorcido de metal; los golpes y las marcas que desaparecieron el día que tuve que cruzar un tramo oscuro en los túneles; mi primera misión en el metro de Tokio y las anomalías que me dejaron marchar cuando me rendí… Pienso también en Edwards, en el selector de las armas del Skytree, y, por último, me recuerdo a mí misma de pequeña frente a Kohana Harewood diciéndole «sí».

Qué asustada estuve todos esos años bajo su tutela. Qué gran error fue no prestar atención, no exigir más respuestas…

Agarro con fuerza la máscara de samurái al tiempo que regresan las voces que suenan por el comunicador.

Cuando emerjo de la oscuridad, todos me ven.

Primero, alguien me señala. Otro dice algo por el comunicador. Uno a uno dejan lo que están haciendo para mirarme mientras avanzo. Del *oni* esqueleto no quedan más que las cenizas, pero antes de ser derribado ha causado muchas bajas, tanto de la unidad de Suzaku como de la de Byakko. Son masas sanguinolentas en el suelo.

A otros los han atrapado las anomalías que hace unos segundos me han… *salvado.*

Sigo avanzando, ignoro las voces que se oyen a través del comunicador y las miradas de quienes lo dejan todo para girarse hacia mí, hasta que veo al comandante Neal Kellum dando órdenes y el peso que sentía sobre los hombros se desvanece un poco.

Está vivo. Salvo por un par de golpes feos, se encuentra bien, y eso es todo cuanto necesito para volver a respirar.

Neal detiene todo lo que está haciendo para mirarme como el resto, pero él lo hace de una forma diferente. Esa manera de clavar los ojos en mí se me queda atorada en el alma.

Y a pesar de la muerte y la destrucción, a pesar de la sangre, de los demonios y de la masacre a la que nos enfrentamos, me siento afortunada.

Nadie me había mirado nunca de esa forma.

Cuando llego frente a él aún me contempla y yo me limito a ofrecerle la máscara.

—Comandante.

El oficial con el que habla se queda en silencio, completamente rígido mientras me mira como si fuera una aparición.

Neal tarda en reaccionar, pero acaba asintiendo y alarga la mano para tomar la máscara. No me suelta. Sus dedos se cierran sobre los míos mientras sus ojos me estudian con rapidez en un examen meticuloso.

—Tu abdomen… —empieza, pero yo no dejo que el pánico vaya a más.

—Solo ha sido el traje —contesto.

Tanto el oficial como él bajan los ojos, contemplan la sangre que, sin duda, no es del traje, y Neal vuelve a inspirar con fuerza antes de obligarse a apartar la mirada y tocar un control del comunicador.

—Amanojaku neutralizado —anuncia—. Continuamos con la misión. Segundo relevo de Suzaku, preparaos. Tercero de Byakko, despejaremos el camino hacia la siguiente planta. Quien pueda seguir luchando después de esta ofensiva, que se ponga en pie —sentencia, por el canal abierto.

Luego, apaga la señal y antes de echar a andar me dedica una mirada prudente. Imagino que se está controlando.

—¿Estás bien?

Asiento.

—¿Y tú?

No hace falta que responda. Los dos sabemos que no estará *bien* hasta que todos sus hombres hayan abandonado la torre.

Continuamos barriendo las plantas, librándolas de anomalías e iluminando los caminos más oscuros mientras Suzaku destruye a los *oni* que encontramos. Markel cree que las bombas deberían estar en las plantas inferiores, bajo el suelo, pero antes de ponernos a buscar debemos asegurarnos de que el sitio está limpio.

No vuelve a ser tan difícil hasta que damos con el siguiente Amanojaku y entonces estamos preparados porque sabemos qué esperar. Esta vez, tenemos una estrategia y Neal envía a un grupo muy reducido en una ofensiva que no acaba en una masacre de nuevo.

Sí que perdemos a muchos hombres; lo hacemos en casi todas las incursiones, a manos de *oni* menores y también de anomalías.

La torre está infestada.

Kai y Akane tenían razón: se ha convertido en su nido.

Al final, Neal acaba coordinando los ataques. Al igual que hizo aquella vez en Ginza, se establece en el vestíbulo de una planta

dedicada a las habitaciones de lujo para dirigir desde allí las ofensivas y todo avanza mucho más rápido… aunque incluso así no parece suficiente.

En el último ataque me envía a regañadientes con un grupo compuesto por matademonios de Suzaku y aniquiladores del Byakko entre los que está Travis.

Nos elige porque la influencia que ejerce el Amanojaku sobre nosotros no es tan peligrosa. Incluso así, el demonio no nos lo pone fácil.

Ninguno de los que formamos el pelotón intenta atacar a otro, pero el ambiente se enturbia cuanto más cerca estamos y ninguno vuelve a respirar de verdad hasta que conseguimos matarlo.

Esta vez, solo un soldado muere.

Solo uno.

Me quedo ahí de pie frente al cuerpo inmóvil, atravesado por unas garras que antes deberían haberme matado a mí.

Travis también se queda mirando el cuerpo mientras el equipo que se encarga de los heridos y los cadáveres se lo lleva en una camilla.

—¿Lo conocías?

Levanta la cabeza con rapidez. Parece sorprendido de que me dirija a él.

—No, pero nunca es agradable ver morir a alguien. —Me mira a través del visor y por un momento me parece ver algo parecido a la pena en sus ojos marrones.

Doy un paso hacia él.

—Travis, yo…

Me detengo en el acto, cuando él da un paso atrás. La vulnerabilidad que había creído ver en sus ojos es ahora miedo;

miedo *de mí.*

Un dolor sordo se cuela entre mis costillas, me oprime el pecho y las entrañas y despierta una voz que nunca se va del todo y murmura:

«¿Lo ves? Esto es lo que te mereces».

Aprieto los nudillos y me doy la vuelta, pero perder esa expresión de vista no tiene el efecto que buscaba.

«Eres un monstruo».

«Abominación».

«Experimento de laboratorio».

Cuando me quiero dar cuenta ya no sé en qué sección estoy. Dejo atrás a los soldados que me miran al pasar mientras los bordes de mi realidad se oscurecen y las sombras salen de algún rincón de mi interior para nublarme los sentidos.

«Te tienen miedo».

Noto las piernas flojas, pero me obligo a seguir.

«Te odian».

El corazón me late tan fuerte que me duele respirar.

«Te quieren muerta…».

—Amell. —La voz de Neal, sonora y potente, silencia todas las demás.

Lentamente, las sombras se repliegan. Me llevo la mano al pecho.

¿Un ataque de pánico?

—Amell —vuelvo a oír su voz y solo entonces me doy cuenta de que no me la estaba imaginando. Está hablando a través de una línea privada—. ¿Estás bien?

Su tono neutro no oculta la gravedad que desprende.

—Estoy bien —confirmo.

Una inspiración profunda.

—Vuelve al punto de control. Hemos terminado por hoy.

Acto seguido, da la misma orden por la línea abierta que llega al resto de secciones. Ahora solo hace falta asegurar las zonas conquistadas para establecer un perímetro seguro.

Yo no obedezco enseguida. Me siento aquí mismo, contra una pared, e ignoro las miradas de los soldados curiosos. Me permito quedarme aquí unos minutos, volver a respirar, hasta que la sensación de ahogo desaparece.



No sé cuántos soldados habrán caído para hacerlo, pero creo que prefiero no ser consciente.

Busco a Neal cuando algunos compañeros ya se están movilizando para cargar con los cuerpos.

Los sanitarios se dedican a correr de un lado a otro ofreciendo asistencia a quienes no se pueden mover y varios camilleros suben y bajan las escaleras a todo correr evacuando heridos, porque aún no tenemos luz que haga funcionar los ascensores.

Neal sigue dando órdenes cuando lo encuentro en el vestíbulo de lo que en su día fue una planta residencial, regio y elegante en ese traje ahora manchado de sangre.

A través del visor del casco advierto unas gotitas de sangre seca en la sien, y también sobre el labio superior… sangre que yo le he provocado de un cabezazo. Cuando siente que me acerco y alza el rostro veo que tiene el pómulo izquierdo un poco enrojecido y en un rápido examen compruebo que también su traje está rasgado a la altura del antebrazo y sobre la clavícula izquierda.

Neal deja que el oficial con el que hablaba se retire. Yo no espero a que se marche.

—¿Hay rastro de las bombas? —pregunto, a modo de saludo.

Sacude la cabeza.

—No. Todavía no. En el perímetro asegurado no están, pero aún queda mucho que limpiar, y hay zonas oscuras, en los niveles inferiores, que aún debemos iluminar. Todavía es posible que Markel tuviera razón.

Asiento, pensativa, y me fijo mejor en el rostro magullado de mi comandante.

—Deberías dejar que un sanitario te viera.

Sus ojos verdes bajan por mi cuerpo al igual que han hecho antes, con emoción contenida. Una línea recta le aprieta los labios y le contrae el gesto en una mueca demasiado seria, todavía atrapado en el papel de comandante.

—Estoy bien.

—¿Qué falta coordinar? —le digo yo.

—Nada —responde él—. Evacuamos a los heridos y en cuarenta minutos partimos al Skytree antes de que anochezca.

—Entonces, puedes echarme una mano —murmuro.

Neal frunce el ceño.

Debe de pensar que si le pido ayuda es importante.

—¿Qué ocurre?

No le doy explicaciones. Agarro uno de los kits médicos y fuerzo una de las cerraduras de los cuartos. Antes de que esto colapsara, esta planta alquilaba apartamentos de lujo.

Huele a cerrado y a humedad, pero la luz que entra por el gran ventanal al otro lado del inmenso dormitorio es suficiente para

mantenernos seguros.

Dejo el botiquín en la cama y abro las ventanas para permitir que la brisa refresque el ambiente. Cuando me giro, Neal se ha llevado las manos al casco y se lo está quitando despacio.

Tiene el pelo rubio revuelto, corto en los laterales y largo en el centro. Se pasa la mano por él y se lo echa hacia atrás, pero varios mechones siguen cayéndole por la frente y algo tira de mi mano antes de que pueda reprimirlo.

Le paso los dedos por el pelo y siento cómo su cuerpo se tensa bajo la caricia.

Neal toma aire de forma brusca y, de pronto, como si un hechizo se quebrara, me envuelve entre sus fuertes brazos.

Me pega a su pecho y siento contra la mejilla los rápidos latidos de su corazón. El traje del Skytree se le acomoda perfectamente a la piel y noto los surcos de sus músculos a través de la tela, pero a pesar de todo no lo siento lo suficientemente cerca. Mientras me estrecha, algo dentro de mí suplica por más, anhelando el tacto de su piel cálida contra los dedos y, de pronto, Neal rompe el contacto.

—¿Dónde te han herido? —pregunta, con voz grave—. No sé si yo podré… Sería mejor que llamara a…

—No estoy herida. Tú, en cambio… —Le agarro el mentón con los dedos—. ¿Te he dado muy fuerte?

—No lo suficiente —responde, con arrogancia—. Creo que no te están entrenando bien, Amell. Esos golpes han sido muy flojos.

Arqueo las cejas.

—Hablaré con mi superior. —Suelto a Neal y camino hasta el borde de la cama—. Desnúdate, Neal. Perdón: *comandante.*

Sus ojos se oscurecen bajo una sonrisa que le tira de la comisura

izquierda de la boca, la misma en la que tiene sangre; pero sigue sin relajarse por completo. Casi puedo ver la sombra oscura que se agazapa sobre sus hombros y tira de ellos hacia abajo.

Sin embargo, por alguna razón, obedece. Se lleva las manos a la nuca y suelta el traje para bajárselo hasta la cintura, dejando al descubierto un torso bien trabajado. Tiene algunos golpes que pronto se tornarán violáceos y de la clavícula izquierda le baja un reguero de sangre por el pectoral y los surcos de los abdominales.

Esa es la que más me preocupa.

—No te muevas —le ordeno.

Tomo un par de toallas del baño y me apresuro a limpiar la sangre antes de desinfectar la herida. Neal se mantiene de pie, quieto y obediente mientras procedo con cuidado, hasta que le pido que se siente.

Me acomodo frente a él y al igual que hice en esa posada de Kanazawa el día que corrimos huyendo de la oscuridad, le doy puntos en la herida sin que apenas tuerza la expresión.

Me doy cuenta de que me mira fijamente y yo procuro concentrarme en la herida.

—¿Ha sido el *oni* con pinta de esqueleto? —pregunto.

—Sí —contesta. Su voz suena grave. Su aliento, muy cerca de mis labios. De pronto, siento algo cálido en el abdomen y me estremezco —. Esto te lo ha hecho el Amanojaku, ¿verdad?

Se me seca la garganta, pero no por la pregunta.

Sus dedos sobre mi piel y el calor que emana de la suya me distraen.

Debería estremecerme por el recuerdo del heraldo y el sonido eléctrico de las anomalías. Se me debería entrecortar la respiración

por la certeza de que la oscuridad me ha salvado la vida… una vez más.

Y, sin embargo, me cuesta respirar porque Neal Kellum me está rozando.

Estoy perdida.

—No tengo nada.

Neal desliza las yemas de los dedos a través de la tela rasgada y prolonga la caricia por lo que debería ser una herida muy fea. Siento sus dedos en las costillas, bajo el pecho, erizando cada milímetro de piel, que reacciona inevitablemente ante su caricia.

—Ya lo veo —observa, pero en realidad no la está mirando. Me mira a mí, directamente a los ojos—. ¿Has terminado, soldado?

Su voz sale con un deje provocativo cuando ve que me he detenido, pero esa expresión seria no muda ni un poquito.

—No —respondo, y sigo curándole la herida.

Neal baja la mano y yo recupero parte de la estabilidad, aunque no mucha.

Espero la inevitable pregunta, la misma para la que ni yo tengo una respuesta.

¿Por qué se me curan las heridas en la oscuridad?

¿Por qué no me ha matado el Amanojaku?

No llega. Neal mantiene la boca cerrada y los ojos fijos en mí hasta que termino de coserlo y tapo la herida con una gasa.

Me mira a los ojos durante todo el tiempo que le curo los golpes de la cara y soy plenamente consciente mientras trabajo, pero no digo ni hago nada.

Cuando termino y alzo los dedos para rozar con suavidad los bordes de la herida ya limpia de su pómulo, Neal me agarra de

pronto por la muñeca.

Esta vez, no tengo más remedio que devolverle la mirada.

—Ya he terminado —declaro.

Neal no me suelta. En lugar de eso alza la otra mano y me agarra con suavidad del mentón. El contraste entre la fuerza que sé que hay en esos dedos largos y la delicadeza con la que mueve ligeramente mi rostro es demoledor.

Me observa con cautela, pendiente de cada mínimo detalle.

—Siento haberte atacado antes —susurra, muy concentrado, y comprendo que estaba buscando unos golpes que ya deben haber desaparecido.

—No pasa nada. Yo quería mataros a todos dejándoos a oscuras.

Sus ojos vuelan a los míos de nuevo y una chispa de diversión y sorpresa se aloja en ellos mientras arquea las cejas rubias.

—Se ve que mis deseos oscuros son más perversos que los tuyos. Quién lo iba a decir.

Neal no se ríe. En lugar de eso abre la boca y con voz templada y absolutamente serena, susurra:

—Desnúdate, por favor.

Su voz baja como una caricia por mi espalda.

—¿Qué? —inquiero, casi sin aire.

—Sé que crees que no estás herida, pero me gustaría comprobarlo.

Lo dice tan calmado…

Voy a replicar, a responderle que no hace falta, que no hay tiempo… y todos los buenos argumentos mueren cuando se inclina sobre mí y noto sus diestros dedos en mi nuca, manipulando el cierre del traje.

Neal baja la cremallera despacio, tan cerca de mí por la postura

que siento que si me inclinase un poco podría descansar la cabeza en su pecho desnudo. Sería tan agradable… Y tan mala idea.

Cuando se aparta me pone las manos sobre los hombros y las desliza con un cuidado absoluto por mis brazos, revelando piel desnuda salvo por el sujetador.

Neal guarda silencio y yo ya no soy capaz de protestar.

Su mirada se queda atascada en el lugar ensangrentado de mi abdomen, también en la sangre del cuello. Aquí y allá hace comprobaciones y encuentra rastros de los que yo tampoco había sido consciente hasta que sus dedos se detienen sobre un golpe en las costillas.

Desliza los dedos por ellas y yo me estremezco.

—¿Por qué este no se ha curado?

Me lo he hecho durante el último combate, cuando un ataque del tercer Amanojaku me ha hecho saltar y he caído contra un mostrador de mármol.

Trago saliva.

—Creo que es porque después del golpe no he vuelto a quedarme a oscuras.

Siento, en cuanto lo digo, que el suelo bajo mis pies se tambalea un poco. Es un temblor ligero, apenas una advertencia que desestabiliza la realidad pero no la destruye por completo. Me quedo aquí, sin creerme del todo mis propias palabras, incapaz de asimilarlas.

Es una locura.

Es imposible.

Y, sin embargo…

—No me he resistido —reconoce, de pronto, interrumpiendo unos pensamientos cuyo rumbo comenzaba a ser oscuro—. Al sentir el

influjo del Amanojaku tú te has dado cuenta enseguida de lo que era. Yo no. Al entenderlo me ha dado igual. Solo quería sacarte de ahí.

—Es un deseo oscuro muy noble. —Vuelvo a sonreír.

—Y muy presente —añade, todavía serio. Sus dedos se quedan en el límite de la piel sana. Su pulgar traza una caricia sobre el golpe apenas sin rozarlo—. Confío en tu fuerza y sé que estás preparada. Soy muy consciente de que no puedo encerrarte para mantenerte a salvo, pero recordarte inmóvil entre mis brazos me enferma de una manera que me asusta.

Neal aprieta la mandíbula y el dolor y la rabia que hay en sus palabras me empapan.

—Yo también me siento así —confieso—. Todo el tiempo. Hasta que te vi de pie en la Metropolitana pensaba que… No sabía si… —Se me quiebra un poco la voz y he de bajar tanto el tono que temo que no me escuche—. Creía que no volvería a verte jamás.

El pecho se le hincha al tomar aire de forma brusca.

—Y, sin embargo, huiste de mí —me reprocha, con deje grave—. Te escapaste, dos veces.

—Neal…

Sacude la cabeza.

—Qué cobarde, Amell —replica, endureciendo aún más el gesto.

Eso me duele.

—Si estuvieras en mi lugar…

—No sé lo que haría —contesta, con rotundidad, y se inclina adelante, hasta que veo el aro dorado que bordea sus pupilas, ese destello de luz en el bosque—, pero no te alejaría de mi lado.

—¿Por qué pareces enfadado de nuevo? Creía que estaba olvidado.

—No estará olvidado hasta que me prometas que no volverás a

hacerme algo así.

—¿Cómo es posible que quieras seguir a mi lado sin saber *qué* soy?

Neal frunce el ceño, su expresión se endurece tanto que ahora sí parece cabreado.

Sus dedos trazan a la inversa el camino que antes me ha desnudado, pero no apagan el fuego, lo avivan.

¿Cómo es que sus manos me encienden más al ponerme la ropa que la caricia de cualquier otra persona al quitármela?

—Sé *quién* eres, Kiera Amell. Pero, sobre todo, sé quién soy yo cuando estoy contigo. Te dije que el resto me importa una mierda.

Se me llenan los ojos de lágrimas y soy incapaz de responder.

Pienso en la oscuridad que me ha envuelto hoy, me aferro a ella y sigo la estela oscura de ese miedo:

Kohana preguntándome si quería vivir.

El último aliento de mis padres a mi lado.

El dolor en el alma, el fuego en los pulmones y el miedo, siempre el miedo.

Yo diciendo *sí*.

Me adentro en esa habitación de paredes blancas y todo se llena de gritos.

Lo siento como plantarme frente a una presa y retirar el dique. El agua no solo me ahoga, me arrastra, me hunde… y sé que he de salir de ahí. Pero me obligo a quedarme.

Unas garras afiladas me constriñen la garganta y hacen que la voz me salga aguda.

—Ayer… no os conté todo.

—¿Qué ocurre, Amell? —pregunta, con cautela.

El miedo, un miedo profundo, me hace bajar mucho la voz.

—Yo… cuando le dije «sí» a Kohana Harewood ya imaginaba que no estaba bien. —Trago saliva, me armo de valor—. Cuando mi familia y yo enfermamos de gripe blanca, los síntomas fueron suaves al principio y evolucionaron de forma tan agresiva después que cuando nos ingresaron el virus ya había avanzado hasta una fase irreversible. Mi padre ya estaba muy mal cuando Kohana le habló a mi madre de un tratamiento experimental. Las condiciones le horrorizaron tanto como para no firmar el consentimiento, a pesar de que los médicos le aseguraron que si no lo hacía los tres moriríamos. Kohana esperó a que intubaran a mi madre y después me ofreció el tratamiento a mí… Y yo dije que sí.

Tarda un rato en entenderlo.

—Claro que dijiste que sí. Solo eras una niña.

—Pero sabía que mi madre no estaba de acuerdo. Mi madre me habría dejado morir con tal de evitar… —Me quedo sin voz.

Los recuerdos de ese cuarto blanco vuelven a mí a la vez, junto con el dolor y el pánico… hasta que siento algo en la mano.

Son los dedos de Neal.

En su muñeca todavía lleva el lazo dorado; un recordatorio de que para sobrevivir debemos ser valientes.

—¿Qué más? —me anima, con esa voz de comandante que ahora me hace sonreír.

La sonrisa manda de vuelta a la jaula los terrores oscuros que se han abierto paso a dentelladas desde mi pecho.

—Mis padres murieron, yo me salvé y entonces empezaron los experimentos que yo había consentido.

—¿Experimentos? ¿Con una niña?

Asiento.

—Era la primera persona que se recuperaba después de un estadio tan avanzado de gripe blanca. Eso era lo que interesaba al departamento de Kohana, y al ejército. Durante meses me estudiaron e intentaron replicarlo en cualquier otro paciente, sin éxito. La epidemia de gripe blanca remitió, dejó de ser un peligro tan acuciante, y ante la falta de resultados el ejército dejó de subvencionar a Kohana… pero a ella le dio igual. Nunca me lo dijo, pero yo sospechaba que mientras otros buscaban una cura para la gripe blanca ella estaba experimentando con algo *más.*

—Las anomalías —murmura.

—Kohana Harewood era una oficial al frente, por aquel entonces, de un departamento de Defensa Biológica independiente.

—Mierda —masculla, y la gravedad de su gesto, curiosamente, me tranquiliza.

Me gusta que no intente disipar la gravedad de lo que le estoy contando.

—He olvidado casi todo y lo que recuerdo es muy vago. Cuando intento concentrarme… todo es borroso; apenas fragmentos de imágenes, sensaciones, dolor… No sabía que me curaba estando a oscuras. Te lo juro, Neal. No lo sabía hasta que estrellé el Scorpion V, salí de la nave y vi cómo había quedado mientras que yo salía ilesa… Kohana me dejó a oscuras muchas veces. Ahora que sé esto imagino que ella buscaba el mismo resultado, pero… en aquellas ocasiones las anomalías me hirieron. De la mayoría de las veces tan solo recuerdo despertar después en una cama de hospital llena de tubos y conectada a monitores.

Neal aprieta la mandíbula.

—Nunca he deseado tanto la muerte de otro ser humano, pero a

Kohana Harewood podría matarla con mis propias manos —masculla, con la voz enronquecida—. Hacerle eso a una niña que además estaba sola…

Inspira con fuerza y al advertir la forma en la que está cerrando el puño apoyo allí una mano.

—Te lo cuento porque estoy empezando a atar cabos y por mucho miedo que me dé pronunciar todo esto en voz alta… creo que fuera cual fuere su intención, Kohana lo consiguió… Aunque ella no debió de demostrarlo nunca; de lo contrario, no me habría permitido escapar.

Cuando quiero darme cuenta, le estoy apretando mucho la mano. Él me la rodea de vuelta, se lleva mis nudillos a los labios y deposita allí un beso suave que termina de romperme.

Se me saltan las lágrimas, pero ya no puedo parar. No ahora, cuando estoy tan cerca.

—Creo que la oscuridad no solo me cura… sino que me protege —murmuro—. Creo que las anomalías cuidan de mí.

Es una locura. Es absolutamente demencial… Pero Neal asiente.

—Eso parece. —De pronto, esboza una sonrisa que parece real—. Bienvenidas sean.

Me restriego las lágrimas con la manga del traje.

—¿No te preocupa que las anomalías parezcan… *reconocerme*?

—No.

Vuelven a arderme los ojos.

—¿No te doy miedo?

—No —responde, más tajante, y casi ofendido.

Contengo el aliento.

—¿Puedo besarte ya?

No contesta. No hace falta.

Me agarra por la nuca, tira de mí y me da un beso largo y profundo que me arranca un quejido.

Neal Kellum besa como si estuviera hambriento.

Me recorre la boca con la lengua en un avance implacable, meticuloso y brutal que me deshace hilo a hilo hasta que me siento completamente vulnerable.

Enredo los dedos en su pelo y tiro de él cuando siento que es demasiado, pero en lugar de detenerse se desplaza hacia mi cuello, baja con dedos hábiles el borde de mi traje, que se ilumina ante la presión de su contacto, y me besa la garganta con verdadera devoción hasta que él mismo deja escapar un gemido grave y masculino y se aparta de golpe.

—Aquí no —murmura, con voz ronca—. Así no. Todavía *no.*

—Tenemos tiempo —le digo, con la garganta seca.

Neal se muerde el labio inferior y durante un instante veo el impulso que tira de sus manos, que se clavan un poco en mi cintura. Lo imagino tumbándome sobre el colchón, agarrándome por las muñecas, cerniéndose sobre mí…

Se pone de pie y da un paso atrás.

—No para las cosas que quiero hacerte —contesta, y me vuelvo lava líquida—. Gracias por contármelo —añade, más serio de nuevo, y se arriesga a acercarse, inclinarse un poco sobre mí y depositar un casto beso sobre mis labios.

—Gracias por quedarte —susurro, sin voz.

—Siempre.

Me encuentra la mano y la rodea con una ternura que no corresponde en absoluto con unas manos que sé que son tan letales

en la batalla.

—¿Vienes a mi cuarto después?

Le prometo que sí.

Y entonces tiene que ponerse el casco, salir e interpretar de nuevo el papel de comandante.

光

25

KAI

Roppongi

27 días para el solsticio de verano

Ryosuke es el único superviviente del clan Mōri.

Nos lo cuenta frente a una taza de té que no toca.

Tiene exactamente el aspecto de alguien que ha visto morir a toda su familia. Aunque normalmente debe ser un hombre apuesto con esos rasgos simétricos y hermosos, hoy tiene el rostro desencajado, surcos negros alrededor de los ojos y las mejillas sin color a pesar de que su piel es bastante morena.

Akane estaba a punto de marcharse a su clínica cuando nos ha visto aparecer y ha vuelto a asegurar, cuando Ryosuke la ha reconocido, que ella no sirve a la Emperatriz, sino al Imperio.

Él está tan desesperado y solo como para aceptarlo sin más preguntas.

—Nos ha puesto en una situación imposible —explica—. Quería provocar esto. De no haberlo hecho anoche, habría encontrado la manera durante los próximos días, o semanas… Me quiere fuera del tablero de juego, igual que hizo hace años con el clan Kanmu.

Anna sacude la cabeza.

Se ha sentado tan alejada de mí como ha podido. Creo que Markel le ha explicado la *situación* conmigo, pero hay que reconocerle la valentía para compartir la mesa con alguien que le ha hecho tanto daño.

—Entiendo que eras un peligro para su gobierno —dice Anna—. ¿Pero qué ocurre con los otros clanes? ¿Es que no van a decir nada? ¿Aceptarán sin más la masacre?

Ryosuke toma la taza humeante de té y la observa entre sus manos.

—De haberme matado también a mí lo habrían aceptado sin más, sí. Sin embargo, como estoy vivo…

No termina la frase. Quizá no tenga fuerzas para verbalizar ciertas cosas, o a lo mejor no se fía del todo de nosotros.

Tampoco yo lo haría.

—Ahora Ryosuke es más poderoso que nunca —termino yo por él —. Incluso sin tierras ni recursos, su figura podría servir para encabezar una rebelión contra Akiyama y la Emperatriz lo sabe.

Ryosuke me mira, pero no detiene sus ojos oscuros en mí. Los pasea por toda la sala. Se fija en la reacción de Anna, que sigue tan espantada como para que no suponga un peligro; en la expresión temerosa de Markel, los ojos sinceros e impresionados del pirata, en el gesto huidizo de mi hermano, en la expresión grave de la Bruja…

Sabe que darle refugio es una condena para cada uno de nosotros, y está calibrando si representamos una amenaza.

Neal y Kiera siguen combatiendo contra los *oni* con el Skytree, así que aún no lo saben.

—¿Y Alexa? ¿Se ha quedado con ella a pesar de todo? —inquiere Markel.

Aún dormía cuando hemos llegado. Lleva un pantalón de chándal y una sudadera y tiene el pelo revuelto. Debe de haber pasado la noche en vela trabajando en su algoritmo.

Riku sacude la cabeza.

—Sacar a Ryosuke de allí ha sido idea suya. Lo ha estado ocultando de los guardias toda la noche. Iba a marcharse con nosotros, pero Echo ha llegado y… —Sacude la cabeza con pesar—. Se ha quedado atrapada.

Markel inspira con fuerza.

—Mi hermana ha estado a punto de vernos dos veces —explica Ryosuke—. No conocía a esa mujer, pero Alexa se ha quedado con ella para permitir que nosotros escapáramos.

Markel se gira hacia Akane.

—¿No puedes hacer nada? A ti te escucha.

—Es evidente que no. De lo contrario, no habría masacrado a su clan. —Hace un gesto hacia Ryosuke, un asentimiento mudo de respeto—. Yo no sabía lo que pretendía y está claro que ya no me consulta ese tipo de decisiones. Siento su pérdida, Mōri-sama. No puedo imaginar por lo que está pasando, pero nada de lo que yo le diga ahora a Echo Akiyama compensará esas vidas que ha arrebatado.

—Lo sé —declara, con una entereza admirable. ¿Cómo es capaz sin *amai doku*, sin ningún tipo de parche?—. Sé que todos habéis colaborado con ella en el pasado, pero mucho me temo que Echo

Akiyama ha emprendido un camino sin retorno.

—Descuida —le digo yo—. La Emperatriz ya había tomado decisiones que nos han hecho apartarnos de Palacio.

—Pero si le pides que deje marchar a Alexa, tal vez te escuche —insiste Markel, mirando a Akane—. No podemos dejarla sola con ella.

—Mucho me temo que pedírselo no haría más que empeorar la situación —dice Akane, con las cejas oscuras fruncidas en un gesto doloroso—. Eso la haría sospechar, y si se entera de que Alexa ha tenido algo que ver con la huida de su hermano…

Akane sacude la cabeza y Anna asiente, porque opina igual.

—Tiene que salir de ahí sin que se dé cuenta. Intentaré ayudarla, pero… va a ser difícil —dice la Bruja.

—Después de lo de anoche no va a dejar que nadie más escape. Lo de hoy ya me parecía bastante imposible —añade Ryosuke, y me echa un vistazo—. Gracias, por cierto.

Le devuelvo un asentimiento sutil y, entonces, una vocecilla nos interrumpe.

—Tienes que salvarla. —Hikari apoya las manos sobre la mesa mientras me mira fijamente. Se me había olvidado que estaba aquí—. Tienes que ir a por ella y traerla, como has hecho con nosotros.

No tengo que pensarlo.

—Vale.

—¡No! —interviene Akane, con rotundidad—. Claro que no vas a hacer algo así de peligroso. Si te atrapa ahora no tendrá ninguna razón para mantenerte con vida. Atará cabos y te matará por traición. El riesgo no merece la pena.

—¿No merece la pena salvar a Alexa? —inquiere mi hermano—.

¡Ella se ha jugado la vida por nosotros!

—Iré —insisto yo—. Puedo hacerlo, Akane.

—Sí, dejad que vaya —opina Riku, que sigue mirándome con gravedad. Le veo abrir la boca y volver a cerrarla cuando echa un vistazo a mi hermano, e imagino que se está conteniendo para no añadir algo hiriente.

—No. —Otra voz inesperada interviene. Me giro hacia Markel, aunque no me mira a mí—. Es muy peligroso, Hikari. Akane tiene razón. Si intentan escapar ahora y los atrapan los matarán a los dos, a tu hermano y a Alexa. Si la Emperatriz aún confía en ella, tal vez sea bueno que no se haya quedado completamente sola, que Alexa pueda frenarla para que no…

—¿Para que no cometa una atrocidad? —pregunta Ryosuke con voz raspada—. Mi primo tenía solo ocho años. ¿Qué más puede hacer? ¿Qué otros crímenes debe cometer?

Anna levanta la mano y la apoya sobre la de Ryosuke, que al principio reacciona apartándola con violencia, hasta que se da cuenta de que ha sido la chica, y vuelve a dejarla en su sitio. Anna le ofrece una sonrisa cálida y le rodea los dedos en un apretón silencioso.

No solo ha muerto su primo pequeño.

Que yo sepa, la concubina del emperador Hisaaki seguía con vida hasta anoche, así que Ryosuke ha perdido también a su madre, y ha debido de ver morir a sus tíos, a sus primos, quizá a sus abuelos…

En el silencio denso que se extiende después, solo Anna se atreve a hablar.

—La mejor baza de Alexa es que encuentre la forma de escapar mientras Echo aún confía en ella.

Hikari me mira y sé que si ahora vuelve a pedírmelo me levantaré

y nadie podrá detenerme, porque me marcharé a Palacio hoy mismo.

Pero mi hermano acaba bajando la mirada y no se atreve a decir nada más.



El resto del día lo paso entrenando: *iagiri*, desenvainar, cortar y envainar en un solo movimiento; *kesa-giri*, corte diagonal descendente; *kirikaeshi*, una serie de movimientos encadenados… Repito varias series hasta que me arden los músculos y no soy capaz de sostener el *bokken*.

También esto me lo enseñó Arashiro. A veces me presentaba por allí todo preocupación, ira y dolor porque se acababan los medicamentos para Hikari y no sabía cómo pagaría los siguientes, le daba una mala contestación o me rebelaba contra él y Arashiro me entrenaba hasta que reventaba y no quedaba espacio para nada más.

Luego me preguntaba qué me ocurría.

No siempre conseguía hacerme hablar, pero el entrenamiento ayudaba. La disciplina, el control sobre el dolor, el vacío que llenaba la mente mientras tanto…

Tras su muerte todo eso ya no fue suficiente y el espacio que dejó lo llené con *amai doku.*

Hoy entreno hasta que vuelvo a sentir esa paz que ahora vuelve a ayudar un poco.

Procuro no dejarme ver, y evitar a Anna y a Hikari. Tampoco me cruzo con Riku, que tiene tan pocas ganas de verme como yo a él.

Las horas pasan, pero Akane sigue sin aparecer.

Supongo que la clínica le estará dando mucho trabajo estos días.

A mí personalmente me da igual, pero necesito mi metadona. Así

que estoy revolviendo las cosas que Kiera dejó en su cuarto antes de partir al Skytree cuando Markel se asoma por la puerta abierta que da al patio.

Tiene los mechones castaños revueltos. Seguro que ha pasado horas delante del ordenador, despeinándoselo sin darse cuenta. Todavía lleva, un poco caídas sobre el puente de la nariz, las gafas que le hacen esos ojazos marrones aún más grandes.

—Si buscas a Akane no volverá hasta mañana. El señor Hirano la necesitaba.

Dejo la bolsa de Kiera en el suelo. Solo he encontrado instrumental médico y unos putos ibuprofenos.

Me cago en la puta.

—Me las ha dado a mí —suelta.

Me pongo en pie y lo observo con cuidado. Para ser un tipo tan grande, parece medio encogido detrás del *fusuma.*

—¿*Qué* es lo que te ha dado?

Markel duda.

—¿Te ha dado las pastillas? —inquiero y ladeo la cabeza. Él asiente —. Así que tú tienes que racionarme la metadona hasta mañana.

—No tengo que racionar nada —replica, con rapidez—. Solo tienes que tomarte una hasta que vuelva.

Me fijo mejor en la mirada huidiza, el ligero temblor de sus labios, rígidos en una línea recta.

Está asustado y yo… Ah… yo estoy irritado, dolorido y no me siento para nada benevolente.

—Pero Akane no se ha llevado todas las pastillas —replico—. Así que debe habértelas dejado a ti. O a lo mejor solo te ha dicho dónde las ha escondido.

Doy un paso adelante y Markel se yergue, pero a mí no me engaña y esa expresión es tan deliciosa…

—Solo tengo una pastilla —responde, intentando parecer firme.

Doy otro paso hacia él y se echa hacia atrás por inercia. Se frena enseguida, pero ya es tarde. Yo veo la duda.

—¿Me la vas a dar?

Traga saliva, se mete la mano en el bolsillo y me tiende la metadona.

Lo miro a los ojos.

—Así que es verdad que no llevas el resto encima. —Me acerco a él hasta que estamos a un palmo de distancia. Markel se mantiene firme esta vez—. ¿Crees que aguantarás toda la noche sin confesarme dónde están?

Me devuelve la mirada. En su defensa, he de decir que no flaquea, aunque puedo sentir su respiración acelerada. Inspira con fuerza y sus ojos bajan un segundo por mi rostro.

¿Me acaba de mirar los labios?

Doy un paso muy necesario hacia atrás y dejo escapar una carcajada ligera.

Le quito la pastilla de los dedos.

—Relájate. Solo bromeo. No necesito más metadona.

Me la trago y vuelvo atrás, a dejar los ibuprofenos de Kiera en su sitio.

Me doy cuenta de que Markel no se mueve de donde está.

—¿Te duele?

Me giro hacia él.

Lleva una camiseta blanca de manga larga que se ajusta a su cuerpo y unos pantalones de chándal que caen sobre sus caderas

acaparando mi mirada.

No necesito que me explique a qué se refiere.

—Cuando se acerca la hora de la siguiente dosis, sí —respondo, sin tapujos.

Markel suspira.

—¿Hikari sabe que lo estás dejando?

—Hikari no sabe que me metía. —Arqueo una ceja—. ¿O sí?

Casi puedo ver el nudo que se le hace en la garganta.

—Se lo conté. Cuando se enteró de lo de Anna creí que a lo mejor…

—A lo mejor le resultaba más fácil entender que era una persona de mierda si iba drogado por ahí —termino por él, para ponérselo fácil—. Descuida, hiciste bien. ¿Cómo está? ¿Has hablado hoy con él? ¿Se trajo los viales que le llevé?

—Sí, sí. Los ha traído.

—¿Le sientan bien? No todos le hacen el mismo efecto.

—Dijeron que eran buenos. Aya estaba tratando de analizarlos para intentar reproducirlos. Ella se ha quedado con Mitsuki. Los recursos de la Emperatriz son valiosos y ellas no se sienten en peligro. Así que es posible que pueda conseguirnos más viales.

—Eso es bueno —dejo escapar, y cierro los ojos.

Siento como si se aflojara una cadena que llevaba al cuello. Casi escucho el tintineo al caer.

Puede que nunca vaya a curarse, puede que no deje de estar en peligro, pero, al menos, esos viales lo mantendrán con vida mientras encontramos algo mejor.

—Deberías hablar con él —me dice, con tono duro.

—¿Y decirle qué? —replico—. ¿Que había estado engañándolo

todo este tiempo? ¿Que su hermano es un asesino? ¿Un yonki?

Las palabras me queman en el paladar.

—Que su hermano lo quiere más que a sí mismo y que estaba tan desesperado por salvarlo que hizo cosas terribles porque no supo ver otra manera… porque se equivocó.

Se me abre un agujero en el pecho y el primer instinto es llevarme allí la mano; no porque sienta dolor o vacío, sino porque un viejo reflejo me empuja a buscar en mi cazadora de cuero el remedio a ese malestar que durante los últimos años nunca había dejado que fuera a más.

Cualquier retazo de dolor, cualquier remordimiento o preocupación, el *amai doku* lo atenuaba hasta convertirlo en un rumor suave y fácil de manejar.

Pero el bolsillo está vacío. Kiera tiró todo mi *amai doku* y la metadona, aunque se deshaga del dolor físico, no hace nada por llenar este agujero negro, sin fondo, que me atraviesa de lado a lado.

Cuando me doy cuenta Markel tiene los ojos fijos en mi mano crispada sobre el pecho, y me obligo a bajarla.

—¿Eso es lo que piensas?

—Es lo que me digo para dormir por las noches —contesta, serio.

Lo observo de hito en hito. ¿Por qué tendría problemas él para conciliar el sueño, si nunca le dejé participar en nada?

—También te traicioné a ti, Markel —susurro, con suavidad—. Si te culpas por no habérmelo impedido, tú no…

—No es eso —me interrumpe, con rotundidad.

El silencio se hace entre los dos. El sonido de las cigarras entra por la puerta abierta que da al patio y la brisa fresca del final de la tarde me acaricia el cuello y trae consigo el olor de Markel.

Frunzo el ceño.

—No te sigo.

Markel se yergue un poco, repentinamente tenso.

—No importa.

Hay dureza en sus palabras, y también en sus ojos, en esa mirada que normalmente alberga tanta ternura. No parece una persona dispuesta a perdonarme, a pesar de sus palabras.

La culpa en su expresión me hace pensar que realmente hay algo que tiene que ver conmigo que no le deja dormir por las noches.

Y una parte perversa de mí lo entiende enseguida.

El brillo que hay en sus iris marrones adquiere un matiz diferente bajo la luz de la tarde, la forma en la que su cuerpo se tensa junto al mío, la manera en la que traga saliva, el modo en el que sus ojos buscan mis labios…

A pesar de todo me *desea.*

Y eso lo tortura.

El mismo agujero se hace grande en mi pecho. Si se siente miserable es por mí; porque alberga sentimientos por un monstruo.

A mi antiguo yo no le habría importado. Habría acallado esa molesta punzada en el pecho con más *amai doku*. Su dolor me habría parecido curioso, quizá me habría divertido. Habría tirado de ese hilo de culpa enredado en deseo para ver hasta dónde estaría dispuesto a llegar y lo habría metido en mi cama sin ningún tipo de remordimiento.

Pero ya no hay *amai doku* que mitigue el dolor y amortigüe el resto de sensaciones.

Ahora estoy solo frente al vacío y llevo tanto tiempo sin enfrentarme a él que ya no sé cómo hacerlo.

—Gracias por guardar la metadona —me obligo a decir y la voz me sale tan temblorosa que debo bajar el tono—. No te preocupes, no voy a buscar el resto.

Doy media vuelta.

—¿A dónde vas?

—A dormir —respondo.

—Ni siquiera ha anochecido —murmura—. ¿No quieres cenar? Los demás ya han cenado, pero puedo preparar algo para nosotros dos.

Inspiro profundamente, pero eso no parece disipar el dolor. En todo caso lo extiende: por mis huesos y mi sangre, por el resto de mi cuerpo.

—No, gracias.

Me obligo a avanzar.

—Kiera dijo que no debías saltarte comidas —replica, con rapidez. Escucho su voz más cerca.

Incluso a pesar de todo, se preocupa por mí.

Qué fácil sería darse la vuelta, tirar de ese hilo, ver a dónde me lleva… Una parte de mí quiere volver atrás, dejar que me cuide y que vuelva a decir, incluso si es con culpa en la mirada, que todo lo que hice fue por mi hermano y que las formas fueron una simple equivocación.

Pero otra parte de mí más sensata y triste que hacía mucho que no escuchaba se niega a moverse, ancla las piernas al suelo y me dice: «No te lo mereces».

Así que le hago caso, me trago el nudo que tengo en la garganta y respondo:

—Ya he cenado. Buenas noches, Markel.



26

ECHO

Palacio Imperial

24 días para el solsticio de verano

No hay señales de Ryosuke.

Nadie se explica cómo pudo escapar de Palacio, y durante estos días se le ha buscado como si aún estuviera dentro, pero el capitán de la Guardia Imperial me ha asegurado que ya no se encuentra aquí.

Es un misterio.

Un misterio que puede costarme el trono, porque ahora mi hermano está solo, ha sido desposeído de sus tierras y sus bienes y eso lo convierte en un peligro. Si ya no tiene nada que perder puede arriesgarlo todo.

Las revueltas han sido prácticamente sofocadas en todo Tokio, pero la guerra continúa en el resto del Imperio: Hokkaido es la zona

más conflictiva, pero cuento con que los *daimyō* se encarguen pronto y se restablezca el orden.

Mientras tanto, he endurecido las medidas para salvaguardar la paz: he doblado los controles en carreteras, he prohibido las reuniones de más de cinco personas, he establecido un toque de queda, se han ofrecido recompensas por todos los miembros fugados del Skytree y de la Metropolitana y he creado una sección militar con competencia para actuar sobre la ciudadanía y sustituir así a la policía corrupta.

A medida que impongo normas nuevas, veo las expresiones y las miradas, y al final un día uno de los consejeros murmura para sí mismo, con un asentimiento mudo y solemne:

—Así cuida de su Imperio.

Y esas cinco palabras remueven la tierra bajo mis pies, que empiezo a sentir inestable y poco segura, porque traen el eco de otras pronunciadas hace unos años, cuando yo acababa de cumplir los veintidós y había enterrado a mi segunda hija.

«Ahora cada súbdito del Imperio será como un hijo».

Ni siquiera recuerdo el rostro de aquel hombre. ¿O fue una mujer? No recuerdo si fue uno de los médicos que me trataron o si formaba parte del consejo. Solo recuerdo las palabras y la angustia que trajeron consigo. Creo que en realidad buscaban ser amables, pero yo lo sentí como una burla y un castigo.

Hoy busco a Alexa.

La he evitado todos estos días, pero al final mi cuerpo claudica.

Incluso si no la veo, Tomiko me suele contar lo que hace: paseos solitarios por los jardines, horas contemplativas al sol, pequeñas charlas con algunos de los miembros de la corte que no duran más

de unos minutos… Está sola.

Anna, Hikari y Riku abandonaron el Palacio el día del ultimátum a los clanes y desde entonces parece no tener a nadie.

La encuentro en sus aposentos, sentada de espaldas a la puerta y con el *fusuma* que da a la calle abierto de par en par.

Las cigarras del jardín cantan alto, tanto que no parece advertir mi presencia hasta que llego a su lado.

El pelo se le aclara al sol y esos rizos indómitos se vuelven de oro líquido bajo los rayos de luz.

Tomo asiento a su lado y se sobresalta, y una voz retorcida en mi interior me advierte de que reconocerme es precisamente lo que hace que se tense.

—¿Disfrutas del sol?

—Echo —murmura. Sus ojos se pasean por mi rostro y debe de detectar algo que le hace tragar saliva y apartar la mirada—. No tengo mucho más que hacer.

—El Palacio ofrece muchas comodidades. Tomiko dice que apenas sales de tu cuarto. Tal vez deberías probar a darte un baño, visitar la clínica de bienestar para que te den un masaje, pedir que uno de los profesores te enseñe el arte de la escritura japonesa tradicional…

—No he venido a hacer manualidades —replica, con cierta dureza —. Markel sigue trabajando en el asunto de las bombas, Neal ha conseguido reunir las fuerzas del Skytree y comandarlas y, por lo que sé, Anna, Riku, Kiera e incluso Kai Inoue están colaborando. Y yo estoy aquí, tomando el sol, preguntándome qué se sentirá cuando te alcance la onda expansiva de una bomba. ¿Se sentirá calor? ¿Dará tiempo a procesar el dolor?

Debería pedirle que se fuera.

Sería lo más noble.

Ella sabe que este no es su lugar, nunca lo ha sido, aunque se haya esforzado mucho por demostrarnos a las dos lo contrario.

—¿Qué es lo que deseas, Alexa? —pregunto, con prudencia.

Ella me devuelve una mirada intensa.

—Deseo lo mismo que siempre: ser útil para el Imperio… *Servirte.* —Guarda silencio un segundo. Cuando vuelve a hablar, baja mucho el tono de voz—. Pero tengo la sensación de que ya no puedo ayudarte.

No, no puedes, pienso.

Alexa es una idealista, y siempre le estaré agradecida por haberse jugado la vida para advertirme, pero su trabajo terminó en el momento en que me contó la verdad sobre Raine Andrews. Todo lo demás ha sido un idilio.

Ya no permitiré que entre en ese espacio donde no hay lugar para el amor ni el cariño.

Lo que me gusta de ella es lo mismo que desaparecería si la obligara a quedarse conmigo, si la encerrara en una jaula de oro y la mantuviera a mi lado como he hecho antes con otros.

La triste verdad es que si se queda dejaré de amarla.

Y ella sería terriblemente infeliz.

Debería darle la razón y ofrecerle una salida.

Sin embargo, una parte de mí que vive arrodillada a los pies del Imperio me dice «no es justo» y «tú también mereces amor… aunque se acabe pudriendo».

Y de mi boca no sale sino una mentira de rostro inmundo:

—Te necesito, Alexa.

Sus ojos se ensanchan y se llenan de esperanza, y yo sé

exactamente lo que debo decir para que se quede.

—¿De verdad?

Le digo que sí con la cabeza.

—Sin ti estoy perdida.

Inspira con fuerza y el pecho se le hincha con suavidad al tomar aire. Esboza una sonrisa vacilante y temerosa y yo le devuelvo otra que me muestre vulnerable.

—Quiero ayudarte —me confiesa, conmocionada, y se lleva la mano al corazón—. Quiero entenderte, pero hay cosas, hay decisiones que has tomado… que son demasiado… Si me escucharas, si tú también intentaras entender…

No le dejo acabar, porque nada de lo que diga servirá de nada. Ese dolor que escapa de sus ojos es inútil. Por eso me inclino adelante y la beso.

Alexa deja escapar un gemido que yo ahogo con mis labios.

Hay resistencia, una muy sutil, cuando me apoya las manos en los hombros y murmura mi nombre y yo le prometo «luego», aunque las dos sabemos que es mentira.



Esta noche, cuando llaman a mis aposentos, pienso que se trata de ella de nuevo y me preparo para decirles a los guardias, igual que he hecho antes, que no puedo reunirme con Lalanne-san en estos momentos.

No me siento bien ignorándola después de acostarme con ella, pero Alexa quiere algo que no puedo darle: quiere mi redención.

No entiende que no hay nada que redimir. Tal vez sea posible en su mundo, uno en el que existen el mal y el bien; pero no en el mío,

donde la vida de todos los seres de este Imperio depende de mí. No puedo tomar decisiones como una *persona* o perdería la cabeza. Algunas nociones son inabarcables desde un espíritu mundano. Pero Alexa es tan ingenua como para pensar que la ética importa aquí.

El guardia, sin embargo, niega con la cabeza cuando le pregunto si se trata de Alexa y me explica que es Tora.

Lo dejo pasar.

—¿Por qué usas la puerta principal? —pregunto, a modo de saludo. Sus aposentos dan a los míos por el interior; un arreglo de lo más provechoso para disimular frente a aquellos que creen que nos estamos acostando.

—No quería invadir tu espacio —responde, con esa sonrisa cortés tan propia de mi esposo—. Me han contado que has tenido un día largo.

—Así es. —Le hago un gesto y señalo el sofá frente al mío para que tome asiento—. La próxima vez llama a la puerta que conecta los aposentos. No nos conviene que te vean pedir permiso para entrar a *tu cuarto.*

Tora sonríe, pero asiente para sus adentros y pasa por delante de mí con una mano tras la espalda.

—¿Qué llevas ahí?

Dejo a un lado la tablet y con ella las imágenes de los puntos más conflictivos de Japón, los informes de los diferentes clanes, el número de bajas, el reporte de las pérdidas materiales…

Tora se ha sentado sin enseñar la mano. Lleva unos pantalones *hakama* tradicionales, negros y sobrios, pero un *haori* exquisito y bordado en oro por cuyas amplias mangas asoman sus brazos morenos.

Echa un vistazo a la tablet que queda a un lado, con la pantalla encendida y congelada en un correo del líder del clan Atagi de Hokkaido, que me pregunta qué ha de hacer con los soldados capturados de Raine Andrews, todos mercenarios.

—Antes de venir se me ha ocurrido traer esto… pero ahora que estoy aquí me siento muy tonto —murmura—. ¿He leído el apellido Atagi en la pantalla?

Enarco las cejas.

—Es de mala educación leer algo que no está dirigido a ti.

—Lo sé —contesta, con serenidad—. Lo siento. No he podido evitarlo. Sé lo de los insurgentes capturados. Son muchos.

—Y consumen recursos que el clan Atagi apenas tiene para sus propios guerreros. —Suspiro y me froto el puente de la nariz—. La heredera del clan Kiyowara en Kioto también ha escrito. ¿Te has enterado de eso?

—No —contesta, y creo que habla con sinceridad—. De eso no.

—Encuentran resistencia para la redistribución de recursos. La gente no está contenta. Algunas asociaciones, en su mayoría compuestas por pequeños comerciantes, se lo están poniendo difícil. No acatan sus órdenes.

Su mirada oscura, que es templada normalmente, adquiere un brillo más frío.

—Incumplir la voluntad del clan Kiyowara es incumplir la tuya. La heredera debería dejárselo claro.

—¿Qué sugieres?

Tora aparta la mirada, la pierde en los *shōji* bellamente decorados, las pinturas de cerezos florecientes y pétalos que son arrastrados por un viento fantasma.

—Que les recuerde las consecuencias de traicionar al Imperio y les dé tiempo para recular —propone, con cierta prudencia—. Pero no mucho. Nosotros tampoco lo tenemos.

Tora ha sido instruido en mi mismo mundo. Por eso es capaz de sentarse ahí con esa sonrisa afable y seguir escondiendo algo tras la espalda como un niño mientras me recomienda imponer mi voluntad.

—Siento si soy muy directo… —murmura, suavizando el tono de voz.

Creo que malinterpreta la larga mirada que le dedico, así que suspiro, cruzo una pierna sobre la otra y niego con la cabeza.

—Eres mi aliado, el mejor que tengo. Debes ser sincero.

Tora se yergue un poco y alza el mentón. Es delgado y tiene un porte que sabe lucir con elegancia.

—Será un honor.

Me dedica una sonrisa, una que parece de verdad, y yo vuelvo a mirar el brazo que tiene tras la espalda.

—Voy a empezar a pensar que se trata de algo malo.

Él se ríe y me muestra una pequeña bandeja sobre la que hay…

—*Sufure chīzu kēki* —susurro, y le dedico una mirada interrogante.

Son pasteles, o más bien suflés, de queso. Pequeños y esponjosos, y con una consistencia que parece desafiar toda norma culinaria, pues se tambalean en la bandeja como si estuvieran hechos de gelatina.

—Esta tarde los sirvieron en una reunión, y pensé en pasar por las cocinas para traerte algunos. —Echa una mirada a la botella que hay sobre la mesa y se inclina adelante para depositar ahí la bandeja—. Pero mucho me temo que no combinan muy bien con el sake.

Parece avergonzado.

Y yo creo que es encantador.

También yo me inclino y tomo entre los dedos uno de los suflés. Son más pequeños que los tradicionales, apenas un bocadito que se deshace en mi boca en cuanto lo pruebo.

—Tal vez con *umeshu* encajen mejor —sugiero.

Tora me contempla fijamente, como si no entendiera… o lo hubiera hecho y quisiera comprobar que no se equivoca. Vacilante, sonríe y se pone de pie.

—Iré a buscar unas botellas.

También yo le dedico una sonrisa.

光

27

NEAL

Roppongi

24 días para el solsticio de verano

Si antes Kiera era la terrorista fugada del Skytree que inició la guerra, ahora es la soldado capaz de atravesar la oscuridad.

Han pasado tres días desde el primer asalto a la Mori Tower, y me doy cuenta de que cada vez la miran más.

Los rumores vuelan rápido. Los soldados ya se giraban para mirarla durante el camino de vuelta aquel primer día, pero ahora… ahora es más que evidente.

No creo que se trate de miedo; no del todo. Durante todas estas sesiones en las que nos hemos dedicado a limpiar la torre los oficiales se han mostrado muy interesados por saber con quién lucharía la soldado Amell.

Tener a alguien inmune a la oscuridad parece una ventaja y creo

que, de alguna forma, los hace sentir menos vulnerables.

Pero yo no he podido alejarme mucho de ella.

He sentido su mirada cuando la he dejado demasiado lejos de la acción. También he notado el reproche cuando me ha ofrecido su ayuda durante una maniobra y yo la he obligado a quedarse cerca de mí.

Puede que sea egoísta, o que esté siendo irracional al desaprovechar un recurso tan valioso.

Me importa una mierda.

Y como soy su comandante y por ahora finge que debe obedecerme… ha acatado mis órdenes.

Me pregunto si realmente cree que debe hacerlo o si solo disimula por el bien de los dos.

Terminamos de limpiar la torre sin encontrar los Tengu que avistaron en Kioto. La unidad de Genbu tampoco halla rastro de Nopperabo. Pero al final del sexto día tenemos ya siete máscaras de Amanojaku que mañana le llevaremos a Akane.

No sé si lo considerará o no una señal, pero vencerlos ha sido duro.

Lo que no hemos encontrado todavía han sido las bombas de Raine Andrews.

Moe Standen chasquea la lengua cuando se lo comunico.

Hoy no me recibe desde su despacho. Está sentado frente a una encimera, junto a un gran ventanal que da al amanecer. Standen luce ya una camisa que no se ha abotonado del todo, y tiene el pelo canoso despeinado.

Se lleva una taza de café a los labios antes de decir:

—Vaya. Es una pena.

Frunzo el ceño, a la espera de las reclamaciones. Lo dejó muy claro:

soy el único responsable de la gloria o la destrucción del Skytree.

—Aún seguimos buscando. Esta noche vamos a quedarnos aquí. Barreremos cada rincón hasta asegurarnos de que no hay rastro de las bombas… aunque no tenemos muchas esperanzas. —Aguardo, pero Standen se limita a dar otro sorbo al café, como si esperara que le contara algo interesante de verdad en cualquier momento—. Le agradezco que haya pagado por restablecer la luz de un complejo de estas magnitudes. De lo contrario, las labores de búsqueda habrían sido mucho más tediosas.

—Claro. Un placer, comandante. —Me dedica una sonrisa de dientes blancos—. Si va a quedarse esta noche en el complejo, le recomiendo que elija alguna de las *suites* de lujo. Allí la luz es Traída del sol. Mañana se levantará como nuevo.

Lo observo unos segundos, analizando las implicaciones de sus palabras.

—¿Ha pagado luz Traída del sol? —inquiero.

—Solo para las habitaciones más caras de la zona habitable —responde—. Lo mejor para los huéspedes que quieran comprar un poco de lujo. No todos los hoteles importantes cuentan con algo así, ¿sabe?

Lo estudio unos segundos.

—Ha comprado la torre —comprendo.

Moe Standen sonríe con todos los dientes y suelta una carcajada ligera.

—No ha sido fácil. Aunque ese sitio fuera una ruina, algunos de los antiguos dueños se negaban a vender; ¡no querían enriquecerse a costa de la Mori por si eso enfadaba al *yokai*! ¿Se lo puede creer? Pero al final eso ha jugado a mi favor. Ha sido prácticamente un regalo.

—Por eso accedió tan rápido.

—Por eso y porque tenían que encontrar las bombas, comandante —contesta, un poco más serio de pronto. Deja la taza de café en la mesa y la hace girar con dedos hábiles sin levantar los ojos hacia mí —. Resulta que las buenas acciones sí se ven recompensadas.

Se me escapa una mueca.

—Parece que sí.

Qué listo es. Un cabronazo oportunista.

No me importa mientras siga de nuestro lado.

—¿Necesita algo más, comandante?

—Sí. Tengo el número de bajas definitivo —le digo, tomando la tablet que sostengo entre las manos—. Ha sido tan alto como esperábamos. Al final han perdido la vida…

—No hace falta que me lo lea, comandante. Ya pago a varios secretarios que lo hacen para mí. Envíe el informe y ya le echaré un vistazo.

Contengo mi respuesta.

Le da absolutamente igual. Qué hijo de puta.

—Entonces, eso es todo —declaro.

—¡Muy bien! —Me regala una sonrisa radiante—. Siga así, comandante. Está haciendo un trabajo excelente.

Moe Standen cuelga la llamada y en cuanto la pantalla se queda en negro reviento la tablet contra ella.

Uno de mis capitanes entra a todo correr y se detiene cuando ve los restos de la tablet en el suelo y la pantalla que chisporrotea colgada de la pared.

No hace preguntas. Tampoco yo le doy explicaciones.

—Cuando acabe de redactar el informe envíelo al centro de mando

de la Agencia Hawk —ordeno—. Y descanse esta noche, se lo ha ganado —añado, antes de abandonar la sala.

No encuentro a Kiera en el vestíbulo que hemos convertido en el centro de operaciones; tampoco en ninguna de las habitaciones que usaremos esta noche; pero no es muy difícil que alguien me diga dónde se encuentra. Todos están pendientes de ella.

El ascensor me lleva al último piso. La planta tiene forma esférica y ofrece unas vistas impresionantes al cielo nocturno de Tokio.

En esas mesas vacías se servían cenas con vistas a la ciudad.

El firmamento tormentoso de finales de mayo parece más oscuro de la normal y las luces de toda Tokio se han encendido ya. Los neones se entrelazan con las luces protectoras que iluminan los hogares.

—¿Kiera? —la llamo.

Mis botas resuenan por el lugar vacío cuando echo a andar. Recorro toda la planta, pero no la encuentro, así que tomo las escaleras que llevan a la azotea y al ver la puerta abierta me digo que debía haber imaginado que Kiera no se contentaría con mirar a través de un cristal.

El viento es fresco sin llegar a resultar desagradable y trae consigo el olor de la lluvia. Entre las nubes se atisban los edificios más lejanos, semiocultos por la bruma grisácea, hasta que un relámpago los ilumina. Unos segundos después, un trueno resuena a lo lejos.

No consigo verla al principio. El helipuerto está iluminado, pero solo las luces que bordean la torre son protectoras, como advierte un cartel. Funcionan a modo de Camino de Luz, iluminan el suelo y los barrotes de la pasarela son de un intenso color azul neón cuando me acerco.

Una ráfaga de viento me revuelve el pelo y esta vez, junto con el olor a lluvia, me llegan las primeras gotas. Aun así, echo a andar por la pasarela.

Las vistas son más impresionantes desde aquí. Que la creciente tormenta oculte algunos edificios solo lo hace más espectacular, como si estuviéramos en medio de la nada.

Tardo un rato en fijarme en la silueta.

Al otro lado de la pasarela de seguridad se extiende un entramado intransitable que desciende de forma diagonal, hecho de vigas que se entrelazan, antenas, postes, cuadros eléctricos…

Por eso me cuesta verla.

El corazón se me acelera.

No hay luz al otro lado de la pasarela, solo sombras cada vez más oscuras; pero ahí está ella, sentada al borde del abismo; los pies colgando, el pelo recogido en una coleta que agita el viento…

El miedo me hace agarrar la pasarela y estoy a punto de seguir a mi instinto y saltar cuando Kiera se mueve para acomodarse y todo se detiene.

El tiempo se ralentiza, pero mi corazón sigue desbocado y en un fragmento extraño de lucidez comprendo que Kiera está *bien.*

Esta vez no hay tentativa posible a la oscuridad, solo una incursión directa, meditada, real… en la noche.

Tengo muy presente nuestra última conversación sobre las anomalías y, no obstante, su imagen al borde de la torre y envuelta por la oscuridad es perturbadora.

Crecí con advertencias de lo que te hace la noche, incluso fuera de Japón, donde quedarse un segundo a oscuras no es sinónimo inminente de muerte.

Desde niños aprendemos que quedarse a oscuras significa tragedia.

Por eso me cuesta respirar al verla lejos de la luz azul. Una parte de mí sigue gritando que está en peligro, que debo sacarla de ahí, que debo traerla de vuelta a la luz…

Pero me digo, una y otra vez hasta que empiezo a creérmelo, que está *bien.*

En todo caso, la oscuridad debe de estar sanando cualquier herida que haya podido hacerse durante el combate.

Debo cerrar los ojos un segundo para obligarme a quedarme quieto.

Inspiro con fuerza y cuento hasta tres, pero al volver a abrir los ojos no encuentro la calma que buscaba.

Kiera ya no está sola.

Y probablemente tampoco lo estuviera antes.

Pero ahora sí que lo veo.

Es grande. Su imagen recortada contra la tormenta me parece al principio una visión de pesadilla.

Su cuerpo ocupa tres veces el de Kiera. Sentado a su lado con un exquisito kimono negro que, sin embargo, parece raído y viejo, se cierne sobre ella y la rodea lentamente con un brazo desproporcionadamente alargado.

Pero lo peor es el rostro; o *eso* que tiene en su lugar.

Congelada en una mueca espantosa, de boca ancha y dientes negros, su cara parece pintada; la máscara terrible de un teatro terrorífico y grotesco.

Pero no hay bordes de los que tirar, cuerdas ni cierres que la amarren al rostro real… Esa expresión inmóvil, de ojos redondos y

enormes, demasiado saltones, le pertenece.

Y ella no lo ve. Aún no la ha tocado, pero debería haberlo visto ya.

Kiera se mueve ligeramente y echa la cabeza hacia atrás cuando las primeras gotas de lluvia rompen la noche y le caen en la cara… pero no está asustada.

No siente la presencia que tiene al lado.

Sin saber qué hacer, me llevo la mano a la cadera y desenfundo la pistola. Apenas la he alzado cuando la criatura gira de golpe el cuello hacia mí y sus ojos me encuentran.

Tiene la boca permanentemente abierta, la nariz es apenas dos pequeñas ranuras y los ojos son aún más espantosos de frente.

Detiene el lento avance del brazo con el que pretendía rodearla y lo hace para señalarme.

Me quedo quieto, incapaz de reaccionar, hasta que ese dedo huesudo me apunta al pecho y, entonces, todo se queda a oscuras.

Clic.

Siento el cambio en los pulmones, en la siguiente bocanada de aire, que *quema.*

Y todo vuelve a llenarse de luz… pero no de la luz de la Mori Tower: es luz de día, clara y brillante. Y yo sigo aquí arriba, aferrado a la misma barandilla, mirando en la misma dirección… pero el horizonte ha cambiado.

No sé a dónde estoy mirando.

Aunque no parece Japón.

La vista se llena de rascacielos y calles apretadas y las nubes de la tormenta se ven sustituidas por humo; un humo denso que sube de los edificios en llamas: decenas de casas, rascacielos, alguna fábrica… todas ellas envueltas en fuego abrasador.

Se oyen sirenas, una alarma general que resuena en las calles y se hace eco de los gritos.

Pero lo peor no es el fuego, sino el vacío.

Junto a los edificios en llamas advierto un vacío inmenso, negro, donde no hay más que escombros y ceniza, tierra yerma y estéril y los restos irreconocibles de una ciudad.

Noto cada latido del corazón como un puñetazo en el pecho. Y entre bocanada y bocanada, al aspirar el humo y el fuego comprendo que si no he encontrado a Tokio en la imagen es porque queda tan poco de ella que resulta irreconocible.

Y allí, en el borde de la azotea, esa criatura de rostro imposible me sigue apuntando con un dedo huesudo, el brazo desproporcionado muy estirado y esa sonrisa estática y terrible tirando de las comisuras de su boca enorme cuando baja el brazo y gira lentamente el rostro hacia… Kiera.

Ajena a cuanto ocurre, se ha recogido una rodilla contra el pecho y apoya allí el rostro mientras balancea la pierna que le cuelga del borde.

No ve el fuego, ni el caos. Y por supuesto tampoco ve a la criatura que se le ha sentado al lado.

El miedo me atenaza los músculos y sé que debo hacer algo.

Ni siquiera lo pienso cuando agarro la barandilla, me impulso y salto al otro lado.

Pero no soy capaz de dar un paso más.

Un segundo la criatura está junto a Kiera y al instante siguiente su rostro deforme se encuentra a un palmo del mío mostrándome esa sonrisa espantosa de dientes afilados.

Un terror antiguo y visceral me trepa por la columna cuando lo

veo encorvado frente a mí, tan grande, extraño y amenazante de una forma inherente. Es una parte primitiva la que me dice que debo tenerle miedo, que he de huir.

Pero la criatura no me ataca. Levanta un brazo alargado que cruje como si fuera la rama de un árbol y señala el horizonte, el humo que sale de los incendios, el fuego y las cenizas… Luego, baja un poco esa mano y veo que señala a Kiera.

Dejo de respirar cuando el ser me agarra y siento el frío extremo que emana de sus dedos, huesos apenas cubiertos por una capa de piel seca y cetrina, y descubro que está depositando algo en ella.

Dos monedas.

Las dos redondas: una plana y lisa, salpicada con sangre; la otra limpia, con un agujero cuadrado en el centro.

Levanto los ojos hacia él con temor, pero la criatura se limita a señalar a Kiera y me da la espalda.

—¡Espera! —Doy un paso adelante y estiro el brazo—. ¡¿Qué quieres decir?!

Un dolor sordo me lo recorre como un relámpago. Es como una quemadura, penetrante e intenso.

Intento dar otro paso adelante cuando, de pronto, me quedo a oscuras.

Clic.

La criatura desaparece y se lleva la luz, las imágenes del caos y el humo y yo regreso a la azotea de la Mori Tower… y a la noche, las luces de neón de los letreros, la luz protectora en las ventanas y la ciudad en silencio allí abajo, donde nadie puede salir a oscuras.

Y si no he dado un paso hacia una muerte segura es por Kiera, que me abraza con fuerza contra la barandilla iluminada que he debido

de saltar.

Lentamente, regreso a mi cuerpo y a la realidad.

No hay ni rastro de ese ser y Kiera ha abandonado el borde oscuro de la azotea para venir hasta mí sin que me diera cuenta.

Tardo un rato en entenderlo y en ubicar ese dolor sordo. Giro la cabeza y descubro una sombra negra enroscada alrededor de mi brazo, aferrada como una serpiente desde mi muñeca hasta mi hombro y parte del pectoral. Un chispazo de luz violácea estalla en varios puntos diferentes y el dolor recorre mis nervios como un latigazo que me hace estremecer.

—Neal. —La voz de Kiera, que suena absolutamente aterrada, me hace volver a abrir los ojos—. Neal, da un paso atrás, por favor.

Creo que nunca la había escuchado así, con un hilo de voz tan fino y frágil.

Tiene su cuerpo pegado al mío y cada músculo en tensión mientras con una mano se agarra a la barandilla que tengo detrás para frenarme y con la otra me acuna el rostro.

—Neal. —La voz le sale temblorosa.

Hace más presión y, esta vez, puedo reaccionar.

Dejo que me lleve hacia atrás y contemplo, como si estuviera en un trance, cómo ese zarcillo de oscuridad que me agarra del brazo retrocede ante la luz protectora y revela la cinta dorada de mi muñeca. Siento cómo la presión desaparece a medida que se desenrosca y el dolor más fuerte se disipa a favor de uno suave.

La anomalía se pierde en la oscuridad.

Kiera queda iluminada por completo por la luz azul de la pasarela. Pegada a mi cuerpo, noto su respiración agitada contra mi pecho y la fuerza que aún ejerce contra mí. Tiene las pupilas dilatadas y los

labios temblorosos entreabiertos.

Sus dedos me cubren la mejilla y me doy cuenta de que debía de intentar que la mirara.

—Pasa al otro lado, por favor —murmura, con un cuidado que me preocupa.

Mierda.

Está muy asustada.

Obedezco sin moverme demasiado. Tampoco ella me permite hacerlo. No ha visto a la criatura, ni la visión de destrucción. Solo ha observado cómo saltaba al otro lado y echaba a andar hacia la oscuridad.

Cuando regreso a la seguridad de la luz, Kiera me concede espacio, pero dura apenas un segundo, porque se lanza de nuevo hacia mí y sus manos vuelan a la mía.

—¡Tu brazo! ¿Te duele? —Lo levanta con tacto. Aún tiene la respiración agitada—. ¡¿Te das cuenta de lo que podría haber pasado?! ¡¿Eres consciente de que has estado a un segundo de acabar destrozado?!

Me mira a los ojos sin soltarme la mano y se muerde el labio inferior, pero yo no respondo.

—¡Iba a arrancarte el brazo, Neal! Y luego el resto de tu cuerpo habría corrido la misma suerte. ¡¿En qué pensabas?!

Consigo apartar los ojos de los suyos.

Pensaba en salvarte.

La imagen de los edificios en llamas es solo un eco sobre la oscuridad, pero yo aún la siento presente.

El recuerdo de la sonrisa llena de dientes de la criatura me pone los pelos de punta y regresa a mí con una certeza indiscutible.

Vuelvo a mirar a Kiera, que me contempla como si no pudiera entender nada.

—Un Shinigami ha venido a decirme algo.



El corazón aún me late con fuerza cuando volvemos dentro de la Mori Tower.

Kiera ha desaparecido en busca de un botiquín en cuanto hemos bajado las escaleras. También estaba alterada, pero yo no puedo ofrecerle respuestas más allá de lo que esa criatura me ha enseñado.

Lo único que tengo claro es que se trataba de un Shinigami, un dios de la muerte.

Lo sé en lo más profundo de mi alma.

Cuando me desvisto en el baño de mi habitación descubro las marcas violáceas que han dejado las anomalías en mi piel. Una línea dispersa se enrosca alrededor de mi brazo, desde mi muñeca hasta el hombro y después hacia el pecho. Parece una quemadura interna, como si un rayo me hubiera atravesado.

De pronto, escucho un chasquido e inmediatamente después la puerta al abrirse. Kiera lleva los pantalones cargo negros y la camiseta blanca. Una coleta recoge su cabello castaño despejando un rostro de rasgos dulces, ojos almendrados y labios generosos.

—Creía que había cerrado la puerta.

Kiera enarca una ceja castaña.

—¿Seguro? Lo habrás comprobado mal —ronronea.

La mirada juguetona, sin embargo, flaquea cuando observa mi brazo.

Tras un suspiro que no me pasa inadvertido, alza la mano y me

muestra un botiquín.

—Vamos a ver eso —declara, y no duda en apoyarme una mano en el pectoral ileso y empujarme hacia atrás, para guiarme al dormitorio.

Las ventanas sin cortinas ofrecen una vista parecida a la que había desde la azotea. La ciudad duerme en esta imagen tan distinta a la que me ha mostrado el Shinigami.

—A la cama —ordena.

Sus palabras consiguen lo contrario a lo que desean, porque me quedo quieto. Ese tono que emplea me enciende de una forma que no debería ser normal.

Kiera debe darse cuenta de cómo suena, porque carraspea y repite:

—Siéntate en el borde, por favor.

Me sorprende tanto que no aproveche la oportunidad para torturarme, que obedezco y permito que ella se acerque y me observe desde arriba. Me palpa la herida, me pregunta si me duele y recorre los bordes difusos con las yemas de los dedos.

—La piel no está dañada. Es interno, pero no parece grave. Lo trataremos como un moretón muy molesto y vigilaremos si disminuye poco a poco. —Saca unas bolsas pequeñas del botiquín y toma una entre las manos—. Son compresas frías instantáneas.

Estrecha una entre los dedos y al instante, cuando la coloca sobre mi pecho, noto el frío.

—¿Echas de menos la medicina? —se me ocurre de pronto.

No medito la pregunta, ni pienso demasiado si escucharlo la herirá de alguna forma.

Hay tanto que no sé de ella, tanto que quiero conocer…

—Sí —responde, para mi sorpresa.

Creía que Kiera, con esa arrogancia y ese magnetismo de labia fácil, daría mil rodeos para no admitir algo que pudiera mostrarla vulnerable.

—Me habría gustado terminar, pero en ese momento me pareció más fácil huir.

—Tuviste que sufrir mucho con Kohana Harewood.

Le aparto un mechón castaño de la cara y lo recojo tras la oreja, pero no me detengo ahí. No puedo evitarlo y hundo los dedos en su pelo, los deslizo por él mientras cierra los ojos y sigue la caricia y acabo quitándole la goma con la que se lo ata.

—No solo huía de ella —responde y abre los ojos azules—. Creo que también estaba corriendo hacia algo, aunque me diera mucho miedo admitirlo.

Los dos nos quedamos en silencio mientras siento el tacto cálido de su piel en contraste con la bolsa de frío.

—Si me lo permite, comandante, ha sido usted muy tonto —suelta, cambiando de tema, y bajo el tono divertido siento un matiz agridulce—. Estúpido, incluso.

—El Shinigami estaba a tu lado y te rodeaba con un brazo.

—Yo no he visto nada.

—Pero estaba ahí —replico. Ya le he hablado de las monedas que ha dejado en mi mano y luego han desaparecido, pero no se lo he contado todo—. Al principio creía que te estaba amenazando, por eso he echado a correr hacia ti.

Kiera mueve ligeramente la compresa fría y aprovecha para desviar la mirada.

—No habrías dado ni dos pasos antes de que las anomalías te destrozaran —susurra. La voz le sale un poco ronca.

—¿Y qué? —contesto, sin tener que pensarlo.

Kiera se yergue un poco ante la dureza de mi tono y cierra los ojos unos segundos antes de volver a abrirlos.

—Que tu muerte no habría servido de nada. Si hubieras tenido alguna posibilidad, tal vez, lo entendería; pero tú sabes bien, comandante Neal Kellum, que una vida, *tu vida*, vale más que un sacrificio evitable.

—No estaba pensando como un soldado, Kiera —contesto.

Nuestros ojos se encuentran y ella me sostiene la mirada con gesto grave.

—Parecías asustado.

—También tú. —Estaba aterrada, tanto como yo cuando creía que el Shinigami podría hacerle daño. Deslizo una mano por su mejilla y ella se inclina ante el roce—. A veces arriesgas lo único que me mantiene cuerdo. Tienes el poder de destrozarme y una tendencia heroica a sacrificarte que odio por encima de todo. Vivo aterrorizado por volver a perderte.

Entonces aparta la compresa fría, la deja a un lado y se sube a horcajadas sobre mí.

Me toma el rostro entre las manos.

—Procuraré que no vuelva a pasar.

—Procurarlo no basta —respondo, tajante—. No hay lugar a la imperfección en mi ejército.

Kiera suelta una risa cantarina y yo no lo resisto más. La detengo con un beso y la risa se convierte en un quejido que se desliza a lo largo de mi columna.

Le paso las manos por la cintura y clavo allí mis dedos cuando Kiera me devuelve el beso y mi cuerpo arde por más.

Me rodea el cuello con los brazos, se pega más a mí y se mueve sobre mi regazo mientras hunde los dedos en mi pelo y tira ligeramente de él para obligarme a detener un beso cada vez más profundo.

—¿Qué ocurre? —pregunto. La voz me sale ronca.

—Que a mí también me asusta perderte, y que te quiero.

Lo siento como un disparo, un golpe directo al pecho que me deja sin aliento.

La agarro con suavidad del mentón y el honesto nerviosismo que se traduce de esa mirada profunda me desarma del todo.

—Te quiero —respondo—. Te quiero más de lo que he querido nunca a nadie. Te quiero tanto que no hay nada que no estaría dispuesto a hacer por ti.

Se inclina adelante y pega su frente a la mía al tiempo que cierra los ojos y compartimos un instante en el que se detiene el mundo.

Solo siento su respiración contra mi cuerpo y ese aroma a vainilla que ahora lo envuelve todo.

Durante unos segundos no se mueve, hasta que desliza la mano por mi mentón, se inclina sobre mí y siembra un camino de besos largos por mi cuello mientras yo me limito a rodear su cintura con las manos e intento portarme bien, pero no resisto demasiado y por mucho que me guste sentir su boca en mi piel necesito besarla. La agarro de la nuca y cuando estoy a punto de robarle un beso, tres golpes rápidos en la puerta me detienen.

—Comandante Kellum. —Una voz urgente me llama desde el otro lado de la puerta. Kiera echa la cabeza hacia atrás, contrariada—. Comandante —insisten, dando dos golpes más.

—¡¿Qué?! —me hago oír.

—Hay… novedades. Un pelotón cree que ha encontrado algo.

Tanto Kiera como yo nos tensamos, ahora por motivos muy diferentes.

—¿Cree?

—Los ingenieros y los artificieros han ido a comprobarlo con las indicaciones de Markel Sagastizabal. Aún no han podido acceder por completo a la zona, pero en diez o quince minutos podrían tener algo.

Si me ha molestado es que es bastante probable.

—Envíame las coordenadas al comunicador —le ordeno—. Enseguida me reúno con vosotros.

—Sí, comandante.

Los dos esperamos hasta que oímos los pasos alejándose al otro lado de la puerta. Entonces, Kiera sonríe.

—Odio que no hayan esperado a confirmarlo para avisarte —confiesa, y ensancha aún más su sonrisa—. Pero… ¿es posible que lo hayamos conseguido? ¿Es posible que vayamos a salvar a Japón?

Asiento y me entran ganas de volver a besarla cuando me mira así, con la emoción contenida, el miedo aún haciendo su gesto vacilante…

Me acerco a ella y murmuro contra sus labios:

—Quizá debamos esperar diez minutos más sin hacernos ilusiones.

Kiera suelta una carcajada.

—Imposible.

También yo me río, pero por otro motivo.

—Se me ocurre una forma de hacer que dejes de pensar —le digo, deslizando los labios por su mentón y acariciando luego el lóbulo de

su oreja—. Agárrate fuerte.

Apenas le doy tiempo a obedecer. La levanto obligándola a rodearme la cadera con las piernas y echo a andar hacia la cómoda frente a la cama.

Agarro su cinturón y lo desato con rapidez antes de tomar el botón y la cremallera y, entonces…

—Sigo sin tener condón —me dice, de forma atropellada—. Y, de todas formas, creía que estabas en contra de hacer esto *sin tiempo.*

Me entra la risa. Le agarro la mandíbula con suavidad y le obligo a levantar el rostro para mirarme fijamente.

Sé que eso le gusta.

—No voy a follarte. Sigo manteniendo mi promesa y mi determinación de hacerlo *con tiempo.*

Esos ojos tan azules y tan bonitos se le llenan de malas intenciones.

—Diez minutos —me recuerda, alzando las cejas, y yo suelto una carcajada porque la conozco lo suficiente como para saber que acepta el reto.

—Es encantador que creas que vas a aguantarme diez minutos.

Dejo de reír, la suelto y me detengo a mirarla.

Todo mi cuerpo arde ante su imagen, aunque todavía está demasiado vestida.

—Levanta el culo.

Kiera arquea las cejas ante la orden, pero obedece, y en cuanto lo hace le quito los pantalones y le bajo después la ropa interior por las piernas, en una caricia muy consciente y lenta, a pesar de la urgencia.

Sin mediar palabra, se inclina adelante y cuando sus manos regresan de nuevo a mi bragueta, la detengo por las muñecas y me

trago una protesta en un beso ávido y profundo.

—Estate quieta y separa las piernas —le pido, contra los labios, y le apoyo las manos en las rodillas cuando se limita a mirarme de forma desafiante—. Es una orden, soldado.

Kiera emite un quejido torturado que me encanta y cuando cumple mis exigencias, le rodeo el muslo con la mano, se lo levanto y hago que apoye el pie en la cómoda antes de apartarme y observarla.

Se me seca la garganta.

—No te muevas.

Reacciona como si mis palabras fueran una caricia. Suelta un suspiro, echa la cabeza hacia atrás y yo no le doy tiempo de procesarlo antes de arrodillarme frente a ella, ponerme sus piernas en los hombros e inclinarme para devorarla.

Me la como enterita, beso a beso, mientras aprendo de la forma en la que me enreda las manos en el pelo, tira de mí, maldice y suplica…

Me encanta ese sonido saliendo de su boca, los gemidos ahogados, los jadeos de una respiración cada vez más acelerada…

Intenta mover las caderas, se retuerce como si esto fuera una tortura, y yo la anclo a la superficie de la cómoda con las manos y trato de darle lo quiere.

No hay provocaciones, caricias que prueben límites y jueguen con el precipicio. Esta vez, le doy todo lo que quiere sin condiciones.

Con una rodilla en el suelo, me rindo a ella como un caballero y cuando llega al orgasmo, me clava los dedos en los hombros y deja escapar un gemido que podría volverme loco. Me trago su placer con lametones más rápidos e intensos, más lentos y suaves después… hasta que el temblor se vuelve réplica y poco a poco

recobra la respiración.

Me pongo en pie y procuro no jactarme ante esa expresión dichosa, de mejillas sonrojadas y mirada incrédula.

Se mira la hora en el comunicador.

Y se me escapa una sonrisa.

—No te queda bien ser presumido, Kellum —canturrea, con los ojos brillantes.

—¿Entonces por qué me miras de esa forma?

La perversión tira de la comisura izquierda de su boca, apoya las manos en la cómoda, salta, y cuando se acerca a mí interpongo un paso *muy necesario* entre los dos.

—No.

Empiezo a vestirme.

—¿Cómo que *no*? —pregunta, confundida.

—No vas a tocarme.

—Creo que también puedo ser rápida —sugiere. Una nota de molestia se le aloja entre los ojos, en ese ceño combativo, y a mí me produce un placer oscuro saber que esto la mosquea tanto.

—Pero yo no —replico y termino de recoger mis cosas. Aunque me gusta ver cómo me mira, lo digo en serio. No me fío de mí mismo, no cuando se trata de Kiera—. Vístete. Te envío la localización enseguida.

—¡Neal! —protesta.

Y una parte de mí le concede la razón vívidamente, pero soy fuerte. Le doy la espalda, agarro el picaporte y añado:

—Tiene dos minutos, soldado. No llegue tarde.

Oigo una maldición y, luego, cierro la puerta.

光

28

KAI

Mori Tower, Roppongi

23 días para el solsticio de verano

Cuando el *fusuma* de la entrada se abre de madrugada yo estoy despierto, insomne y revuelto tras una pesadilla en la que Hikari muere en mis brazos porque yo soy incapaz de matar por él. No consigo el dinero, ni los viales, y mi hermano abandona este mundo de mierda con un dolor indescriptible.

Me siento febril y dolorido y el instinto que me lleva a agarrar el *tantō* guardado bajo la almohada es más lento de lo normal.

Quizá sea mejor, porque así no se lo pongo a Markel debajo de la garganta.

Lentamente, suelto el mango y me incorporo mientras me fijo mejor en su aspecto, el pelo ondulado revuelto, las gafas enredadas en él, la camiseta de manga larga y el chándal.

—Cuando un hombre entra en mi cuarto a estas horas no espero que lo haga vestido.

Markel parpadea, se pone rojo en cuestión de segundos, y cuando creo que va a implosionar por la vergüenza, declara:

—Han encontrado las bombas.

Frunzo el ceño.

—¿De verdad?

Asiente con energía y un rizo se le escapa y cae sobre su frente.

—Kiera acaba de escribir. Sí que estaban allí, Kai. Teníamos razón. ¡Todo este tiempo las bombas han estado aquí dentro! ¡Tengo que ir a verlas! ¡Cuanto antes!

Markel empieza a pasear por la habitación de forma nerviosa.

—Eh… frena un poco —le pido, mientras me pongo en pie y me estiro. No llevo camiseta y a pesar de la agitación que lo mueve no me pasa desapercibida la forma en la que me mira—. ¿Qué hora es?

—Las dos… No. Son las tres… las tres y media de la madrugada.

Suelto un resoplido y me aparto el pelo de la cara, provocando que Markel vuelva a fijarse en mí con ese brillo tan peligroso en los ojos marrones. Traga saliva y yo me quedo atascado en la imagen de su nuez al subir y bajar, en sus labios y en ese lunar sobre la comisura derecha de la boca.

—Vas a tener que dejar de mirarme así —le digo, muy serio.

Ahora mismo no me queda paciencia, ni modales, ni ningún interés por fingir que no noto esas miradas.

Markel abre la boca, sin duda tomado por sorpresa por la exigencia de mis palabras. Me apiado un poco de él, y no espero a que responda.

—No amanecerá hasta dentro de unas horas. ¿Puedes hacer algo

desde aquí?

—Eh… No. —Se frota la nuca—. Kiera se ha negado a mandarme fotos.

—¿Y te extraña?

—Tenemos que ir en cuanto amanezca. Sospechamos que Andrews podría esperar al solsticio, pero si están activas, si puede detonarlas en cualquier momento… cuanto antes llegue a ellas, mejor. Los artificieros del Skytree deben de estar estudiándolas, pero quizá me necesiten… He estado investigando. Sé cómo crearía yo una bomba parecida y cómo desactivarla, así que, quizá…

Al muy tonto se le ilumina el rostro cuando habla de desactivar bombas de luz, igual que cuando decidió detonar C4 en su Scorpion V.

Me entra la risa y Markel detiene un discurso nervioso del que había desconectado.

—Vete a la cama, Markel. Todavía quedan unas horas y seguro que esa cabecita preciosa rinde mejor cuando ha descansado.

—No creo que pueda dormir así —declara—. ¿Te das cuenta de lo que significa esto? ¡Vamos a salvarnos, Kai! ¡Vamos a salvarlos a todos!

Da un paso apresurado hacia mí y todo mi cuerpo entra en tensión sin que pueda evitarlo. No sé qué lo frena, pero se detiene a un palmo de abrazarme y de pronto la diversión y la dicha abandonan su rostro y se transforman en algo más.

No son remordimientos, porque ya no está pensando en Anna, ni en quién soy, ni en qué le he hecho a otros inocentes.

Inspiro con fuerza y los pulmones se me llenan de algo cálido que enseguida adquiere una textura punzante.

Por alguna razón, ha recibido la noticia por la que lleva días rezando a los *kami* y lo primero que se le ha ocurrido ha sido venir a verme *a mí.*

No debe darse cuenta de la familiaridad con la que me habla.

Ni de la emoción que ha sido incapaz de contener.

No debe darse cuenta de que se está adentrando en un territorio del que luego no podrá escapar indemne; no una persona como Markel, tan limpia, tan decente, tan buena.

Así que decido recordarle quién soy.

—¿Necesitas que te ayude con algo? —Espero a que el tono de mis palabras cale lentamente en él, que abre la boca y parpadea sin saber qué decir—. ¿Quieres que te eche una mano para conciliar el sueño?

—Yo no… Solo quería…

—¿Estás seguro? Porque me ha parecido que ahora mismo estabas a punto de abrazarme.

El paso que da atrás me parte un poco.

—Ha sido la emoción… —se excusa, sorprendido.

—Claro… Yo también estoy emocionado. —Me doy la vuelta, me dejo caer en las mantas revueltas del futón y doy un par de golpecitos en ellas antes de dedicarle una sonrisa que me revuelve el estómago—. ¿Por qué no vienes aquí y te enseño lo mucho que esto me emociona?

Frunce el ceño, entre sorprendido y molesto.

—Kai…

—¿Qué? —inquiero, con hosquedad, fingiendo que su resistencia me molesta—. ¿Vas a decirme que has entrado en mi cuarto de madrugada solo para contármelo?

—Sí…

—¿Has entrado también en el cuarto de Riku o en el de Anna?

Se pone rojo.

—He venido primero aquí —reconoce, y ahora sí que veo los remordimientos.

—¿Por qué?

Aprieta la mandíbula.

—La verdad es que no lo sé.

Me paso la lengua por los labios y el corazón se me acelera ante una respuesta que dudo mucho si dar y que me asquea profundamente.

—Te lo digo yo: querías follar conmigo.

No soy así. Él lo sabe. Incluso si siempre he sido directo y descarado, esto es… *demasiado*. Soy seguro, no arrogante. Provocador, no exigente.

Por eso se yergue como si lo hubieran abofeteado.

—Qué gilipollas —masculla y, por fin, se da la vuelta.

Pues sí. Qué puto gilipollas.



Por la mañana organizan a soldados del Skytree que nos escoltan y se aseguran de que pasemos sin problemas los controles militares que ha impuesto Echo.

La vista de las calles desiertas, las persianas de los locales bajadas y algunos de los cristales reventados es desoladora.

Ocurrió algo similar hace unos años, en uno de los brotes más cruentos de gripe blanca: los hospitales se declararon en alerta negra, saquearon farmacias y supermercados y las calles se vaciaron.

Muchos de los comercios que estaban abiertos hace unos días han

echado el cierre. Aunque Tokio esté casi limpio de insurgentes, la tensión ha aumentado; y el miedo también.

Cuando pasamos frente a un Árbol de Raijū que no brilla sino que *arde*, siento cómo Markel, que intentaba no tocarme demasiado, clava sus dedos en mi cintura.

Han debido de prenderle fuego… quién sabe por qué.

Kiera nos está esperando en el vestíbulo de la Mori Tower cuando aparco la moto y Markel me suelta como si quemara para correr hacia ella.

Está cansada. Debe de haber pasado la noche en vela con el asunto de las bombas.

Sin embargo, en cuanto le da un abrazo a Markel y me ve acercarme se le ilumina la sonrisa.

No lleva el traje del Skytree que portan otros aquí. Se ha puesto unos pantalones cargo y una camiseta de tirantes negra bajo la cazadora de cuero.

—Hola —me saluda, con voz cantarina—. Me alegra verte. Veros —añade, apresuradamente, mientras se gira hacia Markel.

—¿Dónde están? —pregunta él.

Kiera asiente, nos hace un gesto para que la sigamos hasta el ascensor más cercano e ignora las miradas de quienes se vuelven al verla pasar.

Es impresionante que hayan limpiado la torre en apenas cuatro días.

—Estaban ocultas, en una planta que no figuraba en los planos. Como con el Ninja-dera… —murmura, pensativa—. Raine Andrews se tomó muchas molestias para que no diéramos con ellas. Hemos sido discretos, pero muchos equipos han participado en esto, y

sabiendo los contactos que tiene esa mujer… creo que lo más prudente es neutralizar las bombas cuanto antes. Si tenemos algún infiltrado, si alguien se va de la lengua en el sitio equivocado…

—Pum —sugiero yo.

Kiera mueve la cabeza con gravedad.

—Los artificieros no lo tienen nada claro. No saben qué hacer —explica, mientras el ascensor desciende—. Sé que no será tan fácil como cortar un cable y ya, pero… Cuanto antes las desactives mejor —le dice a Markel.

—Esa es la idea —asiente, mientras cambia el peso de una pierna a otra de forma nerviosa.

Las puertas se abren y Kiera nos conduce a través de un pasillo largo que pasa por delante de las puertas enormes de un salón que debió de ser alguna clase de sala de conferencias. Aquí también hay soldados que van de un lado a otro, pero no todos parecen parte de la Agencia Hawk. Me fijo en que muchos llevan monos de trabajo. Todos ellos están adecentando el lugar, moviendo trastos y escombros e incluso limpiando cristales.

—¿Qué hacen? —pregunta Markel.

—Poner a punto la Mori Tower —explica—, la última inversión de Moe Standen.

Arqueo las cejas.

—Qué oportuno.

—¿Verdad? Va a salvar a Japón y además se va a enriquecer… a no ser que las leyendas sean ciertas y que un puto *yokai* destruya este sitio antes de que desactivemos las bombas.

Está ansiosa, igual que Markel, que se revuelve el pelo una y otra vez.

Me doy cuenta de que las miradas nos persiguen de nuevo, la persiguen a ella. Pero solo la observan los soldados.

Voy a preguntar cuando Kiera, sin detener su andar apresurado, se gira hacia atrás y me dedica un vistazo rápido.

—¿Tú cómo estás?

—Estoy increíble. ¿No lo ves?

Markel resopla, haciéndome arquear las cejas. Kiera se gira hacia él.

—¿Qué le pasa? —pregunta, como si yo no estuviera.

Pongo los ojos en blanco, pero algo cálido se desliza junto con el tono preocupado de sus palabras.

—No estoy seguro. —Me dedica un vistazo también. Creo que es la primera vez que me mira a los ojos desde anoche. Aparta rápido los suyos.

—¿Qué sientes? —insiste Kiera, mientras toma unas escaleras que parecen pensadas para el personal de la torre, discretas, apartadas y sin lujos—. ¿Tienes síntomas? ¿Te duele el brazo?

—Nada. Pocos. No.

Acabamos en un cuarto que parece un trastero, abarrotado hasta los topes de estanterías que hacen que tengamos que ponernos de lado para pasar. Desde allí llegamos hasta unas segundas escaleras que conducen a un pasillo algo más amplio. A los lados tan solo hay armarios de cuadros eléctricos y contadores.

Un soldado muy concentrado en su tablet recibe el codazo de un compañero y ambos se giran al vernos pasar.

—¿Eres famosa o qué? ¿Es por la propaganda de Andrews? —pregunto, sin poder contenerme más.

—Se ha extendido el rumor de que las anomalías no me hieren —

responde, con tranquilidad.

Markel la mira en silencio.

—No te hieren… ¿Nunca?

—Nunca, a no ser que yo las hiera a ellas —responde, echándome un vistazo por encima del hombro. Por fin, se detiene frente a una puerta oculta en la pared, apenas unas rendijas invisibles. Kiera apoya la palma y la empuja, hasta que algún tipo de mecanismo cede—. Hemos llegado.

El interior es inmenso, mucho más grande de lo que cabría esperar después de los pasillos estrechos y los cuartuchos abarrotados.

Una luz azul ilumina una sala espaciosa que tiene como diez metros de altura. A ras del suelo, conectadas con metros interminables de cable, las que deben ser las bombas de luz emiten un destello azulado.

Son cápsulas del tamaño de una persona, todas ellas ovaladas y con la forma de un puñetero huevo gigantesco.

—Joder —murmuro.

Me quedo quieto, incapaz de abarcarlo todo en un solo vistazo: decenas de bombas, el extraño resplandor que lo ilumina todo y los hombres del Skytree agachados entre los racimos de explosivos, tomando notas o discutiendo.

Markel no se detiene. Echa a andar hacia la primera bomba inmediatamente.

—¿Es seguro? —pregunto.

—¿Caminar entre bombas que podrían barrer un país entero y que podrían ser detonadas en cualquier momento? Me parece que no.

Neal Kellum emerge de alguno de esos callejones que se forman entre las hileras de explosivos. Lo hace acompañado de un tipo que

enseguida le presenta a Markel. Algún ingeniero.

Me dedica un vistazo, pero no se molesta en saludarme.

—El pequeño genio aún no había desarrollado por completo el algoritmo y, aun así, descubrió esto él solo cuando la idea todavía estaba en pañales —murmuro, admirado. Me doy cuenta de que Kiera me observa detenidamente y no soporto el escrutinio, así que cambio de tema—. Akane nos dijo que tenía razón sobre los *oni*… ¿Con qué os habéis encontrado?

Me hace un gesto con la cabeza.

—¿Damos una vuelta? Imagino que Markel necesitará tiempo.

Sigo a Kiera de nuevo, que se mueve rápida y certera entre los pasillos, ignorando las miradas.

Al final, entra en una sala que han llenado del equipamiento del Skytree. No tiene que pelear mucho para que le dejen tomar lo que quiere, alegando que lo ha pedido el *comandante.*

—¿Han ascendido a tu novio? —la provoco.

—Moe Standen lo tiene en alta estima —responde, iniciando de nuevo su rápido caminar.

De pronto, al doblar una esquina, estamos a punto de chocar con alguien que viene de frente.

—¡Perdón! —exclama Kiera.

Se trata de un soldado de tez clara y pecas en las mejillas que va a esbozar una disculpa cuando le ve la cara a Amell y se detiene.

Algo se tuerce en su expresión y da la vuelta por donde ha venido.

Kiera resopla y me hace un gesto para que continúe andando.

—¿Otro fan?

—Era mi sargento —responde, un poco apagada—. No le hizo mucha gracia eso de que me recuperara de un balazo mortal.

Me giro para verlo marchar por el mismo lugar por el que había llegado, solo para evitar a Amell.

—Parece un idiota.

Ella sacude la cabeza sin dejar de andar.

—En realidad, es buen tipo. Era mi amigo. —Aprieta los labios—. Por eso duele.

No dice nada más. Yo tampoco pregunto.

Me conduce hasta una sala abierta en esa misma planta. Las mesas abandonadas, las sillas tiradas y la barra me dan una pista de que este lugar pudo ser un restaurante. Kiera me hace un gesto para que la imite, y arrastra una de las sillas que mejor pinta tienen hasta los grandes ventanales que dan a la ciudad.

Se deja la bolsa que ha tomado en el regazo y al abrirla comprendo qué pretende.

—A ver esos puntos.

Pongo los ojos en blanco, pero una emoción que no tiene que ver con el hastío se desliza con sutilidad por mis venas cuando Kiera me agarra del brazo sin esperar a que se lo tienda y me sube la manga de la cazadora.

—Están bien. La herida está cerrada.

—Entonces te los voy a quitar —declara—. Seguro que te molestan.

Me deshago de la cazadora mientras ella se pone unos guantes y prepara el instrumental y yo no espero más.

—¿Y bien? ¿Habéis visto a alguno de los heraldos de Akane?

Kiera se inclina un poco adelante para ver mejor.

—Sí, a varios —responde—. Nos hemos cargado a siete Amanojaku.

—Mierda. ¿Suzaku estuvo a la altura?

Kiera inspira mientras empieza a deshacerse de los puntos.

—Son buenos… pero no lo suficiente. No para los Amanojaku. Los *oni* normales son una cosa, pero cada vez que nos enfrentamos a un heraldo hubo muchísimas bajas.

—¿Su influencia es tan fuerte?

Yo nunca he visto a uno de cerca. He conocido a matademonios que se han enfrentando a ellos. Normalmente las cacerías son lentas y tediosas y seguirle la pista a uno es difícil, porque saben bien cómo cubrir sus huellas. Son depredadores que cazan con suma paciencia, se deleitan en acechar a sus víctimas y en corromper sus almas lentamente. El cambio es tan sutil y gradual que para cuando el entorno del humano se da cuenta ya es demasiado tarde y su alma se ha perdido del todo.

—A cada uno le afectó de una manera distinta, pero… sí. Es bastante difícil concentrarse en atacarlo cuando todo tu cuerpo tira de ti en otra dirección. Los soldados se mataban unos a otros —añade, bajando un poco el tono de voz—. No te haces una idea de cómo fue.

—Un ejército de asesinos, violadores, psicópatas… Creo que puedo imaginarlo. —Me quedo mirando esa expresión concentrada—. ¿Qué te hizo desear a ti?

Kiera detiene un segundo sus manos, levanta el rostro y me echa una mirada que me hace pensar que no va a responder. Sin embargo, confiesa:

—Primero quise adentrarme en la oscuridad. Luego… Luego, quise dejarlos a todos a oscuras.

Se me escapa una carcajada y ella tuerce un poco el gesto, pero sé ver la diversión oscura que baila bajo las comisuras de sus labios

cuando vuelve a concentrarse.

—Qué jodidamente retorcida. —La observo mientras toma unas gasas que empapa en desinfectante—. Me muero por saberlo… ¿Qué impulso perverso tuvo el Comandante Buenazo con el Amanojaku?

Kiera sonríe un poco. Los primeros rayos de luz de la mañana le hieren el lateral del rostro y ha de girarse un poco para protegerse la vista.

—Quería desertar… para ponerme a salvo.

Me entra la risa.

Esta vez, también ella se ríe, pero un poso de tristeza se aloja en sus ojos.

—No es fácil estar a la altura de los estándares morales de Neal Kellum —musita.

—No creo que a él le importen mucho tus estándares morales —respondo, y lo digo en serio—. Creo que ese hombre traicionaría los suyos por ti.

—¿No debería ser al revés? —murmura, mirándome de nuevo directamente—. ¿No debería él hacerme mejor a mí?

—Tal vez funcione en ambos sentidos. Tal vez él te haga un poco mejor y tú lo hagas un poco peor a él.

Kiera no responde durante unos segundos. Aún tiene sujeto mi brazo, pero ya ha terminado.

—No sé si eso me gusta.

—¿Puedes evitarlo?

Me devuelve el brazo con suavidad, ahora sin puntos, solo con las marcas rojizas de una herida que ya empieza a cicatrizar. La piel quema un poco.

—Quizá sí que pueda —responde.

—¿Y quieres? —Enarco las cejas, adivinando en qué piensa.

—No —contesta, con un suspiro, y se echa hacia atrás en su silla, volviendo el rostro hacia arriba—. Soy una egoísta de mierda por no apartarme de él, ¿verdad?

Tomo la cazadora y vuelvo a ponérmela.

—Probablemente —respondo, con humor, y consigo arrancarle una sonrisa—. Estabas dispuesta a morir para salvarnos a todos. ¿Tan terrible sería hacer de mala influencia para una persona que parece asquerosamente incorruptible?

Esta vez, Kiera no me sostiene la mirada. La clava en algún lugar de Tokio, en las azoteas de los rascacielos, las calles que empiezan a despertar o esos límites de la ciudad que se pierden en el horizonte.

—No solo vimos Amanojaku.

Me giro hacia ella, expectante.

—¿Os encontrasteis con otro heraldo?

—Un Shinigami —responde, con voz queda.

—Me cago en la puta. ¿No podías empezar por ahí?

Me dedica una sonrisa cansada.

—Lo mejor para el final. —Toma aire y suspira—. A Neal se le apareció. Le dio una visión… y una advertencia.

—¿Tú no lo viste?

Sacude la cabeza. Tiene la coleta un poco despeinada y varios mechones castaños le caen sobre la frente.

—Creo que la advertencia era sobre mí. Neal lo vivió como si me estuviera amenazando… No lo sé. Supongo que cuando nos reunamos con Akane lo explicará todo.

Suelto una maldición.

—Así que la Bruja tenía razón y también estamos amenazados por

grandes *yokai*… De puta madre. —Ambos nos quedamos en silencio, contemplando la ciudad—. Si las bombas que pueden matarnos a todos estaban aquí… No me parece descabellado que un Shinigami nos haga una advertencia.

—Espero que Markel las desactive antes de que esto se sepa. Si no, estamos jodidos.

Fuera, algunos vehículos ya circulan por las calles. Los Caminos de Luz se han apagado y la gente que aún no se esconde transita por las calles protegida por el sol, camino del trabajo.

—Al menos desde aquí no nos enteraríamos.

A Kiera se le escapa una carcajada. Gira un poco más su silla, completamente vuelta hacia la ciudad, y estira los brazos por encima de la cabeza para acomodarse y soltarse después la coleta.

—¿Sabes? Nosotros también hemos tenido *visitas* inesperadas —confieso, y disfruto de la forma en la que arquea las cejas.

Ni Kiera ni Neal conocen el resultado de mi incursión al Palacio Imperial. No podíamos arriesgarnos a que alguien interceptara la conversación.

—¿Heraldos?

—Peor: un *príncipe.*

Kiera se yergue, sin comprender.

—¿Quién?

—Ryosuke Mōri, el hermano de la Emperatriz, es ahora nuestro invitado… o quizá sea más bien un refugiado.

Frunce el ceño.

—¿Qué hace el hermano de la Emperatriz con nosotros? Sería estupendo que Echo nos encontrara con él ahora. Seguro que le parecería divertidísimo —masculla, con cierta preocupación—.

¿Akane ha perdido la cabeza?

Me paso la mano por el pelo.

—Oh, cierto… Tampoco os habéis enterado de eso. Las noticias sobre masacres no salen en la prensa tradicional, ¿eh?

—¿De qué hablas?

—En un alarde de cordura nuestra queridísima Emperatriz ha masacrado al clan de la concubina de su padre y ha matado a todos, ancianos y niños incluidos, para evitar un golpe de Estado. Ryosuke intentaba escapar con Riku, Anna, y mi hermano cuando entré en Palacio para interrogar a los líderes del Skytree. Así que ahora todos están en casa de Akane.

Se queda lívida.

—No… No puede haber hecho eso.

—No es la primera vez —respondo—. Ya exterminó antes a un clan entero cuando las cosas se pusieron feas. Después del anuncio de Andrews sobre su apoyo al posible gobierno de Ryosuke se ha visto acorralada de nuevo y ha decidido repetir la jugada… aunque esta vez se le ha escapado uno.

—¿Y es prudente darle asilo? ¿Crees que de verdad está colaborando con Andrews?

—Si no lo estaba haciendo, ahora tiene motivos de sobra, y en ese caso tal vez nos convenga tenerlo cerca.

—Un hilo del que tirar hacia Andrews. Puede que tengas razón. —Hace una pausa—. ¿Has dicho que Riku, Anna y tu hermano también están con Akane?

Asiento.

—¿Cómo se encuentran?

—Hikari está… —Se me hace un nudo en la garganta que me

impide hablar y eso me enfurece—. Asustado.

Podría decirle que no ha venido a buscarme y que yo no he tenido valor para hablar con él. Ni una explicación, ni una disculpa… Pero soltar todo eso cuando pronunciar un par de palabras ya es difícil parece demasiado ambicioso.

—¿Y Anna? —pregunta, prudente—. ¿Está…? ¿Se encuentra completamente…?

Ese nudo baja de la garganta a mi pecho, por la tráquea y luego hacia los pulmones y la opresión se hace insoportable.

—No corté tanto como para dejar secuelas —me obligo a decir.

Las palabras me salen con la misma facilidad con la que las memoricé, cuando iba puesto de *amai doku* y la perspectiva de cargar con la culpa de algo tan atroz no pesaba tanto. Sin embargo, ahora queman como ácido al salir por la garganta.

Kiera tuerce el gesto, pero el impacto que mis palabras le provocan solo dura un instante.

Luego, asiente, como si no fuera gran cosa, como si no estuviera charlando con el asesino que le rajó la garganta a su amiga.

—¿Y sabes si Anna…? —No termina de hablar—. Imagino que no habréis hablado, pero… ¿Ha mencionado algo sobre mí, algo de…?

—¿Su postura sobre tu encarcelamiento? —inquiero—. Ni puta idea, Kiera. Le rajé el cuello. Ni me mira. Y yo procuro que no tenga que hacerlo.

—Ya, claro… —Se frota los ojos y está a punto de decir algo más cuando alza la mano y lee algo que parpadea en la pantalla de su comunicador—. Es Neal. Tenemos que volver.

Neal nos espera junto a la puerta, con los fuertes brazos cruzados ante el pecho y una expresión que no augura nada bueno… aunque este tipo siempre parece muy serio.

La luz azul que nace de las paredes y el suelo se entremezcla con el resplandor que emiten las propias bombas.

Salvo Markel, ya no queda nadie más en esa sala, y él está sentado en el suelo.

—¿Dónde está todo el mundo? —murmura Kiera—. ¿Ya está? ¿Puede desarmarlas?

—No he echado al resto por eso —contesta, con tono grave, y aprieta la mandíbula.

La tensión cala lentamente en nosotros, que avanzamos sin preguntar.

Markel se gira cuando nos escucha llegar, todavía sentado. Tiene los ojos rojos, y el gesto contraído en una mueca desconsolada.

—Markel… —Kiera no llega a terminar.

—Vamos a morir —susurra—. No hay nada que hacer. Vamos a morir todos.



29

KIERA

En algún lugar a las afueras de Tokio

19 días para el solsticio de verano

Han hecho falta varios días, pero ya hemos dejado que Markel tire la toalla.

Esta mañana Kai y él se han marchado temprano de vuelta al complejo a las afueras mientras que Neal y yo nos hemos quedado para terminar de coordinar las acciones del Skytree.

A estas alturas, todo el mundo sabe que las bombas son reales.

Cuando Markel declaró que era imposible desactivarlas, Neal contactó con Moe Standen para pedirle ayuda. Durante estos cuatro días ingenieros de todo Japón, expertos en armas y artificieros han llegado a la Mori Tower para encerrarse en la sala azul con Markel.

El segundo día el hallazgo de las bombas de Andrews ya se había filtrado a la prensa.

Standen también ha puesto a su equipo en contacto con expertos de todo el mundo; pero cada uno de ellos ha llegado a la misma conclusión que Markel:

No pueden desactivarlas.

Neal sintoniza una emisora de radio internacional mientras conduce con el Humvee para reunirnos con Akane y el resto.

«No sabemos si las bombas son reales. Las fuentes no son fiables», dice una voz con estática. «Esto no es más que un ardid de la Emperatriz Echo Akiyama para avivar el miedo contra Andrews y justificar las medidas que está tomando su gobierno en…».

«¡El gobierno de Akiyama no se ha pronunciado aún sobre las bombas!», interviene otra tertuliana. «¿No creéis que si fuera una invención lo habrían aprovechado de otra forma? Están confundidos, igual que la gente, esperando que el Skytree se pronuncie…».

«¿Y cómo es que la Agencia Hawk ha encontrado las bombas antes que la milicia de la Emperatriz? Moe Standen firma un acuerdo millonario para hacerse con una torre que lleva cerrada veinte años y justo unos días después salta la noticia de las bombas. ¿Creéis que es una casualidad? Sabemos de sobra que el gobierno de la Emperatriz y la Agencia Hawk están colaborando. Akiyama les ha cedido a ellos la noticia de las bombas para alejar el foco de…».

Apago la radio y echo la cabeza hacia atrás en el asiento del copiloto.

—No soporto que sigan especulando.

—Al menos lo hablan —opina él.

—¿Y a Andrews le ha pasado algo? No. Qué va. No ha hecho ninguna declaración, tampoco su gabinete. No le han pedido rendir

cuentas porque no hay *pruebas fiables* de que haya sido ella. Después de que hayamos roto el bloqueo, después de avisar de que pasaría justo esto… Es ridículo.

Avanzamos a través de las calles desiertas de la mañana mientras nos alejamos del centro. Hay más militares que civiles en las calles; todos ellos guardando entradas y salidas importantes y vigilando los lugares más señalados.

Los informativos del exterior no mienten. Echo Akiyama aún no se ha pronunciado públicamente sobre las bombas, pero saben que son reales: Tora Satake se presentó en la Mori Tower antes incluso de que se filtrara el rumor.

Los militares de Echo protegen ahora el perímetro de la torre sin dejar que nadie ajeno a la Agencia Hawk o al Imperio se acerque. Incluso han obligado a detener las labores de restauración de Moe Standen y han expulsado a los soldados del Skytree que no fueran absolutamente imprescindibles en el equipo de Markel.

Moe Standen está desquiciado. No parece entender que si las bombas estallan dentro de su complejo no tendrá inauguración de la que preocuparse.

Cuando llegamos, descubro a Kai entrenando en el jardín frente a la casa. Lleva *hakama* y un *haori* que se mueve cuando practica movimientos elegantes y certeros.

Neal se encamina enseguida hacia la *chashitsu* para reunirse con los otros; yo espero a que Kai deje el *bokken* de entrenamiento y se acerque.

—¿Markel ha dicho algo de camino? —le pregunto, a modo de saludo.

Él niega con la cabeza.

—Se ha negado a hablar hasta que nos reuniéramos todos. En cuanto hemos llegado se ha encerrado en su cuarto con el portátil y no ha vuelto a salir hasta hace diez minutos. —Me hace un gesto en la dirección que ha tomado Neal—. Ya está esperando.

Los dos nos ponemos en marcha.

De camino, arrodillado a orillas del estanque, un hombre japonés apoya las manos en los muslos con el torso recto, completamente erguido, la cabeza ligeramente inclinada y los ojos cerrados.

Agarro de la manga a Kai para obligarlo a detenerse.

—¿Es él? —inquiero, en voz baja para no llamar su atención.

—El hermano de la Emperatriz, el primogénito del emperador Hisaaki.

Lo observo unos segundos: el porte, la ropa, el cabello brillante y bien peinado…

—Es tal y como habría esperado que fuera. —Me echo a reír—. ¿Qué le pasa a esa familia? Es tan impresionante como Echo.

—Es apuesto —coincide—. ¿Estará igual de loco que su hermana?

Vuelvo a fijarme en él. Sus ropas azules destacan sobre el verde del jardín y a su lado, su katana descansa en su funda.

Le doy un breve codazo a Kai.

—¿No te preocupa tenerlo aquí?

—Si en todos estos días no ha movido ficha para contactar con Andrews, cabe suponer que…

—No, no… —Sacudo la cabeza y le dedico una sonrisa provocadora—. Lo digo por Markel. Míralo, con ese kimono y la katana, el pelo negro y brillante, ese porte… Es como tú, pero más arreglado, un Kai en versión príncipe azul.

—Cierra la boca —ladra, y me devuelve el codazo; pero yo sé ver

el brillo divertido que le atraviesa las pupilas.

Vuelve a andar en el momento en el que Ryosuke advierte nuestra presencia y se gira para mirarnos.

Esos ojos hacen que deje de sonreír.

—Haber perdido a toda su familia así… —Sacudo la cabeza—. No sé cómo sigue en pie.

Los dos continuamos mirando al frente.

—Creo que está concentrado en ver cómo puede cargarse a Echo. También yo lo haría.

Trago saliva.

—Y yo… Aunque no creo que la venganza ayude.

—A mí me ayudó —responde, con despreocupación.

Yo lo observo con prudencia.

—¿Lo dices por Nomura?

Kai parece meditarlo unos segundos.

—No estaba pensando en él, pero sí. También. Duermo mejor desde que sé que ese hijo de puta no va a hacer daño a nadie más.

—¿Y en quién pensabas entonces?

La brisa se levanta y Kai debe retirarse un mechón oscuro de pelo del rostro.

—¿Recuerdas que te conté que el maestro Arashiro murió? —pregunta, un poco más bajito, y yo asiento en silencio para dejar que hable—. Fue un ajuste de cuentas. Tipos malos a los que no tenía miedo. Arashiro daba cobijo a delincuentes que huían de ellos, prestaba ayuda a los comerciantes que se veían amenazados y entorpecía sus negocios… Yo siempre le decía que no metiera las narices, que se mantuviera al margen; pero era demasiado bueno. Un día se hartaron y decidieron quitárselo de en medio.

—Y te vengaste —adivino.

Él asiente. Esta vez parece perdido en algún recuerdo que, por la expresión, no tiene que ser bonito.

—Me quedó la tranquilidad de que no le harían a nadie más lo que le hicieron a Arashiro.

Se me hace un nudo en el estómago y no puedo evitarlo. Me acerco a él y le rodeo un brazo. Kai se sorprende, pero no me aparta.

—En ese caso, no creo que sea solo venganza. Creo que es algo parecido a la justicia.

—Justicia… —repite, pensativo—. Les saqué las tripas.

—Una justicia muy violenta, al parecer.

—No fue peor de lo que le hicieron a él. —Aprieta los labios y cuando creo que va a quedarse callado, inspira profundamente—. Pensar en lo mucho que tuvo que sufrir antes de morir me quita el sueño algunas noches.

Se me retuerce el estómago. ¿Qué podría decir ante algo así?

—Cuando eso ocurra puedes despertarme —digo al fin, porque pienso que eso es lo que me gustaría escuchar a mí.

Kai me mira con curiosidad.

—¿Y para qué iba a despertarte, Amell?

Me encojo de hombros.

—Para charlar sobre eso o sobre otra cosa si lo prefieres.

Me contempla largamente. Creo que no sabe qué decir, pero no me importa. Le doy un suave apretón en el antebrazo y él apoya una mano sobre la mía para devolverme el gesto.

Markel, Neal y la Bruja ya se encuentran en la *chashitsu* cuando llegamos, sentados frente a la mesa.

Sin embargo, no son los únicos que están aquí.

De pie, en el extremo opuesto de la estancia, Anna aguarda junto a Riku con los brazos cruzados.

Kai y yo nos damos cuenta a la vez, porque tenemos reacciones parecidas. Los dos nos detenemos, pero es él quien se anima a dar un paso adelante. Pasa dentro sin hacer contacto visual con ella, evitando alzar los ojos, y se sienta en el lugar más alejado posible.

Se me hace un nudo en la garganta.

No debe de resultarle fácil, y tampoco quiero pensar cómo se tiene que sentir Anna, que ahora me mira con el ceño fruncido y las cejas negras enmarcando una mirada muy clara y despierta.

Bajo la camisa azul se ha puesto una camiseta de cuello alto que debe tapar sus heridas.

Qué pequeña es con esa camisa holgada que deja entrever un cuerpo delicado y qué grande me parece de repente. También me parece demasiado grande el espacio que nos separa y la cantidad de palabras que tendría que buscar para un saludo apropiado.

Empiezo por lo fácil.

—Riku. Anna. —La voz me sale aguda—. Me alegra mucho volver a veros… volver a verte en pie —añado, mirando a la chica.

La aviadora se aparta de la pared, echa a andar hacia mí y, de pronto, el espacio insalvable se vuelve demasiado corto.

Sus ojos se desvían a Kai cuando pasa a su lado y este finge no darse cuenta; aunque yo sé que es consciente de todo. Así que nuestras miradas no vuelven a encontrarse hasta que la tengo enfrente y antes de que pueda decir nada más me agarra las manos.

—A mí también me alegra verte en pie —me dice, con esa entonación especial—. Gracias por salvarme. Me dijeron que sin ti no habría sobrevivido.

Se me para el corazón. Hago un gran esfuerzo para no mirar por encima de su hombro, hacia donde Kai debe seguir fingiendo.

¿Qué le digo? ¿Que Kai lo calculó todo para que se salvara? ¿Que no habría permitido que muriese?

—¿Cómo estás? —opto por preguntar.

Anna me dedica una sonrisa encantadora, la misma que hizo que me cayera bien desde el principio.

—¿No debería preguntarte yo eso a ti?

Me baja la mirada por el cuerpo de forma lenta y meditada y me tenso mientras espero ver en ella el miedo que vi en Aya o en Mitsuki o en Travis… pero no ocurre.

Riku Hasegawa, el pirata, se acerca también un poco vacilante. Se pasa una mano por el pelo, cuyas puntas rubias le caen ya sobre la frente porque le ha crecido bastante, y se lo echa hacia atrás.

—Ey, ¿qué pasa?

Me tiende la mano para darme un apretón. Yo se la devuelvo, un poco descolocada, pero en lugar de ofrecerme un saludo formal, la toma entre las dos manos y la oprime con afecto.

—Hola, Riku.

—Esto… qué bien que… puedas andar.

Se me escapa una risa estrangulada. Trago saliva.

—Sí, es un alivio.

Riku da un paso atrás y me observa con cierto nerviosismo. Es demasiado transparente como para que no note que se muere por preguntar, pero al menos no parece asustado.

—Echo no nos permitió bajar a verte —me explica—. A Alexa y a mí nos encerró aquel día, aunque luego nos dejó salir.

—Sí, sí… —interviene Kai, impaciente—. Sabemos la historia y a

todos nos encantan los reencuentros. ¿Podéis ir al grano?

Riku lo fulmina con la mirada. Va a decir algo, pero cambia de idea. Se gira hacia mí y vuelve a ablandar la expresión.

—Siento que te dejáramos sola, y siento que tuvieras que recurrir a medidas tan… desesperadas.

Un vistazo a Kai, que enarca una ceja elegante, me basta para saber a qué medida desesperada se refiere.

Miro a Anna, que continúa frente a mí con una sonrisa genuina en los labios, y estoy a punto de guardar silencio, pero la conciencia no me lo permite.

—En realidad, estoy viva gracias a Kai —confieso.

Anna tuerce un poco el gesto, aunque se esfuerza por ocultarlo tras una sonrisa que no es igual de natural. Riku no. Riku inspira con fuerza y aprieta los labios sin molestarse en disimular lo mucho que lo desaprueba.

Soy muy consciente de lo que le hizo Kai a Anna y también soy consciente de que Riku espera la misma lealtad que muestra él hacia su amiga, pero… no puedo fingir que lo odio, que no le debo nada.

—¿Y si volvemos al tema de las bombas? —sugiere Kai, de brazos cruzados.

No está haciendo muchos esfuerzos por ser amable.

Conmigo, a solas, no es tan idiota.

Riku regresa a su sitio, junto a Markel, igual que Anna, que opta por el asiento más alejado a Kai. Yo me acomodo a su lado.

Akane nos mira a todos antes de hablar.

—Tengo entendido que la misión no ha resultado como esperábamos; no del todo.

—No podemos detener a Andrews —murmura Markel. Profundas

ojeras le rodean los ojos castaños, que están enrojecidos. En estos días en los que se ha quedado en la Mori no lo he visto volver a su cuarto asignado para dormir ni una sola vez. Creo que Kai ha conseguido obligarlo algún día, pero el resto… lo ha pasado encerrado en la sala con las bombas—. Soy incapaz de desactivarlas.

—Moe Standen ha contratado a más ingenieros, artificieros, expertos… Los ha traído de todos los lugares de Japón y nos ha puesto en contacto con gente de fuera. Todos coinciden en que no se pueden parar —añade Neal.

Anna suelta un resoplido.

—¿Cómo no van a poder desactivarlas? Es ridículo. Tiene que haber algo… —murmura.

—Nada. No hay nada. —Markel se pasa una mano por el pelo y aprieta la mandíbula—. Lo único positivo es que sabemos que Andrews tampoco puede activarlas antes de tiempo desde fuera. Están programadas para que estallen justo la noche del solsticio.

—¿Y sellarlas de alguna forma? —pregunto, con una esperanza muy pobre—. Podemos convertir la Mori Tower en una tumba: blindarlas para minimizar los daños, marcar un perímetro y evacuar a la gente.

Markel sacude la cabeza con energía y recoge una tablet de su regazo.

—No. Eso es imposible. —Nos muestra una imagen de toda la isla. Tokio está señalizado con un azul eléctrico igual que otros lugares a lo largo de todo Japón—. Tuve mis sospechas desde que vi las bombas el primer día, pero no había querido deciros nada por si me equivocaba. No quería que cundiera el pánico… Pero ya da igual. Los ingenieros del Skytree lo han confirmado hoy.

—¿Qué? —inquiero yo—. ¿Qué han confirmado?

Markel traga saliva.

—En cuanto las estudié un poco supe que esas bombas no serían suficiente para destruir toda la isla, pero son potentes: muy potentes. A 14 kilómetros, la destrucción será total y absoluta: no quedará nada ni nadie. A 28 kilómetros, los edificios que no colapsen quedarán inutilizados y sin luz, así que todo el mundo morirá igualmente. A 100 kilómetros los civiles que no acaben bajo los escombros, atrapados por los incendios o a oscuras… tendrán una pequeña posibilidad. Cuanto más lejos, más probabilidades habrá de sobrevivir, pero, al final, los daños alcanzarán un perímetro de 600 kilómetros cuadrados en los que se producirán cortes de luz, fuego, derrumbes y oscuridad.

Me cuesta respirar.

Anna se lleva la mano al pecho.

Neal inspira con fuerza.

—¿Eso es…? —empiezo.

—Prácticamente toda la parte urbana —responde él, y traga saliva.

—¡Entonces hay que evacuar ya a la gente! ¡Si no se puede detener tenemos que alejarlos del radio de acción! ¿Cuántos son? ¿Cuántas personas viven en el centro?

Es Akane la que habla:

—Diez millones.

El corazón se me acelera y se me para de nuevo y el peso de esa cifra cae en mí de forma demoledora.

—Tenemos diecinueve días. Podemos hacerlo. Con la colaboración de la Emperatriz, si organizamos la evacuación, si la Agencia Hawk ayuda y…

—No lo entendéis —me interrumpe Markel—. No hay evacuación posible. —Agarra con fuerza la tablet y nos la muestra para que todos la veamos bien—. Este punto señala las bombas de la Mori Tower y este… es su alcance.

Al presionar en la imagen un filtro azulado se extiende sobre los 600 kilómetros de los que nos ha hablado.

Entonces, advierto algo más.

—¿Qué son los otros puntos?

El miedo adquiere un sabor terroso en el paladar.

—Las localizaciones de las otras bombas —suelta, casi sin aliento.

Hay tres. Tres puntos azules más:

Kioto.

Ishikawa.

Fukuoka.

Markel los presiona de uno en uno y esa película azul se extiende.

No le digo que lo intentaremos igualmente, que procuraremos salvar el mayor número de vidas. Ahora tengo presente lo que ha dicho.

—¿Por qué dices que no hay evacuación posible, Markel? —me atrevo a preguntar.

Él traga saliva y toca algo en la pantalla.

Varios puntos violáceos se iluminan llenando el resto de prefecturas.

—Hace cuatro días, cuando encontramos las bombas de la Mori, el algoritmo ya había señalado otras localizaciones posibles. Cuando terminé de estudiar las bombas, cuando comprendí su alcance real… Le di cinco localizaciones a la Agencia Hawk. Hoy han encontrado bombas en tres de ellas. —Hace una pausa, pero nadie se atreve a

decir nada. Creo que no podemos—. Los puntos morados son el resto de sitios que ha señalado el algoritmo.

Se me nubla la vista y he de apoyarme en la mesa.

A mi alrededor, los demás estallan. Akane murmura algo que suena a una plegaria. Anna y Kai hablan a la vez e impiden que Markel responda y Neal se ha inclinado para arrebatarle la tablet de los dedos.

No sé si es lo que buscaba, pero se detiene cuando la imagen en la pantalla empieza a cambiar y los puntos morados se expanden igual que han hecho antes los azules.

Los huecos en blanco son apenas milimétricos. En algunas zonas, las ondas se mezclan unas con otras y prefecturas enteras aparecen cubiertas de color.

—Cabe esperar que algunos de los lugares no tengan bombas, pero, incluso así…

—Millones de personas morirán —termino por él.

Escucho un zumbido sordo en los oídos.

—Tengo que advertir a la Emperatriz —declara Akane. A pesar de que su rostro parece tan descompuesto como el de los demás, la fortaleza con la que habla es admirable—. Debemos salvar a los que podamos.

—¿Es que no has escuchado? —replica Kai, con hosquedad—. Ni siquiera sabemos si habrá lugares seguros.

—El Imperio cuenta con refugios —contesta ella—. No es mucho, pero…

—No es *nada* —la interrumpe Markel, con pesar—. Solo serán capaces de albergar a unos pocos miles de personas.

—Es una crisis y la Emperatriz debe saberlo —replica la Bruja—.

Tenemos que avisarle.

A Kai no le gusta. Tampoco a Markel.

Ya no se fían de la Emperatriz… creo que ninguno lo hacemos ya.

Se ponen a gritar. Akane sacude la cabeza y Kai alza la voz con impaciencia. Anna permanece en silencio, pálida y con gesto grave. Y en medio de las voces y la tensión, Neal Kellum sigue contemplando algo en el mapa de nuestra destrucción.

Cuando alza el rostro, tiene la misma mirada que la del capitán de cuyo mando me advirtieron al llegar al Skytree: el más duro de todo Japón, el más disciplinado, el más implacable.

—No avisemos a la Emperatriz —sentencia, con voz templada—, sino a Ryosuke Mōri.

Todos guardan silencio.

—¿A Ryosuke? —inquiere Akane, precavida—. ¿Por qué?

—Porque Andrews quiere colaborar con él para derrocar a Echo. Está dispuesta a poner todos los recursos que tiene en Japón a su alcance.

—Cuidado, comandante. Está hablando de cometer traición —le advierte la Bruja en un siseo.

—¿Para qué queremos los recursos de Andrews? —pregunta Riku.

Neal apoya la tablet en la mesa y la gira para que podamos ver bien el mapa. Las zonas azules y moradas se extienden como agua emponzoñada.

—Las Cinco Puertas del Infierno no son solo redes de pulsos, ¿verdad, Markel? Necesitan un soporte físico desde el que funcionar.

Este asiente.

—Bases navales, principalmente. Los Rebeldes estudiamos la posibilidad de romper el bloqueo por mar, pero nos dimos cuenta

enseguida de que era imposible. Al final, los piratas como Riku pasaron simplemente a interceptar mercancía.

Neal asiente y pone un dedo sobre la pantalla.

—Una de esas bases está aquí, cerca de Hokkaido. Otra, en Ishikawa, Miyazaki y Shimane… —enumera, señalando el mapa—. Y Chiba, la más cercana a Tokio. Es por esta por donde pasan los reclutas destinados al Skytree cuando llegan. La Emperatriz las controla por dentro; la Cumbre y Raine Andrews, por fuera. Moe Standen ha perdido la posibilidad de seguir enviando efectivos, víveres o armamento… Pero imagino que las puertas volverán a abrirse si Andrews lo pide y también si alguien lo permite desde dentro.

—Quieres evacuar a los civiles —comprendo.

—No dejará que nadie salga —opina Kai con rotundidad, el ceño fruncido y expresión sombría—. Cerrará las puertas en cuanto comprenda lo que pretendemos, y si por algún milagro un solo carguero lo consigue, lo volará por los aires. El castigo por escapar de Japón es la muerte.

Neal sacude la cabeza.

—No lo habéis entendido. Esas bases sirven para mantener intactas las Cinco Puertas del Infierno. El radio de acción de las bombas no puede llegar a ellas, o Andrews se arriesgaría a liberar a las anomalías.

Contengo el aliento.

Todos miramos a Markel.

—Es… cierto —dice, con el ceño fruncido—. No sabe si será capaz de erradicar a las anomalías de Japón, e incluso si lo consiguiera, sin las bases navales las anomalías de la Zona Oscura serían liberadas.

No. No lo hará. No hará estallar bombas que pongan en peligro el bloqueo.

Neal señala un punto en el mar.

—¿Andrews quiere derrocar a Echo para mantenerla entretenida hasta el solsticio? Bien, démosle lo que quiere. Que Ryosuke le pida barcos. La flota de la Emperatriz es pequeña, pero si Andrews accede y los envía tendremos un medio de evacuación. No habrá guerra. Meteremos a todos los que podamos en los barcos y los llevaremos hasta las bases, junto a las Cinco Puertas del Infierno.

—No podremos salvarlos a todos, pero a muchos sí —susurra Markel.

—*Muchos* suena bien —confirmo yo—. Aunque el plan A seguirá siendo que tú desactives las bombas.

Markel inspira.

—Seguiré intentándolo. Lo intentaremos todos.

—No podemos olvidar que el objetivo de Andrews no es exterminarnos a nosotros, sino a las anomalías. El control de la isla le da igual —interviene Kai—. El gobierno de la Emperatriz, el golpe de Estado de Ryosuke… No son más que distracciones para desestabilizar a Echo e impedir que tome acciones reales, pero quizá no le compense enviar barcos que cree que volarán por los aires en unos días. ¿Para qué gastar recursos si va a matarnos de todas formas?

—Para mantenerse inocente —contesta Neal—. Apuesto a que no solo enviará barcos. Nos lo dará *todo*. Tú lo has dicho: ¿para qué malgastaría recursos si va a bombardear la isla? Será su coartada. Una oportunidad así… No podrá resistirse.

—Es un juego muy peligroso, Kellum-sama —opina Akane, que se

mantenía expectante hasta ahora—. Ryosuke Mōri acaba de quedarse sin toda su familia, sus tierras, sus bienes… Es un hombre que lo ha perdido todo y luchará en consecuencia. Poner ese poder a su servicio es… arriesgado.

—Pero sería diferente si supiéramos que Mōri nos apoya y que todo se mantendrá en una amenaza, sin dejar que la guerra llegue a suceder —opina Kai.

—Hablaré con él —interviene Anna, con rapidez—. Le contaré lo que ocurrirá si estallan las bombas e intentaré tantearlo para ver si estaría dispuesto a dejar la venganza a un lado para salvarnos a todos.

Sus ojos se cruzan con los de Kai, pero él no se atreve a devolverle la mirada.

—También deberíamos contárselo a la gente. Japón debe saber exactamente a qué se enfrenta —añade el pirata, visiblemente turbado.

—Cundirá el pánico —responde Akane, con un hilo agudo de voz.

—Es importante que el mundo entero lo sepa, que todos hablen, que fuera vean el miedo y la desesperación que sufrimos dentro —responde Neal—. Tal vez así la presión sobre Andrews sea mayor. Tal vez la investiguen a fondo organizaciones no corruptas, como sí lo es la Cumbre, y tal vez descubran la manera de frenar esto. Necesitamos toda la ayuda posible.

Durante unos segundos, contenemos el aliento.

—No me gusta lo que vamos a hacer con Ryosuke y Echo —replica Akane, con dureza—. La guerra no es ningún juego. Y sobre alertar a la población… estaremos alimentando a los *oni* con más miseria.

—Es lo que tenemos —declara Neal, con severidad—. Y

necesitamos los barcos de Andrews. Sin ellos, no habrá evacuación. La Emperatriz no puede saberlo; no hasta que tengamos la respuesta de Mori y sepamos cómo tratar el asunto.

Akane le sostiene la mirada, pero acaba cerrando los ojos y suspirando.

—Amell-san, Kellum-sama —dice entonces con gesto grave. Primero creo que va a protestar sobre el plan; pero no se trata de eso —. Vuestro mensaje decía que encontrasteis heraldos… más de uno. ¿Qué visteis?

—Amanojaku —respondo, y se me hace un nudo en la garganta.

Es Neal quien le explica los detalles.

—Hablaré con otros santuarios, que se preparen para la llegada de los grandes *yokai*, que estén atentos… No hay mucho que podamos hacer, pero al menos no nos tomará por sorpresa.

—Eso no es todo —me atrevo a decir—. También vimos a un Shinigami.

Cualquiera podría pensar que Markel ya no se espantaría después de la noticia que él mismo nos ha transmitido, pero el terror se refleja en su rostro cuando se echa un poco hacia atrás, impresionado.

—¿Estáis seguros de que era un Shinigami? —pregunta la Bruja, con voz tensa.

—Me mostró una visión: el mundo destruido si no detenemos a Andrews.

Aún recuerdo el terror en sus ojos, la fuerza que tuve que emplear para abrazarlo y que no se adentrara en la oscuridad.

—¿Qué te enseñó exactamente? —quiere saber Akane.

—El mundo sumido en la destrucción: fuego, humo, sirenas, muerte… Luego me dio a entender que Kiera… —Se detiene y me

mira un segundo antes de blindarse y volver a ser un comandante—. Me dio a entender que Kiera moriría si no lo deteníamos. Y me puso en la palma de la mano dos monedas que desaparecieron cuando se marchó.

—¿Cómo eran esas monedas? —pregunta Akane.

A Kai se le escapa una risa ahogada.

—¿Un Shinigami le dice que vamos a palmarla y tú quieres saber cómo eran las putas monedas?

—Kai, por favor —responde la Bruja, sin siquiera mirarlo—. Neal, adelante.

—Las dos eran redondas; una plana y cubierta de sangre. La otra estaba limpia, pero tenía un agujero en el centro.

—*Omamorisen* —pronuncia ella, despacio—. La que tenía el agujero debía ser una moneda protectora, un regalo de los *kami*. El agujero es un portal por el que fluyen las energías positivas. Y si la otra era plana y estaba salpicada con sangre… Puede que Neal tenga razón, puede que fuera una forma de advertirnos… Quizá la solución sí esté en nuestras manos: muerte o salvación.

Un escalofrío me baja por la nuca.

Ojalá tuviera razón.

Los demás siguen hablando y yo miro a Neal Kellum, que cumple a la perfección con su papel de soldado y comandante; traza un plan, propone estrategias y descarta las ideas menos eficientes.

Cuando la reunión acaba Anna nos cuenta que espera la visita de Akram Utagawa. Dice que puede convencerlo para que los suyos ayuden.

La cara del contrabandista se ilumina cuando ve a Anna llegar a las puertas del recinto. Se aparta un mechón rizado de la frente y le

dice algo en lengua de signos.

—¿Tiene razón? —le pregunto a Markel, que los observa desde la puerta de la *chashitsu*—. ¿Nos ayudará?

—Puede ser —contesta—. Akram siente algo por ella.

—Esa es la única razón por la que un oportunista como él nos ayudaría —opina Riku, tras emitir un profundo suspiro.

—Si lo convence, dará igual el motivo —declara Markel, pesaroso —. Necesitamos toda la ayuda posible.

Yo asiento y guardamos silencio mientras los vemos marchar.

Procesar todo lo que nos ha contado, lo que hemos decidido… es complicado.

Intento aferrarme a la esperanza de las palabras de Akane y confiar en la posibilidad de una alianza con Ryosuke. Pienso en la tenacidad de Markel o en la astucia de Neal para convencerme de que saldremos de esta… Pero no puedo evitar oír esa voz oscura que me dice que nada será suficiente.

Nos quedan diecinueve días.



30

ECHO

Palacio Imperial

19 días para el solsticio de verano

Alexa no me abre la puerta de sus aposentos.

Después de que la ignorara hace unos días, es ella la que se niega a recibirme ahora.

Podría entrar si quisiera; al fin y al cabo, todo el Palacio es mío. Pero no me parece bien.

Y ahora mismo yo no debería estar pensando en esto.

El Imperio se desmorona.

A cada acción de reconstrucción le sigue un derrumbe. Una revuelta sofocada trae manifestantes, una medida que obliga al pueblo a quedarse seguro en casa llena las cárceles locales de alborotadores. Los clanes avanzan en sus tareas y las conquistas traen nuevos problemas. La represión debe ser dura, porque nos

jugamos mucho.

Y esta reunión con el consejo parece hoy infinita.

Mi hermano no aparece. Tampoco creen que haya señales de que esté intentando contactar con posibles aliados, aunque imagino que si lo hiciera tendría mucho cuidado. Los clanes son cautos, actúan con total trasparencia y se aseguran de que conozca cada paso.

Están asustados. Temen una caza de brujas que acabe con otra limpieza.

Mejor así. Que todos tengan presente, a cada paso que den, las consecuencias de traicionarme.

Sin embargo, soy muy consciente de que cabe la posibilidad de que alguien en este Palacio lo esté ayudando a mantenerse oculto. Primero lo ayudó a escapar y ahora lo esconde de mí.

—¿Tenemos pistas del paradero de Ryosuke?

Todo el consejo me mira. Permanecen de pie frente a los tronos que ocupamos Tora y yo; el mío en el centro y el suyo, algo más pequeño, a mi derecha.

He debido de interrumpir la perorata de una mujer que proponía medidas para ayudar al clan Kiyowara a redistribuir los recursos en Kioto, donde siguen encontrando resistencia por parte de los comerciantes.

—No. Aún no —responde otro hombre, que adivina que hemos terminado con el tema de Kiyowara. Detesto que todos los días debamos enfrentarnos a los mismos problemas—. Mis soldados lo están buscando, pero algunos piensan que quizá se haya retirado.

—Una derrota en toda regla —apunta un anciano, y varios más asienten en señal de conformidad.

Eso me enfurece.

—Será derrotado cuando descanse bajo tierra en un agujero sin nombre —replico—. No justifiquéis vuestra ineptitud con suposiciones autocomplacientes. No me gusta.

Algunos se yerguen. Todos guardan silencio.

Nadie se atreve a decir nada y eso… eso hace que me arda más la sangre.

¿No deberían ayudarme? En su lugar se reúnen aquí y me cuentan a qué problemas nos enfrentamos, enredándose en las explicaciones que enaltecen las actuaciones de sus clanes, buscando siempre aquello que favorezca sus intereses y dando vueltas y más vueltas sin que nadie ofrezca nunca soluciones reales.

—Si no encuentras a Ryosuke en una semana serás expulsado de este consejo.

El anciano abre los ojos como si lo hubieran pinchado.

—Eso no es… —empieza, ofendido. Lo veo en la forma en la que se le dilatan las fosas nasales, el tembleque inesperado de su cabeza —. En toda la historia de este consejo nunca se ha despedido a un miembro. Es una norma para asegurarse de que el poder no corrompe a un Emperador.

—Pero yo soy *Emperatriz* —contesto, con una calma que no siento. Todo esto me cansa y me drena una energía que no debería invertir aquí—. Y creo que el resto de miembros de este consejo estarán de acuerdo en que cualquiera debe ser útil para permanecer en él. Si no hallas a Ryosuke no te necesito. Y el Imperio tampoco. Otro clan ocupará tu lugar.

Abre la boca y mira a los lados.

Pero no encuentra el apoyo que busca.

Todos me miran y lo ignoran. Él debe cerrar la boca, guardar

silencio y asentir antes de cruzar las manos sobre el regazo.

Seguro que los otros clanes se relamen pensando a cuál de sus parientes podrán colocar en el lugar del anciano.

—¿Alguien va a ofrecerme soluciones o es que todos queréis regodearos en las miserias a las que nos enfrentamos? —los reto.

Pasan unos segundos en los que pienso que nadie se atreverá a responder y me preparo para mi propia ira, que se arremolina como espuma de mar, esperando para estallar.

Pero alguien sí abre la boca.

Una mujer se aparta un poco del resto y, con absoluta serenidad y talante, sugiere:

—Hay algo que su majestad la Emperatriz puede hacer, aunque somos muy conscientes de que no le agrada la idea.

—Habla —le ordeno, con rotundidad.

Todos la miran con curiosidad, y cierto temor, pero la mujer no se encoge.

—Una línea de sucesión fuerte afianza el poder. Su hermano tendría dos rivales más a los que vencer: Tora Satake y el heredero.

El silencio devora la realidad. Abre sus fauces pútridas y se traga esta sala y a estas personas, hasta que me cuesta distinguir entre los rostros que tengo delante y los de los médicos que me dijeron que mi hija había nacido muerta.

«Su corazón dejó de latir hace horas».

«Ha sido una cardiopatía congénita».

«No podríamos haber hecho nada».

El suelo tiembla y cuando veo sus expresiones me doy cuenta de que solo yo lo siento.

Clavo los dedos en el trono y lucho por enfocar ese rostro que se

desdibuja en la neblina de los recuerdos antes de armarme de valor y convertir en ira el dolor, pero Tora se me adelanta.

No habla, pero sus movimientos me alertan.

Se pone en pie con decisión y la exquisita tela negra de su *haori* se mueve con él de forma grácil cuando desciende del trono y camina hacia la mujer.

Es tan silencioso, tan rápido y certero, que tardo un rato en comprender lo que ocurre cuando advierto que la mujer da un paso hacia atrás y se tambalea.

Creo que al resto de la sala le sucede lo mismo. Al principio, no lo entienden.

Al conseguir enfocar la vista descubro que la consejera se lleva las manos a la garganta.

Y la sangre brota de ella.

Se le escurre de entre los dedos mientras boquea, abre la boca e intenta decir algo, pero no lo consigue.

El silencio solo es roto por la voz templada de Tora, que no alza el tono.

—La Emperatriz dictaminó que cualquier comentario sobre su cuerpo sería considerado blasfemia y castigado con la muerte. Así que esto no debe sorprenderla —le dice como quien charla del tiempo a la mujer que se desangra.

El contraste entre la serenidad de Tora y el horror de la mujer enfatiza aún más la tensión y hace que la escena parezca casi absurda, irreal…

Alguien grita. La gente se revuelve a su alrededor, alejándose de la consejera que se desangra en lugar de intentar socorrerla.

Entonces, veo el filo manchado del *tantō* que Tora tiene en la mano.

Se lo limpia de forma elegante en el cinturón negro que cubre su *hakama* y vuelve al trono mientras a su espalda algunos corren hacia la salida, que los guardias cubren. Me miran, esperando órdenes, y una parte de mí que no sucumbe a la parálisis les dice que no con la cabeza.

La mujer deja de luchar, da unos últimos espasmos patéticos sobre un charco de sangre y después se queda completamente rígida. Tora me mira desde el trono de al lado como si se hubiera limitado a repetir una amonestación.

No hay horror en sus ojos, no como el que siento en el pecho, pero me detengo de nuevo en el cadáver y descubro que a pesar de todo su vista no me perturba más de lo que me hiere pensar en los hijos que engendré y perdí porque era lo que *debía* hacer.

Tora sigue contemplándome con calma y me doy cuenta enseguida de que debo aferrarme a esa seguridad.

No existen el bien ni el mal cuando se trata del Imperio… y el Imperio soy yo.

Soy como una montaña, como el viento o el mar.

Soy un volcán que ruge.

El suelo se estabiliza.

—No hemos terminado —declaro.

Quienes intentaban huir se detienen. Todos alzan de nuevo el rostro hacia mí, pero es solo unos segundos. Se apartan un poco del cadáver y bajan las miradas.

La reunión continúa.



31

NEAL

En algún lugar de Kamakura

19 días para el solsticio de verano

Aún es temprano cuando le digo a Kiera que se suba al Humvee y arranco el motor.

Pone la radio unos minutos, pero la quita enseguida y se queda en silencio, con la cabeza girada hacia la ventanilla.

La imagen de su perfil me recuerda mucho al primer día que la llevé a nadar; tan seria y taciturna, tan asustada por lo que empezaba a pasarle sin que yo fuera consciente.

Tampoco hoy hace preguntas, no hasta que llevo un rato conduciendo y alguno de los carteles le advierte de que estamos alejándonos de Tokio.

—¿A dónde vamos?

Se me escapa una risa que toma a Kiera por sorpresa.

—Llevas más de media hora montada en el asiento del copiloto. ¿Crees que este es momento de preguntar?

La sonrisa que se desliza por su boca es demasiado débil y una punzada de dolor me atraviesa.

Ojalá pudiera prometerle que todo va a salir bien; pero soy incapaz de mentirle.

—¿Tienes un plan? —pregunta, con prudencia.

Pienso mucho cómo darle esa respuesta.

—¿Para detener a Andrews? Solo lo que he propuesto con todos.

Kiera se gira en redondo, arquea una ceja elegante y sube el pie al asiento.

—¿De qué otro plan podríamos estar hablando? —comprende, con un brillo de interés en la mirada.

—Si te preocupa a dónde te llevo, deberías haber preguntado antes de subirte.

Esta vez, la risa es real.

—Es la segunda vez que me haces esto, Kellum. Voy a empezar a desconfiar de ti.

—Estarías en tu derecho —contesto, y sigo conduciendo.

Solo atravesamos un par de controles a las afueras de Tokio. Luego, los militares desaparecen durante un buen rato, hasta que llegamos a la entrada de Kamakura.

Antes de venir, me he asegurado de que el ambiente sea tranquilo… todo lo tranquilo que puede ser mientras ahí fuera siguen las revueltas. Hubo un pequeño motín con la policía local, pero tengo entendido que se sofocó durante las primeras horas, y aunque las medidas de Echo sí hayan llegado, la guerra aquí solo es un rumor de fondo y una leve tensión que ha vaciado un poco las

calles.

El peso de la última reunión sigue sobre nuestros hombros el resto del viaje, llenando de ruido el silencio. Preguntas que no hacemos en voz alta, ideas que mueren antes de nacer, la terrible incertidumbre… Y sobre todo lo demás no deja de aparecérseme la imagen del Shinigami rodeando a Kiera con un brazo.

Solo cuando aparco y Kiera me dedica una ceja arqueada consigo librarme un poco de esa sensación opresiva en las costillas.

Se ha quedado mirando por la ventana del Humvee el lugar al que la he traído. Sin embargo, no pregunta antes de bajarse y seguirme hacia la tienda.

Cuando me hago a un lado para dejarle pasar, atraviesa el umbral muy pegada a mí, sin una sola palabra y con las pupilas fijas en las mías.

Tiene una sonrisa preciosa. A pesar de todo, la forma en la que se le curvan los labios es casi dulce, pero poco propia de ella.

—Busca un bañador —le digo—. Y gafas de buceo si las necesitas.

La carcajada que la atraviesa es limpia y suena a otra época, a otro mundo, a otra vida más sencilla.

La mujer que atiende en la entrada se sobresalta y ambos nos giramos enseguida para saludar con una breve reverencia.

Echamos a andar hacia el interior y Kiera se gira a medida que avanzamos para observar mejor el lugar. Esta vez, no se trata de una tienda especializada como aquella a la que la llevé. Esta tiene todo lo que podría necesitar alguien que ha venido sin maletas.

—¿No hemos venido un poco lejos a nadar? —inquiere.

—¿Quién te ha dicho que vamos a nadar?

La diversión, al igual que entonces, arde en esos ojos hermosos.

No se lo piensa mucho antes de detenerse frente a los bañadores y agarrar el bikini más incómodo y escandaloso de todos.

Lo levanta hacia mí, provocadora, y aguarda.

Solo imaginarla con él hace que también yo me sienta absolutamente indecente.

—Ese es perfecto —respondo, y me deleito con la forma en la que se le arquean las cejas sin querer, un poco incrédula—. Voy a comprar un par de cosas. Busca lo que necesites.

—¿Y qué necesito? —pregunta, sin dar crédito.

Me encojo de hombros.

—Improvise. Tengo entendido que se le da bien, soldado.

Me reúno con ella a la salida. No ha comprado más que un bikini, aunque no ese con el que pretendía escandalizarme. Yo, en cambio, lleno un par de bolsas de deporte que dejo en el maletero sin permitir que Kiera les eche un ojo antes.

No debemos conducir demasiado hasta que aparco de nuevo el coche y entonces, frente a la vista del mar, la playa desierta y a lo lejos la costa que queda más cerca de la ciudad, el brillo divertido en los ojos de Kiera se ve sustituido por algo diferente.

—Puedes cambiarte en el Humvee, aunque ahí abajo no suele haber nadie y no van a verte —le digo, mientras me deshago del comunicador de la muñeca.

—Neal —murmura mi nombre—. ¿Qué hacemos aquí?

Es una buena pregunta.

Aparto la mirada para centrarla en el horizonte. La isla al fondo, la costa, la arena y las olas rompiendo contra las rocas… Intento centrarme en ellas y en su rítmico encuentro con la tierra, pero solo consigo ver a Kiera con los pies colgando de una azotea y al

Shinigami envolviéndola en un abrazo funesto mientras todo lo demás, el mundo, la paz y la vida, se desintegra.

—Creo que nos merecemos un par de días de descanso antes de que el mundo se vaya a la mierda.

Tarda tanto en responder que creo que no me ha oído.

—No podemos desaparecer —susurra y me mira como si esperara que en cualquier momento le dijera que solo es una broma.

—No vamos a desaparecer. Mañana volveremos a Tokio, veremos cómo la gente abandona las ciudades sin saber a dónde ir, presenciaremos robos violentos, vandalismo y *muerte* porque somos tan gilipollas que eso es lo que hacemos cuando el mundo se desmorona. Traicionaremos a la Emperatriz de Japón y descubriremos si Anna ha convencido a Ryosuke para fingir un golpe de Estado… Pero hoy vamos a nadar en el mar.

Sus ojos se ablandan y sé que he ganado.

La playa está desierta. Es la ventaja de venir a nadar cuando la gente espera un exterminio total o teme la ira de una Emperatriz desquiciada.

Y a pesar de su reticencia, de la preocupación que le ha hecho dejarse el comunicador puesto y de los remordimientos que soy capaz de ver al fondo de sus ojos, Kiera acepta sumergirse en la fantasía.

Me reta a que la siga cuando echa a correr hacia el agua, finge que pierde velocidad para dejar que la alcance y se escabulle de entre mis brazos con una risa que me hace querer volver a atraparla enseguida.

Se zambulle en el mar sin pensar y contemplo cómo se le sonrojan lentamente las mejillas y los labios se le ponen un poco cárdenos.

Descubro a qué sabe el sol en su piel cuando le beso el cuello. Kiera me pasa las manos por los hombros, salta un poco y me rodea las caderas con las piernas para acomodarse de una forma que me hace apretarla más fuerte.

De lejos, en la playa que da a la ciudad, sí advertimos algunas personas que se acercan a la orilla a pasear, pero aquí estamos solos.

Sin embargo, a pesar de la soledad, no nos quedamos.

Las olas le llegan al estómago y a mí a la cintura. Me acerco tanto a Kiera que siento el calor que desprende su cuerpo como un tirón que me empuja más a ella. Deslizo los dedos por su pelo mojado y tiro un poco hacia atrás, hasta que me mira a los ojos. Le quito la goma que lleva a la muñeca y le recojo el cabello cobrizo en una coleta mientras ella no deja de mirarme.

—¿Crees que aguantarás un par de kilómetros?

Entrecierra los ojos y una gota de agua salada se le descuelga de las pestañas. El reto, como siempre, le gusta.

—¿A dónde? —pregunta.

Le hago un gesto con la cabeza.

La formación rocosa contra la que rompen las olas es un risco que se adentra en el mar. Desde aquí, no se ve qué hay al otro lado, pero yo ya lo sé.

No tiene que pensarlo.

Echo a nadar mar adentro, la guío primero al interior, alejándonos suficiente del risco para que las olas no nos empujen contra él y giro después hacia la cala que nace al otro lado.

Aunque el viento es templado, también es fuerte y el mar está tan agitado como para que la travesía me cueste incluso a mí… pero así es mejor.

El ardor en los pulmones, la tensión en los hombros, el ataque continuado de las olas y el rugido del mar en los oídos: todo me aísla. Alejarme en el mar, curiosamente, me ancla a la Tierra.

Solo miro atrás por Kiera, que se esfuerza por seguir el ritmo y no protesta. Y sé que está bien cuando me detengo y en lugar de aprovechar esos valiosos segundos para recobrar el aliento intenta adelantarme con un esprint que la dejará más exhausta, pero también más divertida.

Atravesamos el mar como en un sueño. Peleamos contra las olas hasta que conseguimos adaptarnos a su cadencia y llegamos al otro lado de la orilla extenuados, jadeantes y felices.

Las rocas se extienden aquí en un acantilado que bordea toda la costa, donde a ratos la arena florece a los pies del risco.

Nadie viene aquí porque no se puede bajar desde la costa. Tan solo se abre durante apenas unos minutos una pasarela de piedra muy estrecha que conecta con la playa principal cuando la marea es extremadamente baja.

A nuestra espalda hay roca y cuevas. Tenemos el mar enfrente. Una isla con un faro se atisba en el horizonte lejano y entre las olas del mar, a unos metros, un *torii* sagrado se yergue sobra una roca que desafía la bravura del océano.

Kiera se queda ahí plantada, con el pelo empapado, los hombros subiendo y bajando al son de una respiración fatigada, las gotas saladas resbalándole por la espalda y las mejillas un poco quemadas.

—Es precioso —jadea, sin aliento.

Y no puedo resistirlo más.

Tengo que acercarme, sentir el tacto de su piel en mis manos. Le acaricio el cuello, el hombro, la cintura… Paseo los ojos por el

sendero que trazan mis dedos y antes siquiera de que yo mismo recupere el aliento Kiera se gira hacia mí, me desliza los brazos por el cuello y me besa de manera profunda y un poco desesperada.

Acabamos tumbados en la arena, escatimando unos rayos de sol que no son suficiente para desterrar el frío de su piel erizada, aunque no se queja.

Se tumba sobre mi pecho, la abrazo contra mí y le deslizo los dedos por la espalda mientras pienso que a pesar de todo soy afortunado.

Puede que muera en unos días, pero no me siento desdichado, no con ella entre los brazos.

—¿Por qué sonríes? —me pregunta, y tardo un rato en comprender que lo estaba haciendo.

—Al despertar después del accidente, tuve un sueño parecido —le confieso—. Acababa en pesadilla, pero antes de eso era bueno… *muy* bueno: tú y yo en el mar, un día como otro cualquiera, en una vida más sencilla, sin anomalías, ni *oni*, ni una amenaza inminente. Nos habíamos conocido en la universidad o tal vez en el trabajo. Teníamos rutinas sencillas y preocupaciones mundanas. Éramos normales.

Kiera parpadea lentamente y una gota se le resbala de las pestañas. Qué azules son sus ojos junto al mar.

—Qué aburrido —bromea, y su voz me hace cosquillas en el pecho.

Sonrío y de pronto siento sus delicados dedos recorriendo la comisura de mi boca, mi garganta, los bordes de una herida que ya se cura sobre mi clavícula… Los pasea después por mi pecho y acaba acariciando la cinta dorada que llevo en la muñeca. Cuando vuelvo a

mirarla, una sombra oscura le ensombrece la mirada.

—No te mereces estar aquí —susurra—, pero debo ser una persona horrible, porque me alegra que nos hayamos encontrado.

Deslizo la mano por su mejilla, un poco fría bajo mis dedos.

—Si pudiera volver a elegir, repetiría mis pecados, pronunciaría cada palabra condenatoria y volvería a reconciliarme con la muerte para esperarte cinco años. Esperaría toda la vida, Kiera, si supiera que podría tenerte un instante entre los brazos.

Me apoya una mano en el pecho y se inclina sobre mí al tiempo que cierra los ojos y me besa. Es suave, pero solo al principio. Los labios le saben a sal y su cuerpo desprende un calor que rivaliza con el del sol. Dejo que me bese hasta que no lo soporto, enredo una mano en su cabello mojado y le doy la vuelta para tumbarla sobre la arena y hacer mío este beso.

Exploro su boca con la lengua, la devoro en un beso lento y hambriento y ahogo un gemido contra sus labios cuando desliza los dedos por mi abdomen y juega a provocarme antes de que le aprese las muñecas sobre la cabeza.

No sé cómo conseguimos regresar al Humvee.

Aún quedan un par de horas de luz cuando aparco frente al *ryokan* y subimos a nuestro cuarto, y aunque cada fibra de mi cuerpo brame por ello, no me arrojo sobre ella en cuanto cierro la puerta.

La forma en la que me contempla no deja lugar a dudas. Es deseo lo que se consume al fondo de sus pupilas.

Pero el desarme es lento.

Dejo todo en el suelo.

La sigo al interior mientras se descalza.

Me quito la camisa y ella se desviste con precisión.

Acabamos en el *onsen* privado de la habitación con la excusa de quitarnos la sal de la piel.

El lugar se encuentra iluminado, pero el vapor que asciende de las aguas termales y la roca y la vegetación que bordean el pequeño estanque le confieren intimidad.

Es ella la que rompe este extraño estatismo y la línea que hemos trazado en la playa para atravesarla ahora. Nada suavemente hasta donde estoy, se sube a horcajadas sobre mí y me besa mientras se acomoda en mi regazo. Se le escapa un quejido cuando siente lo mucho que me afecta su cercanía y se mueve contra mi cuerpo de forma deliciosa.

Le clavo los dedos en el culo y apreso sus caderas contra las mías provocándole un ruidito que me enciende de forma peligrosa.

Le aparto el pelo a un lado, le beso el cuello con voracidad y estoy a punto de perder el control cuando me la agarra con suavidad y la mueve en una pasada lenta y perezosa que me lleva al límite.

Cuando me dedica una mirada vaporosa, de ojos entrecerrados, sé que estoy perdido.



32

KIERA

En algún lugar de Kamakura

19 días para el solsticio de verano

Neal desliza la mano entre mis piernas y cuando siente el deseo que arde allí emite un quejido ronco que me acaricia la columna. No puedo evitar moverme contra su mano y él me dedica una sonrisa antes de mirarme a los ojos, morderse el labio inferior e introducir un dedo en mi interior.

Echo la cabeza hacia atrás y me apresa la espalda para impedir que me resbale de su regazo.

También yo lo busco, con avidez, mientras vuelvo a besarlo. Se la agarro como sé que le gusta, suave y un poco más fuerte después, y me esfuerzo por no perder demasiado la cabeza cuando hunde un segundo dedo en mi interior y todo mi cuerpo reza por más.

Neal me besa. Me agarra del cuello con suavidad sin dejar de

mover los dedos dentro de mí y un instante antes de derretirme entre sus brazos se detiene.

—Fuera —me ordena, con voz ronca—. Ahora.

El deseo empapa su voz cuando se levanta y puedo ver lo que antes he sentido entre los dedos. Me falta un poco el aliento.

Ambos hacemos amago de secarnos, pero no acaba bien. Acabamos enredados, brazos y piernas y mordiscos y algún lametón malintencionado que me deja el pecho sensible y anhelante. Regresamos al dormitorio, me dejo caer sobre el futón y entonces me doy cuenta de que Neal se detiene.

—Ven aquí —lo llamo.

Pero no obedece. Me contempla desde arriba con los pómulos encendidos, la respiración agitada y los músculos de sus pectorales flexionándose cuando inspira con fuerza.

Me da la espalda y no lo entiendo, pero Neal regresa enseguida.

Se arrodilla en la cama sobre mí y entonces veo que tiene algo entre los dedos.

Rasga el envoltorio de un condón con los dientes y a pesar del deseo que enturbia mis emociones y el anhelo en cada fibra de mi cuerpo, una risa de verdad me asalta cuando imagino a Neal Kellum comprando preservativos sin que me diera cuenta.

Ahora me parece absurdo. Después de lo que nos ha contado Markel esta mañana, casi parece innecesario.

Pero supongo que eso es lo que importa ahora. Solo podemos permanecer cuerdos si fingimos que hay futuro más allá de estos diecinueve días.

—¿Te parece bien? —inquiere, dubitativo.

Creo que Neal ha malinterpretado mi gesto.

Me apoyo sobre los codos y me incorporo para ponérselo yo misma.

Echa la cabeza hacia atrás, estirando los músculos poderosos del cuello y suelta un gemido grave que suena como una maldición y que me provoca una oleada de placer sin que me haya tocado siquiera.

Me tumbo y él me sigue. Planta un brazo junto a mi cabeza, siento el delicioso peso de su cuerpo aprisionando el mío y entonces murmura contra mis labios:

—Todavía no.

Casi me atraganto.

—¿Qué? —pregunto, confundida y casi sin voz.

Y Neal vuelve a deslizar la mano entre mis piernas, recorriendo con dedos hábiles el centro de mi gravedad antes de volver a metérmelos.

—No te quiero hacer daño —murmura, con voz ronca y a mí se me escapa un quejido de protesta.

—Neal, por favor… —le imploro, desesperada.

Pero se traga mi protesta en un beso exploratorio, profundo y demasiado lento para el fuego que arde aquí adentro. Siento su polla contra la cadera y esos dedos que harán que pierda el control penetrándome sin dejar de acariciarme hasta que el deseo se concentra en un punto brillante y tenso que me lleva al abismo y me corro con su mano.

Jadeante, observo cómo se detiene para mirarme, apartarme un mechón de pelo de la cara y darme un beso en la comisura de la boca que enseguida extiende por mi mandíbula.

—¿Vas a follarme ya? —pregunto, prácticamente al límite.

A Neal se le escapa una risa ronca y, de pronto, me agarra de la cintura, tira de mí y me incorpora hasta que estoy sobre él y noto la dureza de su longitud entre mis piernas.

—Primero vas a follarme tú —murmura, contra mis labios, y me da un suave mordisco—. Enséñame cómo te gusta.

Prácticamente me vuelvo líquida entre sus brazos. Me agarro a sus hombros, lo beso y me acomodo sobre él.

Me quedo sin aire cuando la siento dentro y al volver a deslizarme hacia arriba comprendo que no la he metido del todo. Por eso quiere que sea yo. Neal Kellum es un buen chico incluso cuando tiene esas malas ideas danzando en los ojos verdes y me observa como si yo fuera un manantial y él llevara días sediento.

Desliza una mano enorme por mi espalda y jadeo contra su cuello cuando me estrecha con fuerza, y una vez que ha entrado entera ya no me detengo. La presión es deliciosa. El tacto de sus manos en mi espalda me ancla a él y a este lugar en el que no importa nada más allá de este rostro hermoso, este cuerpo anhelante y esa mirada que es solo para mí.

Y entonces, cuando estoy cerca de correrme por segunda vez, Neal me clava los dedos en la piel, me da la vuelta y me tumba de espaldas antes de ponerse sobre mí.

—Mi turno —ronronea, y entonces dejo de pensar.

La realidad pierde su centro de gravedad cuando me la vuelve a meter y comienza a moverse a un ritmo que me roba el aliento y me arrastra por el borde del abismo sin remedio.

Sus embestidas son brutales y, aun así, siento la contención en sus gestos, la tensión que se acumula en sus músculos, en el abdomen flexionado y los hombros anchos… Lo abrazo, tiro de él para sentirlo

cerca y le rodeo la cadera con las piernas sintiendo que nada es suficiente.

Neal me hace el amor como es él; intenso y tierno y tan brusco como para que pierda la razón, y entonces, cuando un segundo orgasmo me atraviesa de lado a lado, siento cómo también él se acerca al límite. Me agarra con fuerza y me penetra tan duro que me muerdo los labios para no hacer más ruido.

Un instante después, se derrumba sobre mí y su calor me envuelve.



Neal debió de levantarse en algún momento de la noche, porque la mañana nos sorprende bajo las mantas. Es muy temprano, apenas ha amanecido cuando despierto. La luz entra por las ventanas que dan a la costa y la isla que ayer veíamos desde la playa queda oculta en una neblina muy baja que el calor disipará lentamente.

Siento el abrazo de Neal como un peso del que no puedo, ni deseo, escapar. Su poderoso brazo me cubre el pecho y noto su respiración en mi cuello cada vez que toma aire, profundamente dormido.

El olor de Neal lo envuelve todo y durante unos instantes vuelvo a quedarme medio dormida, arropada por su calor y la seguridad que me transmite este cuerpo.

El estómago, sin embargo, me ruge.

Al volver a abrir los ojos compruebo que las marcas del brazo, esas que le hizo una anomalía a punto de destrozarlo, han empezado ya a desaparecer.

Neal masculla algo en sueños cuando deslizo por su brazo los dedos y un segundo después siento cómo inspira con fuerza contra

mi hombro.

—Buenos días —murmura y esa voz ronca y grave despierta otro tipo de hambre en mí.

Dios mío…

Debería serenarme un poco.

Me aclaro la voz.

—Hola. ¿Has dormido bien?

Neal se despereza y se estira antes de apartarse de mí.

—De maravilla. ¿Y tú? ¿Te he aplastado mucho? —Sonríe un poco y se le marca un hoyuelo en la mejilla que lo hace parecer más joven y mucho más inocente de lo que es.

Quién lo habría imaginado.

—En absoluto —contesto y me incorporo antes de estirarme también, sin darme cuenta de lo que provoco. Algo dormido despierta en sus ojos y la sangre se me calienta, pero me esfuerzo por ponerme en pie—. Tengo mucha hambre.

No he terminado de levantarme cuando me agarra de la muñeca y tira de mí hacia atrás. Si Neal Kellum no fuera asquerosamente ágil, me habría arrojado al suelo; pero se asegura de rodearme la cintura y amortiguar la caída con el brazo antes de terminar de nuevo sobre mí.

—¿Me acabas de hacer una maldita llave?

Me arde la cara.

—No —responde, con una sonrisa insolente—. Es que yo también tengo hambre.

Se inclina sobre mí, me besa el cuello y desliza la mano por mi cintura respetando una línea que mi cuerpo parece querer que Neal cruce enseguida.

Se me escapa un gemido y mis caderas se mueven sin permiso hacia el contacto de su excitación.

Es todo cuanto necesita.

Neal emite una risa ronca, se lo toma como el permiso que esperaba. Sus dedos vuelan a mi pecho y su boca se afana en la tarea de hacerme perder la cabeza… otra vez.



Además de un desayuno a base de arroz al vapor, salmón a la parrilla, *tamagoyaki* y sopa *miso* pedimos parte de lo que debieron servir ayer en la cena: sashimi fresco, tempura ligera y algo de carne.

No le pregunto a Neal cuánto tiempo piensa ignorar al mundo ahí fuera cuando me pide que vuelva a ponerme el bañador y conduce de nuevo hasta la costa.

Es fácil acallar los remordimientos cuando miro a este hombre bueno y decente al borde del colapso, sumergido hasta la cintura en el mar, mirando con preocupación las olas a pesar de que finge estar bien.

No se merece esto.

No lo merece nadie.

Así que nado con él, volvemos a jugar en la orilla y esta vez no nadamos hasta esa cala más oculta. Nos quedamos aquí, viendo pasar el tiempo, hasta que el sol anuncia la llegada del mediodía y entonces sé que debo destrozar la fantasía.

Neal se encuentra tumbado en una toalla en la arena, con los codos flexionados, el rostro echado hacia atrás y el cabello rubio oscurecido por la humedad. Me gusta cómo le queda peinado hacia atrás, un poco salvaje y revuelto por el mar. También me gusta la forma en la

que el sol le ha tostado enseguida las mejillas. Me gusta su respiración tranquila, la manera en la que las gotitas de mar resbalan por su piel, un poco erizada por la brisa.

Me gusta cuando parece un hombre normal.

Pero no lo es.

Tampoco yo soy una mujer normal.

—Estas horas han sido un regalo —murmuro. Neal abre los ojos y me mira como si supiera qué voy a decir—. Pero no podemos quedarnos aquí más tiempo.

Aprieta la mandíbula, mira al frente y cierra los ojos con una sonrisa cansada. Cuando vuelve a abrirlos, hay algo en ellos que me resulta familiar, pero no sé interpretarlo al principio.

—Podemos recogerlo todo y volver ahora. Llegaríamos antes del atardecer. Nos daría tiempo de pasar por casa de Akane, descubrir cómo han ido las conversaciones con Ryosuke y poner en marcha las cosas en el Skytree.

Asiento.

—Bien.

Él sacude la cabeza, porque no ha terminado.

—Podemos volver… o podemos quedarnos aquí.

Me mira fijamente a los ojos.

Entonces me doy cuenta. Lo que hay en esos iris verdes es lo mismo que vi durante aquella misión en Kanazawa en la que decidí arrebatarle el último recurso.

Me ofrece una salida a todo este horror.

Creo que el mismo instinto que despertó en él el Amanojaku habla ahora; o tal vez sea diferente. Quizás este deseo de huir esté aún más retorcido por el miedo y el cansancio extremos.

—¿Quedarnos aquí… para siempre? —pregunto, con suavidad.

Neal se pasa la lengua por el labio inferior, pero no hay provocación en el gesto, solo la vacilación de alguien que no sabe cómo continuar.

—Quizá no podamos impedir lo que ocurrirá durante el solsticio de verano, pero podemos elegir cómo vivir hasta entonces.

Tomo aire con fuerza.

—No.

Neal frunce el ceño ante una negativa tan tajante.

—¿Por qué?

—Funcionará durante dos o tres días. Y después querrás volver.

—No. Kiera, yo…

—No —lo corto—. *Tendrás* que hacerlo. Tendrás que regresar. Tú y yo queremos vivir igual durante el tiempo que nos quede, aunque ahora no te des cuenta.

—¿Y cómo es eso?

—Quiero vivir *luchando* —respondo, sin dudar—. Y tú también.

Cierra los ojos con fuerza, pero vuelve a abrirlos enseguida y sé que no va a replicar cuando toma mi rostro con una mano grande, de palma áspera, y se inclina para depositar un beso en mis labios.

—Vale —acepta, con cierto derrotismo en la voz.

Me pego más a él y apoyo la frente en la suya.

—Pase lo que pase haremos todo lo posible y lo haremos juntos.

Siento su sonrisa contra mis labios.

—Detesto que seas tan valiente —miente.

Una hora después, estamos de camino a Tokio.



33

NEAL

En algún lugar a las afueras de Tokio

18 días para el solsticio de verano

Llegamos a Tokio cuando aún quedan unas horas para el atardecer.

—¿Dónde mierda estabais? —Nos recibe Kai, que entrenaba con un *bokken* en el jardín.

—Resulta gracioso que creas que eso es de tu incumbencia —respondo yo.

Kiera me fulmina con la mirada.

—Teníamos que resolver algo, pero ya hemos vuelto —contesta ella, procurando quitarle peso al asunto—. ¿Cómo vamos?

—Mal. ¿Tú qué crees? Van a matarnos junto a millones de personas en dieciocho días. Vamos jodidamente mal, Kiera. —Deja el *bokken* en la pasarela de madera que bordea la casa y nos hace un gesto con la

cabeza—. Ryosuke quiere hablar con vosotros.

—¿Con nosotros? —se sorprende ella.

—Con el Skytree o la Agencia Hawk —contesta, y me señala con el mentón—. Con él.

Echamos a andar tras él, que se mueve con paso acelerado.

—¿Anna ya lo ha tanteado? ¿Va a colaborar?

Kai suspira.

—Anna lo ha tanteado —confirma—. Y deberíamos tener esta reunión antes de que Akane regrese de la ciudad.

—¿Por qué? —pregunto yo.

Kai me mira por encima del hombro, sin detenerse. Llegamos a la parte posterior de la casa y se apresura a pasar por una de las entradas.

—Porque no va a dejarnos seguir adelante con el plan.

Atravesamos un par de salas hasta que encuentra a Ryosuke y, entonces, averiguamos por qué cree eso.

—Díselo —le espeta Kai—. Diles cuáles son tus condiciones para pedirle barcos a Andrews.

Ryosuke nos ha ofrecido asiento en una mesa baja en el tatami. Kiera y yo nos hemos sentado frente a él, pero Kai se ha quedado junto al *fusuma* abierto que da al jardín, con los brazos cruzados frente al pecho y expresión impaciente.

—¿Está dispuesto a colaborar, señor Mōri?

—Puede llamarme Ryosuke, comandante —responde, con rapidez —. Al fin y al cabo, vamos a conspirar juntos.

Sé que es algo mayor que nosotros, pero sus rasgos son todavía jóvenes. Lleva el pelo corto, peinado con elegancia hacia atrás, y viste un kimono más formal que el *haori* que lleva Kai, también de

colores oscuros y sobrios motivos que imitan olas de plata.

—Ryosuke —interviene entonces Kiera—, ¿está dispuesto a fingir un golpe de Estado para llegar a Andrews?

El príncipe se gira para mirarla. Si le sorprende que una soldado raso se encuentre en la reunión que va a decidir el futuro del Imperio, lo disimula bien.

—Anna Sinden me ha explicado la situación. Si es cierto y creen que Andrews me concederá esos barcos… pueden contar con mi apoyo. No deseo la guerra, nunca lo he hecho, aunque todo el mundo se atreva a señalarme con el dedo y a afirmar que soy un usurpador ambicioso —escupe.

Lo observo detenidamente: la línea severa del mentón, la mirada cansada y ese porte que a pesar de todo es regio.

—Inoue ha hablado de condiciones.

El príncipe asiente con solemnidad.

—En realidad, solo hay una —confirma, sin titubear—. Quiero la cabeza de mi hermana.

Kiera se esfuerza por mantenerse impasible, pero no le sale bien. Se yergue un poco y tras intentar contenerlo deja escapar el aire con fuerza.

—Quiere que le ayudemos a cargarse a la puta Emperatriz de Japón —matiza Kai, por si no había quedado claro.

Las cigarras cantan en el jardín. Es todo cuanto se escucha al quedarnos en silencio.

Ryosuke Mōri, arrodillado de forma elegante frente a la mesa, no reacciona ante las palabras. Permanece serio y, comprendo, inflexible.

Porque no tiene nada que perder.

Solo tiene una petición. Todo lo demás no le importa.

—¿No habrá guerra si la Emperatriz muere? ¿Ni represalias contra el resto de su gobierno? —pregunto.

Él niega concisa y lentamente con la cabeza.

—Tengo un contacto en Palacio. Alguien muy cercano a la Emperatriz que me encontró en cuanto hui y me ha estado contando todas las atrocidades que comete en nombre del Imperio. Su gobierno no tendrá inconvenientes en apoyarme —responde—. No habrá resistencia, ni por parte de los clanes, ni del consejo, ni del propio ejército. Sin embargo, estoy dispuesto a negociar también por el Imperio si lo que quieren es gobernar Japón. A mí me da absolutamente igual. No me importa no ascender al trono si eso significa que veré a Echo muerta —declara, destapando todas sus cartas.

Lo miro a los ojos y comprendo que dice la verdad.

No le importa Japón. No le importa el Imperio de su padre.

Imagino que prefiere subir al trono, hacer aquello para lo que le enseñaron que nació como primogénito… pero odia tanto a su hermana que puede sacrificarlo si logra llegar a ella.

—Eso es… —empieza Kiera—. Eso no… No podemos…

—Lo haremos —zanjo yo.

Kiera se gira en redondo sin disimular su espanto.

—No. ¡Ni hablar!

Le dedico una mirada, solo una. Kiera guarda silencio.

Luego, vuelvo a Mōri.

—No nos interesa el gobierno, solo los recursos de Andrews. Consígalos y le entregaremos a la Emperatriz.

Mōri asiente, pero no sonríe.

—Primero mataré a mi hermana y después pediré los barcos. No es negociable.

También yo me mantengo inflexible cuando respondo:

—No nos jugaremos el cuello sin estar seguros de que Andrews accederá.

Ryosuke alza un poco el mentón. Me evalúa en silencio unos segundos.

—Llamaré a Andrews, conseguiré los barcos y estableceré una fecha. El día que deje pasar la flota será el día que la Emperatriz muera. Conseguiremos lo que queremos a la vez para asegurarnos de que ninguna de las dos partes se echa atrás.

Le tiendo la mano y Mōri me la estrecha con firmeza.

Esta vez, Kiera no hace ni dice nada.

—Tenemos un trato.

Asiente, se pone en pie y hace una pequeña reverencia. También yo.

—Tenemos dieciocho días, comandante —declara, ya camino de la puerta—. Le sugiero que piensen bien cómo van a meterme en Palacio para matarla. Si el plan no me convence, no me importará cuántas vidas se perderán: no habrá barcos.

Ryosuke Mōri abandona la estancia y los tres nos quedamos a solas.

Kai se mantiene junto al marco del *fusuma*, con una pierna cruzada sobre la otra y los brazos frente al pecho.

—A Akane le va a encantar. Al falso golpe de Estado vamos a sumarle una decapitación imperial.

Kiera me contempla con intensidad.

—¿Qué acaba de pasar? —inquiere, recelosa.

Ha visto mi mirada y ha confiado en mí, pero no lo entiende.

Yo le hago un gesto con la cabeza a Kai, que cierra las puertas y se acerca para escucharme mejor.

—No vamos a darle a la Emperatriz. Nosotros no hacemos eso.

Kai suelta una risa seca.

—Ese puto demente no te entregará la flota si lo traicionamos.

—Entonces traicionaremos a la Emperatriz —sentencio yo.

Kiera frunce el ceño, Kai arquea las cejas.

—¿Estás sufriendo una embolia? ¿O soy yo? ¿No acabas de decir lo contrario?

—Le diremos a Echo que tenemos a Ryosuke. Así lo meteremos en Palacio; pero no le hablaremos de los barcos. No queremos que se ponga nerviosa. Cuando lo tengamos dentro le entregaremos a la Emperatriz, pero no dejaremos que la mate. Le haremos creer que escapa; no podrá culparnos de eso y los barcos ya habrán sido interceptados por el Sktytree. No podemos engañar a Ryosuke; ahora mismo lo necesitamos… igual que también necesitamos a quien gobierne Japón.

—Y si queremos los barcos de Andrews… esa no puede ser Echo Akiyama —comprende Kiera.

—Debe ser Ryosuke. Lo pondremos a él en el trono y protegeremos a Echo.

—No vamos a matarla, pero sí a destronarla —murmura Kai—. ¿Os dais cuenta de que es la misma puta locura?

—Nos damos cuenta —confirmo y le dedico una mirada—. Tienes que volver a Palacio y hablar con Alexa Lalanne.

Suelta una risa seca.

—Además quieres que su amante te ayude a urdir la traición… —

Sacude la cabeza con diversión y le dedica una mirada a Kiera—. ¿Te pone toda esa arrogancia?

—Si la ama de verdad nos ayudará, porque será la única forma de que Echo conserve la vida —respondo.

—Eso, o decide contárselo todo y matan al mensajero.

—Iré yo —declara Kiera—. Alexa me escuchará. Tú solamente encárgate de llevarme hasta ella.

No puedo decirle que esa idea me parece una mierda; no cuando Kai me mira fijamente, con una ceja negra arqueada y expresión retadora.

—Desde que saqué a Hikari y a los demás habrán mejorado la seguridad —dice, un poco más serio—. No va a ser fácil.

—Pues no tenemos mucho tiempo.

Kai nos mira a los dos alternativamente, hasta que acaba suspirando.

—Mañana iré a ver cómo está el asunto. Resta decir que esto no se lo podemos contar a Akane.

Kiera asiente.

—Le diremos que Ryosuke ha aceptado, pero no le hablaremos de la condición. —Hace una pausa—. ¿Y Aya y Mitsuki? Si va a haber una revuelta en Palacio tal vez deberían estar enteradas para que puedan protegerse.

—Yo no se lo contaría tampoco —apunta Kai—. Cuantas más personas lo sepan más peligroso será. Hablaremos con Ryosuke, que nos asegure que estarán a salvo.

—Estoy de acuerdo —conviene Neal.

Los tres asentimos y nos quedamos en silencio: vamos a cometer alta traición.

光

34

ECHO

Palacio Imperial

17 días para el solsticio de verano

—Los insurgentes capturados por el clan Atagi deben ser ejecutados.

Mi voz resuena como un eco lejano en una cueva oscura.

Cualquier cosa vale si es por el Imperio… y el Imperio soy yo, me repito.

El clan Atagi encuentra problemas para abastecer a sus soldados y sofocar por completo las revueltas… y los insurgentes, mercenarios, desertores y seguidores de Andrews no hacen más que aprovechar las tensiones para provocar motines.

Así que es la única solución.

—Sin un juicio, podría considerarse… —empieza uno de los miembros del consejo.

—Estamos en guerra y durante las batallas no se celebran juicios —replica Tora, a mi lado—. La Emperatriz ya ha decidido.

El hombre asiente.

Ya pocos se atreven a replicar.

Y todo funciona mucho mejor, más rápido y eficiente.

Ya no siento que todos intenten favorecer a sus clanes.

—¿Qué debemos hacer con los comerciantes de Kioto? —pregunta alguien más—. La heredera del clan Kiyowara aún no ha obtenido los resultados que esperaba.

Miro a Tora.

No me preocupa que interpreten el gesto como debilidad. Sé que nadie me ve débil ahora mismo.

Es él quien responde, con rotundidad:

—La misma solución para los comerciantes. Kiyowara ya les ha advertido en numerosas ocasiones sobre lo que ocurriría si no acataban las órdenes de la Emperatriz. Son ellos quienes han sellado su destino. En época de guerra quien no colabore será considerado traidor y ejecutado en el acto.

Luego, me mira esperando confirmación.

Yo asiento con rotundidad.

Y los consejeros lo aceptan y se retiran a ponerlo en marcha.

Las reuniones se alargan hoy más de la cuenta. El comandante Kellum ha encontrado más bombas y si los cálculos del pequeño genio son ciertos, *todo* el Imperio corre peligro.

El consejo debe elaborar un plan de actuación rápido para salvar al mayor número de personas posible en caso de que no consigan desactivar las bombas.

Hoy hablamos de las *listas*. ¿Quiénes caben en los refugios y cómo

los elegimos?

Fuera ya ha anochecido en el momento en que por fin me retiro a mis aposentos y me siento tan drenada que apenas soy consciente de que Tora me ha acompañado hasta que me agarra de la mano.

Sus ojos oscuros se clavan en los míos y se ablandan cuando desliza el pulgar por mis nudillos.

—¿Estás bien?

—Estoy cansada —respondo.

Cansada de tanta muerte y violencia, cansada de las decisiones complicadas, de los rostros de terror… pero, sobre todo, cansada de tener que ser el *Imperio* porque siendo yo misma perdería la cabeza.

Entonces tira un poco de mí y aunque vacilo me dejo arrastrar. Un segundo después me envuelve entre sus brazos y me rodea con una dulzura que no encaja bien en esta situación.

—Lo has hecho bien —me dice, y permito que la seguridad que emana de él me envuelva—. Los grandes líderes deben tomar decisiones difíciles. Es lo que el Imperio necesita.

Le apoyo los dedos en el pecho y durante un segundo dejo que la duda repte por mis venas.

—¿Eso crees?

—Lo *sé* —contesta, tajante, y me doy cuenta de que si puedo dejar lugar a la duda es solo porque confío en que él la desterrará—. Eres fuerte, valiente, y estás dispuesta a cargar con un peso que ahora mismo nadie más sería capaz de llevar. —Me aparta un poco de él y me mira largo y tendido a los ojos—. No dejas de impresionarme, Echo.

De pronto, parece más serio y solemne y quizás algo nervioso.

Y lo comprendo.

Si ahora hiciera un movimiento, él lo aceptaría. De hecho, mientras me mira, parece esperarlo.

Sin embargo, es él quien rompe el contacto cuando alza ligeramente la vista y su mirada se enfría.

Me giro, sobresaltada, y descubro la figura de Alexa junto al *fusuma* que lleva al dormitorio.

Luce un sencillo vestido blanco sobre el que su piel, usualmente pálida, parece algo más dorada. El tatuaje del *kiku* resalta en la cara interna de su muñeca izquierda.

—Tenemos que hablar —me saluda, tajante.

Noto que a Tora no le gusta la forma en la que se dirige a mí, pero no dice nada. Lentamente, me suelta y me dedica un vistazo interrogante, esperando que le dé mi confirmación.

Asiento, y solo entonces se marcha para dejarnos a solas.

Voy directamente hasta la botella de sake que descansa sobre el aparador, me bebo un vasito de un trago y me sirvo el siguiente antes de volverme hacia ella.

—Me han contado lo que has decidido. Lo que habéis decidido los dos.

—Hoy hemos tomado muchas decisiones; es lo que se hace en medio de una guerra. Tendrás que especificar.

Sus ojos verdes se oscurecen con algo que no me gusta.

—Las ejecuciones sin juicio —murmura, sin molestarse en ocultar el tono.

Se lleva la mano al pecho, como si estuviera físicamente herida y esto fuera solo contra ella.

Qué ingenua. Qué egoísta.

—No te metas donde no te llaman, querida Alexa —respondo, y

doy otro trago de sake—. No entiendes cómo se ha de dirigir un Imperio.

—Pero Satake sí lo sabe, ¿no? Te está manipulando, Echo. Desde que te aconsejó no hablar con el clan Mōri todo ha ido de mal en peor. Ya no se oculta para proponerte barbaridades.

Barbaridades.

La palabra se me clava en el pecho, y me da rabia que tenga poder para herirme con una sola mirada, que ahora está cargada de decepción y algo que se parece al miedo.

—¿Y qué habrías hecho tú? ¿Cómo habrías alimentado al ejército de Hokkaido? ¿Cómo habrías distribuido de forma equitativa los recursos de Kioto? Cuéntamelo, Alexa. Dime cómo lo arreglo y daré marcha atrás.

Alexa aprieta los labios en una línea delgada. Se yergue, sacude la cabeza y yo sonrío.

—Estaré encantada de escucharte a ti cuando se te ocurran soluciones.

Frunce el ceño y la pena la invade.

—Tú no eres así. Debes alejarte de Tora. Parecía una persona razonable, pero al fin y al cabo se ha criado como heredero de un clan, en medio de intrigas políticas y… —Se detiene y se muerde el labio inferior.

Es como tú, quiere decir.

Doy otro trago de sake. Cada vez me cuesta más mirarla.

—Tampoco yo te tomaba por una persona celosa. Creía que estabas dispuesta a aceptar tu papel. Creo que se te ha olvidado a dónde perteneces.

Alexa se yergue como si la hubiera abofeteado. Yo también lo

siento así, pero no me retracto.

—Esto no tiene nada que ver con nosotras. No. No se me ha olvidado a dónde pertenezco, ni qué hago aquí. Por encima de todo, intento salvar a la gente, incluso a quienes Tora quiere muertos.

Se me escapa una risa áspera.

—Tora no quiere ver morir a nadie. Es por eso que mantiene una postura dura, igual que yo; para evitar el mayor número de bajas posible.

—¡Quiere muerto a tu hermano! —responde, con voz áspera.

—También yo. Ryosuke es un peligro para mí.

—¡Porque mataste a toda su familia! —exclama—. ¡Y si no hubiera huido lo habrías matado a él también! Sin una provocación, sin nada más que haber sido mencionado en un mensaje torpe y provocativo de Raine Andrews…

Un viento gélido y cortante se desliza entre sus palabras.

Ella quiere *salvar* a la gente. Eso es lo que cree que hace aquí.

Y lo entiendo de golpe.

Durante un instante el mundo calla. Las cigarras se quedan en silencio. El volcán deja de rugir.

Alexa traga saliva y advierto en sus ojos el momento exacto en el que comprende que lo sé.

—¿Qué has hecho? —pregunto, despacio.

La brisa se levanta en ese bosque que intento mantener en calma, donde el bambú resiste al viento y los temblores. Un sonido finísimo, estridente y tenso llega con ese suspiro fantasma de aire, como si alguien estuviera segando el bambú.

Alexa aprieta los labios y alza un poco la barbilla, pero no responde.

La rabia me empuja un paso adelante. La agarro del mentón.

—¿Qué has hecho? —vuelvo a preguntar, muy lentamente.

—He tomado la decisión que me permitirá dormir por las noches. ¿Puedes tú decir lo mismo?

Todo vuelve de golpe. Los sonidos que habían desaparecido irrumpen en ese bosque silencioso. Oigo las cigarras del jardín, la respiración acelerada de Alexa y el eco de mi corazón.

—¿Dónde está? —siseo, arrastrando los sonidos.

—No lo sé —contesta y la creo. A pesar de todo, sé que dice la verdad—. Solo lo oculté la noche que mataste a toda su familia.

—¿Te das cuenta de lo que has provocado? —inquiero, sintiendo cómo la ponzoña se diluye en mis venas—. No eres consciente de las implicaciones, ¿verdad? ¿Es que no sabes cuál será ahora el objetivo de Ryosuke?

Me mira directamente a los ojos, a un palmo de distancia, y en ellos comprendo algo que me destroza: no me ama.

Y quizá nunca lo haya hecho.

Alexa se suelta de un manotazo. Da un paso atrás.

—¿Y qué debía hacer? ¿Quedarse quieto mientras lo masacrabas junto al resto de su familia?

Algo me constriñe el pecho, y las entrañas. Aprieta tan fuerte que no me deja respirar.

Si Alexa me amara, haría cualquier cosa por mí, incluso dejar morir a un hombre. Lo sé porque yo habría hecho mucho más por ella.

Quiero preguntarle si lo que siente por mí no es suficiente como para transgredir su moral.

Quiero que me diga si estaría dispuesta a perderme por mantenerse justa.

Pero la respuesta me da tanto miedo que no soy capaz.

—Ilusa —siseo—. ¡Ryosuke querrá venganza! ¡Ahora tiene un motivo, nada que perder y el apoyo de Raine Andrews!

Me cuesta respirar.

Cada bocanada duele como si el aire llevara cristales.

—¡Ahora! ¡Pero antes no! ¡Antes todavía podía arreglarse! ¡Todavía podíais salvaros los dos!

Antes de Alexa, me habría contentado con la devoción de Mai o el respeto de Tatsuki Hokke, pero ella me ha hecho creer que merezco amor… solo para dejarme claro que no el suyo.

—Dime que te arrepientes —le ordeno, rota.

Dime que me amas.

Alexa se tensa y durante un instante veo el miedo en sus ojos, el terror advirtiéndole de lo que ha desencadenado. Es solo un segundo, porque el verde de su mirada se llena de un tono de arrogancia que no reconozco.

—No.

Siento el ardor en la palma de la mano antes de tomar la decisión.

Le cruzo la cara y todo ocurre en un segundo. La culpa me arranca una punzada de dolor. Pero también siento rabia, e ira… Y, sobre todo, me siento traicionada.

El dolor que eso me provoca es un animal escurridizo, herido y peligroso, que se retuerce en mis costillas, araña desde dentro mi caja torácica y aúlla.

—Me has traicionado. Has traicionado a tu Emperatriz.

Alexa me mira con los ojos abiertos de par en par. Se lleva los dedos a la mejilla que empieza a ponérsele roja y me contempla con horror. Como si esto fuera lo más grave de todo.

Ella ha liberado a mi mayor enemigo.

Ha dejado ir a una persona que no solo amenaza mi vida, sino la existencia de todo por cuanto he luchado desde que tengo uso de razón.

Y me mira así…

—Largo —mascullo.

Tarda unos segundos en reaccionar, los mismos en los que las lágrimas me asaltan.

Las contengo. No derramo ni una sola frente a ella.

Tampoco Alexa, que a pesar de tener la mirada brillante y los ojos enrojecidos, se muerde los labios y me da la espalda.

Me quedo sola, igual que estaba antes de que llegara, aquel día que bebí el veneno de Akane. Entonces solo creía que había una salida…

Estaba equivocada. El único camino es luchar, luchar siempre, sea cual fuere el coste.

Me seco las lágrimas que corren silenciosas por mi rostro, y cuando me retiro a mis aposentos y veo mi reflejo, me detengo un instante.

Qué parecida me veo a esa niña que lloraba aquellas noches en las que la arrastraban fuera de la cama para enseñarle que nunca podía bajar la guardia.

Y lo odio.

Lo odio profundamente.

Me seco con cuidado las lágrimas, fijándome en el maquillaje. Me retoco la sombra de los ojos, el corrector que cubre las ojeras, los polvos que matifican las zonas que las lágrimas han dejado brillantes…

Y vuelvo a pintarme los labios.

Pero incluso habiendo cambiado el rostro que me devuelve la

mirada, los ojos siguen siendo iguales, y su imagen sigue doliendo.

Me alejo del espejo, salgo del cuarto y cruzo la sala de estar sin tener muy claro lo que hago, pero en el momento en que atravieso la puerta que lleva a los aposentos de Tora y entro sin llamar comprendo enseguida que no quiero seguir sola.

No me lo merezco.

No soy tonta. Cuando pregunta qué ocurre y me lanzo a sus brazos para robarle un beso, sé que no siente por mí lo que esperaría de un gran amor.

Sin embargo, no me importa. Ahora me basta, igual que en su día me bastaba con Mai, con Tatsuki, con Yaku o con todos los demás…

Al recobrarse de la sorpresa, me rodea la cintura con las manos y me devuelve un beso cuya pasión alivia un poco el dolor lacerante entre las costillas.

—¿Estás bien? —pregunta.

Yo asiento, tomo su rostro entre las manos y le doy un beso largo y lento que ahoga la verdad.

Luego, Tora me desnuda.

Lo hace sin volver a preguntar, con movimientos certeros y bien acompasados y yo me dejo guiar por esas manos seguras que me quitan la ropa sin asomo de vacilación.

Él me comprende. Él sabe qué sacrificios requiere haber nacido así.

Cuando acordamos esta relación me aseguró que no le interesaba físicamente y ahora, cuando se arrodilla frente a mi cuerpo desnudo y me agarra las caderas, sé que era mentira.

Y yo me aferro a eso, al deseo que no es amor, a la devoción que no es cariño, al hambre que no es ternura.

De momento, hoy me sirven. Las caricias y los besos y el placer son

suficiente para hacerme sentir menos miserable.

Esta noche me acuesto con Tora y, al acabar, cuando me sonríe y pregunta con cuidado qué ha ocurrido, me doy cuenta de que no va a ser la última vez.

光

35

MARKEL

A las afueras de Tokio

15 días para el solsticio de verano

Ocurre un día cualquiera.

Nace como el zumbido de una cigarra, un runrún molesto tras la oreja al que al principio no le presto atención; pero día a día ese molesto sonido se hace más poderoso: mientras trabajo, mientras como, incluso mientras duermo.

Intento no pensar en él y me ocupo coordinando a los equipos cuando encuentran más bombas. Ya hay decenas de localizaciones confirmadas y avanzamos deprisa gracias a que todos los recursos del Imperio están a nuestra disposición; también los de los contrabandistas. Echo no hace ascos a ningún aliado que pueda ser de ayuda, y cuando su gobierno empezó a buscar entre mercenarios y trabajadores de dudosa reputación… parece que Akram aceptó la

propuesta de Anna. También él está involucrado, igual que sus colaboradores.

Una vez más, sin embargo, no ha prestado su ayuda hasta que el dinero de la Emperatriz ha estado sobre la mesa.

Así que yo me concentro en las labores de búsqueda y en organizar los recursos, y procuro no pensar hasta que… un día me concentro en ese zumbido tras la oreja.

Y lo que descubro me deja asqueado conmigo mismo.

Pero es peor cuando al día siguiente llego a la Mori Tower y pongo a prueba la idea… porque descubro que sé cómo hacerlo.

El dolor que a veces me acompaña se disuelve en esa idea, que eclipsa todo lo demás, porque ya no me deja pensar en otra cosa.

He de contárselo al equipo con el que trabajo, pero solo a los más imprescindibles.

Me miran horrorizados primero, con la curiosidad desapegada de los genios después… hasta que el horror se transforma en esperanza y también ellos me confirman que sí somos capaces de hacerlo.

El dilema ahora es si queremos o no.

Le pido a Neal que me lleve de vuelta a la casa de Akane cuando regresa también.

El sol apenas resiste al aparcar el Humvee en la entrada, pero Kiera y Kai siguen entrenando en el jardín.

Fue ella la que nos puso al día a Anna y a mí sobre el plan de Neal. También Ryosuke está al tanto de lo que pretenden hacer, pero no ha movido pieza. No lo hará hasta que tengamos la confirmación de que pueden meterlo en Palacio.

Neal ha empezado a coordinar el asalto a los barcos con el Skytree y los piratas de Riku y pasa los días fuera.

Y Kai y Kiera esperan una oportunidad para entrar y hablar con Alexa, de la que depende todo el plan. Pasan todo el día juntos, incluso cuando terminan de merodear por el Palacio y deben volver. Entrenan con el *bokken*, practican movimientos que Kai le enseña a ella y también discuten sobre armas de fuego cuando Kiera intenta enseñarle algo a él, aunque siempre acaban practicando desarmados o con armas blancas.

Me quedo a observarlos en el porche que bordea la casa. El cielo es ya naranja cuando detienen el entrenamiento de forma abrupta y regresan corriendo a la casa, como si no se hubieran percatado de las sombras que acechan en las esquinas.

Kiera me dedica un saludo antes de perderse en el interior. Kai se limita a mirarme sin decir nada.

Conozco su rutina. Sé que ahora cada uno se dará un baño y también sé que después Kai llamará con los nudillos al marco de mi puerta y esperará a que le dé su pastilla.

Akane va y viene. Su consulta la necesita más que nunca con el caos que reina en la ciudad, los hospitales en alerta negra, las farmacias desabastecidas, los centros médicos saqueados… Y como algunas noches Kiera no regresa del Skytree, sigo siendo yo quien controla la metadona de Kai.

Esta vez, no obstante, no espero a que Kai venga. Sé que si lo hace se quedará junto a la puerta, extenderá la mano para recibir su dosis y se irá sin cruzar media palabra conmigo.

Y hoy no puedo soportar eso.

Me cuelo en su cuarto sin preguntar.

No tiene demasiadas cosas: un futón revuelto en el suelo, una cómoda sobre la que descansa Onimaru, su cazadora de cuero

colgada de una silla y las botas en la entrada.

Camino hasta el futón, aliso un poco las ropas y me dejo caer allí hasta que Kai entra por la puerta vistiendo solo unos *hakama* oscuros que caen sobre sus caderas de forma despreocupada.

No lleva camiseta y la tinta de sus tatuajes brilla bajo la humedad que ha dejado el baño en él. El dragón nadando entre azucenas, las olas y las flores de ciruelo; en el pecho, el tigre entre peonías y el *kanji* para la palabra «Hikari» sobre el corazón. A cada lado del cuello, las serpientes que lo delataron.

Ahora, en uno de los tatuajes de su brazo habrá para siempre una cicatriz que baja por el interior desde la articulación del codo hasta la muñeca.

—¿Cuándo te los hiciste? —pregunto.

Kai enarca una ceja. No sé si es por la pregunta o por el lugar en el que me encuentra.

—Los tatuajes —aclaro—. Hace cinco años no tenías tantos.

—Fui haciéndomelos poco a poco. No tenía mucha pasta, así que casi todos son regalos.

—¿Quién regala un tatuaje?

—Clientes satisfechos —responde, con rapidez, y se queda mirándome, todavía con una mano en la puerta y a la espera de que me ponga en pie para marcharme.

No lo hago.

Suspira de forma visible y cierra el panel a su espalda. Camina hasta que llega a mi lado y se deja caer también en el futón. Apoya los codos en él, se echa hacia atrás y estira una pierna mientras dobla la otra rodilla.

—Entiendo qué simbolizan los demás, pero… ¿qué quieren decir

las serpientes?

—¿Lo entiendes? —repite, escéptico.

Asiento.

—El tigre es una de las cuatro bestias sagradas. Es protección. Lo llevas en el torso, junto al nombre de tu hermano… Creo que está claro.

Kai me observa largamente. Durante un segundo creo que se va a reír y que me va a pedir que me marche, pero en lugar de eso asiente lentamente.

—¿Qué más?

—El dragón es parecido. También es una de las cuatro bestias, pero yo la entiendo más relacionada con la fuerza y el coraje.

Una sonrisa levísima tira de las comisuras de sus labios.

—¿Y las olas?

Me encojo de hombros.

—La aceptación, la resiliencia… algo así.

—Algo así —confirma.

—Creo que la máscara *mengu* de la espalda te la hiciste simplemente porque da mal rollo y te gustó. Las flores también tienen muchas interpretaciones, pero… no sé por qué te harías unas serpientes.

Kai se lleva la mano al cuello de forma despreocupada, casi como si no lo hubiera pensado. Aún hay algunas gotitas sobre su piel morena y el pelo le cae húmedo sobre los hombros.

—Porque acababa de matar a un hombre inocente. Al primero de todos.

Me quedo quieto, mirando, esperando la sonrisa fácil, el comentario mordaz que le reste peso de forma cruel. No llega.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntar.

—Porque el pago era mayor y eso le concedía más tiempo a Hikari —responde, con tranquilidad—. Estaba acostumbrado a investigar a mis objetivos porque descubrir las maldades que habían hecho hacía que resultara más fácil quitarlos de en medio: asesinos, violadores… era sencillo. Aquella vez, cuando me ofrecieron la misión, me di cuenta de que no había nada; ni un pequeño hurto, ni una pelea, ni una mancha… Se trataba de un pobre tipejo que se había enganchado a alguna mierda que distribuía Nomura, al que le debía mucha pasta. Quería dar ejemplo con él.

—Y te ordenaron matarlo —termino, para animarlo a que siga.

Asiente con la cabeza.

—Necesitaba el dinero. También me hacían falta los medicamentos de Hikari, pero no era solo eso: pronto nos cortarían la luz. Llegué a pensar en ello como una solución —cuenta, como si nada—. Una muerte fácil, sencilla… Con un poco de suerte ni siquiera nos habríamos enterado. Nos habríamos dormido antes del atardecer… y no habríamos vuelto a despertar. Durante un tiempo me pareció una salida más amable, pero no podía hacerle eso a Hikari, después de todo lo que había luchado se merecía *más.*

Me duele el pecho.

—Y mataste a ese hombre.

—Primero me metí un montón de *amai doku* y luego lo torturé, porque su muerte no era suficiente para Nomura. Le hice cosas horribles, cosas que ningún ser vivo merece. —Sus ojos azules se pierden en algún lugar tras mi espalda, pero vuelven enseguida a mí —. Después me tatué las serpientes.

Creo que no necesito que me lo explique; ya no. Sin embargo, aun

así, murmuro:

—Son algo malo.

Se encoge de un hombro.

—Son lo que soy —responde, con rapidez—. Violencia, crueldad, engaño… Es bastante poético que Anna me descubriera por ellas, ¿no?

Se me hace un nudo en la garganta al escuchar su nombre e intento desterrarlo con rapidez.

—En algunas leyendas son símbolo de renovación.

Kai se ríe. Suelta una carcajada que suena áspera pero real y me mira con los ojos entornados, apoyado sobre un solo brazo, semitumbado en el futón.

—Si pensar eso te ayuda a mirarme a la cara… —sugiere.

Abro la boca, pero no llego a responder, porque unos pasos que se acercan por la pasarela iluminada del pasillo me detienen.

Kiera abre el *fusuma* de golpe, sin haber llamado antes. Va a dar un paso dentro cuando se encuentra conmigo y se queda quieta, las cejas arqueadas y los ojos saltando de uno al otro.

—¿Querías algo, preciosa? —ronronea Kai.

Parece cansado, pero no físicamente. Es como si se aburriera y simplemente esperara a que pasara la vida.

—No… Sí. Digo… sí —responde ella. Sus ojos se posan en mí unos segundos antes de atreverse a hablar—. Necesito pedirte… lo que robaste de la farmacia.

—¿Las drogas que tiraste por el retrete? —pregunta Kai, inalterable.

Kiera ladea la cabeza en un gesto de fastidio.

—No. Las drogas, no. Lo *otro* —contesta, un poco molesta.

Kai encoge un hombro con indolencia y hace un gesto con la mano libre, como para que se dé prisa.

—Tendrás que refrescarme la memoria. Quizá te sorprenda, pero esos días iba muy metido y a veces tengo lagunas.

Kiera me dedica una mirada nada disimulada antes de volver a mirarlo a él con intención. Yo mismo me doy cuenta de que no quiere decirlo frente a mí, así que no creo que a él le pase desapercibido, pero finge que sí.

Kiera suelta un resoplido.

—Necesito un condón, Kai.

—Ah… —Echa la cabeza hacia atrás, como si acabara de caer en la cuenta—. ¿Ha vuelto Neal del Skytree?

—Kai… —lo reprende.

Sonríe como un gato y se pone en pie con un suspiro antes de caminar hasta la cómoda y sacar una maldita caja de condones de un cajón.

—Creo que ahora mismo sois las dos personas más optimistas de todo Japón —le dice, mientras le ofrece uno—. Es encantador que pienses que las consecuencias importan.

—Cierra la boca. Claro que importan. Vamos a salvarnos —replica ella, que rechaza la oferta, le quita la caja de las manos y se lleva alguno más ante las cejas arqueadas de Kai.

Tiene las mejillas un poco encendidas cuando se marcha hacia la puerta a pasos acelerados y desde allí se vuelve.

—Buenas noches —me dice, con suavidad.

—Buenas… —No me da tiempo a terminar antes de que cierre la puerta y se largue.

Kai sigue ahí de pie, con esa mirada cansada, la sonrisa divertida

en los labios, antes de volver a sentarse frente a mí de forma despreocupada.

La diversión que lo envuelve, sin embargo, no me alcanza.

Sé que es una estupidez, pero no consigo dejar de preguntarme cuántos condones quedarán en esa caja.

—¿Para qué necesitas tú condones? —inquiero.

La diversión no desaparece de sus hermosas facciones cuando enarca las cejas y se pasa la mano por el pelo oscuro. Creo que va a evitar la pregunta, porque tarda demasiado. Sin embargo, después de lo que se me antoja una eternidad, separa los labios y con voz grave murmura:

—¿Quieres que te lo explique o prefieres que te lo enseñe?

La provocación flota entre los dos y yo la siento como una amenaza sobre la piel, dulce, oscura… tan tentadora que, aunque sepa lo que he de responder, no consigo hacerlo. Sé que quiere que me largue. Sé que esta distancia, y el silencio, son una consecuencia de lo que ya me advirtió hace días: está cansado de portarse bien.

Puede que hoy yo también.

—Enséñamelo.

La sonrisa despreocupada desaparece de los labios de Kai. Me mira con intensidad unos segundos larguísimos y entonces aparta la mirada.

Y trata de incorporarse.

E intenta marcharse.

Pero yo no le dejo.

Lo agarro por la muñeca y la forma en la que me mira está llena de algo tan oscuro que prácticamente opaca el azul de sus ojos.

—No quieres hacer esto, Markel —pronuncia de forma pausada.

La rabia me embarga: porque cree que tiene razón, porque piensa que sabe mejor que yo lo que necesito. También por haberme mentido, por haberme usado para llegar a Anna, por lo que le hizo a ella y por haber abandonado ahora a su hermano…

—¿Y qué sabrás tú?

—Sé cómo te vas a sentir mañana —replica, con dureza.

—Cállate —le ordeno, y suelto su muñeca para empujarlo ligeramente y hacer que caiga sobre el futón revuelto.

Kai me mira desde debajo de una forma que es difícil de describir, con hambre, rabia, anhelo… y también *miedo.*

No contemplo esa expresión mucho tiempo porque me inclino sobre él y lo beso con furia.

Sus labios saben como los recordaba y el deseo que nace en ellos se propaga con la misma rapidez por mis venas, encendiendo la sangre a su paso, llenándome de una sensación cálida que hace que me tiemblen un poco las puntas de los dedos cuando deslizo la mano por su nuca.

El beso es agresivo desde el comienzo. No hay lugar a nada dulce cuando Kai entreabre los labios y me deja entrar, y aunque esté debajo, aunque yo haya iniciado esto, toma enseguida el control. Siento la aspereza de su mano en la mejilla cuando la agarra con cuidado y me da un mordisco en el labio inferior que parece escapar a la razón, porque llega seguido de un gruñido grave de advertencia, como si se reprendiera a sí mismo.

De pronto, siento su rodilla contra mis piernas y al instante una mano en la cadera me hace rodar sobre el futón.

Kai me mira desde arriba: los ojos brillantes, todavía oscuros bajo el deseo, labios gruesos un poco hinchados y los pómulos altos

encendidos. El pelo le cae despeinado a ambos lados del rostro.

Creo que va a intentar hacerme recapacitar de nuevo.

Sin embargo, alza lentamente la mano y toma mis gafas con cuidado para dejarlas a un lado.

La mirada que me dedica hace que inspire profundamente, pero nada me prepara para el resto.

Vuelve a besarme y lo hace con tal pasión que siento que me hundo un poco más bajo su cuerpo. Su olor lo inunda todo cuando se aparta con brusquedad y se yergue un poco sobre mí para bajar las manos hasta el borde de mi camiseta y subirla por mi abdomen.

Creo que en el calor del deseo no se acordaba de las cicatrices, porque un solo vistazo lo detiene, y aunque Kai siempre ha sido buen actor yo siento la vacilación. Vuelve a acercarse a mí y finge que el plan siempre había sido besarme el pecho, y yo no lo aguanto.

Lo aparto de encima, me revuelvo un poco y termino de quitarme la camiseta.

Kai me contempla con ligera sorpresa, las cejas un poco arqueadas y el deseo ardiendo en el azul profundo de su mirada.

No hace comentarios; tampoco yo.

Esta vez, cuando se cierne de nuevo sobre mí, no se contiene. Sí noto que procura no tocarme las cicatrices, porque debe recordar cómo me duelen en los peores días. En lugar de eso se centra en recorrer con las manos el resto de mi piel y la forma en la que me toca me lleva a un estado insoportable. ¿Cómo es posible que me provoque esto cuando apenas me está ronzando la cintura, un hombro, una clavícula…?

Deslizo la mano por sus pantalones y Kai se detiene. Aprieta la mandíbula, se muerde los labios y vuelve a arrojarse sobre mí para

devorarme por completo.

Siento sus jadeos contra mi boca cuando vuelvo a tocarlo, pero esta vez no se detiene. Se deja llevar por el calor de mis dedos y mueve sus caderas contra mí mientras todo el cuerpo me pide más.

Kai baja la mano hasta la cinturilla de mis pantalones y, sin dejar de besarme, los suelta y me acaricia.

Cuando se separa y veo cómo me mira sé que no tiene buenas intenciones, y aunque cada fibra me pide que le deje seguir, que le *suplique* que siga, me aparto de él como puedo.

Kai me sigue con una mirada consternada, incapaz de decir nada, hasta que ve a dónde me dirijo.



36

KAI

A las afueras de Tokio

15 días para el solsticio de verano

Va a volverme completamente loco.

Markel se ha levantado, pero en lugar de marcharse como debería haber hecho, ha tomado un condón de la cómoda y ha vuelto a sentarse frente a mí.

Ahora le sostengo una mirada castaña que parece demasiado dulce para lo que me está haciendo.

—Todavía estamos a tiempo de dejarlo aquí —le aseguro, pero no me lo creo ni yo.

Markel sacude lentamente la cabeza y un par de rizos despeinados caen sobre su frente.

—No empieces con lo mismo —me espeta, con un tono que pretende ser hosco.

Me paso la mano por la nuca, buscando las palabras adecuadas… pero la vista de su torso me distrae: los hombros anchos, ese pecho naturalmente fuerte, el abdomen duro, pero no demasiado marcado…

Lo agarro del hombro, lo empujo hacia atrás con un poco de brusquedad y Markel se deja caer sobre el futón.

Me inclino sobre él con una mano a cada lado de la cabeza.

—Primero vas a prometerme que mañana no te sentirás como una mierda.

Es instantáneo. La expresión blanda vuelve a endurecerse. Apoya los codos en el futón e intenta incorporarse, pero yo no se lo permito. Le doy un nuevo empujón que lo devuelve al suelo y le apoyo una mano en el pecho para impedir que se levante cuando me fulmina con la mirada.

—No pienso prometerte eso. ¡Claro que me sentiré fatal! Me has mentido, me has utilizado y has hecho cosas terribles… Mañana me sentiré como una basura —dice, entre dientes—, pero será peor si no hago nada. Así de intenso es lo que siento.

Noto cada palabra como una puñalada.

La voz le sale grave, pero serena y lo más terrible de todo es que sé que no lo dice para herirme. Lo cree de verdad.

—Markel…

—¡No! —Me aparta la mano que he apoyado sobre su pecho de un golpe y se incorpora ligeramente cuando me agarra por la nuca y tira de mí hacia él—. Quiero hacer esto. Deseo hacerlo a pesar de las consecuencias. A pesar de lo que pienso de ti.

He de desviar la mirada, pero él no me permite hacerlo.

Me agarra la cara. Me obliga a mirarlo.

—Dijiste que te gustaba acostarte conmigo, ¿no? —inquiere, muy pegado a mis labios—. Hay cosas que no se pueden fingir.

Trago saliva.

Qué fácil sería ahora meterse *amai doku*, dejarse llevar por el placer y la oportunidad…

Le haría de todo.

No volvería a preguntar.

No le dejaría salir de este cuarto hasta que suplicara.

—¿Fingiste también el deseo?

No es una pregunta real, no en este punto, con mis caderas apretadas contra las suyas.

—No —gruño.

—¿Todavía quieres follar conmigo?

Por todos los *oni*…

Me aprieto un poco más fuerte contra él.

—Sí. —Mi voz es apenas un sonido ronco.

Ahora es él quien traga saliva.

No responde. No con palabras. Levanta un brazo y me muestra el condón.

—¿Y quién lo va a utilizar? —pregunto, en un murmullo.

Markel enarca las cejas, abre ligeramente los ojos, entrecerrados por una mezcla extraña de ira y deseo.

—Creía que te gustaba…

—Te dejaría hacer lo que quisieras, Markel —respondo, con rapidez—. Si es contigo no me importa.

La confesión le hace apretar los labios. Me muero por besarlo, recorrer a besos esa boca y ese lunar.

Algo le brilla en los ojos.

Sacude la cabeza.

—Póntelo —me pide, con rapidez—. Póntelo tú.

Siento la garganta seca. Lo tomo con los dedos, pero antes de seguir me pregunto cómo pedirle esto.

Decido quitar la tirita con rapidez.

—Antes necesito la metadona —le digo, con la voz tensa—. No te lo pediría, pero… empiezo a notar que me falta.

Markel traga saliva.

—¿Te duele?

Me pienso muy bien cómo responder a eso sin cortarle el rollo del todo.

—Es que quiero estar concentrado en lo importante. —Intento sonreír.

Markel asiente, aunque su gesto parece todavía demasiado grave. Se saca la pastilla del bolsillo, me la tiende y yo me la trago para que este tema desaparezca cuanto antes del tablero de juego.

Si fuera *amai doku* esto sería facilísimo.

Me preocupa cómo volver a iniciarlo y mientras lo miro me digo que tal vez sea mejor así. Mejor parar ahora y que esto quede en un calentón tonto por el que mañana me odiará un poco más.

Sin embargo, de pronto, siento los dedos de Markel en la nuca y me atrae hacia él para besarme lento y profundo.

Antes de que me dé cuenta, volvemos a comernos a besos.

Le quito los pantalones con cuidado y me levanto para tomar un par de condones más ante su atenta mirada.

—No tengo lubricante —le explico, mientras rasgo los envoltorios —. Voy a usar este.

Markel asiente, con los ojos clavados en mis manos mientras le

agarro la polla con una y deslizo la otra hacia su abertura.

Suelta un quejido que suena placentero y echa la cabeza hacia atrás mientras mueve las caderas en mi dirección.

Me relajo un poco y una tensión que hacía mucho que no sentía al hacer esto se disipa ligeramente, aunque el corazón todavía me late con fuerza. Así que me inclino sobre él y sigo tocándolo mientras lo preparo con los dedos y se retuerce bajo mi cuerpo. Al introducir otro más deja escapar una palabrota y a mí me encanta esa expresión torturada, la boca entreabierta jadeante, el pecho agitado bajo una respiración pesada, cada vez más acuciante.

—Kai, por favor… —suplica.

Su voz desata algo perverso que me hace querer empujarlo al límite. Continúo provocándolo, rozándolo con cuidado y parando justo cuando suplica por más… hasta que yo mismo pierdo un poco la cabeza y me obligo a frenar. Tomo el condón, le pongo un cojín debajo del culo y se la meto.

Markel gira el rostro y ahoga un gemido contra las mantas.

—¿Bien? —pregunto, dentro de él.

El corazón se me va a salir del pecho.

Se fuerza a mirarme y a asentir. Tiene los ojos marrones vidriosos, los labios enrojecidos, igual que sus mejillas, y parece a punto de perder la razón.

La sangre me arde.

La saco y vuelvo a meterla con una suavidad que va contra todo aquello que me pide el cuerpo. Se la agarro todavía moviéndome con lentitud, y cuando se estremece bajo una sacudida provocadora y suelta un gemido, yo me desato por completo.

Le doy más fuerte y Markel suelta un quejido de placer. Nos

movemos con furia y anhelo y procuro olvidar que mañana se detestará por esto, pero es imposible no pensarlo. La sola idea me cabrea y me obliga a hacerlo más fuerte, a tomar lo que necesito sin piedad, a llevarlo al límite y a parar una y otra vez hasta que me doy cuenta de que tengo las manos en sus caderas.

Aparto los dedos del costado izquierdo y todavía jadeante pregunto:

—¿Estás bien?

—No —contesta, y durante un segundo terrible me sube la bilis a la garganta, pero la cara de Markel, sudoroso y despeinado, casi sin aliento y con los ojos iluminados por el placer, no me deja preocuparme mucho—. Quiero correrme y no me estás dejando.

Se me escapa una carcajada queda.

—Perdona —le digo, mientras siento que se disipa un poco el miedo—. Ahora le pongo remedio.

Me inclino sobre él para besarlo y vuelvo a arrodillarme para seguir follándomelo, ahora sin contenerme. Le hago sufrir un poco, solo un poco, antes de rodearla con los dedos y tocarlo como sé que le gusta.

Se abandona al orgasmo con una violencia feroz. Su voz y su imagen, totalmente rendido a mí, son el detonante que me faltaba y acabo dentro de él con dos sacudidas rápidas y brutales que me acercan peligrosamente a la locura.

Se la saco y me derrumbo sobre él, que está húmedo por el sudor y aún no ha recuperado la respiración. Y en ese espacio onírico, en el que todo da vueltas, su calor me ancla a la realidad, a ese brazo que de pronto siento rodeando mi espalda.

Podría cerrar los ojos y dormir aquí.

Podría si ese brazo protector en mi espalda no se hubiera convertido de pronto en una mano que me da palmaditas para que me levante.

Me incorporo como puedo, sintiéndome un poco blando y torpe.

—Lo siento, lo siento… —balbuceo—. ¿Te he hecho daño?

—No —contesta. La voz repentinamente ronca—. Tranquilo. Es que… debería irme.

No me mira a la cara cuando sale de debajo de mí, se limpia y recupera a la carrera sus cosas, los pantalones que se pone de forma apresurada, la camiseta que se viste del revés…

No lo soporto.

También yo me pongo los pantalones y antes de que recoja las zapatillas que ha dejado en una esquina lo agarro de la muñeca y Markel se vuelve hacia mí como si lo hubiera tocado con un hierro candente.

—¿Por qué tanta prisa, Markel? —Las preguntas de verdad, las que duele pronunciar, me arden en la garganta.

Mira de reojo la cama revuelta.

Y bajo mucho el tono de voz antes de seguir.

—Quédate —murmuro, con un nudo en la garganta—. No te marches. Túmbate conmigo. Vamos a hablarlo.

No sé qué debería decirle; pero sí sé que no debería dejarlo marchar así.

Markel aprieta la mandíbula y veo la duda en la forma en la que me contempla, con los ojos un poco hundidos, las cejas curvadas en una mueca de dolor…

Cierra los ojos. Sacude la cabeza. Y se libera de mi mano.

—Vamos a dejar las cosas claras, Kai —sentencia, con dureza—.

No te he perdonado. Esto ha sido algo que nos apetecía a los dos y nada más. Solo sexo.

Aprieto los nudillos.

—Tampoco yo me he perdonado por todo lo que he hecho, y no espero que tú lo hagas.

—¿Entonces qué pretendes? —inquiere—. ¿Para qué me pides que me quede? ¿Por qué me abrazas? Ya no tienes que interpretar ningún papel.

Me paso la mano por la cara.

—Nunca he interpretado un papel contigo —replico, pero los remordimientos me advierten de que eso no es del todo cierto—. Tal vez, al principio, sí que me aproveché de…

—¡No! ¡No quiero oírlo! Y tampoco quiero discutir. Quedan solo quince días para el solsticio y aún tenemos que colaborar juntos para salvar a Japón. Sé que esto ha sido idea mía, pero te pido por favor que mantengas la distancia.

Doy un paso atrás.

Inspiro con fuerza.

No respondo. No hace falta. Markel se da la vuelta y cierra la puerta después de salir. Y yo me quedo aquí solo, todavía un poco mareado, y débil, muy débil.

Qué puta mierda sentir esto.

Qué puta mierda sentirlo todo.

—¡Mierda!

Le doy una patada a las botas que descansan en una esquina y salen despedidas contra el *fusuma*. Miro a mi alrededor, buscando algo más que poder golpear, pero no encuentro nada. Me dejo caer en el futón, pero las mantas todavía huelen a él, y eso me cabrea aún

más.

Así que me pongo de pie, deslizo el panel de la puerta y dejo que el aire fresco de la noche me dé en la cara.

Siento algo pesado en el centro de mi pecho, una roca encajada entre las costillas, dolorosa y extenuante, que hace que los hombros me pesen y me duela cada vez que tomo aire.

Cuando abro los ojos, aún con ese dolor sordo anclado a mi caja torácica, descubro que no estoy del todo solo.

Kiera está sentada en el jardín, junto al arce japonés.

Y está a oscuras.

Hay que joderse.

Los dos nos miramos largo y tendido hasta que es ella la que pregunta:

—¿Vienes tú o voy yo?

Se me escapa una sonrisa.

A pesar de todo, me hace sonreír.

Se pone en pie sin esperar una respuesta y hace algo que creía que nunca iba a ver: camina en la oscuridad.

Al principio creo que no hay ni rastro de las anomalías, pero luego descubro las sombras que se arremolinan alrededor de sus tobillos emitiendo suaves destellos de colores azules y morados, chispazos que se pierden en la noche, y un escalofrío me baja por la espalda.

—Creía que estarías con el Comandante Buenazo.

Me dedica una sonrisa y se deja caer junto a mí en la pasarela del porche.

—Y he estado. —Se encoge de un hombro y arquea una ceja, coqueta—. Neal se ha acostado ya, pero yo necesitaba dar un paseo.

La luz recorre la pasarela de madera y llega un poco más allá,

haciendo que los márgenes no sean del todo peligrosos. Es allí donde se sienta. Deja una pierna colgando y dobla la otra rodilla para recogérsela contra el pecho.

—¿Qué te ha pasado?

Yo la imito, pero me siento ligeramente más apartado de la oscuridad.

—¿Por qué crees que me ha pasado algo?

Enarca una ceja elegante.

—¿Te has mirado en un espejo?

Sonrío de lado, pero esta vez me cuesta más hacerlo. Me paso la mano por el pelo para apartármelo de la cara y busco algo que decir, pero todo arde en la garganta.

—Me he tirado a Markel.

Kiera se gira hacia mí con las cejas enarcadas.

—Oh… vale…

No lo entiende.

—Y luego me ha mandado a la mierda.

—¿Has sido un idiota? —pregunta, con prudencia.

—No especialmente —contesto, pero el humor no me llega a los labios—. Soy un asesino de mierda. Por eso no quiere saber nada de mí.

—Bueno, de *mierda*… no. Eres bastante bueno. Tú lo dijiste: si el encargo hubiera sido matarme a mí ahora estaría muerta.

Se me escapa una carcajada un poco áspera, pero la risa se quiebra hacia el final de forma brusca e inesperada. Me llevo la mano al pecho, a ese lugar que pesa tanto y que duele, duele muchísimo.

—Hacía mucho tiempo que no sentía esto —le confieso, en voz baja.

Los dedos me tiemblan un poco. Se me llenan los ojos de lágrimas y me paso el brazo por ellos rápidamente.

La vergüenza me embarga y estoy a punto de esgrimir una excusa torpe y largarme cuando, de pronto, Kiera se arroja sobre mí.

Parpadeo, confundido, mientras rodea mi cuello con los brazos y deja una mano cálida apoyada en mi espalda.

Un puto abrazo.

Me está dando un puto abrazo.

Me da un par de palmaditas por las que estoy a punto de protestar cuando comprendo que, en realidad, me gustan.

—Es el precio por sentir todo lo demás —me dice, muy bajito, y por alguna razón las lágrimas que me habían llenado los ojos se desbordan.

—¿Y cuándo empezaré a sentir algo que no sea esta mierda?

—Acaba pasando —asegura, todavía rodeándome en un abrazo de oso—. Te lo prometo.

Kiera me rodea con fuerza. Siento su aliento contra el cuello y el calor de sus manos envolviéndome, y no puedo evitarlo: la agarro por los hombros, la obligo a apartarse un poco y pregunto:

—¿Esto es de verdad?

—¿A qué te refieres?

Aprieto la mandíbula, pero procuro sostenerle la mirada.

—Cuando empezamos esto me pusiste una katana bajo la garganta y me dijiste que era un medio para un fin.

Kiera me mira de hito en hito. Ya no me molesto en secarme las lágrimas. Por todos los *oni*… cómo debo estar haciendo el ridículo.

—Bueno, entonces lo decía en serio, pero las cosas han cambiado un poco desde entonces, ¿no crees?

La suelto.

—¿No me odias por lo que le hice a Anna?

Espero que vacile, que evite el tema o dé mil rodeos; pero Kiera continúa mirándome a los ojos cuando abre la boca y contesta sin vacilar:

—No. —Esboza una sonrisa que sabe a disculpa—. Tal vez debería, pero… No. No te odio porque yo habría hecho lo mismo que tú.

El dolor da paso al desconcierto.

—¿Qué?

Kiera se muerde el labio inferior.

—En tu situación… creo que yo habría tomado el mismo camino.

Recuerdo la forma en la que me miró Markel cuando lo descubrió todo por las putas serpientes de mi cuello.

—¿Incluso conociendo las consecuencias?

Asiente lentamente.

—¿Qué otra alternativa me quedaría? ¿Dejar morir a la persona que más quiero? —Sacude la cabeza—. Creo que no, que no podría… Aunque supiera que está mal… Preferiría vivir con la culpa que sin alguien a quien amo.

Hay algo que se me afloja en el pecho. Sigo notando esa roca dura, pero ahora es más ligera.

Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas.

Debo de estar demente.

—Gracias —murmuro.

Kiera me dedica una sonrisa templada.

—¿Por ser una persona terrible? De nada. —Se gira hacia la oscuridad del jardín. El canto de las cigarras es una melodía suave en la noche—. He estado sola toda mi vida. No quiero volver a

sentirme así.

La confesión flota entre los dos.

Debió de estar muy aislada cuando Kohana la tuvo en sus garras. Y después, si se ha pasado la vida huyendo… imagino que mantener cerca a las personas no fue fácil.

Alzo una mano y la apoyo en su hombro. Kiera me mira, me dedica una sonrisa cálida y se acerca más para dejarse caer un poco contra mí. Apoya la cabeza en el hueco de mi cuello y suelta un suspiro pesaroso.

Me aclaro la garganta.

—Siento haberte disparado el otro día.

Se le escapa una carcajada que me sobresalta. Ríe tan alto que temo que despierte a todos, pero acaba guardando silencio y vuelve a apoyarse en mí.

—Y yo siento haberte llevado al borde del suicidio.

También yo tengo que reírme.

—Estamos en paz —respondo y durante un segundo el silencio es menos denso que hace solo unos minutos—. Mañana tenemos que intentar hablar con Alexa. Nos estamos quedando sin tiempo.

Escucho cómo se llena los pulmones de aire y luego me da la razón con un mudo asentimiento.

Mañana empezará todo.

光

37

KIERA

Mori Tower de Tokio

14 días para el solsticio de verano

Alexa dice *sí.*

Neal acierta: Lalanne sabe que llegados a este punto la única oportunidad para que Echo se salve es que abandone el cargo.

Tardamos todo un día para entrar y salir sin ser vistos. Me sorprende la paciencia que tiene Kai. Yo habría sido mucho más imprudente… y supongo que ahora estaría en una celda.

Vamos camino de las afueras con la moto de Kai cuando me llega un mensaje a través del comunicador que he mantenido desactivado todo este tiempo.

Le doy un golpecito a Kai para que se detenga y le aviso para que cambie de rumbo hacia la Mori Tower, donde al parecer Markel nos

espera.

Para cuando llegamos ya casi ha anochecido, así que tendremos que pasar la noche aquí.

Neal aguarda junto al perímetro de seguridad para escoltarnos, pues la vigilancia es cada vez más estricta y a pesar de tener carta blanca no siempre nos dejan pasar a la primera. Sin embargo, le entra un mensaje y debe dejarnos a mitad de camino antes de asegurarnos que se reunirá en la sala de las bombas en cuanto pueda.

Al parecer, han tenido problemas con un *oni* que, o bien no matamos al principio o se ha colado ahora.

Así que Kai y yo continuamos avanzando hasta que un soldado sentado en el pasillo me llama la atención.

Travis se sujeta el brazo izquierdo contra el pecho. Tiene los dedos manchados de sangre, igual que el traje, y aunque no parece grave, me doy cuenta enseguida de que está herido.

—Travis. —Sé que no me quiere ni ver, pero no puedo evitarlo—. ¿Qué ha ocurrido?

A su alrededor hay más soldados que esperan, todos ellos, advierto, con alguna que otra herida.

—Un *oni* —responde, parco. Aún soy capaz de ver algo extraño en la forma en la que me mira—. Solo es un corte, pero la enfermería está saturada.

Echo un vistazo a la puerta que hay al fondo del pasillo y doy un paso hacia él, vacilante.

—¿Puedo?

Travis extiende el brazo. A través del traje, veo una herida sangrante larga y abierta que va a necesitar puntos.

—Puedo curártela, si quieres.

Travis aparta la mirada y durante unos segundos creo que va a decir que no. Sin embargo, por alguna razón, asiente.

Kai tiene la educación de no decir que nos están esperando y me sigue pacientemente cuando tomo un botiquín y un set de sutura y me siento frente a Travis en una pequeña habitación abarrotada de trastos en la que solo se ve una ventana a través del montón de cajas.

Kai se las arregla para ir hasta allí y cruzarse de brazos mientras contempla la ciudad.

Procuro desinfectar y coser la herida sin tocarlo demasiado. Sé que está nervioso y aún recuerdo la forma en la que dio un paso atrás la última vez que intenté acercarme, o aquella otra en la que cambió de rumbo para no tener que interactuar conmigo.

Supongo que esto es un gran avance, pero no me atrevo a decirle nada de nada.

—Kai, puedes ir a ver a Markel y esperarme allí —le ofrezco, cuando apenas voy por la mitad.

—Prefiero quedarme aquí, gracias —replica, sin apartarse de la ventana.

De nuevo, el silencio se impone y solo se me escucha a mí trabajar.

—Me he enterado de lo que ha hecho la Emperatriz —dice de pronto Travis y la mención me descoloca tanto que tardo un rato en entender a qué se refiere—. Parece que ha perdido la cabeza.

No me pasa desapercibida la forma en la que Kai, a su espalda, se gira y enarca las cejas.

Frunzo el ceño.

—Está sometida a mucha presión… y ahora es peligrosa —coincido, sin entender a qué viene esto.

Travis me sigue mirando a los ojos mientras coso.

—Siento haber dejado que te encerrara.

Me detengo.

Así que era eso.

Tomo aire y también yo lo miro. El pelo le ha crecido un poco las últimas semanas y ahora el color cobrizo parece más intenso.

—No pasa nada —le aseguro, incapaz de decir nada más.

Y Kai bufa, haciendo que Travis se gire, un poco sobresaltado. Ambos lo miramos, pero no añade nada.

—Te vi morir, Kiera.

—No. Viste cómo casi moría, pero Neal me salvó —lo contradigo.

Travis vuelve a poner esa expresión perdida, un poco incómoda.

—¿Cómo? ¿Cómo sobrevive alguien humano a algo así?

Humano.

Miro la herida que aún debo terminar de coser y agradezco poder concentrarme en algo.

—La historia corta es que experimentaron conmigo cuando era pequeña y ahora la oscuridad me sana —le digo, del tirón.

No cuesta tanto decirlo como antes. Ya no siento que la realidad se tambalea, ni noto unos dedos oscuros cerrándose alrededor de mi garganta.

En cuanto lo escucha, Travis sacude la cabeza, como si negarlo fuera a cambiar la realidad.

—Eso no tiene sentido. No puede ser… ¿Por qué no dijiste nada? Tuviste muchas oportunidades en el Skytree. Podrías habérmelo…

—Sí, claro —interviene Kai, con ese tonito canalla y despreocupado—. Se ve que habrías sido muy comprensivo.

—Kai —lo reprendo. Él se encoge de hombros y vuelve a mirar por

la ventana. Yo me centro en Travis de nuevo, que continúa con esa expresión un poco espantada—. Siento no habértelo dicho, pero yo tampoco sabía qué contar. Perdona, Travis. No quería asustarte.

Él no responde.

Termino de dar los puntos y limpio un poco los bordes de la herida.

—Tendrás que llevarlo tapado al principio y hacerte la cura una o dos veces al día, depende de cómo avance —le digo.

—Gracias.

Travis se pone en pie.

¿Esto es todo? Se me hace un nudo en la garganta, pero me niego a que me impida hablar.

—Travis —lo detengo, cuando va a rodear la mesa—. Fuiste mi primer amigo de verdad y creo que tú sentías lo mismo. No quiero perder eso.

El joven me sostiene la mirada.

—Tampoco yo quería. Cuando me enteré de lo que te había hecho Linus, y después cuando te dispararon en Palacio… Me hice a la idea de que iba a perderte y eso me partió el alma.

—Pero no me has perdido —apunto, con un ápice de esperanza.

Travis aprieta los labios y al ver cómo sus ojos se humedecen un poco sé, sin necesidad de que diga nada, que no está de acuerdo.

—Te contaré todo lo que sé sobre mi situación si eso te ayuda a…

—No. —Me interrumpe—. No quiero saberlo. No es normal poder pasearse como si nada por la oscuridad. No es natural sobrevivir a algo así. No puedo confiar en ti. No puedo. Lo siento.

—Travis… —Alzo la mano, pero él se tensa y la bajo enseguida. Trago saliva.

—Quizá con el tiempo… —dice, mirando a un lado—. Ahora no quiero hablar de eso. No puedo pensar que eres… No. No puedo.

No replico. Esta vez no.

El dolor es sólido y real, pero esta vez los márgenes de mi visión no se emborronan, no siento el corazón a punto de reventar contra mi pecho.

Puedo tolerarlo; puedo aceptar que he perdido a un amigo porque yo no he hecho nada malo. Ahora lo sé.

Ahí fuera ocurre lo mismo con las amistades todos los días. Las personas cambian, los vínculos se enfrían y quien era bueno para ti en una etapa de tu vida se convierte en un fantasma. A veces no es culpa de nadie.

—Está bien —cedo, procurando sonar entera—. Estaré aquí cuando quieras hablar.

Me doy la vuelta y abandono la sala.

Oigo cómo Kai me sigue y espero fuera, pero no aparece por la puerta enseguida.

—Eres idiota —le oigo de pronto y estoy a punto de regresar dentro para reprenderlo cuando continúa—: ¿Tendría que estar muerta y no lo está? ¡Qué trágico! ¡Qué difícil de digerir! Pobrecito, que no ha tenido que despedirse… Eres tonto —termina, con sequedad y entonces aparece por la puerta.

Los dos nos miramos.

Kai me contempla fijamente. Con los hombros rectos y el mentón ligeramente alzado, me reta a que le diga algo. Yo solo le sonrío.

Y su gesto se ablanda.

—Vamos, Amell —me dice, al pasar a mi lado—. Seguro que tu comandante ya ha terminado y debe de estar nervioso buscándote.

Corro a su lado y no le doy las gracias, porque creo que no lo aceptaría, pero sí lo agarro del brazo y me apoyo levemente en él.

Kai no me aparta y eso es suficiente.



Markel se encuentra en la sala de las bombas… esa espantosa estancia llena de cabezas con forma ovalada y luz azul fantasmagórica. Todo el equipo que trabaja intentando desactivarlas asegura que desde fuera Raine Andrews no puede adelantar la explosión… pero estar tan cerca de ellas me da muy mal rollo.

Ahora, junto a las bombas, hay ordenadores y dispositivos que no reconozco conectados por cable.

Avanzamos a través del pasillo mientras procuro no rozar nada hasta que llegamos al centro, a un mostrador de mármol en el que Markel se ha establecido.

Junto a él, Anna y Riku también nos esperan.

—¿Hay buenas noticias? —le pregunto a Neal.

Este sacude la cabeza.

—Markel no ha querido decir nada. Ahora veremos.

—No ha avisado a Akane —observa Kai—. No son buenas noticias.

Contengo el aliento hasta que llegamos a ellos y rodeamos el bloque de mármol negro.

—¿Has descubierto algo nuevo, Markel? Alexa ha dicho que sí, pero nos vendría bien un plan B que no pasara por derrocar a la Emperatriz de Japón.

—En realidad, tal vez sea un plan Z —replica, con los labios tensos en una línea—. A lo mejor ni se puede considerar un plan.

La esperanza se prende en mi interior al escucharlo.

Todo este tiempo hemos seguido avanzando deseando un milagro, pero sabiendo que era muy probable no llegar a verlo.

—¿De verdad has encontrado la forma de desactivarlas? —pregunta Kai.

Markel le dedica una mirada que aparta enseguida y puedo ver cómo Kai crispa un poco los labios.

—Seguimos sin encontrar la forma de desactivarlas —explica, y enciende la pantalla que tiene delante. Con dedos ágiles introduce datos que no llego a ver y, de pronto, nos muestra el terrible mapa de puntos azules y violáceos de Japón—. Hemos encontrado más bombas. El ejército de la Emperatriz y el de la Agencia Hawk trabajan sin descanso para localizar todos los almacenes, pero es improbable que las localicemos todas.

—¿Es necesario seguir invirtiendo recursos en buscarlas si no podemos desactivarlas? —pregunta Anna, que además de la voz usa las manos para hablar.

—Ahora quizá sí —le contesta Markel. Luego se queda callado y nos mira a todos—. No sé cómo desactivarlas, pero sí puedo decidir dónde detonarlas.

Le tiembla la voz.

No mira a nadie. Tiene los ojos fijos en la pantalla hasta que vuelve a pasar los dedos por ella con gesto grave.

La imagen de Japón se abre y una simulación comienza cada vez que Markel presiona un botón: una estela que nace de cada uno de los puntos brillantes.

Todos observamos en silencio cómo esas líneas nacen de Japón y se pierden en el mar.

Me quedo sin aliento.

Miro a Markel, que continúa en silencio.

—¿De verdad podemos enviarlas al mar? —pregunta Riku, esperanzado.

—Podemos, si las adapto para integrarlas en un sistema de misiles —confirma y traga saliva—. Pero ahora mismo, tal y como están las cosas, sería imposible.

Mueve los dedos, introduce nuevos parámetros y la simulación muestra Japón desde el aire y, sobre la isla, una cúpula azul que lo cubre todo.

—Las Cinco Puertas del Infierno —murmuro.

Markel asiente de forma lenta e inicia la siguiente parte de la simulación: cientos de puntitos azules despegan desde la isla, ascienden dejando tras de sí una estela y…

Anna ahoga una exclamación.

Kai suelta una palabrota.

Neal y yo permanecemos en silencio.

—Las misiles no atravesarán las Cinco Puertas del Infierno. Reventarán en el cielo de Japón y todos moriremos bajo una cúpula de fuego.

En la imagen, es exactamente eso lo que ocurre. Las bombas estallan al llegar a la cúpula y el fuego se arremolina en llamaradas que lo devoran todo.

—¿Qué se te ha ocurrido, Markel? —pregunta Neal, impaciente, porque está claro que ese no puede ser el plan Z.

Él se muerde el labio inferior. No se atreve a devolverle a nadie la mirada mientras vuelve a la pantalla anterior, a la que muestra unas estelas que llegan al mar.

—Podemos volar por los aires las bases navales que sustentan las Cinco Puertas del Infierno. Desde fuera, son intocables. Si la entrada permanece sellada desde este lado, nadie puede manipularlas; pero desde dentro… Si destruimos al menos dos, las demás caerán también. La infraestructura fallará y las Puertas desaparecerán. Los misiles se perderán en el mar.

—¿Contamos con recursos para hacer eso? —inquiere Kai.

Markel asiente.

—Ahora sí. Lo más complicado va a ser adaptar las bombas al sistema de misiles y preparar plataformas de lanzamiento en tan poco tiempo… Pero tenemos todos los recursos del Imperio, incluso los ilegales con los contrabandistas y los mercenarios. —Se frota la nuca de manera nerviosa—. La Mori Tower no es ni de lejos un lugar seguro para almacenar las bombas, no estamos a suficiente profundidad, pero… no las voy a mover, todavía. Nos concentraremos en acondicionar las galerías del subsuelo y prepararé allí la plataforma de lanzamiento. No involucrará la torre. Ya estoy trazando planes para el resto de las bombas y coordinándome con el ejército. En algunos lugares podremos aprovechar recursos, en otros tendremos que montar plataformas móviles o…

—¿Te hemos dicho ya lo mucho que te queremos? —pregunta Riku, que parece más ligero.

Anna deja escapar un suspiro de alivio, también Kai se apoya en la mesa de mármol y echa hacia atrás la cabeza.

Markel no se mueve.

Yo no digo nada. Lo siento como un eco lejano, una voz susurrante que en tono grave me advierte.

También Neal se ha dado cuenta.

—Markel. —La voz le sale roca—. Si las Cinco Puertas del Infierno desaparecen la noche del solsticio… no solo enviaremos fuera las bombas.

Algo oscuro y sinuoso se me desliza por la espalda, baja vértebra a vértebra acariciando mi columna y soy yo quien, con voz queda, murmura:

—Las anomalías escaparán.

Las implicaciones se vuelven de hormigón en mi estómago.

El mundo no está preparado. Incluso con los sistemas de seguridad de luz, que muchos países no tienen estandarizados, habrá miles de muertes en una sola noche.

Kai es el primero que rompe el silencio.

—¿Desde cuándo sabes esto?

—Desde ayer por la mañana —contesta.

Kai entreabre los labios, pero no dice nada.

—Nosotros no podemos tomar esa decisión —susurra Anna y la voz le sale más desentonada que otras veces.

—¿Y quién puede? —inquiere Markel—. ¿Lo consultamos con Akiyama o con Mōri? ¿Cuál de los dos debería decidirlo? ¿La Emperatriz que gobierna ahora o al que vamos a poner en el trono porque nos conviene?

—¿Tenemos que seguir adelante con el plan de apartarla? —murmuro yo.

—Hagamos lo que hagamos muchas de las bombas estallarán en Japón. Cabe esperar que haya más de las que hemos encontrado y no sabemos dónde, así que todavía necesitamos los barcos para la evacuación —contesta Markel—. Como solo tenemos que destruir

dos puertas, llevaremos a la gente junto a las otras.

De nuevo, el silencio tiene un regusto amargo.

Neal apoya las palmas de las manos en el mármol y se inclina un poco adelante con la mandíbula tensa.

—Tal vez no tengamos que llegar a esto —murmura, sin mirar a nadie en concreto, y todos aguardamos mientras contenemos el aliento—. ¿Por qué has elegido el mar para enviar allí las bombas?

—Porque es el lugar en el que causarán menos daños. Medioambientalmente sí van a ser destructivas; cuando Alexa se entere va a entrar en cólera… Y con unas bombas así, desconocidas, no sabemos el impacto real que tendrán a la larga, pero… —Markel se frota la nuca—. El mar es la zona menos crítica.

—Entonces, en lugar de evitar las zonas más críticas, dirijámoslas a ellas. —Se acerca a la pantalla con decisión y abre el mapa hasta que muestra el mundo entero—. Aquí, aquí y aquí —señala—. Depósitos nucleares, motores económicos, almacenes armamentísticos, puntos militares estratégicos, ciudades de gran densidad poblacional… Apuntemos a donde más duela.

Me quedo blanca.

También los demás.

—¿Te preocupa que la muerte por anomalías sea demasiado lenta, Kellum? —lo reta Kai—. Estás proponiendo una masacre a escala mundial.

—¿Puedes hacerlo o no? —insiste él, mirando a Markel.

—Sí. —Frunce el ceño—. En teoría sí, pero…

—Entonces fijaremos los objetivos y dejaremos que Raine Andrews decida si permite que los misiles los alcancen.

Tardo un rato en digerirlo, perdida en la imagen de cientos de

bombas destruyendo el mundo.

—Un farol —susurra Markel, sin voz.

—Un farol —repite Neal—. Lo haremos como si fuera a ocurrir de verdad. Apuntaremos a las coordenadas, dejaremos que todo el mundo piense que estamos dispuestos a ello, y dejaremos la decisión en manos de Andrews. Si quiere salvar al mundo tendrá que parar todo esto.

Kai suelta una carcajada que suena un poco estridente.

—Mierda, Kellum. —Se acerca a él, le pasa un brazo por los hombros y le da unas palmadas tan fuertes que lo mueve. Creo que nunca he visto a esos dos tan juntos—. Es una locura, pero podría funcionar, ¿no? Andrews tendrá que ceder y si no lo hace la Cumbre la obligará.

—Tendrá que decirnos cómo pararlas —murmuro yo, con el pulso acelerado.

Markel asiente y suelta aire con fuerza. De pronto, se le escapa un quejido y advierto que un par de lagrimillas le resbalan por las mejillas.

Haber tenido la idea de soltar a las anomalías debía de estar torturándolo muchísimo.

Anna, que está a su lado, le rodea la cintura y le acaricia el brazo.

—Podemos evitarlo —susurra, con la voz entrecortada—. Podemos hacer que pare todo esto.

El alivio empaña cada uno de sus gestos, los antebrazos que apoya en el mármol, la cabeza que deja caer adelante, las lágrimas que siguen resbalando por sus mejillas. También Riku le acaricia la espalda para calmarlo.

—Antes de que lo hagamos —intervengo yo—, tenemos que

barajar la posibilidad de que Andrews no ceda al farol.

Todos me miran.

—Es verdad —conviene el pirata, que no ha dejado de acariciar la espalda de Markel—. Esa mujer está tan loca como para seguir adelante.

—Lo dejaré todo preparado para que pueda cambiar las coordenadas de forma remota y en el menor tiempo posible —murmura Markel—. Esperaremos hasta el final, hasta que no quede tiempo y, luego…

—Luego liberaremos a las anomalías —continúa Neal por él—, enviaremos los misiles al mar y las bombas que no hayamos localizado explotarán en Japón.

—Tenemos que preparar los barcos de Ryosuke y evacuar a la gente igualmente, por si acaso —opina Kai.

Yo sé que no está pensando en la *gente*. Piensa en Hikari.

—Y si todo falla… Si llegara el momento y tuviéramos que decidir entre condenar a Japón o destruir el mundo… —continúo yo, con un hilo de voz muy fino.

—No ocurrirá —me interrumpe Markel—. Lo calcularé bien. Apuraré al máximo para que Andrews no adivine que se trata de un farol, pero recularé a tiempo.

—Aunque hagamos todo bien, en un plan así todo puede salir mal —apunta Neal.

Yo asiento.

—Por eso quiero asegurarme de que sabemos lo que hacemos —continúo yo—. Si las cosas se tuercen, entre permitir que mueran millones o miles de millones, elegiremos salvar al mundo. ¿Estamos todos de acuerdo?

Uno a uno, todos asienten.

Kai suelta una palabrota.

—En caso de que todo se vaya a la mierda tendremos que morir aquí dentro. —Chasquea la lengua con teatralidad—. ¿Podemos dirigir uno de los misiles hacia la casa de esa zorra?

—Sí, hagamos eso —declara Riku.

Es la primera vez que no se esfuerza por fingir que Kai no existe y yo me río un poco, pero eso no consigue disipar del todo la tensión que se ha asentado en mi estómago.

Neal vuelve a llamar nuestra atención:

—Hay que hacerlo ya, y hay que dejar que todo el mundo se entere.



38

ECHO

Palacio Imperial

12 días para el solsticio de verano

El Imperio entero trabaja con el rebelde Markel Sagastizabal para localizar las bombas, integrarlas en misiles y adaptar sistemas de lanzamiento. El despliegue es asombroso; el mayor desde que nos encerraron aquí dentro con las anomalías y Japón tuvo que prepararse de la noche a la mañana en una carrera contrarreloj. No solo hay ingenieros trabajando día y noche, todos los recursos humanos son bien gestionados y explotados.

Ya no leo las notas de Alexa, y hace días que revoqué la orden que di a los guardias para que la dejaran pasar siempre a mis aposentos.

Por eso verla ahora me enfurece tanto.

Se acerca a paso acelerado desde el otro lado de un puente, en el jardín. Para cuando mi escolta se adelanta para impedirle el paso, ya

ha llegado a la mitad y hemos tenido que detenernos.

No quiero verla.

La he ignorado con la esperanza de que se marchara de Palacio. Alexa lo sabe, Murase-san ya le ha dicho que no deseo verla, y que aun sabiéndolo se haya presentado así… Imponiendo siempre sus deseos, rompiendo protocolos, desobedeciendo las normas…

¿Quería hablar? Bien. Hablaré.

—Esto es inaceptable, Lalanne-san, y mucho me temo que ya no puedo dejar pasar sus faltas de respeto.

Advierto una marca morada en su pómulo izquierdo y aunque al principio no ato cabos, luego comprendo que se la hice yo.

Aprieto los nudillos.

—Echo, *necesito* que me escuches.

—No —respondo, con rotundidad. Mañana, quienes paseaban por el jardín hablarán de cómo la Emperatriz expulsó a su amante. Quizá sea bueno, quizá consolide la imagen de mi unión con Tora—. No la escucharé. Ni ahora ni nunca. Ha roto mi confianza, ha sobrepasado los límites y ahora debe abandonar el Palacio. —Siento una punzada de dolor que ignoro—. Ya no es bienvenida en mi corte.

—¡Tenemos a tu hermano! —exclama.

El mundo deja de girar. Los guardias que la sujetan para que no avance se vuelven a mirarla.

—¿Cómo dices?

—Los Rebeldes —explica, apresuradamente—. Kiera Amell, Kai Inoue… Han encontrado a Ryosuke y quieren entregártelo a cambio de un indulto.

Los guardias me miran con nerviosismo y yo les hago un gesto para que suelten a Alexa. Nos dan espacio mientras ella se acerca, se

estira la ropa y se planta a un paso de mí.

—¿Hablas en serio?

Se saca el móvil del bolsillo y me muestra una foto de mi hermano; demacrado, sucio y ensangrentado.

—Neal Kellum ha ayudado a atraparlo. Quieren traerlo a Palacio, pero solo bajo la condición de que perdones a Kai y garantices la seguridad de Kiera.

La miro detenidamente a los ojos y el brillo y la tristeza que hallo en ellos me parecen sumamente complejos, extraños y hermosos.

Kai me da igual, y Kiera solo era un problema cuando estaba bajo mi techo.

—Sabes que lo mataré, ¿verdad?

Asiente despacio.

—Es lo que debes hacer.

Traga saliva y algo blando se desliza entre las dos. Parece profundamente desdichada y eso mueve algo en mí, algo que hunde sus garras en mis entrañas y hace que duela… de una forma diferente.

—Lo has entendido —murmuro, en voz muy baja.

Y ella vuelve a asentir. Se le llenan de lágrimas los ojos verdes.

—Lo siento mucho.

Aprieto los labios.

—Lo siento muchísimo —repite y da un paso apresurado adelante.

Me toma las mejillas entre los dedos cálidos y cuando veo por el rabillo del ojo un movimiento de mis guardias alzo una mano para que no se acerquen.

Y Alexa me besa.

Aún me siento traicionada. El regusto amargo y ponzoñoso sigue

en mi paladar cuando su boca explora la mía, pero por encima noto el sabor dulce de las lágrimas.

Y me gusta. Porque significa que me ama.



39

KIERA

Palacio Imperial

11 días para el solsticio de verano

—Somos gilipollas —declara Kai. Frente a nosotros, varios soldados de la Guardia Imperial de Echo se hacen a un lado para formar un pasillo y permitirnos el paso—. De verdad, cuando buscas la definición de «subnormal» en el diccionario sale nuestra foto.

—Calla —le ordeno, en un susurro, aunque también yo estoy nerviosa.

Miro de reojo mi comunicador y compruebo la hora. En la primera cuenta atrás nos quedan cuarenta y cinco minutos. Ese es el tiempo que tenemos hasta que empiece el plan de verdad. En la segunda, una hora y treinta y siete minutos hasta que anochezca. Debemos sacar a Echo y a Alexa de aquí antes de que eso ocurra.

Me pregunto cuántos de estos guardias estarán con Ryosuke.

Desconozco cómo lo ha hecho; a quién ha recurrido ese hombre que parecía tan solo para poner en marcha un golpe de Estado.

A pesar de lo que dijo, no solo quiere la cabeza de su hermana. Necesita salir vivo de esta y, para eso, debe haber encontrado a gente que también quiera la muerte de Echo.

Eso me inquieta, porque si las cosas se tuercen demasiado y hay muchos ojos puestos en ella, escapar será más difícil, incluso con nuestro plan.

Ryosuke no parece nervioso. En todo caso, su mirada destilaba ansia cuando le hemos tapado la cabeza. Ahora camina con los brazos atados a la espalda mientras Kai lo empuja con una mano en su antebrazo y la otra en la empuñadura de Onimaru.

Seguimos a los guardias que nos guían a través del Palacio y me sorprende comprobar que no evitan las zonas concurridas. Creía que nos harían entrar por alguna clase de puerta trasera: un trámite discreto para que nadie viese que traemos al hermano de la Emperatriz para su ejecución.

Pero parece que a Echo le da igual.

En nuestro camino a la sala de ceremonias, nos cruzamos con habitantes del Palacio. Algunos se detienen y nos contemplan en silencio. Otros salen corriendo y desaparecen, asustados.

De todas formas, no hay mucho movimiento por aquí. Sí hay guardias, y soldados… pero pocos civiles.

Y una parte egoísta de mí desea que haya suficientes de ambos bandos, Akiyama y Mōri, para que en la contienda no vayan tras nosotros.

Cuando las puertas de la sala de ceremonias se abren, primero veo

a Echo.

Se encuentra en el centro, sentada en un trono sencillo donde lo más vistoso es ella: telas y más telas lujosamente decoradas con brocados dorados de motivos que imitan el *kiku*, el crisantemo del emblema imperial.

Lleva el pelo negro recogido y el rostro, hermoso pero frío, despejado: piel brillante y perfecta, labios de un rojo tan intenso como el de su *furisode* y ojos maquillados con intensidad en tonos que imitan un atardecer de fuego.

Solo dos soldados entran y se quedan junto a la entrada, donde nos detenemos también. Dentro de la sala hay varios más haciendo guardia.

Kai y yo compartimos una mirada. Son una docena en total.

Ryosuke ha asegurado que todos estarían de su parte, pero un número así es una complicación para nosotros.

Junto a Echo, advierto enseguida la otra figura: el cabello rubio y rizado de Alexa y el vestido verde que presenta un poderoso contraste frente a las ropas imperiales de Echo; más discreto y… *suave*. Es un verde pálido y delicado, absolutamente inocente en comparación con el rojo intenso de Echo.

Se halla a su lado, pero un par de pasos por detrás, en un plano tan discreto que a pesar de ser solo dos ahí arriba pasa desapercibida.

Procuro no mirarla mucho cuando me acerco, pero me resulta imposible no fijarme en la marca violácea que le cubre el pómulo izquierdo. Sus ojos no tienen mucho mejor aspecto. Parecen profundamente cansados, un poco hundidos y oscuros.

Cuando nuestras miradas se encuentran un rostro serio y triste se transforma en algo más terrible, absolutamente abatido, y la

preocupación me embarga. Así que dejo de mirarla.

Quizá Echo no se dé cuenta, o achaque el humor de Alexa a lo terrible de la situación, pero no quiero tentar a la suerte.

—Amell-san, Inoue-san, bienvenidos de nuevo a Palacio —nos dice la Emperatriz—. Me alegra teneros de vuelta.

La acidez de su tono me deja sin palabras y soy incapaz de responder.

—Si hemos venido es porque esta vez esperamos recibir más… hospitalidad —replica Kai, con rapidez.

Ha sido una apuesta; una arriesgada, pero tenía sentido que fuéramos Kai y yo.

Los dos necesitamos un *indulto.*

—Ya se lo aseguré al comandante: el presente que me traéis compensa de sobra vuestros crímenes —responde Echo, sin tapujos.

Kai emite un resoplido áspero que hace que me gire hacia él.

—¿Y qué crimen cometió Amell? Sé lo que hice yo, pero Kiera no ha llegado a contármelo. ¿Qué equivale a rajarle la garganta a uno de sus súbditos?

Me giro hacia él sin aliento.

—Kai —siseo.

¿Pero de dónde ha salido este resentimiento?

No hace falta que cumpla tan bien su papel.

—Abreviemos —declara la Emperatriz con dureza—. No tengo tiempo para tonterías. ¿Queréis mi perdón? Lo tenéis. Entregadme a mi hermano.

Kai se pasa la lengua por el labio inferior, como si dudara si ha de replicar o no.

Para lo poco que le gustaba este plan, se ha convertido en un actor

de película.

Podría darle una patada en el culo ahora mismo.

Rompo ese contacto visual tan extraño tirando de la tela con la que le hemos cubierto la cabeza a Ryosuke, que sacude la cabeza, molesto, y en cuanto ve a Echo escupe al suelo.

—Hermana, qué placer volver a verte —declara, con voz ronca.

Kai le ha partido la cara. No podía presentarse ileso.

Tiene el pómulo hinchado y el labio quebrado por la mitad. Se ha limpiado la sangre en la camisa blanca que lleva bajo el *haori* y que contrasta con la piel morena.

Echo se pone de pie enseguida y Alexa, a su lado, se revuelve.

Que no se le note tanto, por favor… Si Echo no estuviera tan pendiente de su hermano, tal vez, vería la forma en la que Alexa se encoge, la mirada huidiza hacia los guardias de la puerta…

—Hermano —lo saluda ella, en un tono de voz mucho más frío—. Lamento de verdad todo esto.

Ryosuke, al que seguimos agarrando, enarca las cejas. No tiene que esforzarse por fingir la indignación.

—¿Lamentas haber matado a toda mi familia?

—Tu primo pequeño vive con el apellido de otro clan.

Ryosuke alza el rostro, sorprendido de verdad. La sorpresa, sin embargo, se disipa rápido en otro torrente de ira.

—¿Debo sentirme agradecido? ¿Debe sentirse él afortunado después de que hayas masacrado a todos los suyos?

Echo alza el mentón y aprieta los labios rojos. Lo que sale entonces de su boca me hiela la sangre:

—No voy a disculparme por lo que he hecho. Solo he cumplido con mi deber, y tú lo sabes.

—¡Tu deber era gobernar y proteger a tu gente, no masacrarla! ¡El clan de mi madre también era tu pueblo! ¡No te habían hecho nada!

—Yo no lo veo así —contesta, con una calma que me impacta—. Mi deber, como dices, es gobernar y para poder hacerlo he tenido que tomar decisiones difíciles. En mi lugar, tú habrías hecho lo mismo.

—Yo *nunca* he matado a un inocente, ni lo haré jamás.

—Y por eso no gobernarás —replica, sin dudar—. El trono exige sacrificios.

Alexa da un paso involuntario hacia atrás, y esta vez Echo se da cuenta.

—¿Eso fueron mi madre, mis tíos, mis primos…? ¿Sacrificios?

—No soy ningún monstruo, Ryosuke. Solo cumplo con mi deber.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Te lo crees siquiera?

De reojo, miro mi comunicador. Ya casi es la hora.

Debemos hacerlo bien, o fracasaremos y, en ese caso, Kai tendrá razón al afirmar que somos gilipollas.

—Siento de veras que el destino nos haya llevado a ser enemigos. En otra vida, me habría gustado conocerte, hermano —le dice, con total impunidad.

Ryosuke sacude la cabeza, sin terminar de creerse lo que oye.

Aprovecho para alzar el rostro hacia Alexa y hacerle un gesto.

Debe proceder ya.

—Estás fatal… Te has podrido. El miedo… te ha corrompido del todo. Eres peor que los *oni* que se alimentan de la miseria.

Echo da dos pasos adelante y Alexa se queda rígida y sin saber qué hacer.

Mierda.

Yo la miro, insistente, para que sepa que ha de seguirla y solo

entonces echa a andar tras ella.

Echo baja los tres escalones de la plataforma del trono, regia y digna.

—Dejaré que elijas la forma de tu muerte —le dice, como si no lo hubiera escuchado—. Puedes tomar veneno o puedes morir por la espada. En ambos casos, procuraré que la muerte sea amable contigo.

—¿Tirarás mi cuerpo junto con los de mi familia? —escupe, un mechón de pelo oscuro se le despega del resto y le cae sobre el rostro magullado.

—Sabes que no puede quedar un cuerpo que honrar. Serás incinerado, como los demás.

Dios mío…

Se me revuelve el estómago. Si Kai está tan impresionado como yo, lo disimula muy bien.

Alexa, sin embargo, baja los escalones casi a trompicones. Se pisa el borde del vestido y está a punto de resbalar antes de llegar junto a Echo, que apenas la mira por encima del hombro un segundo antes de volver a centrarse en Ryosuke.

—¿Y bien? ¿Ponzoña o acero?

Ryosuke le sostiene la mirada y le muestra una sonrisa desquiciada.

Echo entrecierra los ojos, molesta por su insolencia… A pesar de todo, le indigna la actitud de su hermano frente a la derrota.

Un escalofrío me baja por la espalda y entonces advierto que Echo lanza un rápido vistazo a la cadera de Kai, donde se encuentra Onimaru, antes de mover los dedos.

Todas mis alarmas se disparan.

La Emperatriz está a un impulso de mandar nuestro plan de los barcos a tomar por culo.

Creo que ni siquiera necesitaría desarmar a Kai. Es muy capaz de matar a su hermano con los *kanzashi* que lleva en el peinado.

Finjo nerviosismo y cambio el peso de una pierna a otra antes de moverme un poco hacia atrás y apartar a Ryosuke de su alcance.

—Nosotros ya hemos cumplido nuestra parte del trato —suelto, haciendo que todos me miren. También Alexa, que ya está junto a la Emperatriz, pálida, a punto de desmayarse—. ¿Somos ya libres o no?

Echo me mira como si se hubiera olvidado de nuestra presencia.

Asiente sin que un solo mechón de pelo se mueva de ese recogido perfecto.

—Sois libres —sentencia y alza la mirada por encima de nuestros hombros—. Guardias, una katana —pide.

Pero ninguno se mueve.

—¡Guardias! —insiste, impaciente.

Todo mi cuerpo se tensa.

Y Echo lo comprende enseguida.

Abre mucho los ojos y su expresión se congela en una mueca de entendimiento y horror antes de dar un paso atrás.

También los guardias se mueven: dos se acercan a Rysouke para desatarlo, otros dos echan a andar hacia la Emperatriz y el resto se dirige a cubrir las puertas para asegurarse de que nadie entra o sale.

Echo no consigue llegar muy lejos. Los dos guardias le cortan el camino y yo me abalanzo sobre ella, pero no la alcanzo a la primera y eso me aterra.

Una sola voz y estamos todos jodidos. No sabemos cuántos guardias seguirán de su parte ahí fuera.

La sangre se me hiela en las venas cuando veo cómo se echa hacia atrás y me esquiva, pero Alexa se ha acercado a su espalda, y aunque no logra hacer nada es distracción suficiente para que Echo se desequilibre.

Eso me da un segundo muy valioso para agarrarla del cuello y ponerle una mano en la boca.

Forcejea, intenta liberarse con todas sus fuerzas y consigue darme tal golpe en el estómago que está a punto de conseguirlo.

—¡Alexa! —siseo, procurando no levantar la voz.

Y ella reacciona, se acerca con manos temblorosas, saca una jeringuilla ya cargada y cuando va a ponérsela se le cae.

—¡Mierda, Alexa! —exclama Kai, que recupera la inyección y es él quien se la pone en el cuello ante una mirada de terror.

Hace efecto enseguida.

Su cuerpo se queda blando entre mis brazos y deja de luchar. Solo su rostro permanece combativo, contraído en una mueca de espanto: los labios abiertos sin emitir sonido alguno, las cejas arqueadas con horror y la mirada clavada en Alexa, su Alexa, que corre hacia mí y me la arrebata.

Solo entonces, Ryosuke se suelta, tira las cuerdas al suelo y se yergue frente a Echo mientras Alexa la envuelve en sus brazos.

La sonrisa que le dedica está hecha de victoria, resentimiento y venganza, y es espeluznante.



40

ECHO

Palacio Imperial

11 días para el solsticio de verano

El dolor es atroz.

En un segundo he dejado de sentirlo todo: el peso invisible sobre mis hombros, la tensión del cuerpo, la rigidez del cuello… El pecho, sin embargo, se me llena de lava.

Es candente y no deja un espacio sin devorar cuando Alexa me mira a los ojos y la lava se asienta en mi caja torácica.

Lo peor de todo es que me mira como si esto le doliera a ella.

A ella, que ha esperado pacientemente a traicionarme.

A ella, que ha sido quien empuñaba la droga.

A ella, que me sostiene entre sus brazos sin que yo pueda hacer absolutamente nada.

Le tiemblan los labios.

Y a mí me entran ganas de gritar, de maldecir, de jurar por los *kami* que me vengaré… pero no lo hago.

Ryosuke Mōri da instrucciones a los guardias que tenía comprados y algunos abandonan la estancia antes de acercarse a mí.

Me siento estúpida.

Tonta. Tonta. Tonta…

He dejado que alguien aquí dentro conspirara con mi hermano sin ser siquiera consciente. Y he permitido que un comandante resentido me mintiera a la cara… porque quería matar a mi hermano.

Me arde el pecho. Me duele tantísimo que creo que va a estallar.

Me he quedado sin fuerzas, desmadejada en los brazos de Alexa, que me sostiene con un amor que me enferma. Sin embargo, no he dejado de sentir las extremidades y desde que he caído al suelo y he visto a mi hermano alzarse frente a mí, lucho para tirar de ese hilo finísimo que aún me conecta con mi cuerpo.

No sé con qué me han drogado… pero sé que voy a luchar.

—Llevarás el Imperio a la destrucción —escupo.

La voz me sale débil, como si estuviera afónica, y odio que me hayan quitado incluso esto.

—El Imperio ya agoniza, Echo. Tú has dejado que ocurra. Si queda algo que salvar seré yo quien lo rescate.

Kiera Amell y Kai Inoue esperan tras él. Ambos observan la escena con una gravedad que me indigna.

—No vais a salir vivos de aquí. Lo sabéis, ¿verdad? Los guerreros que aún me son fieles acabarán con vosotros. Habéis elegido la venganza sobre la vida —murmuro, apenas sin voz.

Cada palabra duele en la garganta y el pecho y me doy cuenta de que no seré capaz de gritar para pedir auxilio.

Kiera se muerde el labio inferior y me entran ganas de aullar.

Al menos habría esperado un poco de entereza por parte de mis asesinos.

Ryosuke llama mi atención con una risa. Se pasa la mano por el pelo y se lo peina hacia atrás con los dedos.

—Te equivocas. Todos te han traicionado. Incluso ella —señala con el mentón a la mujer que me sostiene sobre su regazo y siento cómo las manos de Alexa se tensan en torno a mi cintura.

Bien. Eso significa que mi cuerpo lucha contra el veneno.

Intento moverme y el esfuerzo me arranca un grito de la garganta.

—No te muevas —murmura Alexa, con voz temblorosa—. No te muevas, Echo. Pasará rápido. Todo va a ir bien.

Eso provoca la risa de Ryosuke, que suelta una carcajada brutal. Muevo como puedo la cabeza. Necesito mirar a Alexa a la cara. Necesito que me mire a los ojos cuando me diga por qué me ha traicionado.

—Entraste en Japón por mí —mascullo, con la voz llena de cristales afilados.

Tiene los ojos enrojecidos, los labios un poco hinchados.

—Entré en Japón por el Imperio —replica, en un hilo de voz tan fino que me pregunto si los demás habrán podido escucharla—. Y esto es lo mejor para él. Es la única forma —añade, y se le quiebra la voz.

—Ya lo has oído —declara Ryosuke, que da un paso adelante.

Se inclina hacia mí y todo mi cuerpo se rebela ante la idea de que me toque, pero aún no consigo que mis piernas respondan más allá de un espasmo patético que hace que Alexa me abrace más fuerte.

En cuanto Ryosuke alarga el brazo, ella me pega a su pecho, como

si quisiera protegerme.

La sangre me arde con ira.

¿Cómo puede seguir siendo tan ingenua? Ha firmado mi sentencia de muerte y, aun así, sufre por mí.

No tiene lo que hay que tener para este mundo.

Tampoco mi hermano, al que solo lo mueve la venganza.

Yo nunca me he dejado llevar por la ira, ni siquiera cuando acabé con todo el clan Kanmu. Entonces lo tuve claro: eran ellos o yo, y siempre voy a elegir sobrevivir, así me lo enseñó mi madre.

—¡No! —exclama Alexa, procurando apartarme de mi hermano, que frunce el ceño ante el gesto y me arranca con violencia el *kanzashi* que me recogía el cabello.

Se gira hacia Kiera y Kai, que contemplan la escena en silencio.

—Ella no debería presenciar esto —murmura, señalando a Alexa —. Ya lo ves, hermana. Yo no soy como tú. No masacraré a tu familia ni a tus seres queridos, porque nunca he buscado tu sufrimiento.

Cierra el puño alrededor del *kanzashi* y Kiera da un extraño paso adelante, como si se preparara para algo, pero mi hermano se mantiene inmóvil frente a mí y la soldado se detiene, en tensión.

—Tampoco yo he buscado el tuyo, Ryosuke, pero no me molestaré en explicárselo a alguien que está tan ciego.

La carcajada que suelta es amarga.

—Qué arrogancia —me espeta—. Lo único que lamento de tu muerte es que no te dará tiempo a comprender la gravedad de tus crímenes.

Todo ocurre deprisa.

Se acerca un paso, Alexa me aprieta más fuerte contra su pecho y veo cómo Kiera y Kai se adelantan también, pero ninguno llega a

hacer nada, porque entonces uno de los *fusuma* que da a la estancia contigua se abre y todas las miradas caen sobre el recién llegado.

—Tora —murmuro y por primera vez dejo que mi voz suene vulnerable.

Me he salvado. Ya está. Tora alertará a mis guardias. Solo tengo que evitar que Ryosuke sea impulsivo. Tal vez, ahora, pueda negociar. Si me mata morirá. Si me deja vivir puedo prometerle que le perdonaré la vida.

—Tora —murmuro—. Ayúdame.

Empiezo a sentir las piernas, pero solo las muevo lo justo para comprobar que me responden. No quiero perder esta baza si he de intentar huir.

—Tora —insisto—. ¡Busca ayuda! ¡Llama al capitán de la guardia!

Tora contempla la escena con un espanto que no le deja actuar: las pupilas dilatadas, los ojos abiertos de par en par, una mano en el pecho.

—¿Qué está ocurriendo?

—¡Tora! ¡Haz algo! —insisto, mientras el terror me araña las piernas.

Y Tora reacciona por fin… porque echa a andar, deja atrás la puerta, se acerca a Kiera y a Kai, que lo observan con desconfianza, y luego a Ryosuke.

Veo la sonrisa y esa mirada cómplice y siento que todo mi mundo se viene abajo, otra vez.

Este es su apoyo en Palacio.

Este es su seguro para salir con vida.

—Tora. No… —susurro, sin comprender—. Pero… Tú… ¿Por qué?

Le di todo. Le prometí mi Imperio, mi poder, incluso mi cuerpo ha

sido suyo algunas noches.

Esta vez no lo entiendo.

No puedo hacerlo.

Tora me mira desde arriba y la frialdad de sus ojos me resulta ajena.

—Mataste a mi madre.

—¿Qué? No. Tu madre abandonó el clan Kanmu. Cuando ocurrió formaba parte del clan Satake… Tú lo confirmaste. Tu madre está viva. Tú…

—Mi madre murió asesinada y yo mentí —contesta, sin dudar—. Ya no poseía el apellido de su familia, pero eso no les importó a quienes habías pagado para cometer la masacre. Esa noche estaba con mis abuelos. Su madre se moría. Estaba muy enferma… —Aprieta los labios con rabia—. Había ido a despedirse. Yo me quedé con mi padre. Iba a viajar a Kioto por la mañana, pero no pude hacerlo porque para entonces ya estaban todos muertos.

La bilis me sube a la garganta.

No. No es posible.

Me informé. Tomiko Murase lo investigó. Si su madre estuviera muerta, lo habría sabido.

—¿Cómo?

—Mi padre volvió a casarse. Mi madrastra sí que vive.

Trago saliva.

Un error tan banal… No lo comprobamos. Lo habría hecho en otras circunstancias, pero… he sido arrogante, y ahora voy a morir por ello.

«Te lo mereces», susurra una voz.

La conozco. Conozco el tono y la cadencia. Conozco la crueldad.

Mi madre. Es la voz de mi madre.

Ella no me preparó para esto.

Me arden los ojos por la rabia.

He sido tan estúpida…

—Tora, tú también no… —murmura Alexa junto a mi oído.

Siento algo húmedo resbalando por mi cuello y comprendo que está llorando.

Este la mira con incredulidad.

¿Qué demonios le pasa a Alexa? ¿Es que ha perdido la cabeza? ¿Por qué llora por una traición que ella también está cometiendo? ¿Es que ella no sabía lo de Tora?

No entiendo nada.

Tampoco él parece hacerlo.

—Eres demasiado para ella —susurra Tora, con gravedad—. Si hubieras sido cualquier otra persona, te habría matado para castigarla. Pero eres decente. Eres *buena*. Tú no mereces lo que te ha hecho. Y ella no merece tus lágrimas. Déjala. Morirá igual que ha decidido vivir: sola.

—¡No!

Sus brazos me rodean y esta vez, cuando me clava los dedos, lo noto más fuerte.

Pruebo a mover la rodilla, el tobillo… No sé si seré capaz de sostener mi peso para ponerme en pie, pero sí que puedo sostener el peso de un puñal.

Lentamente, me llevo la mano a las telas del *obi* que me rodea la cintura.

—¡Vete! —ladra, sin comprender la actitud de Alexa—. No se merece morir acompañada y tú no tienes por qué cargar con eso.

—No. —Siento cómo sacude la cabeza con violencia—. No voy a irme. Kiera… —suplica.

Los demás no se giran para mirarla, pero yo sí la veo. Sí advierto el debate interno, la mirada furtiva hacia el asesino de demonios y, un segundo después, la forma sutil en la que este mira la hora.

En ese instante mis dedos alcanzan el mango de la *kogatana*, el pequeño filo que llevo oculto en el cinturón, y aguardo.

—Aparta, Lalanne-san —insiste Tora—. Echo selló su propio destino hace mucho tiempo.

—No lo entiendo —susurra Alexa, que sacude la cabeza con energía—. Has sido tú quien le ha aconsejado todas esas cosas terribles.

Es… cierto. Tora ha apoyado cada decisión que ella ha cuestionado. Cada vez que he cruzado la línea por el Imperio, él estaba ahí para asegurarme que hacía lo correcto.

Alexa parece muy confusa, pero yo lo entiendo.

La venganza es un acelerante que arde fácil.

—Toda mi vida me he preparado para este momento. —Me señala con el mentón—. ¿Qué son unas cuantas muertes cuando puedes cumplir el papel de tu vida? He hecho cosas terribles para llegar hasta donde estoy. ¿Crees que habría desperdiciado la oportunidad?

Miro a Ryosuke, tan ciego que no se ha dado cuenta…

—No solo han sido unas cuantas muertes anónimas, ¿verdad? —interrumpo yo.

Tora me dedica una sonrisa afilada.

Fue él quien me animó a matar al clan Mōri por entero. ¿Contaba con que Ryosuke sobreviviera? ¿Fue una afortunada coincidencia que ha sabido aprovechar para destruirme por completo?

Creo que nunca lo sabré.

—¿Vais a hacerlo aquí? —pregunta Kiera, de pronto—. ¿Un ajusticiamiento público no sería una mejor forma de afianzar tu nuevo gobierno?

Ryosuke se adelanta sin esperar a que Alexa me suelte.

—No haré un espectáculo de su muerte. Yo no soy como ella —declara.

Clava una rodilla en el suelo mientras empuña mi propio *kanzashi,* me agarra del borde del kimono y tira de mí hacia él.

—¡No! —grita Alexa, con la voz estrangulada por el espanto—. ¡Espera! ¡Espera! ¡Necesito tiempo! ¡Necesito…!

Aferro mi *kogatana* con más fuerza, lista para defenderme. Puede que me mate, pero me lo llevaré conmigo. Mi Imperio no tendrá que sufrir el gobierno de un hombre débil.

—Quiero que sepas que esto podría haberse evitado —me dice, a un palmo de distancia—. Quiero que sepas que yo no deseaba tu trono, que mi familia no tendría por qué haber muerto y que el mundo te recordará como la tirana que perdió la cabeza.

Ryosuke levanta el *kanzashi*. Yo muevo mi mano.

Y en el instante en que Alexa grita, algo ocurre.

No siento la puñalada de mi hermano. Tampoco llego a atravesarlo a él con mi filo.

Un rugido quiebra el silencio. El suelo bajo nuestros pies se tambalea de forma tan feroz que arroja a Ryosuke a un lado, Tora se tropieza y sale despedido hacia atrás. Y pierdo de vista a los traidores.

Pero Alexa me ha agarrado con más fuerza, y la sacudida no me aparta de ella.

En medio del caos y el temblor que no cesa, sus manos me aferran con fuerza, tiran de mí y me levantan. Prácticamente soy arrastrada. No veo a dónde me lleva. Todo da vueltas mientras la bilis me sube a la garganta, el corazón me martillea con fuerza contra las costillas sabiendo que estos podrían haber sido sus últimos latidos y el cuerpo apenas me responde.

Atravesamos una puerta que cierra inmediatamente y le veo manipular algo junto a la cerradura.

Un candado. Está poniendo un maldito candado para que no nos sigan.

Un segundo temblor impide que me ponga en pie y antes de reaccionar Alexa llega trastabillando a mi lado, tropieza y vuelve a agarrarme antes de tirar de mí.

Me saca al jardín, pero no a uno cualquiera. Los *fusuma* se cierran tras nosotras y reconozco el lugar como una de las rutas de evacuación.

No le dejo avanzar. Clavo los pies en el suelo con la poca fuerza que me queda y Alexa debe parar.

Se gira y me mira con terror, los ojos verdes húmedos y enrojecidos por el llanto.

Está guapa incluso cuando llora. Las lágrimas le sientan bien.

—Si mi muerte iba a conmocionarte tanto, Lalanne-san, no debiste conspirar contra mí —susurro.

Aún me cuesta hablar.

Se yergue de golpe.

—Echo… ¡No! Yo jamás te haría daño. —Da un paso hacia mí y me agarra del antebrazo para obligarme a avanzar, pero yo me niego—. Vamos. Vámonos de aquí. Te lo explicaré todo cuanto estemos lejos y

a salvo.

—No pienso irme contigo —escupo—. Eres débil. Tan débil que no eres consecuente con tus decisiones. Si al menos lo hubieras sobrellevado con entereza podría haberte respetado, pero no eres más que una cobarde y una traidora.

—¡No! ¡No lo soy! Sí que te he traicionado, pero no como piensas… —Se lleva la mano al pecho y crispa los delicados dedos sobre la tela verde de su vestido—. Ryosuke pidió tu cabeza a cambio de entregar los barcos de Andrews para evacuar a tu gente… Neal y los demás hicieron cálculos, buscaron alternativas y… esta era la única forma de salvar al mayor número de personas.

Duele.

A pesar de que el fuego de la rabia parecía devorarlo todo, no ha consumido la pena; este sentimiento de derrota y traición que siento en los huesos.

—Y tú siempre has tenido un objetivo, ¿verdad?

Se le llenan los ojos de lágrimas.

—Jamás te haría daño. Jamás —replica.

Me enfurece que mienta, que sea capaz de mirarme con tanto dolor y esgrimir excusas y promesas vacías con descaro.

Siento las piernas flojas y aún me falta el aliento. Estoy débil, pero al menos permanezco en pie.

—Has sido tú quien debía envenenarme. —Cada palabra se me clava en la garganta al salir—. ¿Desde hace cuánto lo planeabas?

—Echo… Por favor. Ven conmigo. —Alarga la mano hacia mí, pero no se mueve; porque sabe que no le dejaré tocarme.

—¡Responde!

—Desde hace solo unos días, cuando Kiera me contó que esta era

la única forma de salvarnos… ¡de salvarte!

—¡Cállate! —vocifero.

—¡Pero es la verdad! El plan era fingir que te entregábamos a Ryosuke. Los temblores los han provocado ellos. ¡Era la distracción para que te sacara de ahí! Por eso tenemos que marcharnos. Tenemos que irnos, Echo…

Me tiende la mano y los dedos le tiemblan un poco.

Me quedo contemplándola y entonces lo entiendo. Lo veo con claridad: dice la verdad. No me quería muerta, pero sí lejos del trono.

Tora y ella me han traicionado; cada uno a su manera.

Con dolor, descubro que la traición que más me duele es la de Alexa.

Su imagen se desdobla. Durante unos segundos veo a dos Alexas, ambas tristes, sollozantes y frágiles; absolutamente frágiles.

—Has conspirado para destronarme —mascullo.

Alexa abre la boca. La veo hacerlo dos veces, en esas dos imágenes desdobladas que oscilan frente a mí como en un sueño macabro.

No responde. Porque no es capaz de esgrimir más mentiras.

—Quieres arrebatarme el trono.

Aprieta la mandíbula.

—Has perdido el control —confiesa entonces, con un hilo de voz aguda.

—Primero ayudaste a huir a Ryosuke aun sabiendo que estarías firmando mi sentencia de muerte. —El viento me agita el pelo que ha escapado de su recogido—. Y ahora le has abierto las puertas de mi casa.

—Era la única forma de salvarte.

—¡No quieres salvarme! ¡Quieres arrebatarme el poder!

—¡Sí! ¡Porque ya no distingues el bien del mal! —estalla, da dos zancadas hacia mí y me agarra de las manos con fuerza—. ¡La mujer por la que sacrifiqué mi libertad no era así! ¡Esa mujer era valiente y compasiva, y protegía las vidas de sus súbditos!

—¡Esa mujer te la has inventado! ¿Cómo puedes afirmar que me conoces mejor de lo que yo lo hago?

Alexa me mira con intensidad. Dos lagrimones resbalan de sus ojos verdes, tiernos e ingenuos. Demasiado ingenuos.

—Te he traicionado porque era la única forma de salvarte. Vámonos. Vámonos de aquí. Escaparemos juntas. No tendrás que ser Echo Akiyama nunca más. Nos esconderemos un tiempo, pero tu hermano dejará de buscar al final y seremos felices juntas. Podemos tener una vida normal.

Una serpiente se retuerce en mi pecho, emponzoñándolo todo.

¿Cómo se atreve a decidir por mí?

Después de todo lo que he soportado. Después de las humillaciones, el dolor, las pérdidas… Tiene la arrogancia de decidir por mí, de quitarme todo aquello por lo que he peleado hasta la extenuación y de afirmar que es por mi bien.

El suelo vuelve a temblar. Aunque esta vez es más suave, toda la cabeza me da vueltas y el seísmo empeora la situación, emborronando los márgenes de la realidad.

—Me lo has arrebatado *todo.*

Y entonces Alexa hace lo peor que podría hacer: levanta el mentón, deja de llorar y asegura con soberbia:

—Algún día me lo agradecerás.

La serpiente ruge y comprendo que es un dragón. Su fuego estalla

y la ira lo llena todo.

—No, te prometo que no.

Aferro mi filo y, esta vez, cuando Alexa intenta agarrarme, yo soy más rápida.

Le atravieso el costado con él.

Todo queda en silencio.

Las cigarras callan.

El viento enmudece.

Mi propio corazón deja de latir para no perturbar la quietud.

Alexa abre la boca, pero de sus labios no sale un solo sonido.

Suelto la *kogatana*, que queda alojada hasta el fondo en su cuerpo y un acto reflejo le hace llevarse allí las manos y arrancarse el filo… que era lo único que contenía la hemorragia.

Un mar de sangre le brota de la herida abierta. Le baña las manos y le empapa el vestido verde.

De pronto, los sonidos regresan y por encima de todo lo demás la escucho intentando tomar aliento. Balbucea, sin llegar a emitir palabra alguna.

Se le doblan las rodillas y cae al suelo.

La vista se me nubla.

Apenas soy capaz ya de enfocar su rostro…

Y entonces lo decido: he de escapar.

光

41

KAI

Palacio Imperial

11 días para el solsticio de verano

Echo ha apuñalado a Alexa.

Un instante estira el brazo hacia ella y, al siguiente, cuando lo retira, el mango de una pequeña *kogatana* sobresale del cuerpo de la chica.

Alexa se lo arranca y solo entonces Kiera reacciona.

—¡No!

Mierda. No tendría que habérselo sacado.

Se le doblan las rodillas y cae al suelo. Kiera echa a correr hacia ellas y la Emperatriz abandona a su amante en el suelo y desaparece.

Yo sigo a Kiera y una parte de mí tira en dirección a Echo. ¿Es prudente dejarla marchar? Ha perdido la puta cabeza. Matarla ahora que está a nuestro alcance quizá solucione problemas futuros…

Pero Kiera se ha arrodillado junto a Alexa. Mueve las manos sobre una herida sangrante y el vestido que ahora está cubierto de sangre, me mira con horror y todo mi cuerpo se niega a abandonarla.

—Alexa, voy a ayudarte, ¿vale? —le dice, con suavidad—. Todo va a ir bien.

La voz le sale demasiado aguda.

—Me ha apuñalado —susurra ella, en el suelo—. Echo me ha… apuñalado.

No parece creérselo. Trago saliva. Tampoco yo me lo creería si no lo hubiera visto con claridad.

—Kai —me llama Kiera—. Ayúdame.

Hay desesperación en su voz. Dudo que pueda ayudarla, pero me agacho igualmente y me agarra una mano para ponérmela sobre el abdomen de Alexa.

La ha apuñalado a la altura de las costillas, en el costado izquierdo.

—Haz presión —ordena y Alexa suelta un quejido que suena muy mal…

Kiera le dobla el vestido, se lo levanta y lo usa para taponar la herida.

Tiene tanta sangre que la ropa interior se le había manchado también.

Mis manos se resbalan bajo las de Kiera, completamente empapadas. He visto muchos apuñalamientos, y este no tiene muy buena pinta.

—Hay mucha sangre, Kiera —le digo, en voz baja.

Ella me dedica una mirada, solo una. Y guardo silencio.

También lo sabe.

—Aguanta un poco, ¿vale? ¿Me escuchas, Alexa? Aguanta un poco

—susurra, con ternura, sin dejar de hacer fuerza ella misma—. ¡Ayuda! —vocifera de pronto—. ¡Necesitamos ayuda!

Se me hace un nudo en la garganta.

Cuando hemos conseguido abandonar la sala, ya había estallado el caos. Otros guardias han llegado y han intentado atacar a Ryosuke, pero se han detenido cuando, en la confusión, Tora les ha ordenado parar.

Era él.

Ese era su contacto en Palacio.

La vacilación de los guardias, sin embargo, ha durado hasta que han llegado el resto de hombres que Ryosuke había comprado.

Ahí dentro están demasiado ocupados luchando entre ellos como para preocuparse por la chica que se desangra en el suelo. Ni siquiera sabemos quién va ganando.

—Tengo mucho frío —susurra.

Su rostro pálido es ahora gris, de un tono mortecino que no presagia nada bueno.

—No pasa nada. Es normal. Enseguida entrarás en calor. No te preocupes, Alexa. Todo va a ir bien. —Kiera se gira hacia mí—. Tenemos que llevarla al ala médica. Debemos buscar a Aya.

La primera reacción es decirle que no podemos. Apenas nos queda tiempo.

Pero le veo la cara y no puedo decir en voz alta algo que Kiera sabe de sobra.

—Eh, Alexa —le digo, y la voz me sale más ronca de lo que pretendía—. Voy a llevarte en brazos. ¿Crees que podrás agarrar tú las vendas?

Kiera no espera a que reaccione. Le levanta las manos de dedos

temblorosos y los coloca con precisión sobre la herida. Alexa suelta un gemido cuando sus propias manos hacen fuerza.

Le paso un brazo bajo las rodillas y otro por la cintura y me pongo en pie al tiempo que Kiera desenvaina su katana.

Volver ahí dentro, cuando nos queda tan poco tiempo, no es una buena idea, pero no se me ocurre decirlo. No tenemos alternativa, y ahora lo sé.

Por suerte, ninguno de los soldados se fija en nosotros de verdad. Como mucho, nos dedican una mirada, y cuando advierten el cuerpo ensangrentado que llevo entre los brazos no nos conciben como una amenaza y continúan su camino.

No es una batalla abierta.

No vemos a soldados y guardias luchar, pero sí hay discusiones y desconcierto y armas apuntando a pechos.

Kiera mira su comunicador. La siguiente explosión, si no encuentran antes las cargas, ocurrirá en tres minutos.

Se supone que iba a darnos tiempo para escapar.

Kiera se adelanta cuando llegamos a un cruce para comprobar que el paso es seguro y es entonces cuando dejo de sentir la tensión que emanaba del cuerpo de Alexa.

Sus manos caen inertes a los lados.

—No. No. No… ¡Eh… Alexa, despierta!

Kiera vuelve atrás a la carrera para taponar ella misma la herida.

—Mierda… Hemos parado la hemorragia externa, pero creo que también hay sangrado interno… Tenemos que darnos prisa —añade, mirándome a los ojos.

La presión que ejerce es suficientemente dolorosa como para despertar a Alexa, que recobra la conciencia con un alarido, pero está

tan débil que es incapaz de volver a taparse la herida y es Kiera quien lo hace mientras avanza a nuestro lado.

Alexa sigue pálida como la luna.

Los segundos se escurren de nuestros dedos.

Cuando llegamos al ala médica, Kiera abre de golpe varias puertas hasta que se detiene frente a un cuarto.

—¡Aya! —grita, y la esperanza desempaña un poco la desesperación de su voz—. Alexa te necesita. Se está desangrando. Se está…

No llega a terminar, porque la antigua jefa médica del Skytree sale del cuarto con una bata blanca, el pelo rubio recogido en un moño deshecho y los ojos negros desorbitados cuando me encuentra con Alexa entre los brazos.

—¡¿Qué ha pasado?! —exclama—. Ven, por aquí —me llama, con un gesto apresurado de la mano.

Nos hace entrar en la sala contigua, donde dejo a Alexa sobre la camilla en el instante en el que la última explosión revienta en los túneles.

El suelo tiembla, y Kiera y yo cubrimos el cuerpo de Alexa hasta que el temblor se desvanece.

Kiera continúa taponando la herida.

—Echo… —murmura Alexa—. La Emperatriz… Ella…

—Ahora pido que la avisen, cielo —le dice Aya, con voz tierna.

Y los ojos de Alexa son incapaces de aguantar más tiempo las lágrimas, que rompe a llorar en sollozos.

—Ha sido ella —le explico yo a la médica—. Echo la ha apuñalado antes de huir.

Aya se detiene. Dura apenas unos segundos, pero se queda

inmóvil antes de tomar aire, apretar los labios y ponerse a trabajar.

—Está perdiendo mucha sangre —le dice Kiera—. Le duele mucho, Aya.

—Lo sé. Ponle una vía. Rápido. Kai, tú sigue haciendo presión.

Kiera cumple con diligencia. Se pone guantes, le encuentra la vena y Aya llega para inyectarle algo.

Kiera se acerca al rostro de Alexa, le retira el pelo de la cara y le deja la frente manchada de sangre mientras la médica sigue trabajando.

—Enseguida vas a sentirte mejor —le promete—. No te preocupes, todo va a ir bien. Todo va a…

Alexa gime y se retuerce por el dolor mientras Aya le pone una transfusión.

—Quiero irme a casa… —solloza—. Por favor, quiero irme a casa…

Aprieto los nudillos.

Kiera se pasa las manos por la cara sin pensar lo que hace.

Lo que le han puesto hace efecto enseguida y Alexa se queda blanda, se le cae la cabeza a un lado y se le cierran los ojos.

En ese instante Aya le coloca un dispositivo que emite un pitido largo y estridente y hace que Kiera se ponga en tensión de nuevo.

—No —murmura—. No, no, no…

Se inclina sobre Alexa, le da un masaje en el pecho y un segundo después me empujan para que me aparte. Empiezan a funcionar a otro ritmo. Aya da órdenes que no comprendo. Le inyectan algo más, le dan una descarga… Y yo me quedo contemplando un cuerpo inerte y maleable. Los miembros laxos, la ropa interior manchada de sangre, igual que el vestido que han cortado y arrojado a un lado.

La herida ha dejado de sangrar, pero todo a nuestro alrededor es

rojo.

Kiera sigue trabajando, igual que Aya, pero el pitido continúa siendo intenso e ininterrumpido y yo no puedo apartar la vista de los rizos enmarañados cubiertos de sangre.

Es Aya la que desactiva el sonido.

Kiera da un paso atrás, y después otro.

Se quita los guantes y los tira al suelo.

Nadie dice nada.

Solo se oye el sonido de nuestra respiración hasta que es Aya la que murmura:

—Era un sangrado interno masivo.

—La hoja había alcanzado el bazo, ¿verdad? —pregunta Kiera, con un hilo de voz.

Aya asiente.

—Me temo que sí. No podíamos salvarla.

Se me nubla la vista y tengo que apoyarme en la encimera que tengo detrás. Noto las piernas flojas. ¿Qué mierda me pasa? He visto morir a mucha gente, de formas mucho más terribles… y la mayoría de las veces lo he provocado yo.

—Ha muerto rogando volver a casa —susurra Kiera, que mira el cuerpo, impactada, y sus palabras son como un mazazo para mí.

Siento que me falta el aire. ¿Es que me está dando una puta bajada de tensión?

—¿Qué ha pasado, Kiera? —pregunta la médica—. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

Kiera aparta la mirada del cuerpo sin vida de Alexa y, como si despertara de un trance, se vuelve hacia mí.

Me obligo a serenarme.

No hay necesidad de que diga nada cuando se pone en marcha.

Tenemos que irnos.

—¡Kiera! —la llama ella—. ¡Kai! —insiste, cuando ve que la joven no va a detenerse.

—Ryosuke gobierna ahora —le digo yo, con la voz ronca, mientras lucho contra el impacto—. Está en Palacio. Parece que Tora apoyaba desde el principio el golpe de Estado. Nos está ayudando… Ryosuke, digo. Hacemos todo lo posible para salvar a la gente y que las bombas no estallen; pero si tienes la oportunidad… súbete a uno de sus barcos.

Me doy la vuelta cuando Kiera pasa a mi lado, camino de la puerta.

—¡Kiera! —la llama, de nuevo—. Lo siento mucho.

La joven se detiene. Se gira un instante y aunque parece que va a responder, no lo hace.

Ambos salimos corriendo.

—Qué puta mierda —mascullo, camino de la salida.

—Aún no me lo puedo creer. No me creo que Echo haya… —No termina. Inspira con fuerza—. Creía que estaba enamorada de ella.

—Eso no puede ser amor —respondo.

Abandonamos enseguida Palacio y tomamos el camino que nos conducirá a los túneles.

Al igual que antes, nadie se molesta en perseguirnos.

Atravesamos el hangar en el que estuvo guardado el Scorpion V, y nos ocultamos hasta que uno de los guardias, que hace su ronda más nervioso de lo habitual, abandona la salida para seguir su ruta.

Llevamos un rato avanzando por los túneles, siguiendo los caminos iluminados que nos acercarán a la salida, cuando Kiera se

detiene.

Ya había reducido el ritmo. La he oído quejarse un par de veces, arrastrar los pies y suspirar. Ahora, sin embargo, se ha parado del todo y apoya una mano en la pared.

—Ya tomarás aire luego —le digo, apremiante—. No nos conviene estar aquí mientras se hace el *cambio* de gobierno.

En cuanto alza el rostro hacia mí, sé que no se trata solo de fatiga.

Ahora es diferente.

Tiene la cara manchada de una sangre que no le pertenece y dos surcos de lágrimas arrastran la sangre hacia abajo.

—La hemos matado nosotros —solloza, de pronto.

Aprieto los labios.

Kiera no parece de las que se derrumban en medio de una misión.

—No hemos sido nosotros —le digo, tajante—. Ha sido Echo Akiyama, porque ha perdido la cabeza.

—Nosotros la hemos destronado. Hemos conspirado con Alexa, que estaba enamorada de ella, y nos hemos aprovechado de ese amor para tenderle una trampa a la Emperatriz. La hemos provocado. La hemos llevado a ese extremo…

Niego con la cabeza.

—¡No! —exclamo, consternado—. Sí que la hemos traicionado, pero no le hemos puesto ese puñal en la mano. Kiera, no tendría por qué haberlo hecho. ¿No te das cuenta? Podría haberse marchado, podría haber huido sin más… Pero ha elegido matarla… quién sabe por qué. Está trastornada. No es culpa nuestra. No lo es.

Mientras lo digo siento el regusto amargo de la bilis en el paladar y me doy cuenta de que no me lo creo del todo.

—Si no hubiéramos accedido a la petición de Ryosuke…

—No nos habría dado los barcos —declaro y me aferro a eso—. Fuera como fuere, tenemos que seguir andando o se hará de noche mientras todavía estamos aquí… y ya no podremos salir.

Kiera me mira y veo algo extraño en su mirada.

—No.

Frunzo el ceño.

—¿No? ¿De qué estás hablando? ¡Kiera, vámonos!

—Vete tú —me pide y, de pronto, se apoya en la pared y se deja caer contra ella, hasta el suelo.

Y mientras veo cómo se desmorona me doy cuenta.

No es un derrotismo normal, igual que tampoco lo es el hedor a podredumbre, que me había pasado desapercibido por la humedad y el olor a cerrado.

Me llevo la mano a la empuñadura y desenvaino a Onimaru, que refulge al ser liberado.

—¿Dónde estás, hijo de puta?

Kiera me mira con ojos entornados. Ni siquiera se altera.

Nuestro olor ha debido de atraerlo. Por si estar a solo once días de una masacre fuera poco, acabamos de contemplar cómo la Emperatriz de Japón mataba a una amiga.

Un siseo grave retumba por los túneles y solo ese sonido parece alertar a Kiera.

Debe de haber algo, más instinto que razón, aferrado a los huesos y a la sangre que despierta y la ayuda a espabilar a ella también.

—¿Qué es eso?

—¿Hueles la podredumbre? —le digo—. Como a fango estancado… Es un *oni*. Uno grande si te ha afectado así de rápido.

Arruga la nariz y hace un amago de apoyarse en la pared para

incorporarse, pero no llega a hacerlo.

Una sombra nace de uno de los túneles sin iluminar y se lanza hacia nosotros.

Salto hacia atrás y no veo de qué se trata hasta que Kiera lo tiene encima: el cuerpo sinuoso de una serpiente, los cuernos largos sobre la cabeza, las cuatro patas cortas acabadas en garras pesadas, la joroba, el pelaje blanco y el hocico alargado y abierto como si tuviera la mandíbula desencajada.

Parece un dragón pequeño, uno maldito y enfermo.

Kiera desenvaina su arma, pero es demasiado lenta.

La criatura se inclina adelante y le cierra las fauces en el hombro. Un grito atronador resuena por los túneles y me hiela la sangre en los huesos, haciéndome reaccionar.

Me lanzo hacia el *oni,* que se da cuenta enseguida, y antes de que pueda alcanzarlo me dedica una mirada de ojos rojos desde abajo, como si me provocara, y arrastra a Kiera con él, que grita.

—¡Kiera!

Corro, pero es demasiado rápido.

Tira de ella mientras patalea e intenta clavar los tobillos en el suelo, sin éxito. Me doy cuenta de que no puede resistirse mejor porque le está desgarrando la carne.

Me lanzo hacia delante y le rozo la punta de la bota, pero no consigo agarrarla.

El *oni* tira hacia atrás hasta que la mete en uno de los túneles oscuros y un instinto trabajado desde que tengo uso de razón me obliga a parar justo en el borde.

Una voz que nace de ese aprendizaje que llevamos grabado en los huesos me advierte:

«Está muerta».

Luego, comprendo que no es así.

Se trata de Kiera.

El demonio la ha soltado, pero no se ha alejado de ella. Sus ojos rojos son un destello en la oscuridad del túnel y la imagen, su figura agachada tras ella, inquietante y perversa, parece una visión de pesadilla.

La está usando de cebo.

—¡No! —grita Kiera, alzando una mano en el aire cuando me ve junto al borde—. ¡No te acerques! Aún siento cerca su presencia.

Si se diera la vuelta…

—No te gires, pero está muy cerca —murmuro, procurando transmitirle una calma que no siento.

El *oni* tiene la boca constantemente abierta. La luz de Onimaru se refleja en sus dientes podridos, largos como dedos.

Incluso si la oscuridad cura sus heridas, un movimiento en falso y le arrancará la cabeza de un bocado.

El muy hijo de puta quiere cazar, no alimentarse.

Un movimiento me tensa al tiempo que pone en alerta al demonio, que dirige sus ojos inyectados en sangre hacia Kiera.

—¡No te muevas! —grito. Sus dedos se detienen sobre la empuñadura de la katana—. Si siente que puede perder una presa te matará.

—Me voy a levantar —declara, sin embargo.

—¿Es que estás sorda o quieres provocarme otro puto ataque?

El *oni* sigue expectante, pendiente de cada gesto y movimiento. Las garras arañando el suelo, la boca abierta preparada y esos ojos depredadores clavados en la espalda de Kiera.

—No me matará. Las anomalías llegarán antes. Ya las siento.

Suelto una palabrota.

—No lo sabes —replico.

—Con el Amanojaku me protegieron. No dejarán que llegue a mí.

—Te estaba mordiendo cuando te ha metido en la oscuridad y no le ha pasado nada —le recuerdo—. No te la juegues.

—¿Y qué hago? —contesta, con rapidez. Flexiona los dedos sobre la katana—. ¿Espero a que se canse?

—Mierda.

Tiene razón. En el fondo la tiene, pero… Joder. No quiero que le haga daño.

—Voy a salir corriendo. Prepárate.

La bilis me sube por la garganta.

—Espera, espera… Déjame pensar algo. Puedo entrar. Si lo hago rápido, si lo distraigo lo suficiente para…

No termino.

Creo que el *oni* y yo lo sentimos a la vez.

Apoya una mano en el suelo mientras con la otra agarra la katana e intenta ponerse en pie.

Kiera se mueve como un rayo, pero no es suficiente. Nada lo es frente a una criatura así.

Ni siquiera ha terminado de levantarse cuando el demonio reacciona.

Sé que debo quedarme donde estoy.

Sé que la oscuridad sí me matará a mí.

Y, sin embargo, no puedo evitar dar un paso adelante.

El miedo me asfixia y me deja sin aliento mientras contemplo cómo el *oni* salta sobre Kiera, me abalanzo hacia ellos y, entonces, se

escucha un chasquido seco.

La luz relampagueante llega después. Ilumina con un fogonazo violáceo el túnel un segundo, lo justo para ver cómo algo le parte el cuello al demonio por la mitad.

No… No solo lo parte. Se lo arranca.

Las dos mitades caen al suelo en el instante en el que la anomalía retrocede y reacciono volviendo rápidamente atrás, a donde Kiera también está ya a salvo.

Se da la vuelta, jadeante, y contempla el cuerpo del *oni,* que empieza a deshacerse en cenizas como cuando son purificados por un arma consagrada.

—¿Estás bien? —pregunto, echando un vistazo a la cazadora desgarrada.

Asiente con fervor.

—¿Ibas a entrar? —inquiere.

—No… —miento—. ¿Estás loca? Me habrían destrozado.

Echa un vistazo por encima del hombro.

—Ya…

—¿Se te ha pasado lo de la culpa?

—No —responde, sin mudar su expresión—. Incluso si no empuñábamos la daga que ha matado a Alexa, sigo pensando que nosotros hemos precipitado esto.

Trago saliva. Reformulo la pregunta.

—¿Sigues queriendo dejarte morir?

—No —responde, y toma aire antes de echar a andar—. Eso sí ha sido la influencia de la criatura.

No debemos encontrarnos muy lejos de la salida, pero tenemos que apurar cada segundo para llegar antes de que anochezca.

Para cuando salimos la luz es ya débil.

Corremos los últimos metros hasta el muro que hemos de saltar, y ni siquiera tenemos que preocuparnos de los guardias, porque en el caos del momento han debido de dejar esta zona desprotegida.

Sí hay vigilancia al otro lado; soldados que no se mueven a pesar del golpe de Estado; pero no nos cuesta dejarlos atrás.

Kiera se mira el comunicador mientras corremos de regreso a la moto, aparcada en una calle poco transitada de Chiyoda.

—No vamos a llegar a casa de Akane —anuncia—. ¿Y al Skytree?

He recuperado el tono de soldado, esa mirada seria y decidida que no deja lugar al miedo.

—No lo creo… —jadeo. Me empiezan a arder los pulmones—. Pero, tal vez, a la Mori…

Asiente y aprieta el ritmo, arrancándome una maldición. Cuando alcanzamos la moto se sube detrás de mí, me rodea la cintura con fuerza y arranco sin meditarlo.

Atravesamos las carreteras desiertas de Tokio a toda velocidad.

No hay nadie en las calles, pero no se debe solo a la hora.

La gente está huyendo de la ciudad: escaparates desvalijados, ventanas tapiadas, coches abandonados…

Es difícil quedarse en una ciudad que sabes que va a dejar de existir… incluso si te aseguran que ningún lugar en Japón se salvará.

La Mori ya se advierte a lo lejos, entre el resto de edificios, cuando siento algo extraño mientras conduzco.

Kiera se agarra más fuerte, y sé que no he sido el único.

Sobre la Mori Tower, un relámpago ilumina el cielo tormentoso.

De nuevo, la moto se bambolea como si una fuerte ráfaga de aire hubiera impactado contra el lateral y reduzco la marcha.

Por encima del sonido del motor, un trueno retumba a lo lejos y en cuanto vuelvo a notar algo extraño en la carretera, freno en seco. Entonces, ya quietos, lo noto en su plenitud:

Es la tierra.

Permanezco inmóvil, sintiendo la ondulación del suelo, ese extraño retumbar que había creído un seísmo… pero que ahora sé que no lo es.

—¿Es un terremoto? —pregunta Kiera.

—Creo que no.

Los dos aguardamos, expectantes, hasta que el temblor desaparece de pronto.

Contengo el aliento y siento los dedos de Kiera en la cintura, tensos. También ella ha dejado de respirar.

Estoy a punto de arrancar, porque no tenemos tiempo para esto, cuando, de pronto, otro trueno retumba de forma ensordecedora.

Mi cuerpo reacciona solo, también el de Kiera, que me abraza más fuerte y una parte de mí comprende, antes de que mis ojos lo encuentren en el horizonte, que no ha sido un trueno, sino un *rugido.*

Hay algo antiguo y ancestral que me hace girar la cabeza.

Es lo mismo que me implora que corra cuando lo encuentro.

Un nuevo relámpago ilumina la Mori Tower y su luz se refleja en las escamas azules que la rodean.

Eso es lo primero que veo.

Luego, me fijo en las garras, la cresta roja que va de la testa a la punta de la cola, las astas que le brotan de la cabeza como una corona retorcida… y esos ojos dorados que no deberían pertenecer a este mundo.

Un ventanal de cristal se quiebra bajo sus anillos azules y parte de

la estructura cede antes de que la criatura siga su camino.

Una serpiente.

Una serpiente gigantesca se ha enroscado en la torre y la constriñe mientras trata de subir, ajena a la destrucción que causa.

La imagen parece salida de una pesadilla: el cielo tormentoso, los rayos que de vez en cuando iluminan la tétrica escena… y recortada contra ese lienzo terrible, la Mori, imponente y majestuosa, pero asfixiada por esa *serpiente* de tamaño imposible.

—Kai. —La voz de Kiera suena lejos, aunque la tengo justo detrás —. ¿Qué es eso?

Tardo un rato en poder responder.

—¿Tú también lo ves? —contesto, sin voz—. De puta madre; no es cosa de las drogas.

—¿Es un *dragón*? —inquiere, apenas en un susurro.

Tiene barbas rojas y bigotes sinuosos, garras que clava allá donde pisa y una hilera de dientes terribles…

Asiento.

—Un dragón, sí. —Inspiro con fuerza—. Tiene que ser un gran *yokai.*

Oigo cómo contiene el aliento.

—¿Alguna vez habías visto algo parecido?

Es enorme. Es brutalmente monstruoso y se retuerce alrededor de la torre como si fuera su presa.

—No. Nunca. No se dejan ver. —De pronto, siento el frío del ambiente deslizándose por mi espalda y caigo en la cuenta de algo —. ¿En qué área de la torre están las bombas?

Kiera lo medita unos segundos.

—Desde aquí no lo sé —confiesa, y por el tono de voz sé que acaba

de darse cuenta también—. Pero si hace que las plantas se derrumben…

—Moriremos todos —termino por ella.

—Tenemos que detenerlo —sentencia, sin tener que meditarlo.

La serpiente…, o el *dragón,* continúa su avance cuando el cielo brama y rompe a llover de forma violenta e inesperada. La cortina de lluvia es tan densa que emborrona la imagen y la hace aún más dantesca.

Dos ojos dorados destellan a través de la bruma.

—¿Es que no te enseñaron nada en la Agencia Hawk? Contra un gran *yokai* lo único que se puede hacer es ayudar con los daños.

—Si las bombas explotan, el centro de todo Tokio…

—Lo sé —la detengo, incapaz de pensar en ello.

—Apenas queda luz —murmura, con la voz enronquecida—. La unidad de Seiryū no podrá hacer *nada.*

Noto un nuevo temblor bajo los pies y comprendo que es el gran *yokai*. La lluvia torrencial, los temblores… todo lo está provocando él.

—Y tampoco nosotros podemos —le digo, adivinando lo que piensa.

El dragón es gigantesco, una bestia imposible que continúa encaramada a la torre cuando echa la cabeza hacia atrás y ruge.

Y ese bramido se me clava bajo la piel.

De nuevo, la parte de mí que es más instinto que razón sabe que lo único que nos queda es huir.

—Toda esa gente, los soldados… Están ahí atrapados con el *yokai* —continúa Kiera.

—Tendremos suerte si las víctimas se limitan a las que están en la torre —respondo yo.

Y Kiera no contesta, porque sabe que tengo razón.

Toma aire con fuerza.

—Kai, tenemos que irnos —me dice entonces, con los ojos clavados en la Mori—. Nos quedamos sin tiempo.

Me paso la mano por la cara. El pelo empapado se me pega al cuello.

Tiene razón. No me hace falta mirar la hora para saber que no nos quedan muchos minutos. Y por si fuera poco la tormenta provoca que la luz sea aún más pobre.

Y la Mori Tower está descartada.

—Rápido —insiste, con tono serio—. ¿Dónde hay luz que nos pueda proteger?

Que me pueda proteger *a mí*. Echo un vistazo a las aceras y a los callejones estrechos que se forman entre calles, y un escalofrío de advertencia me baja por la columna.

Vuelvo a arrancar la moto.

—Hay un Árbol de Raijū por aquí cerca —contesto lo único que se me ocurre.

—Bien. Tendrá que servir. ¡Vamos! —exclama.

Dejamos atrás la Mori y el *yokai* gigantesco que amenaza con aplastarla bajo sus anillos.

Si lo hace, no importará si llegamos o no al Árbol de Raijū; las bombas exterminarán a todo el centro.

Markel lo dijo. La Mori Tower no es en absoluto un lugar seguro para almacenarlas. Si el dragón daña la estructura, si la galería donde las han metido se resiente de alguna manera…

Al menos Hikari se salvará.

Y Markel.

Tendrá que ser él quien continúe con el plan de las bombas, y quizá el comandante, si el refugio del Skytree resiste. Markel cree que es uno de los más seguros, así que a lo mejor tienen suerte.

Los relámpagos son cada vez más visibles en un cielo que se oscurece por momentos. Un rugido resuena por encima del sonido del motor y un segundo después tengo la sensación de que perdemos agarre, pero no puedo aflojar la velocidad.

A lo lejos, entre las calles, el monstruo gigantesco que se ha encaramado a la Mori Tower y aquí, a unos metros, el Árbol de Raijū rodeado de la *shimenawa*, la cuerda de arroz que delimita el espacio sagrado. Varias tiras en zigzag, las *shide*, cuelgan de ella y son azotadas por el fuerte viento a punto de ser arrancadas.

Prácticamente abandonamos la moto.

Pocas veces me la he jugado tanto en la oscuridad.

No queda apenas claridad y la tormenta se ha tragado los últimos rescoldos del día.

Ambos corremos hacia la luz cuando, de pronto, siento un latigazo que me recorre la espalda.

Suelto un alarido.

El dolor es punzante e intenso, como si me hubieran tocado con un hierro al rojo vivo.

Ni siquiera me detengo. Kiera no me deja hacerlo, porque me agarra del hombro y prácticamente me arrastra.

Durante esos malditos centímetros que me separan de la luz, sin embargo, las anomalías encuentran un espacio para agarrarme por la pierna. Tiran y siento como si se me desgarrara la carne, pero consigo llegar a la luz y el dolor más intenso y lacerante cesa de golpe.

Cuando quiero darme cuenta, ambos nos encontramos junto al árbol. La lluvia es tan intensa que duele contra la piel.

Kiera me mira con preocupación.

—¿Te han alcanzado? —inquiere—. Te han alcanzado, ¿verdad? Han sido las anomalías… ¡Déjame ver!

—Estoy bien —replico. El dolor sigue ahí, pero la intensidad extrema se ha disipado—. No voy a desnudarme con este temporal. ¿Quieres que muera de hipotermia?

Me miro la pierna de forma disimulada. Duele más que la espalda, pero estoy seguro de que no hay sangre.

Kiera se deja caer en el suelo, jadeante, mientras echa la cabeza hacia atrás y contempla el árbol que nos ha salvado, las ramas brillantes que se mecen bajo la lluvia torrencial y el viento. Se trata de un cerezo ya sin flor, grande y robusto.

Hay otros a lo largo de la calle, pero ninguno ha sido arañado por Raijū.

Kiera intenta pegarse a su tronco y procura taparse un poco con las ramas mientras saca algo del bolsillo y le veo ponerse el auricular del comunicador en el oído.

Me ofrece otro y en apenas unos segundos la voz del comandante suena al otro lado de la línea.

—¡Kiera! ¡Hace rato que no recibo noticias vuestras! ¿Lo habéis conseguido? ¿Tenéis a Echo?

Kiera me dedica una mirada antes de cerrar los ojos y tomar aire. Creo que Neal es consciente del silencio.

—¿Vuestra parte ha salido bien? —inquiere.

Incluso si nos pegamos al árbol es imposible resguardarse de la lluvia, que cambia de rumbo bruscamente con las ráfagas de aire.

—Sí —contesta Neal—. Los barcos son nuestros. Tampoco ha aparecido la gente de Mori para reclamarlos, así que imagino que esa parte ha ido bien… ¿Qué ha ocurrido?

—Echo Akiyama ha escapado. No creo que Ryosuke pueda culparnos porque ha huido de nosotros también… —Hace una pausa—. Ha matado a Alexa.

—¿Qué? —exclama—. ¿Ryosuke?

—No —contesta y le veo abrir la boca y volver a cerrarla sin ser capaz de decir nada.

—Ha sido Akiyama —intervengo yo—. Cuando ha descubierto nuestro plan y ha comprendido que Alexa la había traicionado… se ha vuelto loca, la ha apuñalado y ha huido. Hemos llevado a Alexa con Aya. Kiera y ella han intentado estabilizarla, pero… no lo ha conseguido.

Kiera aprieta los labios y baja la cabeza.

—¿Echo ha matado a Alexa? —repite Neal.

—Sí —contesta Kiera, armándose de valor por fin—. Alexa está muerta y es…

No termina, pero no hace falta para que sepa qué va a decir. Se lo veo en la cara: es *culpa nuestra.*

Si no lo dice, tal vez, se deba a que la idea de involucrar a Lalanne fue de Kellum. No quiere culparlo a él.

—¿Vosotros estáis bien? ¿Qué es lo que se oye?

Nos miramos a través de la cortina de lluvia.

—Estamos bien, pero…

—¿Pero?

—¿Estás en el Skytree? —pregunta Kiera.

—Sí —contesta, impaciente.

—Avisa a todos los soldados que puedas y llévalos al refugio cuanto antes.

—¿Qué estás diciendo, Kiera? ¿Por qué?

La lluvia continúa cayendo con insistencia en un aguacero que Neal debe de escuchar incluso desde el otro lado de la línea. Entre las calles, las ventanas iluminadas de la Mori Tower son un faro en la neblina y el cuerpo serpenteante del dragón lo envuelve en una imagen espantosa.

—Hay un gran *yokai* en la Mori Tower.

Neal guarda silencio tanto tiempo que pienso que no la ha escuchado.

—¿Cómo sabéis que es un gran *yokai*? —pregunta entonces.

A mí se me escapa una carcajada.

—Si quieres perder tiempo con eso, puedes darte un paseo al mirador, comandante —le digo—. Asómate y dime si el dragón que ves encaramado a la torre es un puto *yokai* o un *oni* menor.

Suelta una maldición.

Al otro lado, se oye movimiento.

El comandante se ha puesto en marcha.

—¿Cuántas posibilidades hay de que destruya la torre? —En su tono oigo al soldado, diligente y servicial, que no deja un solo resquicio al miedo.

El gran *yokai* continúa moviéndose de forma lenta, pero no parece tener un rumbo fijo.

—Si su objetivo fuera destruir la torre… creo que lo habría hecho ya —responde Kiera—. El problema son los daños colaterales. Si afecta a la estructura y la torre se viene abajo o si se acerca demasiado a las bombas… Neal, el Skytree estaba en el radio de

acción de las bombas. Ve al refugio, ya.

—¿Dónde estáis vosotros?

Una pausa.

—En casa de Akane. —Kiera me dedica una mirada cómplice—. Está lloviendo mucho. Creemos que es el *yokai*. Ha provocado temblores y, ahora, un temporal.

Se oye un suspiro y, acto seguido, Neal se pone a dar órdenes mientras moviliza a los soldados.

Los dos aguardamos con un ojo puesto en el dragón.

—Kai, ¿qué se hace frente a un gran *yokai*? —pregunta Neal unos minutos después.

—Huir —respondo, y casi me entra la risa—. O, en su defecto, esconderse.

—La sección de Seiryū está preparada para intervenir después de las catástrofes —coincide el comandante—. Pero quizás un equipo, en un convoy preparado… ¿Podríamos ahuyentar a la bestia?

Los dos miramos al dragón.

A Kiera se le cae el alma a los pies.

—No creo que ni nos vea —respondo yo.

—Entonces, ¿solo podemos esperar?

—Y poneros a salvo —añade Kiera—. Ve al refugio, Neal.

—Estoy en ello —contesta, con diligencia. Una pausa, y suaviza un poco el tono—. Me alegra que estés lejos.

Es el momento de colgar. Me quito el auricular y se lo devuelvo a Kiera para darle intimidad. Sin embargo, no comparte muchas más palabras con Neal, que debe evacuar a los soldados cuanto antes.

Cuando la llamada se corta, Kiera se apoya contra el tronco del árbol sagrado y echa la cabeza hacia atrás. La lluvia le resbala por la

cara. Está tan empapada que ya no hay ni rastro de la sangre con la que se había manchado.

—Se va a cabrear cuando te vea aparecer por ahí —le digo.

—¿Qué?

Señalo la moto abandonada bajo la lluvia a un par de metros. Un trueno retumba muy cerca de aquí.

—Toma la moto y lárgate. Sé que no irás a casa de Akane, no mientras Neal esté atrapado en el Skytree. Así que vete ya y discute con tu comandante sobre por qué le has mentido.

—Le he mentido porque es capaz de conducir un Humvee hasta aquí… Lo cual sería bastante estúpido y peligroso. —Hace una pausa y sacude la cabeza—. No voy a dejarte aquí, Kai.

—A ti las anomalías no te harán daño —le digo, muy seguro—. Puedes irte. No hay necesidad de que nos congelemos el culo los dos.

—No hace tanto frío —replica.

Debe parpadear con fuerza para verme a través del agua que cae sin tregua. El viento nos azota con furia y le echa hacia atrás la coleta empapada.

Decido ser claro.

—Si el puto *yokai* revienta las bombas no tendrá ningún sentido que nos frían a los dos.

Kiera aprieta los labios.

—No te voy a dejar aquí.

Suelto una carcajada, sin creerme lo terca que es.

—Pues es una pena para ti, porque yo sí te abandonaría.

Arquea una ceja elegante.

—No. Qué va —contesta, muy segura, y me dedica una sonrisa a la

que he empezado a acostumbrarme y que por alguna razón me hace sonreír también—. Antes te he visto, ¿sabes? Ibas a adentrarte en la oscuridad por mí.

Bufo y aparto con rapidez la mirada cuando siento calor en las mejillas.

Yo, sonrojado… qué humillación más tonta.

—Tú deliras.

Kiera deja escapar una risa que, para mi fastidio, me hace sonrojar aún más; pero no insiste.

El tiempo es un bien preciado ahora mismo y lo siguiente es comunicarse con Markel.

Creo que duda si contarle o no la parte de Alexa, pero acaba cediendo cuando se da cuenta de que no puede omitirlo sin mentir.

Markel no es tan estoico como el comandante.

—No… No puede… No puede ser verdad —dice, con la voz rota.

—Lo siento —murmura Kiera, y en su voz todavía trastabilla la culpa—. No hemos podido hacer nada.

—Pero Echo… Ella no… ¿Cómo iba la Emperatriz a matarla si la amaba?

—Echo Akiyama está enferma —escupe Kiera, con cierta rabia—. Ha perdido del todo la cabeza.

—Y nosotros hemos involucrado a Alexa en todo esto —susurra Markel, tan bajito que su voz apenas se oye.

Kiera no responde, porque también ella lucha contra la culpa. Sin embargo, no puede alargar la conversación mucho más y le promete que se lo contará todo cuando lleguemos.

Antes de colgar, Kiera me dedica una mirada interrogante, pero sacudo la cabeza.

No tengo nada que decirle, y no creo que él desee escuchar nada mío.

Sin embargo, Markel interviene.

—Kiera, vosotros… los dos… ¿estáis bien?

Con la tormenta cuesta oír la voz al otro lado de la línea.

—Yo estoy bien, pero a Kai lo ha atrapado antes una anomalía. No tiene pinta de estar muriéndose, pero no me deja ver la herida.

—¿Pinta de estar muriéndose? —repite—. ¿Cómo ha sido? ¿Dónde le ha dado?

Kiera me dedica una sonrisa templada y guarda silencio.

—Estoy bien, Markel —le digo, con un suspiro. Es la primera vez en toda la conversación que hablo y él se queda callado, como si no hubiera esperado escucharme.

—¿Por qué no dejas que Kiera vea la herida?

—Porque aquí no puede curarme, y vea lo que vea no va a poder hacer nada. Prefiero vivir con la incertidumbre.

Una inspiración profunda.

—¿Estáis a salvo?

Echo un vistazo a la Mori Tower.

—Sí.

—Markel, escucha —dice Kiera de nuevo—. Si algo pasara, tienes que seguir adelante con el plan de Neal. Prepara las bombas para que impacten en los puntos más críticos del planeta. Puedes pedirle ayuda a Ryosuke para las comunicaciones con el exterior, pero la prensa ya te conoce y opino que si es un *terrorista* el que lanza la amenaza… surtirá bien el efecto.

—Dios mío… —murmura, sobrepasado—. Cuidaos, por favor. Los dos —recalca, y corta la comunicación.

No sé cuánto tiempo pasamos bajo la lluvia, resistiendo el vendaval y los temblores que aún me ponen los pelos de punta.

De pronto, el viento nos azota con tanta fuerza que nos mueve un poco. Las ramas del cerezo crujen y el tronco protesta, pero la luz Traída del sol sigue brillando con fuerza.

Miro la tierra y las raíces y me pregunto cuánto resistirá.

—¡Amanece hacia las cuatro y media de la mañana! —exclama, para hacerse oír por encima de la tormenta—. Tendremos que resistir ocho horas más.

El gran *yokai* se mueve; tal vez por eso se haya levantado el viento. Un estruendo retumba a lo lejos y advierto que está estrangulando la estructura con sus anillos, provocando que una parte de la fachada se desprenda.

—Ver esto sin poder hacer nada es una puta mierda —masculla, con una nota de terror.

—Yo no puedo hacer nada —matizo—. Tú puedes ponerte a salvo para ayudar a Markel si las cosas se ponen feas.

Kiera me dedica una mirada. Qué grandes y qué azules tiene los ojos.

—Van a reventar, ¿verdad?

Joder. Espero que no. Sin embargo, si quiero que se largue, tal vez tenga que ser un poco más catastrofista.

—Si vuelve a mover la cola como ha hecho antes y los escombros caen sobre las bombas… Sí, es posible.

Kiera se pone en pie. El viento es tan fuerte que debe apoyarse en el cerezo. Alza el rostro hacia la Mori. El gran *yokai* se mueve despacio, pero se mueve.

Me echa un vistazo lleno de culpa mientras se quita el

comunicador y me tiende los auriculares.

—Aguanta ahí, ¿vale?

Por fin.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lárgate ya! ¡Y ten cuidado con la moto! ¡Voy a mirar si le has hecho cualquier rasguño!

Kiera sale corriendo, toma la moto, la arranca, da media vuelta y le veo enfilar la carretera de vuelta a la avenida principal. Es una sombra en la oscuridad cuando toma el camino de regreso al Skytree y yo respiro un poco más aliviado, solo un poco, porque el puto *yokai* sigue moviéndose.

Lo bueno es que si las bombas estallan no creo que me dé tiempo a enterarme.

Saco la metadona del bolsillo y me la trago con la esperanza de que disipe un poco también el dolor lacerante de la espalda y la pierna.

Las ramas del cerezo se siguen moviendo con violencia y, al hacerlo, la luz se desplaza y las sombras se acercan peligrosamente a mis pies.

Sinceramente prefiero una explosión de luz que una anomalía.

No quiero sentir lo que ya noto en las zonas heridas por todo el cuerpo.

Los minutos son lentos mientras sigo contemplando la Mori Tower, como si vigilar a la criatura sirviera de algo. A estas alturas, Kiera ya debería llevar un rato en el refugio. Me gustaría preguntarle si ha llegado bien; pero solo teníamos un comunicador.

Me acomodo, cruzo los brazos bajo el pecho para guardar calor y me resigno.

Va a ser una noche larga.

Un segundo después, no obstante, vuelvo a erguirme.

Un ruido resuena en el silencio de la tormenta. Primero pienso que es un trueno, pero es demasiado sostenido en el tiempo y suena cada vez más fuerte.

Además, yo conozco ese sonido…

Es mi moto.

Por la avenida principal, una sombra cruza la carretera a toda velocidad.

—Será imbécil —mascullo y me pongo en pie por inercia.

A Kiera le han podido los remordimientos.

No obstante, esta vez no gira por la calle. Atraviesa la avenida y se pierde entre los edificios. ¿Es que se ha desorientado?

Sigo aguzando el oído para tratar de captar si da la vuelta, pero no lo hace y en algún momento dejo de escucharla.

¿Qué demonios pretende?

Vuelvo a sentarme, resignado. Quién sabe qué se le está pasando por la cabeza a esa chica. Apenas me he dejado caer en el suelo cuando, de pronto, un estallido me hiela la sangre en las venas y cada célula de mi cuerpo me hace girarme hacia el *yokai.*

Pero la torre sigue en pie.

El dragón continúa encaramado a la torre.

Y el estallido se transforma en algo diferente, como un siseo, cuando veo una estela dorada que atraviesa la tormenta… e impacta contra él.

Una explosión ilumina sus escamas.

El *yokai* está a punto de resbalar y la forma en la que se agarra hace que se revienten un par de ventanas y varios trozos de fachada se desprendan. Alza la cabeza hacia el cielo y ruge, furioso, con una ira que no desprendía antes.

Es tan potente que incluso desde aquí es ensordecedor. El viento se agita, la lluvia arrecia con fuerza y, entonces, una segunda estela cruza la oscuridad… pero se pierde.

Tal vez por el viento repentino.

No ha pasado ni un minuto cuando un tercer misil vuela hacia la bestia y, esta vez, la alcanza.

El *yokai* brama, la tormenta se encrudece y yo me tengo que agarrar al Árbol de Raijū mientras contemplo cómo la criatura sacude la cabeza y busca algo con ansiedad.ç

—Me cago en la puta.

El ruido de un motor, apenas intuido por encima de la tormenta, me hace apartar la vista del *yokai*, que se revuelve sobre la torre, arrojando escombros al suelo. De la avenida principal surge entonces un Humvee del Skytree iluminado por todas partes. Las luces son tan potentes que alumbra varios metros la carretera en todas direcciones.

Un segundo después, el vehículo gira hacia el árbol, pero no puedo ver quién conduce porque los faros me ciegan. Entrecierro los ojos y contemplo cómo una figura desciende del asiento del conductor con un subfusil entre las manos.

Y lo reconozco.

Neal Kellum avanza a través de la luz con el traje y el equipo de Byakko, armado hasta los dientes: una pistola en la funda, tres granadas luminosas, el *tant*ō consagrado y varias bengalas colgando del cinturón.

—¡¿Dónde está?! —grita, para hacerse oír por encima de la tormenta.

El viento es ahora brutal, tan fuerte que la lluvia hiere el rostro y

las manos.

Señalo la Mori Tower y el *yokai* rugiente.

—¡Sospecho que tiene algo que ver con los misiles que han disparado ahora mismo!

Se le cae la mandíbula al suelo.

—¡¿Y tú le has dejado?!

—¡Creía que iba al Skytree! —me defiendo.

—¡Y está claro que lo ha hecho, pero ha vuelto con un lanzamisiles! ¡Vamos, sube!

Neal se da la vuelta con celeridad, pero se detiene cuando ve que no lo sigo. Una rápida mirada le sirve para localizar mi pierna, volver a por mí y pasarme un brazo por la cintura. Me agarra con fuerza y cojeo hasta el asiento del copiloto.

—¿Cómo sabías dónde estábamos? —pregunto.

—Le pedí a Markel que rastreara el comunicador en cuanto Kiera colgó.

Se ha quitado el casco y lo ha arrojado al asiento de atrás mientras conduce en la oscuridad. A pesar de las potentes luces me cuesta desterrar esa sensación pegada a los huesos, y al alma, que me dice que deberíamos escondernos ahora mismo.

—No te creíste que estábamos en casa de Akane, ¿eh?

—Ni por un segundo —responde.

De pronto, una nueva estela cruza el firmamento hacia el rascacielos. No es eso, sin embargo, lo que provoca que Neal detenga el vehículo.

El gran *yokai* se mueve, pero esta vez no se limita a revolverse. Ruge y los cristales del Humvee retumban.

Parados en medio de una calle oscura y desierta, contemplamos la

figura de la Mori Tower entre los edificios y vemos cómo el dragón clava sus ojos dorados en un punto fijo y, entonces, salta al suelo.



42

NEAL

Cementerio de Aoyama

11 días para el solsticio de verano

Un dragón.

El gran *yokai* es un maldito dragón, y está en la Mori Tower… hasta que decide bajar.

La bestia abandona la torre sin que el miedo por que haga estallar las bombas a su paso se manifieste. El terror de verlo moverse tan rápido y de forma tan violenta hacia un objetivo que intuyo no le deja aparecer.

Durante un segundo lo perdemos de vista, hasta que su cresta roja reaparece varias manzanas más allá, en movimiento.

Corre. El gran *yokai* está corriendo a través de la ciudad nocturna.

—¿Está…? —pregunta Kai.

Pierdo las escamas azules del monstruo entre dos edificios y un

segundo después el sonido de un motor me hace girar la cabeza.

Por la ventanilla veo a una motorista huyendo a toda velocidad del *yokai*.

—Está persiguiendo a Kiera —murmuro, sin aliento.

Un instante más tarde, el dragón emerge de entre dos edificios, reventando a su paso las paredes. Se choca contra ellas, tambaleante, pero no se detiene en su violento avanzar. Sigue a Kiera a través de la ciudad sin importarle las calles estrechas, por las que pasa destruyendo edificios o levantando la calzada con las garras o los árboles con la cola.

Arranco el motor y, sin saber muy bien qué hago, giro para seguir a la criatura.

No me acerco demasiado, no puedo.

El *yokai* lo destroza todo a su paso y si no alcanza a Kiera es solo porque esta toma desvíos y gira por calles estrechas en el último momento. Si corriese en línea recta, ya habría llegado a ella.

A unos metros de nosotros, Kiera atraviesa un callejón intransitable para el *yokai* y entonces, cuando creo que va a volver a desviarse y me preparo para seguirlo, la bestia cambia de idea.

Freno en seco.

El *yokai* atraviesa el edificio de lado a lado.

Me quedo lívido.

Revienta los cristales de un escaparate y es tan grande que, al pasar, destruye por completo también el primer piso.

Las luces se apagan de golpe en varias de las ventanas, los escombros caen a su paso y la serpiente se pierde en la oscuridad.

Me quedo mirando el agujero reemplazado rápidamente por escombros, el vacío que deja el primer piso, la estructura que cruje,

resentida, y las personas que, en los pisos superiores, se asoman por las ventanas con horror.

—Arranca —me pide Kai, sin apartar la mirada—. Rápido.

Me trago una maldición.

Si la estructura cede, todos los que viven en el edificio morirán. Incluso si no los mata el derrumbe, si se quedan sin luz no tendrán oportunidad alguna frente a las anomalías.

Y no podemos hacer nada.

—Si la luz se va, morirán todos. Decenas de personas, familias enteras…

—A ellos no podemos salvarnos; a Kiera, sí. Arranca —insiste, con una templanza que no habría creído en él.

Aprieto los nudillos, pero obedezco, porque sé que tiene razón.

Incluso si nos quedáramos, no tenemos medios para ayudarlos. Y ahora mismo tengo una misión:

No voy a abandonarla.

Kiera continúa girando, intentando despistar a la criatura, hasta que enfila una carretera larga que desemboca en un parque.

No, un parque no.

Por la zona, debe ser el cementerio de Aoyama.

—Estupendo —canturrea Kai—. Así no tienen que trasladar nuestros cuerpos.

Kiera no se desvía. Atraviesa una de las entradas sin detenerse y el *yokai* la sigue, rompiendo el hierro de la verja de entrada, cada vez más cerca.

Avanzamos tras ellos por una de las calles del cementerio, pasando junto a tumbas, esculturas de animales guardianes, cruces cristianas, planchas de madera budistas, *torii* que delimitan entradas a tumbas

más grandes…

La lluvia cae con furia y los truenos se confunden con los bramidos del *yokai.*

Kiera se adentra más y más en el cementerio y el dragón la persigue, incansable. Al girar por una de las calles su cola alcanza una linterna de piedra que sale despedida y destruye parte del complejo.

El *yokai* revienta un monolito de piedra y aplasta los setos que delimitan un camino más estrecho. Arrasa tumbas y piedras, esculturas y planchas.

—¡Por la izquierda! —me dice Kai, y aunque yo aún no lo vea, inspira tanta confianza que el instinto me hace obedecer.

De pronto, me doy cuenta de que circulamos por una calle paralela. Acelero y me pongo a su altura.

La imagen, entre las tumbas, es brutal.

Me falta el aliento.

—No sé qué hacer —le confieso a Kai—. No sé cómo ayudarla.

Él guarda silencio mientras mira con una expresión que debe ser parecida a la mía.

—¿Tienes misiles antitanque?

—No.

Chasquea la lengua, y ni siquiera sé si habla o no en serio.

El dragón le pisa los talones. Kiera acelera, pero ya va demasiado rápido para los giros que hace y el suelo está empapado.

—Tampoco yo sé qué hacer, comandante —reconoce, en tono lúgubre.

Le echo un vistazo y la mirada que me dedica el matademonios hace que me derrumbe un poco.

No lo permito. No dejo que el miedo me domine y continúo conduciendo. Si es lo único que puedo hacer, la seguiré.

De pronto, Kiera hace un giro imposible, tan brusco que el *yokai* se pasa la entrada. Por cómo se mueve, me doy cuenta de que se ha metido por unas escaleras de piedra.

Un segundo después, entre las tumbas, detiene la moto y desmonta prácticamente a la carrera.

—¿Qué hace? —se me escapa, sin aliento.

Piso el freno y observo a Kiera, que es apenas una sombra, correr a través del cementerio.

El *yokai* se da la vuelta y abre sus enormes fauces. La luz del Humvee lo alcanza y sus ojos dorados brillan con intensidad.

Nunca había visto una criatura así.

Entonces, Kai se gira hacia mí con ansiedad.

—Apaga los focos.

—¿Qué?

—¡Apaga los putos focos! —grita, y se arroja sobre los controles.

Pero yo soy más rápido y obedezco, dejando solo las luces de seguridad que nos mantienen vivos.

Todo queda en penumbra ahí fuera y he de esforzarme, mientras el corazón me late tan fuerte que me duele el pecho, para encontrarla de nuevo.

Ahí está: Kiera atraviesa las tumbas y rodea una linterna de piedra que el dragón destruye sin miramientos.

De pronto, se detiene, se gira, se lleva la mano al *tantō* consagrado y a mí se me congela la sangre en las venas.

No.

No. No. No…

Ni siquiera me doy cuenta de lo que estaba haciendo hasta que Kai, inclinado sobre mí, me impide abrir la puerta.

—Eso sería un suicidio muy tonto, comandante —me advierte, casi sin voz.

Pero a mí me da absolutamente igual.

—¡Aparta! —ordeno.

Y cuando trato de volver a abrir la puerta, el puto Kai Inoue intenta una llave conmigo. Me rodea el cuello con fuerza, tira para apartarme de la salida y en un arranque de ira y violencia le doy un codazo en la cara.

Pero él no me suelta. Es más fuerte de lo que creía.

—¡Te destrozarán en cuanto pongas un pie fuera! —me grita, con la respiración entrecortada por el esfuerzo, y se recoloca detrás de mí para hacer más presión. Me aplasta la garganta.

El dragón se cierne sobre Kiera, que da un paso atrás con el pequeño *tantō* en la mano.

—¡No puedo abandonarla! —exclamo y me revuelvo—. ¡Suéltame! ¡Suéltame ahora o…!

No llego a terminar.

En una imagen diluida por la lluvia y desdibujada por la niebla, descubro las mandíbulas del *yokai* abriéndose de par en par.

Y yo dejo de intentar escapar de los brazos de Kai.

Es una sombra monstruosa en la oscuridad frente a la minúscula silueta de Kiera. El *yokai* ruge y a pesar de la negrura distingo las filas de dientes y colmillos y ese brillo dorado en unos ojos furibundos.

Todo ocurre en un parpadeo.

De pronto, la imagen difusa se aclara en un estallido de color: un

relámpago violáceo, otro de un azul eléctrico… Fogonazos estridentes que iluminan la forma en la que el dragón inclina las fauces sobre Kiera para devorarla y, un segundo después, nada.

La negrura es tan abrupta que no soy capaz de ver nada mientras mis ojos se acostumbran.

Kai reacciona antes. Libera mi cuello, se inclina de nuevo sobre los controles y prende los focos.

El cementerio de Aoyama vuelve a iluminarse: las tumbas arrancadas, las esculturas rotas… Y en medio de la piedra y los guardianes quebrados, Kiera se encuentra de pie en una nube de cenizas.

Las sombras oscuras que la rodeaban se descuelgan de brazos y piernas y vuelven reptando a la oscuridad.

Cuando se gira y nos mira tiene una expresión tan espantada como la nuestra.

Kai es el primero en romper el silencio:

—No es un escudo frente a las anomalías. Es un arma frente a *todo* lo demás.

La lluvia cesa. Los fuertes vientos que azotaban el Humvee se detienen también.

Tiene razón.

Por eso Kohana Harewood, y los militares, estaban tan interesados en ella.

No es inmunidad, es un arma.

Ya ocurrió con el Amanojaku, pero esto es…

Kiera está empapada de la cabeza a los pies. La coleta cobriza, oscurecida por el agua, se le pega al cuello mientras jadea y vuelve a guardarse el *tantō* que no iba a tener la más mínima oportunidad de

usar.

¿En qué estaba pensando?

Como si un hechizo se rompiera, echa a andar hacia el vehículo, abre la puerta y se sube al asiento trasero.

Los tres nos quedamos mirándonos un buen rato hasta que es ella la que abre la boca.

—Iba camino del Skytree, pero el *yokai*…

Kai la interrumpe con una carcajada.

—No te molestes —le dice, y se limpia la sangre que le chorrea de la nariz con la manga; he debido de provocársela con el codazo—. Hemos visto los putos misiles, preciosa.

—Ah. —Cierra la boca y me dedica una mirada con la que parece tantearme—. Ha sido arriesgado —añade, simplemente.

Eso es todo: *ha sido arriesgado.*

Me duelen las costillas, o tal vez sean los pulmones. Cada bocanada de aire es dolorosa, como si mi cuerpo se negara a volver a respirar con normalidad. Los dedos me tiemblan sobre el volante, pero lo aferro más fuerte y pongo el Humvee en marcha para salir de aquí.

—Os llevo al Skytree —anuncio.

Podríamos volver a casa de Akane, pero tal y como están las cosas: con Ryosuke, los barcos de Andrews, Echo Akiyama fugada y Alexa… Pobre Alexa.

Prefiero tener a mano recursos si debemos intervenir.

—¿Cómo está la pierna? ¿Y la espalda? —pregunta Kiera, inclinándose sobre el asiento de Kai.

—La metadona ayuda. No creo que sea grave —responde él.

Se la queda mirando por el espejo retrovisor, tenso y en silencio.

Creo que va a decir algo, pero no se atreve. O tal vez le pase como a mí y no encuentre qué decir.

Soy más consciente de los destrozos en el cementerio ahora que podemos detenernos a *mirar*, pero no son las tumbas derruidas ni los *torii* caídos lo que nos hace contener el aliento.

Antes de enfilar el camino al Skytree, desando nuestros pasos y aminoro la marcha cuando regresamos frente al edificio que el *yokai* ha atravesado.

Se me cae el alma a los pies.

Ya no hay luces en todo el edificio.

Los pisos inferiores han colapsado. La estructura no ha debido de aguantar y aunque la zona superior parece bastante intacta la luz se ha ido.

Oigo un jadeo en la parte trasera del Humvee y por el espejo retrovisor veo el rostro desencajado de Kiera.

—Diez millones —suelta Kai.

Me giro para mirarlo, pero no explica nada.

—Diez millones —insiste.

—¿Qué? —La voz le sale aguda a Kiera.

—Si las bombas hubiesen explotado, habrían muerto diez millones. Entre ellos tu comandante y yo… ¿Y qué quieres que te diga? A mí me gusta bastante estar vivo.

Kiera lo comprende entonces. Traga saliva y vuelve a mirar por la ventana. Los focos del Humvee alumbran un edificio a oscuras, caído sobre los escombros.

—Es imposible, ¿no? —se atreve a preguntar, sin apartar los ojos de los escombros—. Nadie puede sobrevivir tanto tiempo… ¿Verdad?

—No se ve una sola luz —confirma Kai, con voz queda.

—Mañana enviaré un equipo para recuperar los cuerpos —declaro, y eso parece romperla del todo.

No hay llanto. Es una rotura silenciosa. Sí que llora, las lágrimas le resbalan por las mejillas antes de que consiga limpiarse la cara, pero no emite sollozo alguno.

El resto del viaje lo hacemos en un silencio extraño. El corazón aún me late a una velocidad desacompasada mientras intento poner todas las piezas en su lugar.

Cuando detengo el motor y Kiera baja sin decir nada, le hago un gesto a Kai.

—Gracias. Por pensar en las luces y por… pararme —le digo. Él me mira un poco sorprendido, pero le quita importancia con un gesto de la mano—. Y siento lo de…

Le señalo la cara.

Arquea las cejas.

—Ah… No pasa nada. —Se encoge de un hombro—. En realidad, ha sido un golpe bastante flojo, comandante.

Me dedica una sonrisa y yo no puedo más que devolvérsela, pero no deja que le diga nada más. Me da la espalda para girarse hacia Kiera, que ha rodeado el vehículo para ayudarlo a salir. También ella está sonriendo a pesar de todo. Le pasa un brazo bajo los hombros con cuidado y le echa una mano mientras me mira con prudencia.

«Luego», intento transmitirle con una mirada.

Hay un par de cosas que me gustaría decirle, pero no aquí.

Para cuando los soldados salen del refugio, no sé cómo comunicar lo que ha ocurrido. Barajo la posibilidad de mentir, pero soy consciente de que no podría sostener esa narrativa mucho tiempo.

Así que hablo con mis capitanes, soy parco en las explicaciones y ellos entienden enseguida que no pueden hacer demasiadas preguntas.

Un gran *yokai.*

Un lanzamisiles.

Una soldado imprudente.

Confirmo que los barcos de Andrews siguen en nuestro poder antes de regresar a la habitación y para entonces Kiera ya ha terminado de atender a Kai.

—¿Cómo está?

—Dolorido, pero se recuperará —contesta Kiera, sin volverse.

Se ha puesto una camiseta limpia. Lleva un chándal mío que le queda grande y está descalza sobre el suelo de madera, mirando por la ventana.

Desde aquí se alcanza a ver la Mori Tower, donde casi todas las luces parecen encendidas.

—Se han quedado a oscuras en algunas secciones —declara, con la vista fija en la torre, y alza la mano para señalar por la ventana—. Ahí… y ahí. No son plantas enteras, así que creo que es una buena señal.

Alzo la mano y la apoyo sobre la suya. Kiera se vuelve a mirarme.

—Me has mentido —susurro, procurando no alzar la voz.

Se pasa la lengua por el labio inferior.

—Y tú a mí.

Aprieto la mandíbula y ella inspira con fuerza. Deslizo el pulgar por la palma de su mano y da un paso tentativo hacia mí.

—¿No estás enfadado?

—¿Y tú?

Una chispa de diversión se aloja en sus ojos azules y veo cómo se esfuerza por desterrar parte de los horrores que hemos vivido esta noche.

—Yo sí —responde, con rotundidad, y da otro paso adelante—. Si sabías que te estaba mintiendo, ¿por qué no dijiste nada?

—¿Para que intentaras detenerme con otra mentira?

La miro desde arriba sin ceder un solo centímetro, a un palmo de distancia.

—No debiste subir a un Humvee en plena noche.

Arqueo las cejas.

—¿De verdad quieres que hablemos de cosas que no deberíamos haber hecho esta noche?

Kiera sacude la cabeza. Creía que me provocaría más; pero entonces salva la distancia que nos separa, desliza la mano por mi pecho y un segundo después ladea la cabeza para besarme.

Es superficial, un beso sostenido y meditado que me sorprendo transformando en algo diferente cuando soy quien entreabre los labios y le pide permiso para entrar.

Recorro su boca con la lengua y cuando Kiera deja escapar un gemido, este se me clava en algún lugar del pecho y me obliga a agarrarla más fuerte. Enredo los dedos en su pelo y arrastro la goma de pelo para deshacer su coleta sin dejar de besarla.

Ella se aparta, me dedica una mirada interrogante y yo aprovecho ese instante para inclinarme y recorrerle el cuello con los labios.

Dios… qué bien sabe.

Kiera murmura algo que suena como una palabrota y eso me empuja a darle un lametón más lento y deliberado a lo largo de la garganta.

Entonces, me apoya las manos en los hombros, se aparta y cuando estoy a punto de volver a alcanzarla alza una mano y me pide que me detenga.

La observo de hito en hito.

—¿Quieres que pare?

Kiera suelta una risa cantarina, sacude la cabeza y apoya la mano en mi pecho para obligarme a caminar hacia atrás hasta que mi espalda choca contra la pared.

Me sujeta la mano, la sube lentamente por su cuello y yo dejo que me guíe, obediente, hasta que me hace volver a cerrarla sobre su pelo cobrizo y, sin que me dé tiempo a procesar lo que hace, se arrodilla frente a mí y me dedica una mirada que está a punto de volverme loco.

—Sujétame el pelo —me pide.

En cuanto siento sus dedos sobre el pantalón, tanteando con el cinturón, ya estoy listo. Kiera me la saca y la agarra con una sonrisa de sorpresa que me hincha el ego. Le dedica una caricia lenta y suave y yo echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos un segundo antes de darme cuenta de que necesito ver esto.

Mueve la mano sin dejar de mirarme y a mí se me calienta la sangre mientras me pregunto hasta dónde llegará antes de que yo pierda la cabeza.

Un segundo después, la agarra por la base y se la mete entera en la boca.

La mirada que me dedica vivirá para siempre en mis fantasías más indecentes.

—Kiera, joder… —le suplico.

La agarro del pelo, más para contenerme que para obedecer su

orden, y solo dejo de mirar cuando la sensación de su lengua en mi piel es demasiado. Me envuelve con la boca, lame y desliza los labios por mi polla mientras me esfuerzo por portarme bien y apenas soy capaz de contener un movimiento de caderas que escapa a mi control.

—Perdón —me disculpo, sin aliento.

Kiera se la saca y me da un respiro. Se desliza los dedos por los labios hinchados y todo el cuerpo me arde ante la idea de devorarla igual que lo está haciendo ella conmigo.

La agarro más fuerte del pelo y cuando estoy a punto de obligarla a levantarse y llevarla conmigo a la cama, interpreta el gesto al revés y vuelve a metérsela en la boca.

—Mierda, Kiera. Vas a tener que parar… —musito, entre dientes.

Por toda respuesta, me da un lametón desde la base hasta la punta y ya no aguanto más.

光

43

KIERA

Skytree

10 días para el solsticio de verano

Neal tira de mi nuca, me obliga a levantarme y vuelve a besarme como un hombre hambriento.

Me mete la mano por dentro de la camiseta y gime cuando descubre que no llevo sujetador.

Me obliga a apartarme y el dolor es casi físico al perder el contacto con su boca; pero se asegura de que dure poco. Me quita la camiseta, la arroja al suelo y, cuando creo que está a punto de volver a besarme, me gira y me apresa entre sus brazos.

Lentamente, me rodea la garganta con los dedos mientras agarra mi cintura con la mano libre y estoy a punto de derretirme contra su pecho.

Me inclina ligeramente la cabeza y hunde el rostro en el hueco de

mi cuello para besarlo de una forma casi obscena que despierta un instinto peligroso en mí.

Me sujeto de su antebrazo y siento la tensión que emana de su cuerpo; la fuerza contenida y el deseo que exuda.

Continúa besándome el cuello cuando desliza la mano bajo mis pantalones y con dedos hábiles está a punto de llevarme directa al infierno. Este calor no puede pertenecer al cielo.

Mete un dedo y después otro y cuando la presión ya es deliciosamente insoportable echo la cabeza hacia atrás, la apoyo en su hombro y le pregunto:

—¿Es que no piensas llevarme a la cama?

Neal gruñe algo, me da la vuelta y de pronto estamos desnudándonos. Tropezamos con nuestros propios pies de camino a la cama, la ropa interior se me enreda en los tobillos y estoy a una caricia provocativa de correrme en su mano un instante antes de que se detenga para ponerse un condón.

Me dejo caer en el colchón y me tumbo sobre los antebrazos. Y Neal me dedica una sonrisa arrogante y absolutamente devastadora.

—Date la vuelta, cielo.

Cuando me apoya las grandes manos en las rodillas y me mira desde arriba, con un brillo perverso en el verde de sus ojos, el cabello rubio despeinado y cayendo sobre su frente y esos labios llenos de malas intenciones, sé que haría cualquier cosa que me pidiera.

Neal advierte el cambio, el permiso que le doy, y apenas tengo tiempo de entender cómo me gira. Me agarra por las caderas, tira de mí y cuando la siento contra mi cuerpo suelto un gemido de impaciencia.

Neal me la mete, pero vuelve a sacarla enseguida, provocándome

una fricción deliciosa que hace que me retuerza y él, ante el gesto, me clava los dedos en los muslos.

—No seas mala y pórtate bien —murmura, con voz grave.

Dios mío. ¿Es consciente este hombre de que lo que me está haciendo?

De pronto, vuelvo a sentirla en mi interior, esta vez un poco más hondo, ejerciendo una presión para la que no me siento preparada y que, sin embargo, anhelo profundamente.

—Kiera… —ruega, como si yo lo estuviera torturando y no al revés, y su voz ronca acciona algo.

Es el tono de súplica, la certeza de que está tan rendido como yo, su tamaño en mi interior, las manos de Neal clavándose en mi piel y manteniéndome firme contra él… Lo siento en las entrañas, en el calor líquido que estalla y se deshace en mi vientre.

Me corro cuando apenas hemos empezado y, de pronto, perdemos el control. Los dos.

Neal suelta una palabrota, se inclina hacia delante y siento su pecho contra la espalda cuando me agarra del cuello con una mano y me deposita un casto beso en la mejilla. La dulzura con la que me sostiene ese preciso instante contrasta con violencia contra la necesidad con la que me agarra por la cintura un segundo después. Neal impide que me derrumbe y me dice al oído:

—Pórtate como una buena soldado y aguanta un poco más.

Y esta vez me la mete por completo. Me da con fuerza hasta que no puedo más y entonces él mismo me da la vuelta y me sienta sobre su regazo para que me mueva sobre él como quiera. Le recorro el pecho y los surcos de los abdominales con los dedos, y él se incorpora como puede para abrazarme, besarme el cuello y responder a la

misma necesidad que me empuja a mí: más cerca, más profundo, más rápido, *más.*

Cuando vuelvo a correrme, me toma por la cintura, me tumba sobre el colchón y termina dentro de mí con un par de embestidas brutales y un quejido que me derrite las entrañas.

Esta vez, sí recuerdo haberme quedado dormida: con sus dedos enredados en mi pelo, mis manos ancladas a su cálida espalda, su respiración cada vez más profunda y el susurro grave de su voz cuando me dice que me quiere y yo le prometo que no tanto como yo a él.



La luz de las linternas de papel le confiere una atmósfera especial a la sala. Fuera, aún no ha amanecido. El aire está viciado, huele a humo e incienso y el vapor lo inunda todo mientras la Bruja pronuncia el ritual de purificación.

Procuro no interrumpir. Sé que si lo hago volverá a empezar, y todo esto no habrá servido de nada… pero empiezo a sentirme ligeramente mareada.

Frente a mí, Kai se esfuerza por mantenerse recto, sentado con la pierna herida estirada.

A diferencia de las marcas que le hicieron a Neal, estas sí le han lacerado la piel, que parece atravesada por un rayo en algunas zonas, amoratada en un camino que le baja desde el muslo hasta el gemelo izquierdo. Lleva un tipo de prenda ritual que le cubre solo la cadera y su cuerpo, lleno de cicatrices viejas, tatuajes y heridas frescas, suda bajo los efectos de lo que Akane nos ha hecho beber.

No ha querido decirnos qué es.

—A mí no me mordió el maldito *oni* —suelta, jadeante, y se revuelve con incomodidad—. Y el mordisco de ella se curó en cuanto se quedó a oscuras.

—Incluso si el cuerpo sana, la esencia del *doku* puede permanecer en el espíritu. Y después de un contacto tan estrecho con un gran *yokai*… los dos debéis purificaros —replica Akane, con esa serenidad tan propia de ella y que parece albergar también su zorro Mikan.

Y la Bruja vuelve a empezar con el mantra.

Los ojillos negros del zorro me observan con curiosidad justo enfrente. Él no parece perturbado por el calor o inquieto por los vapores. Como si supiera perfectamente lo que hace la Bruja, aguarda y nos mira igual que los demás.

También Neal está siendo purificado, aunque, por alguna razón, él parece aguantar mejor la sesión. Viste la misma prenda ritual y permanece arrodillado frente al brasero, con las manos en los muslos y los músculos flexionados. El sudor le resbala por el cuello, el pecho… y le humedece el cabello que ahora parece más oscuro.

No debería estar permitido tener tan buen aspecto en una situación así, pero la imagen despierta algo primario en mí; algo en lo que no debería pensar ahora.

A Markel no le ha obligado a tomar nada, pero ha insistido en acompañarnos. Creo que es el único que no tiene por qué estar aquí y que, sin embargo, sí quiere hacer esto.

Lleva días coordinando a los ingenieros que están preparando los misiles, los silos y las lanzaderas. Y parece agotado.

Ahora la prioridad no es solo encontrar las bombas, hay que hacerlo a tiempo para que los ingenieros puedan armar los misiles y organizar un buen lugar desde el que hacerlos despegar.

Echo un vistazo a los paneles cerrados de la puerta.

Me cuesta respirar. Siento la garganta seca y una opresión creciente en el pecho que no cesa.

—Akane… —murmuro, pero ella me ignora y continúa con su letanía.

Dedico otro vistazo a las puertas cerradas a través de la densa cortina de vapor.

La vista se me desenfoca y los ojos de Mikan se vuelven dos borrones oscuros.

Y de pronto esos ojos ya no le pertenecen. Son dorados y están encajados en otro rostro de escamas azules y fauces de dientes brillantes.

El sudor que me perla la piel se vuelve agua fría y el calor sofocante, viento de la tormenta. Y el gran *yokai* me observa a unos pocos metros. Se ha detenido porque yo lo he hecho, he abandonado la moto y ahora me enfrento a él con un arma consagrada en la mano.

La bestia abre sus fauces y la realidad se desliza a un lado. Un segundo después siento una mano que me empuja por el hombro para evitar que caiga y devuelve la realidad a su sitio.

Neal me está sosteniendo por los hombros.

—Akane. —Su tono suena mucho más grave y acuciante que el mío.

La Bruja, sin embargo, continúa con el cántico extraño mientras su voz se funde con la oscuridad. Pasa un minuto, o tal vez sea algo más, y entonces Akane acaba con el ritual, sofoca las brasas, se pone en pie y abre las puertas para liberar el humo.

Las lámparas de papel se agitan bajo la caricia vaporosa de los

inciensos.

El corazón me late rápido y con esfuerzo cuando alguien me tiende un vaso de agua. Siento la garganta seca, pero un solo trago está a punto de hacerme escupir. Tengo la garganta completamente cerrada.

—Eh, ¿estás bien? —La voz de Neal me ayuda a regresar lentamente a este cuarto, a esta madrugada a diez días de que se acabe el mundo.

—Sí, sí… Estoy bien.

Frente a mí, Mikan se aparta un poco para hacer sitio a Akane, que regresa arrastrando consigo las telas negras de su kimono.

Se arrodilla frente a mí y me dedica una sonrisa que no sé interpretar.

Hemos tenido que contarle lo sucedido con Echo, nuestro plan para salvarla y el desenlace fatal. Ya no teníamos ningún motivo para ocultárselo.

Lo ha escuchado con estoicidad, regia e inmutable, y cuando le hemos preguntado si no juzgaba lo que hemos hecho se ha limitado a preguntar de qué serviría ya.

Si está afectada por lo que su Emperatriz ha hecho, lo disimula a la perfección.

Sí ha mostrado una pena sincera, sin embargo, por Alexa.

Siento una punzada de dolor.

Cierro los ojos, porque a pesar de que el *doku* del *oni* ya no esté en mi sangre la culpa sigue aferrada a mis huesos.

—¿Hemos terminado? —pregunto, con urgencia.

—Amell-san, he estado reflexionando sobre tu condición.

Condición.

Los ojos dorados del *yokai* vuelven a mirarme desde un rincón oscuro del fondo de mi mente.

—En nuestro Imperio existen mujeres con ciertos dones capaces de invocar espíritus, curar lo incurable u obrar milagros. También las hay quienes, como yo, tienen una conexión espiritual fuerte con los *kami*. Y todas hemos encontrado nuestro poder de la misma manera: hemos estado al borde de la muerte.

Aún noto las pulsaciones con violencia, como cuando estás a punto de desvanecerte. Akane me mira con sus ojos negros y almendrados, pintados de un azul que sobre su piel oscura es intenso, y me doy cuenta de que aguarda.

No sé a qué.

Intento dar otro trago de agua y esta vez pasa mejor.

—Cuando caí enferma era una niña. A todas nos ha pasado lo mismo en algún punto de nuestras vidas. Un espíritu maligno roba nuestra alma y se la lleva al plano espiritual. Es entonces cuando nuestra conciencia debe emprender un viaje para recuperarla. Cuando lo conseguimos y volvemos, no lo hacemos solas. —Sus ojos oscuros se deslizan hacia Mikan, que nos observa como si escuchara —. Cuando regresamos a nuestro cuerpo lo hacemos acompañadas por un espíritu. Se convierte en una… ¿cómo lo diría? Posesión permanente, pactada, donde la mujer recibe la fuerza espiritual de la energía que ocupa su cuerpo. Para cada una es diferente; lo que coincide en todos los casos es la convivencia pacífica con el espíritu, que es quien nos otorga los dones.

Esta vez soy yo quien mira al zorro de pelaje oscuro.

Un estremecimiento me baja por la espalda. Unos dedos fríos se deslizan por mi columna, vértebra a vértebra, y yo vuelvo a sentir el

corazón en la garganta.

—Yo no tengo un don, Akane. —La voz me sale raspada—. Hice un mal trato cuando era pequeña e ingenua y alteraron mi cuerpo.

—A mí me parece que sobrevivir allí donde todos perecen es un don bastante impresionante —responde. Y entonces reparo en sus ojeras. Bajo el cuidado maquillaje, veo las arrugas alrededor de los ojos, las suaves bolsas que no ha podido disimular… y la veo muy cansada, y también sincera—. Quizá sea un don diferente a los que conocemos. Quizá, a simple vista, parezca difícil ponerlo al servicio del pueblo como lo hacemos las sacerdotisas, las chamanas o las brujas… pero hoy has salvado a gente, y lo has hecho gracias a aquello que, al borde de la muerte, te ayudó a recuperar tu alma y regresó contigo.

Contengo el aliento mientras sus palabras calan lentamente en mí, como una lluvia fina pero persistente.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar y entonces, cuando intento incorporarme, me tambaleo. Neal vuelve a agarrarme por los hombros y yo me dejo caer contra él. El calor de su cuerpo me ancla un poco a la realidad, pero no es suficiente.

En medio del silencio es Kai quien rompe un instante extraño y denso, y lo hace con una carcajada.

—Akane se trajo un zorro, ¿y qué te traes tú? Unas putas anomalías.

Lo miro con espanto, incapaz de disimular el horror y el miedo que eso me provoca, pero le veo la cara, la forma en la que se le curva la comisura izquierda de la boca, el brillo canalla de los ojos azules… y extrañamente el terror se disipa un poco.

Vuelvo a mirar a Akane.

—Es una explicación muy amable —susurro.

—No pretendía serlo, Amell-san. Tal vez Kohana Harewood crea saber lo que te hizo y crea poder explicarlo con ciencia. La realidad es que lo que te ha ocurrido es algo que llevamos siglos viendo.

Me gustaría creerla. Una parte de mí, pequeña y asustada, la mira desde un rincón de un cuarto de paredes blancas sin ventanas y quiere aferrarse a esa explicación.

Un don.

Una bendición.

Un regalo de los *kami.*

Suena mejor que «experimento», «anomalía» o «arma biológica».

Algo se retuerce en mis entrañas y se rebela ante la idea de regresar a ese vórtice oscuro en el que todo es incierto y yo… yo soy…

—Has mencionado una convivencia pacífica —interviene entonces Markel, que escuchaba con atención.

Akane se gira hacia él y asiente levemente.

—Es importante, para la armonía de la mente y el desarrollo de los dones, que la convivencia con el espíritu sea cómoda y respetuosa.

—Las anomalías dejaron de atacarte cuando también tú dejaste de hacerles daño —opina Kai—. Y está claro que ahora te protegen… con todas las consecuencias.

La consecuencia es un gran *yokai* al que los misiles antitanque no hieren convertido en polvo en el cementerio de Aoyama.

—Me encantaría explorar los límites —dice entonces Markel. De nuevo, le brillan los ojos castaños y la diversión arrastra las cenizas del recuerdo del *yokai.*

—Nada de experimentos —sentencia Neal, que dedica una mirada

a Kai.

Debe de estar pensando en el disparo.

—Simplemente quería que lo supieras —declara entonces Akane, que apoya las manos en las rodillas y se pone en pie con una elegancia que no puede aprenderse—. Sigo pensando lo mismo que te dije cuando acudiste a mí por primera vez: los *kami* te han hecho un regalo. No lo desperdicies intentando comprenderlo.

Akane se marcha y, tras ella, Mikan abandona la estancia.

—Sabía que el maldito zorro no era normal —murmura Kai.

Me quedo mirándolo. Contemplo también a Markel, que sigue en su sitio; él completamente vestido, con una camiseta de manga corta y un chándal, y tan empapado en sudor como el resto.

También me aparto un poco de Neal para poder mirarlo a los ojos.

—¿No tenéis miedo?

—Tengo miedo de muchas cosas, Kiera. Ya te lo dije: tú no eres, ni serás nunca, una de ellas.

Quiero responder, pero me doy cuenta de que no sé hacerlo sin romperme.

—Kiera. —La voz de Kai es un susurro sin diversión. Tampoco encuentro provocación en sus ojos azules—. Sé que no te gusta hablar de esto, pero… lo siento, tengo que preguntártelo.

La punzada de decepción que me asalta me deja sin aire.

Sin embargo, me obligo a responder:

—Dispara.

—La oscuridad te cura… parece curarlo todo —empieza, y al principio no entiendo de dónde procede ese tono sombrío—. ¿Podrías… pasárselo a Hikari?

Oh.

Si Hikari gozara de la misma condición que yo, su enfermedad desaparecería. No harían falta más viales. Se acabaría la lucha constante por sobrevivir.

—No sé cómo lo hicieron —respondo, con sinceridad—. Si lo supiera te lo diría para que Aya lo intentase, pero… Lo siento mucho. No tengo ni idea.

Cuando cierra los ojos parece dolerle físicamente. Inspira con fuerza.

—¿Eso es… todo? —vacilo.

—Sí, Amell. Eso es todo. —Me dedica una sonrisa que solo podría esbozar Kai Inoue, amplia y desenfadada, una sonrisa que no encaja mucho con el fin del mundo—. ¿La oscuridad te protege y las anomalías matan a grandes *yokai* por ti? De puta madre, me alegra estar en tu bando.

Se me escapa una risa estrangulada que llega sin avisar.

—De acuerdo. —Alzo el mentón y le señalo la pierna—. Pásate por mi cuarto después de bañarte. Te curaré eso otra vez.

Kai asiente e intenta ponerse solo en pie.

Algo debe de resonar dentro de Neal, que se apresura a ayudarlo, para sorpresa de Markel… y mía, y creo que del propio Kai.

Vaya.

Markel los mira marchar sin decir nada, con el pelo revuelto y expresión consternada.

Voy a preguntar, pero resulta que no tengo que hacerlo.

—¿Se pondrá bien?

Sigo la dirección preocupada de su mirada.

—Son heridas superficiales, dolorosas pero leves. Se ha recuperado de cosas peores —respondo—. Pero puedes preguntarle cómo está.

Se gira hacia mí como si le hubiera sugerido dar un paseo a la luz de la luna.

—No. No puedo.

—¿Por qué?

Markel traga saliva. Lo veo en la nuez de su garganta.

—Es Kai.

—Sí, sí que lo es y creo que siempre lo será, pero no es el Kai de antes.

Aprieta los labios en una línea delgada.

—Es el Kai que casi mata a Anna.

Esta vez, soy yo la que ha de tragar saliva y guardar silencio.

光

44

MARKEL

A las afueras de Tokio

10 días para el solsticio de verano

Mis ingenieros me envían reportes a cada hora.

Recibo noticias de todos los rincones de Japón, de las labores de búsqueda, de los equipos que adaptan las bombas para integrarlas en misiles intercontinentales o de quienes acondicionan plataformas capaces de lanzarlos.

Nuestra capacidad de coordinación es… brutal. Miles de personas trabajan a lo largo de todo el Imperio, cada cual con una labor: desde la más sencilla hasta la más relevante, y todos saben que cada uno de ellos es imprescindible para que esto funcione, así que cumplen con suma diligencia.

Llegados a este punto mi cometido pasa solo por ofrecer alternativas cuando algo falla, idear planes de actuación donde otros

encuentran dificultades y supervisar que todo avance como debe.

Los militares trabajan en la protección y la seguridad en paralelo. Algunos misiles saldrán desde lugares apartados y de difícil acceso, pero la logística no es fácil y en algunos casos hemos decidido ganar tiempo armando plataformas en los propios lugares donde aparecieron las bombas.

Me llegan imágenes de equipos trabajando en plena calle, en las propias ciudades; civiles alrededor del perímetro, observando cómo arman una plataforma para misiles junto a su cafetería favorita. Es, cuanto menos, inquietante; pero no hay mucho margen para la ocultación o la seguridad.

He tratado de dormir unas pocas horas antes del amanecer, pero he sido incapaz. En lugar de eso he esperado a que amanezca leyendo reportes y asistiendo a los ingenieros.

Quedarme a solas y en silencio implicaba pensar en Alexa, la pobre Alexa… que ha sido asesinada por la mujer que amaba, por querer salvarla, y por querer ayudarnos a nosotros.

La culpa me retuerce las tripas y prefiero no enfrentarme a ello todavía.

El sol apenas ha salido cuando oigo voces fuera y retiro los paneles que dan al jardín. Allí, descubro la figura menuda de Anna, que está despidiéndose de Akram.

La hierba está mojada por el rocío y las consecuencias de la última tormenta aún se advierten en las ramas arrancadas y las hojas desperdigadas.

Cuando Akram le da la espalda, Anna no se marcha aún. Espera hasta que él se sube a la moto y se larga.

Solo entonces, vuelve a la casa. Le hago un gesto para que me vea

y cambia el rumbo hasta que llega a mi lado y se deja caer en el porche junto a mí.

—¿A dónde va?

—Lejos de mí —contesta, con un pesado suspiro.

Arqueo una ceja.

«He cortado con él… o algo así», se pasa a la lengua de signos.

«¿Qué ha pasado?».

Anna esboza una sonrisa de disculpa.

«Que estaba enamorado».

«Creo que eso te lo podríamos haber dicho cualquiera», respondo.

Anna suspira y echa la cabeza hacia atrás antes de cerrar los ojos.

Espero hasta que vuelve a mirarme para decir:

«Y además tú ya lo sabías. ¿Qué ha cambiado?».

Se muerde el labio inferior.

«Que ahora me importa un poco más hacerle daño». Hace una pausa. «Ayer nos acostamos», confiesa.

—¡Anna…!

«Ya lo sé. Ya lo sé… A mí me apetecía y parecía que a él también… pero después estuvo claro que no significó lo mismo para los dos y los remordimientos han podido conmigo».

Suelta un pesado suspiro y se pasa a la voz para apoyar las manos en el porche y dejarse caer un poco hacia atrás:

—Ya sabía lo que sentía por mí antes de meterme en su cama. Eso me convierte en una persona horrible. —Guarda silencio y el rostro dulce se le contrae un poco—. Debe de odiarme.

Le apoyo una mano en el hombro.

—No soy quién para juzgar a nadie, pero al final has hecho lo correcto, ¿no? Todos metemos la pata a veces. No seas tan dura

contigo.

Anna deja escapar un resoplido.

El sonido de unos *fusuma* al abrirse me alerta y Anna sigue también el movimiento de mi cabeza cuando me giro para contemplar cómo dos figuras salen al jardín un poco más allá.

Kai y Kiera.

Ambos nos dedican una mirada, pero solo Kiera alza la mano y nos saluda, vacilante.

La baja enseguida para apresurarse a llegar a la altura de Kai y tenderle el brazo.

Parece que van a pasear.

Ver cómo se apoya en ella, advertir la fragilidad de su pisada y el dolor que seguro ha de sentir remueve algo en mí.

Anna me da un codazo para que la mire.

Me dedica una sonrisa que ensancha esos labios rojos.

«Tú tampoco tienes que ser tan duro contigo».

No lo entiendo. No lo entiendo hasta que alza la cabeza y veo que señala a Kai.

Sigue caminando lentamente acompañado de Kiera, que parece decirle algo.

—Está bien si él y tú… —dice, en voz alta, para llamar mi atención.

Aprieto la mandíbula y sacudo la cabeza.

—No significa nada —susurro—. No para él.

«Creo que te equivocas», responde.

Y yo estoy a punto de contestar, de contarle lo que se me pasa por la cabeza, los remordimientos y la culpa y hablarle de ese hilo rojo que me mantiene irremediablemente unido a él.

Pero me detengo a tiempo.

Es tan buena que está dispuesta a aceptar que su mejor amigo, que yo, sienta algo por una persona que le ha hecho tantísimo daño…

No. Ni hablar.

Quizá nunca sea capaz de odiar a Kai, pero no pienso dejar que ella me consuele de ninguna forma, no cuando se trata de *él.*

—Hace un poco de frío —miento—. ¿Vamos dentro? Tengo hambre.

Anna se piensa si replicar.

Se muerde el labio inferior, echa un último vistazo al jardín, por el que Kiera y Kai se alejan y, finalmente, decide callar.

«Aún no me creo lo de Alexa», dice entonces, de camino a la cocina.

—Tampoco yo. — La culpa vuelve a arañarme desde dentro—. Tuvimos que haberla sacado cuando aún podíamos. Tuvimos que haber hecho más…

Anna se detiene y me da un golpecito en el hombro para que la mire.

«Pudo haberse marchado con Kiera y Kai, pudo haberse negado al plan. Pero estaba enamorada y decidida a salvar tanto la vida como el alma de Echo».

—Eso lo hace aún peor —reconozco.

Esta vez, Anna no me lleva la contraria.

Mientras tomamos un té los dos nos preguntamos cómo vamos a contárselo a Hikari.



45

NEAL

Skytree

8 días para el solsticio de verano

Aya y Mitsuki se reúnen hoy con nosotros en el Skytree.

Votamos y, al final, decidimos contarles la verdad. Ni Kai ni yo estamos de acuerdo, pero la mayoría piensa que deben saberlo. Mitsuki ha sido la líder rebelde todos estos años, y sé que Anna, Riku y Markel le guardan una lealtad reservada solo a los buenos dirigentes.

Así que no hay nada que hacer.

Kiera vota en blanco.

Tanto la médica como la rebelde aguardan en silencio mientras Markel les pone al día del plan.

Debía ser hoy, porque mañana pondremos en jaque a Raine Andrews frente a todo el mundo.

Mitsuki, que lleva el pelo negro y largo recogido en un moño, observa las simulaciones con estoicidad mientras Aya, en cambio, se hunde cada vez más en su asiento.

Cuando termina de hablar, es la médica la que interviene:

—No podéis hacer eso. Es una barbaridad. Poner al mundo bajo esa presión, una amenaza de ese calibre… No sabéis cómo reaccionará la gente, los gobiernos…

—Es la única forma de asegurarnos de que Andrews acepta detener la cuenta atrás —digo yo.

Aya apoya las palmas de las manos sobre la mesa y sacude la cabeza. El pelo rubio, que hoy lleva suelto y largo, le cae sobre el rostro cuando se inclina un poco adelante.

—¿Y si no cede?

—Si no cede enviaremos las bombas al mar.

—Pero liberaréis a las anomalías —susurra, con voz ronca—. Quizá no matéis a esas personas directamente, pero miles morirán. El mundo no está preparado.

Me mantengo firme, pero no puedo evitar que los remordimientos arañen las paredes de mi mente.

—No es cosa nuestra —dice entonces Mitsuki. Se ha mantenido callada durante todo el tiempo, con esa expresión impasible que hace imposible adivinar qué piensa—. Raine Andrews amenaza a millones en Japón. El mundo lo sabe y no hace nada. ¡Nos ha dado la espalda! Este plan… solo es un aliciente para obligarlos a hacer lo correcto. No han sido capaces cuando sus vidas no corrían peligro, pero tal vez ahora sí quieran escucharnos.

Aya sacude la cabeza con fuerza, como si no diera crédito.

—Las personas que morirían por las anomalías no tienen la culpa

de que sus líderes nos hayan dado la espalda. Me apuesto lo que queráis a que ninguno de los muertos pertenecerá a la Cumbre, ni al gabinete de Andrews… Pagarán los inocentes.

—Solo si Andrews no colabora. El arma no es nuestra —responde Mitsuki, con aplomo—. Nos han apuntado y nosotros hemos desviado el cañón. Si ella no recula, la bala que se dispare no será responsabilidad nuestra.

Veo cómo Kiera se yergue un poco en su asiento.

También a mí me impresionan sus palabras, pero envidio la seguridad que transmiten y me pregunto si yo también podré fingirla cuando mañana dé el comunicado.

Todos guardamos silencio y es Aya quien vuelve a romperlo.

—Tengo gente ahí fuera. Gente querida.

—Y estarán bien —le asegura Anna, con voz cándida—. Diles que se protejan hasta que pase el caos, que refuercen las medidas frente a las anomalías por si acaso…

—Andrews cederá —insiste Markel, con inquietud—. Tiene que hacerlo.

No hay más que hablar.

Decido hacer una última pregunta antes de que se marchen.

—¿Alguna sabe qué ha sido de Echo?

Ambas sacuden la cabeza.

La mención de la Emperatriz trae consigo otro recuerdo, el de Alexa, que tiene un efecto parecido en todos nosotros. Markel se muerde los labios, Riku aparta la mirada y se encoge un poco sobre sí mismo.

—Debe estar viva —sugiere Mitsuki—. Si hubiera muerto Ryosuke se habría asegurado de que todo el Imperio lo supiera.

—Debería pagar por lo que le hizo a Alexa —dice entonces el pirata, con una voz llena de rabia y dolor.

Ninguno dice nada. Ninguno se atreve a prometer justicia en un mundo como este.

Aya vuelve a intentar disuadirnos antes de marcharse, pero sabe que no tiene nada que hacer. Acepta mi oferta para hacer un par de llamadas y después abandona el Skytree. Mitsuki no. Mitsuki se queda por si necesitamos su ayuda.

Esta noche, cuando Kiera cae rendida por el sueño, observo su silueta de medio lado, las curvas delicadas bajo las sábanas, la suave respiración que mueve con lentitud su cuerpo… Me quedo mirando sus largas pestañas, los labios hermosos entreabiertos y ese cuello que tanto amo besar reposando con suavidad sobre la almohada.

Y cuando la calma que me confiere mirarla no es suficiente me pongo en pie y me refresco en el lavabo.

Me quedo aquí un rato, contemplando mi reflejo; el pelo rubio oscuro un poco despeinado, el calor que enciende mis mejillas y sobre la clavícula la marca de un beso que a Kiera se le ha ido de las manos…

Y me digo que estos rasgos que son tan familiares para mí mañana serán conocidos en cada rincón de la Tierra.

Serán los rasgos de la persona más aterradora del mundo.

光

46

MARKEL

Skytree

7 días para el solsticio de verano

Nos reunimos en el Skytree.

Neal Kellum parece el comandante que es.

Viste el traje de los aniquiladores con el emblema de Byakko, aunque ahora comanda las cuatro unidades. Tiene el pelo rubio peinado hacia atrás y una expresión entre furiosa y decidida que no me gustaría que dirigiera hacia mí.

El equipo está preparado. Moe Standen lo ha arreglado para que el discurso de hoy se retransmita a todos los lugares del mundo. Algunos gobiernos intentarán restringirlo cuando se enteren de lo que hacemos, pero las redes se encargarán de que el mensaje llegue a cada persona del planeta.

Todos van a escuchar a Neal Kellum.

Hubo conversaciones para decidir quién haría el anuncio. Se barajó la posibilidad de que lo hiciera Ryosuke, pero si esto sale bien, cuando pase el peligro, necesitaremos un líder que todo el mundo exterior no quiera ver muerto; alguien en quien el pueblo, y el resto de dirigentes, confíe, y este mensaje enturbiaría su imagen. Así que no podía ser él.

Kiera se ofreció también.

Al fin y al cabo, su imagen está bastante manchada desde que pilotó mi Scorpion V y cree que los soldados que la han visto luchar en la oscuridad ya la temen lo suficiente como para que no importe si estropea o no su reputación.

También yo me ofrecí, aunque me da pánico hablar en público y pensar que millones de personas me estarán escuchando. Pero Kiera dijo que tengo cara de bueno y, por suerte, no me dejaron hacerlo.

Neal se negó a permitir que nadie tomara ese rol además de él.

Ahora se encuentra de pie frente a la cristalera del mirador del Skytree, que muestra una vista perfecta de la ciudad. La luz, que caerá en cualquier momento, es anaranjada a su espalda. Se mantiene recto, con la mirada clavada al frente, en las cámaras que los técnicos ponen a punto mientras Kiera, a su lado, repasa el discurso que hemos preparado entre todos.

—Un minuto —anuncia uno de los técnicos.

Kai, que aguardaba en una esquina, se aparta de la pared con aire indolente y andar seguro. Ya no cojea.

—Eh, todavía estás a tiempo de permitir que el asesino de mierda dé el mensaje por ti —sugiere.

Neal lo observa con una ceja arqueada. También Kiera parece sorprendida de su ofrecimiento.

—No —responde, con rotundidad, aunque no hay crudeza en su tono—. Tengo que ser yo; tiene que ser alguien con poder, relevancia y credibilidad. Si das tú el mensaje perderemos mucho tiempo mientras intentan averiguar si las amenazas se sostienen.

Kai alza las manos y se encoge de hombros antes de dar un paso atrás.

—Como quieras.

Todos debemos salir de pantalla. Kiera es la última en abandonar el plano. Antes se pone de puntillas, le dice algo rápido al oído y le da un beso en los labios que ablanda ligeramente esa imagen feroz de comandante.

Ya solo frente a las cámaras, un técnico alza el dedo para iniciar la cuenta atrás y Neal se prepara. Se cuadra, cruza las manos tras la espalda y alza el mentón.

Estamos en el aire.

—Soy el comandante de todos los ejércitos del Skytree, Neal Kellum —empieza, directo—. Muchos me conocéis ya porque la campaña de desprestigio de Raine Andrews me ha señalado en los medios exteriores como rebelde, traidor y terrorista. Hoy vengo a complacer a la señora Andrews para demostrarle que puedo ser todas esas cosas para defender el Imperio en el que vivo junto a millones de personas. Todos habéis visto las bombas que se niega a reconocer. Como bien sabéis, hemos contado con expertos de todo el mundo para intentar desactivarlas, pero todos han llegado a la misma conclusión: solo la persona que las ha puesto ahí alberga ese poder, y si Raine Andrews se niega a reconocerlo, durante el solsticio de verano, dentro de una semana exactamente, la carga de esas explosiones será suficiente para exterminar a toda la isla. —Neal

hace una pausa y permite que la gravedad del tono cale lentamente en quienes lo oyen—. Por eso, nos hemos visto obligados a tomar una decisión imposible pero necesaria. Washington D.C., Chicago, Los Ángeles, Berlín, París, Londres, Pekín, Moscú… Las bases de submarinos nucleares en Bangor, Kings Bay y Hainan. Las bases aéreas de Ramstein, Alemania; Aviano, Italia; Lakenheath, Reino Unido. Las bases navales de Brest, Francia; Rota, España; Portsmouth, Reino Unido. Las bases militares en Dakota del Norte, Wyoming, Siberia, los Urales, el desierto del Néguev, Xinjiang y Gansu. —El comandante Kellum hace una pausa deliberada, pero no da demasiado tiempo para sacar conclusiones; quiere ser él quien transmita la devastadora noticia—. Son solo algunos de los objetivos hacia los que hemos dirigido los misiles en los que hemos integrado las bombas de Raine Andrews. Si no las desactiva y las destruye, no solo liberaremos a las anomalías, también arrasaremos el mundo entero. Estamos seguros de que no hemos encontrado todas las bombas y es probable que millones mueran en esta isla igualmente, pero morirán muchos más en el resto del planeta si Andrews no lo detiene. Eso es todo.

La retransmisión se corta. Los técnicos, que no estaban enterados de qué tipo de mensaje iban a grabar, salen lentamente de detrás de las cámaras sin dejar de mirar a Neal.

Su comunicador rompe el silencio en el que nos habíamos sumido.

—Es Standen —declara, sin descolgar—. Seguro que le han encantado mis declaraciones.

Kiera les hace un gesto a los técnicos, que abandonan la sala sin murmurar palabra.

—No puedes decirle la verdad —le advierte—. Nadie puede saber

que se trata de un farol.

—Pero tampoco nos conviene cabreado —apunta Kai—. Piensa cómo le dices «eh, tranquilo, destruiremos el mundo si Andrews no cede, pero no hay de qué preocuparse».

—Algo pensaré —gruñe Neal y se gira hacia la puesta de sol sobre Tokio.

Kiera se le acerca por la espalda. Le rodea los hombros y apoya en él la cabeza en un gesto que me parece tan íntimo que he darme la vuelta.

Cuando lo hago, Kai ya ha desaparecido también.

Esta noche nos quedaremos aquí.

Me duele la cabeza de pensar. No he dormido mucho los últimos días o directamente las últimas semanas. La conciencia no me deja descansar. Sé que lo que hacemos es un farol necesario, pero jugar con algo así me quita el sueño por las noches y me hace sentir terriblemente miserable.

Las redes deben de haber estallado, también los noticieros y las redacciones de todos los periódicos del mundo, que mañana amanecerán con una preciosa foto del guapísimo comandante Neal Kellum recortado contra la puesta de sol mientras amenaza con destruir el mundo.

Antes de darme cuenta, he llegado a una puerta frente a la que no debería estar.

Paso sin llamar al interior de un cuarto amplio de enorme cristalera por la que entra la luz anaranjada del crepúsculo.

Kai se encuentra en la cama, sentado en el borde con la pierna estirada, lo que me hace pensar que quizás estuviera a punto de hacerse alguna cura.

—¿Aún te duele? —pregunto.

Mira por encima de mi hombro y arquea lentamente una ceja oscura.

—Creo recordar haber dejado ya claro qué espero de un hombre que se presenta solo y al anochecer en mi cuarto.

Trago saliva y, como cada vez que me provoca, el deseo se entrelaza con la sensación de estar haciendo algo prohibido.

Me armo de valor y mando callar a esa vocecita que grita desde el fondo de mi pecho que esto es una terrible idea, igual que lo fue aquella otra noche.

Camino hasta rodear la cama y dejo que me observe con el descaro que lo caracteriza.

—¿Te duele o no? —insisto, y yo mismo me sorprendo con lo firme que suena mi voz.

—No —contesta, con seguridad, y apoya las manos a ambos lados de su regazo.

—Bien.

Doy otro paso al frente bajo su atenta mirada y frunce aún más el ceño cuando subo una rodilla a la cama, le rodeo la nuca con la mano y voy a sentarme sobre él cuando, con voz ronca, me advierte:

—Markel, no.

Siento el calor de su cuerpo bajo el mío, pero también la barrera que ha trazado con una sola palabra.

Me sostiene la mirada con esos ojos azules y tan fríos. Las dos serpientes de su cuello asoman bajo mis dedos.

—¿Por qué? —inquiero.

Su expresión permanece intacta; no muda ni un poquito. El deseo solo consigue abrirse paso hasta su mirada. Se le dilatan las pupilas

y algo denso flota entre los dos, pero él lo contiene.

—Porque no voy a portarme bien.

Ni siquiera me ha tocado, pero todo mi cuerpo se retuerce ante la expectativa.

—Me alegra saber eso —me atrevo a responder—. No quiero que te portes bien.

Y me subo a su regazo.

Siento, en un solo roce, lo mal que quiere portarse y me inclino sobre él para besarlo sin soltar su nuca. No me corresponde al principio. Sus labios son una línea inamovible hasta que un gemido ronco escapa de su garganta y ceden a la invasión.

No se mueve un centímetro, pero se tensa. Lo siento bajo mi cuerpo, en los dedos que clava en el colchón.

Y yo me propongo cambiar eso.

Deslizo la mano por su pecho, se la bajo por el estómago y el abdomen y cuando llego a la cinturilla de los pantalones me detiene de nuevo.

Me agarra con fuerza por la muñeca y se aparta de mí con los labios enrojecidos y la mirada ardiendo.

—No —gruñe.

Pero lo ignoro.

Me inclino sobre él y le robo otro beso que, esta vez, hace suyo enseguida en movimientos amplios y profundos que le quitan toda autoridad a sus palabras. Cuando bajo la mano hasta sus pantalones y se la deslizo sobre la polla, reacciona.

Esta vez, no me agarra por la muñeca. Sus manos me apresan por la cintura y un segundo después estoy sobre la cama y debajo de él.

El corazón se me desboca y la piel me arde por la anticipación,

pero Kai se detiene ahí.

El pelo oscuro se le escapa del moño que lleva en la nuca y los mechones le caen a ambos lados del rostro, enmarcando una mirada entre furiosa y anhelante.

—Necesito que seas muy claro —susurra y algo denso se desliza por mis venas ante el tono ronco y oscuro—. ¿Quieres follarte a la persona que casi se carga a tu mejor amiga?

Eso debería enfriarme. La mera mención me oprime la garganta y me pone las tripas del revés, pero hoy no quiero pensar.

Lo necesito.

Alargo el brazo, lo tomo del cuello y tiro de él ante una mirada de completa turbación.

Me besa, pero se aparta enseguida y me contempla con el ceño fruncido.

—No sabes las cosas que he hecho, pero las imaginas, ¿no?

—Kai, por favor, no quiero hablar… —suplico.

—Oh, ¿no quieres hablar? —me provoca, con tono duro—. Entonces, escúchame. He torturado hasta la muerte a hombres con las mismas manos que quieres sobre tu cuerpo. Les he arrebatado la vida a personas inocentes, desarmadas e inofensivas mientras suplicaban y lo he hecho sin parpadear.

—Kai —protesto, impaciente—. Basta ya. Ya sé quién eres, ya sé las cosas que has hecho, pero quiero esto… lo *necesito.*

Él me contempla como si no diera crédito, con un brillo acerado y peligroso en los ojos azules. Ladea la cabeza.

—Follé contigo para tenerte entretenido mientras me acercaba a Anna.

Las palabras se me clavan en el pecho. Es lo que había imaginado,

lo que tanto temía.

Kai Inoue, mi sueño adolescente, regresando cinco años después para volverse loco por mí. Era demasiado bueno para ser verdad.

Puede que no le guste, que no le haya gustado nunca; pero también me confesó que hizo encantado algunas cosas… y el cuerpo no miente. Piense lo que piense sobre mí, le pongo.

—No me importa —declaro, con seguridad, y procuro apartar a un lado esos sentimientos retorcidos que despierta la declaración.

Kai se inclina sobre mí hasta que nuestros rostros quedan a un palmo de distancia.

—Me habría follado a cualquiera. Solo resultó que tú estabas ahí.

Reconozco que eso sí me duele.

—¿Por qué estás siendo tan gilipollas?

Kai se incorpora y, por fin, la sorpresa desaparece de su rostro para dar paso a una expresión satisfecha, como si hubiera buscado tocarme las narices desde el principio.

—¿Lo soy? —pregunta, y sonríe de lado, pero el calor no llega a la comisura de la boca—. Será mejor que te largues.

—No pienso marcharme —replico.

De nuevo, la ira le surca el rostro. Se pone en pie, da un paso atrás y me hace un gesto brusco.

—Entonces, de rodillas.

No sé qué le pasa, ni a qué viene este cambio de actitud desde la última vez; pero no me importa.

¿Quiere ser un imbécil? Bien. No necesito amabilidad. ¿Quiere hacerlo duro? Genial. Que no quede margen para pensar.

Me incorporo, me levanto hasta que estamos a unos centímetros de distancia y le sostengo la mirada desafiante mientras doblo una

rodilla y…

—¡Mierda, no! —exclama y me agarra del brazo—. ¿A ti qué te pasa? ¿Vas a dejar que te trate así?

Me incorpora con brusquedad y yo parpadeo, confuso, sin entender nada de nada.

—Quiero echar un polvo —le digo, por toda respuesta.

Kai gruñe, se lleva las manos a la cabeza y se da la vuelta mientras resopla de pura frustración.

—No es un buen motivo —me recrimina—. Porque después te odiarás y me odiarás a mí, y no serás capaz de mirarme a la cara, como después de la última vez.

—¿Y qué te importa eso a ti?

—Me importa mucho —replica, sin pensar.

No hay ni rastro de ira en los rasgos hermosos de su rostro. Es otra cosa, más complicada y difícil de ubicar, lo que centellea en esos ojos expresivos.

—Aunque para ti sea solo un cuerpo que está a mano, sé que te gusta hacerlo conmigo —suelto, con un valor que no creo tener—. Así que, ¿qué más da? El mundo se acaba. En siete días probablemente estemos muertos.

Se me queda mirando con la boca abierta y sacude lentamente la cabeza antes de soltar una carcajada áspera. Se pasa la mano por el cabello, y en ese movimiento nervioso acaba soltando la cinta de cuero con la que se lo ata para arrojarla al suelo.

—Es mentira, Markel —gruñe, de nuevo furioso.

Esta vez, soy yo quien frunce el ceño.

—¿A qué te refieres?

—¡A todo! ¡Todo es mentira! No quiero echarte un puto polvo. No

puedo ni mirarme en el espejo sin recordar lo que le hice a Anna y las pesadillas no me dejan dormir.

Me quedo contemplándolo, a la espera de que detenga su caminar nervioso frente a mí.

—Ahora tienes… ¿remordimientos?

—Claro que los tengo. Los he tenido siempre, pero el *amai doku* los mitigaba. Ahora, sin él… apenas es tolerable. Me duele todo el cuerpo por el mono, los brazos, las piernas, la cabeza… Me duele respirar; pero lo más doloroso son los recuerdos. —Se lleva la mano al pecho—. Pensar en Hikari, en lo que le he hecho con mis decisiones. En lo que te he hecho a ti… No quiero seguir interpretando este papel. Ya no. No puedo.

Me quedo helado y él parece tan sumamente agotado…

—¿Qué papel? —murmuro.

Kai resopla y se aparta el pelo negro de la cara.

—El de esa persona que es tan fácil despreciar. No lo soporto, porque ahora ni siquiera eso te mantiene lejos. Y no quiero echarte *un puto polvo* —repite, despacio, marcando cada palabra.

No lo comprendo.

—De acuerdo. Me queda claro. —Se me hace un nudo en el estómago, pero procuro no derrumbarme, no delante de él—. ¿Tan mal ha estado?

Kai me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza.

No responde, así que me siento obligado a aclarar:

—¿Tan poco te ha gustado hacerlo conmigo?

Abre la boca y me pregunto si no habría sido mejor quedarme callado. Que el mundo se acabe no significa que estas cosas no me duelan.

—¿Pero tú te oyes? —replica, sin embargo—. Que no quiera meterme en esa cama contigo no tiene que ver con las ganas que tengo de hacerlo… que son *muchas,* por cierto. No quiero follar contigo porque la última vez, cuando te largaste después incapaz de mirarme a la cara, me sentí el hombre más miserable del mundo.

Trago saliva.

¿Qué puedo decirle? ¿Debería pedirle perdón? No me parece honesto por mi parte, porque es probable que hoy hubiese vuelto a hacerlo.

Aun así, esa mirada, la forma en la que me contempla… me parte el alma por la mitad y decido darle una verdad que sí puedo compartir:

—No me gusta verte sufrir —reconozco y todo eso que he estado reprimiendo, las voces, el miedo a la muerte y al dolor, la culpa por traicionar a Anna… regresan en tropel a mi pecho—. No pretendo hacerte daño, pero no te he perdonado por lo que hiciste.

Se me queda mirando en silencio, con esos ojos claros y profundos que, de pronto, adquieren otro matiz.

Dos gotas ruedan por sus mejillas y tardo un rato en comprender que son lágrimas.

—No creo merecer tu perdón —susurra, pero no le tiembla la voz —. No me atrevo a soñar con algo así, pero estoy cansado de fingir que puedo soportar que me mires de esa manera, que creas que soy tan hijo de puta como para no sentir nada por ti.

El corazón se me quiebra y se me detiene al mismo tiempo al ver sus lágrimas.

El alma tira de mí en dos direcciones. El miedo me arrastra a la puerta que tengo a mi espalda y sé, en lo más hondo de mi ser, que

Kai me dejaría cruzarla sin hacer preguntas ni pedirme nada nunca más.

Pero lo que necesito es quedarme, alzar la mano, deslizar el pulgar por su mejilla húmeda.

Y ese gesto parece romperlo a él, que aprieta la mandíbula, da un paso atrás y se seca él mismo unas lágrimas que ahora parecen incontrolables.

—¿Sientes… algo por mí? —inquiero, aprovechando este repentino impulso de sinceridad—. Entonces, lo que hicimos… ¿te gustó?

Me mira como si fuera tontísimo.

Se seca las lágrimas con el antebrazo en un gesto brusco y torpe que no encaja bien con Kai Inoue.

—Markel… Mierda… Estoy jodidamente enamorado de ti y eso me destroza porque sé que nunca voy a merecerte.

Dejo de respirar.

Se me detiene el pulso.

—¿Desde cuándo? —me atrevo a preguntar.

Él no se lo espera. Seguro que de todas las respuestas posibles no imaginaba esta. Sin embargo, sacude la cabeza, vuelve a secarse unas lágrimas que se me clavan entre las costillas y cierra un segundo los ojos.

—Desde el principio. Yo qué sé. Esa mierda del *amai doku* no me dejaba pensar con claridad.

Y entonces, contra todo pronóstico, también yo soy sincero antes de poder detenerme.

—Yo también te quiero.

Sus ojos se ablandan de forma lenta y visible. Algo cálido los embarga y los ensancha, y lo deja sin palabras.

—Markel…

Sacudo la cabeza para detenerlo.

—Estoy cansado de castigarme por quererte. He intentado parar, pero no puedo controlarlo. Sé que has hecho cosas terribles, pero cuando te miro… solo veo lo mucho que quieres a tu hermano, la lealtad que inspiras, lo fuerte y valiente que eres…

Me obligo a detenerme.

Kai lo entiende, porque inspira con fuerza y con voz queda, dice:

—Y eso te hace sentir terriblemente mal.

No quiero mentirle, así que guardo silencio y él comprende que no se equivoca.

—Ya te lo he dicho, no busco que me perdones. No se me ocurre pensar que lo merezca… Pero no soporto que me mires así. —Le tiembla la voz. A Kai Inoue le tiembla la voz al hablar y a mí me cuesta respirar—. Creía que podría, pero… Lo siento. Soy incapaz.

Kai me da la espalda, pero esta vez no se detiene frente al ventanal.

—¡Kai! —lo llamo, pero él sigue avanzando—. ¡Kai!

Atraviesa el vestíbulo y abandona su propio cuarto.

Me dejo caer en la cama, me tumbo, y me doy cuenta de que ya no sé si tendré fuerza de voluntad suficiente para levantarme. Me pesa demasiado el alma.

光

47

KIERA

Skytree

5 días para el solsticio de verano

—Hola, mamá. Hola, papá. —La voz de Neal, siempre segura, suena ahora un poco vulnerable—. Allison, Sarah…

Su familia se encuentra al otro lado de la pantalla. Neal dice que las reuniones familiares solían ser mucho más extensas, pero hoy están solo los cuatro: sus dos hermanas pequeñas y sus padres.

—Neal. —Es su madre la que habla. Tiene algo parecido a él, tal vez sean los ojos, o la expresión de la boca… Es una mujer muy guapa—. ¿Es cierto? ¿Lo que hemos visto en las noticias es de verdad?

Como pensábamos, el mundo entero ha estallado frente a la amenaza.

Se descartó enseguida que fuera un montaje. Los medios no hablan de otra cosa y la gente… se ha vuelto loca. Algunos se atrincheran ya en sus casas, otros han empezado a migrar, huyendo de los puntos que Neal señaló… aunque hay más, muchos más.

Han emitido listas: todos esos lugares que pueden ser objetivos estratégicos en un ataque.

Las fronteras de todos los países han colapsado, la gente muere en las carreteras. Los aeropuertos son intransitables y los lugares seguros… se atrincheran para resistir *invasiones* externas.

Hay conflictos, revueltas… La tensión ha reventado ya varias veces.

Ante el miedo y la impotencia, quienes se sienten acorralados han reaccionado de forma violenta: enfrentamientos de civiles por recursos, manifestaciones que acaban con sangre, linchamientos públicos a quienes exigen responsabilidad…

La gente está matando para salvarse.

Aunque Raine Andrews sigue ilesa, e impune.

Neal aprieta la mandíbula.

No somos tan ingenuos como para pensar que esta conexión no está comprometida. No solo Moe Standen estará al tanto de todo lo que se diga aquí hoy: todos los gobiernos deben tener también un ojo puesto en las comunicaciones privadas del comandante Neal Kellum, el hombre que tiene en sus manos el poder de destruir el mundo.

—¿Es verdad, Neal? —insiste su madre, cuando él tarda demasiado en responder—. ¿Lo que dicen en las noticias de ti es verdad?

—Sí, es cierto —contesta, con aplomo.

Su madre se lleva la mano a la boca y da un paso brusco atrás, buscando apoyo en su marido, que le pasa un brazo protector por los hombros y la estrecha contra sí. Es un hombre alto, como Neal.

—¿Por qué haces algo así, hijo? —le pregunta el padre.

—Porque mi deber es proteger a mi gente —contesta.

Lo hemos ensayado, cada palabra, cada gesto… pero nada se le parece a esto. Nada se le acerca a lo que debe de estar sintiendo al mirar a su familia a la cara para decirles que está dispuesto a matarlos.

—No lo entiendo —murmura Sarah. Es la menor de los tres hermanos y se parece tanto a Neal que se me encoge el corazón. Tiene sus rasgos, pero más dulces en un rostro femenino y de una belleza casi escandalosa—. ¿No hay otra solución? Hemos visto lo que ha pasado, lo de las bombas… ¿Es que nadie puede ayudaros a desactivarlas? No puede ser que tengáis que destruir el mundo para salvaros vosotros.

«No. No lo destruiremos».

«No. No dejaremos que eso ocurra».

Imagino lo que puede estar pensando Neal, el dolor al tener que sostener esa mirada suplicante y decir:

—Lo siento en el alma, pero no hay otra opción y es mi deber.

—Siempre has sido un buen hombre —le dice su padre, con voz grave—. Por eso me cuesta creer que pienses que esto es lo mejor para todos.

—No sé si es lo mejor para todos, pero sí sé que es lo mejor para la gente a la que he de proteger.

—¿Y qué pasa con tu familia? —solloza su madre, todavía en brazos del padre—. ¿Qué pasa con tus hermanas?

Neal abre la boca. Lo hemos ensayado. Está preparado… y él no es capaz de seguir con esto.

Doy un paso adelante, lo agarro de la mano y, tras una mirada, se atreve a decir:

—Raine Andrews puede parar esto. Si lo hace nadie tendrá que morir.

—¿Y si no es ella? —inquiere su madre—. ¿Y si dice la verdad y no tiene poder sobre esas bombas?

—Mamá…

—¡No! ¡Piensa en lo que ocurrirá si nadie desactiva las bombas!

—El alcance de las bombas no llegará a Noosa. Estáis a salvo en casa —replica, con un hilo de voz—. Aun así, como no podemos predecir qué ocurrirá con los silos nucleares, debéis ir a un refugio la noche del solsticio.

Su madre vuelve a llevarse las manos a la boca para ahogar un sollozo. El padre de Neal la estrecha más fuerte contra su pecho.

Y el silencio que le sigue a esa terrible interacción es pesado y helador como un manto de nieve.

—Confío en ti —dice de pronto una voz grave pero tierna. Debe ser Allison, la mayor de las dos. Creo que a mí me saca un par de años. Es guapa, una belleza australiana con la piel bronceada y los pómulos besados por el sol. Sus padres, y Sarah, se giran para mirarla—. Y ellos también confían en ti, solo que necesitamos tiempo.

—Allison… —Neal contiene el aliento—. Siento muchísimo todo esto.

—Y yo siento que te veas en una posición así. No mereces nada de todo esto. ¿Verdad que no? —Cuando se gira hacia sus padres, él

cierra los ojos con fuerza y su madre solloza más fuerte. Es Sarah la que responde.

—Ojalá estuvieras aquí.

—Ojalá —coincide él.

—Eres bueno, Neal —añade Allison, con una sonrisa cautelosa—. Todos lo sabemos y confiamos en que llegado el momento tomarás la decisión más justa.

Siento cómo se le tensan los nudillos.

—Lo más justo no siempre es lo más fácil.

Allison asiente.

—Lo más justo —repite.

Ninguno de los demás dice nada, pero tampoco le llevan la contraria y eso es… Es bastante extraordinario.

Neal acaba de confirmar que destruirá el mundo para salvar una isla y su hermana lo entiende, lo apoya y confía en él.

Debe de quererlo muchísimo. También sus padres y su otra hermana, si no la contradicen.

—¿Esa de ahí es Kiera Amell? —pregunta de pronto, y me atrapa tan por sorpresa que necesito unos segundos para comprobar que se refiere a mí.

Cuatro pares de ojos se vuelven hacia donde estoy y yo siento el irrefrenable impulso de ocultarme un poco más tras el robusto cuerpo de Neal, que da un paso al lado para exponerme más.

Será traidor.

—Sí, es mi soldado.

—¿Todos tus soldados te agarran así de la mano? —lo provoca Allison—. Qué tierno.

Neal me suelta, pero es demasiado tarde. Lo mundano del gesto en

una situación así, tras una conversación de este calibre… me arranca una risa nerviosa.

—Encantada —les digo—. Ojalá haberles conocido en una situación mejor.

—Es la piloto —dice entonces Sarah—. La chica del Scorpion V, ¿verdad?

—Sí —respondo—. Soy yo.

La madre de Neal se seca con rapidez las lágrimas y se aparta de su marido para acercarse un poco.

—A mí también me apena haberte conocido así —declara la mujer y se pasa un dedo bajo las pestañas, recogiendo las manchas de máscara—. ¿Desde hace cuánto os conocéis?

Esto no puede estar pasando. No así…

Miro a Neal.

—Eh…

—Unos meses —responde, por mí.

—¿Estáis saliendo?

Casi me atraganto.

—Mamá, no tenemos que hablar de esto ahora.

—En cinco días habrás muerto tú o habremos muerto el resto. ¿Cuándo quieres hablar, Neal?

Ya sé de quién ha heredado el carácter.

Su marido le pasa una mano en actitud cariñosa por la espalda.

—No vais a morir —le susurra y yo vuelvo a tomarlo de la mano, porque eso no está en el guion; no lo hemos preparado y no puede decirlo—. Id a un refugio —repite.

Tiene que quedar claro que está dispuesto. Que es tan frío como para mirar a su madre a los ojos y decirle que está decidido a

bombardear el mundo entero.

Su padre sacude la cabeza, tan consternado como nosotros. La situación, las palabras… y en medio de todo esto la sonrisa tranquilizadora de Allison.

—Yo te perdono. Pase lo que pase. —Oh, Dios mío—. Y me apena no tener tiempo para conocerte mejor, Kiera.

Le dedico una sonrisa a falta de más palabras. ¿Cómo se corresponde tanta generosidad?

Sarah, sin embargo, sale corriendo.

—¡Sarah! —grita la madre, que todavía tiene los ojos vidriosos—. Piensa en lo que estás haciendo —le dice a Neal—. Piénsalo muy bien. Igual que Allison, confío en que harás lo correcto, pero… No es solo por nuestra familia. Toda esa gente que va a morir sin tener la culpa de nada… Y el mundo entero destrozado… Nada volverá a ser igual. Por favor, Neal. Piénsalo bien.

Va tras Sarah y solo su padre y Allison quedan en pantalla.

El hombre es alto y de hombros anchos, y mantiene la forma a pesar de la edad. Es moreno de pelo, y de piel, y tiene los ojos claros y bonitos.

—Te queremos —le dice, solamente y aprieta los labios en una línea delgada para evitar que la emoción lo embargue—. Eso es todo, chico… Te queremos mucho, ¿vale?

A su lado, Allison apoya una mano en el hombro de su padre. Asiente, corroborando sus palabras.

—También yo os quiero.

Se me parte el corazón.

La llamada se detiene y la pantalla en negro que queda después es un vacío terrible.

—Lo siento —susurro.

Neal me dedica un vistazo rápido.

—No es culpa tuya. Fue idea mía.

—Ya, pero siento que hayas tenido que hacerlo… Tiene sus ventajas no tener familia.

La sonrisa que me dedica es demasiado pobre para disipar la tristeza que lo impregna todo, y lo único que se me ocurre es acercarme a él, rodear una de sus grandes manos con las mías y ponerme de puntillas para darle un beso en la mejilla.

Neal cierra los ojos y deja la cabeza apoyada sobre la mía.

—Gracias —murmura.

No sé cuánto dura este momento; no es suficiente.

Se incorpora y yo sé que debemos continuar.

Quedan cinco días.

Solo cinco.

Abro la puerta de la sala de reuniones y le digo a Kai que hemos terminado. Estaba esperando para ir juntos a reunirnos con el resto.

—¿Seguro que tú tampoco quieres comunicarte con el exterior? —le pregunto.

Kai sacude la cabeza.

—No tengo a gente fuera, Amell.

Por suerte.

Tampoco Riku, ni Anna, ni Markel han necesitado llamar.

No sé si yo sería capaz de enfrentarme a lo mismo que Neal hoy. Me cuesta creerme capaz de mirar a mis seres queridos a la cara y decirles que prefiero matarlos a dejar que Raine Andrews gane.

Dios mío…

—¡Comandante! —Una voz que reconozco interrumpe mis

pensamientos y hace que los tres nos detengamos en medio del pasillo para ver cómo Travis Lavois, mi antiguo sargento, llega a la carrera—. Comandante… ¿Podemos hablar?

Neal frunce el ceño ante el tono formal.

—Habla —le dice, sin embargo.

Travis nos dedica un vistazo a Kai y a mí, pero se detiene en mi presencia cuando aprieta los labios.

—Es un asunto militar. Preferiría si pudiera…

—No tengo todo el día, Travis. ¿Qué pasa?

Va a protestar, pero se lo piensa mejor. Cuadra un poco los hombros y levanta el mentón.

—¿Es cierto? —pregunta—. Lo de las bombas… ¿Vais a hacerlo?

Le dedico una mirada a Neal, que cumple su papel de comandante a la perfección.

—Nosotros no vamos a hacer nada. Es Raine Andrews la que tiene que desactivar las bombas —contesta, con entereza.

Ha habido otras conversaciones similares, detractores, partidarios… soldados que simplemente temen convertirse en *terroristas.*

Hemos encerrado a algunos en los calabozos del Skytree, pero a pesar de la tensión palpable, la situación se ha contenido mejor de lo que creíamos.

Resulta que a muchos les parece mal, pero casi todos quieren salvarse.

—¿Y si Andrews no claudica?

—Entonces, salvaremos a Japón —miente.

Travis aprieta la mandíbula, sacude la cabeza y sus ojos marrones aterrizan en mí.

—¿Vais a hacerle caso? —pregunta, un poco más alto, y el dolor traspasa cada palabra.

Contengo el aliento.

Piensa que he sido yo, que este es mi plan…

No tiene motivos para pensarlo y, sin embargo, no parece albergar dudas.

—Travis… —empiezo. Querría decirle que no tiene que sufrir por su familia, que confíe en nosotros, pero me detengo.

Nada de lo que le diga servirá, porque ya no confía en mí.

Y yo tampoco debería fiarme de él, así que guardo silencio. Una sola persona que descubra el farol sería suficiente para destruir nuestras esperanzas.

—La idea ha sido mía —interviene entonces Neal—. Porque soy el comandante de todas las unidades del Skytree y es mi responsabilidad proteger a los habitantes de esta isla. Eso es lo que hago. Si necesitas hablar con alguien de fuera, las líneas están abiertas. Pon tus asuntos en orden.

Travis se muerde el labio inferior. Le veo apretar los puños y su impotencia se me clava en el alma, pero me recuerdo que no podemos flaquear ahora.

Se da la vuelta sin responder y se aleja a toda velocidad por el pasillo.

—A mí ya no va a escucharme —le digo entonces a Neal, con un nudo en la garganta—. Pero vosotros siempre habéis sido amigos, ¿no? A lo mejor puedes tantearlo, puedes explicárselo de alguna manera y tranquilizarlo para que…

—Travis no importa ahora —me interrumpe Neal—. También vosotros dos erais amigos. ¿Qué ha sido de eso?

Sé que no lo dice para hacerme daño. Está resentido con él porque Neal Kellum es la persona más leal que conozco y sabe que Travis me ha dado la espalda. Sin embargo, el recuerdo de lo que he perdido se me clava en algún lugar entre las costillas. Se queda atorado como una espina que me impide llenar por completo los pulmones y cada bocanada que doy la hunde un poquito más adentro, hasta que el dolor me llena los ojos de lágrimas.

Travis Lavois fue el primer amigo que hice aquí. Me apoyó cuando Neal me lo puso difícil en la unidad, cuidó de mí cuando aquellas anomalías casi acaban conmigo en los túneles y fue el mejor compañero que podría haber deseado.

Y todo eso se ha esfumado… porque me tiene miedo.

Me seco una lágrima traicionera y echo a andar.

—Eh. —Neal me pasa un brazo por los hombros sin dejar de andar —. Si todo sale como planeamos Travis no perderá a nadie ahí fuera.

Kai me da un codazo amistoso. No dice nada, pero es más que suficiente para que yo lo entienda:

Estoy aquí.

Para cuando llegamos, yo ya me he propuesto quitármelo de la cabeza. Neal tiene razón: por mucho que me duela la situación, Travis no es ahora lo más importante y nosotros tenemos que estar concentrados.

Anna, Riku y Markel ya nos esperan dentro de la sala.

Nos encontramos en una de las plantas superiores, muy cerca del mirador, pero en un cuarto mucho más pequeño y estrecho, donde una de las paredes curvas da a la ciudad y nos ofrece unas vistas espectaculares.

La otra pared está llena de pantallas.

Markel las ha conectado para ofrecernos un vistazo del resto del mundo. Las imágenes van cambiando y muestran calles abarrotadas de manifestantes con pancartas que le piden a Andrews reconocer la culpa y otros que exigen que nos frían a misiles antes del solsticio.

Yo estoy segura de que si no fuera por las Cinco Puertas del Infierno lo habrían hecho ya, pero con la cúpula activa ningún misil nos alcanzará.

Tiene su gracia que lo mismo que ha mantenido a Japón aislado sea lo que ahora amenace la supervivencia del exterior.

También vemos saqueos, hurtos, vandalismo… Y avenidas desiertas, casas abandonadas, fronteras colapsadas…

Una de las pantallas va mostrando vistazos de las bombas localizadas, lugares custodiados por los soldados del Skytree o los militares de Ryosuke que trabajan sin descanso en las plataformas de lanzamiento: cientos de personas coordinadas a la perfección, cada una con un papel concreto, funcionando sin margen para el error en un engranaje que no se detiene.

—Todo está ya listo —declara Markel. Tiene las gafas medio caídas sobre el puente de la nariz y el pelo castaño alborotado en una suerte de ondas que puede que ya estén demasiado largas para llevar el pelo así—. Todavía esperamos que Raine Andrews desactive las bombas, pero si no lo hace tendremos que poner en marcha el plan B: reventar las Cinco Puertas del Infierno, cambiar las coordenadas y lanzar los misiles al mar.

Saca del bolsillo un pequeño dispositivo circular atado a una cadena y nos lo muestra. Es plano y liso por fuera y se abre como un camafeo revelando un interior en el que hay encajada una especie de llave.

—Puedo cambiar las coordenadas de forma remota desde cualquier sitio, pero he programado los misiles para que su lanzamiento solo se pueda activar de forma manual desde aquí. Todos los sistemas de esta clase deben tener un accionador físico, por seguridad —añade. Extrae la llave, pequeña, metálica, y se gira sobre los paneles, esperando que lo imitemos—. Yo cambiaré las coordenadas. He hecho las pruebas decenas de veces. Necesito 47 minutos. Ese es el tiempo que nos queda antes del solsticio para recular con el farol. Luego, una vez que haya cambiado la trayectoria, se debe dar la orden de destruir las bases de las Cinco Puertas del Infierno. No puede ser antes, porque el exterior no debe tener tiempo de bombardearnos. Cuando la cúpula haya caído… alguien debe introducir la llave para poner en marcha los misiles.

Deja la llave metálica junto a una cerradura incrustada en la mesa de mando.

Y todos nos quedamos en silencio contemplando el pequeño dispositivo.

Que pueda ser contenido en la palma de la mano marea un poco.

Markel vuelve a guardar la llave, la encaja dentro del camafeo y lo desliza sobre la mesa hacia Neal, que lo mira de hito en hito.

—Creo que es mejor que lo lleves tú.

—¿Por si a alguno se nos va la olla? —pregunta Kai, reclinado en su asiento—. Me parece bien. Si alguien debe tener la responsabilidad de volar el mundo por los aires, debería ser Comandante Buenazo.

—No se le va a ir la olla a nadie —respondo yo, pero también estoy de acuerdo: debe ser Neal.

Agarro el dispositivo que él aún no ha tocado. Tomo la cadena,

rodeo a Neal y se la pongo al cuello.

En cuanto lo siente sobre el pecho, inspira con fuerza, como si pesara muchísimo más.

—Chicos —murmura Anna, cuando la miramos—. Si ya no tenemos que hacer nada más, si no os importa… querría pasar estos cinco días en casa.

Casa.

La palabra reverbera en mi caja torácica.

Markel le responde en lengua de signos. Debe de apoyar la decisión, porque Anna le dedica una cálida sonrisa y asiente.

—Buscaré a Akram para decirle que se ponga a salvo; al menos le debo eso. Luego volveré a casa. —Se lleva la mano a la garganta—. Hace mucho que no los veo… así que voy a tener que llevar cuello alto por unos días. Si Japón no salta por los aires, ya tendré esa conversación con mi familia después.

Kai abandona la sala sin decir nada y me pregunto si estará barajando la posibilidad de volver a casa de Akane, donde continúa Hikari… No, conociéndolo no lo hará.

—¿Has tenido noticias de Akram? —quiere saber Riku.

Anna sacude la cabeza y aprieta los labios en una mueca de disculpa.

—No ha contestado a mis mensajes, pero sé dónde buscarlo… así que iré a por él y lo convenceré de que se suba a un barco cuando llegue el momento.

—Si no me necesitáis… —empieza Riku, que se frota la nuca con aire dubitativo—, creo que yo también voy a pasar estos días con mi familia.

Markel asiente. Le tiende la mano y le da un suave apretón que

Riku convierte enseguida en un abrazo.

—También tú puedes irte —le digo a él, llamando su atención—. Sé que aún estás armando algunos de los misiles, pero si puedes seguir gestionándolo desde cualquier lugar… Quizá también quieras marcharte.

Despídete, por si acaso.

Markel se pasa la mano por el pelo.

—En realidad, prefiero quedarme.

Neal le dedica una mirada.

—Vete —le ordena, con su voz de comandante—. Lárgate. Nos las apañaremos sin ti.

Markel sacude la cabeza y se lleva una mano a la nuca.

—No me llevo muy bien con mi padre —responde—. Hace años que no lo veo y… mi madre murió. Así que estoy solo.

—¿Quieres que te deje en casa de Akane? Todo esto es muy militar —añado, con una sonrisa—. Esa casa parece un lugar mucho más tranquilo para esperar el fin del mundo.

Echa un vistazo a un lado.

—Prefiero quedarme aquí.

Sigo la dirección de su mirada hacia la puerta que ha quedado abierta y lo entiendo.

Ah.

Riku y Anna se despiden de todos nosotros con un abrazo que sabe a poco. Ella queda con Markel en que si Andrews no recula antes, el último día recogerá a Hikari y se marchará con Akane y con él en uno de los barcos; lejos de la ciudad en la que todavía quedarán bombas que no sabemos dónde explotarán y lejos de los misiles que caerán al mar.

Kai solo vuelve a entrar cuando Anna y Riku ya se han marchado. Los demás no. Nosotros aún no podemos abandonar la sala, aunque no tengamos nada más que decir. Seguimos aquí dentro mirando las imágenes que muestran las pantallas.

El mundo ha perdido la cabeza; algo que era de esperar con una amenaza semejante pendiendo sobre todos ellos.

Me doy cuenta de que Markel mira fijamente a Kai sin que este se dé cuenta, y yo le hago un gesto a Neal, al otro lado de la habitación, para dejarlos a solas cuando, de pronto, fuera suenan tres disparos consecutivos.

El instinto se activa y todo mi cuerpo se pone en marcha. Me llevo la mano a la culata de mi arma, desenfundo, apunto a la puerta y por el rabillo del ojo compruebo que Neal ha reaccionado igual de rápido.

Contengo el aliento y, un segundo después, el atacante se asoma.

No hay ni rastro de los dos guardias que vigilaban la entrada, y enseguida comprendo por qué:

Este hombre pertenece al Skytree, a la unidad de Genbu, concretamente. La tortuga y la serpiente en el pecho lo demuestran.

Nos apunta con un arma que a mí no me herirá; pues tiene selector. Y decido que ese va a ser el plan: conseguir que se centre en mí.

—Eh, ¿por qué no bajas eso y nos dices quién eres?

El soldado, que debe tener unos treinta y sujeta el arma como un maldito civil de manos temblorosas, se gira hacia mí con brusquedad.

—¡Eh! Deja de apuntarla con eso o te meto cuatro balas en la caja torácica —ladra Neal, que ha debido de olvidar que soy inmune a las

armas con selector.

Torpe.

El soldado gira el arma hacia él, y lo hace tan rápido que tropieza consigo mismo.

—¡No podéis hacerlo! —balbucea—. ¡No podéis destruir el mundo!

Así que se trata de eso.

—¿Tienes a alguien fuera que te importe? —pregunto, con prudencia.

Por el rabillo del ojo veo un brazo en el suelo.

Al otro lado de la puerta, el cuerpo de uno de los guardias yace en un charco de sangre que cada vez se expande más.

—No todos en este ejército somos monstruos, ¿sabes? —contesta. Tiene los ojos enrojecidos y dos bolsas oscuras se le forman debajo.

—¿Y prefieres morir tú? —le dice Kai.

Su *haori* negro y azul se mueve como el oleaje cuando avanza un paso y provoca que ahora el arma lo apunte a él.

Me doy cuenta de que no solo se acerca al atacante, y a Neal, también se sitúa estratégicamente delante de Markel.

—No quiero morir —declara el hombre, que echa una rápida mirada a su espalda. No le queda mucho tiempo si quiere evitar que esto se llene de soldados—. Pero tampoco quiero ver morir a mi familia.

La mayoría de los miembros del Skytree son soldados que han sido condenados por crímenes menores; no todos son asesinos como Linus Edwards. Y era de esperar que la idea de destruir el mundo no les encantara a todos, en especial a aquellos que tienen gente fuera.

—No puedes hacer nada —declara Neal, con voz grave—. Míralo así: no está en tus manos.

—Si te mato no habrá bombas —escupe y un espumarajo de saliva sale despedido por sus labios crispados.

Echa otro vistazo por encima de su hombro.

—Claro que habrá bombas —lo contradigo, llamando su atención con un paso adelante—. Ya está hecho. La única que puede frenar esto es Raine Andrews. No servirá de nada que lo mates, que nos mates a ninguno…

Doy otro paso adelante y el hombre grita:

—¡Quieta! ¡Quieta ahora mismo!

Por el rabillo del ojo veo a Kai avanzar. Levanta un brazo protector con el que obliga a Markel a moverse para ponerlo tras él.

Neal y yo seguimos apuntándolo con nuestras armas; ninguno se atreve a disparar.

Debemos hacerlo cuando me apunte a mí, pero aun así será peligroso. La sala es pequeña, los demás no tienen ningún lugar en el que protegerse… y un hombre no cae automáticamente en cuanto recibe un disparo. Podría acabar con los tres antes de que lo desarmase.

Aprieto más fuerte mi arma.

—Esta es tu última oportunidad para replantearte tus decisiones vitales —gruñe Neal—. Deja el arma y saldrás vivo de esta sala.

—No. —Sacude la cabeza—. No quiero vivir, no me interesa si todos los demás tienen que morir para eso.

Tiene los ojos desorbitados anegados en tristeza.

Qué doloroso debe ser. Qué impotente debe sentirse.

Lo entiendo tanto… ¿Cómo no lo voy a hacer? También yo estaría desesperada. Haría lo que fuera, incluso si no tuviera garantías de nada, incluso si perdiera mi vida en el camino.

—Baja el arma —le digo con suavidad, porque de verdad no quiero herirlo—. Hablemos de esto tranquilamente. Nadie tiene por qué morir hoy.

—¡Hoy! —brama—. ¡Pero sí dentro de cinco días! ¡Si esa psicópata no desactiva las bombas, medio planeta estallará por los aires! ¡No puedo permitirlo! ¡No dejaré que lo hagáis!

En ese instante unos pasos resuenan en el pasillo y, un segundo después, el sonido de un disparo empuja al atacante a dar un paso dentro y a Neal a aprovechar la distracción para disparar también.

No apunta al pecho, me doy cuenta, porque Neal tiene una puntería excelente, se encuentra apenas a unos metros y de haberlo hecho lo habría alcanzado. En su lugar, decide dirigir esa bala al brazo con el que sostiene la pistola.

Ese es el error.

El hombre se mueve y se libra del disparo, que le pasa demasiado cerca, siente de dónde procede la amenaza, se gira y…

—¡No!

Yo no dudo.

Preveo la trayectoria de ese disparo antes de que suceda y no hay lugar para la pena o la misericordia.

La humanidad deja de importar cuando apunto al pecho y disparo.

Mi bala lo alcanza justo en el centro, pero eso no impide que también él dispare.

Y no me apunta a mí.

Con el corazón en un puño me giro hacia Neal. Me vuelvo, contengo el aliento y un grito muere en mi garganta.

El miedo es denso mientras me arrojo hacia él sabiendo que no servirá de nada.

Y, entonces, cuando creo que sé dónde acabará esa bala, una sombra oscura salva la distancia que lo separa de Neal.

Kai da un paso adelante, lo agarra del brazo y tira de él.

Es instantáneo.

La bala alcanza un objetivo. El sonido de la carne al desgarrarse es inconfundible.

Pero el mundo ha cambiado. Ha girado tan deprisa que no soy capaz de verlo al principio.

Luego me fijo en Neal, que sigue en pie, y en Kai, un paso por delante de él, sin arma de fuego alguna, sosteniendo simplemente a Onimaru… que cae al suelo.

El tintineo metálico rompe este vórtice oscuro y extraño y el vacío silencioso vuelve a llenarse de sonido.

Los soldados irrumpen en la sala, desarman al cadáver del suelo, de cuyo pecho brota un reguero de rubíes perfecto.

Y Markel grita.

—¡Kai!

Inoue se tambalea un poco, pero no se desploma.

Y solo eso me devuelve el aliento.

Corro hasta él y busco con desesperación hasta que lo encuentro.

El balazo en el brazo, la tela desgarrada del *haori* y la sangre que empapa la tela oscura y los motivos ondulantes de las olas azules, salpicadas de rojo.

Le ha dado en el brazo derecho, por eso ha soltado la katana.

Pero él sigue en pie. El muy bestia sigue en pie después de un puto disparo.

Lo agarro por los hombros.

—Siéntate —le ordeno—. Siéntate ahora mismo.

Kai se deja hacer sin rechistar y me pregunto si no será la adrenalina de la conmoción lo que lo mantiene en pie.

Le bajo la manga del *haori* para ver mejor la herida y una mueca de dolor lo atraviesa cuando lo muevo.

La bala lo ha alcanzado de lleno, pero la hemorragia no parece incontrolable.

—Markel, dame tu camiseta —le pido, con voz calmada.

Yo no estoy para nada calmada.

También él me hace caso sin cuestionarlo y un segundo después tengo la camiseta blanca en las manos y presiono con ella la herida.

La tela se vuelve de un rojo intenso al instante. Hago más fuerza, tanta que Kai protesta.

—Avisad en el ala médica. Que envíen una camilla. ¡Vamos a bajarlo a quirófano ya!

—Puedo andar, Amell —replica Kai, con una entereza que me hace enmudecer.

—¿Por qué has hecho eso? —La voz de Neal resuena en la sala. Ha enfundado la pistola y nos mira desde arriba con absoluta serenidad.

Ahora mismo odio la tranquilidad de estos dos.

Markel, en cambio, parece mucho más cercano a mi estado: al borde del colapso.

Kai lo contempla desde abajo y enarca las cejas.

—¿Por qué te has interpuesto entre esa bala y yo? —pregunta Neal, y en su voz solo hallo una curiosidad casi académica.

—Porque te iba a alcanzar —contesta, y me dedica una mirada de advertencia cuando hago más presión en la hemorragia.

—Podrías haber permitido que lo hiciera.

—¿Y dejarte morir, Kellum? —inquiere, con tonito canalla—.

Después de ti, yo soy la persona más honorable de esta sala, por lo que me habría tocado a mí cargar con eso que llevas al cuello, y paso de esa mierda. Ese marrón es para ti.

Sabe que eso es mentira, pero ninguno le decimos nada.

Ha salvado a Neal. Ha recibido una bala por él.

Markel se arrodilla a su lado y lo contempla con una mirada nerviosa. Alza las manos y las vuelve a bajar y acaba cerrando los puños sobre el regazo sin saber qué hacer.

Kai lo mira, pero ninguno de los dos acierta a decir nada.

Los sanitarios irrumpen en ese instante con la camilla y yo les hago gestos para que me alcancen las gasas. Se las pongo por encima de la tela empapada mientras preparan el equipo.

—Eh, no te acerques con eso —le ladra Kai al sanitario que saca una jeringuilla—. No necesito que me pongan nada. No me duele.

—Todavía —respondo yo, sin dar crédito—. Pero te dolerá. Te va a doler que te cagas.

Se le escapa una risa estrangulada y a juzgar por la forma en la que se encoge sí que le duele.

No debe querer que le pongan calmantes.

—Súbete a la camilla —le ordeno—. Tenemos que evitar el movimiento o te desangrarás antes. Venga. Yo te sostengo.

Kai obedece a duras penas. Neal da un paso atrás para dejarnos espacio y Markel… Markel sigue en silencio y sin apartarse de la camilla. Cuando la levantamos y él ha de tumbarse, sin embargo, alarga la mano.

Durante un segundo se queda así, sin que ninguno pueda hacer nada y, entonces, cuando se da cuenta de lo que quiere, Kai estira también el brazo, el brazo herido, porque con el otro no lo alcanza, y

entrelaza los dedos ensangrentados con los de él.

—Kai —lo amonesto, y le obligo a soltarlo.

Parece más impresionado por el gesto de Markel que por el balazo y aunque sea tremendamente tierno podría matarlo ahora mismo.

—Se recuperará —le digo al chico, con mi voz más templada—. Voy a bajar con él y me aseguraré de que esté bien, ¿de acuerdo? Os mantendré informados.

Neal asiente. Markel no. Él se queda mudo, sin apartar los ojos de Kai, que lo sigue mirando con esa expresión pasmada.

Así que el comandante se acerca a Markel, le apoya las fuertes manos en los hombros y lo obliga a retroceder y a mantenerse quieto mientras yo bajo con Kai y los sanitarios.

Se tumba completamente cuando ya estamos lejos y yo camino a su lado sin dejar de hacer presión. Se lleva el brazo ileso al rostro y se tapa los ojos sin ocultar del todo una mueca de dolor.

—Sí que duele que te cagas.

Me entra la risa, una que surge nerviosa y estridente y con la mano libre le estrecho la suya.

—Gracias —murmuro.

—Ya le he dicho a tu comandante que no lo he hecho por él, ni tampoco por ti.

—Ya.

Sonrío.

También él lo hace.

光

48

KAI

Skytree

48 horas para el solsticio de verano

El mundo entero arde.

Aquí dentro, sin embargo, todo permanece sumido en una extraña calma artificial.

El comandante ha reforzado la seguridad. Se dedica a coordinar a sus equipos y a los militares de Ryosuke a lo largo del Imperio, mientras atiende a las llamadas incendiarias de Moe Standen, que hace tiempo que ha perdido la paciencia.

No puede amenazarlo, no de verdad. Aunque la Agencia Hawk le pertenezca, el ejército es de Neal, y él lo sabe. Por eso solo se dedica a hostigarlo con llamadas, a exigir respuestas cuando el comandante le asegura que Andrews cederá…

Pero solo quedan dos días para la noche del solsticio, y Andrews

no ha claudicado.

La han llevado a juicio. Han acelerado procesos que duran años para hacerla comparecer, pero se ha mantenido fiel a su versión: esas bombas no le pertenecen y no sabe cómo desactivarlas. Dice que duda mucho que haya alguien que sí lo sepa, además de nosotros mismos, a quienes nos acusa de haber orquestado todo esto para perpetuar un genocidio a escala mundial.

Le dan igual las pruebas, es una maestra de la narrativa, e inventa sin límites le den la premisa que le den.

Japón está más sitiado que nunca. Todo un ejército, de diferentes fuerzas, navega las aguas que quedan fuera de las Cinco Puertas del Infierno y los aviones cruzan el cielo día sí y día también.

Los dirigentes de la Cumbre se han reunido varias veces con Ryosuke. También han pedido audiencias con Neal, que se niega a concederlas. No ha vuelto a comparecer tras el anuncio y la amenaza, pero su rostro es conocido en todo el mundo. Puede que ahora mismo sea la persona más famosa del planeta, y la más temida.

No saben que Comandante Buenazo se arrancaría el corazón del pecho con sus propias manos antes que herir a un inocente.

Por eso, algunos países han lanzado ya misiles contra Japón. Están dispuestos a liberar a las anomalías si así nos hacen reventar con las bombas, pero ninguno de ellos ha causado daño alguno a las Cinco Puertas del Infierno.

Kiera dice que la bala que me alcanzó no ha causado daños irreversibles, aunque me ha asegurado que tendré que hacer rehabilitación.

Le da la risa cada vez que lo dice, igual que ahora.

Se ha sentado en el borde de mi cama del Skytree y me hace las curas de todos los días mientras ahí fuera anochece y las luces de neón se encienden en la ciudad.

—Estaré encantado de hacer rehabilitación en el infierno si quedan plazas.

Ella me da un golpecito en el brazo ileso.

—Lo vamos a conseguir. Lo sabes, ¿no?

Me quedo mirándola.

—Sí. Claro que lo sé —respondo, porque no hay lugar a una afirmación diferente.

Eso es lo que me ha dado esta loca poseída por las anomalías: esperanza. También los demás, pero, ella… Ella me puso una katana bajo la garganta y me arrastró fuera de ese pozo oscuro de *amai doku*. No lo hizo por mí, pero, igualmente, después de que todo ocurriera se quedó… y nadie tendría por qué haberse quedado conmigo, ni siquiera yo mismo.

No todo el mundo tiene la suerte de tener a una amiga así; alguien dispuesta a quedarse incluso cuando tú sientes que no merece la pena.

Dos golpes en la puerta me hacen romper el contacto.

Bien, porque estaba a punto de decir alguna chorrada sensiblera. Y todavía no está claro que vayamos a palmarla.

No pienso decir tonterías que luego me echará en cara toda la vida.

Kiera alza la mirada por encima de mi hombro y sonríe como si conociera un secreto que yo no.

—Os dejo solos.

El corazón se me calienta cuando ato cabos e imagino de quién se trata. No ha venido a visitarme, pero sé que ha estado pendiente de

mí, porque Kiera me lo ha contado. Sin embargo, no acierto… aunque no hay lugar a la decepción. No cuando mi hermano está delante.

—Hikari —murmuro, casi sin voz.

Qué mayor me parece cuando solo han pasado unas semanas. Me da la impresión de que los últimos meses lo han cambiado de forma drástica e irreversible, igual que me cambió a mí que nuestra madre muriera y que yo tuviera que cuidar de los dos.

Ya no es un niño.

Y eso me mata.

Alguien ha debido de cortarle el pelo, porque lo lleva al ras, como un recluta, y eso le despeja el rostro y hace que sus ojos parezcan más grandes y más negros.

—Bonito peinado —lo saludo.

La voz me sale estrangulada.

Hikari se pasa la mano por el pelo rapado.

—Me ha ayudado Anna —explica, sin mirarme a los ojos—. Necesitaba un cambio.

—Te queda bien. —Le dedico una sonrisa y agarro la camiseta que descansa a un lado de la cama.

Me la pongo con más torpeza de la que querría delante de mi hermano, que deja los ojos clavados en la venda que me cubre el brazo derecho.

—¿Te pondrás bien? Kiera dice que sí, pero… Te dispararon.

Hay dolor en esa última palabra, una incomprensión profunda que nace de un lugar mucho más distante que ese balazo: su hermano no es quien él creía. No se dedica a repartir pedidos. Mata *oni*, y personas, hombres malos y buenos; siega cualquier vida que le

pidan si el pago merece la pena.

—Me pondré bien —contesto—. Tranquilo.

Nos quedamos mirándonos, en silencio. Va a decir algo, pero cierra la boca y aparta la cabeza enseguida, como si se obligara a permanecer callado.

No hablo, aunque solo quiero pedirle perdón. Necesito jurarle que a partir de ahora todo irá bien, pero he aprendido que no quiero mentir a mi hermano nunca más… con todas sus consecuencias.

Así que le doy tiempo, dejo que se arme de valor, que retuerza los dedos frente al regazo y, en voz muy baja, pregunte:

—¿Estás enfadado conmigo?

Me quedo de piedra.

—¿Qué? ¡No! —Me pongo en pie, lo agarro por los hombros y, Dios… cómo necesito abrazarlo, pero no sé si eso es lo que él necesita, y me contento con ese apretón suave—. ¿Por qué preguntas eso? Soy yo el que ha hecho cosas malas, Hikari, no tú.

—Te marchaste —responde, sin mirarme a los ojos—. Primero de Palacio y después de casa de Akane… De hecho, no creo que te llegaras a quedar en ningún momento. Sé que me porté mal contigo cuando nos rescataste a Ryosuke, a Anna, a Riku y a mí, pero… Ya no me hablas. No me dices nada… El mundo se acaba y tú… te largas —añade, con rabia.

El corazón me pesa demasiado dentro del pecho. Lo estrecho más fuerte, obligándolo a mirarme, pero no lo abrazo todavía.

—Porque no sabía qué decir.

Me mira desde abajo. Aprieta la mandíbula.

—No quería que me dijeras nada.

Se le llenan los ojos de lágrimas.

Oh, mierda… Sin el *amai doku* ver llorar a mi hermano duele más que el puto disparo.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. Tienes derecho a estar cabreado: por las mentiras que te he contado, por el silencio de estos días… por tener a un hermano de mierda.

Y entonces lo abrazo. Me preparo para que me aparte. Eso es lo que me merezco. Hikari, sin embargo, rodea mi cintura con sus brazos delgados.

—Markel me contó por qué lo hiciste. Las mentiras, lo de Anna… Ojalá me lo hubieras dicho. Nunca te habría dejado.

Le pongo una mano en esa nuca rapada y lo abrazo contra mi cuerpo sin abrir los ojos.

—Ya lo sé… por eso precisamente no te lo dije. Eres un chico valiente, el más valiente que conozco, y sabía que habrías preferido morir a dejar que otros sufrieran por ti.

Siento sus manos en mis brazos. No me toca la herida, pero el roce es molesto. No me quejo.

Hace un poco de presión y yo me aparto sin rechistar.

—Pero ya no tienes que hacerlo, ¿no?

No sé si lo dice por el fin inminente o porque contamos con los recursos del Skytree y la ayuda de Aya…

—No, ya no —respondo.

Hikari asiente con rotundidad.

—Prométeme que no volverás a mentirme.

Trago saliva, un poco sorprendido.

—Te lo prometo —murmuro, sin comprender del todo qué es esto.

Y Hikari vuelve a abrazarme, me estrecha tan fuerte que me hace daño en el brazo, pero me da absolutamente igual. Lo envuelvo,

dejando que su calor llene este vacío pesado con el que cargo desde que soy consciente de mis emociones y comprendo que esto es *perdón*.



Ceno con Kiera, Hikari y el comandante en el mirador cubierto del Skytree; un pedacito iluminado en medio de la oscuridad de la noche. No hablamos de las bombas, pero no apartamos la vista de la Mori Tower, donde aún se ven los destrozos del *yokai*. Hay plantas donde no se ha recuperado la luz, y ya no hay tiempo para preocuparse por ello.

Neal nos habla de las playas de Noosa, de lo mucho que le gusta nadar en mar abierto. Yo les hablo del maestro Arashiro, de los entrenamientos demenciales y las pruebas mortales, pero también de las veces que preparaba *takoyaki* solo porque me a mí gustaba.

Kiera se limita a escuchar en silencio con una sonrisa tímida en los labios. No es capaz de contar nada; no encuentra espacios comunes en los recuerdos que ofrecemos, nada que la vincule a su vida pasada… y me pregunto si será así de verdad, si haber tenido que esconderse los últimos años la hizo tan desdichada, tan solitaria… me alegra que ya no sea así.

Yo aún me quedo aquí unos minutos más cuando Hikari se marcha a descansar y los otros dos me dicen que van a reunirse con Markel en la sala de control para asegurarse de que todo está listo. Al parecer, pasa muchas horas ahí dentro.

Contemplo los rascacielos de Shinjuku, el río Sumida con sus puentes y, al otro lado, la enorme pagoda del templo Asakusa, la Torre de Tokio entre los edificios… y hacia el sur, la bahía y el mar.

Bajo las escaleras hasta los ascensores y ya en esa planta descubro que la puerta de la sala de control, custodiada ahora por una numerosa patrulla, sigue abierta.

El acceso a los pisos superiores les está vetado a los soldados, y solo unos pocos, hombres de confianza de Neal, guardan la puerta.

Todos me miran cuando me acerco, pero saben de sobra quién soy, y se limitan a dejar que avance.

Me asomo con la intención de molestar a Neal, pero en cuanto veo quién está dentro, solo, doy media vuelta en silencio.

—Kai. —La voz de Markel, que trasteaba con algo en una pantalla, me detiene en seco.

Me giro lentamente.

—Lo siento —me excuso—. Kiera me ha dicho que vendría aquí. Pensaba que los encontraría… No importa. Ya me marcho.

—No, espera.

La luz azul neón le cae sobre el rostro y le arranca sombras que me recuerdan a la primera noche que pasamos juntos, cuando yo planeaba una conquista lenta y meditada y él me demostró las ganas que me tenía.

Carraspeo, quitándome de la cabeza los acontecimientos que tuvieron lugar después, la imagen de Markel arrodillándose frente a mí y esa mirada incendiaria desde abajo.

Me quedo expectante, pero Markel no dice nada y empiezo a ponerme nervioso.

—¿Cómo está tu brazo?

Tardo un rato en reaccionar.

—¿Esto? —Lo levanto un poco—. Tendré que empuñar a Onimaru con la izquierda un tiempo; no creo que le haga gracia, pero… me

curaré.

Markel asiente.

Recuerdo el gesto, mis dedos manchando de sangre los suyos.

Aprieto la mandíbula. Me fuerzo a no pensar en ello.

—Voy a… voy a dormir —declaro, en voz baja, cuando el silencio es demasiado.

—No, no te vayas. —Markel me contempla fijamente. Lleva unos vaqueros y una camiseta blanca que parecen demasiado mundanos —. Repíteme lo que me dijiste el otro día. Dime otra vez lo que sientes por mí.

El corazón me late tan fuerte que durante unos segundos lo noto contra mis costillas.

Miro atrás, tomo la puerta y la cierro a mi espalda para apoyarme lentamente en ella.

Las paredes son finas, y puede que incluso con la puerta cerrada los soldados de ahí fuera vayan a tener un espectáculo dramático e interesantísimo, pero no me siento cómodo poniéndoselo fácil.

—¿Por qué? —inquiero.

Creo que no aparento estar ni la mitad de lo nervioso que estoy.

—Porque quiero volver a escucharlo.

Me paso la lengua por el labio inferior, ganando unos segundos muy valiosos que, en realidad, no sirven para que el corazón vuelva a latirme a un ritmo normal.

—Esto se le acerca mucho a la crueldad, Markel —replico, en un susurro.

—Kai —me reprende.

Y yo tomo aire.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que estoy profunda e

irremediablemente enamorado de ti? ¿Que te quiero tanto que me destroza pensar que jamás te mereceré? ¿Que el recuerdo de nuestro último beso me tortura de tal manera que he fantaseado con la idea de robarte uno para hacerlo mejor?

Parece que no respirara.

Se queda muy quieto y en silencio y durante unos instantes pienso que he metido la pata hasta el fondo y que me he pasado cuatro pueblos.

Pero entonces dice:

—Sí, eso mismo.

Y echa a andar hacia mí.

No sé lo que pretende hasta que lo tengo enfrente, desliza la mano por mi nuca y me atrae hacia él, y todavía entonces me cuesta creerlo. Anticipo el beso cuando siento su aroma, el olor a jabón que desprende su pelo húmedo. En otro universo aceptaría este beso como un regalo, aceptaría cualquier cosa que quisiera darme como un hombre afortunado.

No en este.

Aquí soy un poco más honrado, y miserable, porque lo aparto antes de que me bese.

—No puedo —mascullo, sin voz.

Me mira tan perplejo como lo estoy yo.

Mira hacia abajo, hacia mi brazo y enarca las cejas con cierto espanto.

—¿Te duele?

—No. No… No puedo porque no quiero que sea así. Ya te lo dije. Cuando te marchaste la última vez eso me destrozó. No te culpo —me apresuro a decir—. Estabas en tu derecho, me lo he ganado a

pulso, pero… Simplemente, no puedo.

Lo que advierto en sus ojos castaños me avisa de lo que voy a escuchar, pero no me prepara.

—Está bien, porque no quiero marcharme. Bueno, en realidad, sí que me gustaría salir de aquí… pero contigo —se atropella al hablar.

Y a mí se me hincha el pecho. Se expande de una forma casi dolorosa, e imposible. Se llena de algo líquido, tan cálido que me abrasa las venas y me hace dar un paso apresurado adelante.

Contigo. La palabra resuena en mi mente.

—¿Conmigo?

—A tu cuarto o al mío… Creo que el tuyo es más grande. No lo sé. Me da igual. Solo es importante la cama y es bastante parecida, creo… —Se frota la nuca—. También podemos ir a ambos y…

—Markel, calla.

No dejo que siga hablando.

Lo agarro por la nuca y estampo mi boca contra la suya en un beso violento y ansioso en el que una voz terrible me repite:

«No es verdad».

Y:

«No te lo mereces».

Así que lo agarro con más fuerza, lo empujo hasta que su espalda choca contra el ventanal que da a la ciudad e intento ahogar las voces en el beso.

Pero no ocurre.

—¿Estás completamente seguro?

Me mira a un palmo de distancia, con las mejillas encendidas y los labios humedecidos por mis besos.

—Sí… Bueno, eh… No. No del todo. Creo que ahora mismo no me

gustaría volver a mi cuarto.

Lo beso con devoción y él ahoga un gemido que me enciende de una forma inexplicable y que, paradójicamente, me hace retroceder.

—Espera —le pido, sin dar crédito de lo que hago—. ¿Seguro que esto no es por el fin del mundo?

—Es por el fin del mundo —me confirma, y un jarro de agua fría me cae encima—. En otro mundo más fácil, quizá, deberíamos hablar antes… Si salimos vivos de esta tendremos mucho que solucionar después, pero, si nos quedan menos de 48 horas… No quiero pasarlas abriéndome en canal, sufriendo, llorando… Quiero estar contigo. —Me dedica una mirada prudente—. ¿No te parece bien?

Abro y cierro las manos.

De pronto, noto la garganta seca.

—Me parece de puta madre —respondo, y me lanzo de nuevo hacia él.

Creo que soy demasiado brusco, porque choca contra el cristal y he de levantar una mano para colocarla tras su nuca y evitar que un nuevo arrebato le haga daño. Lo apreso con mi propio cuerpo, mientras siento sus manos explorando bajo mi camiseta y sus dedos recorriéndome el abdomen.

Va a quitarme la camiseta, pero no le dejo hacerlo.

Esta vez, soy profundamente egoísta.

Lo agarro del mentón, lo echo hacia atrás y le levanto el rostro para tener acceso directo a su garganta, que lamo de forma lenta y deliberada.

Markel suelta una palabrota que me arranca una carcajada y, antes de que se recobre, le suelto el cinturón y le bajo la cremallera.

Se fija en mis manos y me mira luego a mí con un brillo febril y

peligroso en la pupila.

—Hay soldados fuera —susurra, pero el deseo le impregna la voz.

Deslizo la mano por el interior de sus pantalones y se la agarro por la base antes de subir lentamente.

—Entonces será mejor que no hagas ruido.

Me arrodillo ante una mirada que me encanta, inmovilizo sus caderas con una mano y, con la otra, se la agarro antes de darle un lametón desde la base hasta la punta que provoca una serie de maldiciones antes de que él mismo se tape la boca.

Miro hacia arriba y descubro su garganta expuesta y el cuello que ha echado hacia atrás mientras cierra los ojos con fuerza y mira al techo, y a mí se me escapa una risa grave que acallo enseguida.

Me la meto en la boca y ejerzo la presión que sé que le gusta mientras acompaño con la mano los movimientos de mis labios. La forma en la que Markel intenta contenerse y reprime el movimiento de sus caderas sin mucho éxito me pone de una manera que no debería ser normal.

Continúo con mordiscos suaves, me la meto entera y un segundo después apenas la rozo con los labios para comprobar cómo Markel se retuerce entre mis manos.

Cuando siento cómo se endurece aún más y la tensión se le acumula en los músculos sigo a pesar de sus advertencias y, por fin, con una pasada lenta y calculada de mi lengua se corre en mi boca y yo siento que nunca la había tenido tan dura.

Me incorporo y Markel me mira con aire perdido, jadeante y un poco incrédulo. Tiene las mejillas encendidas y los labios entreabiertos y me contempla como si nunca antes hubiéramos hecho nada semejante.

—¿Vienes a mi cuarto? —pregunto.

No tardamos en llegar.

Hay algo torpe en la forma en la que me desnuda que me enciende, cuando sus manos se enredan en mi cinturón y después tiran de la tela del *haori*. Markel contempla durante unos segundos la venda que me cubre el brazo derecho y se detiene para mirarme a los ojos.

—No me duele tanto como para detenerme —le aseguro y me asalta la risa.

Hay pocas cosas que me harían parar ahora.

Me ayuda a quitarme la camiseta con un cuidado que me vuelve loco, me empuja contra la pared, me besa con furia en los labios y suelta un gemido cuando lo aparto y soy yo quien lo empuja hacia la cama.

Le quito los pantalones antes de agarrársela y comprobar, encantado, que vuelve a estar preparado para mí.

No soy tan rápido como me pide el cuerpo. Me tomo mi tiempo, disfruto de los besos y las caricias, y de la forma en la que Markel se sube encima, me recorre la tinta de mi abdomen con los dedos y hunde el rostro en mi cuello para provocarme.

Se lo hago despacio. Me aseguro de que no le duele y me muevo lento hasta que se acostumbra a mí y, entonces, le doy fuerte. Le apreso las manos sobre la cabeza y me vuelvo un poco loco cuando me pide *más.*

Me esfuerzo mucho por no ser absolutamente indecente, pero Markel me lo pone muy difícil.

En un momento lo tengo bajo mi cuerpo y, al siguiente, me empuja un poco, se me sube encima y es él quien toma el control sin dejar de

mirarme de esa forma escandalosa. Se la acaricio mientras se mueve sobre mí y dejo que tome cuanto quiera mientras me obligo a portarme bien.

Le rodeo la espalda con las manos, manteniéndolo preso contra mi torso, lo beso con furia y necesidad y unos instantes después nos enredamos tanto en caricias y besos y provocaciones que Markel acaba de nuevo bajo mi cuerpo.

Le doy la vuelta sobre las sábanas sin pensar mucho en lo que hago y el quejido grave que deja escapar me empuja a seguir, pero yo me detengo unos segundos.

—¿Todo bien? —me aseguro, solo por si acaso, y enredo los dedos en su nuca.

—Joder, Kai. Sí… Sigue.

La súplica en su voz termina de encenderme y me lleva directo a un fuego ingobernable.

Me corro después de que él llegue al orgasmo por segunda vez y me derrumbo sobre su pecho sudoroso. Respira de forma fatigada, con los ojos cerrados y los labios que tanto he besado enrojecidos y entreabiertos.

Me apoyo en él, dejo que los latidos de su corazón lo inunden todo y la calma absoluta que me embarga se ve solo rota por la mano de Markel en mi espalda, que me empuja levemente.

Me retiro con un nudo en la garganta y un corazón acelerado ahora por el temor.

No digo nada cuando se levanta con suavidad y le veo caminar hasta el baño. También yo me quito el condón y procuro no pensar, ni permitir que las dudas se adueñen de todo; pero el silencio es duro.

Entonces le veo regresar a la cama, rodearla y… tumbarse cuan largo es, estirando los músculos duros de su abdomen y los brazos que sube por encima de la cabeza. Suelta un bostezo y me dedica una sonrisa que consigue, antes siquiera de decir nada, disipar toda duda.

—¿Por qué me miras así? —Arquea las cejas—. ¿No querrás hacerlo ya otra vez? Estoy reventado.

Me entra la risa y me acuesto a su lado.

Esta noche no va a largarse.

Quizá no sea definitivo. Habrá mucho de lo que hablar si dentro de 48 horas seguimos vivos.

Pero es un comienzo. Uno bueno.



49

LA EMPERATRIZ

Palacio Imperial

48 horas para el solsticio de verano

Echo ha dejado de preguntarse si quienes la siguen lo hacen convencidos de su causa o, por el contrario, le tienen suficiente miedo como para no atreverse a desobedecer.

Son todos unos cobardes.

Si el clan al que acudió al escapar de Palacio la hubiera delatado, no les habría ocurrido nada. Probablemente Ryosuke los habría premiado con los mismos favores que les prometió ella si la ayudaban… tal vez con más.

Ratas.

Ese clan la pone en contacto con su madre. No puede quedarse con el clan Taijiri, le estaría dando una ventaja demasiado grande a Ryosuke, así que ella lo orquesta todo para ocultarla. Nadie conoce

mejor la forma de sobrevivir en este Imperio que la concubina favorita del antiguo Emperador Hisaaki.

Así que Echo acude a su madre, la misma que le enseñó a resistir la tortura, a ser digna y hermosa y resiliente, la misma que sigue envenenándose a diario para que sus enemigos no la tomen por sorpresa… y su madre, Naruko del clan Taijiri, le muestra cómo debe sobrevivir una vez más.

Muchos de los que apoyaron la traición de su hermano la están ayudando ahora. Y sabe que los vientos podrían cambiar en cualquier momento.

Indignos.

No les importa el Imperio; nunca lo ha hecho. Enriquecer sus clanes, aumentar su poder… es todo cuanto desean.

A veces, cuando intenta dormir y se encuentra cara a cara con la oscuridad, el recuerdo de unos ojos verdes le devuelve la mirada. Ya no puede pensar en Alexa cuando la contemplaba con amor; solo es capaz de conjurar sus ojos aterrados, abiertos por la incredulidad y el dolor… justo cuando la apuñaló.

Se acuerda de que Alexa no quería permitir que Ryosuke la matara y se dice que no importa. Se acuerda de que Alexa intentaba explicarle algo aquel día y se convence de que nada justificaría la traición.

Sueña con sus besos y se baña en agua fría hasta que desaparece el recuerdo de su tacto sobre la piel.

Se repite a sí misma que Alexa la traicionó al final. Se aferra a las emociones más amargas, tan pútridas que a veces retuercen su memoria, y uno a uno apaga esos momentos que se suceden en su mente y que se resisten a imaginar a Alexa como a una traidora.

Su madre le pregunta por ella y Echo se lo cuenta todo. Naruko solo le dedica una mirada indiferente, y con un rictus que roza el desprecio le asegura: «Te has equivocado con esa mujer, pero has sabido ponerle remedio».

Echo sabe que cuando recupere el trono tendrá que tomar medidas. Ya no se fía de nadie… y no puede tener a personas en las que no confía a su lado.

Lo reducirá todo a cenizas y empezará de cero.

Pero todavía queda lo más importante.

Primero va a matar a Ryosuke.

Luego va a acabar con el padre de su hijo.

En la oscuridad de su alcoba, se lleva la mano al vientre. Es consciente de que es pronto para estar segura, pero ella lo *sabe*. Tora Satake lo ha sacrificado todo para vengarse de ella. Es una pena que no haya servido de nada. Y se muere de ganas de darle la noticia: ha engendrado al próximo heredero del clan Akiyama, el próximo Emperador de Japón.

Tercera parte

BLANCO CENIZA



50

KIERA

Skytree

39 horas para el solsticio de verano

Neal desliza los dedos sobre mi vientre en una caricia que no busca provocar. Parece perdido en algún lugar al que no puedo llegar, no mirando esos ojos verdes que están tan lejos.

Se apoya en la cama sobre un lateral, con el codo en la almohada. La cadena con el dispositivo le cuelga del cuello y cae sobre su pectoral desnudo.

Su mirada sigue el lento pasear de su mano sobre el borde de mi ropa interior. Recorre mi abdomen con los dedos, ajeno a lo que me está haciendo, sube por el centro de mi cuerpo y el vello de la piel se me eriza cuando sigue con dos dedos la tinta del tatuaje bajo mi pecho.

Arqueo ligeramente la espalda, sin poder contenerme, y solo el gesto lo devuelve a la realidad.

Los ojos se le llenan de pronto de una comprensión cálida, se le dilatan las pupilas e inspira con fuerza.

—Mañana no puedes alejarte del Skytree —me dice, con voz ronca.

Me atrapa un poco por sorpresa.

—Sí, comandante —bromeo.

Se pasa la lengua por el labio inferior antes de mordérselo, divertido. Sin embargo, advierto que bajo ese brillo hay algo más duro y afilado que también hace que a mí me cueste respirar.

—Lo digo en serio, Kiera. Pase lo que pase mañana, el Skytree estará relativamente a salvo. No podemos decir lo mismo del resto de Tokio.

Trago saliva.

Estamos participando en un juego peligroso.

No podemos evacuarlos a todos. ¿Para qué lo haríamos si las bombas están destinadas a caer lejos?

No podemos darle pistas sobre el farol a Andrews y mañana después del atardecer será demasiado tarde para hacer nada.

Si no cede, si no desactiva las bombas, morirá mucha gente. Y lo peor de todo es que no tenemos muy claro qué zonas son seguras.

Markel ha encontrado más silos de los que creía y eso significa que habrá otros sin localizar. Quién sabe cuántos.

Si las bombas estallan aquí, en el mejor de los casos destruiremos las Cinco Puertas del Infierno y desviaremos algunas, pero otras… Otras estallarán aquí. Lloverá fuego sobre Japón. Y es imposible calcular los daños.

—No me separaré de tu lado —le prometo.

Los dedos de Neal se detienen sobre mi pecho.
Me mira a los ojos.
—Es una orden, soldado.

光

51

MARKEL

Skytree

17 horas para el solsticio de verano

Hikari y Kai juegan a las cartas en una de las salas comunes del Skytree. Hace ya tiempo que Kai ha hecho un esfuerzo muy vago por convencer a su hermano de retirarse a dormir, pero el concepto de unas horas de sueño sanas queda un poco anulado por la incertidumbre que trae consigo el fin del mundo.

Varios de los soldados que permanecen despiertos están haciendo guardia. Algunos charlan, pero otros muchos se han reunido alrededor de pantallas cuyos programas van cambiando cada poco rato:

Tertulianos que aún especulan sobre la existencia de las bombas.

Imágenes de hileras infinitas de personas que aguardan a que

vuelvan a abrir refugios que ya se han cerrado.

Saqueos en las calles.

Políticos llamando a la calma desde sus búnkers.

Y Raine Andrews haciendo declaraciones vacías desde el despacho de su casa, en arresto domiciliario, después de juicios en los que no se ha esclarecido nada de nada.

—Markel. —La voz de Hikari me obliga a girarme.

Kai me dedica una mirada de cejas arqueadas y me acaricia la mejilla con los nudillos antes de señalarme la mesa.

—Te toca —me recuerda.

Y yo procuro regresar al juego.

光

52

KAI

Skytree

13 horas para el solsticio de verano

Anna llega a buscar a Hikari por la mañana.

Me despido de él y no le digo que sí cuando me pregunta si yo estaré a salvo: no más mentiras. Así que le digo la verdad: espero que sí, pero en realidad nadie puede saberlo.

Me giro de vuelta hacia el vestíbulo cuando todos se despiden de la chica en la puerta, pero algo me obliga a detenerme en el último segundo.

Tengo el estómago revuelto cuando me planto frente a ella, que no retrocede, ni se encoge. Alza el mentón, sin ocultar las cicatrices que le recorren el cuello y que hoy no se tapa, y me mira detenidamente mientras el resto guarda silencio.

—Gracias por cuidar de él.

—No lo hago por ti —responde, con rotundidad.

Hikari se queda un paso por detrás de ella, mirándonos alternativamente con los ojos enormes y abiertos de par en par, muy tenso.

Me cuesta mucho no dar media vuelta y largarme.

—Pero debo darte las gracias igualmente —respondo e inspiro con fuerza—. Y también debo decirte lo mucho que siento haberte hecho daño, aunque no sirva de nada, ni vayas a perdonarme.

—No voy a perdonarte —confirma, con rotundidad—. Pero sí sirve de algo.

Nos miramos unos segundos en los que no soy capaz de deshacer el nudo que tengo en la garganta. Asiento con la cabeza y ella me da la espalda antes de salir del Skytree.

Hikari me dedica una sonrisa sincera, alza la mano y se despide.

Luego, volvemos al interior y Markel pasa las siguientes horas cambiando las coordenadas en una simulación.

El mundo.

El mar.

El mundo.

El mar.

En una práctica repetitiva y desquiciada, consigue bajar el tiempo a 28 minutos. En un momento dado para, mira las noticias y vuelve a practicar la secuencia.

Raine Andrews sigue negando conocer la forma de desactivar las bombas.

光

53

NEAL

Skytree

7 horas para el solsticio de verano

La última vez que lo intento, ya no puedo contactar con mis padres. La red ha caído. Las noticias dicen que ha habido un fallo en una central, pero no hay nadie para restablecer los servicios.

Varios canales de noticias siguen enfocando la casa de Andrews cuando la sacan escoltada en un convoy.

Se va a un refugio.

La policía que debería impedírselo no aparece.

Durante estos días ha habido un par de intentos de frenar todo esto; pequeños grupos armados de buenos samaritanos que no suponen una amenaza real y que mis soldados descartan enseguida. También tenemos manifestantes a las puertas del Skytree, pero hacia

el mediodía acaban marchándose.

Ya no contesto a las llamadas de Standen, que debe de seguir intentándolo desde algún búnker en las zonas no señaladas.

A las 17 horas del día del solsticio de verano, un terremoto de 7.6 grados de magnitud sacude el norte de Japón. El seísmo se produce frente a las costas de Aomori, en el noroeste del archipiélago, con un epicentro a 50 kilómetros de profundidad.

Poco después nos llegan alertas anómalas: el temblor se extiende por todo Japón.

Un gran *yokai,* uno que no se deja ver, se retuerce en las entrañas de la Tierra y está furioso.



54

LA EMPERATRIZ

Palacio Imperial

2 horas y 47 minutos para el solsticio de verano

No tienen a dónde huir. Por eso lo han hecho de noche.

Sus aliados no la querían durante el asalto. No deseaban arriesgarse a que le ocurriera algo. No es que teman por su vida, ni por la que lleva consigo; ellos todavía no lo saben. Temen quedarse sin el poder que creen que Echo Akiyama podría darles cuando esto acabe.

La realidad es que la mayoría de ellos estarán muertos mañana a estas horas.

Es lo que ha decidido la Emperatriz, que ahora se abre paso por el Palacio que arde.

No le da miedo quedarse atrapada entre el fuego y la oscuridad. Cree que los *kami* la protegen… y el gran *yokai* que hace temblar

Tokio es una señal.

La muerte de Ryosuke ha sido de lo más insatisfactoria.

Ya agonizaba cuando ha llegado a su lado. Cuando esto acabe, también mandará buscar al soldado que ha desobedecido su orden de dejar a su hermano con vida y lo matará.

Si esta vez quiere hacerlo bien, nadie puede desobedecerla jamás.

También tendrá que tomar decisiones difíciles. Dejó vivir al sobrino pequeño de Ryosuke por debilidad. Tendrá que enmendarlo.

También tendrá que decidir qué hará con sus otros hermanos: Iemitsu, Midori, Sayoko… Todos son suficientemente mayores como para resultar un peligro. Y ella ha aprendido la lección con Tora: no puede fiarse de nadie.

Piensa que una muerte rápida será lo mejor, una en la que no se enteren de lo que va a ocurrir. Eso los librará de una vida de intrigas políticas y maquinaciones en la que los usarán contra ella.

Al menos, no sufrirán.

Se ha sentado al lado de Ryosuke en su cama empapada de sangre y le ha retirado el pelo oscuro de la cara.

No le ha dicho nada. Se ha limitado a acariciarle el cabello como una hermana devota mientras lo veía retorcerse de dolor. Sabe que irse así, viéndola sonreír, ha debido de ser castigo suficiente.

A Tora no lo han matado.

Estos soldados sí han obedecido.

Lo tienen arrodillado y con las manos tras la espalda, y ella pide que los dejen a solas.

No quiere público. Prefiere disfrutar de esto en la intimidad.

—Podrías haber gobernado a mi lado —le dice. Ya no tiene que esforzarse para que no se noten el dolor y la amargura. Solo queda

ira dentro de ella, y a veces ni siquiera es más que el aleteo de una polilla moribunda.

La Emperatriz ha dejado de sentir.

—Ya te lo dije. No me interesaba el poder. Solo la libertad.

—¿Te sentiste más libre después de traicionarme?

—Sí —contesta, con convicción, y alza el mentón.

—¿Y cómo encaja en esa libertad haberte acostado con una mujer a la que desprecias?

El sexo no ha nacido de la furia. No ha sido un encuentro pasional y violento, y él no ha sido un compañero egoísta. Es más, Echo lo consideraría un amante bastante generoso.

Tora le sonríe con desdén.

No se avergüenza, pero a Echo no le importa lo suficiente como para intentar desentrañar qué se le pasa por la cabeza. Tora le dijo la verdad en algo: ambos han crecido en el mismo mundo y los dos saben que las normas que rigen lo que es el bien y el mal, la ética y la moral, no se les aplican a ellos.

Lleva una katana en la mano. Siente el peso del acero y sabe que en cuanto trace un arco con ella habrá segado su último vínculo con la única persona que puede entenderla… aunque él la odie profundamente.

—Antes de matarme, dime algo: ¿no te destroza haber acabado con la vida de la mujer que amabas? Te conozco suficientemente bien como para saber que eso era real. Alexa no era como los demás, ¿verdad? ¿Por eso tuviste que matarla?

Echo siente que se le emborrona la visión.

Le ha pasado más veces desde el día en que Alexa murió.

Lo siente como una presión en el pecho, una presa que se llena

hasta que cree que no puede más y cuando está a punto de reventar, el agua encuentra una salida:

«Alexa la traicionó».

«Ya no era ella misma».

«Y su muerte no fue culpa suya».

—El amor no existe. No ese tipo de amor, al menos —le responde y aferra más fuerte la empuñadura de la espada—. Dime tú algo antes de morir. ¿Cómo se llamaba tu madre?

Consigue sorprenderlo. Eso le hace abrir mucho los ojos y parpadear. Se pasa la lengua por el labio inferior y se revuelve un poco, incómodo. Sin embargo, cuando responde lo hace con voz serena:

—Se llamaba Harumi. ¿Por qué deseas conocer su nombre? ¿Te arrepientes ya de los crímenes que iniciaron todo esto?

—No. No me arrepiento. —Sonríe con cierta benevolencia—. Es un nombre muy bonito. Quería conocerlo para saber qué nombre le pondré a nuestra hija si nace niña.

Su rostro se desdobla y Echo disfruta de ese horror.

—Mientes —escupe.

Se lleva la mano libre al vientre, la misma mano con la que ha acariciado el pelo de su hermano hasta que ha exhalado su último aliento.

—Al final va a resultar que no vas a tener un hijo, sino un *heredero;* porque eso es lo que será. Se convertirá en el Imperio, igual que lo soy yo ahora. Lo siento de verdad por ti… ¿O es que también en eso mentiste? —Levanta la katana y se prepara para segar el último hilo de humanidad—. En fin, ha sido un placer conocerte, Tora Kanmu.

Tora sonríe, pero no consigue más que esbozar una mueca. Su

rostro desencajado es un vistazo a un alma temerosa. Echo sabe que todavía duda y que una parte de él aún se aferra a la posibilidad de que esto no sea más que una treta para torturarlo antes de matarlo… y no le gusta.

Quiere que la vea vencer.

Quiere que sea plenamente consciente de todo lo que ha perdido.

Quiere que reconozca su error.

Y no podrá hacerlo si está muerto.

Echo baja la katana y Tora frunce el ceño más asustado que cuando se enfrentaba a una muerte inminente.

La Emperatriz acaba de darse cuenta de que lo necesita vivo.

—¿Qué tipo de madre sería si no dejara que mi hijo conociera a su padre? —susurra y sonríe ante la expresión desquiciada de Tora—. ¡Guardias! Lleváoslo. Protegedlo hasta que amanezca y, luego, encerradlo.

—No —farfulla—. ¡No! —brama, cuando los guardias obedecen.

Echo Akiyama ve cómo se llevan al padre de su hijo, gritando y revolviéndose como un animal furioso. Se apoya la mano en el vientre y sonríe. Está convencida de que los *kami* lo han elegido y, si es así, esta vez nacerá vivo, y fuerte, y listo para sucederla y *convertirse* en el Imperio, en Japón.

光

55

NEAL

Skytree

2 horas y 21 minutos para el solsticio de verano

Tras el temblor se eleva la alerta de tsunami no solo en la zona de Aomori, sino también en varios puntos de la costa, pues el gran *yokai* está furioso, es impredecible y el seísmo se siente, en mayor o menor intensidad, en casi todo Japón.

El problema de esta alerta es que se lanza prácticamente de noche, cuando no se puede actuar, y durante las horas oscuras la población está sola.

Un nuevo temblor sacude Tokio y hace que todos miremos, con el corazón en un puño, la pantalla en la que tintinean los puntos azules que señalan las bombas que tenemos localizadas.

Puede que haya más de un gran *yokai* furioso. Puede que todos estén anticipando la catástrofe… Pero si siguen así quizá no todas las

bombas aguanten hasta medianoche.

En el mejor de los casos mañana amanecerá y contaremos los muertos *solo* de los seísmos y los tsunamis que se esperan en las costas. Aunque los temblores en Tokio no son tan fuertes como en otras zonas, también aquí tendremos que vigilar el mar.

Ojalá esa sea nuestra mayor preocupación mañana.

Me llevo la mano al pecho.

Este colgante tan pequeño no debería pesar y, sin embargo, siento los hombros tremendamente cargados.

—Debe saber que es un farol —murmura Markel, cuando el seísmo cesa—. No puede estar tan loca.

—Lo está —declara Kiera—. No tiene motivos para pensar que no vamos en serio. Hemos tenido mucho cuidado. Todos sus informes deben señalar que los misiles con las bombas están preparados para que alcancen los objetivos… Simplemente le da igual.

—¿Serviría de algo un último comunicado? —sugiere Kai—. Algo así como el comandante pidiendo perdón al mundo, alegando que no tiene opción si quiere proteger a Japón…

Se me encoge el estómago.

—No —descarta Kiera—. Creo que el silencio debería asustarla más. Aún cabe una pequeña posibilidad de que recule, pero…

—Se nos acaba el tiempo —termina Markel—. Podemos apurar hasta 28 minutos antes de la medianoche, pero…

—No vamos a apurar tanto —replica Kai—. Es tu mejor marca, pero no la peor. Necesitas 47 minutos, por si acaso.

Noto los latidos del corazón en un golpeteo rítmico y fuerte contra las costillas mientras los demás siguen hablando. No sé qué está diciendo Kiera cuando la interrumpo a media frase, la agarro por la

muñeca y la saco del cuarto.

Les hago un gesto a los soldados que vigilan el perímetro para que se alejen.

—¿Estás bien? —pregunta ella, mirándome a los ojos.

Pienso en mentir: sí. Y en decirle la verdad: estoy aterrado.

En lugar de eso, sin embargo, me inclino sobre ella, deslizo una mano por su mejilla y le robo un beso en el que Kiera cede enseguida. Entreabre los labios, apoya una mano reconfortante en mi pecho y la otra me la desliza por la nuca y enreda los dedos en mi pelo.

Compartimos un beso profundo y sentido, quizá demasiado para estar en público; pero ni siquiera me importa. No me preocupo por Kai y Markel ahí dentro, que deberían estar aprovechando así el tiempo, ni tampoco por los guardias que patrullan los extremos de la planta y a los que debemos estar ofreciéndoles un espectáculo encantador.

Solo importa este beso y, más que él, Kiera.

Kiera y sus manos sobre mí.

Kiera y esa valentía que la empuja a ponerse en peligro una y otra vez.

Kiera y su aroma a vainilla envolviéndolo todo.

Kiera y la suerte que tengo de que me ame una persona como ella.

—Te quiero —susurro, cuando me aparto de ella.

Toma aliento con fuerza, como si le faltara el aire.

—Neal…

—Te quiero —repito.

Parece asustada, más que antes, y odio haber sido yo quien lo ha provocado, pero tenía que hacer esto: besarla, sentirla entre mis

brazos y decirle que…

—También te quiero, Neal Kellum. Te quiero muchísimo.

Me dedica una sonrisa de verdad, una que se impone a pesar del miedo y de la oscuridad. Se desliza sobre esos labios que me hacen perder la razón y se me queda grabada a fuego en la piel.

—Cada error, cada pecado, cada paso desafortunado… Todo lo repetiría igual para acabar aquí contigo.

Deja escapar una risa que termina de ablandar algo en mi pecho.

—Yo estaba algo mejor en aquella playa de Kamakura —bromea—, pero sí, también yo haría…

No llega a terminar.

Las voces de Markel, desde el interior de la sala, nos hacen compartir una mirada y regresar dentro.

Está hablando por teléfono, completamente rígido, con el rostro lívido y la mirada perdida en algún lugar de esta sala.

No tarda en colgar, pero sí parece que necesita unos segundos para reunir valor antes de hablar.

—Es la Mori Tower… Los ingenieros que están en el silo dicen que la lanzadera ha sufrido daños estructurales con el último temblor. —Hace una pausa y aprieta la mandíbula—. Esos misiles no despegarán.

Los recuerdos de la primera simulación que nos enseñó vuelven a mí. El punto azul que señalaba la carga que se encuentra en la Mori, el radio de acción…

Millones de personas.

—¿Se puede arreglar? —pregunto.

—Lo están intentando. —Inspira con fuerza y nos mira a todos, pero se detiene en Kai—. Tengo que ir. Tendrán más posibilidades si

voy.

—Bien. Voy contigo —sentencia enseguida el matademonios, y se lleva la mano izquierda a la empuñadura de su katana, creo que como un acto reflejo.

Entonces, dedico un vistazo a Kiera, que los observa con cierta consternación y sé, antes de que abra la boca, lo que va a decir.

—No puedes ir tú —murmura, con suavidad—. Si algo pasa durante el viaje, de noche… no tendrás muchas posibilidades.

—Peleo con la izquierda mejor que tú con la derecha —replica, con seguridad.

—Sí, y cualquier anomalía te destrozaría antes de que pudieras agarrar siquiera a Onimaru. —Toma aire, dejando que sus palabras calen lentamente en nosotros—. Yo acompañaré a Markel. Tú debes quedarte aquí, con Neal, para accionar los misiles.

Kiera me mira a los ojos con la misma intensidad que lo ha hecho antes, cuando me ha dicho que me quiere, y un recuerdo retorcido, del día que me traicionó para morir sola en el Scorpion V, me asalta y se enrosca alrededor de mi garganta, empujándome a decir «no».

Esta vez, sin embargo, no hay engaño: solo honestidad, una cruda y brutal, y yo tengo que confiar en que en esta ocasión todo irá bien.

Markel debe ir. Si esas bombas estallan ninguno de nosotros lo contará. Y si alguien puede hacer que el pequeño genio llegue a la Mori seguro, de noche, esa es Kiera.

No tiene sentido que Kai se arriesgue.

Y yo debo quedarme aquí, con la llave.

—Puedes cambiar las coordenadas de forma remota, ¿verdad? —pregunto.

Markel asiente.

—Cuatro minutos antes deberás dar la orden para que destruyan las Cinco Puertas del Infierno. Yo te llamaré cuando haya cambiado la trayectoria de los misiles. Solo entonces podrás usar la llave. No debes accionarlos antes.

También yo le hago saber con la cabeza que lo he entendido.

Markel se gira hacia Kai y le da un beso en los labios.

Kiera y yo nos miramos.

Me llevo la mano a la muñeca y mis dedos se encuentran con el nudo que ata la cinta dorada.

—Esta vez te toca a ti.

Kiera apoya los dedos sobre los míos y me detiene.

—Qué va. La parte difícil sigue siendo la tuya. —Se pone de puntillas y me da un beso en los labios que me destruye por completo—. Hasta pronto, comandante.

—Hasta pronto, soldado.

Me da un apretón muy suave y, entonces, me abandona y tengo que verla marchar mientras me desarmo pieza a pieza.

光

56

MARKEL

Mori Tower

1 hora y 43 minutos para el solsticio de verano

La ansiedad me ahoga durante todo el viaje.

Los ingenieros nos están esperando en la entrada, en la que han colocado focos gigantescos para hacer nuestra llegada más segura.

Tengo la vista borrosa y siento que el aire que me llega a los pulmones no es suficiente. Me cuesta tanto respirar que durante unos segundos terribles creo que perderé el conocimiento.

Los estragos que han provocado los seísmos son evidentes durante el camino, también en el vestíbulo y en las luces apagadas de algunos de los pisos.

Un minuto después creo que me voy a morir.

Pero sigo avanzando, me agarro a Kiera, que tira de mí mientras

nos adentramos en las galerías de la Mori y nos acompañan al silo y, en cuanto llegamos, mi cuerpo reacciona.

Debería venirme abajo.

La destrucción, el caos, la desesperación… deberían doblarme las rodillas y dejarme sin aire.

Ocurre al contrario.

Sé que me necesitan. Me digo que sin mí están perdidos. Y vuelvo a respirar.

Me pongo manos a la obra.

光

57

KIERA

Mori Tower

35 minutos para el solsticio de verano

—Markel —insisto, una vez más, a través del canal privado del comunicador.

El sudor me cae por la sien.

—Un minuto —me pide, otra vez.

Trabaja a destajo con el resto de ingenieros en una coreografía que no entiendo, donde cada uno tiene un papel, o más, y se mueve de forma coordinada a través del silo y de las plataformas colocadas junto al misil.

El ordenador está preparado, pero lo siento como un peso muerto sobre mi regazo.

Y yo no puedo hacer nada de nada.

—Si no cambias las coordenadas, diez millones de muertes serán el

menor de nuestros pecados —le recuerdo.

Se oye un jadeo tembloroso y, un instante después, reconozco su respiración agitada cuando echa a correr.

De pronto, voces y gritos de júbilo llenan el silo.

Lo han conseguido: han reparado la lanzadera.

Los ingenieros creen que lo han logrado; no saben que eso no significa nada si Markel no…

Llega a mi lado a la carrera. Me levanto, le abro la puerta de la salida y, juntos, nos alejamos del lugar del lanzamiento, de vuelta a la torre.

Nos sentamos en las escaleras, sin perder el tiempo.

Nadie puede distraernos ahora.

Markel se pone a teclear sin murmurar palabra.

No le queda mucho tiempo.

—Puedes hacerlo —susurro y me sorprende lo aguda que me sale la voz.

No tengo ni idea de qué es lo que hace.

Ni siquiera se molesta en responder.

También él está sudando. Varios mechones castaños se le pegan a la frente y yo me inclino adelante para apartárselos de los ojos.

—Puedes hacerlo —repito, más para mí misma que para él.

Me aferro a ese pensamiento, a llenar con él ese vacío voraz de mi pecho para no dejar lugar a la angustia.

Vamos a conseguirlo.

Vamos a conseguirlo.

Vamos a…

光

58

NEAL

Skytree

5 minutos para el solsticio de verano

—Qué hija de puta —susurra Kai, con voz ronca.

Me quedo mirando las imágenes satélite de las dos bases navales que debemos volar por los aires.

Andrews no se ha tragado el farol… o está lo suficientemente loca como para sacrificar al mundo entero antes que permitir que Japón se salve.

El plan A, que consistía en salvarnos a todos, queda automáticamente descartado.

A estas alturas Markel debe de estar terminando de redirigir los misiles. No tengo noticias desde hace aproximadamente media hora, cuando Kiera me ha contado que habían asegurado la lanzadera de la Mori Tower.

—Plan B —susurra Kai—. Adelante, comandante. Libera a las anomalías por el mundo.

Aprieto la mandíbula. Miro la pantalla del comunicador y me detengo antes de hacer esa llamada.

Después de esto no habrá marcha atrás.

Además de los millones que mueran esta noche por las bombas en Japón, cientos de miles morirán por las anomalías ahí fuera.

El mundo no está preparado.

Los países más pobres no cuentan con una infraestructura apropiada, en muchos lugares han dejado que los sistemas se corrompan sin reemplazarlos y la gente ha olvidado lo que significa que la oscuridad pueda destrozarte.

Incluso ahora, cuando las anomalías hacen solo apariciones esporádicas, causan cientos de muertes al año.

Hoy, en unas pocas horas, morirán miles.

Contengo el aliento, me obligo a no pensar y hago esa llamada.

Doy la orden.

Kai y yo nos giramos hacia las pantallas y aguardamos en silencio hasta que, un instante después, un fogonazo vuelve blancas las imágenes.

Cuando recuperamos la visión de las dos bases, de ellas solo queda un amasijo humeante de metal. Entre el humo y el fuego contemplo las ruinas y dejo que las implicaciones calen en mí.

Solo unos segundos después, en una de esas pantallas que dan al resto del mundo empieza a suceder algo. Kai toma aliento de forma brusca.

Yo no miro.

No soy capaz.

Mañana será momento de hacer balance, cuando el planeta entero haya pasado una noche con anomalías.

De pronto, entra una llamada de la línea con Kiera.

Es la hora.

Querría que estuviese aquí. El Skytree es más seguro que la Mori, pero quiero aferrarme a la idea de que no habrá bombas ocultas cerca de las que ya encontramos allí.

Mientras respondo a la llamada, me llevo la mano al colgante.

No llego a quitarme la cadena del cuello, porque entonces la imagen de Kiera y Markel aparece frente a nosotros en la pantalla sobre el panel… y comprendo al instante que algo no marcha bien.

Kiera me mira con expresión tensa y los ojos brillantes.

Tras ella, Markel sigue tecleando.

Tiene el rostro congestionado, los ojos rojos, los labios hinchados… y solloza bajito sin apartar los ojos del portátil.

—Hola, chicos —murmura, y la voz le sale temblorosa—. No tenemos mucho tiempo y además Markel cree que los comunicadores podrían dejar de funcionar un poco antes de que estallen las bombas… así que seré breve: no lo vamos a conseguir.

El mundo se derrumba. Deja de girar y se parte por la mitad.

—¿Kiera? —murmura Kai.

A mí no me sale la voz y él… ni siquiera es capaz de formular la pregunta. Ella lo explica igual.

—Markel debía arreglar la plataforma. Sin él no lo habrían conseguido y todo el centro de Tokio habría sido destruido… también nosotros. —Hace una pausa, traga saliva. Le tiembla un poco el labio—. Cuando ha empezado a cambiar las coordenadas no le quedaba mucho tiempo, ha habido otro seísmo por el gran *yokai*

y… eso lo ha retrasado aún más. No va a terminar a tiempo.

—Ha sido culpa mía —solloza entonces Markel, sin apartar los ojos de la pantalla. Con una mano sigue trabajando y con la otra se limpia las lágrimas del rostro—. He sido arrogante y egoísta. No podía dejar que las bombas estallaran en el centro y pensaba que después me daría tiempo… No he calculado bien y ahora más de cien millones de personas van a morir por mi culpa.

La voz se le corta cuando rompe a llorar y entiendo de golpe lo que intentan decirnos, lo que implica esto.

—No es tu culpa —susurra Kiera y trata de que Markel deje el portátil—. Es culpa de Andrews y de nadie más. Has hecho lo que creías correcto. No podías imaginar lo que pasaría. Deja eso. Déjalo ya. Despídete de Kai.

A mi lado, Inoue da un paso absurdo al frente y se queda quieto y rígido, impotente.

Al final, Markel abandona su tarea.

—Si hubiese metido primero las coordenadas, no me habría dado tiempo a arreglar la lanzadera y las bombas nos habrían matado, pero al menos habríamos podido salvar al resto de Japón. Me he sobrestimado y ahora vamos a morir *todos.*

—Kiera —susurro. Pronunciar su nombre me hace un daño incalculable—. Si activo ahora los misiles, ¿cuántos caerían en zonas críticas?

—Demasiados. Si activamos los misiles la mitad caerán en el mar… y mucha gente aquí dentro se salvará, pero la otra mitad… —Hace una pausa demasiado larga—. Cientos de millones, Neal. Si esos misiles salen de Japón provocaremos un genocidio a escala mundial. Los silos nucleares que reventarían, los núcleos

poblacionales que quedarían reducidos a escombros… Hoy morirían cientos de millones en cuestión de segundos y durante los próximos años morirían muchos más. Por eso le he dicho que parase. No le da tiempo a cambiarlos todos y si las trayectorias siguen siendo críticas… No podemos activar los misiles. Las bombas tienen que explotar aquí.

Hasta que no lo dice en voz alta no lo asimilo, e incluso cuando lo escucho tampoco lo comprendo del todo.

«Las bombas tienen que explotar aquí».

Todavía me niego a aceptarlo.

—¿Has cambiado la trayectoria del misil de la Mori?

Markel asiente. Ha dejado de llorar, pero su rostro es un mar de culpa y remordimientos.

—¿No podemos lanzar los misiles que van al mar y dejar los otros aquí?

Sacude enseguida la cabeza y la esperanza que aún permanecía con vida se estremece y cae al suelo convertida en ceniza.

—No. Ahora ya es imposible. Podría haber preparado un accionador distinto. Podría haber… No pensé… Y ahora ya…

Kiera lo agarra de los hombros y lo mira a los ojos.

—Eso ya da igual, ¿vale? No es culpa tuya. No podrías haber hecho nada diferente para evitar esto. Lo que sí puedes hacer es despedirte antes de que se corte la llamada. Eso es todo lo que importa ahora, ¿vale? Nos despediremos.

—Esto no puede estar pasando —murmura Inoue.

Se me nubla la vista, pero me digo: «Todavía no».

«Aún no».

«Kiera está viva y eso es cuanto importa».

La contemplo, tan valiente, tan entera, mientras a nuestro alrededor el mundo se desmorona y me obligo a permanecer en pie mientras oigo cómo Markel se despide de mí, y de Kai. Y luego Kiera le dice adiós a Inoue.

—Me ha gustado mucho tener un mejor amigo, aunque haya durado poco.

—Cállate, Amell, y despídete de tu comandante. —Traga saliva—. Te quiero —añade, y la voz, aunque él todavía parece entero, le sale trémula.

Kiera me mira y odio lo pobre que parece el color de sus ojos al otro lado de la pantalla.

Odio que tenga que ser así.

Odio tener que decir adiós sin poder tocarla.

Sin sentir sus manos, su calor y sus labios sobre los míos.

Odio perderla.

Intento aferrarme al último beso, pero solo consigo que duela más.

Busco algo que decir, algo que merezca la pena, que sea suficientemente importante como para que importe.

—Neal —ella se me adelanta—. Tengo mucha suerte de que me permitas amarte.

Aprieto la mandíbula y los nudillos, trago saliva y me digo que esto es cuanto importa ahora.

—Kiera, yo…

De pronto, la llamada se corta.

La mayoría de las pantallas aquí dentro se apagan también y eso solo puede significar que el final está cerca.

—Qué putísima mierda —masculla Kai, dejándose caer sobre los paneles de control.

No puedo apartar los ojos de la pantalla en negro.

El recuerdo fantasma de la imagen de Kiera, sus ojos enrojecidos, su sonrisa valiente, aún permanece en ella.

Ya está. Eso ha sido todo.

Y ahora no podré decirle que la amo, aunque ya lo sabe, aunque ya se lo haya dicho antes… Sé que es consciente y que se aferrará al último instante juntos; al menos, espero que lo haga. Es lo que debería hacer yo.

Pero el corazón no me deja pensar.

No me deja regresar a sus brazos ni al recuerdo de su aroma. El dolor pesa más.

Nos hemos quedado sin tiempo *otra vez.*

El dolor me comprime las entrañas.

Me llevo la mano al pecho.

No puedo respirar.

Mis dedos encuentran entonces la cadena con el dispositivo y la ira me hace arrancármela de un tirón.

Casi se me olvida que Kai está aquí hasta que habla.

—Si fuera a morir solo, esto no me daría miedo —murmura, muy suave—. Pero pienso que si mi hermano se salva se quedará solo, que Markel va a morir y Kiera… y me acojona muchísimo. No sabes el miedo que me da.

—También a mí —reconozco, pero el alivio que surge de compartirlo en voz alta se disipa enseguida.

Kai me contempla a un metro de distancia con sus ojos azules. No se esfuerza por esbozar una sonrisa para hacer más amable este último momento.

En cualquier instante moriremos y el dolor es cada vez más

terrible.

Pienso que no podría doler más, pero cada segundo se hace más insoportable.

Opino como él. Moriría encantado si solo fuera yo, pero Kiera… No puedo dejar que muera, y eso es lo que duele, la resistencia, la impotencia y la terrible realidad: no puedo hacer nada.

Aprieto los nudillos tan fuerte que me clavo la cadena con la llave.

Noto el corazón contra las costillas. La angustia no me deja pensar en ella.

Escucho un chasquido y abro la mano tras una punzada cortante para descubrir que he roto el camafeo y que me he hecho sangre con él… pero solo una de las dos mitades está manchada.

De pronto, algo se quiebra también en mi interior. Los márgenes imposibles de esta pesadilla se vuelven bruma blanca y mis dedos se mueven solos cuando desencajo la llave y me quedo mirando el dispositivo redondo con ese vacío en el centro, muy similar a…

No.

No puede ser.

El blanco infinito que lo devoraba todo se ve sustituido de pronto por el recuerdo del Shinigami.

El mundo en llamas. Las anomalías liberadas.

Kiera bajo el brazo de la muerte… Y en la palma de mi mano dos monedas: una manchada de sangre y la otra limpia y con un agujero en el centro.

Y me doy cuenta de que lo entendí todo mal. No debía salvar al mundo para protegerla a ella.

Me acerco al panel.

—¿Neal?

Es todo cuanto le da tiempo a decir a Kai.
Giro la llave.
Salvo a Kiera.
Y destruyo el mundo entero.

Cuarta parte

BLANCO SILENCIO



59

KIERA

Mori Tower

A las doce de la noche del solsticio de verano

En otra vida, Neal y yo nos quedamos en esa playa.

Luchamos contra las olas bajo el sol templado de junio, tomamos aliento en la orilla y nos besamos sobre la arena. Siento sus dedos recorriendo el arco de mi mejilla, la curva de la ramita de lavanda bajo mi pecho, la ondulación de mi cadera.

En esta, el universo me arrebata sus últimas palabras y yo me río con amargura de él y le aseguro, con el poco coraje que me queda, que no me importa, porque conozco a Neal lo suficiente como para saber qué iba a decirme.

Una promesa de amor y de un reencuentro en otra vida más amable.

En la neblina de ese sueño nos veo en otra playa, ignorando las

nubes negras hasta que la tormenta nos obliga a correr. Levantamos arena con los pies, nos encontramos con otros amigos a la carrera.

Un violento temblor me hace despegar los párpados. La fantasía se rompe, me escupe en un mundo que se desmorona y descubro que Markel me está agarrando de la mano.

Seguimos vivos, me digo.

Y me aferro a ese pensamiento.

Es la única forma de mantenerme cuerda.

Todavía.

Seguimos.

Vivos.

El gran ventanal que tenemos delante tiembla ante el seísmo y me pregunto si será el *yokai* o si será así como sintamos las bombas.

No quiero mirar la hora.

Sé que ya estamos en tiempo de descuento y no quiero morir preocupándome por cuánto más viviré.

Me giro hacia Markel, ignorando los cristales que están a punto de romperse. Voy a decirle algo amable y descubro que no me sale la voz, así que me limito a sonreírle y a apretarle más fuerte la mano.

Ojalá Neal se sienta querido cuando muera.

Que Kai encuentre redención.

Deseo que Hikari, Anna y Riku se salven.

El temblor se hace más intenso, los cristales se quiebran y no puedo evitar mirar afuera, al cielo estrellado que desde aquí parece tan lejano.

Que sea rápido, por favor.

Que no nos dé tiempo a ver la explosión.

El seísmo se intensifica, se oye un ruido sordo que procede de la

tierra, del silo.

Y entonces, cuando cierro los ojos y me aferro a la mirada de Neal, a la forma en la que me ve… el seísmo cesa. Continúo oyendo un rugido sordo, pero en mi alma algo se queda en completo silencio.

Vuelvo a abrir los ojos. Primero miro a Markel, en cuyos ojos castaños se ha prendido una chispa de fuego. Luego, sigo la dirección de su mirada y me quedo sin aliento.

A lo lejos, la entrada al infierno: luz intensa y un rojo violento que se funde en amarillo. Es una bomba que ha explotado cerca del centro.

Pero Markel está mirando a otro lugar. Para las bombas estábamos preparados, para el resto no.

El cielo se llena de fogonazos rojos, cientos de estelas que surcan el firmamento oscuro y lo iluminan mientras ascienden, y suben y suben…

Solo unos metros más allá, el suelo se ha abierto y de él surge el misil que lleva las bombas de la Mori Tower; un fogonazo rojo, intenso, que se deshace en luz cegadora cuando parte… lejos de Japón.

Dos lágrimas silenciosas me resbalan por las mejillas mientras contemplo el cielo en llamas.

Markel y yo compartimos una mirada.

Y mis labios encuentran la manera de pronunciar:

—¿Qué has hecho, Neal?

光

60

NEAL

Skytree

4 horas y 42 minutos después del solsticio de verano

Kai echa a correr en cuanto ve a Markel aparecer a las puertas del Skytree.

Una luz extraña empapa la mañana. El ámbar parece roto, cuajado de tonos disonantes mientras amanece… pero lo peor es el silencio; ese vacío denso que se traga todo lo demás.

Kai envuelve a Markel en un abrazo potente y sentido. Rodea sus hombros y su nuca y le entierra el rostro en el cuello para decirle algo al oído mientras yo solo escucho una nota estrangulada sostenida en el tiempo.

Todo es vacío hasta que, tras los chicos, la veo a ella.

Se ha detenido después de una carrera; lo sé porque el pecho se le mueve al ritmo de una respiración acelerada que poco a poco se

calma. Me contempla con fijeza, con esos ojos azules del color del mar más profundo y yo… yo soy incapaz de moverme.

Es ella la que rompe el estatismo, echa a correr y en el preciso instante en el que sus manos rodean mi cuerpo el silencio se llena. La abrazo, la estrecho con fuerza mientras me empapo de su aroma y permito que el calor de su cuerpo, sus manos en mi espalda y su pecho contra el mío penetren en ese vacío que tanto me aterra.

—Neal. —Mi propio nombre, pronunciado con tanto anhelo, me ancla a ella—. Neal —repite, cuando no le dejo apartarse.

Enredo los dedos en su pelo y apenas permito que levante un poco el rostro para mirarme a los ojos.

Qué hermosos son.

Kiera me acuna el rostro, lo recorre con los dedos como si no se lo creyera. Me acaricia el cuello y los hombros, el pecho y el estómago y la cintura… y entiendo que también ella había creído que no volvería a verme.

De pronto sus manos se detienen en la mía, en la palma abierta en la que antes me he clavado el camafeo. Se queda mirando una herida fea y bastante profunda que no he permitido que se cerrara.

Kai no ha dicho mucho en toda la noche, no ha sido capaz, y durante las horas de silencio solo el dolor me devolvía a la tierra. En cuanto parecía que el dolor iba a desaparecer, los márgenes de la realidad se llenaban de agua salada, agua de espumas blancas, que me apartaban del suelo y de la tierra, que me hacían sentir blando y ligero… y muy lejos. Y yo volvía a apretar con fuerza hasta que la carne desgarrada me traía de vuelta. Por eso la herida tiene ese aspecto.

Kiera la mira con cierta preocupación, pero no dice nada. Se queda

en silencio, contemplándome a un palmo de distancia mientras empieza a aterrarme que tampoco ella sea capaz de hablar hasta que, con un susurro, pregunta:

—¿Qué ha pasado?

Contengo el aliento. Ahora, el pulso doloroso en la palma de mi mano funciona como un eco y un recordatorio:

Las monedas.

El Shinigami.

Y luego los misiles.

Las estelas rojas cruzando el cielo.

El horror.

Las pantallas en negro.

Y al final el silencio que lo ha devorado todo.

Me quedo mirándola, sin saber cómo explicarlo. Es imposible. Es absurdo. ¿Cómo puedo ponerle palabras a esto que siento?

—Hemos sido los dos —interviene entonces una voz grave y algo ronca.

La marea baja, las olas de espuma blanca se repliegan de vuelta a la pesadilla.

Kiera y yo nos giramos.

—Lo hemos decidido juntos —repite Kai, con firmeza.

Parece decidido y tan torturado como para que fuera cierto.

Le dedico una mirada consternada y él aparta la suya enseguida. No entiendo por qué lo ha hecho; yo no se lo he pedido… aunque es un gesto noble.

No cualquiera es capaz de repartirse contigo el peso de cientos de millones de muertos.

No sé si Markel se lo cree. Está impresionado, incapaz de decir

nada al respecto.

Kiera, en cambio, articula un «vale» ahogado. Un «está bien, no tenemos que hablar de eso ahora».

Pero no se lo traga.

Ella no.

Yo lo sé.

Durante un instante Kai y ella se sostienen la mirada hasta que, de pronto, se quiebra este instante extraño y ambos echan a correr hacia el otro. Se encuentran a medio camino, donde el matademonios envuelve a Kiera con fuerza. No se dicen nada. No les hace falta. Kiera pega su frente a la de Kai y este agarra su rostro entre las manos y le da un beso en la frente antes de reírse levemente. También a ella se le escapa una risa que acaba en llanto y ha de secarse con rapidez las lágrimas.

Markel echa a andar hacia mí. Me da un abrazo breve pero real que agradezco de verdad y, lentamente, siento que respiro un poco mejor.

Kiera regresa, se acerca despacio, me acaricia el brazo y tira un poco de mí.

Reclama mi atención con una caricia. Sus dedos en mi mejilla son demasiado amables, busca mis ojos sin miedo y cuando se pone de puntillas, vuelve a rodear mi cuello con un brazo y siento su aliento en mi oreja.

—Todo irá bien, Neal.

Me aparto para mirarla a los ojos, pero no me deja decir nada.

—Te quiero —me susurra, contra los labios, antes de darme un beso que arrastra el sabor del mar.

Solo entonces comprendo que estoy llorando, que Kiera no se ha

creído la mentira de Kai y que a pesar de todo me ama.

Se aparta un segundo y me limpia las lágrimas con el pulgar.

—Creía que no volvería a verte en esta vida —reconoce, y se le quiebra un poco la voz.

Tiene las mejillas húmedas y los ojos enrojecidos de contener las lágrimas… y por fin reacciono.

Está viva, y eso es todo cuanto importa, me digo.

También yo le acaricio el rostro y siento el alivio que desprende cuando cierra los ojos y ladea la cabeza para seguir el roce de mis dedos.

Está viva, y puedo estrecharla entre los brazos.

Puedo sentirla.

Puedo besarla.

Tomo su mentón, la obligo a alzar el rostro y la beso como me pide el alma. Me aferro a ella, a su sólida presencia y al amor que arde aquí dentro.

Y entre beso y beso, me aparto un poco para murmurar, contra sus labios:

—Lo siento…

—Te quiero —responde ella con rotundidad y no me deja volver a pedir perdón. Me seca las lágrimas, vuelve a besarme, me estrecha contra su pecho y continúa—: Te quiero, Neal. Te quiero. Te quiero…

EPÍLOGO



MARKEL

Región de Shikoku, Japón

183 días después del solsticio de verano

En los sueños más amables el último seísmo del gran *yokai* me sepulta. Es mejor así, porque en las pesadillas más terribles vuelvo a sentarme frente a la pantalla cuando el temblor ha parado y lo hago solo para darme cuenta de que me he quedado sin tiempo.

Me despierto con un grito atravesado en la garganta y dos manos que me agarran por los hombros, una voz que intenta tranquilizarme y unos labios que se pegan a mi sien y me dicen que solo ha sido un sueño.

No tengo valor para confesarle a Kai que son *recuerdos*; pues cuando cierro los ojos todo ocurre tal y como sucedió aquella noche.

Fueron 32 explosiones en Japón.

Diecisiete millones seiscientos cuarenta y ocho mil muertes.

He hecho los cálculos.

Si me hubiera dado tiempo, solo habrían explotado cuatro bombas sin localizar: una en Hokkaido, dos en Tokushima y otra en Kumamoto. Casi todas bastante aisladas, por eso no las habíamos encontrado.

No habría llegado al medio millón de muertes.

El restante me pertenece. Esos fantasmas son míos y aunque no lo digo en voz alta tengo la sensación de que los demás pueden verlos a mi espalda, por eso son tan cuidadosos cuando hablamos del tema; por eso y por los 47 misiles que impactaron en el resto del mundo.

Es imposible hacer un recuento total de las muertes.

Las 47 cayeron sobre ciudades, bases y silos nucleares… que ya estaban sufriendo el asedio de las *anomalías.*

A la catástrofe inmediata le han seguido otras: epidemias, hambruna, guerras… No solo se han perdido vidas, sino infraestructura y recursos y *humanidad.*

Nos hemos adentrado en una nueva era de Gran Oscuridad.

Y Japón vuelve a estar sitiada. Arreglaron enseguida las Puertas del Infierno que destruimos, porque el mundo quería venganza, y lo que antes era una jaula ahora es refugio.

A día de hoy, todavía no han muerto todas las personas que caerán a causa de lo que ocurrió en el solsticio de verano. Es imposible hacer un recuento total, pero yo ya he hecho una estimación.

Esa noche, al girar la llave, se firmó la sentencia de muerte de setecientos cuarenta millones de personas… casi el diez por ciento de la población mundial.

Moe Standen sobrevivió a aquella noche, pero unas semanas

después una multitud enfurecida superó su seguridad, lo arrastró a la calle y le exigió responsabilidad sobre las acciones del Skytree.

Lo mataron a golpes.

Ha habido muchos ajusticiamientos violentos como ese. Están vengándose de quienes creen que pudieron haber detenido la masacre y no lo hicieron.

A quien no han castigado es a Raine Andrews.

Al principio creímos que había muerto, pero hace unos meses reapareció. Mantiene su versión: las bombas fueron cosa nuestra, por entero… Una manipulación para destruir el mundo. Su movimiento tiene ahora más seguidores que nunca, aunque hay muchos que todavía creen en la verdad. Eso no evita, sin embargo, que nosotros seamos menos culpables: Andrews cargó el arma, nosotros apuntamos y Neal… Neal disparó.

No le culpo. No podría hacerlo.

Ese crimen nos pertenece a todos.

—Eh. —La voz de Kai me arranca de las garras de la pesadilla—. Ya ha amanecido hace rato, ¿y si nos vestimos y damos un paseo hasta que los demás despierten?

Creo que se ha dado cuenta de que no volveré a dormir. Debería decirle que no, que él puede descansar, pero su mano en mi hombro es tan reconfortante…

—Sí, vamos.

Kai me da un casto beso en los labios, me tiende la mano y yo la tomo.



KAI

Kyūshū, Japón

274 días después del solsticio de verano

Desde que esta mañana Kiera me ha desarmado con el *bokken* está insoportable.

—Una vez más —insiste, eufórica, mientras se pone en guardia.

He ganado el resto de intentos, pero eso no parece desanimarla. Suspiro y me preparo para volver a hacerlo cuando, de pronto, una voz aterciopelada nos interrumpe.

—Después. El desayuno está casi listo.

Los dos nos giramos hacia Akane al mismo tiempo. Llegó con su zorro Mikan hace una semana, tres después de que nosotros tuviéramos que escapar de la región de Shikoku.

Echo Akiyama sigue buscándonos y nuestras caras son tan

conocidas que cuando alguien nos reconoce tenemos que movernos enseguida.

No importa que tengamos el respaldo del Skytree, ni del comandante de todos sus ejércitos… Ahora Neal Kellum es considerado un terrorista, fuera y dentro de Japón.

El ejército se fraccionó cuando Echo puso precio a nuestras cabezas. Pero algunos no han permitido que Neal se retire. Ahora el Skytree es un movimiento, los nuevos Rebeldes. Su líder, el criminal más buscado de la Historia de la Humanidad, está ahora mismo dentro de casa preparándonos el desayuno.

Kiera y yo obedecemos, nos damos un baño rápido que es tan frío que podría considerarse uno de los rituales de purificación de Akane y no hablamos de la razón que nos ha hecho entrenar hasta la extenuación.

Hace días que Kiera se levanta al amanecer y me arrastra a entrenamientos agotadores que le ayudan a dejar de pensar… porque Kohana Harewood ha intentado contactar con ella de nuevo.

Parece que también ella ha sobrevivido. Después del solsticio de verano todos los rumores que circulaban sobre Kiera entre los soldados del Skytree que la habían visto luchar en la oscuridad se hicieron públicos… y globales. Y la científica militar debe haber oído que Kiera Amell, la terrorista del Skytree, es inmune a las anomalías.

Mantenemos a Kohana tan lejos como a Echo.

Cuando acabamos y nos sentamos a la mesa con el resto, ya han servido el desayuno.

Hikari no ha esperado para empezar a comer. Le veo masticar con los carrillos llenos y le doy un codazo cariñoso, pero en realidad me encanta que tenga apetito. Es buena señal. Los últimos viales que nos

mandó Aya funcionan tan bien como los otros. Ya no hay sorpresas, ahora todas las remesas son buenas.

Me pregunto qué ocurriría si la Emperatriz descubriera a qué destina Aya parte de sus valiosos recursos.

La antigua jefa médica del Skytree se desvinculó por completo de nosotros cuando cayeron las bombas. No estaba de acuerdo con el plan del farol, y mucho menos con lo que ocurrió después. No quiere saber nada de Mitsuki, ni de Anna, de Riku o de ningún otro… pero sigue preparando los viales para Hikari.

Neal se sienta junto a Kiera después de dejar una ración extra de pescado junto a Hikari, que le devuelve una sonrisa encantadora.

Y yo lo contemplo unos segundos. Mientras que Kiera procura cerrar toda comunicación con el exterior, él desea desesperadamente comunicarse con su familia.

Todos ellos están vivos, pero tengo entendido que solo la hermana mayor del comandante atiende a las llamadas… y las conversaciones deben ser muy difíciles.

No sé si es posible siquiera, pero espero de verdad que algún día puedan perdonarlo.

Markel es el último en llegar. Viene a la carrera, está a punto de tropezarse con Neal y prácticamente se arroja al suelo con la tablet entre las manos.

—Tengo noticias de Tokio. Anna ha escrito por la línea segura —declara, casi sin aliento.

Anna y Riku siguen trabajando con Mitsuki desde Tokio. Son nuestros ojos en la ciudad imperial, porque se han negado a marcharse, aunque todos les hemos pedido varias veces que sigan luchando desde un lugar más seguro.

También Akram se mantiene en el tablero de juego. Aunque no colabora directamente con nosotros, sé que Mitsuki ha contratado sus caros servicios como contrabandista alguna vez. Riku dice que sigue enamorado de Anna.

Travis Lavois, el antiguo sargento de Kiera, también sigue colaborando por ahí. Decidió quedarse en el ejército después de que Neal lo buscara y le contara la verdad sobre lo ocurrido… porque Kiera le pidió que lo hiciera. A mi parecer, sigue siendo demasiado comprensiva con alguien que no le ha ofrecido lo mismo.

Él se lo pierde.

—Eh, tranquilo, respira un poco —le dice Kiera—. ¿Ocurre algo malo?

Neal se sienta a su lado y me doy cuenta de cómo ella se arrima inmediatamente, buscando su contacto casi sin pensar.

—Sí. No. Bueno… No sé.

—Markel, dispara —ordena Neal, sin paciencia.

—Tomiko Murase, la asistente de Echo, lo ha confirmado en un comunicado: Echo Akiyama ha dado a luz al nuevo heredero. Van a presentarlo al Imperio y a hacer varias ceremonias…

Todos nos quedamos en silencio, barajando las implicaciones… Ese heredero consolidará el poder simbólico de su clan, un poder muy codiciado ahora mismo.

Y a ella la volverá aún más paranoica.

—Entonces podemos prever otra masacre en cualquier momento —se atreve a decir Neal.

Akane, que no había probado bocado, se pone en pie con celeridad y se alisa las largas telas del kimono.

—Hablaré con los míos —declara—. Necesito saber cómo están las

tensiones dentro de la corte.

Y se marcha seguida de Mikan. El zorro negro va dando saltos tras sus pasos.

Hikari aprovecha para agarrar el desayuno de Akane y se lo sirve en su propio plato sin que nadie diga nada.

Me gusta verlo así, pero también me preocupa un poco que estas noticias sean ya tan habituales que una posible masacre no le quite el apetito.

Markel tiene intenciones de encerrarse para seguir trabajando después. Yo no se lo permito. Me acomodo a su lado en la mesa de trabajo y le hago mil preguntas que responde con una paciencia infinita hasta que se da cuenta de que le tomo el pelo y entonces se enfada y yo le robo un beso y ese beso lleva a otro y a otro más… y de pronto el mundo deja de doler tanto.

Kiera tenía razón.

El dolor merece la pena.

Por la expresión de ladrón de mi hermano cuando desayuna más de la cuenta.

Por las manos amables de Kiera cuando cura una de mis heridas.

Por el ceño fruncido de Neal cuando me pongo un poco sinvergüenza.

Y por los brazos cálidos de Markel cuando esta noche caigo rendido junto a él y me acerca a su pecho para decirme al oído que me ama.

Ahora yo también quiero sentirlo todo.



KIERA

Kyūshū, Japón

305 días después del solsticio de verano

Los chispazos violáceos y azules son lo único que me ilumina aquí fuera. Con cada destello soy capaz de ver las sombras, esos zarcillos de oscuridad que se retuercen alrededor de mis tobillos, la cintura, los brazos…

Apenas siento una caricia cuando eso ocurre.

Muevo un poco los dedos y tanteo las sombras, intentando guiarlas.

Oigo un murmullo en la casa.

—Intenta comunicarse —escucho que responde Neal por mí.

Markel, Kai y él aguardan sentados en el porche de madera, los tres en el espacio seguro que ofrece la luz que sale de la casa.

Me acerco a ellos, pero yo me quedo de pie en las sombras, en los

márgenes violentos donde a cualquiera de ellos lo destrozarían.

—Aspiro a esa convivencia pacífica de la que habla Akane —les explico, observando las sombras que se arremolinan alrededor de mis tobillos—. Pero no hay mucha suerte de momento.

Kai abre la boca con una sonrisa en los labios. Dice algo para vacilarme, pero no llega a terminar. Markel lo interrumpe. Ni siquiera ha debido de escucharlo, perdido en su mundo, y a Kai… a él le da igual.

Se limita a mirarlo con esa cara de sobredosis de azúcar que se le pone cuando se trata de Markel.

—Se me ha ocurrido una idea —dice él—. Estoy pensando en la Zona Oscura de las Cinco Puertas del Infierno.

—Es un tema muy normal, la verdad —lo provoca Kai—. Yo pienso en él al menos un par de veces al día. ¿Tú no, comandante?

—Estoy pensando… —repite, tras ignorarlo deliberadamente y centrarse en mí— que inhibir la luz a una escala más pequeña para crear una zona oscura *portátil* tampoco debería ser tan difícil y, si pudiera hacer eso…

Se le iluminan los ojos. Kai también me mira.

—Kiera sería prácticamente indestructible —adivina él—. Las anomalías aniquilarían a cualquier atacante.

—Podríamos entrar a Palacio —digo yo, comprendiendo las posibilidades—. Por fin podríamos acercarnos a Echo lo suficiente y…

—Las bombas de luz destruyen anomalías, ¿no? —interrumpe Neal, haciendo que todos se giren.

—Sí —responde Markel—. Pero, tal vez, yo podría…

—No —sentencia, con tono hosco—. Nada de aviones con

explosivos, nada de misiles antitanque contra *yokai* —añade, lanzándome una mirada elocuente—. Nada de experimentos.

Yo sonrío a pesar de la gravedad de su gesto y me giro hacia los otros.

—Quiere decir que lo hablaremos cuando lo hayas estudiado mejor.

Kai sonríe. Tiene que convencer a Markel de que no empiece esta misma noche.

Está negociando con él en el instante en que una explosión retumba a lo lejos y todos nos tensamos al mismo tiempo; todos, menos Neal, a quien el instinto pone en pie.

Da un paso adelante, me agarra del brazo y tira de mí para protegerme justo cuando una luz de colores brillantes estalla en el cielo y luego otra y otra…

Y comprendo que son fuegos artificiales.

Deben ser de algún festival de primavera.

Mi corazón se esfuerza por recuperar un ritmo normal.

Al mirar a los demás, descubro que todos tienen la vista en el mismo lugar y al seguir la dirección de esas miradas me doy cuenta de que Neal no ha llegado a soltarme.

Se encuentra de pie en los bordes que la casa aún ilumina, a un paso de la oscuridad del bosque, pero su mano…

Dos sombras negras rodean el brazo de Neal desde el hombro y se deslizan abajo emitiendo suaves chispazos de colores vivos, morados y azules que sé que no está notando, porque son inofensivos. Las sombras se le enroscan alrededor de la muñeca y de los dedos que tiene en mi antebrazo.

Nadie hace ni dice nada hasta que alzo los ojos y Neal me

devuelve la mirada. Está tan sorprendido como yo.

Las anomalías no lo están atacando.

Parpadeo lentamente y sonrío.

—Convivencia pacífica —murmuro.



NEAL

Kyūshū, Japón

311 días después del solsticio de verano

No me gusta quedarme a solas.

No soporto el silencio.

Lo único que me salva ahora de él son las olas del mar. La cadencia rítmica cuando se encuentran con las rocas es un ancla a la que aferrarme. Las aguas están revueltas y esta playa de arenas negras no es un buen lugar para disfrutar del baño; pero precisamente por eso hemos parado con el Humvee. Aquí no hay nadie.

Kiera nada a contracorriente. Es un punto brillante en el océano hasta que se sumerge y la pierdo de vista.

Es instantáneo. De pronto, siento que algo cambia. El corazón, como tantas otras veces que me he quedado a solas, reacciona.

Es una aceleración lenta, en la que noto cómo pierdo el control de manera pausada pero irreversible.

Aprieto los nudillos hasta que me hago daño y durante unos instantes el dolor funciona. Sin embargo, el eco fantasma de un recuerdo me obliga a abrir la palma y a mirarla.

Ahora, junto a la cicatriz, solo hay arena negra. Arena que parece ceniza.

Y la realidad se desdibuja. El mundo entero da un vuelco y todo queda del revés.

Me duele el pecho. Me duele tanto que parece que el corazón va a estallarme. Intento respirar, pero el aire no me llega a los pulmones y empiezo a verme desde fuera: sentado en la arena negra, solo, junto a un mar profundo y oscuro… en medio de un vacío infinito.

No sé cuánto tiempo transcurre. Para mí es una eternidad hasta que, de pronto, un movimiento me alerta y descubro a Kiera emergiendo del agua.

Se acerca sin tener todavía ni idea de lo que se me pasa por la cabeza y me obligo a respirar mientras me aferro a su imagen; a esas piernas largas cuando echa a correr hacia mí, a las gotas de agua salada que resbalan sobre su piel, a la tinta del tatuaje de la ramita de lavanda… Me aferro a la vista de ese rostro hermoso, al cabello cobrizo oscurecido por la humedad y a la sonrisa radiante.

Para cuando llega a mi lado la realidad ha recobrado su pulso, pero en cuanto me mira a los ojos ella lo entiende.

Intento ocultarlo cada vez que ocurre, pero Kiera es buena interpretando las máscaras y leyendo a través de ellas.

No sé cómo lo hace, pero también ahora sabe a dónde me he marchado. Aprieta los labios, deshaciendo esa sonrisa que tanto amo

besar, y se arrodilla junto a mí mientras me rodea el cuello.

Va a preguntarme si estoy bien, pero no le dejo hacerlo.

Cada segundo es un regalo. Y yo no voy a desperdiciar uno solo siquiera.

Eso sí lo he aprendido. Me lo he grabado a fuego en el alma.

—Me gusta tenerte así. Te quedan bien.

Mi voz ronca la toma por sorpresa. Y esas cejas arqueadas y el movimiento sutil en la comisura izquierda de la boca me devuelven un poco de calor.

—¿El qué? —pregunta, sin ocultar su diversión.

Volvíamos de una misión cuando nos hemos detenido a descansar. No estaba planeado, así que no traíamos nada y ella está prácticamente desnuda, salvo por las bragas negras.

—El sol, la arena, el mar… —enumero, y deslizo el brazo por su cintura—. Te sientan bien.

Su contacto me devuelve parte del aliento.

Está viva.

Y está aquí, conmigo.

Ese suele ser el mantra que impide que flote a la deriva.

—¿Creías que me refería a otra cosa? —la provoco y tiro un poco de ella hasta que la siento sobre mi regazo.

Sonríe, me rodea con los brazos por completo y pega su pecho al mío mientras enreda los dedos en mi cabello.

Deslizo una mano por su espalda y la acaricio con devoción sin dejar de mirarla a los ojos.

—Neal —me llama, con suavidad.

No dice nada más. No hace falta. Mi nombre en sus labios es suficiente para devolverme a la vida.

Me inclino hacia ella y dejo que su boca deshaga beso a beso las heridas hasta que la voz se me escapa de la garganta sin permiso:

—Aquella noche… no terminé de decirte lo que quería.

Kiera contiene el aliento.

No hablamos de esa noche. Ninguno lo hace.

Mencionarlo abre la puerta a una oscuridad más terrible que la de las anomalías y hemos aprendido a contener el aliento, contar hasta diez y volver a guardar silencio.

Pero esto se lo tengo que decir. Esta vez, no me preocupa perderme en las profundidades, porque la tengo a ella entre los brazos amarrándome a la tierra.

—Ya sé lo que me ibas a decir —susurra—. Me lo has dicho muchas veces después.

—¿Ah, sí? —la reto.

Ella asiente.

—Que me quieres más de lo que yo te quiero, algo que es totalmente imposible; y que darías la vida por un segundo más a mi lado, algo que jamás te permitiría.

Una descarga cálida me atraviesa el pecho y yo me aferro a ese torrente que surca la oscuridad para hacer una confesión:

—Y que todo lo repetiría igual, cada paso, cada error y cada *pecado*, para estar aquí contigo.

Kiera contiene el aliento.

—Es lo mismo que me dijiste en aquella playa de Kamakura —susurra, casi sin voz—. Aunque ahora ambos cargamos con más pecados.

—Yo. Yo cargo con ellos —contesto, con rotundidad—. Y la realidad es que sigo pensando igual.

Dejo que las implicaciones calen en ella. No temo. No después de tanto tiempo a su lado, pero una parte más asustada de mí espera ver el miedo, el reproche o incluso el odio.

Y vuelvo a respirar cuando no encuentro nada de eso en los ojos que tanto adoro.

Kiera acaricia mi mejilla con ternura.

—Creo que intentas decirme algo.

Cierro los ojos y me dejo mecer por el calor que irradia su cuerpo contra el mío.

—Intento decir que sé lo que he hecho, que estoy profundamente arrepentido y que con gusto daría mi vida si supiera que eso cambiaría las cosas. —Hago una pausa cuando siento los dedos de Kiera sosteniéndome con más fuerza y abro los ojos para descubrir que me mira como yo la miro a ella… como si fuera el centro de mi gravedad—. Intento decir que, a pesar de todo, hay algo a lo que no estaría dispuesto a renunciar jamás. Sé que está mal. Sé que un hombre bueno al menos debería dudar… pero yo no dudo, Kiera. No dudé la noche del solsticio y no dudo ahora: no hay nada que no estaría dispuesto a sacrificar por ti.

Kiera traga saliva. Veo el impulso que la empuja a mí, pero se contiene y aguarda, porque quiere darme este espacio. Y en lugar de besarme como sé que desea hacer, pregunta:

—¿Nada?

—Nada —aseguro y me armo de valor—. Desde aquella noche vivo con esa certeza y esa culpa y ahora que lo sabes me pregunto…

No soy capaz de acabar.

Ella me mira y aguarda, pero esta vez tardo demasiado y ella acaba sonriendo… No entiendo por qué.

—Te preguntas en qué clase de persona te convierte eso. Te preguntas si existirá la redención. Te preguntas si a pesar de todo *te quiero.*

Inspiro con fuerza y al final acabo esbozando una débil sonrisa. Me conoce demasiado bien.

—Algo así…

—No tengo una respuesta para la primera pregunta; todavía trato de averiguar quién soy yo. Tampoco sé si podremos perdonarnos. —Desliza la mano por mi rostro, la hunde en mi cabello y enreda allí los dedos mientras me mira fijamente—. Lo que sí tengo claro es que tampoco existe frontera que no cruzaría por ti.

Contengo el aliento.

—Y la tercera…

—La tercera, Neal Kellum, es una pregunta ridícula. —Sus dedos se cierran en torno a mi nuca, tiran de mí y reclama mi boca con voracidad y anhelo; pero, aun así, me lo concede—: Te quiero, Neal. Eso tampoco debes dudarlo jamás.

La ferocidad que arde en esos ojos azules destierra el frío para siempre y me arrastra de vuelta a la superficie.

—También te amo, Kiera. Te amo más de lo que debería ser posible.

Y esta vez soy yo quien reclama su boca. Enredo los dedos en su pelo y acabo tumbándola en la arena para profundizar el beso. Soy exigente, pero también le ofrezco todo cuanto tengo… y todo lo que soy se lo entrego, esperando que comprenda que enfrentarse al vacío por un beso que sabe a tanto merece la pena.

Incluso si no tenemos todas las respuestas, incluso si hemos de seguir luchando, al final he aprendido que yo siempre elegiré con el

corazón.

AGRADECIMIENTOS

Esta historia es, y siempre será, muy especial para mí. Su germen lleva dando vueltas en mi cabeza desde 2018 y era muy importante darle un buen final. Ese ha sido uno de los grandes retos; el otro han sido sus personajes. Todos y cada uno de ellos me han enseñado algo, pero quiero destacar a Neal y a Kai. Le tengo un cariño especial al matademonios que, en ese primer borrador de hace años, tenía un destino muy diferente. Si ahora ha cambiado tanto creo que se debe a que yo también he aprendido mucho en todo este tiempo. Así que se podría decir que Kai y yo hemos crecido juntos. Y sobre el comandante… al empezar casi nunca tengo claro cómo van a acabar las historias que escribo, pero en esta no hubo dudas: la decisión que toma Neal al final llegó junto con la idea de este personaje y desde la primera página hasta ese epílogo (e incluso después) Neal recorre un camino muy complicado. Creo que por eso quiero tanto a este personaje.

Hikari ha sido un viaje precioso, en el que he podido hablar de miedo y de esperanza, de sombras y luz, y de amor. Así que gracias a todos los que habéis recorrido este camino conmigo… y con Kai, Kiera, Neal, Markel, Alexa y Echo.

Gracias a todo el equipo de Umbriel por haber trabajado tan duro con esta novela. Gracias especialmente a mi editor, Leo Teti, por creer en mis historias. Gracias Mariola, Fran y a todos los que de una forma u otra habéis mimado tanto esta historia.

La portada y las guardas son de la increíble Inma Moya, con la que he tenido la suerte de poder trabajar. Gracias, Inma, por dar vida a mis personajes, por los detalles, el esfuerzo y el talento que has puesto al servicio de esta historia. No sabes lo honrada que me siento.

El dramatis tan diferente, así como los emblemas del Skytree, son un diseño de Andrés Aguirre y son una absoluta fantasía. Mil gracias, Andrés.

Aisa, gracias por ayudarme con todas las cuestiones médicas. Es superraro que una rotura craneal te haga sonreír, pero a mí me viene genial.

No puedo no dar las gracias a todas esas personas que me acompañan en mi día a día y que de una forma u otra son parte también de mi arte. Gracias, aita y ama, por cuidarme y quererme tanto. Gracias Meg, por estar siempre a mi lado y leerte todas mis historias. Gracias, Yanire, por ser tan buena amiga, por la paciencia, el cariño y las risas. Gracias, Cris, por haber vuelto a reencontrarte con esta historia y estos personajes tantos años después.

Debo darle las gracias también a mi agente, Jordi Ribolleda, por confiar siempre en mí.

A todas esas personas de Bookstagram que siempre me apoyáis, mil gracias. Sois un montón y a todos os debo mucho: a Fran (@frantargaryen), a Helena (@helenasbooks_), a Silvia (@universodesilvia), a Leire (@respirandofrases), a Anny (@anny94), a Lorena (@Liebebooks), a Marta (@booksforourminds), a Laura (@hechodeletras), a Alba (@alba.cargol), a Amanda (@amanda_brox)… y a muchos más que no entrarían aquí. Sois maravillosos.

También tengo muchísima suerte con mi comunidad lectora. Gracias a quienes leéis mis historias, por emocionaros conmigo, por acompañarme en cada paso y por adentraros en estos mundos que compartimos. Qué suerte tengo. Gracias, Xiomara, por tu entrega. Gracias, Iraide y Unai, por venir a todas mis presentaciones. Gracias, Casi, por todo tu apoyo.

Por último, quiero darle las gracias a Ima, por su amor, por creer en mí y por su cariño incondicional. Qué haría sin ti…

SOBRE LA AUTORA

Nació en San Sebastián en 1995. Es filóloga hispánica y graduada en Magisterio Infantil. También tiene un máster en Creación Literaria.

Es autora, entre otras, de la serie de fantasía Gaueko con el sello Puck: *Todas las criaturas oscuras, Todas las reinas malditas y Todas las hijas perdidas* y la novela de ficción histórica romántica *Tu nombre a medianoche,* con Stefano Books.

Vive cerca de San Sebastián con su novio y sus tres gatos. Le gustan los personajes oscuros, los villanos de buen corazón y los héroes que toman decisiones peligrosas y muy cuestionables (por amor).

Imperio de luz y silencio es la segunda parte de la serie *Hikari,* un universo oscuro de fantasía, demonios y criaturas inexplicables donde el amor puede ser tanto la salvación como la ruina de todo un mundo.

¿Te ha gustado esta historia?

Escríbenos a...

umbriel@uranoworld.com

Y cuéntanos tu opinión.

Conoce más
sobre nuestros libros en...

UmbrielEditores

UmbrielEditores